

MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Miguel de Cervantes Saavedra
en la
Academia Mexicana)

Tomo XII

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Miguel de Cervantes Saavedra
en la Academia Mexicana)

TOMO XII

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1955

INTRODUCCION

UNA de las manifestaciones más interesantes de la vida de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española fue la celebración del IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra.

El Instituto organizó una serie de conferencias, que se dieron en el Palacio de Bellas Artes, los días del 29 de septiembre al 7 de octubre de 1947, según puede verse en la invitación y programa que aparecen en este volumen noveno de las Memorias de la Academia.

*El segundo número consistió en un concurso, que tuvo por objeto dar noticia de Los Biógrafos de Cervantes y Críticos del Quijote, que ganó el Señor don José María González de Mendoza, ahora miembro correspondiente de la Academia *, y la Bibliografía de Cervantes, que fue premiada al Señor Licenciado Julián Amo.*

*La tercera manifestación consistió en representar una de las obras del teatro cervantino, y en una conferencia, que se encomendó al Señor académico correspondiente don Antonio Castro Leal **.*

El éxito más completo coronó los esfuerzos de la Academia: numerosa y escogidísima concurrencia asistió a las conferencias y a la función teatral, y entre los asistentes a las primeras, debe mencionarse al Señor Presidente de la República, Licenciado Miguel Alemán, quien además presidió la sesión solemne que cerró la serie con una brillantez extraordinaria.

La Academia solicitó del señor Secretario de Educación Pública, Licenciado Manuel Gual Vidal, que se sirviera acordar que una de las imprentas de la Secretaría imprimiera los diversos trabajos presentados; como era de esperarse, con excelente voluntad acogió la petición; y si antes no salieron a la luz pública tales trabajos, se ha debido no al Señor Secretario de Educación, ni a la Academia, sino a circunstancias imprevistas que no pudieron antes ser vencidas.

* Hoy individuo de número.

** También hoy individuo de número.

Acaso, sin embargo, la dilación ha sido provechosa, porque ahora aparece esta Memoria como homenaje especial del Instituto al Primer Congreso de Academias de la Lengua Castellana, que habrá de reunirse en esta ciudad durante el mes de abril próximo, por iniciativa del Señor Licenciado Miguel Alemán, Presidente de la República. Nada mejor, en efecto, puede ofrecer la Academia Mexicana a sus congéneres, que el testimonio de la admiración que ella siente por quien ha sido llamado, no sin razón, padre de la Lengua Castellana; aunque justo es reconocer que otros ingenios, tan esclarecidos como el de Miguel de Cervantes Saavedra, cooperaron por igual a dar lustre y brillo a esa Lengua, que hoy hablan no solamente las naciones que España descubrió y conquistó para la cultura, sino numerosas otras naciones de la Tierra.

México, enero de 1951.

A. M. C.

Tal fue la Introducción escrita en enero de 1951; el Sr. Lic. José Angel Ceniceros, nuevo Secretario de Educación, renovó el acuerdo para que el tomo se imprimiera, pero nada se hizo; estaba reservado a la Academia ser ella la editora, y serlo precisamente cuando el Mundo de las Letras conmemora el 350º aniversario de la aparición de la primera parte del Quijote.

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española, acogió con gran placer, y la Universidad Nacional Autónoma de México, regida por el Sr. Dr. Luis Garrido, tomó bajo su auspicio la impresión que realizó la Imprenta Universitaria en 1950, de la interesantísima Bibliografía Cervantina en la América Española por el Dr. Rafael Heliodoro Valle y su esposa la Sra. Emilia Romero.

Se agrega a este volumen el discurso de recepción del Sr. Lic. Francisco Elguero, pronunciado el 16 de noviembre de 1923, localizado por el Sr. Académico Francisco González Guerrero.

Como una modesta colaboración me complace reproducir dos fotografías de documentos cervantinos con unas breves notas acerca de ellos.

El tomo es hoy el XII de las Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.

México, abril de 1955.

A. M. C.

La Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española tiene el honor de invitar a Ud. al ciclo de lecturas cervantinas que ha organizado con motivo de la celebración del IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, y el cual se efectuará del lunes 29 del actual al 7 de octubre, inclusive, a las 6.30 de la tarde, en la Sala de la Escuela del Teatro del Instituto de Bellas Artes, en el Palacio de Bellas Artes, 4o. piso.

Las lecturas serán hechas en la forma siguiente:

Lunes 29.—SR. D. AGUSTÍN ARAGÓN. *In Memoriam. Miguel de Cervantes Saavedra.*
SR. D. JOSÉ VASCONCELOS. *Reflexiones Cervantinas.*

Martes 30.—SR. D. DARÍO RUBIO. *El lenguaje y los errores de Cervantes, según sus comentadores.*

SR. D. CARLOS GONZÁLEZ PEÑA. *Cervantes y el Amor.*

Miércoles 1o. de octubre.—SR. D. ALFONSO CRAVIOTO. *El Elogio de Cervantes hecho por don Quijote.*

SR. D. RAFAEL HELIODORO VALLE. *Cervantes en las letras de Hispanoamérica.*

Jueves 2.—SR. DON SALVADOR CORDERO. *Una nota Cervantina.*

SR. D. JULIO JIMÉNEZ RUEDA. *Realidad y Fantasía en la Obra de Cervantes.*

Viernes 3.—SR. D. JOSÉ RUBÉN ROMERO. *Cómo leemos el Quijote.*

SR. D. RAIMUNDO SÁNCHEZ. *Bellezas del lenguaje de Cervantes que debieran continuar en uso.*

Sábado 4.—SR. D. ALBERTO MARÍA CARREÑO. *Las lecciones de Cervantes.*

SR. D. ALFONSO REYES. *Sobre un autor censurado en el Quijote.*

Lunes 6.—SR. D. GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR. *La paz y la guerra según Cervantes.*

SR. D. ARTEMIO DE VALLE ARIZPE. *De cuándo y cómo movió a risa, por vez primera en México, el famoso caballero Don Quijote de la Mancha.*

Martes 7.—SR. D. PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ. *Biógrafos y críticos de Cervantes.*

SR. D. FRANCISCO CASTILLO NÁJERA. *Cardenio. Psico-análisis.*

(Fuera de programa) SR. D. LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO. *Don Quijote en Colombia.*

México D. F., septiembre de 1947.

El Director:
ALEJANDRO QUIJANO

El Secretario Perpetuo:
DARÍO RUBIO

La Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española tiene el honor de invitar a usted a la Sesión Solemne que efectuará, con motivo de la celebración del IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, en la Sala de Espectáculos del Palacio de Bellas Artes, el jueves 9 del actual, a las 8 de la noche, y la cual se verá honrada con la presencia del señor Presidente de la República, Lic. don Miguel Alemán.

México, octubre de 1947.

El Director,
ALEJANDRO QUIJANO

El Secretario Perpetuo,
DARÍO RUBIO

PROGRAMA

- I.—Obertura de *La Gazza Ladra*, de ROSSINI. Orquesta Sinfónica del Conservatorio, Director: EDUARDO HERNÁNDEZ MONCADA.
- II.—Lectura de los laudos de los Jurados que estudiaron los trabajos presentados al certamen que abrió la Academia sobre los temas: 1.—*Los Biógrafos de Cervantes y los Críticos del Quijote*. 2.—*El Quijote en México*.
- III.—Discurso por el Director de la Academia.
- IV.—Tres Danzas de *El Sombrero de Tres Picos*. Orquesta Sinfónica del Conservatorio. Director: EDUARDO HERNÁNDEZ MONCADA.
- V.—Lectura de trozos de los trabajos premiados en el concurso.
- VI.—Tríptico.—Poesía por el académico don FRANCISCO CASTILLO NÁJERA.

Todas las lunetas estén a disposición de los señores concurrentes, sin reserva de numeración ninguna.

La Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española tiene el honor de invitar a usted a la función de teatro cervantino que, con motivo del IV Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, se celebrará el sábado 11 del actual, a las 8 de la noche, en la Sala de Espectáculos del Palacio de Bellas Artes.

México, octubre de 1947.

El Director,
ALEJANDRO QUIJANO

El Secretario Perpetuo,
DARÍO RUBIO

PROGRAMA

I.—O bone Jesu. Palestrina.

Romance de ROMÁN CASTILLO, *Colonial Mexicana*,
versión de LUIS SANDI.

Vi los barcos madre

La morenica

Hartaos, ojos, de llorar.

Cantos del Renacimiento Español. Colección *Cancionero de Upsala*.

Coro de Madrigalistas, Director: LUIS SANDI.

II.—El Teatro de Cervantes.

Académico don ANTONIO CASTRO LEAL.

III.—Entremés.—*La Cueva de Salamanca, de Cervantes*.

Escuela de Arte Teatral del Instituto Nacional de Bellas Artes.

Todas las lunetas están a disposición de los señores concurrentes, sin reserva de numeración ninguna.



PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO

Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Capitulo primero. Que trata de la condicion,
y exercicio del famoso hidalgo don Quixote
de la Mancha.*



N Vn lugar de la Mācha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos, y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluian, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraua con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa

A

vna

IN MEMORIAM: MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Por don AGUSTÍN ARAGÓN.

NO me habría decidido a deferir a la indicación de la Academia Mexicana de la Lengua Correspondiente de la Española, o a pergeñar homenaje a Cervantes, si no tuviera el valioso auxilio de mi doctrina de lo histórico que me allana los caminos con sus enlaces de unas generaciones a otras.

En efecto, el padre de Don Quijote se enlaza al cantor supremo del feudalismo y de la Caballería de la Edad Media, o con el gran poeta Ariosto, que manifiesta la prioridad del sentimiento poético en la evolución moral de la naturaleza humana que tendía a extinguir el fanatismo religioso entre los católicos y los musulmanes, pues en su gran poema de *Orlando Furioso* en cuarenta y seis cantos glorifica a los caballeros del Islam por su lealtad y su heroísmo, porque para él enemigo era el islamita, pero generoso enemigo o idóneo para la lealtad y cortesía del cristiano.

Con Cervantes ha sucedido lo que en pocos autores se ve: no deja de leerse ni comentarse. El crítico francés notable André Rousseaux sienta sobre el grandioso libro de Fénelon: que el *Telémaco* ha llegado a ser fastidioso; y acerca de la *Prière sur l'Acropole* de Ernesto Renán, dice: que nota se ha convertido en trozo de lectura perfectamente insoportable. Luego, al ocuparse con páginas dignas de aplauso de Lautréamont, expresa lo siguiente: querría yo que formasen parte de textos escolares, ya que lo merecen cien veces más que el paganismo de pan bendito de la ofrenda untuosa del propio Renán a *Palas Atenea*. Y nosotros, en cambio, los del habla de Castilla nunca nos cansamos de leer al Manco Lepantino.

Siendo el lenguaje la clave de la civilización de un pueblo, o el indicio más seguro de ella, porque los vocablos son expresión de pensamientos y de la manera de vivir en las sociedades del mundo en sus distintas manifestaciones, tenemos en las obras cervantinas inagotable cantera de la cual pueden extraerse giros elegantes y oportunos para la expresión de todas las ideas. Y

para los americanos de habla española es fácilmente accesible el léxico cervantino, porque así como la lengua de los galos, cual lo demuestra el gran Fustel de Coulanges, no tuvo modificación de importancia por las germánicas invasiones, en la América Hispana, en general, conservamos el hablar castellano menos corrompido, sustancialmente cambiado, puesto que al modificarse lo ha sido por la introducción de nombres populares como el verbo *malhorear* entre nosotros, que indica influjos maléficos de personas o circunstancias especiales en ocasiones determinadas. Debe de haberse inspirado el ingenio castizo de México al crear ese provincialismo de carácter psicológico, en el hispánico *malhumorar* o en la linda frase *malquistar a la mujer con su marido*.

La vigorosa impulsión de Ariosto por certísimo rumbo, preparó la incomparable pintura épica de la existencia privada, personal o familiar, en la maravillosa creación de Cervantes Saavedra, fuente poética de los cuadros dramáticos que idealizaron después la vida doméstica como base de la felicidad bajo la presidencia del genial Calderón de la Barca.

Con simultaneidad a esa idealización, el poderoso y original genio de Shakespeare combina en sus dramas la vida privada con el predominio de la pública. Los influjos del protestantismo fueron óbice a su apreciación de lo pretérito, y el drama histórico únicamente pudo crearse por poetas de abolen-go católico a la cabeza de los cuales se halla el singular Corneille.

Eviterno es Cervantes por su cuasi perfecto saber de la naturaleza humana en la vida social, y por haber sido uno de los más grandes poetas. En su Quijote critica las costumbres religiosas y civiles e idealiza la propensión altruista hasta el límite de la locura, y la egoísta hasta el extremo de la idiotez.

Me explayaré un poco en este discurso. Profundos y verdaderos psicólogos, no introversos o de aquellos que se abstraen de los sentidos para penetrar dentro de sí a fin de pasar su vida contemplándose, nos enseñan, por medio de rigurosas demostraciones, que la totalidad de las influencias recíprocas entre la vida cerebral subjetiva (vida del sujeto o interior) y la corporal objetiva, se resume en el fenómeno ético grandioso de la *identificación*, conforme al cual el cuerpo tiende a adaptar su vida vegetativa, muscular y sensitiva, a las imágenes subjetivas, ya provengan de construcciones mentales internas o de observaciones externas (nunca de sentencias de introversos). Los influjos de la identificación en la vida muscular y sensitiva, son manifiestos en las conocidísimas leyes de la *imitación* y del *hábito*. Tal identificación es lo máspreciado que se advierte en los anales humanos, cuando la impulsa el altruismo, pues forma entonces la potencia que eleva al hombre hasta la santidad y hasta lo heroico. El conocido ejemplo de la misma identificación, no superado nunca en el aspecto altruista de la vida, es aquel del seráfico e in-

comparable San Francisco de Asís. Así explica la Psicología positiva lo universalmente admirado que es el portentoso fundador del respetable instituto religioso franciscano.

Sobre la base indicada puedo ya presentar una teoría positiva del Quijote, o que explique los caracteres de sabiduría en su autor y las delicias que proporciona desde hace generaciones a muchachos y a viejos. Cervantes no es un moralista que da a sus sermones ropaje con alegorías; mas como fue gigante, nos dio en el curso de su obra grandes luces acerca de los dificultosos problemas de la vida y del carácter del hombre al presentarnos dos tipos de enfermedad mental. El equilibrio entre los impulsos internos de la mente y las impresiones del sensorio se denomina *salud del espíritu*. El que enalteció su lengua vernácula prodigiosamente nos pinta aquellos dos factores distribuidos en rutas opuestas: en don Quijote el pensamiento señorea a la sensación, y en Sancho la sensación al pensamiento. Los dos estados no son saludables; y Cervantes los combina para presentar un tipo normal. En cada uno manda la lógica de los sentimientos: en el caballero por el ardiente deseo de restaurar el imaginario ideal de la Caballería; y en el escudero por el afán del poder y la ganancia. Cada uno, fuera de su manía, tiene admirables cualidades, pues el hidalgo es prototipo de caballeros, o valiente, instruido, cortés y generoso, y el otro adicto y astuto.

Clarividencia sin par puso Cervantes en los diálogos a fin de mostrarnos el conflicto entre los ensueños y las realidades en cada uno de los distintos incidentes de su relato, sin perder la amenidad que el ambiente de los episodios proporciona.

Sin sentimiento de orgullo caballeresco o español, únicamente en la *Iliada* hay tales grandezas, debe asentarse. Jamás hubo en Cervantes el propósito de poner en ridículo las sencillas y heroicas baladas del Cid, ni los cantos sublimes de Ariosto, sino aquello sin relación o nexo con la vida humana y con el noble arte de sobrellevar las trágicas luchas diarias que conoció él a maravilla.

Para los hijos de las Españas de América, Cervantes representa al sublime maestro de Sociología, por habernos dado el patrón comparativo que nos facilita la apreciación de los avances y retrocesos que nos caracterizan, al pintar verídicamente lo que eran las Indias Occidentales en su tiempo, a saber: refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.

Los admirables hijos de Colombia y hermanos Cuervos: Angel y Rufino José, contraponen a la pintura transcrita, otra no menos verídica: "Los descendientes de aquellos perdidos, morigerados a la sombra de la paz y con

el influjo benéfico del trabajo, arrimada la rodela y la espada, indispensables a todo vecino en los primeros tiempos de la colonia, eran ya capaces de todas las virtudes sociales, descollando entre ellos muchos varones insignes por su saber y probidad, que abrigaban los más altos pensamientos, y competían con la gente reposada y de valer que, sobre todo en los últimos tiempos, iba de la metrópoli”.

Sobresale Cervantes en su filosófico análisis del arquetipo humano en lo social, y nos presenta la medida con que debemos proceder en nuestros juicios, ya rematen éstos en alabanzas o en censuras. Lo encuentro insuperado al decirnos cómo llegan los gobernantes a sus puestos, o cuál es la pesadísima carga de compromisos que los agobia; lo que es equivalente a prevenirnos para no condenar con ligereza a quienes nos manden. Dice, del modo siguiente: “Gobiernos insulanos no son todos de buena data...; el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte”.

Cervantes atinaba a decirlo todo, porque su faro era el conjunto de los hechos y no el razonamiento puro, o el resplandor de todos y no la razón de teóricos argüidores. El combate contra los hábitos nocivos nunca debe darse por completo; y convertir las palabras de promesas en obras, es el magno problema social desde centurias memorables *conocido y por resolver*: a fin de lograr ritmo perfecto.

De la gracia, del chiste y donaire festivo con que escribió Cervantes nadie duda; y si aludo a su gracejo débese a que el distinguido ingeniero compatriota Leopoldo Zamora, en su estudio sobre Carlyle da a nuestro héroe el primer lugar entre los humoristas, pues dijo: “Si el humorismo se funda, como dice un crítico inglés, no en el desprecio sino en el amor; si no es una dislocación, una exageración de las formas de la naturaleza, sino una especie de simpatía profunda, bien que juguetona con esas formas, el humorista por excelencia no es entonces ni Swift, ni Sterne, ni Thackeray, sino Cervantes”.

No me une ni débil lazo a eruditos. Mi natural no gravita hacia ellos. Y la guerra que movieron a Fustel de Coulanges por su tesis probada concerniente al origen de las instituciones políticas de Francia, me alejó más de su escuela. Mas guardo en mi memoria, cual prendas delicadas y puras: menciones de los autores de mi predilección, que por su enjundia me complazco en recordar y difundir. Dos de esas joyas van a servirme de conclusión a áureo broche.

Al tratar don Antonio Maura del poder del espíritu, recuerda el episodio de Cervantes en Lepanto, y dice: “Coligáronse un día contra el turco numerosas armadas de la cristiandad, capitaneadas por un mancebo en quien reverdecían los alientos del César cuya sangre corría por sus venas. Aquella

grandeza, aquella lozanía, coronadas por la victoria de Lepanto, y todavía autorizadas con la compañía de don Álvaro de Bazán, visitando a la mañana siguiente a los heridos, llegaron a bordo de la galera *Marquesa*; al rincón infecto donde, entre otros, yacía un soldado obscuro, anónimo, manco, herido, roído por la miseria y la fiebre. ¿Quién que lo contemplara habría pronosticado lo venidero?”.

“Aunque en todo el curso de la vida, que entonces alboreaba, la adversidad se cebó en Miguel de Cervantes, contemplad hoy a aquel andrajo humano en la familia inmortal y medid su estatura junto al bizarro, al simpático, al afortunado, al regio caudillo de Lepanto”.

“¡Tal es el poder del espíritu! Sólo nuestra pusilanimidad o nuestra ceguera pueden reconocer a la muerte los prestigios que tiene usurpados”.

La inmortalidad del tipo reformador de Cervantes, personificado en Don Quijote para la mejoría de las sociedades humanas, la expresó en lindo soneto Rafael Mediz Bolio: dado a la stampa el 1o. de enero de 1942 en el respectable *Diario de Yucatán* del recto periodista Carlos R. Menéndez.

*Don Quijote no ha muerto todavía.
Es verdad que el hidalgo caballero,
por sandeces e intrigas de escudero
el acoso sufrió de una jauría.*

*Mas dispuesto otra vez a la porfía
con el alba ha salido a su sendero,
listo así el corazón como el acero
contra toda bajeza y felonía.*

*Yo lo he visto pasar con la premura
de los tiempos actuales. Su figura
forma cruz con lo largo de su lanza.*

*Es el mismo. La misma es su locura.
Y a su paso, con ansia de aventura,
deja en todo dolor una esperanza.*

REFLEXIONES CERVANTINAS

Por don JOSÉ VASCONCELOS.

CON el Quijote dio España a la humanidad uno de sus libros fundamentales. En cada hombre hay algo de Quijote, no importa cuál sea su raza; pero en el español se acentúan sus rasgos y en todo aquel cuya alma se ha forjado en el lenguaje de Castilla. Por eso puede afirmarse que el Quijote es tan hispanoamericano como es español. Y tanto España como nosotros, por la común posesión del idioma cervantesco, así no hubiese ligas de sangre, tenemos en el Quijote un tesoro que crea linaje de espíritu. Pocos pueblos cuentan con ventaja parecida. El Dante hace sonreír de complacencia a cada italiano y también a cada hombre, lo hace crecer y sentirse más alto. De Shakespeare también se ha dicho que pondría en aprietos a cualquier inglés a quien se preguntase qué preferiría obligado a escoger para gloria de su nación: Shakespeare o el Imperio del Indostán. Y es que los tres, cada uno en su categoría representa valores universales: Dante es el poeta de lo sobrenatural y lo eterno; Cervantes despierta en cada hombre el amor de lo imposible y el dolor del fracaso noble; Shakespeare enseña la dicha y el terror de las pasiones entregadas a su propio desconcierto.

El español tiene motivos de sobra para ufanarse, por igual, del Quijote y de la epopeya de América. En un sentido profundo son ambos acontecimientos el fruto de un mismo afán de universalidad dirigido a lo maravilloso y lo eterno. A veces ocurre en la historia que se hermanan la capacidad literaria y el don del Imperio. El genio literario es ya un invasor en el terreno de las conciencias. Invasor perdurable, porque emplea el arma de la persuasión, de efectos más hondos que la coerción de los conquistadores guerreros.

En la firme voluntad de Cortés y de Pizarro, de Alvarado y de Almagro o Benalcázar y Jiménez de Quezada, hay el mismo espíritu despreocupado, desdeñoso del imposible que lleva al Quijote a dejar tierra y hogar para

su lucha contra los fantasmas de la injusticia. Y aunque toda la obra colonial de España se perdió para la Metrópoli en lo material, el Quijote que guió la conquista, el Quijote que después, durante la Colonia, expidió las Leyes de Indias, el monumento jurídico más piadoso que vieron los siglos; el Quijote que más tarde hizo la independencia política, subsiste en nuestra historia, y en este Centenario habla por veinte repúblicas, para decir que prefiera la locura insensata pero sublime del héroe de Cervantes a la prudente cautela de Hamlet cuyos vástagos lograron dominar la tierra. Nos quedó a nosotros, ha de quedarnos, la locura gloriosa que exige para el hombre mucho más que la Tierra.

SIGNIFICACIÓN DEL QUIJOTE

“Ministros de Dios en la tierra, brazos por los que se ejecuta en ella su justicia”. Así define Cervantes el ideal caballeresco, y ¿qué espíritu noble no ha soñado arriesgar la comodidad y la vida misma, con tal de contribuir a la realización del reino de la justicia en una tierra plagada de iniquidades? Todo el que acepta la pelea por una causa justa, sin preguntarse si puede o no vencer, todo el que es capaz de aceptar de antemano la derrota, si cree que el honor impone librar la batalla, es un héroe y es también un Quijote. Propio es de épocas decadentes y de individuos menguados hacer eco a los que sonríen con desdén ante el que quiere y no puede. Lo importante es querer apasionadamente y saber ser joven a su tiempo y viejo cuando llega la edad, pero siempre dispuesto a perder cuanto puede perderse si así es necesario, para que siga adelante el afán de la fe, la exigencia del bien. El propósito mejor del corazón es lo que falla en el Quijote y no porque su nación se haya hecho incompetente sino porque siguen siendo desigual en el hombre, la capacidad y la ambición y se sigue padeciendo el contraste de un poderío mezquino ante el anhelo enorme. Capacidad de hombre, ambición de ángel; tal es el fondo de la tragedia humana. Y el Quijote pone en acción lo que en nosotros hay de arcángel. Sancho, por sensato resulta nada más humano. Y por más que se ha querido hacer del Quijote un símbolo de decadencia, es más bien su época, no su obra, lo que revela apatía. Los grandes intérpretes y admiradores del Quijote, un Dostoyewsky, un Gogol, un Turgeneff, no han hallado en el libro genial, motivo de depresión, sino estímulo para entender el espíritu humano en todo su valer mísero y sublime.

Han llegado a constituir lugar común los paralelos entre Hamlet y Don Quijote. Yo ni comparo siquiera al indeciso trágico de Shakespeare, con el generoso atrevido que hace de cada fracaso una gloria de la conciencia; sólo recojo de Shakespeare mismo, este pensamiento, aplicable al elogio del Quijote, que tal vez no llegó a conocer y que aparece en Hamlet: "A veces la impaciencia da más fruto que los más profundos cálculos". En nuestra historia hispanoamericana, donde abunda el mal, como en tantas otras historias, todos amamos a los que proceden a lo Don Quijote, perdiendo y sufriendo por lo problemático y aun por lo que no ha de triunfar jamás, con plenitud, en la tierra. En este sentido cada cristiano es un Quijote; el siervo de una ética que contradice a la naturaleza y se le impone y la supera. Esfuerzo que sólo se logra a través de la lucha desgarradora de la santidad. En la más ruin de las almas hay un grano de admiración para todos aquellos que lograron desentenderse del consejo de la sobrina: "¿No sería mejor estarse pacífico en su casa, no irse por el mundo a buscar pan de trasiego, sin considerar que muchos van por lana y salen trasquilados?" Esta prudencia no la conocen las almas heroicas, y ¡ay de aquel que siquiera en su juventud, no cerró los oídos a tanta sobrina prudente que nos acosa, para lanzarse a la pelea del bien, cueste lo que cueste, la dicha o la muerte, por aquello, también castizo, de que "vale más honra que vida"! Los Hamlets de todas las variedades suelen quedarse sin vida, igual que los Quijotes, pero después de haber perdido, asimismo, la honra.

El desdén, esa emoción peligrosa que suele volverse contra el desdeñoso es, a la postre, el refugio de los Hamlets: y si de ellos no se ríe el lector, tampoco los ama. No es posible el paralelo entre la duda y la fe, entre el egoísmo cauto y la bondad en despilfarro. El hombre sublime que es el Quijote, se levanta por encima de la risa y el llanto para proclamar el deber de todo varón, que consiste en: "Matar en los gigantes a la soberbia; a la avaricia y envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos pueden hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros". Cuando escuchamos esta proclama, todo lo que hay de heroico en la conciencia se endereza y dice, a lo poco que hay de Quijote en cada humana voluntad: ¡Adelante! Adelante, hasta el sacrificio si es necesario para desenmascarar a los viles; para dejar sin poder a los ineptos. Quienes frente a la aventura

quijotesca ríen, pero sin un poco de llanto en los ojos, son de la familia cuerda, semisabia y odiosa del Bachiller Sansón Carrasco a quien con razón señala Papini como el verdadero antiquijote y no el pobre, simpático Sancho.

ESPAÑA Y EL QUIJOTE

Se ha repetido que el Quijote es un símbolo de la decadencia española, después de su esfuerzo mundial. Con decadencia o sin ella lo que salva a España ante la historia y no sólo a Cervantes, es la inmensidad y la nobleza sin par del propósito imperial que con ella fracasó. Primero la reconquista que salvó a Europa de la barbarie mahometana; luego las conquistas de América que duplicaron, multiplicaron el territorio de la civilización y lo salvaron de caer en manos islámicas, con lo que aseguraron el triunfo definitivo de las culturas occidentales; en seguida, frente al caos de la Reforma protestante y su maldad, la Contra-Reforma que salva el orden del espíritu. Para evitar el derrumbe de empresa de tal suerte magna, habría hecho falta llegar a la Monarquía Universal. Ello se malogró, quizás no tanto por la ineptitud de los contemporáneos de Cervantes, sino porque se adelantó en el desarrollo técnico Inglaterra. Basta recordar el *Trafalgar* de Pérez Galdós, para convencerse de que nada tenían de decadentes aquellos marinos guerreros. Lo que pasó es que les tocó pertenecer a una etapa en que su propia cultura se desplazaba; en vez del trigo que fue el sostén económico de Grecia y de Roma, en vez del oro que alimentó el poder guerrero de España, un nuevo elemento de progreso, el carbón como combustible, hacía su aparición en la industria. Entonces la historia, siempre brutal en sus zigzags y sus saltos, otorga el triunfo no a la mayor virtud ni a la mejor calidad humana, sino al pueblo que, junto con virtudes esenciales, posee los recursos necesarios para la etapa económica nueva. Sin perjuicio de que según ocurrió con la caída de España, el mejor ideal padezca temporal claudicación. Verse derrotado ambicionando lo más alto es ya quijotesco, pero resulta trágico, cuando no son precisamente los vientos que dispersaron la *Invencible* los culpables, sino la carencia de hulla la que evitó la creación de un poderío industrial capaz de defender contra el inglés las tierras americanas.

ASUNTO DE ALMAS

Pero el Quijote está más allá de la economía y la industria y es asunto de almas. En todas las edades milita el ejército sublime de los quijotes, ¿qué importa que su gloria se vea empañada por la sonrisa piadosa de los im-

tentes? Es don divino la sonrisa; convertirla en risa que castiga la buena intención que fracasa, es corromperla. En ocasiones el escarnio cree vencer porque mata ilusiones, pero a la postre, puede más la inocencia que la astucia. En el desfile quijotesco se juntan héroes de diversa prosapia; los que tuvieron la ambición de crear patrias nobles y grandes y se vieron traicionados por los viles; los que engañados una vez tornaron a confiar; los que padecieron traición y vuelven a entregar su amor; los fracasados, porque su arrojo excedió a sus medios; los que pusieron en el empeño todo su ímpetu y cayeron, sin embargo, sin culpa propia o con culpa; todos habrán de escuchar en un instante de espléndida justicia la voz de aquel que sonríe y bendice, aunque apostrofe; creíste poder redimir sin redimirte antes tú mismo; no mediste tu fuerza pero la usaste; lo malo es tener algo y reservárselo, dejar de emplearlo en la causa del Bien; juzgaste a Dios creyéndote llamado a enderezar entuertos y causaste daños, risibles unos, ciertos otros; pero el fin puro de tu afán te salva y queda de lección para que otros actúen con más prudencia.

Gloria singular cobija a los quijotes auténticos, joyel de la especie. La amargura y el desaliento suelen ser los compañeros de toda su vida, pero sus derrotas valen más que todas las victorias de los cautelosos y los falaces. Como el meteoro al caer, esplende cada acción quijotesca y si Dios mismo no interviene para dar a los quijotes el triunfo que merecen, es porque el libre arbitrio en cierto modo nos desampara, nos obliga a preceder de astucia el arranque generoso. Ya que en la lucha contra la perfidia y el rencor, suele no bastar con el arma desnuda de la inocencia y es necesario acompañarla de la sabiduría de la serpiente.

SIGNIFICACIÓN LOCAL DEL QUIJOTE

Cervantes, el hombre más genial de su tiempo, padeció la tragedia de contemplar el desastre de su Nación y su tiempo, sin poder remediarlo.

El autor del Quijote no es un decadente. Al contrario, gran político, gran vidente social, señala los males del tiempo; condena el mal idealismo, la ineptia de emprender tareas sin la preparación adecuada, pero no por desengaño del bien ni por pesimismo. Tanto amó el ideal y con tanta claridad vio sus dificultades que para vencerlo le dio de ayudante a la locura. Es tan menguada la voluntad que jamás alcanza todas sus metas sin un poco de locura.

Cervantes, no engaña, por eso no satisface a los mediocres que hubieran querido verlo escribir una obra de esperanza y de ilusión. No conozco mayor necedad que imaginarlo escribiendo un libro diferente si llega a disfrutar las

burguesas comodidades de un personaje acomodado. El genio, porque penetre los secretos de la vida y es sincero, no se pone a entonar aleluyas. La masa de los lectores, pese a los críticos, se solaza y se consuela con los libros que revelan el abismo subyacente, aunque dejen a salvo, un pedazo de locura para el logro de la esperanza. En Cervantes, la esperanza se cumple en la regla de la caballería que es la regla cristiana: la fuerza al servicio del bien, aunque fracase una vez y ciento, con tal de que rehuse darse por vencida cuando sólo está derrotada.

Los manifiestos del optimismo barato seducen a los ingenuos y a los ambiciosos, pero el engaño dura un instante. Las obras del dolor y la profundidad suelen ser eternas. La humanidad no se conforma con la dicha pequeña que puede dar la Tierra. Cervantes nos enseña la imposibilidad del bien con solo los recursos del mundo. Al mismo tiempo nos deja viva la promesa de una posibilidad que trasciende lo común; la ilusión y la esperanza de una justicia y una bondad que se realizan fuera de la patria que ve Sancho en el mundo de sueño del quijotismo. Una locura cuerda se ha dicho; pero es cuerda, hasta en tanto es necesario, para salvar lo loco que suele ser lo excelso.

CERVANTES EN AMÉRICA

Cervantes era viajero; después de Italia y tras el destierro del Africa, alguna vez, nos cuentan sus biógrafos, intentó trasladarse a México, nuestras plazas, nuestras catedrales, nuestras poblaciones hubieran adquirido rango si Cervantes llega a miraras. La atmósfera de una ciudad se entona y refina cuando ha sido habitada por grandes conciencias. Sus casas se pueblan de memorias excelsas, sus plazas retienen algo del vibrar emotivo que en horas de profundidad imprimieron a las cosas los ingenios singulares. Así se comprueba en Florencia, patria del Dante y de tantas universales mentalidades y en sitios como Avila, tierra de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa.

Obstáculos burocráticos nos privaron del influjo invisible que tan ilustre visitante habría dejado en nuestro ambiente y a él le causaron el quebranto que es fácil imaginar ya que el viaje por el planeta es necesidad de las almas despiertas. Supone vitalidad generosa el afán que, quijotesicamente, impulsa al viajante y le embriaga con la ilusión de amores nuevos, patrias distantes, prójimo amable por dondequiera que el viento dirija los pasos. El ser mismo crece y se expande, se multiplica en los cuerpos, en las almas de los extraños, penetrando, por el afecto, más allá del *cognoscere* de la mente. Regocijo dionisiaco de poder decir en cada lugar: aquí me quedaría por el espacio de

una vida, por la que vimos pasar por la calle y no llegó a mirarnos; por la plaza bien dispuesta, por las torres y las cúpulas o por los rascacielos o las pirámides, que en todo alienta soplo divino que pasa por la conciencia del hombre. Dulzura de tantos viejos o nuevos rincones del mundo a donde quiéramos volver; dicha negada de tantos otros que el alma no llegó a contemplar. El *Quijote* estaba ya en América, pese a que no llegó a visitarnos Cervantes; vino aquí como adelantado de la raza y fue misionero y capitán; vino en la esforzada voluntad de Hernán Cortés, un *Quijote* al que le salió bien la osada aventura; fue precursor de los que percibieron el miraje de la Cíbola y sus cúpulas de oro que nunca existieron pero que impuso tributo de muerte a los héroes que abrieron por el Norte los caminos de la civilización. *Quijote* fue también Diego de Ordaz lanzado a la estéril, peligrosa aventura de escalar el Popocatepetl, más allá de la región de las águilas.

Y me imagino que Cervantes se habría entristecido frente al espectáculo de nuestras serranías que no dejan sitio para que la obra del hombre se asiente y se ensanche. Son ellas en su espléndida belleza un engaño para el afán, dificultan las comunicaciones, impiden el cultivo y si, a veces, rinden metales valiosos, su producción aleatoria, daña el carácter en el vaivén de la bonanza que trae derroche y al desaliento de la veta que se extingue, el esfuerzo que se defrauda. Cuando el epílogo de una empresa ardua es la ruina, Prometeo mismo se cubre el rostro. Y Don *Quijote* huye, pero en busca de aventuras del espíritu que nunca acarrearán desengaño. Por lo que colijo que aquí ha estado, está en su tierra Don *Quijote*, bregando siempre, así sospeche como le ocurrió a Bolívar, que "ara en el mar". No pudo venir Cervantes pero nos legó a Don *Quijote* y con él la virtud teologal de la Esperanza.

LA IRONÍA DEL QUIJOTE

La ironía es elemento imprescindible en la composición del *Quijote*. Pero es menester advertir que el propio *Quijote* no es humorista. Para que ría de sus invenciones, Cervantes, ha contado con el coro interminable que constituyen sus lectores de cada época. La ironía, pues, se expresa en nosotros, el coro de la tragedia, así como la sensatez se refugia en Sancho Panza y la mediocridad prudente en el Bachiller Carrasco. La sensatez de Sancho Panza es sabia con el sentir popular, pero ennoblecida por la fe que le hace continuar, pese a los yerros que palpa. Se ha observado cómo, pese a cada experiencia contraria, Sancho se lamenta, pero torna a probar ventura. Don *Quijote* sólo mira su sueño; desprecia la realidad junto con el buen sentido ilustrado del Bachiller Carrasco. Son estos, los bachilleres, lo que hay de bachiller en cada

uno de nosotros, los causantes de una risa que resulta menguada si no va acompañada de tristeza profunda. Cada lector ríe, pero como para defenderse de tener que confesar la íntima ruindad del acontecer. Y subterráneamente simpatiza con el héroe que es el Quijote. No se atreve sin embargo a aplaudir, menos a colaborar, por miedo de caer en el mismo ridículo que para Don Quijote es indiferente, pero causa espanto al mediocre.

La ironía del Quijote no está hecha para burlarse del bien, sino de la condición humana que otorga la victoria al cauteloso y terco, más bien que al generoso exaltado. Bien visto, ¿cuál de nuestros éxitos es de tal modo cabal que pueda escapar, ya no digo a la burla, que al fin es inocente, sino a cierto reproche de la conciencia? Con todo y su impecable cordura, la técnica científica nos ha conducido a los terrores de la Era Atómica. Ante este fracaso sin honor, no cabe la risa de gloria que inspira el Quijote. Se impone el horror. De donde se deduce la actualidad del Quijote, que contra el oportunismo y la materialidad de la época, enseña lealtad al fin más alto, por encima de las conveniencias sociales.

El temor del ridículo, ese freno de los mediocres se desvanece ante el ejemplo quijotesco de una valentía que sale intacta de la prueba y pone sonrojo en la frente del que no es capaz de arrostrar el ridículo, como uno de tantos riesgos, del que intenta la posibilidad, una entre cien, si vale la pena el objeto de la apuesta y la apuesta es de sacrificio, no de codicia.

Cervantes es un caricaturista que nos ha hecho entrañable la caricatura; ridiculiza al caballero sin seso, por lo mismo que cree en el caballero auténtico. Es Cervantes un varón de fe, no un escéptico; su crítica se ensaña en los vanidosos, los insinceros, los incompetentes, precisamente porque cree en la posibilidad de la acción recta e ilustre.

El humanismo de Cervantes es indulgente, nunca lastima la convicción humana, ni desespera de ella; al contrario, la transfigura. Para ello se vale de la locura del Quijote que desdeña la realidad, la corrige, la embellece, haciéndola aparecer tal cual es para la mirada de la conciencia que está segura de una realidad más alta.

EL LENGUAJE Y LOS ERRORES DE CERVANTES, SEGUN SUS COMENTADORES

Por don DARÍO RUBIO.

YENDO a donde no me llamaban, me he metido en camisa de once varas. Buscando que buscarás, no he encontrado la puerta y al fin voy a dar una campanada, y al darla, en tanto que la campana suena, no faltará quien o quienes, al juzgarme, piensen o digan lo que yo pienso ahora y aquí callo, y haciendo lo que yo acabo de hacer y no queriendo gastar muchas palabras, digan, echando mano de otro dicho: Tú lo quisiste, fraile mostén, tú te lo quieres, tú te lo ten.

Y basta ya de dichos.

Si Cervantes pudiera levantarse de su tumba y darse cuenta de lo que los comentadores han hecho de su libro inmortal, es probable que dijera, palabra más o palabra menos:

Vive Dios, oh comentadores, que si quisiéredes facerme un mayor agravio que el que habésmeme fecho remendando a vuestro capricho mi, agora por vuestra culpa, desventurado libro, no podríais conseguirlo aun cuando an-sí lo quisiéredes.

Y es probable también, que aconsejado por el Bachiller y siguiendo instrucciones de Cide Benengeli, con el muy perdonable egoísmo de recoger este sabio historiador algunos nuevós anales para agregarlos a su historia, ordenárase la repetición del acto sugerido y puesto en práctica por el Cura, la Señora Ama y la Sobrina, para la quema en algún corral o sitio peor, de todas las ediciones comentadas y hasta ahora hechas del *Quijote*.

Pero si la quema de marras fue hecha con el muy humanitario deseo de sacar de la cabeza del manchego la locura causada por los libros de caballerías, de esta segunda quema, que se haría tal vez como un inapreciable servicio a los comentadores hasta ahora habidos y como una enseñanza para los

que en lo futuro pudiera haber, se salvaría *El secreto de Cervantes*, para eterno remordimiento de su autor, don Atanasio Rivero, quien puso "cual digan dueñas", o "de la basura" como decimos por estas tierras, al ilustre manco de Lepanto, para que con la existencia de su obra y tomando en cuenta todo cuanto de ella se ha dicho y se dijera (merecido todo ello), abandonara la empresa laboriosísima y digna de mejor empleo, de tomar un párrafo del Quijote, unir a su antojo los millares de letras que componen el párrafo y por el muy socorrido procedimiento anagramático, hacer una novela, una plegaria, un sermón, una carta amorosa, etc., hacer en fin, cuanto se quiera, pues que con millares de letras y con un poco de paciencia, díganlo si no, los cajistas de las imprentas, no sólo se forman las *Memorias de Cervantes*, sino todo lo que venga en gana hacer y decir, y adquirir una notoriedad de la que bien poco puede ufanarse el que la disfruta.

Tengo en el telar, y pronto sacaré de él, un librejo que he escrito con motivo de las correcciones que los comentadores le hacen al Quijote; de los errores y las ignorancias muy propias de Cervantes, también en opinión de los comentadores.

Para darle forma a tal librejo, he tenido a la vista las siguientes ediciones comentadas: Cuesta, 3a. edición, 1608; Hartzenbusch, 1876; la edición hecha en México en el año de 1844 en la imprenta de Cumplido; González Rojas, 1887; Rodríguez Marín, 1911; Suñé Benages, 1932; Bergamín, 1941, hecha en México. Sin comentar: las ediciones de Luis Tasso y Salvat y Compañía, hechas en Barcelona y la W. M. Jackson, hecha en Estados Unidos.

Dice Hartzenbusch:

"El *Quijote* es el libro más popular de los españoles; todos lo leemos, todos lo estudiamos, y se emplean a cada paso en la conversación, como proverbiales, las expresiones que su lectura nos ha dejado impresas en la memoria. Ninguna obra por consiguiente puede tener más influencia en la formación del gusto literario en España; ninguna goza de igual proporción para dar la ley al lenguaje. Pero este escrito, que tan alto y justo concepto merece, no es una producción intelectual meditada con prolijo detenimiento y escrupulosamente limada; es una inspiración felicísima, trasladada al papel con prisa, con afán de llevarla a cabo, y sin volver la vista atrás para mirar lo que iba hecho: es un borrador, un bosquejo de primera mano, con harta más valentía y frescura por cierto que otros mil cuadros bien concluidos. Cervantes escribió la novela del Ingenioso Hidalgo siendo viejo y pobre, falto de memoria y de libros; por eso la parte erudita del *Quijote* es tan inexacta; por eso, cuando llegaba el autor al fin de un capítulo, no recordaba lo que había puesto al principio. Cervantes además no se paró a ver si había

defectos de orden lógico y cronológico en su obra, porque su objeto no fue componer una fábula regular y rigurosamente concertada, sino un cuento festivo, una leyenda, una cosa que acabase con los absurdos libros de caballerías: vio logrado este fin con la publicación de la primera parte del *Quijote*, y no quiso tomarse el enojoso trabajo de perfeccionar un instrumento que tan bien le había servido; pues si escribió después la segunda parte, fue quizá por que a ello le instaron sus lectores, sus necesidades y su librero”.

Probablemente aceptando como indiscutible esto que dice Hartzenbusch, todos los comentadores se lanzan a buscar en ese “borrador”, en ese “bosquejo de primera mano” cuanto pudieran encontrar para poner en limpio el “borrador”, y todos encuentran lo que es muy natural que encontraran: que aquí se equivocó Cervantes, que acá no supo lo que dijo; ora que en tal pasaje no quiso decir esto sino esto otro; ora que lo que dijo no está bien dicho así sino de esta otra manera; y como remache de tan necesarias correcciones, la candorósima e increíble declaración de que ahora se escribiría de muy distinta manera lo que en su tiempo escribió Cervantes a quien habrá que agregar a sus muy grandes culpas, la de no haber sabido adelantarse a la evolución del lenguaje. Y cada comentador, comenta, corrige o reforma como le da la gana o le aconseja su suficiencia, y cada uno, también, cree que él es el que sabe lo que hace; el único que tiene razón para sus enmiendas y correcciones, los demás no saben lo que dicen; así, Suñé Benages rectifica a Rodríguez Marín; éste a Cortejón y a Clemencín; Hartzenbusch a Clemencín, etc.

Hartzenbusch, curándose en salud, dice:

“Nuestras notas corresponden casi exclusivamente a dos clases; las unas, citan y exponen hechos; las otras, no más opiniones. Las primeras no necesitan defensa: decir que fulano, en tal edición varió esta palabra o la otra, no es culpa de quien lo refiere; de nuestro parecer, sí queda juez el lector, a cuyo fallo nos sometemos, anunciándole desde luego que forzosamente han de ser muchos los yerros en que haya incurrido quien postrado al rigor de los años y su dañina escolta, parecido en esto no más al autor insigne; con su falta de memoria y atentividad, y sin entendimiento, da al público un trabajo que pedía más fuerza, más hombre”.

Veamos, pues, lo que han hecho del *Quijote* los comentadores.

Dejo sin hacer referencia a ellos, los sonetos, epitafios y versillos que están en el principio de todas las ediciones; para el fin que persigo, no tienen, para mí, interés alguno.

Me desentiendo también de las transformaciones que hacen los comentadores, anotándolas como mejor les conviene, de las voces, *ahora, agora, aora, así, ansí, ansimesmo, ansimismo, mismo, mesmo, malencólico, melancólico, malenconía, malencolía, melancolía*, y algunas otras; poco o nada signi-

fican para las transformaciones que sufre el *Quijote* por causa de sus comentadores, que es lo que pretendo poner de manifiesto.

Respecto de la puntuación empleada por los comentadores, anotar todas las diferencias que se advierten en las ediciones, sería una labor que no llevaría sino a la conclusión de que aquello es una verdadera anarquía en la que, desconociendo el valor que tienen y para lo que sirven la coma, el punto y coma, los dos puntos, el punto final, los puntos suspensivos, se plantan estos signos al capricho del interesado sin importarle ni mucho ni poco lo que de esto pueda resultar y que resulta, en menoscabo de la importancia y veracidad de lo que se lee.

No tengo la descabellada intención de leer aquí todas las notas que he tomado para escribir el libreo de que ya he hablado; si tal hiciere sería cuestión de pasarse esta noche de *claro en claro* y el día de mañana de *turbio en turbio*, y no sé en dónde ni en quiénes podrían encontrarse la paciencia y la resistencia que fueran necesarias para poder leer y oír todo cuanto tengo recogido, y sólo voy a hablar de unas cuantas de las notas correspondientes a los primeros capítulos de la primera parte de la inmortal novela.

Dejo sin tocarlas aquí, las notas tomadas del prólogo, pues carecen, para el fin a donde voy, del interés que tienen las de la novela.

CAPÍTULO PRIMERO

En todas las ediciones se lee:

“...la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones”.

Rodríguez Marín dice:

Hoy diríamos *intrincadas* y no *entricadas*.

Cuesta, Suñé Benages, Rodríguez Marín, Hartzenbusch, González Rojas Bergamín, Jackson, y Salvat, dicen:

“Con estas razones perdía el pobre caballero...”

Cumplido y Tasso dicen:

“Con estas y semejantes razones...”

En todas las ediciones:

“...le dio dos golpes y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana...”

Dice Clemencín: “Si con el primer golpe deshizo lo hecho, ¿dónde dio el segundo?”

“En lo deshecho”, contesta Rodríguez Marín.

“...cuando ahogó a Anteón, el hijo de la Tierra...”, consignan Cuesta, Jackson, Cumplido y González Rojas.

Suñé Benages dice:

“Anteo y no Anteón, como corrigió malamente en la segunda y tercera ediciones Cuesta”.

CAPÍTULO SEGUNDO

En todas las ediciones:

“...la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza según eran los agravios que pensaba deshacer...”

Dice Rodríguez Marín:

“...Por falta de la necesaria lectura de nuestros escritores del buen tiempo, no habían entendido bien esta frase los más de los anotadores del *Quijote*. Clemencín, al llegar a ella, escribió: ‘Se dijo al revés. Lo que Don Quijote pensaba que hacía falta en el mundo era *su pronta presencia*; no su *tardanza*’. Y añadió con airecillo de sábelotodo: ‘Empieza a dormitar Cervantes’”.

En todas las ediciones:

“...y por la puerta falsa de un corral salió al campo...”

A Clemencín no le pareció bien que se dijese “un corral”, siendo éste el de la casa de Don Quijote.

En todas las ediciones:

“...con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan”.

Bergamín dice:

“...*Con que semejantes castillos se pintan*, diríamos ahora”.

“...Mas al darle de beber...” se lee en todas las ediciones.

Rodríguez Marín dice: “Pellicer, Clemencín, Aribau y Cortijón separándose de todas las ediciones antiguas han leído ‘el darle de beber’”.

En todas las ediciones:

“Mas lo que más le fatigaba...”

Rodríguez Marín estima como “descuidadas repeticiones del mas, ya conjunción, ya adverbio”.

CAPÍTULO TERCERO

En todas las ediciones:

“...llamándoles de alevosos y traidores”.

Rodríguez Marín dice que hoy diríamos: “llamándoles alevosos y traidores”

En todas las ediciones:

“También don Quijote las daba (voces) mayores”.

Clemencín dice:

“No hay armonía entre *también* y *mayores*: uno u otro hubo de suprimirse, para que quedase bien el lenguaje”.

Rodríguez Marín dice que *mayores* es un inciso que vale tanto como *mayores aún*.

CAPÍTULO CUARTO

En todas las ediciones:

“Mas viniéndole a la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones...”

Dice Rodríguez Marín que *cerca de* y *acerca de* son una misma cosa con dos formas diferentes.

En todas las ediciones:

“...me pone ocasiones delante donde pueda yo cumplir con lo que debo”.

Rodríguez Marín dice que hoy diríamos “*en donde yo pueda*” y no “*donde yo pueda*”

En todas las ediciones:

“...que había de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas...”

“Con todos sus libros de caballerías auestas (dice Rodríguez Marín), Clemencín no creía, ...que el vocablo *especial* fuese algunas veces adverbio y no adjetivo, y así, remendó *en especial*”.

En todas las ediciones:

“...porque en viéndose solo me desollará como a un S. Bartolomé”.

Suñé Benages dice que en la primera edición se lee: “porque en viéndose solo me desuelle como un san Bartolomé”.

En todas las ediciones:

“...le dió licencia que fuese a buscar a su juez”

Suñé Benages dice que en la primera edición se lee por error: “le dió licencia que fuese a buscar su juez”.

En todas las ediciones:

“...juro por todas las órdenes que de caballería hay en el mundo”.

Clemencín dice que más natural y más claro sería *por todas las órdenes de caballería que hay en el mundo*.

En todas las ediciones:

“...como todo el mundo sabe, ayer recibió la orden de caballería y hoy ha desfechó el mayor tuerto y agravio”.

Dice Rodríguez Marín:

“no había tal cosa: la había recibido por la madrugada de aquel día

mismo. La inexactitud puede achacarse al trastorno de caletre de don Quijote; pero, en realidad es imputable al descuido con que Cervantes solía escribir”.

En todas las ediciones:

“Eran seis (los mercaderes) y venían con sus quitasoles con otros cuatro criados a caballo”.

Acerca del número de mercaderes y de mozos, difieren varias ediciones, dice González Rojas. En unas son cuatro los mercaderes y tres los mozos.

Hartzenbusch dice que eran cuatro los mercaderes y dos los mozos.

CAPÍTULO QUINTO

En las ediciones de Cuesta, Rodríguez Marín, Suñé Benages y Salvat, se lee: “*Mirá en hora maza*”. González Rojas, Tasso y Jackson: “*Mira en hora mala*”. Cumplido: “*Mirad en hora mala*”.

CAPÍTULO DIEZ

El epígrafe de este capítulo en Bergamín, Rodríguez Marín, Suñé Benages, Jackson, Salvat y Compañía, Tasso, González Rojas y Cumplido es:

“De los graciosos razonamientos que pasaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero”.

En la de Cuesta:

“De lo que más le avino a don Quijote con el Vizcaíno, y del peligro en que se vió con una turba de yangüeses”.

Rodríguez Marín dice que en la edición príncipe y en la de 1605, así está el epígrafe de este capítulo.

En el capítulo XIX, constando en todas las ediciones, en la de Tasso se omite todo esto:

—Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, juxta illud, si quis suadente diaboló, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su Santidad del Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

En oyendo esto el Bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra.

En el capítulo XXIII en la edición de Tasso, se suprime un gran trozo que comprende desde: "Aquella noche", hasta "al cual como".

Vaya como última de mis notas la que sigue correspondiente al cap. XLIX. En todas las ediciones que consulto se lee:

"Aún espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos". . . Qué monstruosa herejía tan increíble como espantosa.

La Virgen María flor y espejo de los caballos; qué monstruosidad.

Suñé Benages intentando disculpar semejante disparate, quiere que la frase "flor y espejo de los caballos" deje de ser lo que es, complemento de la oración, y sea apóstrofe a Rocinante; pero en deseo se queda.

Para concluir con las notas, voy a entrar a saco en las *Observaciones sobre el comentario puesto al Quijote por don Diego Clemencín*, escritas por Hartzenbusch, tomando solamente unas dos de dichas observaciones:

En el primer capítulo de don Quijote se halla el trozo siguiente, en el cual antes del señor Clemencín, nadie había encontrado qué reparar. "Vió que tenían (las armas de los bisabuelos del Hidalgo) una gran falta, y era que no tenían celada de encaje sino morrion simple; mas a esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que, encajada con el morrion, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que le había hecho pedazos". El señor Clemencín pone dos advertencias a este pasaje: en la primera dice que si con el primer golpe deshizo don Quijote todo lo hecho, ¿en dónde dió el segundo? La pregunta hace reír: ¿Qué duda tiene que encima de la media celada rota pudo el buen Hidalgo dar no sólo otro golpe sino doscientos? Lo que se colige de la relación de este hecho, que está pintado con una verdad pasmosa, es que don Quijote, impaciente de ver qué tal le había salido su obra de pasta, dió con gran prisa las dos cuchilladas una tras otra, y hasta después de haber descargado la segunda, no reparó que había roto la celada con la primera. El segundo reparo es más importante, y recae sobre aquella saladísima advertencia de que *no dejó de parecer mal* a don Quijote la facilidad con que había hecho la celada pedazos. Las palabras del comento son éstas: "Todo lo contrario, *no dejó de parecerle bien*: para conservar la palabra *mal*, era menester decir: y *no le pareció mal* la facilidad, etc." Se ve que el señor Clemencín creyó que Cervantes había querido decir que don Quijote se alegró de haber roto su obra; y Cervantes, ni quiso ni pudo querer expresar tal cosa. ¿Cómo le había de parecer bien a don Quijote el haber inutilizado en un momento el trabajo de ocho días? Le pareció muy mal, porque vio que había hecho una

cosa que de nada le servía; le pareció tan mal, que, cuando compuso después la celada y la diputó y tuvo por celada finísima de encaje, "se guardó muy bien de hacer segunda experiencia con ella": ¡tan escarmentado quedó de la primera que hizo!

En el capítulo siguiente se detiene el comentador en este período: "Vió no lejos del camino una venta, que fué como si viera una estrella que a los portales, si no a los alcázares de su redención le encaminaba". Advierte bien el señor Clemencín que aquí se alude al portal de Belén; pero se equivoca en añadir la partícula *no* y en que debiera escribir Cervantes: *que no a los portales, sino a los alcázares de su redención* le encaminaba. *Alcázar* y *redención* se contradicen en esta frase, porque el Redentor no nació en ningún alcázar, sino en un portal; por consiguiente el texto está bien en el correctivo del *si no*, y debe entenderse, como se entendería parafraseándolo de este modo: "Fué como si viera una estrella, que le encaminaba (como la de los magos) a los portales de su redención, ya que a los alcázares no pueda decirse con propiedad (por la razón citada) ".

Hasta aquí las anotaciones, pues además de lo que acabo de decir respecto de ellas, no debo ir más allá del límite de tiempo fijado para estas pláticas.

He tomado como base para este estudio, la edición de Cuesta que, en opinión de autorizados cervantistas, goza de buena fama, y como guía, la de Rodríguez Marín que dice: "En lo tocante al texto sigo preferentemente el de la edición príncipe, así de la primera parte (1605) como de la segunda (1615), y sólo me aparto de ella en muy contadas ocasiones".

Tuve la debilidad de prestarle a un amigo mío, que debe de haber hecho sus estudios y doctorádose en la misma escuela en compañía de Ginés de Pasamonte, si mal no se me acuerda (con tu permiso, Sancho amigo), en el año de 1886, el tomo en el que consta que se habían hecho hasta ese entonces, tres mil quinientas ediciones del *Quijote*, indicando el número de las correspondientes a España, Francia, Italia, Inglaterra y América.

A estas tres mil quinientas ediciones habrá que agregar las que se hayan hecho en los años siguientes, así como las hechas y por hacer con motivo del actual cuarto centenario.

Pues si en estas diez ediciones de que me he servido para este estudio, hay tantas transformaciones y correcciones, qué será lo que se haya hecho del *Quijote* por culpa de los editores, de los impresores, de los correctores y más que por esto, por el poco juicio y la falta de acierto para escoger de las ediciones de que se haya dispuesto para hacer las reimpresiones.

—Señor, que diría Sancho, ¿es permitido que esos ilusos comentadores...?

—Ilustres, querrás decir, hermano Sancho.

—Quiero decirlo y lo digo, señor; ¿es permitido que esos il... ustres comentadores, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, hayan hecho y dicho eso, de vos, señor, que sois el más grande desfacedor de entuertos, el más glorioso caballero andante que han visto y verán los siglos?

No dejéis, señor, que vuestra lanza se viva en la ociosidad; enristradla, y arremeta vuestra merced, furiosamente, como vuesa merced sabe hacerlo, a esa *región* de comentadores.

—Legión Sancho amigo, legión.

—Me habéis interrumpido otra vez, señor, y con la interrupción se ha ido del pensamiento lo que quería yo decir y que iba a decirlo, en descargo de vuesa merced y *encargo* de esa ...legión.

Cervantes, sin rectificar el *encargo* de Sancho, con las lágrimas en los ojos, por llegarle a la memoria todo cuanto de él dijeron Góngora y Lope de Vega, en días bien lejanos, y en los que corren, don Atanasio que no se tentó el corazón para llamarle ladrón, asesino, mantenido por las mujeres, traficante con la honra de su hija; y pensando también en que se le ha llamado plagiarlo de Fernández de Avellaneda, pues que el *Quijote* apócrifo, que él conoció, fue publicado antes que él escribiera la segunda parte de su obra magistral, en la que se encuentran semejanzas con el *Quijote* de Avellaneda, con las lágrimas en los ojos, contestaría a Sancho.

—Mira, Sancho, noble amigo y leal escudero, déjate de mal aconsejarme; lo agora conveniente es que le pongas la albarda a tu rucio, te vayas a buscar, en donde puedan estar, hasta no encontrarlos, a todos los comentadores, para que sean servidos de decirte lo que tanta falta me hace saber: cuál es el engendro que en un mal parto dió a luz mi desventurada pluma, y a todo correr de rucio, regreses con la noticia para saberlo yo, pues estoy que me abrasa la incertidumbre.

Esto, en tanto que me calzo las espuelas para tomar Rocinante y yo el camino del Toboso, y ver a la fermosa sin par Dulcinea para que sepa, por oírlo de mi boca, cuál es el *Quijote* que yo escribí y cuál el que debí haber escrito.

CERVANTES Y EL AMOR

Por don CARLOS GONZÁLEZ PEÑA.

A decir verdad, el tema se antojaría caprichoso, cuando no inadecuado. Asociar el amor a una figura excelsa, sugiere cierta idea de exclusividad en cuanto a ese sentimiento, si no es que de mero "donjuanismo". Instintivamente en el amor pensamos al evocar, póngase por caso, a Dante o a Petrarca, merced a la viva irradiación que el amor en sus existencias puso. El amor, como insistente devaneo, nos sale al paso al recordar a Lope, quien siempre vivió entre faldas o pensando en faldas, dedicado a esta "ocupación virtuosa"

Pero nada más lejos de Cervantes. Esa su vida masculina y robusta, esa su vida templada en dolor, lo que menos entraña es pasión o erótico antojo. Toda ella, sobre los altibajos de la desdicha, camina aparte de la dominante pasión arrolladora. Y apenas si habrá —al modo que usualmente ello se entiende— sujeto menos "amoroso" que el hidalgo alcalaíno.

Ignoramos, aunque ello sea presumible, ya se trate de grande hombre o de cualquier quisque, si Cervantes tuvo aventuras de amor en su mocedad. Nada sabemos, en este respecto, de sus correrías por Italia, cuando pobre, desembarazado y libre, una vez salido de la doméstica tropa del Cardenal Acquaviva, dábale al andar curioso por ciudad y ciudad, antes de que sonara el reclamo para combatir al turco. Nada sabemos tampoco de si, en el cautiverio, eróticos requerimientos le solicitaron cerca de alguna dama bien tapada cuyos ojos de fuego incendiaran la leve abertura de púdico antifaz; bien que, de Cervantes esclavo, antes que la mujer, fuese imperiosa amante la libertad, a quien consagró inveteradamente sus ansias.

En realidad, sólo dos mujeres asoman en la biografía cervantina. De una de ellas, tenemos y no podíamos menos que tener corroboración documental. La otra es una misteriosa incógnita.

De vuelta de Argel, pobre y desconocido; anulada, por su invalidez, la carrera de las armas; pesando sobre él la carga de la familia menesterosa, y requerido el recién rescatado cautivo de forjarse posición y hallar recursos

que le permitiesen sobrenadar en la miseria, ocúrrele el que económicamente podríamos considerar menos salvador de los arbitrios; ocurrencia, por lo demás, harto común antes y ahora: casarse. Casarse con mujer que viene a aumentar los apremios, ya que honesta y decorosamente no fuera dado pretender que los remediara y salvase.

Acontece este corriente y nada original suceso en Esquivias, lugar del cabildo de Toledo, lugar famoso por sus ilustres linajes cuanto por sus vinos ilustrísimos. La elegida es doña Catalina de Salazar Palacios y Vozmediano. Por la partícula antepuesta a tan numerosos apellidos, llanamente comprenderéis que no andaba, en ella, el linaje deslucido. No así la dote, en la que contaron treinta y siete pollos, a defecto de las escasas tierras en las que el marido jamás puso ni el azadón ni la codicia.

Doña Catalina cuenta diecinueve años; Miguel, treinta y siete. Doña Catalina, doncella enterrada en un poblachón triste, en un poblachón de esos en que se acecha al amor que pasa, ha vencido la oposición de su hidalga familia para enlazarse con aquel soldado manco, con "aquel poeta decidor y atropellado —palabras son de Navarro Ledesma— que trataba a diario con representantes, cómicas y gente de mal vivir, y cuya familia, por añadidura, andaba siempre empeñada y viviendo sabe Dios de qué recursos".

¡Qué ocasión para una historia romántica! ¡Qué ocasión para que sonaran amorosas dulzainas! Una buena moza —porque hay que suponer que doña Catalina sería buena moza— rompiendo trabas de añejos pergaminos para desposarse con un poeta. El poeta que la arranca de la mezquindad de su agujero aldeano para emprender, abrazado a ella, la ruta procelosa de la vida... Tema habría bastante para tramar interesantísima novela pasional. Sin embargo —y ello sucede y es natural que suceda en los más de los matrimonios—, el que hizo Cervantes, en vez de exultar ardientes versos, se vuelve prosa; prosa corriente, irremediable. Doña Catalina acompaña al escritor por todo el resto de la existencia. Doña Catalina hállase presente junto al lecho de muerte del manco inmortal.

Pero, ¿qué huella dejó en el corazón y en la obra del magno artista doña Catalina? ¿Quién era y qué significó en la vida de Cervantes? No era nadie; no significó nada. Una buena señora, y nada más. En la creación cervantina, no se descubre, de ella, rastro. Recalquemos: no fue nada ni nadie.

Menos sería, si cabe, la otra mujer de quien hay indicios —y fruto— de que se cruzara con aquel genio sin par en los caminos de la vida: la incógnita, la misteriosa Ana Franca. De Ana Franca sólo sabemos que fue madre de Isabel, la hija natural de Cervantes. Pero nada más.

No iluminó el amor, por lo visto, la existencia de Cervantes. Nadie, como él, tan desposeído de amor. Mas, ¿acaecería otro tanto en su obra?

Para un espíritu tan alto como el de Miguel de Cervantes tenía que contar el amor. Nunca la presencia, el crepitante ardimiento de un gran poeta, se explica ni se justifica sin amor. El amor está presente a lo largo de toda la obra cervantina o de lo mejor de ella.

Amor inflama la primera creación en el tardío y definitivo fluir de la vena literaria. ¿Qué otra cosa sino amorosa efusión —falsa, artificiosa, ampulosa, desde luego, pero efusión al fin y al cabo— son las novelas pastoriles? Entre sonar de zampoñas canta el Amor en *La Galatea*. Y no un amor así como así; antes bien, trascendental y con sus puntas y ribetes de filosófico. Cervantes incorpora a su novela páginas enteras de León Hebreo, un tratadista erudito en amorosa materia, al través del cual fulge el eterno lumínar del griego maravilloso. Un centón de ideas platónicas —como ha observado Paolo Savj-López— es la canción de Elicio; un lejano eco de los convites platónicos en los huertos florentinos. “El alma, que se inflama ante la armoniosa belleza de la mujer, despierta pronto a la razón y hace de ella un arma, cerrando el paso a los apetitos sensuales, para entrar con la sola luz del intelecto en el divino campo del amor”.

No obstante, estos almibarados, pastoriles modos de amár que encontramos en *La Galatea*, no son, sin duda, la viva, la humana expresión que del amor nos dé Cervantes; bien que constituyan el comienzo de una pauta, un tembloroso indicio de su manera de entender el amor.

La expresión realmente humana, apasionadamente humana del amor, hallámosla en las *Novelas Ejemplares*. Amor honesto y casto, en primer lugar; pero amor desbordado y magnífico. ¿Qué otro sentimiento sino el amoroso —incontrastable— determina que el caballero don Juan de Cárcamo se vuelva gitano para seguir y no perder a Preciosa? ¿Y por qué, si no por absoluto enamoramiento, otro gentil y noble mozo, don Tomás de Avendaño, se abaja a la condición de criado para merecer a Constanza, la ilustre fre-gona? ¿Y las dos doncellas, las dos doncellas que huyen del hogar paterno, en traje masculino y arrostrando contratiempos y peligros, con tal de seguir —y encontrar— cada cual, al hombre que ama, qué son sino esclavas rendidas del amor? Amor pasión, amor de amor, destella en estas páginas de Cervantes. Pero amor honesto que, aun en el deseo, se idealiza y se retiene. Tan honesta, tan espiritual es la expresión del amor en Cervantes, que Leonora, la mujer del celoso extremeño, en el umbral mismo del adulterio, se refrena. “Sabed —dice a su marido— que no os he ofendido sino con el pensamiento”.

Y esta manera idealista del amor en aquel sujeto, de por vida, tan desprovisto de terrenales amores como fue Cervantes, le acompañará hasta que le rodee el postrer resplandor de su genio: en el *Persiles*.

Es el amor el constante *leitmotiv* en esta “historia setentrional”; el

amor nos guía al través de aquella inextricable selva de aventuras imaginada por el espíritu así profundamente imaginativo como reciamente realista de Cervantes. El amor perenne, fiel, de Persiles y Segismunda —o Auristela y Periandro como ellos se llaman desde el principio de la novela— constituye el lazo que une las desbocadas, las prodigiosas aventuras. Amor en deslumbramiento se nos aparece allí. “El amor —explica Mauricio, uno de los múltiples héroes de la novela— junta los cetros con los cayados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala diferentes estados y viene a ser poderoso como la muerte”. Auristela, la suprema amada del relato, muéstrase, en fuerza de ser hermosa, divina. “Traía —píntanosla Cervantes— toda la gala del setentrion en el vestido, la más bizarra gallardía en el cuerpo y la mayor hermosura del mundo en el rostro”. ¿Cómo no habría, Periandro, de beber los vientos por ella? Pero, ¿qué preconiza de la mujer, qué piensa del objeto de amor ella misma, Auristela, la adorada? “La mejor dote que puede llevar la mujer principal —expresa— es la honestidad, porque la hermosura y la riqueza el tiempo la gasta, o la fortuna la deshace”.

La suprema noción y, por cierto, la más original del amor, encontrámosla, empero, como coronamiento, sobre todo lo que a propósito pudiéramos espigar dentro de la obra cervantina, en el *Quijote*. Dulcinea constituye el símbolo del amor, según le entendía Cervantes. Y ello, no por lo que haga o por lo que diga —pues no hace, ni dice, ni podría hacer ni decir nada porque corporalmente no existe— sino por lo que es según hubo de concebirla el divino loco, a menudo más sabio y más profundo que muchos cuerdos.

Dulcinea no existe sino en la imaginación calenturienta de Don Quijote. Es, según la concibe el héroe, el ser más hermoso, el más puro, el mejor dotado de maravillosas prendas internas y exteriores. Don Quijote no la conoce con corpórea traza. Jamás la ha visto y, en rigor, poquísimos insiste en verla, bien que a todos los vencidos o por vencer les mande que vayan a rendir homenaje a la sin par señora. Cuando el cazurro Sancho se la presenta, tras la noche pasada de claro en claro en el Toboso, en figura de ruda labradora, cabalgando con otras dos de su casta en sendos borricos, tenemos la sensación de que nunca como entonces el Caballero de la Triste Figura se mostró desconfiado en creer algo distinto de lo que sus ojos veían. La falsa y contradictoria Dulcinea no era la de sus sueños, y de ello dio fe el olor de ajos crudos que encalabrino y atosigó el alma al buen andante nunca fatigado. A la Incomparable, él la llevaba dentro: existía por él y en él.

¿Y qué mejor concepción del idealismo amoroso, en forma que no haya manera de desnaturalizarlo ni extinguirlo? Dulcinea es y nunca dejará de ser perfecta; al revés del ente humano, tan sujeto a imperfecciones desoladoras. Dulcinea nunca, a su imperturbable amador, le moverá a desencanto,

por virtud de que no habrá de verla, ni de escucharla, ni —si a mano viene— de padecerla. Mujer igual, jamás la idearon las imaginaciones más ardientes y desatadas. Aparécesenos asimismo Don Quijote como el símbolo inmortal del perfecto amante, justamente por amar a un ser intangible; a una criatura de su propia y personal creación; a una mujer que lleva dentro para sus propios y amatorios usos. . .

He aquí —insisto— el símbolo perfecto del perfecto amor. Lo malo —o lo bueno, según el punto de vista en que uno se coloque— es que, a semejantes perfecciones, nosotros, los hombres cuerdos, los pecadores y codiciosos mortales, no podamos avenirnos. ¡Y de ahí el conflicto!

EL ELOGIO DE CERVANTES HECHO POR DON QUIJOTE

Por don ALFONSO CRAVIOTO.

CAVILANDO me hallaba en una noche, pensativo, y de pronto vide al mismísimo don Alonso de Quijano, desprovisto de adarga y armadura, y sin el embiste de la lanza arremetedora. Hízome venia cabalísima y díjome gallardo:

—“Ya que usarcé concentra sus pensares en don Miguel de Cervantes y Saavedra, cuya progenie tengo y cuya docta pluma echóme por los mundos, viéneme en deseo deciros mis requiebros para el que dándome hálitos de corriente vida, en realidad infundió mi permanencia en las eternidades.

“Magüer de este mi tránsito ya longevo, habedes de alcanzar que, en tratándose de don Miguel, no me siento en penuria de discurso, ni de latínicos y otros tales. Si el cerebro se me secó en comienzos, recobrádome he ya de tal perjuicio.

“Con humildad hilvanaré mi elogio. Más quiero ser prosaico con esperanza de alcanzar la elocuencia, que elocuente con propósito de ser prosaico. Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huída. Y héteme aquí con trance de discurso, y en él me arrojo y sigo. No estará mal que el hijo predilecto haga el elogio de su padre.

“¡Oh mi señora Dulcinea, delicia de mis ojos y luz de mi sér, alumbrá el espíritu de este tu vasallo y vuelca luminarias intensas para bien esclarecer a don Miguel, haciéndolo lucir con más claros fastigios que los que puse yo en tu donosura. Por él fuimos tú y yo. Muy justo es pues que tú me inspires para glorificarlo. Y ya que cumplido no vi mi anhelo por desencantarte; ya que falló mi afán por darte libertad monda y lironda, sigue siendo el mi numen purísimo y hazme fácil la senda para que encuentre lo que busco!

“¿Dónde hallar mis elogios para don Miguel? ¿En mí mismo? Paréceme holgado en vanidades, y sin embargo, cierto es. Un hijo cualquiera adviene mucho al acaso y sus entretelas de alma se tejen de adviento carnal que no de paternal deseo. Pero un hijo, como yo, del propio seso, dice más y mejor

del tuétano espiritual de quien lo engendra. Y harto tuvo que haber en tan ilustre mollera cuando asentó mis redaños como presea reluciente de las literaturas. No pudo dar inmortalidad quien en sí mismo no la hubiere. Y cáteme yo, imperecedero, como alto engendro de don Miguel, que nunca perecerá por su genial prosapia.

“De luengo fueron sus pensares y muy más que de luengo fluíale su lenguaje. Cuño de verbo activo hacía sus expresiones y las trocaba en ánforas de pensamientos deleitosos, así hablase de gentes de pro o lo hiciese de mandrines encantadores o de la insolencia de los soldados turcos.

“¿Cómo pudo tamaño logramiento en la su ideación y en la expresiva forma? Siendo sincero y tornando y retornando a ser sincero. Que es de arte muy mayor el fresco expresar de nuestras directas sensaciones.

“¡Ah, si los hombres hubiesen atingencia educando a sus hijos sin el común rasero, y haciendo que venga a flor su propio individuo, qué más merced de acierto en nuestro mundo, revirginando todo lo que vemos! En la sinceridad está la llave que abre la más honda sapiencia. No hay igual en el orbe para encumbrar el vuelo. Nuestros ojos son propios y no se suplen con ajenos. Se nos educa en ver lo que ya se ha mirado antes. Pero hay que decir nuestra verdad aunque no sea la de los otros, que en haciéndolo de esta guisa nos serviremos en servicio de los más.

“Mucho de tales cosas enseña don Miguel; franqueza plena; nada de taperujos en lo que sentía y nada de refrenos en lo que pensaba. El entregó su alma en todos sus escritos, y por eso, en leyéndolo, se siente que nos penetra un algo de grandeza tamaño.

“Y por lo mismo notamos que aun escribiendo para risa siempre hace que se nos vuelque el pensamiento. Y es que el reír a veces se trueca por la inversa, y resulta donosamente cosa que abunda en reflexiones. La risa, cuando atina, suele ser escarpelo que va a lo hondo. La risa es a ocasiones sólo disfraz de cosa seria. Es como lubricante que hace que las ideas penetren cada vez más en lo profundo. Burla burlando se aligera todo esfuerzo. Y por eso don Miguel, docto en las técnicas, se junta con Demócrito pero también se junta con Heráclito, y mueve a risa o a sonrisa, y en realidad remueve la conciencia del pensar, como aquel sátiro antiguo que ocultaba tras de su máscara sonriente la vera imagen de una diosa.

“Y esto soy yo con Sancho mi rebote. Buena es la piedra del común sentido para afilar el epigrama. Se dardea a lo que viene, y en realidad se da en el blanco de lo que debe ser. La razón vacila en dar su bienandanza para Demócrito o para Heráclito. Sólo los hombres piensan; pero también sólo los hombres ríen. Y mírenme a mí ¿por qué he durado tanto? Porque soy una risa pensante y un múltiple epigrama vestido de armadura.

“Mi caro don Miguel, disteis conmigo en el acierto. ¿Qué mejor que decir cosas muy leves, sugiriendo en verdad cosas muy serias? Si yo ataco a molinos creyendo que combato con gigantes, todos se llaman a mentira; pero si ataco a gigantes verdaderos, pueden llamarse a duda algunos que tal vieren. Si Dulcinea contara en lo accesible, mi amada fuera demasiado humana; pero hago de ella lo inalcanzable y la convierto en el ideal siempre lejano; porque el ideal que se alcanza pierde su magia viva y se convierte en cosa cotidiana. Y esta hambre de perfección nunca saciada, este afán de llegar a una meta y cuando la alcanzamos, siempre tender a otra más lejana, tiene todo el intrínquilis de la vastedad de la acción humana que busca más y más lo indefinido y siempre lo encuentra inagotable. Somos conquistadores de lo infinito y vamos caminando.

“Y hoy por aquí, mañana por allá, después por acullá, suélense arrancar trozos del misterio en que se ven peldaños que harto tientan al incansable instinto ascensional.

“¿Será que sueño acaso? ¿Será que estoy loqueando? Pero en verdad os digo que miro a don Miguel tendiendo la escalera y convidando a todos al ascenso. Y tal vez aquí se halle su suprema virtud emocional. Nunca dejó de orientar hacia lo alto. Nunca dejó de levantar nuestra cabeza para hacernos mirar siempre hacia arriba. Y que el instinto norme nuestros pasos para evitar tropiezos o caídas. Un afán superior eleva siempre. Menguado el que no intenta superarse. O bien se encuentra enfermo, o bien se conformó con simple cosa.

“Querer, ahí encontramos el efectivo talismán. Querer, tal es la clave para cualquier dominio. Querer con obstinación, querer con tenacidad, querer con orientación fija, es apropiarnos de la más viva potencia, es adueñarnos de alas para lograr cualquier ascenso. La voluntad lo puede todo cuando se aguza bien con pertinacia.

“Y tal fué don Miguel, tenaz activo que se propuso superarse a sí mismo, suscitando a los otros a que también se superaran. Esto es la caridad espiritual bien entendida.

“Sí, don Miguel fué un gran caritativo. Con qué mesurada complacencia pinta mis yerros y acoge mis dislates. Me trata como a cuerdo cuando sabe que traigo la cabeza al garete, y disculpa mis deliquios plasmándolos en gracejadas de calibre. Y aliviando mis penas me hace soñar en Dulcinea, rebotando mis cuitas con no superado alborozo. Bien haya don Miguel que así me hubo trovido con trovas no cantadas antes pero que ya se han convertido en trova universal, pues que dicen las gentes que soy símbolo. ¿Símbolo de qué, o emblema de cuántos? La verdad es que soy como cualquiera, si este cualquiera piensa como yo. No me siento distinto de ninguno si este ninguno

no es distinto de mí. Porque bien apuesto ochavos y maravedís a que a las vegadas todos suelen sentirse don Quijote mismo desfacedor de entuertos y de agravios.

“Y ved en esto la singular elevación de don Miguel. Pudo refundir en mí un trozo primordial de humanidad. No dejo de espejear para gente de propósitos altos. Cualquiera bien nacido encuentra en mí claros reflejos de su alma. Impongo el valor para que no impere la cobardía. Desfago los intentos de yangüeses y cumplo el efeto para el que el cielo me arrojó en el mundo, favoreciendo a los menesterosos y opresos de los mayores. ¿Qué tendré yo de loco? o ¿acaso es de locura luchar en beneficio de los más? Si fuese así, me quedo con lo loco; pues menguado el cuerdo que si está viendo el mal no lo deshace.

“Bien haya don Miguel que así me hizo y que tales arrestos me infundió. Y si respetáis mi alma, gloriad la de don Miguel que me dió parte de la suya. Hombre de tal catadura de ánimo mucho merece el respeto de los póstumos. Gloriad a don Miguel, cunda su nombre como emblema del más alto pensar y del mejor decir. Honor y grande es para España el hablar con la lengua de Cervantes. Honor y grande fuera para el mundo pensar con la cabeza de él.

“Que para todo trance amargo, para cualquier acechanza de la suerte, para las truhanerías de los follones, no hay como enarbolar muy en lo alto el pendón que supo levantar gallardo el valeroso hidalgo llamado don Quijote de la Mancha...”

Así dijo y luego se fué, no sin haberme vuelto a hacer su venia cumplidísima.

Y conste que mi humildad también se adhiere a la insuperable gloria de Cervantes.

CERVANTES EN LAS LETRAS DE HISPANOAMERICA

Por don RAFAEL HELIODORO VALLE.

SI en *El semejante a sí mismo* de don Juan Ruiz de Alarcón, algunos críticos han advertido la influencia de *El curioso impertinente* —no importa que Cervantes y don Juan no se hayan conocido personalmente en uno de los alrededores de Sevilla, como lo repitió o lo inventó Fernández Guerra—, y si Don Quijote nos trajo muchas semillas del erasmismo —como lo han probado algunos doctos ingenios—, ya se puede afirmar que Cervantes entró en nuestra América, peleando con buenas armas, derramando la tinta antes que la sangre. Así lo proclaman *La Quijotita y su Prima* de don José Joaquín Fernández de Lizardi; el diálogo entre Sancho Panza y Bonaparte que Francisco Meseguèr publicó en España y que fue reproducido aquí en 1809; el *Papel de desafío de Don Quijote de la Mancha a Chepe Botellas*; *Las fazañas de Hidalgo*, *Quixote de nuevo cuño*, *facedor de tuertos*, de don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador (1810); el *Nuevo encuentro de Don Quijote y Sancho Panza en las riberas de México*, por Ignacio Carrillo y Pérez (1811); y *El ¡ay sí! por vida de usted o el Quijote americano*, que en doce décimas parangonaba a don Miguel Hidalgo con el caballero impar. Buen parangón que el otro Miguel celebraría con desusado regocijo como hoy celebramos la equivocación de don Ignacio Aguilar y Marocho en un famosísimo libelo.

LOS CERVANTISTAS

Pero entre los que buscaron en la obra cervantina un manantial de estudio y de creación literaria, hay que señalar en primer término a don Pablo Moreno, quien en 1841 publicó en Mérida de Yucatán *Algunas observaciones críticas sobre Don Quijote* y en segundo lugar al cubano Ricardo del Monte (1830-1909), el autor de nueve sonetos que han sido amorosa-

mente compilados en uno de los volúmenes de *Evolución de la cultura cubana* (1928) y uno de los cuales dice así:

*Prestó a tus huesos misero hospedaje
tu tierra, adormecida en densa bruma;
orgullosa de ti, ya se consuma
tu desagravio del inciente ultraje*

*y el mundo de Colón con homenaje
de una en otra región tu efigie abruma,
desde el solar que fue de Moctezuma
hasta el confín del patagón salvaje.*

*Tejen los hijos de la Ibera raza
coronas para ti. Si entre ellas brilla
torcida rama de laurel cubano,*

*sea para bien, tu gloria nos abraza;
así entre España y la remota Antilla
tiende la mar su inmensidad en vano.*

El tercero, en orden cronológico, sería don Juan Montalvo, el de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes: Ensayo de imitación de un libro inimitable* (1882); y el cuarto el gran peruano don Ricardo Palma, cuyas tradiciones siguen siendo indispensables para el lector que desea el pan diario de la risa. Logró Palma adentrarse tanto en el paisaje interior de Cervantes y en las vicisitudes milagrosas de su estilo, que pudo construir el suyo con los más finos materiales de nuestro idioma. Sus divagaciones sobre *El Quijote en América* siguen iluminando el mapa de la erudición cervantista; pero hay unas décimas suyas, escritas en la última página del *Quijote*, que deben repetirse en esta fausta ocasión:

*Hoy como ayer, en la tierra
¿qué vemos? Solemnes zotes
que echándola de Quijotes,
viven con el juicio en guerra.
Es esto verdad que aterra;
pero, en el social fermento,
¿qué es el hombre, ese portento
que a los demás avasalla?
Un loco siempre en batalla
con los molinos de viento.*

*¿Qué es su ciencia? Negaciones.
¿Y sus hazañas? Locuras.
Ciego que camina a oscuras
juguete de sus pasiones.
Acariciando ilusiones
no sabe lo que desea,
y en la revuelta pelea
de angustias y de esperanzas
va siempre rompiendo lanzas
en pro de una Dulcinea.*

*El doctrinario ambicioso
que va quimeras sembrando,
corre en sus sueños de mando
tras la dama del Toboso.
¡Gloria! Miraje engañoso.
¡Fortuna! Mar sin bonanza.
Tras una u otra se lanza
que al cabo, en la tierra impía
cada loco ha su manía
como dijo Sancho Panza.*

*Mientras más, señor Miguel,
corren del hombre los años
trayéndoles desengaños
amargos como la hiel;
mientras más el oropel
de la vida le fascina,
vuestra pluma peregrina
más le llama a la razón
y, aunque es perdido el sermón,
¿quién no aplaude la doctrina?*

Enamorados de la obra cervantina fueron también el mexicano don Luis González Obregón, el primero en postular la fecha en que vino a México el primer ejemplar de *El Quijote*; y el chileno don José Toribio Medina, quien anotó, estudió y publicó *La tía Fingida*, esa tía que en 1941 reapareció en Madrid gracias a una travesura de Alfonso Reyes y Enrique Díaz Canedo parangonada a doña Emilia Pardo Bazán, en un imaginario artículo de don Francisco A. de Icaza, que se publicó en una revista imaginaria, y que con su solo anuncio, debe de haber producido a doña Emilia y a don Francisco ver-

daderos "duelos y quebrantos". Se deben también a Medina una edición crítica y anotada del *Viaje del Parnaso*, *Cervantes en las Letras chilenas*, *Cervantes americanista: lo que dijo de los hombres y cosas de América*, *Escritores americanos celebrados por Cervantes en el canto de Calíope* y uno muy importante, en el que pretende aclarar que *El disfrazado autor del Quijote impreso en Tarragona fue Fray Alonso Hernández*.

Después de Icaza, quienes más han estudiado y divulgado en México la obra de Cervantes, han sido don Carlos González Peña, quien ha comentado afirmaciones de Unamuno, Marejowski y Raymond Récouly; don Erasmo Castellanos Quinto, uno de nuestros escritores que no escriben; y los licenciados don Francisco J. Santamaría y don Alejandro Quijano, quienes han estudiado a fondo los documentos judiciales de *Don Quijote*, que el cubano Aramburo y Machado puso en orden.

A Cuba debemos algunos maestros de la cátedra cervantina: don Enrique José Varona, cuya conferencia del 23 de abril de 1883 en el Nuevo Liceo de la Habana sigue siendo memorable; y cuyo estudio *Cómo leer el Quijote* es el más espléndido testimonio de su magisterio; don José Antonio Rodríguez García, don José de Armas y Cárdenas, quien atribuyó primero a Cervantes y más tarde al Duque de Sessa la paternidad del *Quijote* de Avellaneda; don José Antonio González Lanuza, que estudió *La Psicología de Rocinante*; don José María Chacón y Calvo y don Emilio Gaspar Rodríguez.

Pero entre los cervantistas de más solvencia, por su erudición, su gracia, su atención incondicional a la vida y la obra de Cervantes, resplandece como crítico don Francisco A. de Icaza, gloria de las letras mexicanas y españolas. Son frutos insignes de su ingenio: *Las novelas ejemplares de Cervantes; sus críticos, sus modelos vivos y su influencia en el arte; De cómo y por qué la Tía Fingida no es de Cervantes y otros nuevos estudios cervánticos; El Quijote durante tres siglos, examen de críticos; Supercherías y errores cervantinos puestos en claro*; su discurso al inaugurarse en 1924 la Biblioteca Cervantes en esta capital; y otros ensayos que le sitúan entre los hombres de letras que entregan el poderío de la imaginación al servicio de la verdad. Pero Icaza era todo un señor poeta, y no podía menos que dirigirse a Don Quijote en estos términos:

"¡Oh famoso caballero
el de la triste figura!
Ha reído el mundo entero
tu locura,

*sin pensar que en el abismo
término de las edades,
locuras y vanidades
son lo mismo:
que por diversos engaños,
cubiertos con altos nombres,
van a matarse los hombres
en rebaños;
y en aventuras andantes
piensan por encantamiento
que los molinos de viento
son gigantes...*"

El puertorriqueño Sergio Cuevas Zequeira con *El Quijote y el examen de ingenios*; el dominicano continental Pedro Henríquez Ureña con su *Introducción a Las Novelas Ejemplares*; los colombianos don Miguel Antonio Caro y don Marco Fidel Suárez; y los chilenos don Julio Saavedra Molina y don Julio Vicuña Cifuentes, dan realce a la nómina de los cervantistas de mayor prestancia en Sudamérica; así como los argentinos Paul Groussac, Luis Ricardo Fors —el de *Criptografía quijotesca*—; Ricardo Rojas, que ha publicado un estudio sobre Cervantes, valiosísimo, y ha editado por primera vez su obra poética en verso; y por último Arturo Marasso, el de *La invención del Quijote*, y Juan Millé y Giménez, quien —como Medina, Groussac y Marasso— ha sido uno de los más empeñados en esclarecer quién fue el nunca bien mentado Avellaneda.

LOS ESCRITORES CERVANTISTAS

Muchas de las mejores páginas de los escritores y poetas hispanoamericanos han hallado animación en los temas cervantinos: el colombiano José María Samper dejó las emociones de sus visitas a La Mancha y la Sierra Morena; los mexicanos Ignacio Montes de Oca, Luis G. Urbina, Victoriano Salado Alvarez y Salvador Díaz Mirón, quien después de leer *El ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes* de Navarro Ledesma, escribió uno de sus mejores poemas; el venezolano Rufino Blanco Fombona; el uruguayo José Enrique Rodó, que ve en Don Quijote a Cristo a la jineta; el costarricense Rafael Cardona —el de *El sentido trágico del Quijote (Acotaciones y quijoteos)*; el panameño Octavio Méndez Pereyra; el venezolano Mariano Picón Salas, que ha sorprendido a Don Quijote presidiendo la nueva caballería "e

incorpora a su aventura a gentes de carne y hueso"; el chileno Augusto D'Halmar, el de *La Mancha de Don Quijote*, un libro que cervantistas y cervantómanos devoran; y por último el argentino Alberto Gerchunoff, que a través de *La jofaina maravillosa* y de su farsa *El palacio de Dulcinea*, ha demostrado que en nuestra América aún hay sol en las bardas.

LOS POETAS

No podían los poetas faltar en la gran fiesta cervantina de la América hispánica: los cubanos Enrique Hernández Miyares, con su soneto *La más hermosa*, y Luis Falcato con el suyo *Don Quijote de la Mancha*; los mexicanos José María Roa Bárcena con *El regreso de la Mancha*; Justo Sierra, José Peón Contreras y Jesús E. Valenzuela, han quemado fragancias poemáticas en loor a Cervantes y a sus criaturas eternas.

Un día de 1884, hallándose en casa de Agustín F. Cuenca, éste y sus amigos Manuel E. Rincón, Juan de Dios Peza y Manuel José Othón, improvisaron un soneto, que decidieron firmar con el seudónimo de "Juan Manuel Vargas":

*¡No ha muerto Don Quijote! Se pasea
adarga al brazo por la historia humana,
aún vive Sancho entre la gente llana
y asoma en cada sueño Dulcinea.*

*Aún rompe lanzas en tenaz pelea
con la austera verdad la ilusión vana;
se suspira por la ínsula lejana,
y un amor imposible se desea.*

*Aún va la humanidad en su quebranto
mezclando en el camino de su vida
con sus risas homéricas el llanto.*

*Y aún tiene en su inquietud y su reposo
el honor en un sitio que se olvida
y la felicidad en el Toboso.*

Uno de los poemas de Valenzuela recobra en estos días su ingénita hermosura:

*¡Oh España! Madre de dolor, un día,
de civilización alta maestra,
alzaste de los mares con la diestra,
la América en inmensa profecía.*

*Símbolo del Quijote, tu porfía
llenó con sus hazañas la palestra,
y hoy a los ojos de los pueblos muestra,
abierto tu costado, herida impía.*

*Mas mientras viva el pensamiento humano
y brille en los espacios un lucero,
última antorcha en la divina mano,*

*copia de lo ideal, o verdadero,
desfilarán, en el confín lejano,
la dama, el paladín y el escudero.*

El soneto de Luis Falcato, que apareció en el *Diario de la Marina* de La Habana, dice así:

*Caballero sin tacha y sin ventura,
nunca bien alabado don Quijote
de malandrines implacable azote,
compendio de valor y donosura.*

*Ya loco, ya modelo de cordura,
pagaste de los males el escote
admirando el más sabio y el más zote,
tu hidalgo proceder y tu bravura.*

*Pero si en esta edad resucitaras
y tanto malandrín en ella vieras,
es seguro que, al verlos te arredraras,*

*y "corrido", a la tumba te volvieras,
por no exponerte, de tu arrojo en aras
a perder las virtudes que tuvieras.*

Pero entre todos ellos, como un sol de ardiente melancolía, ninguno ha convivido con Cervantes y Don Quijote, en ciertas estaciones de su poesía,

ni los ha desentrañado en su íntima —honda, profunda— entraña, oyéndolos, sufriendo sus desgarraduras, y, solo en su soledad, sintiendo las miradas de los dos caballeros errantes ninguno como Rubén Darío, cuya *Letanía a nuestro señor Don Quijote*, “nadie ha podido igualar todavía”. Rubén les amaba desde niño, como don Andrés Bello, como don Bernardino Rivadavia, como don Francisco de Miranda.

—¡Un caballero alto, flaco y con una lanza!

¿No es esta la mejor biografía de Don Quijote, la que Henríquez Ureña escuchó al niño, que acababa de leer la vida milagrosa del “rey de los hidalgos”? Un niño que bien pudo haberlo conocido a través de las adaptaciones de Monteiro Lobato o de Mario Falcas Espalter, o de los dibujos de Roberto Montenegro.

DON QUIJOTE EN EL TEATRO

Don Quijote se ha fugado varias veces de la prisión cervantina. Su primera escapatoria en Hispano América fue la noche del 9 de febrero de 1871 cuando se estrenó en el Teatro Nacional de esta metrópoli *Don Quijote en la venta encantada*, una “chistosísima zarzuela” en tres actos, con letra de don A. García y música del mexicano don Miguel Planas. Representó al sublime caballero el señor Loza y hubo una segunda función el 12 de aquel mes.

Otra zarzuela en un acto y en verso, titulada *El manco de Lepanto* se representó en el *Teatro de Tacón*, en La Habana, el 23 de abril de 1879, apareciendo en la escena Cervantes muriéndose, pero socorrido por Lope de Vega.

El 9 de octubre de 1905 en el *Teatro de la Paz*, de San Luis Potosí se llevó a la escena *El último capítulo*, drama en que Manuel José Othón revive a Cervantes en su casa, conversando con las mujeres de su familia, el licenciado Pérez Palacio y Maese Nicolás. Ese mismo año se publicó *Dulcinea*, la tragedia en que Jesús Urueta pone máscaras a Cervantes y Shakespeare, Don Quijote y Hamlet, Ofelia y Sancho.

En este año ha habido varias representaciones: la de *El retablo de las maravillas*, en la Asociación de Artistas Aficionados de Lima; la de dos cuadros de *El Retablo de Maese Pedro* por Bertha Singerman, en Bogotá; la del *Retablo de Don Quijote* por Angel Lázaro, en La Habana; y en el Palacio de Bellas Artes, de la ciudad de México, la adaptación de *El Quijote* hecha para los niños por Salvador Novo.

DON QUIJOTE REDIVIVO

Entre las noticias encantadoras que han aparecido en letras de molde, ninguna como la que proporcionó el diario *El Comercio* de Lima, el 23 de abril de 1916: según el autor anónimo, Don Quijote hizo su primera salida el 28 de julio de 1604 y la segunda el 3 de octubre del mismo año; cayó enfermo el 30 de diciembre y así se hallaba el 8 de enero de 1605.

Ha rodado muchísima agua entre los molinos, muchas rosas han caído de las almas; pero en los nidos de antaño hay pájaros hogaño. El héroe, invicto, "coronado de almo yelmo de ilusión", está en pie. Alguna vez don Justo Sierra comentaba así el último episodio trágico del Imperio Español: "Lo que veía Claretie era la vuelta a su casa, para morir, del Caballero de la Triste Figura. Ese mismo día se abría en la historia de España el período de Sancho. Lo dijimos en otra ocasión, lo repetimos ahora, que sea para bien; no hay un sólo síntoma de salud fundamental en un pueblo latino que no nos interese a los mexicanos; y en España más quizá por razones de pasado y de porvenir. Que sea para bien, con tal que la muerte de Don Quijote no sea para siempre; sería esto deplorable hasta, y sobre todo, desde el punto de vista estético. Nos parecería que la civilización dejaba caer de su sombrero el penacho, el de Cyrano de Bergerac, precisamente. Mas no hay cuidado, Don Quijote es inmortal".

UNA NOTA CERVANTINA

EL ALMA SEÑERA DE CERVANTES

Por don SALVADOR CORDERO.

POR un afán reconcentrado de su elevado pensamiento, el inmortal autor de *Don Quijote de la Mancha* sostenía, en el ideal reformador de su vida, intacto el sentido filosófico de sus grandes meditaciones del solitario en el encauzador de lo que él, seguramente, juzgaba trayectoria del alma para el claro predominio de la voluntad hecha firmeza y de la conformidad con todas las penas que lo atormentaban y con todas las miserias que se le presentaban de improviso.

Desde este punto de vista, la existencia siempre batalladora de este mágico espectador del fenómeno social y humano de su tiempo, era el anteojito iluminado, sin el fondo peregrino del arte de sus meditaciones en el arte genérico de la pobre humanidad, representada por el girar doliente de sus pasiones, amarguras, entusiasmos y decaimientos a compás del origen mismo de las tradicionales leyendas del Cid Campeador y de lo que en el rey don Alfonso el Sabio fue experimental filosofía del mundo, sin el negro fantasma de la superabundancia de mixtificaciones de la Edad Media, en que a España le tocó vivir ausente de lo que hubiera sido el renglón aparte de las doctrinas escolásticas que en los monasterios y en las celdas de los conventos representaron la cultura unilateral sin ventanas abiertas a lo porvenir amplio y alegre del libre albedrío; de la pasión hecha energía espiritual y de la fe como márchamo del corazón en el nítido misterio del Ecclesiastés.

En el grato esperar del ilustre príncipe de las letras castellanas, la silenciosa regla del amor social sin el cálido mecanismo de lo intranquilo en lo desbordante de sus ideales del escritor enamorado de todo lo que sentía, observaba y presagiaba, las letras humanas le fueron allegando el ciclo empírico de ese mal social de su época; pero como él poseía la varita de virtud del peregrino para ahuyentar los fantasmas a su paso, Dios le dio tanta luz del pen-

samiento nativo en el pensamiento universal, que fue la llama trémula de su existencia en el espejo de la humanidad soñadora, descarriada y llena del trágico emblema de las pasiones desorganizadas de aquel tiempo todo confusión de intereses, anhelos y locuras cimentadas en el pasado embrionario de su historia.

Esto, que es apenas breve exordio a nuestro corto trabajo, va a guiarnos por la selva oscura del hombre más glorioso del siglo XVI, en el arco perfecto de lo que él edificó, adornó y reglamentó para escribir el libro de más color castizo que hasta la presente edad es la biblia del sentido genérico del mundo en el hermoso cuadro de los siglos de oro.

Por un antiguo esperar del sentimiento, que en Cervantes fue el paso amoroso de sus grandes fantasías del pensador, Dios le ponía, igualmente, en el rito elegíaco de su vida llena de penas y trabajos, la regla espiritual del silencioso nauta de la paz del alma, pero como la existencia de este genio literario iba al súbito frenesí de las horas negras de esa indiscutible relación entre el pensamiento y la vida, poco alcanzaba de fe y de luz en el severo pensamiento suyo.

Cada vez que el ideal artístico le llegaba, aun teniendo que batallar con los tristes dominios de sus más hondas preocupaciones y de sus más ahincados ensueños del sobre cerrado de la felicidad, Cervantes oía la historia de España a través de lo que, siglos atrás, fue el panorama ensombrecido de las grandezas de Castilla y de la esperada reforma social para terminar con las necias especulaciones que representaba la historia de cada monarca en cada vasallo sujeto a la voluntad omnímoda del autócrata. Su gran fijeza ideológica, como lo demuestra en muchas de sus admirables obras, tendía a la reforma del imperialismo, para hacer de su patria la dulce sirena del retocado centro espiritual, sin las pobres fatigas del siervo en el despótico procedimiento de los gobiernos impenetrables a todo sentido de la realidad del pensamiento sobre la realidad del estado social que pesaba sobre las almas a manera de negro encuentro con la zozobra y el temor.

Cuando, decepcionado y mísero, el ínclito autor de las *Novelas Ejemplares* se olvidaba de sí mismo para únicamente referirse al tributo feliz de su patria, a la que defendiera con su sangre, el pausado registro de esa ajustada realidad lo llevó a ver en el tiempo en que le tocó florecer, no el intenso fenómeno de la igualdad del alma en la igualdad de la vida y, por eso, pensó escribir, como lo llevó al cabo, la obra que fue, es y será guía del espíritu ideológico a la par del espíritu social, por ser el *Quijote*, no la leyenda del hombre entrenado en su locura, sino la faena de lo que el ángulo mejor del arte divino le puso de lado, sin dejar de verlo de frente.

Por un notorio sistema de la experiencia reclinada en el fenómeno del

propio mal social de su época, Cervantes recogía las festinadas enemistades de sus contemporáneos; se plasmaba en el horóscopo de la vida diaria, y catalogaba el dolor de sus miserias y quebrantos en tan relativas notas que, al poner el arco de la fe en las angarillas del espectro airado, iba a esas peleas sociales en el plácido aumento de sus gananciosas horas del meditador.

Y era que este poderoso intelecto obraba de acuerdo con el recio espíritu de la época; se reconcentraba en sus meditaciones más elementales del forjador de ideales y pasaba sobre las llamas de la inquina y del desconcierto ajenos, en el inalterable soplo de la indiferencia, sin recogerse en la pesadumbre y el error.

Cada vez que el día le ponía las tupidas grandezas del sol en el dorado reflejo que llegaba a su humilde mesa de trabajo, don Miguel de Cervantes Saavedra se pasaba del místico al erudito; invocaba la austera gravedad del pensador entusiasmado con su obra y, sin dolerse de lo que el predominio colectivo opinara de sus escritos, realizaba dos cosas a la vez: pensar sin sufrir y sufrir para no pensar.

Como si las ideas que en el *Quijote* iban particularizando la génesis arqueológica del tiempo ido, para el tiempo en que el genio de la raza hispana fabricaba castillos en el aire; se aventuraba por los ignorados senderos de la ideología reformadora del pasado caballeresco y galante; pulía el sentido de la remota faena doméstica y estudiaba a su personaje tal como él lo veía, lo oía, lo sentía y, por eso, le daba la rodela y la lanza, el ímpetu en la acción, la paradoja en la locura, el afán perseverante en el combatiente, y ese fino, agudo, dulce y hasta amoroso deleite de las satisfacciones del *orate* que primero se juzga a sí mismo para después juzgar a los demás.

En cada dominio del arte maravilloso del escritor personalizado en sus obras inmortales, el genio de Cervantes ponía algo del genio de su raza, no precisamente en lo escondido de las ilusiones genéricas, sino en lo propio, en lo íntimo y en lo que le parecía la resta del dolor humano sin la suma nutrida de sus individuales trabajos y esperanzas.

Pudo el arte encendido del manco de Lepanto ir a las glorias ancestrales del callado signo de sus amores del mundo; porque si el arte del escritor filósofo se pasaba al arte del observador atinado, las leyes de su pensamiento giraban en dos particulares esferas de atracción, para la sola teoría de la vida en sí, sin su vida pobre y llena de quebrantos.

Cuando el amable frenesí de la historia de su patria le ponía las auroras del pasado glorioso en el pasado batallador, su fe en el raro proceso de las relaciones humanas, iba tejiendo el hilo de la esperanza en los ritos alegres de sus poderosos y finos sentimientos; se abstenía de darles a sus entusiasmos generosos el pálido guarismo de esa historia y, seguramente, cada vez que toma-

ba la pluma y escribía, su pensamiento volaba en pos de la leyenda del alma universal y divina que en él gravitaba al ritmo del sostenido silencio de su corazón. Y era que Cervantes —fausto regocijo para el escritor—, retenía en sus lineamientos sociales no el ideal civilizado de su tiempo, sino el ayer de la historia que tantos anhelos le sugería al pensar en ella y al sentirla en el índice moderador de su propia génesis creadora.

Sin el mecanismo de sus intensas manifestaciones del pensador en el escritor penetrado del bondadoso anhelo de la religión católica, Cervantes situaba la inquina de sus contemporáneos lejos de las vanas ofensas para él; jamás se detenía a analizar el torpe proceder de quienes apenas sabían que era el genio universal del hombre que supo hilvanar la historia con la leyenda, el mito con la realidad y el palacio con la choza en las enormes facultades psíquicas que en él fueron dominio absoluto para el arte literario de la época más floreciente de las letras españolas.

Cuando se aligeraba sus penas y se inclinaba a seguir en el paulatino empleo de sus inmensas alas del ingenio, su norma específica era ser el diámetro esmerilado del antiguo ejemplo de los taumaturgos de la Edad Media; sospechaba, quizá, que en el ardiente pasado la vida tumultuosa de los reinos siempre en pie de guerra, no significó el arrojo tenaz, sino el meditado ejercicio de lo que sería el mejor camino para conquistar la paz.

Cada vez que en sus inquietas ilusiones por alcanzar la meta del soñado símbolo racial, le ponía a su héroe máximo don Quijote de la Mancha el rito de las horas intranquilas del combatiente en el imaginativo, las sostenidas perspectivas del ingenio iban a las desplegadas alas de su lírica ambición del fabricante de personajes iguales a los que pasaban por la vida misma en el escenario reformador del pasado; y solo, amoroso, tierno y hasta emocionado les daba a don Quijote y a Sancho el brillo de las agujas metálicas del mundo, satisfecho con haberlos creado, para presentarlos al pueblo en su patria como un jirón del propio predominio de la historia.

Cuentan que tan austero varón; tan religioso creyente y tan feliz repatriado de la esclavitud andaba por las calles de Madrid bastante abstraído en el resorte de sus trabajos literarios que, cuando alguien lo saludaba llamándolo por su nombre, el sistema del saludo no era el de la gris esclavitud de Argel; sino el pintado ardor de las fantásticas grandezas de quien se unía al saludador para sentirlo un tanto parecido al licenciado Vidriera héroe de sus *Novelas Ejemplares*, e iba a la pensativa escena del que saludando no sabe a quién saluda, ni menos a quien, llamándolo por su nombre, lo obliga a contestar el saludo.

Si en el arco geométrico de las risueñas fiestas de su alma sola y bella,

el autor más florido del habla castellana se deleitaba en el sistema feliz de un animoso propender a la tarea del pensador sin el desconcierto de sus tristezas y agravios, era porque él, grave arbitrio del católico enamorado de las pompas litúrgicas, confiaba en que el signo amoroso de sus trabajos del escritor ascendiera a la espiritual grandeza de su pausado pensamiento en momentos en que la vida le daba una poca de satisfacción divina, para no dejar de pensar en lo que ya era el movido frenesí de sus anteriores penalidades del cautivo.

Tanto era así que en el despejado sendero de sus constantes y elementales trabajos, cuando percibía la savia del genio, sin el sentido fúnebre de la historia, se pasaba a los enérgicos retoques de su espíritu; escuchaba el murmullo de sus fes en sus particulares arrebatos del forjador de ensueños, y ponía en cada capítulo de su maravilloso libro del Quijote algo de lo que en el fondo de lo ignorado para lo conocido, venía a descubrirle nuevos horizontes y a perfeccionarlo en el narrador, sin dejar de obtener especiales dominios en el observador y en el filósofo.

Con el sentimiento en consorcio con la vida, Cervantes establecía en las nada amables circunferencias del pobre sin el rico del dinero, lo que siempre ha sido racha de fatalidad para los grandes hombres en el rudo batallar para vivir; pero como él nació para luchar, sabía también que si la vida es cruel encuentro con la realidad pasiva del mundo, Dios le daría no el pan y la sal del mísero en el intranquilo, sino la luz de la esperanza en su radiante pensamiento, para ir tejiendo la malla del corazón en quietas reformas del propio y evolutivo afán por vivir sin padecer gran cosa, aun padeciendo por vivir en perpetua fatiga con la pobreza.

Un día el manco de Lepanto se puso a escribir el pliego más nutrido de observaciones en las pintorescas aventuras del famoso caballero andante; y al tomar la pluma de ave, sintió que el corazón le dolía; al punto suspendió su trabajo; reclinóse de espaldas en su cojitranco sillón de anea y, como ese dolor fuera el pasajero sin el perseverante, pudo, pasado corto lapso, regresar a la pluma; aplanchar el papel y sentir, no el corazón sin el dolor, sino el dolor de Sancho que, asomado a la puerta de la venta, creyó que su eminente creador ajustaba ya sus cuentas con el mundo; y entonces Cervantes escribió aquello que reza: —“Sancho amigo, la noche se nos va entrando a todo correr y con más oscuridad de la que habíamos menester para alcanzar a ver con el día al Toboso”.

Con un férvido entusiasmo en otro lírico romance de las letras, la paciente labor del ilustre autor de tantas maravillosas potestades de su alma tierna y siempre dispuesta al ejercicio del bien, le acarrea el convencimiento interno de lo trascendental de su obra, no precisamente por el girar del pensamiento en ella; sino por las grandezas del horóscopo divino que le daba

el cincel para cortar la piedra y el atino para ir construyendo el edificio, sin fijarse en las ásperas grietas del fondo doloroso de su vida.

En un antiguo código de la Edad Media, uno de los más destacados pensadores de esa época, un tanto turbia y enigmática; pero de apretados lazos del ideal colectivo, sustentó la tesis de que si el sufrimiento es pauta enemistada del bienestar del corazón, el hombre debe retocar su vida, sin ponerle más de lo que Dios le da para lo que él se busca, no en las tormentas del mundo, sino en el silencio de sus sosegados crepúsculos internos, guía y camino de lo que el sér espera, para lo que Dios permite, sin menoscabo del íntimo preludio de la eternidad. Quizá Cervantes sabía esto, y si no lo sabía lo presentía; porque él, línea gloriosa del viaje a compás de todos los embates, se rectificaba en sus proceder humanos e iba al regocijo del escritor en el posible sentimiento del meditador en los paisajes divinos.

Nada era en verdad para tan alto espíritu el negativo bienestar para el positivo azote del luchador incansable, ajeno a quejumbres y soliloquios de su mala suerte; porque siendo el afán de la esperanza su personal encuentro con las limitaciones del diario batallar para vivir, ello le daba el rumbo sin la brújula; el horizonte sin las nubes y el fino sentido del que sabe practicar la fe dentro de la resignación, y la dulzura en la noble actitud del pobre que se levanta y se enfrenta con las sorpresas del destino que ya en la vejez le traían el recuerdo de las muchas horas de amargura por las que fue pasando su alma, intacta como un lirio que ni se dobla al huracán ni se marchita con los ventisqueros.

Abstraído y alejado por completo de las festinadas miserias de la humanidad, que él iba registrando en las constantes tareas del escenario íntimo en que flotaba la perspectiva del observador, debe de haber tan insigne varón, creador de personajes reales, optado por seguir lo que su espíritu reconcentrado le daba, para lo que él aprovechaba, sin más interés que legarle a los siglos el cuadro revelador de una época en que el estado social propendía a las reservas de la felicidad individual por tal de extenderla al dominio absoluto de facultades dirigidas aún al ideal caballeresco.

Nunca creyó Cervantes que su libro inmortal de *Don Quijote de la Mancha* lograra el máspreciado tesoro de la leyenda en la historia de su patria; tal vez al escribirlo pensó en sólo referirse al movimiento de las numerosas circunstancias que en el medio social de su tiempo eran las atrabiliarias en las permanentes y las caballerescas y aun pícaras en el fondo, si no corrompido, sí substituido por el fenómeno agitador de la política reinante, toda confusión y emergencia de proceder que llegaban al corazón del pueblo en el entretenido regocijo de la locura colectiva, para la individual de su célebre desfacedor de entuertos.

En una especial gravedad del arte literario de tan conspicuo escritor, sus encontrados pensamientos se unían a la lejana especulación de lo que él concebía para lo que él ignoraba; sus anteojos del observador fiel de su época seguían las corrientes impetuosas del origen de la historia de su patria para el término de la leyenda en que sus viejas crisis del luchador por el pan de cada día, asumían el vértigo del homenaje espiritual en plena producción artística.

Cuando el gran mutilado se oía en las zozobras del mundo y se distanciaba de las ardientes ilusiones en el pobre para el menesteroso, sus amores de la vida se recogían en sus amores por la muerte y era la indicadora plenitud de la fuerza del genio ante la fuerza ciega y torpe del destino. Por eso Cervantes nunca tuvo el resplandeciente aspecto de los felices; sino la agitada circunspección del tintero de su existencia para la pluma enemistada con el trabajo alegre y santificado de las bellas horas del vivir.

Con el remoto espectáculo de las anteriores penas del cautivo en el perenne soñador aherrojado por el peligro constante de su esclavitud en Argel, consideraba la felicidad del hombre tan lejana para él, que jamás suspiró por ella y siempre lo hizo en las metamorfosis de lo que sus sufrimientos y trabajos le ponían a medida que iba avanzando en años y en achaques del organismo.

Cierta vez que ante su mesa de trabajo se reclinó en las avasalladoras suspicacias de sus vanas luchas por obtener tranquilidad y paz en su labor literaria, el arco severo de su inmensa fe en Dios, lo adentraba en tan pausadas grandezas del meditador que casi no sentía el desasosiego ni la amargura; y así pudo, libre ya del dolor, darle a éste tan inmensas alas en tan certeros mecanismos para mover a sus héroes del libro inmortal, que éstos le pusieron la arquitectónica majestad del sentido universal en el sentido particular de lo que, siendo sufrimiento, terminó por ser la risa del viejo en el sedante retorno de sus tristes recuerdos y de sus pensamientos angustiosos del meditador en el necesitado de consuelo.

Un gran perímetro del ayer en las raudas manifestaciones del pensamiento en Cervantes, es decir, la antagónica fijeza de sus recuerdos en sus perpetuas idas y venidas por las ahincadas vicisitudes que abarcaron la época más florida de su existencia, le traían la historia de su pasado tan vivamente convertida en la real epopeya del sentimiento digno en el corazón amargado, que sus afanares por morigerar el inquieto mecanismo de sus ideas, facilitaban en él la trayectoria aún ignorada; y por eso fue, en el relicario de su alma generosa y solitaria, cumbre del genial arrebató telúrico del ideal humano en transformaciones y concepciones tan intensamente analizadas a través de su agitante vida.

Cuando terminó su mejor trabajo del escritor en esa fuente de sabiduría y de dominio del lenguaje que se llama *Historia del famoso caballero don Quijote de la Mancha*, el suspiro alegre del alma en él iba a las antiguas suspicacias del corazón lleno de fe en el destino de los seres de paso por este fatigoso recorrido de un mundo sin horas de paz y de referencias de su propio y positivo destino después de la muerte. Como tan probo varón en el río de sus íntimas penas, éstas no se desbordaron jamás, ni se orillaron a la fatalidad, aun siendo poleas apretadas del ánimo decepcionada, el sentido amable de su poderosa ideología se pasaba a la serena religión de su espíritu, y, por eso, fue luz en el ideal; antorcha encendida en el creador de personajes inmortales y, al tramonto de su existencia, apoteosis de su alma que voló hacia la eternidad como vuela un pajarito que abandona el nido, porque espera encontrar otro mejor más allá de las estrellas.

REALIDAD Y FANTASIA EN LA OBRA DE CERVANTES

Por don JULIO JIMÉNEZ RUEDA.

I

DON Miguel de Cervantes Saavedra viene al mundo en los momentos en que España es primera potencia en el orbe. El descubrimiento de América, la extensión de sus dominios en Europa, en el Asia y en el Norte del África, hacen del Imperio Español el más grande que conocieran los hombres a través de los siglos, hasta el momento en que Inglaterra vino a disputarle el dominio de los mares y se alzó con el cetro de la monarquía universal. Cervantes vio en su niñez agigantarse el concepto que España tenía de sí misma, participó en uno de los acontecimientos más importantes que registra la historiografía europea del siglo XVI, la célebre batalla de Lepanto. "En esta, la más memorable ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros", España, en unión del Papado y de Génova, quiso impedir el desbordamiento del poderío turco, sobre tierras de Europa. Viena estuvo a punto de caer al empuje de las fuerzas otomanas, como las ciudades gemelas de Buda-Pest; Nápoles fue invadido en una noche aciaga por los corsarios de Barbarroja, que pretendían, entre otras cosas, apoderarse de la belleza sin par de Vitoria Colonna, para llevársela como presente a Suleimán el Magnífico y recluirla como joya de inapreciable valor en el serrallo del sultán turco. España había soñado con Carlos V en resucitar el Sacro Imperio Romano Germánico, dominar a Europa creando imperio más poderoso que el latino, más extenso y más congruente que el de Carlo Magno. El César Carlos V había dejado una herencia en manos de su hijo Felipe II, que había comenzado ya a desmoronarse, cuando el hijo del humilde cirujano don Rodrigo de Cervantes, fue bautizado en la Iglesia Parroquial de Santa María la Mayor en Alcalá de Henares el 9 de octubre de 1547. Sin embargo, era el monarca más poderoso de Europa. "Poseía —dice Rodríguez Castellano en su *Histo-*

ria de España— además de los reinos de la Península los inmensos territorios conquistados en América, las Filipinas y algunas islas de Oceanía; dominios suyos eran también Milán, Nápoles, Sicilia, los Países Bajos, el Franco Condado, el Norte de Africa, las Islas Canarias y más tarde al anexarse Portugal, entraron a formar parte de la monarquía española sus extensas colonias en el Extremo Oriente, Africa y América. Fue sin duda este reinado el más brillante de la historia de España y el de más influencia en Europa”.

Diez años después del nacimiento de Miguel, España derrotaba a Francia en San Quintín y se levantaba a poco la imponente mole del Escorial que tan admirablemente había de representar el espíritu de la España gobernada por el monarca que lo construyera.

España asumía, pues, la dirección del mundo en esos tiempos tan agitados espiritualmente por los huracanes de la Reforma que soplaban desde Alemania. Se constituye en adalid del catolicismo, en campeón de la Contrarreforma, frente, no sólo a los príncipes de Alemania que han tomado el partido de Lutero, sino contra las demás naciones que se inclinan manifiestamente del lado de los reformadores o han abrazado francamente su causa.

Cuarenta y un años tendría Miguel de Cervantes Saavedra cuando se organiza y fracasa la célebre Armada Invencible deshecha en el Cantábrico, por los huracanes y las tempestades. “Mandé a la Armada a combatir contra los ingleses, no contra los elementos” es fama que dijo estoicamente, el monarca, cuando le fue comunicado el fracaso de sus planes, con la destrucción de los barcos que mandaba el de Medina Sidonia. Se inicia la decadencia marítima de España, que había de traer consigo, a la larga, la pérdida de sus colonias. Surge una estrella nueva en el firmamento de la política universal e Inglaterra se había de constituir en rival perenne de la monarquía española. Cervantes participó en este acontecimiento, ya no como soldado entusiasta y viril, sino como simple comisario encargado de acopiar trigo en Ecija, en Castro del Río, Espejo y La Rambla. Este humilde empleo había de acarrearle dificultades de importancia “había tomado posesión —dice Fitzmaurice Kelly en su reseña documentada sobre la vida de Miguel de Cervantes Saavedra— en manera incauta, de pan, de trigo y cebada pertenecientes al Dean y Cabildo de Sevilla, por lo cual se le había excomulgado con las debidas formalidades”. Ganaba doce reales diarios, que no percibía con gran puntualidad y sus cuentas se encontraban de tal suerte embrolladas, que hubo de parar por breve tiempo en la cárcel.

Entre tanto, los Países Bajos se rebelan contra el dominio de España. Holanda se une a los reformistas, Bélgica lucha por separarse del Imperio, Francia e Inglaterra ayudaban a los flamencos en su empeño. Felipe II viejo y achacoso se refugia en el Escorial y su hijo Felipe III asume el gobierno y

precipita la desintegración del Imperio. Las guerras de Flandes, la de Treinta años, la expulsión de los moriscos, trajeron consigo el empobrecimiento de la hacienda pública, la miseria en los campos y en las ciudades, el desaliento en los espíritus, la falta de confianza en el futuro, el deseo de evadirse del presente para llegar a un reino que no es de este mundo: el triunfo de un arte nuevo que fincaba su anhelo, vida sobrenatural, muy distinto, por cierto del arte vital del Renacimiento que había descubierto al hombre en todos sus aspectos, dándole esa energía, ese vigor que hizo posible el descubrimiento de nuevos mundos y la exploración de nuevos horizontes.

II

La vida de don Miguel de Cervantes Saavedra estuvo siempre rondada por la desdicha. Fue andariego desde la niñez, con su padre el cirujano don Rodrigo Cervantes que iba de pueblo en pueblo, mal avenido con su profesión y en tratos constantemente con la justicia por deudas. El joven Miguel hace su aparición oficial en las letras —antes había escrito una que otra composición como la publicada por Foulche-Delbosc en la *Revue Hispanique* en 1899, en las ceremonias que siguieron a la muerte de la tercera esposa de Felipe II doña Isabel de Valois, en octubre de 1568. Con ese motivo escribió Cervantes una copla, cuatro redondillas y una elegía. Estudiaba por entonces en la escuela que dirigía el maestro Juan López de Hoyos. Parte a Italia a los veintidós años y según confesión propia sirve en calidad de camarero al Cardenal Acquaviva.

Sienta poco después plaza de soldado y forma parte de la dotación de la galera “Marquesa” que combate en Lepanto. Miguel está padeciendo de fiebre, no tiene por qué salir en el momento de la refriega, sin embargo declara que prefiere morir por Dios y por su rey a quedarse abajo y solicita que se le destine el puesto más peligroso. Recibe tres heridas de arcabuz: dos en el pecho y una en la mano izquierda que la deja estropeada de por vida. Una vez restablecido se incorpora al regimiento que manda don Lope de Figueroa, el capitán inmortalizado por Calderón en su *Alcalde de Zalamea*, después aparece en la compañía de Manuel Ponce de León, fijada en Nápoles. Con su hermano Rodrigo llegado a Italia por esos días, participaba probablemente en la expedición a Corfú y en las operaciones sobre Navariño.

Pretende ser capitán, ya que es “soldado aventajado”; pero le falta tiempo de servicio para cumplir los diez años que se requieren para la promoción. Obtiene cartas de don Juan de Austria y del duque de Sesa a quien ha servido en Palermo y embarca con su hermano Rodrigo el 20 de septiembre de

1575 en la goleta Sol al mando de Gaspar Pedro y que forma parte de la flotilla al mando del capitán Sandro de Leiva. Separada del grueso de los barcos, la goleta es atacada por tres galeras turcas al mando del renegado albanés Amaute Mami y los dos hermanos Cervantes caen en poder de los corsarios y son llevados a Argel. Las cartas del duque de Sesa y de don Juan de Austria hacen pensar a los berberiscos que el español cautivado, es personaje de importancia y piden por su rescate gruesa suma. La vida de Cervantes en Argel es fecunda por la experiencia que en ella obtuvo de la vida en las prisiones mahometanas y propicia para la creación literaria. Es uno de los más inquietos personajes con que tienen que habérselas los argelinos. Cuatro veces intentó evadirse y fue cabecilla en alguno de los motines que los prisioneros realizaron con el propósito de evadirse. Su hermano Rodrigo fue rescatado en 1577 y dirigió otra tentativa de fuga que fracasó lamentablemente, con grave daño para Cervantes, que declaró al ser aprehendido en unión de otros cristianos apercebidos para la fuga: "ninguno de estos cristianos que aquí están tienen culpa en este negocio, porque yo sólo he sido el autor de él y el que los ha inducido a que se huyesen". Había sido comprado por el Dey de Argelia Hasán Pachá quien aumentó los rigores de su prisión.

Por fin, mediante la entrega de quinientos escudos, de los cuales 220 fueron reunidos entre los comerciantes cristianos que actuaban en Argel, queda rescatado el cautivo, cuando estaba a punto de ser enviado a Constantinopla cargado de cadenas siguiendo a su amo Hasán que había terminado su misión como Dey de Argel. El 24 de octubre de 1580 deja el cautivo las tierras del Africa en un buque perteneciente a Maese Antón Francés. "Con él se embarcaron —dice su biógrafo— otros cinco cristianos, quienes como él habían sido rescatados por Fray Juan Gil. El bajel atracó en Denia; antes del 10. de diciembre estuvo Cervantes en Valencia y en 18 del mismo mes, en 1580, ya había llegado a Madrid y había presentado una *Información* sobre su rescate".

Ya en Madrid encuentra a la familia en desgracia: el padre viejo y sordo, la hermana Magdalena en pleitos con un tal Juan Pérez de Alcega por no haberle cumplido una promesa de matrimonio; la otra hermana Andrea en aventuras con un Pacheco Portocarrero; Rodrigo en el ejército. Miguel pasa fugazmente por el Reino de Portugal y se radica en Madrid y escribe varios sonetos laudatorios para amigos que publican sus obras por ese tiempo. Conoce a la misteriosa Ana Franca de Rojas que ha de ser madre de Isabel de Saavedra, la hija que ha de causarle más de un disgusto al autor del "Quijote". Tiene lista la *Primera parte de la Galatea*, cuya licencia tiene fecha de 10. de febrero de 1584. El doce de diciembre del mismo año contrae matrimonio en Esquivias con doña Catalina de Salazar y Pa-

lacios, dieciocho años menor que el ilustre manco. Había escrito algunas comedias y vende dos de ellas a veinte ducados cada una a Gaspar de Porras autor de Compañía. Los nombres son *La confusa* y *El trato de Constantinopla y muerte de Selín*.

Comienzan los preparativos para equipar la Armada Invencible. Cervantes obtiene el puesto de comisario con los resultados antes referidos. Debe proporcionar trigo y aceite y para ello va de un lado a otro. Se le paga tarde y mal y sus cuentas no están muy en regla, antes por incapacidad para el oficio de mercader que por falta de honradez en sus manipulaciones. Prueba de ello que los superiores siguieron demostrándole consideración y respeto. La burocracia enredaba todas las cosas. Desempeña, además las funciones de recaudador de impuestos en Málaga y en Granada y pueblos adyacentes, percibía de salario dieciséis reales al día.

Corría el año de 1595 para Cervantes. Depositado el dinero recaudado por contribuciones en la casa de banca de Simón Freire de Lima que le dio una letra pagadera en Madrid por la cantidad entregada: 3,400 reales a cargo de su agente Gabriel Rodríguez, la letra no fue pagada por carecer de fondos el que la giraba que a poco fue declarado en quiebra por 60,000 ducados. El fisco recibió, sin embargo, la cantidad depositada en la banca de Freire de Lima. No embargante, las dificultades continuaron. Se le exigía al autor de las *Novelas Ejemplares* el pago total de 2.557,029 de maravedís que debería haber cobrado en Andalucía como contribuciones atrasadas. Su responsabilidad era solo por 79,804 maravedis. No habiendo encontrado fiador por la cantidad primeramente indicada, paró en la cárcel de Sevilla donde es fama que empezó a escribir *El Quijote*. En ella permaneció por poco tiempo, aunque en 1602 volvió a caer y por la misma razón, que el fisco no olvidaba, en el mismo encierro. Tres años después ha de ponerse a la venta la primera parte del libro inmortal. La obra tuvo éxito. Se hicieron ediciones clandestinas en Portugal. Lope se expresa desdeñosamente del libro "De poetas no digo: buen siglo es éste; muchos están en cierre para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que acabe a don Quijote". El libro ha llegado sin embargo hasta los aledaños de Palacio. "Estaba el Rey don Felipe II de este nombre en un balcón de su palacio de Madrid y esparciendo la vista observó que un estudiante junto al río Manzanares leía un libro y de cuando en cuando interrumpía la lección y se daba en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios momentos de placer y alegría y dijo el Rey: aquel estudiante o está fuera de sí o lee la *Historia de don Quijote*. Así lo dice don Gregorio Mayans en su *Vida del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (Londres 1738).

En ese mismo año de 1605 sufre Cervantes la mayor afrenta de su vida.

A las puertas de la casa que su familia ocupaba en la ciudad de Valladolid hay un desafío, don Gaspar de Ezpeleta, caballero de Santiago, ha sido herido de muerte; la causa: un enredo amoroso. Se sospecha de las mujeres que ocupan la casa en cuya puerta ha sido encontrado herido el caballero. Las hermanas y la hija de Cervantes no gozaban de muy buena reputación. El regalo de un vestido de seda a Magdalena de Cervantes hecho por Ezpeleta poco antes de morir y destinado, probablemente, a Isabel de Saavedra, despertó las sospechas del alcalde, quien ordenó la detención de don Miguel, "de su hija, de su hermana Andrea, de Constanza su sobrina con otras siete personas, cinco de las cuales se alojaban en la misma casa que Cervantes y su familia: la mujer de Cervantes estaba ausente de Valladolid por el momento y escapó así de ir a parar a la cárcel de la Villa con su marido y los otros miembros de su familia". En realidad no había pruebas contra los detenidos. Los alcaldes reunidos en junta decretan la liberación de los presos con la condición, para las mujeres, de que no deben salir de sus moradas. En Valladolid corría la especie de que "Ezpeleta había seducido a la mujer de un escribano llamado Galván y que había muerto de las heridas causadas por el cónyuge ofendido o por uno de los parientes de la mujer". El Alcalde por no seguir la pista que todo el mundo señalaba, había pretendido encontrar al asesino entre las mujeres y los hombres que tenían sólo una relación muy relativa con los acontecimientos. La hija ha de abandonar a poco la casa de su padre y aparecerá más tarde en un contrato de promesa de dote, como viuda de Diego Sanz y prometida a un Luis de Molina, debiendo otorgar la dote un individuo llamado Juan de Urbina.

Reside en Madrid Cervantes hacia 1613, época de la edición de las *Novelas ejemplares*, lanzadas por el mismo editor del Quijote Francisco de Robles, que pagó por los derechos de propiedad 1600 reales. Se acoge el autor al patrocinio del Conde de Lemos. Aparece después *El Viaje al Parnaso*. Se ocupaba entonces de la segunda parte de *El Quijote*, que acaba un poco precipitadamente por la aparición del *Quijote* de Avellaneda. Aparece en 1615, mismo año en que se publican las *Ocho Comedias y Ocho entremeses nuevos, nunca representados*. Viejo y enfermo preparaba la edición de *Los trabajos de Persiles y Segismunda* y otras empresas que nunca llegaron a realizarse: la continuación de *La Galatea* y *Las Semanas del jardín*. "El dos de abril sintiéndose muy malo para salir de sus habitaciones de la calle del León, profesó en su casa en la orden tercera de San Francisco. Ya no había esperanza para el 18 de abril, día en que recibió la extremaunción de manos de Francisco López, sacerdote que había también administrado a Andrea y a Magdalena en su lecho de muerte. El 19 de abril Cervantes hizo un supremo esfuerzo, escribió su dedicatoria de despedida para *Los Trabajos de Persiles y Segismunda*

y descansó su pluma. Estaba terminada su obra. Hubiera querido, según dijo, vivir lo suficiente para ver a Lemos otra vez. No estaba, sin embargo, en el destino que tal sucediera: lo sintió así cuando, sin olvidar que era hombre de letras aun en sus momentos de agonía, trató de adaptar a su actual condición los versos iniciales de unas coplas antiguas:

*Puesto ya el pie en el estribo
con las ansias de la muerte,
Gran Señor, ésta te escribo...*

Cervantes murió el 23 de abril de 1616. Al día siguiente, vestido el hábito de San Francisco y con la cara descubierta, fue llevado por sus hermanos de religión de la calle del León al convento de las Monjas Trinitarias descalzas en la calle de Cantarranas. Allí lo enterraron y allí descansa aún. No hay lápida que indique el lugar de su sepultura, ya imposible de identificar". Así describe sus últimos momentos el biógrafo más autorizado, por su dedicación al estudio de la vida y obra del insigne autor.

III

Refiriéndose a la vida del ilustre manco, don Francisco A. de Icaza nos dice: "La vida de Cervantes no se desenvuelve, pues, aparte y única como todavía algunos la quieren ver. Sus dichas y sus desdichas son las de los suyos, las de su tiempo y las de su patria. A él llegaron juntas, más que a los otros y por eso el soldado en Lepanto, cautivo en Argel, excomulgado en Ecija y preso en Sevilla, en Castro del Río y en Valladolid, es representativo. Lo es en las desgracias, en la tranquila serenidad —resignada o desconsoladamente irónica— con que las recibe y lo es también, en la firme conciencia de su obra".

Pero si su vida fue como la de todas las grandes figuras de su tiempo; si hubo en ella desdichas y sinsabores, como suele suceder en la existencia de todos los grandes hombres marcados con el estigma del genio, estos desencantos y estas desdichas le sirvieron para ir elaborando, en su fuero interno, una filosofía que ha de expresarse en los diferentes episodios de su obra y particularmente en el *Quijote*. El dolor, el desengaño, la injusticia, van modelando la figura del héroe, sin convertirlo en un energúmeno, van haciendo de él, ese espíritu comprensivo, humano, exaltado por la fantasía, que ha llegado hasta nosotros, como símbolo también de un pueblo que luchó, sufrió y padeció el mismo desencanto del héroe que concibiera el genial escritor. Si el *Quijote* hubiera sido fruto de juventud, indudablemente habría expresado

los sueños de gloria del autor, habría alimentado las esperanzas de recompensa por las acciones heroicas que había acometido; libro de vejez, libro crepuscular, el héroe fracasa, y no protesta por el fracaso, lo explica, lo interpreta generosamente su fantasía como un mal producido por sus malquerientes y enemigos poderosos, especialmente los genios del mal, los encantadores y hechiceros que no pueden permitir la existencia de la bondad en el hombre. Si el *Quijote* hubiera nacido a principios del siglo XVI habría sido una epopeya, el cantar de gesta de los grandes descubrimientos y de la conquista del Nuevo Mundo. Lo que fue, en definitiva, *Os Lusíadas* de Camoens. Obra de transición entre el humanismo que daba al mundo sus últimos resplandores y el barroco que llegaba en sus contrastes de luces y sombras que han de caracterizar a la pintura y a las letras en el siglo XVII.

Este contraste matiza, fundamentalmente, la obra del gran ingenio, además de genio, español. Contraste entre la locura y la razón, contraste entre la realidad y la fantasía, contraste entre el espíritu y la materia, entre el ideal y la conveniencia. Desde el siglo XVI los locos comienzan a ser personajes importantes en la literatura. En la Edad Media fueron poseídos del demonio, se les exorcizaba o se les sacrificaba. A partir del Renacimiento la locura deja de ser producida por el demonio y comienza a ser entendida como deformación del espíritu. Como el lado que complementa la razón. Lo ha entendido así Erasmo cuando nos dice en el *Elogio de la locura* que "Todas las cosas humanas tienen dos aspectos a modo de los Silenos de los Alcibíades, los cuales tenían dos caras del todo opuestas; por lo cual, muchas veces aquello que a primera vista parece muerte... observando atentamente es vida". El loco es un personaje que contempla la vida desde un ángulo especial. Crea su mundo por la imaginación y obra en consecuencia. Tiene el privilegio, además, de expresar las verdades que el cuerdo no se atreve a proclamar. Nadie se puede ofender de lo que un loco diga, mucho menos, si ese loco es nada menos que la locura. Por eso el gran humanista holandés se escudó tras este personaje abstracto para decir la opinión descarnada y cruel que el Mundo merecía, en uno de los más violentos libelos que se han escrito en todos los tiempos. Así, los personajes centrales de la literatura universal, son seres que están fuera de lo que creemos o damos el nombre de normalidad. *D. Quijote* y el *Licenciado Vidriera*; *Segismundo* y *Hamlet* viven en un mundo diferente del habitado por las personas dotadas de lo que se ha venido a llamar el sentido común. Viven su mundo, crean sus propias condiciones de vida y en ello radica el hondo sentido de su tragedia. No en las circunstancias exteriores que crean un conflicto determinado, sino en las propias almas escenario del drama que los lleva a la muerte.

La modernidad nació en el juego de luces y sombras que sigue a la

maravillosa iluminación renacentista. Cuando los filósofos comienzan a discutir la esencia de la realidad, cuando el Neoplatonismo inspiraba a los poetas, a los artistas y a los místicos, cuando el espíritu era para Leonardo "deseo que con impaciencia dichosa aguardo siempre la primavera nueva, el nuevo estío. Y este mismo deseo es la quintaesencia inseparable de la naturaleza".

Desde los Universales venía renovándose la discusión sobre lo que era el mundo circundante en relación con el individuo que lo contemplaba: realidad en sí, o simple reflejo de la imaginación. En ninguna obra literaria tiene mayor sentido esta preocupación que en el *Quijote* de Cervantes. América Castro lo ha expresado también "lo central del pensamiento renacentista consiste en variar la relación en que, según la Edad Media, se hallaban el sujeto y el objeto; para aquélla, la mente era una especie de tabla en la cual quedaban impresas las huellas de la realidad; ésta y el sujeto se correspondían exactamente. La filosofía aristotélico-escolástica llevaba esas ideas a todas las cabezas y Cervantes conoce y aprueba esa teoría tradicional, aunque no la practique al realizar sus concepciones literarias... El humanismo había comenzado a dar importancia al hombre: éste no se limitaba a reflejar pasivamente la realidad, sino que se volvería su modelador ideal. Lo seguro, la base de apoyo serán los estados de conciencia, nuestra mente, de aquí hay que partir para conocer lo que realmente sean las cosas, siendo así que el testimonio de los sentidos es falaz. La distinción platónica entre apariencia e idea llevará al dualismo entre aspecto y razón, cuyas máximas consecuencias sacará Descartes".

Las mentes del mil quinientos se encontraban sorprendidas ante los diversos aspectos de la realidad cambiante. Lo siente Pedro Bembo el gran cardenal renacentista. Lo expresa Erasmo de Rotterdam en su adagio los *Silenos de Alcibiades*, alcanza el mayor grado de expresión estética en Cervantes. Para él la certidumbre del mundo objetivo es la experiencia; pero realizada a través de los sentidos produce una imagen deformada en la mente, y esta deformación deriva hacia la ironía. Esta ironía será sutil, teñida de amargura; pero luminosa y elegante como animada por los últimos resplandores del Renacimiento; no acerba y trágica como en los sueños de Quevedo, el artista barroco por excelencia, como lo fue Valdés Leal y Zurbarán en la pintura, Bernini en Italia para la escultura y el Berruguete para la imaginación. Por ello hemos dicho que Cervantes es un autor de transición entre la época brillante del humanismo y la contrastada de la Contrarreforma que hace volver a España a los temas característicos sobre la vida y la muerte caros a la Edad Media.

Por ello Américo Castro ha encontrado en Cervantes ecos del pensamiento humanista de Erasmo de Rotterdam que luchaba por mantener la

vigencia de las ideas modernas en medio de la lucha, ya cruenta de la Reforma y de la Contrarreforma que pugnaban por detener el avance de esas mismas ideas. Así pudo crear Cervantes la novela moderna, "haciendo que las fantasías de los libros de caballerías se despeñen por la vertiente de la ironía, la forma más aguda de la crítica".

IV

La posición de Cervantes se destaca particularmente en el panorama de la poesía dramática española. En este aspecto es también hombre de transición. Se encuentra colocado entre los dos Lope, el de Rueda que anuncia la creación de un teatro popular y el de Vega que la realiza. El mismo tiene la conciencia de ello: "Los días pasados me hallé en una conversación de amigos donde se trató de comedias y de las cosas a ellas concernientes; y de tal manera las sutilizaron y atildaron que, a mi parecer, vinieron a quedar en punto de toda perfección. Tratóse también de quién fue el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo y las vistió de gala y apariencia, yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento" dice en el prólogo de sus *Ocho Comedias y Ocho Entremeses nunca representados* y que se publicaron en 1615 y después de escribir cómo ha compuesto los *Tratados de Argel* y *La destrucción de Numancia* "con general gusto y aplauso de los oyentes".

Entró luego el monstruo de la naturaleza el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices, bien razonadas y tantas que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las he visto representar u oído decir, por lo menos, que se han representado. Aquí nuevamente se encuentra colocado Cervantes en la bifurcación de los dos caminos que llevan, el uno al teatro humanista, concebido de acuerdo con las fórmulas de los retóricos del Renacimiento en presencia de las grandes obras de la antigüedad, el otro al teatro popular que sigue nuevos rumbos, los que le señala el gusto del pueblo, que se inspira en leyendas y tradiciones que olvida voluntariamente los conceptos de Rorbotelli, el Minturno y Escalígero y que ha de fundar su propia estética en el *Arte Nuevo de hacer comedias* de Lope. Corrientemente Cervantes habría querido seguir la primera senda. Se siente afiliado a la escuela de los humanistas retóricos; pero ha sorprendido ya en Lope de Rueda los primeros atisbos de sentimiento popular y en Bartolomé Torres Naharro los primeros impulsos hacia la creación de un teatro caballeresco. Grave conflicto

para un hombre tan entero como Cervantes que, al sentirlo, siente el conflicto de su tiempo, el de la realidad frente a la fantasía; el de la razón frente al impulso pasional y emotivo. Ahí está el capítulo cuarenta y ocho del maravilloso libro en el que tratan de los libros de caballerías y pasan insensiblemente a las comedias los personajes que en él intervienen. Un Canónigo y el Cura amigo de Cervantes representan la opinión humanista que es indudablemente la del autor: "En materia ha tocado Vuestra Merced señor Canónigo dijo a esta sazón el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías; porque habiendo de ser la comedia, según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, e imágenes de lascivia; porque ¿qué mayor disparate puede ser el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? y ¿qué mayor que juntamos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retórico y un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden o podrán suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera acabó en Africa y aun si fuera de cuatro jornadas la cuarta acabaría en América y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia ¿cómo es posible que satisfaga a ningún mediano entendimiento que fingiendo una acción que pasa en la época del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella la persona principal le atribuyan que fue el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalem, y el que ganó la casa santa como Godofredo de Bullón, habiendo infinitad de años de lo uno a lo otro; y fundándose la comedia sobre cosa fingida atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas a diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verosímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables". Y en la comedia *Pedro de Urdemalas*:

*Ni que parió la dama esta jornada
y en otro tiene el niño ya sus barbas
y es valiente y feroz, y mata y hiende
y venga de sus padres cierta injuria
y al fin viene a ser rey de un cierto reino.*

El pensamiento de los clasicistas está aquí concertado en la conversación de los personajes que intervienen en este capítulo fundamental del *Quijote*. Así entendía Aristóteles la obra de arte como representación de la realidad.

Allí aparece la preocupación por la obediencia de la regla de las tres unidades, que no expresó el autor de la *Poética*, sino su comentador Ludovico Castelvetro en su *Poética d'Aristotele vulgarizata e esposata* aparecida en Viena en 1570.

Pero, a pesar de sus ideas, empleó en sus comedias todos los recursos de que echaban mano entonces los dramaturgos. La intervención de lo sobrenatural es frecuente en la *Neumancia*; en *El Rufián dichoso* la escena cambia de Sevilla a México y en *La Gran Sultana* la heroína realiza las más extrañas aventuras en un harem turco. Lo que en definitiva viene a demostrar que siendo el teatro convención de convenciones tiene que estar organizado.

En la obra Cervantina se afirma también, la separación entre la "comedia a fantasía" y la "comedia a noticia" que distingue Torres Naharro, es decir entre la idealización dramática por una parte y la expresión de la realidad por otra. Teatro caballeresco y teatro realista que ha de ser en el futuro la dualidad observada por todos los grandes autores del siglo XVII. Pero la corriente realista es, sin embargo, la más caudalosa y la más pura del teatro de Cervantes. Realista en cuanto está fundada en la experiencia de la realidad; pero dotada no obstante de una poderosa y brillante fantasía y en la que también hace acto de presencia esa preocupación por el mundo y el tras mundo; por el hombre en sí y el hombre como actor de su propia tragedia; por el mundo en el que creemos vivir y el universo que no es sino simple escenario de la comedia que representamos todos los días. Ese "Gran Teatro" que Calderón llevó a sus autos sacramentales y que hace su aparición, más de tejas abajo en *Pedro de Urdemalas* o *El retablo de las maravillas*. Y al citar esta creación cervantina nos encontramos en presencia de los entremeses, lo más jugoso de la producción de don Miguel. Ahí sí es cazador nunca disputado en su propio coto. Jalón bien perceptible en la historia del teatro español que va de Lope de Rueda, a la zarzuela del género chico de Ricardo de la Vega. En Cervantes se efectúa la transición del "paso" al "entremés", adquiriendo este último autonomía y prestancia. La realidad inspira, la fantasía crea, la ironía da un encanto particular a la creación. Ironía de hombre de mundo que sabe mirar las cosas con piedad como lo quería ese otro gran escritor y hombre de mundo de nuestros tiempos, el producto en suma de un genio y de un ingenio, de una vida sabiamente aprovechada, de un espíritu forjado en el yunque de la desdicha, que sabe sacar de ella el fruto sazonado de una filosofía, que a la distancia de cuatro siglos todavía nos enseña que lo mejor del hombre está en el ejercicio de las virtudes cardinales que guiaron al Caballero Andante en sus diversas salidas a campo traviesa.

COMO LEEMOS EL "QUIJOTE"

Por don RUBÉN ROMERO.

Presento la pauta, pero faltan en ella las notas.

I

SUELE leerse por primera vez el Quijote entre los 12 y los 15 años, y a esa edad, el pequeño lector devora el libro aguijoneado por el embeleco de las fabulosas fazañas que los Caballeros Andantes llevan a cabo, venciendo ejércitos enteros, en trato cotidiano con encantadores y gigantes, con honestas doncellas, que ruedan por el mundo "con toda su doncellez auestas", y con princesas cuyas manos se ofrecen como galardón de victoria, al más fuerte, aunque sea un monstruo de fealdad; al más atrevido en los combates, aunque salga de ellos como el bizarro Putifar. ¡Pobrecitas infantas, víctimas propiciatorias de la razón de Estado, y dichosos pajecillos los que las sirven y divierten en sus recesos matrimoniales!

El niño se desliza por las aventuras del libro sin parar mientes en las bellezas del lenguaje, en los fines morales que persigue, en la tristeza que destila. ¡Cómo puede ser triste, pensará, si tanto nos hace reír! El novato lector hace de cuenta que salió a dar un paseo por el campo, y saltando aquí un arroyo, allá un lindero, corretea alegremente sin importarle hollar las florecillas del camino. Vuelve apresuradamente las páginas en donde se aprietan los discursos de Don Quijote y las historias que no relaten pendencias, hazañas belicosas, aunque muevan a risa, como el descomunal combate en contra de los molinos de viento, o la ilusoria batalla de los rebaños. ¿Qué niño no ha tirado mandobles a las almohadas de su lecho, cual si aporrease la cabeza de un gigante enemigo? ¿Y qué adolescente, bien cuerdo, no ha cometido la locura de inventar ejércitos y de pasar revista a los árboles del bosque, igual que Don Quijote a los carneros?

“...Aquel Caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Lau-carco, Señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Mico-colembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche...”

En el apresurado correr de la lectura, el niño tropieza, de pronto, con una palabra de Sancho que le parece picardía, y él no puede repetir delante de las gentes mayores, y se sorprende de encontrarla escrita, así, tan sencillamente, sin ningún eufemismo, cual si no se refiriese a cosa de pecado. Con sus compañeros de escuela discute el atrevimiento del libro y adopta el vocablo como una exclamación de uso corriente a la hora de sus juegos, que le suena muy bien y le da importancia de hombre grande.

Aquel andar de Maritornes folgando con los arrieros, despierta en el niño lector el deseo de aproximarse a las maritornes de su propia cocina y aun encuéntrales, por sugestión o por natural derecho, el mismo tufo de ajos, como perfume legado al gremio por la caritativa fámula de la Venta.

Yo adelanté un cuarto de hora el reloj de mis lecturas y a los once años trabé amistad con Don Quijote, en una edición monumental que, supongo, sería la de Montaner, ilustrada por Gustavo Doré. Sentado en el suelo, a la turca, acomodaba el libro en el respaldo de una silla puesta de revés, porque mis brazos no tenían fuerzas para sostenerlo, y allí pasaba las horas, olvidándome de salir a la calle a jugar al toro.

Mi madre consultó con un fraile dominico que la confesaba, si podía permitirme la lectura de la obra, y el fraile preguntóle el alcance de mi malicia. “El chico sabe más maldituras que usted y que yo” —díjole mi madre— a lo que el confesor repuso: “déjale leer el libro, que nada que no sepa le enseñará”.

Como acontece con las primeras lecturas, Don Quijote exaltó mi fantasía, a un grado tal, que hízome cometer un crimen: el descuartizamiento de los dos tomos para desprender las ilustraciones, que clavé en las paredes de mi alcoba cual si fuesen retratos de familia. El destrozo valióme una buena tunda, que quizás el sabio Merlín haya tomado en cuenta para el desencantamiento de Dulcinea.

Mi entusiasmo infantil por Don Quijote me llevó a ponerlo en la escena, en un teatrillo de cartón, obsequio de mis padres, que lo adquirieron con su respectivo elenco de títeres, en un estanquillo todavía existente en la calle de las Escalerillas. El coliseo de mi propiedad llamábase Teatro de *Juan Panadero*, y en su única decoración se veía la sala de un suntuoso palacio, con grandes columnas jaspeadas y pintados muebles del Renacimiento.

Anuncié a los chicos de la vecindad un entremés, a cuartilla la entrada, con Don Quijote y Sancho de figuras principales, que en los programas titulábase: "Pelea de Don Quijote de la Mancha con un fiero toro de Tarimoro", y como el único personaje a caballo de mi compañía de títeres, representaba un picador con su garrocha, a éste habilité de Don Quijote; asimismo convertí en Sancho, al muñeco que en la representación de Don Juan Tenorio corría con el papel del Comendador. El paso de Don Quijote y de Sancho, y su encuentro con el toro, tenían lugar en el dorado salón renacimiento. Blandiendo la pica, Don Quijote vencía a la fiera, que al doblar las manos exclamaba enfáticamente:

*"Nada me importa morir; adelante,
porque me mata un Caballero Andante".*

Después, Don Quijote entablaba con Sancho el diálogo, en verso, que a la letra copio:

*"Sancho Panza, ven conmigo,
embózate en tu cobija
y vayamos a Cotija,
al rancho de un buen amigo.*

*Para tus gustos mortales
diré algo que te alborote:
sentados en los portales,
cenaremos con tamales,
buñuelos, leche y camote".*

*"No sigáis, gran caballero,
yo por limpiar las cazuelas
meto al rucio las espuelas,
¡y a ver quién llega primero!*

*El hambre me martiriza;
si no como estoy de flato;
si como suelto la risa.
Vayámonos más de prisa
tomando el tren de Irapuato..."*

En la memoria de los niños las figuras de Don Quijote y de Sancho imprimen indeleblemente su recuerdo, limpias de toda expresión ridícula. A

juicio del niño, sólo tienen trocados los papeles, pues mientras Sancho, por gordo, debiera ser el buscapleitos, Don Quijote, por enclenque y sabihondo, el escudero y el mentor de la fuerza bruta.

Para los niños no existe la locura de Don Quijote porque su fantasía cree en los Caballeros Andantes, que él trata de emular, y extraño les parece que no se reúnan más Quijotes, y den cima a las hazañas iniciadas por el valeroso manchego, destronando reyes malos, acorriendo mujeres desvalidas y libertando de la justicia, representada por la Santa Hermandad o por el gendarme de la esquina, a los pobrecitos mortales que delinquen. Sublime inocencia infantil que no sabe de derechos de gobierno, de la razón de la sinrazón de la miseria, y de la espada de la ley, que sirve para defender al rico y para herir, como un puñal, al pobre.

Los niños son Quijotes en miniatura y pelean por el ideal que se forjan con más arrojo, acaso, que los mismos hombres. En la escuela, el niño-quijote defiende al compañero más humilde, al más chico; en las pedreas del arroyo, toma partido del lado de los que son menos, contra los más; en la historia de su patria, los héroes son Quijotes; los enemigos, embaucadores malandrines, y en su imaginación, para coronar quijote-máximo a Don Quijote, solamente le faltó que éste hubiera muerto por la libertad.

Como Don Quijote, los niños se enamoran de una Dulcinea que no pueden alcanzar —su maestra, la más joven de sus tías, una amiga de sus hermanas, alguna prima mayor de edad— e influidos por la lectura del Quijote suspiran y lloran entre las macetas de los corredores de su casa, como Don Quijote por su amada, en Sierra Morena.

También Sancho Panza hace prosélitos entre los niños: los hay poltrones, refraneros, tragaldabas, que mientras mastican el tarugo de pan, presencian las peleas y los alborotos de sus compañeros los pequeños quijotes.

Un sobrino mío rezaba al acostarse por que murieran sus hermanos menores. “¿Por qué pides ese dislate?”, preguntábale la persona encargada de desvestirlo. “Para que los que quedemos tengamos más que comer”, respondía el minúsculo Sancho, tan gordinflón y desfajado como el auténtico.

II

El lector de veinte años busca en los personajes del *Quijote*, el móvil romántico de todas sus acciones, la trama de un amor, el sentido poético de sus palabras; inquiere con detenimiento cómo pudo haber sido Luscinda, cómo Dorotea; compone el rostro de Altisidora con la descripción de sus facciones, y con los dedos de la curiosidad levanta el velo de la morisca que huyó de Argel con el venturoso y desventurado cautivo.

El joven lector admira el denuedo de Don Quijote, su serenidad ante el peligro, pero más cerca que en los combates, lo sigue en sus discursos amorosos; lo asiste en la roca donde quedó, desnudo, esperando noticias de la sin par Dulcinea; lo acompaña y comprende en sus lamentaciones de enamorado, y halla muy natural que el que sufra desdenes de amor se refugie en lo más solitario de un bosque y mantenga conversaciones en verso con la imagen invisible de la dulce su enemiga. Sin esfuerzo, retiene en la memoria los sonetos, las endechas, las canciones que adornan el libro, y ansía que se presente la ocasión de recitarlos por su cuenta en el alféizar de una ventana, de una de aquellas ventanas floridas tantas veces citadas por los poetas macarrónicos, que ya no sirven de marco al amor, porque Cupido corre en automóvil por carreteras y descampados, o tiene sus mudos coloquios en la penumbra del cine. No obstante el cambio de costumbres, el nombre de Dulcinea sigue siendo genérico, existe una íntima relación entre ella y la mujer a quien idealiza o persigue el fuego de la juventud: "Mi Dulcinea me espera; vamos a ver a Dulcinea", exclaman los enamorados, con aires de poética satisfacción, aunque en muchos casos se haya roto el ideal y Dulcinea aguarda a su galán envuelta en el peinador transparente de Margarita Gautier. Mas no todo ha de ser materialismo: los viejos de hoy apenas ayer fuimos mozos enamorados, como Don Quijote, de una dulce quimera, soñada y perseguida, a la que ofrecimos también nuestro devoto desvarío. ¡Fermosas Señoras de nuestros pensamientos, que pasaron muy cerca de nuestros ojos, y muy lejos de nuestras vidas, como las mujeres que cantó Tablada, sin percatarse de nuestra humilde presencia; zafias Aldonzas coronadas por la imaginación de Quijotes en serie, con todas las virtudes y todas las bellezas, sin que nunca llegásemos a saber si fueron discretas o tontas; honestas, por falta de ocasión para dejar de serlo, y bellas sin el barniz de los afeites; de todo las redime la locura de Don Quijote que, como un prisma encantado, es la mejor herencia que legó a los hombres!

En mis andanzas irreales por el reino de Venus, estuve enamorado sucesivamente de una núbil criatura, a quien serví de escolta, en sus estudiantiles viajes, desde la puerta de su casa al Colegio de las Vizcaínas, ¡sin que ella nunca lo mirase!; de una tiple chatilla y regordeta, a quien aguardaba pacientemente en el pórtico del Teatro Principal, para verla salir del brazo de su novio, o marido, ¡sin que ella nunca me mirase!; de la hija de un médico famoso, cuya calle rondé, hasta el funesto día en que oí salir del interior de su casa acordes de una alegre música, y supe, por la frutera de la esquina, que la hija del médico habíase casado aquella mañana, ¡sin que ella nunca me mirase! El sello de estos amores es el mismo que caracteriza al de Don Quijote por una Dulcinea impalpable, cual las mujeres de nuestra juventud,

fieles trasuntos de la del Toboso, a quien todos buscamos, sin haberla encontrado nunca, ¡sin que ella nunca nos mirase!

En la juventud, leemos el Quijote como una historia basada en hechos verídicos, con personajes reales, y no estimamos en su justo precio la trama genial del autor. Nos imaginamos de carne y hueso al Caballero de la Triste Figura; a Sancho, le tratamos como a un pariente, censurable en la intimidad por su glotonería o por su falta de buenos modales, pero a quien no dejamos de imitar, porque desde nuestros más tiernos años nos acostumbraron a su presencia.

Todos estos sentimientos hacen comprensible el gesto de aquel improvisado diplomático mexicano que, al llegar a Madrid, encargó una corona de flores para colocarla por propia mano sobre la tumba de Don Quijote de la Mancha.

Nuestro representante olvidó por unos momentos, que la cuna y el sepulcro de Don Quijote cupieron en el reducido espacio de una frente y, en cambio, su fama, no cabe en el mundo.

Cuando se llega a la Villa del Oso y del Madroño y se visita la plaza de España, prenden nuestra atención dos figuras que nos son familiares y que avanzan, cabe la verde yerba del prado, con pasos lentos, tan lentos, que se vuelven estáticos. Son Don Quijote, armado de punta en blanco, caballero en Rocinante, y Sancho Panza, taloneando su rucio, con rumbo a las llanuras de Castilla. Nosotros los contemplamos desde lejos, envueltos en el dorado polvillo del crepúsculo, y sentimos el temor de que tuerzan el paso y se dirijan a la Plaza de Oriente, para pedir posada en el Palacio Real, antes de que la noche, con el rostro cubierto por las sombras, los asalte en despojado. "Apartaos de los palacios —les gritamos con toda la fuerza de nuestro pensamiento— id de nuevo a rodar por las ventas y por los caminos, en donde aún hallaréis muchedumbre de entuertos que desfacer. Desoíd el reclamo engañoso de la ciudad, que sólo sirve de asiento a una feria de vanidades, a una lonja de contrataciones. Pensad, Señor Don Quijote, que avizorando vuestra llegada desde lo alto del hórreo, os aguarda Dulcinea del Toboso, quien, a fuerza de oír vuestro nombre, se ha enamorado de vos, aunque el tiempo haya escarchado sus cabellos, antaño rubios como el oro. Mujer, al fin, prendóse de vuestra gloria, que quiere compartir y comprobar, de paso, si sois varón tan fuerte como la fama lo pregona!"

III

Cuando llegamos a la edad madura leemos el *Quijote* como con microscopio, buscando en sus páginas, más que los sentimientos, los pensamientos

ocultos de Cervantes, y nos admira no haber descubierto en las lecturas anteriores las excelencias de su lenguaje, pirámide levantada al idioma castellano por el esfuerzo de un solo hombre. Nos atrae la filosofía de la obra, como producto de una existencia atormentada, que se canalizó en la mente de un genio y se derramó a través de su pluma.

Si hace quince años me hubiesen pedido la definición del *Quijote*, le hubiera aplicado la misma que consignan los diccionarios para la palabra *democracia*. Este libro, diría, es "*del pueblo, por el pueblo y para el pueblo*". Del pueblo, pues sus personajes provienen de él; por el pueblo, a causa de sus raíces idiomáticas; para el pueblo, porque está destinado a servirle de perenne lección, de flecha orientadora en el cruce de muchos caminos. Don Quijote nace en una aldea, porque con excepción de Buda, todos los *quijotes* que han ido por el mundo defendiendo los fueros de la humanidad, vieron la luz en pequeños villorrios y estudiaron sus primeras asignaturas en ese libro maltratado y lardoso que sirve de catastro a la miseria. Jesús, el más divino de los hombres de la tierra, nació en un pesebre. Ningún potentado adopta la profesión de caballero andante; son ellos los que hacen los entuertos para que los Quijotes vengan a desfacerlos.

¿Tuvo el *Quijote* un oculto sentido político? Si acaso lo tuvo, se desvaneció con los años, porque la política es un tema engañoso que ata intereses, pero no conquista corazones. Quizás los eruditos interpreten como actividades políticas de Cervantes sus querellas con Lope, sus burlas y enconados ataques al Avellaneda, sus lamentaciones por el desdén con que lo distinguieron un monarca y una Corte, ciegos al resplandor de aquel manco orgulloso y pobre, que reclama el derecho de ser altivo, no por dejar la eterna huella de su ingenio, sino por haber perdido un brazo en Lepanto. En cambio, con sus benefactores fue de una humildad irritante. El Señor Duque de Béjar, el Señor Conde de Lemos, no pagarían con todo su caudal la honra que Cervantes les donó al estampar sus nombres en el frontispicio de la gloria. Más que maniobras políticas, sus quejas pudieran interpretarse como sollozos de la pobreza en que vivió, inofensivos berrinches de su talento privilegiado, que no puede admitir que por otros privilegios se encaramen los pícaros y hagan escarnio de sus ropas raídas y de su estómago vacío. Son muy airosas las plumas que lucen en los chambergos, pero una sola, la que sirve de espada a la inteligencia, vale por las de todos los pavos reales que menosprecian el mérito de un buen escritor.

A Cervantes, le sucedió lo que a Jesús al comenzar sus peregrinaciones: los fariseos de las letras poníanle trampas para que pecase contra la ley, y así, entregarlo a los Caifases de la Inquisición; pero Cervantes escapó, porque sus enemigos pensaron que sus libros morirían en el ignominioso madero de la

crítica. Cuando se dieron cuenta de su error, Don Quijote había pasado las fronteras y no pudieron promover juicio de extradición en contra de sujetos que ya gozaban de la ubicuidad.

Con Don Quijote y con Sancho, salió de España el espíritu doble de su raza, que acomete las más audaces aventuras, ya conquistando mundos con la punta de la espada, ya desfaciendo entuertos por mano de sus frailes evangelizadores, ya espumando el puchero en las bodas de este Camacho, el rico, que es nuestro Continente. Presencia simultánea de Don Quijote y de Sancho que luchan, el primero, por satisfacer sus ansias de gloria, con los ojos puestos en alto, mientras el segundo llena previsoriamente sus alforjas.

En los anales del mundo, ningún pueblo se ha hecho representar tan dignamente como España, con el ideal de Don Quijote, con la realidad de Sancho Panza. Otras naciones han enviado solamente a Sancho para fincar imperios terrenales y tener el zurrón bien provisto.

Las naciones y los individuos, en la constitución de nuestro sér, llevamos interiormente ambos personajes cervantinos, que contemporizan uno con el otro para poder vivir. Nuestro Quijote interior moraliza, dirige y norma los actos del alma, al mismo tiempo que Sancho procura el sostenimiento del cuerpo. Don Quijote y Sancho son indisolubles, aun en las representaciones de la cultura humana. Comprobadlo vosotros: Aquí estamos don Raymundo Sánchez y yo —él, caballero andante de la palabra, cuya pureza defiende como la de una virgen; yo, adocenado zurcidor de groseros vocablos— y, sin embargo, convivimos amistosamente en la casa de Miguel de Cervantes Saavedra, que es nuestra Academia.

En mis luengos vagares, yo también me he sentido Quijote, quizás un Quijote apócrifo, contrahecho, como el de Tordesillas; y en mi reino interior tal vez se sobrepongan los apetitos de Sancho a las virtudes de Don Quijote; pero, de cuando en cuando, siento una ligera vibración en el alma que me hace exclamar, con versos de mis mocedades:

*“¿Soy bueno? ¿Soy malo? Yo no me lo explico;
amo a Don Quijote, sigo a Sancho Panza;
la virtud invoco cuando el mal practico,
pero a veces siento que me purifico
en la propia hoguera de mi destemplanza”.*

IV

A medida que nuestro pelo comienza a encanecer, o a desaparecer, y nuestros músculos se aflojan, en esa dolorida laxitud que aparejan los años,

nos sentimos más cerca del *Quijote*, y en su busca, nos dirigimos al estante lleno de polvo, para bañarnos en sus letras como en las aguas de un sereno Jordán. Una vez más nos cautiva la sencillez de su relato, el donaire de sus travesuras, la belleza de sus mujeres, la discreción de Don Quijote, —no embargante su tilde de loco— la profundidad de sus enseñanzas, y la enorme amargura que entre risas y lágrimas destila y acaba por inundarnos el ánimo. En el sosiego de nuestra casa, leyendo con la lentitud del que nada tiene que hacer afuera, no percibimos el correr de las horas, calzadas con pantuflas de raso, y se nos olvida la cucharada del cordial y la toma metódica de los yoduros.

El libro, como un amigo de confianza, sube de la biblioteca al comedor, de la asistencia a la alcoba, y se instala definitivamente en la mesilla de noche, para que nuestros ojos recorran sus pasajes, como los versículos de una Biblia. Y acabamos por darnos cuenta de que no es Don Quijote, sino Cervantes, el que vive muy cerca de nosotros y con quien sostenemos interminables conversaciones, para llenar las horas ociosas de nuestros días y los huecos que han dejado los amigos muertos, o los ingratos, a quienes nada tenemos ya que dar, o los precavidos, que no nos buscan porque temen que nosotros les pidamos alguna cosa. Con Don Miguel de Cervantes nuestra plática es desinteresada; comentamos los hechos acaecidos en su tiempo, comparándolos con nuestra época, desde las formas de gobierno, hasta los cambios de la moda; desde la batalla de Lepanto que todavía ilumina, como un gran crepúsculo, el escenario del mundo, solamente porque de ella salió manco un hombre, hasta la bomba atómica, que es la quiebra de todos los valores y el mayor atentado contra Dios y contra la Naturaleza.

En nuestras conversaciones con Cervantes vamos de las orillas del Henares hasta las del lago de Pátzcuaro; desde los barrios de Sevilla, en donde estalla la alegre risa de las castañuelas, hasta los huertos de Uruapan, que parecen jícaras decoradas por la mano del indio. Nuestro coloquio con don Miguel se interrumpe noche a noche, al escucharse la voz de una criada que me dice: Señor, el chocolate está servido...

Con nuestra propia gula insatisfecha, de sesentones a régimen, comprendemos ¡al fin! a Sancho; sospechamos por qué Cervantes lo hartó de capones y de pepitorias, en desahogo de las hambres que él no pudo saciar, y lo sentamos a nuestra mesa, pues a la vez que nos abre el apetito el verle comer, nos recuerda a los antiguos moceros de la casa paterna: a Carrillo, el viejo; a Tiburcio, el charlatán, que sólo callaba con la boca llena; a don Vicente, quien después del almuerzo solía exclamar, desanudándose la faja: ya me siento *sospechoso*, por decir *satisfecho*.

La vida se venga de los genios con miserias del cuerpo que ensombrecen

el alma, porque la vida es envidiosa y sabe que el genio la supera a ella y alcanza otra existencia mejor después de la muerte.

Si se reunieran todos los escritores contemporáneos para colaborar en la empresa de escribir el *Quijote*; si aportara cada uno de ellos la solvencia de su talento: Bernard Shaw, su humorismo; Enrique Larreta, su estilo; Thomas Mann, su calidad humana; Mariano Azuela, su lenguaje popular; Camí, su ingenio; Pío Baroja, su amargura; Artemio de Valle Arizpe, lo galano de su arcaico español; Claudio Farrère, su fantasía de Oriente; Darío Rubio, el acervo de sus refranes, no bastaría ese equipo de bien tajadas plumas para volver a dar vida a lo creado tan fácilmente por Miguel de Cervantes Saavedra, Rey y Señor de todo un Universo: el de las letras.

Una y otra vez repasemos el *Quijote*, volvamos a leerlo con la emoción renovada de todas las épocas: riendo, como cuando éramos niños; soñando, como cuando fuimos jóvenes; pensando y llorando como cuando somos viejos. . .

BELLEZAS DEL LENGUAJE DE CERVANTES QUE DEBIERAN CONTINUAR EN USO

Por don RAYMUNDO SÁNCHEZ.

LO mejor que hubimos de Dios es el don de la palabra, bello patrimonio del hombre que le distingue de los irracionales; testimonio perenne de su inteligencia; cetro puesto en sus manos como rey de la creación, pues ya lo dijo el poeta:

*El hombre es rey absoluto,
no hay a sus antojos valla;
todo a su imperio avasalla,
todo le paga tributo.*

La lengua es encarnación de lo que hay más dulce y caro tanto para el individuo como para la familia, y es lo que mejor simboliza la patria, voz que despierta un mundo de alegrías y de tristezas, de recuerdos y de esperanzas; palabra que condensa en un noble afecto los más puros sentimientos humanos.

La lengua española de vida activa por espacio de varias centurias en la Nación de su origen y en las tierras de América, ha merecido la atención de quienes desean hablarla bien y se interesan por que se conserve pura esta fuente de diversos conocimientos, este elemento esencial de una de las más fuertes sociedades del linaje humano.

El pensamiento es el alma, la palabra es el hombre y la lengua es la patria, porque lo más esencial del alma es el pensar: la diferencia exterior del hombre no se halla en la risa, ni en las lágrimas, sino en la palabra, y los pueblos subsisten mientras vive su lengua.

Hasta el día de hoy los cien millones de hispanoparlantes han permanecido fieles a su lengua que, considerada en sí misma y en relación con las lenguas modernas, sobresale por su índole musical, por su riqueza y bizarría y por el hipérbaton, aunque no lo posea en el grado de las lenguas latina y griega.

España perdió sus dominios en América, pero fijó para siempre el imperio de su lengua, de la cual nadie podrá libertarla. Si la parresia consiste en decir con desenfado cosas, ofensivas al parecer, pero en realidad gratas o halagüeñas para aquel a quien se dirigen, bien usó de esta figura el erudito don Juan Valera: "Hay reyes y emperadores inmortales, que reinan e imperan en América por verdadero derecho divino y contra los cuales no hay Washington ni Bolívar que prevalezca. No hay Franklin que consiga arrancarles el cetro. Estos tiranos se llaman Miguel de Cervantes, Guillermo Shakespeare y Luis de Camöens".

¡Qué mucho que en el cuarto centenario del nacimiento del Cautivo de Argel, nos reunamos los amantes de la belleza de la Lengua Española y meditemos un momento sobre las excelencias de quién es en la historia y en el mundo, el *Quijote*!

Mis notas pueden llevar como epígrafe: Algunas bellezas del lenguaje de Cervantes que debieran continuar en uso.

Apartamiento es voz precisa para indicar *vivienda, habitación*. Confírmalo el autor del *Quijote* y las novelas ejemplares: "Debía de estar retirada entonces en algún pequeño *apartamento* de su alcázar". Un día un anciano tan cargado de inviernos como de riquezas cae rendido ante la hermosura de una doncellita de trece o catorce años; hecha su esposa no consiente él que en su casa, bien tapiada, haya ni siquiera animales machos: "a los ratones de ella jamás los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro". Al describir las precauciones del celoso extremeño, en lo relativo a la casa, con elocuente claridad dice: "En el portal de la calle, que en Sevilla llaman casapuerta, hizo una caballeriza para una mula, y encima de ella un pajar y *apartamento* donde estuviese el que había de curar de ella, que fue un negro viejo y eunuco". Más adelante refiere: "y subiéndose Loaysa al *aposenito* que en el pajar tenía el negro, se acomodó lo mejor que pudo".

Cejador afirma que *apartamento* se halla en Itinerario, de Rui González de Clavijo y en la Conquista de Nueva España, de Solís. Equivale al *appartement* francés. Desde el punto de vista morfológico se puede ver que el sufijo *mento, miento* (*amiento, imiento*) procede del latino *mento* (nominativo y acusativo *mentum*). En las voces vulgares se diptonga la *e* en *ie*. Con frecuencia hay las dos formas, tanto en voces que vienen del latín como en las que se forman del español: *salvamento* y *salvamiento*, de salvar. Forma derivados verbales que denotan la acción o su efecto. El Diccionario define: *apartamento*. Acción y efecto de apartar o apartarse. *Habitación, vivienda*. Los derivados de verbos de la primera conjugación terminan en *amiento*.

Pobrería debiera subsistir. He aquí un rayo de luz: Cantó asimismo Loaysa coplillas de la seguida, con que acabó de echar el sello al gusto de los escu-

chantes, que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el más galán y gentil hombre que había en toda la *pobrería* de Sevilla. Esta voz tan henchida de sentido el Diccionario la sustituye por *pobretería*: Conjunto de pobres. Escasez o miseria en las cosas.

Pobretería es un término sacado de *pobrete* y esta palabra, lo mismo que *pobreta* claro dice el Diccionario que son el diminutivo de *pobre*. En el lenguaje familiar: sujeto de cortos alcances, pero de buen natural. *Pobrete* lo toma como equivalente a *pobrete*, para decir infeliz. *Pobretón* y *pobretona*, aumentativos de *pobrete*, asienta que significan *muy pobre*. *Pobrismo* lo define remitiéndose a *pobretería* en su primera acepción, es decir, subordina la idea de pobre a la de pobrete, cuando el sufijo grecolatino *ismo* tiene entre sus funciones la de formar nombres abstractos que denotan conjunto, y, así, de *pobre* saldría *pobrismo*. Freund supone que *pauper* (pobre procede de *pauc*-(us) y *per*, que tiene poco).

En *La ilustre fregona* hay esta exclamación: ¡Cuántos pobres están mascando barro no más de por la cólera de un juez absoluto! Imposible usar un término por otro; ¡quién iba a decir de San Francisco, el pobrete de Asís! “Bienaventurados los pobres de espíritu”, pero no los pobres.

También la *pobretería* ha caído en desuso. Un sabio autor, lamentándose de la invasión del neologismo retórico en el campo de la literatura clásica, y que desdice en gran manera del genio nacional, escribe: Una de las palabras peor formadas que ha abortado la época moderna es *pauperismo*, de creación inglesa: bien o mal formada, al cabo tiene en inglés una acepción especial; pero nosotros, con el poco tino que suele asistirnos, hemos tomado la voz bárbara sin la acepción racional, y hemos arrinconado la *pobretería*.

No ha de pasar desapercibida en el citado pasaje la gráfica expresión “echar el sello al gusto”. En el Quijote también hay “echar con ella el sello a...” (metáfora del sellar la carta o documento para terminarlo). *Echar* lo usa en abundantes casos el Príncipe de los ingenios, pero sin caer en despropósitos como *echar de menos*, ni *echarla de*.

Escuchante es voz de la cual irradia claridad y debiera servir de pauta a quienes la confunden con *escucha*, vocablo éste que envuelve la idea de vigilancia, y hace mal papel en la construcción revesada de *radioescuchas*. *Escuchante* duerme en el Diccionario con la clasificación de participio activo. En español el participio de presente, simultáneo activo en *ante*, *iente*, por haber perdido su asistencia al término es ya simple adjetivo. ¿Rectificarán los gramáticos?

Brújula designa el agujerito por donde, recogiendo la vista, se mira mejor. Los que gustan del espionaje siguen acudiendo al agujerito, pero sin

llevar en la memoria la palabra española. Las esclavas ruegan a Loaysa "dé traza para que el señor su maestro de guitarra entre, para oírle y verle de más cerca y no por tan *brújula* como por el agujero".

Velado lo repite Cervantes. Un ejemplo: Todas las criadas acudieron en la noche al torno, pero no vino Leonora, y al preguntar Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su *velado*. ¿Por qué echar en olvido este vocablo cuya significación es la de marido legítimo, como *velada*, mujer legítima? Se tomó de *velatus*, participio pasivo de *velare*, *velar*, cubrir con velo. Hay, pues, una característica que le distingue de marido en general. Por temor de ponerse en ridículo, ya que los tiempos son otros, no habrá quien presente a su esposa llamándola *velada*. Ahora se dice *mi señora*, voz que está fuera de la significación que se le quiere dar y que ni siquiera tiene la gracia con que el lenguaje familiar dice *mi costilla* o *mi media naranja*.

Sacar y contrahacer. "En sacar esa llave (dijo una doncella) se *sacan* las de toda la casa, porque es llave maestra". Claro se ve el sentido de copiar, hacer una cosa calcándola de otra, imitándola. "Loaysa les dijo que no había necesidad de *contrahacer* la llave, porque según el untado viejo dormía, bien se podían aprovechar de las de la casa todas las veces que la quisieren". *Contrahacer* salió de *contrafacere*, anticuado, compuesto de *contra* (enfrente) y *facere*, hacer. Significa hacer una cosa muy semejante a otra; imitar, falsificar. Este verbo es un modelo de propiedad. En *El coloquio de los perros* se lee: y para esto habían hurtado o *contrahecho* las llaves. Ahora quien pierde la llave primitiva o quiere varias para la misma cerradura no las manda *sacar* ni *contra hacer*, sino que las manda *hacer* en una casa cuyo anuncio reza "Keys made" y "Llaves al minuto". Sí, las lenguas evolucionan hasta lo increíble.

En *La ilustre fregona* uno de los interlocutores se queja de la Argüello en estos términos: "Vive Dios, amigo, que habla más que un relator, y que le huele el aliento a *rasuras* desde una legua". La comparación está sacada de la realidad. *Rasuras* se tomó del latín *rasura*, raedura y es voz aplicada a *tártaro*, del bajo latín *tartarum* y éste del persa *dord*, *heces*. El Diccionario, inspirado en la química, define: "Tártaro ácido de potasio impuro que forma costra cristalina en el fondo y paredes de las vasijas donde se produce la fermentación del mosto". Es sarro. Hoy se prefieren los engaños de la fantasía y las exageraciones de la hipérbole, por lo cual se dice que ciertas cosas huelen y saben a rayos o a diablos.

Relieves es palabra muy gráfica cuando se aplica a los residuos que de la comida quedan en la mesa: "De la comida, replicó el negro, no habrá que temer; que con la ración que me da mi amo y con los *relieves* que me dan las esclavas, sobraré comida para otros dos". Ahora se dan *las sobras*, por

amor al prójimo. La *gallofa* era la comida que daban en los conventos a los pobres y de la cual bien debe de haberse saboreado el Lazarillo de Tormes.

Estada, refiriéndose a mansión o estancia en un lugar, se puede autorizar en la actualidad con Cervantes quien, entre otros pasajes, dejó en *La ilustre fregona*: "Reprendióles mucho el ayo, severa y ásperamente la *estada*". Es curioso que siendo *mansión* y *manida* sinónimas, en relación con *estancia*, no se usen con ese sentido como lo hicieron los clásicos.

Se usa aún *pía* para designar al caballo, mulo o asno cuya piel, blanca en su fondo, presenta manchas de otro color. Tal vez vino del francés *pie*, del latín *pica*. En *La Señora Cornelia* hallaremos: "En esto llegó la tropa de los caballeros andantes, y entre ellos venía una mujer sobre una *pía*, vestida de camino.

Del humorismo burlón nacieron *besatarimas*, *rata de sacristía* y *chupacirios*. Cervantes pinta este trazo: "Es más áspera que un erizo, es una *traga-avemarías*; labrando está todo el día y rezando". Maliciosamente trueca a *paniaguados* en *panivinajes*. Al zapatero remendón le llama *tirapié* o *tiracuero*.

Remanecer se ha de emplear cuando una cosa aparece de nuevo e inopinadamente: "...y teme que cuando menos se cate ha de *remanecer* en alguna sátira el ¡Daca la cola, Asturiano!"

En un cuadro patético de *Las dos doncellas*, la antítesis de los verbos distribuidos gradualmente logra un efecto impresionante: "Respóndeme, que te hablo; espérame, que te sigo; susténtame que descaezco; págame lo que me debes; socórreme, pues por tantas vías te tengo obligado". El secreto del arte de escribir está en la buena elección de epítetos y verbos, dicen los que saben.

Espejo donde se refleja la propiedad de las dicciones, este trozo en que se describe con fina ironía a Cornelio en *El amante liberal*: "Mancebo galán, atildado, de blancas manos y *rizos cabellos*, de voz meliflua y de amorosas palabras". Usase *rizos* como adjetivo y con el sentido preciso de *ensortijado naturalmente*, sin artificio. De las personas que pasan por la maniobra del "rizado permanente" no se puede decir que tienen el pelo rizo.

Al increpar a Leonisa hay la siguiente exclamación: "¡Acaba ya de entregarte a los *banderizos* años de ese mozo en quien contemplas!" Banderizos es linda palabra con que se pinta la propensión a ser fogoso, alborotado. Aguas *estantizas* llamó un clásico a las aguas detenidas, quietas, represadas.

Los nombres acabados en *ista*: *paisista*, *entremesista*, etc., los acomoda Cervantes con suma oportunidad. Con *borronista* designó Esquilache al que tiene por costumbre hacer borrón o borrador cuando escribe: "Ni de ser *borronista* me recato". *Censurista* y *bufonicista* son de Lope; *homilista* es de

Paravicino. A medida que se han aumentado los oficios, doctrinas, cargos, etc., han crecido imponderablemente los nombres terminados en *ista*.

De claro es un modo adverbial que no ha acogido el Diccionario. Cervantes lo tiene en el *Quijote*: "Me pasé *de claro* a Barcelona". Bella forma que debe usarse para indicar *sin detenerse*. En otros casos equivale a decir *del principio al fin*. Así escribe Sigüenza: "Muchas noches se le pasaban *de claro*, sin sueño".

Es común limitar el sentido de *garrapato* al rasgo caprichoso e irregular hecho con la pluma, y *garrapatear* a escribir sin formas de letras, o escribir a la buena de Dios; pero Cervantes asentó: "Decíais mil *garrapatones* cuando rezabais en latín". Esta palabra se equipara con *gazafatón*, *gazapatón*, *disparate*, *desatino*, *dislate*, y que como aumentativo de *garrapato* no se debe circunscribir a lo hecho en el papel se ve en estos versos de Jacinto Polo: "En *garrapatos* sonoros, los sentidos enredaba".

En cuanto a delicadeza, Cervantes escoge las locuciones más puras y honestas, tanto en su significación como en su sonido: "Fuese Sancho a hacer lo que nadie por él podía". Bien dijo Horacio que los sátiros no deben ser tan cultos que parezcan ciudadanos, ni tan rústicos, que rayen en groseros.

Halaga el oído y el entendimiento cuando juega con el vocablo: "...al fin le vino a llamar *Rocinante*", nombre a su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fue *rocín*, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo.

De *Dulce*, recurriendo a los sonidos *i*, *n*, propios de diminutivo, formó *Dulcinea*, nombre en el cual transformó el de *Aldonza*, tal vez originado éste de *Dolze*, corrompido de *conca*, y antepuesto el artículo arábigo. Los dioses, diría Calcidio, han dado a los hombres la palabra, a condición de que digan cosas bellas.

Jira se aplica a *partida de campo*, donde se come con regocijo. Significa también desahogo. Probablemente se deriva del latín *gyrus*, vuelta, giro, del griego *gurós*, curvo, redondo. Coloquio de los perros: "Tres días antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los Montes Pirineos en una gran *jira*". En el *Quijote*: "...y la *jira* que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho". A este respecto *picnic* es un intruso que sin disfraz se ha metido en nuestro idioma. En la definición que de *jira* da la Academia, o hay una errata de imprenta o una falta de concordancia. En el sentido de *hacer una jira* por los Estados, el Extranjero, etc., no consta en el Diccionario.

Cervantes escribe en *El Licenciado Vidriera*: "Otro traía las barbas jaspeadas y de muchos colores, culpa de la mala tinta, a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar *overo*", que significa "pintado de diversos colores". Por confusión de vocablos, la Academia definió en las primeras edi-

ciones de su Diccionario: "*Overo*, lo que es de color de *huevo*". Desde la 12a. edición: "*Overo* (de *hovero*), aplícase a los animales de color parecido al del melocotón, y especialmente al caballo".

Con el matiz peculiarísimo que tienen los verbos frequentativos en *ear*, usa Cervantes *filosofear*, que no ha entrado en el Diccionario; como no está en él *telefonar* y sí *telefonear*, en el lenguaje moderno.

Oportunamente y con admirable conocimiento de la filosofía popular emplea Cervantes el refrán: "Teresa dice (dijo Sancho) que ate bien mi dedo con vuesa merced, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré. Y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco".

En la prosa del Manco de Lepanto se hallan diversas características del lenguaje: las relativas al familiar, las del afectado y arcaico, que él usó intencionadamente, y las del trabajo y artístico. Vano intento sería en un sencillo esbozo presentar el abundante y preciso léxico Cervantino, aun cuando se descuenten las voces anticuadas.

Cervantes estuvo cautivo cinco años y para conseguir su libertad, intentada infructuosamente por su familia, intervino un hecho casual: el misionero Fray Juan Gil ofreció quinientos escudos de oro por el rescate de Jerónimo Palafox, caballero aragonés, a quien por su categoría, no alcanzaba a redimir la suma ofrecida; pero que sí fue suficiente para libertar a Cervantes, quien se encontraba ya a bordo de la galera del rey, rumbo a Constantinopla.

¿Cuántos escudos de cultura serían necesarios para rescatar las innumerales voces y giros castizos que del Manco sublime han quedado en el cautiverio del polvo de las bibliotecas, por obra de la incuria? Las lenguas tienen historia, y para conocerlas de raíz, lo pasado ha de ser clave de lo presente, según don Rufino José Cuervo.

No hay en estas notas el anhelo de resucitar arcaísmos, aunque muchos de ellos no sean un fenómeno natural de la lengua y yazgan arrumbados y vencidos sin que exista su reemplazo. Tampoco manifiestan el deseo de abogar por un purismo que vuelva las espaldas al progreso, o toque las fronteras de la exageración: Malherbe, ya casi moribundo, se entretenía en el examen de una palabra, y su confesor le exhortó a pensar en cosas más serias, pero el gran humanista le replicó que nada más serio que la pureza del idioma.

Si para San Juan de la Cruz un pensamiento del hombre vale más que el universo, y si para Max Müller una raíz que ilumina un idioma es tan importante como cualquier ley física, ¿cómo no acudir cuando se va cayendo en pobreza idiomática y se va realizando la invasión de voces extranjeras, al depósito inagotable que Cervantes dejó en las arcas del tesoro literario?

No ha faltado quien diga, apoyado en la Historia, que desde el momento

en que los vocablos extranjeros preponderan sobre las voces nativas en un pueblo, ese pueblo ha renunciado a su órbita para convertirse en satélite. Habiendo pedido Tiberio licencia al Senado para emplear la voz griega *monopolio*, Marcelo le contestó que podía naturalizar hombres, mas no vocablos.

Imposible querer imitar servilmente la elocución Cervantina; quien tal pretensión tuviese, se parecería a los discípulos de Isócrates que envejecían en las escuelas, y de ellos decía Catón el viejo que la elocuencia que aprendían, era para servirse de ella en el otro mundo.

La conclusión de lo expuesto puede sacarse del propio autor inmortal cuyo es el siguiente concepto: "Procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intención, dando a entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos".

Lección elocuente del genio que nos legó prosa centelleante, cargada de nobles ideas y con léxico tan rico como castizo. Guía luminosa del excelso varón a quien conmemoramos y de quien tanto se ha podido aprender en sus páginas llenas de valor humano y de contenido de vida verdadera, hecha de sueños y realidades, de alegrías y desventuras, de aspiraciones y desencantos. Cláusula concluyente del testamento literario de Miguel de Cervantes Saavedra, del Manco de Lepanto, del Príncipe de los ingenios que, habiendo venido al mundo en 1547, bajó a la tumba en 1616 envuelto en el sudario de la gloria. He dicho.

LAS LECCIONES DE CERVANTES

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO.

*A mi fraternal amigo el académico
Enrique Martínez Sobral insigne cervantista.*

¡EXTRAÑA coincidencia para México! Con una diferencia de tres meses nace quien dará su nombre a la lengua de Castilla, y muere quien la lengua de Castilla dio a los vastísimos territorios que fueron la Nueva España y sus dominios, parte de los cuales constituye la República Mexicana.

En Alcalá de Henares ve por primera vez la luz Miguel de Cervantes Saavedra en octubre de 1547; y en Castilleja de la Cuesta cierra en definitiva los ojos a la luz Hernando Cortés, el "cortesísimo Cortés", como aquél apellida a éste, en 2 del siguiente diciembre.

Y aun pudiera encontrarse otra coincidencia: la ingratitud humana cubre por más de un siglo al autor de *La Galatea* y lo deja en completo olvido, hasta que Lord Carteret encomienda a don Gregorio Mayans, que le prepare una biografía de aquel ingenio esclarecido. La ingratitud humana todavía eleva algunas voces para desconocer la obra del fundador de la nacionalidad nuestra; de quien nos proporcionó la oportunidad de leer en la lengua que hoy hablamos el más recordado de los libros novelescos que ha producido la Literatura: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. La explicación de esto último nos la da Cervantes, cuando enseña que es "el mundo enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los nobles trabajos". (Parte 2a. Capítulo LII).

Pero ¿en efecto el *Quijote* merece el elogio de ser el más recordado? No hay que dudarlo. Las dos principales figuras creadas en él han entrado con pie derecho en las mentes más cultivadas y en las más incultas; y se habla de "quijotismo" —Cervantes troqueló la palabra— y de ser "Quijote" cuando

se encarece el deseo de llevar a buen y feliz éxito una acción noble, aunque aparentemente superior a las fuerzas de quien pretende ejecutarla.

El libro de Miguel Cervantes Saavedra, sin embargo, es más, mucho más que la sola antítesis de las figuras fundamentales de su novela; puesto que encierra numerosas lecciones muy dignas de ser tomadas en cuenta, ya que provienen de un privilegiado ingenio que, acaso sin pensarlo, sin quererlo quizá, se ostenta maestro de lenguaje y literato insigne, psicólogo y psiquiatra, historiador y sociólogo, crítico y político, filósofo y moralista.

Examinemos brevemente algunas de sus lecciones.

¿Por qué, se preguntarán muchos, la lengua castellana se denomina lengua de Cervantes, si escritores hubo en el siglo de oro que obra muy bella y muy valiosa produjeron? Y debe responderse: porque Cervantes se propuso emplear en el Quijote un lenguaje puro, propio, elegante y claro, al mismo tiempo que sencillo y sin rebuscamientos.

Y la primera lección que el padre del "Caballero de la triste figura" nos dejó fue ésta: "El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos... y la discreción es la gramática del buen lenguaje que se acompaña con el uso". (2a XIX).

¿Fue Cervantes discreto en su obra? Nadie puede ponerlo en duda, porque supo alejarse del lenguaje vulgar y aun del común de sus días, que conservaba muchas de las fuertes asperezas de la evolución que iba experimentando; mas al realizar esa obra literaria, la ejecutó sin artificios impropios que empañaran su belleza.

De lenguaje común son ejemplo los libros que Santa Teresa de Jesús, la célebre doctora de Ávila, escribió, en que formas, giros, vocablos carecen de pulimento literario, sin que por ello pierdan, es cierto, la hermosura de su espontaneidad y menos, mucho menos, sufra desdoro su doctrina. Es que Santa Teresa se despreocupa de la sola belleza literaria, que se habrá de alcanzar con los esfuerzos de Cervantes y de Fray Luis de León, quien declara en uno de sus libros que es indispensable convertir la lengua de Castilla en el vehículo más apropiado para exponer el pensamiento español. Y el propósito del agustino es muy justo; pero todavía él mismo incurre en múltiples arcaísmos que forman parte del caudal de la lengua común, y que se explican por el proceso que ésta va experimentando.

Recordemos este proceso en brevísima forma.

La lengua nuestra, como bien se sabe, tuvo su origen y nacimiento en las claras fuentes del Latín, que si en Roma produjo escritores como Cicerón y Tito Livio, Horacio y Virgilio, en España lo emplearon hombres tan dignos de recordación como el notable orador Junio Galeón, el renombrado profesor Poncio Latron, y el fecundo polígrafo Cayo Julio; como los célebres poetas Marco Anneo Lucano y Marco Valerio Marcial.

Es imposible, sin embargo, que la limpidez de la lengua latina se conserve, ya que si la utilizan hombres de inteligencia cultivada, la usan por igual las clases populares, que no en las aulas ni en las academias, sino en las calles y en las plazas la aprenden directamente sobre todo del soldado romano, que no es siquiera romano de verdad, sino mercenario que ha llegado de lejanas tierras, que mezcla con su lengua el latín, mientras va de conquista en conquista; siendo uno de los pueblos conquistados el celtíbero, que habitaba las vastas regiones bañadas en parte por el Mediterráneo y en parte por el Atlántico.

Y largo es el período de transformación. Los vocablos latinos van poco a poco entrando en un cauce que ya no es el de las primitivas fuentes, sino otros que ellos por sí mismos se van abriendo, para mostrar nuevas formas en que a veces consérvese la estructura latina o parte de ella, pero nada más; en otros casos es ya una creación enteramente distinta que quizá tiene su origen remoto en palabras primitivas del celta o del ibero.

Otra influencia más va a sufrir. Un pueblo del Oriente ha invadido los viejos dominios de Roma en el Mediterráneo; es un pueblo guerrero, sí, pero de inteligencia cultivada, de sentimientos artísticos y de intensas actividades industriales; y una gran parte de lo que era Hispania cae bajo su yugo y su dominio.

Levanta palacios y construye templos; se asienta con pie firme en las tierras conquistadas e inicia otra conquista; la más eficaz para señorear un pueblo: la conquista de la lengua; cosa que parecemos olvidar nosotros hoy, al dejar que otra extranjera nos invada. Ocho siglos dura la dominación árabe y en esos ocho siglos lo que sólo se derivaba del latín y de los restos de las lenguas aborígenes recibe una influencia decisiva.

Pero hay un momento en que el lenguaje que se habla y que se escribe en la Península Ibérica no tiene la gallardía del latín, ni la musicalidad del árabe, aunque aparecen ya dos manifestaciones diversas: la pulida, que comienzan a usar insignes literatos, y la popular. Aquélla desde luego luce brillantes galas, porque es el latín puro el que le da vida, y porque va perdiendo la escoria de la popular; aunque los hombres de ciencia en España, como en toda Europa, prefieren todavía en múltiples ocasiones dejar correr su pensamiento en el latín mismo, que les sirve de vehículo. Sea un ejemplo Fray Luis de Granada, insigne escritor en castellano, quien nos dejó la mayoría de su obra teológica y aun su *Rethorica* en la pulida lengua de Lucio Anneo Séneca el filósofo, y de su padre Marco Anneo Séneca, el retórico.

Y a Cervantes vamos a deber, más que a otro escritor en sus días, que la lengua de Castilla adquiriera inigualable flexibilidad; y que si lo que escribió se lee en voz alta por un buen lector tenga sonoridades que halagando nuestros

oídos permitan que sus pensamientos penetren más fácilmente en lo íntimo de nuestro cerebro y de nuestra conciencia.

Nadie, naturalmente, puede pretender que dentro del rigorismo gramatical y literario que se estableció en España y en sus dominios como una reacción indispensable contra el gongorismo y el conceptismo que en desenfadada carrera invadieron los campos todos de la Literatura Española, no se encuentren defectos en los escritos de Cervantes. Pero tampoco persona alguna puede comparar el lenguaje límpido, transparente del Quijote, sonoro como cristal del más fino acabado, con el que Góngora empleó con el noble propósito de volverlo a los cauces de la antigua corriente latina, y que sus discípulos deforman; o con el que usó Quevedo, quien dio origen a las oscuridades del conceptismo.

Tampoco esto quiere decir, que Cervantes se ve completamente libre del vicio de introducir en su obra vocablos innecesarios, y que sólo se explican teniendo en la mente los propósitos de malicia y de burla con que los emplea; pero en cambio, qué gran maestro es en la selección de los epítetos, en los giros de las frases, en el encadenamiento de las sentencias.

Recuérdese, por ejemplo, la descripción de lo que un caballero vio en el fondo de "temeroso lago":

"Allí le parece que el cielo es más transparente y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécese a los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra a lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas en orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando a la naturaleza, parece que allí la vence..." (1a. L).

El epíteto exige dos habilidades del escritor: seleccionar los apropiados al vocablo o vocablos que han de adjetivar; y colocarlos de tal manera, que ora solos, ora en conjunto procuren grata armonía para el oído.

En la fantástica descripción que el caballero del lago hace de lo que vio antes de ponerse en comunicación con el grupo de doncellas que lo agasajan y regalan, Cervantes muestra que el epíteto, de modo igual que el símil, es jugueteo con que se deleita y nos deleita; mas en lugar diverso nos pinta la llegada de la Aurora, y nos lleva a presentar cómo las aves "en sus diversos

y alegres cantos, parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófaro; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida". (2a. XIV).

Ya no es ahora el epíteto solo, ni sólo el símil lo que anima la descripción; es la metáfora que brota fácil y alegre de la mente y de la pluma de Cervantes. Claro está que para los días que corren, cuando todo ha de ser materia y estragado gusto, gran parte de lo que Cervantes compuso y escribió resulta almibarado y de poco momento. Pero quien se traslade a esos lejanos días en que también como en los de hoy, los más eminentes y aplaudidos escritores solían hacer mofa y escarnio de los que con ellos competían; o quien aún en nuestra época tenga la mente libre de prejuicios y una exacta visión de la belleza, habrá de confesar que fue Cervantes un gran artífice del lenguaje.

Y lo fue precisamente cuando éste se iba levantando, como el fuerte castillo o vistoso alcázar que el mismo caballero del lago tuvo ante la vista, "cuyas murallas eran de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos" y que con ser tan rica la materia de que estaba formado: diamantes y oro, carbuncos y rubíes, perlas y esmeraldas, resultaba de mayor valer su hechura misma.

Ahora si bien se observa, no hay rebuscamiento en el estilo, no se advierte el pasar y repasar del bruñidor sobre las sentencias; y en toda ocasión el pensamiento es claro, diáfano, luminoso; como el propio Cervantes declara que debe ser el de todo escritor discreto. Tampoco abundan los arcaísmos que todavía multiplican varios de los más reputados escritores contemporáneos del autor del *Quijote*, aunque sí aparecen algunos, muy pocos, que no han soltado las amarraduras del latín o del lenguaje común, que si al filólogo pueden interesar en el estudio de la evolución de nuestra lengua, desagradan a quien va en busca de belleza literaria, libre ya de tales defectos.

De aquella manera, que se puede comprobar en páginas y páginas del *Quijote*, Cervantes demuestra que se somete a sus propios preceptos y se ostenta con muy justo derecho artista digno, muy digno de que la lengua castellana que así dignifica tome de él nombre y apellido.

¿Pero es un psicólogo Cervantes? Lo es más que otra cosa alguna. Desde luego honda psicología encierran, y esto se ha dicho en multitud de ocasiones, las dos opuestas figuras de la inmortal novela, y no hay para qué volver una vez más sobre la trama fundamental, que es oponer el espíritu a la

materia, lo elevado a lo bajo, lo trascendente y eterno a lo intrascendente y pasajero. Veamos un caso diverso.

La hermosa Marcela es acusada de cruel y aun de homicida, porque por no haber dado oídos a las amorosas manifestaciones de Grisóstomo, éste prefirió morir a no verse dueño del objeto amado y, en efecto, se arrancó la vida, no sin dejar una dolorosa prueba de su desesperación, que entre otras encierra estas verídicas reflexiones:

*“...Mata un desdén, atierra la paciencia,
o verdadera o falsa, una sospecha;
matan los celos con vigor más fuerte;
desconcierta una vida larga ausencia;
contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte;
en todo hay cierta, inevitable muerte...”* (1a. XIV).

Quien tal afirma, bien conoce los sentimientos del corazón humano; mas la acusada hace su propia defensa; y aun cuando puede juzgarse que Cervantes exageró las posibilidades de pensamiento y de expresión de una pastora, no cabe dudar que nos permite asomarnos a la lucha de pasiones que una hermosura puede producir cuando enciende el amoroso fuego. He aquí la exposición de la pastora:

“Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado a amar a quien le ama; y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: ‘quíerote por hermosa; hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos; y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que me decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábadis? Cuanto más que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que

tengo; que tal cual es, el cielo me la dió sin yo pedilla ni escogella; y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda; que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales, el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que el cuerpo y alma más adornan y hermocean ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por solo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda? Yo nací libre y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos; los árboles destas montañas son mi compañía, las claras fuentes destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo, ni a otro alguno el sí de ninguno de ellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido; mirad ahora si será razón que de su culpa se me dé a mí la pena. Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiera; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo, aun hasta ahora, no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por elección es excusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan en su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, no los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera..." (1a. XV).

Larga ha sido la cita; tal vez así deban ser otras, si han de exponerse debidamente los pensamientos de Cervantes; pero aun en pequeñas sentencias revela cómo y de qué manera sabe asomarse a las mentes y sentir el palpitante de los corazones, como cuando nos enseña que “el hacer bien a villanos es echar agua en la mar” (1a. XXIII); y que “no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella que las del recato propio”. (1a. LI).

Pero acaso en pocas de las muchas circunstancias en que podemos conocer al psicólogo, lo veremos mejor que en las observaciones que formula en la novela del curioso impertinente; pequeña novela que hizo formara parte del Quijote, y que el propio autor confiesa es sólo un injerto innecesario al robusto árbol que por sí mismo presenta vigorosas y bellísimas ramas.

¿Quién que ha leído, al menos a la ligera, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, desconoce la trascendencia de la lección de psicología que encierra la curiosidad malsana de un esposo, que es dueño de una mujer tesoro de virtudes, y que se empeña en que su mejor amigo la corteje y trate de rendirla únicamente para darse el placer de tener la certidumbre de que ese tesoro no se menoscaba?

Y no se sabe dónde admirar más a Cervantes, si en la declaración de los deseos que mueven al curioso Anselmo, o en las ponderadas y sólidas razones de Lotario, el solicitado amigo que ha de convertirse en solicitante de la virtuosa dama, y en las cuales se advierte lo mismo la exaltación de la amistad, que lo muy frágil que puede ser la más recia voluntad humana.

¿Se recuerda a este último respecto el hermoso símil que nos proporciona Lotario? “...si el cielo o la suerte buena —dice a Anselmo— te hubiera hecho señor y legítimo poseedor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen convencidos cuantos lapidarios le vieses; y si todos a una voz y de común parecer dijese que llegaba en quilates, bondad y fineza a cuanto se podía extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así sin saber otra cosa en contrario ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante y ponerlo entre un yunque y un martillo, y allí a pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y más: si lo pusieses por obra ¿qué? puesto caso que la piedra hiciese resistencia a tan necia prueba, no por eso se le añadiría más valor ni más fama; y si se rompiese, cosa que podría ser ¿no se perdería todo? Sí; por cierto...” (1a. XXXIII).

Y entonces afirma que es “la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero que está sujeto a empañarse y oscurecerse con cualquier aliento que lo toque”. (Ibid.) Mas Anselmo, al igual que muchos seres humanos, pone oídos sordos a todos los buenos razonamientos; insiste con Lotario para

que cerque y ponga sitio a la fortaleza de Camila; y aun cuando ésta resiste los primeros empeñados asaltos, al fin cae como muchas fortalezas que se juzgaban inexpugnables y, sin embargo, son vencidas. Así una impertinente curiosidad echa en el cieno el armiño de la virtud de la esposa, torna en traición la lealtad del amigo, y vuelve miseria y desesperación la existencia del curioso impertinente.

Psicólogo se muestra una vez más cuando nos pone en una balanza el amor y el interés, y acaba por hallar que en la mayor parte de los casos el interés arrastra el platillo en que se encuentra colocado, y vence al amor. (2a. XX); observación que de nuevo puede hallarse cuando nos refiere todas las circunstancias que nos llevan a las bodas de Camacho el rico.

Pero también podemos encontrar en el Quijote una notable lección de Psiquiatría.

Una de las críticas menos fundadas que se han hecho a la inmortal obra es la manera en que Cervantes nos pinta, y nos lo pinta maravillosamente, a un loco; y así llama en múltiples ocasiones al buen Quijano, quien atraído en grado sumo por los libros de caballerías "se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio". (1a. I).

Y todavía agrega adelante: "rematado ya su juicio, vino a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante y irse por el mundo con sus armas y su caballo a buscar las aventuras y a ejercitarse en todo aquello que había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama". (Ibid).

¿Cómo, pues —se ha dicho—, un loco podía razonar tan admirablemente como Don Quijote en multitud de casos razona? Y se agrega: desde este punto de vista el libro resulta absurdo, completamente absurdo.

¡No, a fe! Lo que Cervantes hizo fue anticiparse a la moderna rama de la ciencia médica, intitulada Psiquiatría, y al leer ciertas reflexiones del creador de este admirable loco, se inclina uno a pensar que aquél tuvo ocasión de observar a quien con atáxica razón mantenía despejada la mente y claro el juicio, en tanto que no le llegaba la "delusión" que lo dominaba.

Durante la visita a México en 1925 del Dr. Pierre Janet, el célebre alienista y director de uno de los manicomios más famosos del mundo, la Salpêtrière, se sostuvo esta tesis por un observador de la locura durante largos años: "...la locura no es la pérdida de la razón, sino su degeneración o su desequi-

librio; el demente razona y a veces con lógica admirable están eslabonadas sus razones"; y su declaración la apoyaba no solamente en su propia observación, sino en diversos casos citados por el propio Dr. Janet durante los cursos que dio en nuestra Universidad, y en las enseñanzas en París del Dr. Vallon, el famoso médico legista.

Y el mismo escritor, refiriéndose a los que padecen delirio de grandeza o de persecución, agregaba: "No es posible en modo alguno percibir síntomas de demencia en tales individuos —al menos para quien no es psicópata— fuera de su *delusión*, de su delirio. Sus razones son perfectamente coherentes; sus conversaciones atractivas, si se trata de individuos cultos; su porte y sus maneras los de personas normales y sanas.

"No les toquéis, sin embargo, el punto débil de su razón, de su enfermedad; si es un megalómeno, se ostentará rey, millonario, sabio, según sea el *complejo* que lo agita y que lo mueve; si es un perseguido, os contará en tono de confidencias las infamias de que es objeto: lo mismo la infidelidad de la esposa, que la ingratitud del amigo, que los perversos propósitos de las autoridades en contra suya. Y todo esto, a veces, con razones en apariencia tan precisas, tan firmes, tan lógicas, que si no estáis prevenidos, bien fácilmente podéis ser inducidos a error, creyendo que quien os habla, es una víctima de los seres humanos, y no de la ataxia de su razón" *.

¿Qué nos dijo Cervantes en los comienzos del siglo XVII? "Mirábalo el canónigo —a Don Quijote— y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondía mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía a perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándose de caballerías". (1a. XLIX).

Es decir, que en tanto que la *delusión* o el *complejo* de su locura no hacía presa en él, Don Quijote razonaba con quieta y serena razón; pero la ataxia de ésta obraba, y obraba rudamente sobre el Caballero de los Leones, que había sido antes el Caballero de la Triste Figura, luego que se presentaban en su mente los caballeros andantes.

Pero hay un pasaje del celeberrimo libro, que confirma en el ánimo la creencia de que Cervantes había sido un observador de locos antes de escribir su novela. En efecto, léase, léase el cuento que en el primer capítulo de la Segunda Parte pone en labios del barbero, acerca de lo ocurrido en el manicomio de Sevilla.

Un licenciado canonista graduado por Osuna, pero que aunque lo fuera por Salamanca no dejaría de estar loco, tras la larga reclusión escribió al Arzobispo, "suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivía; pues que por la misericordia

* Carreño. *La ataxia de la razón*. Colección de Obras Diversas, Vol. IX, p. 160.

de Dios había ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la renta de su hacienda, le tenían allí y a pesar de la verdad querían que fuese loco hasta la muerte" (2a. I).

Y escribióle tantas veces "billetes concertados y discretos", que el Arzobispo ordenó a un capellán suyo que inquiriera la verdad con el Rector del manicomio. "Hízolo así el capellán, y el Retor le dijo que aquel hombre aún estaba loco; que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparaba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban a sus primeras discreciones, como se podía hacer la experiencia, hablándole". (Ibid).

Lo hizo el capellán y quedó convencido de que el canonista había recobrado por completo el dominio sobre su razón; pues "habló de manera que hizo sospechoso al Retor, codiciosos y desalmados a sus parientes y a él tan discreto, que el capellán se determinó a llevarsele consigo a que el Arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio". (Ibid).

Porfió el Rector del manicomio y más porfió el capellán hasta que finalmente vistieron al loco para que fuera a ver al Arzobispo. Al despedirse de sus compañeros de reclusión, uno que en una estera vieja estaba echado "y desnudo en cueros", que se tenía por Júpiter y que se irritó al escuchar que el Licenciado en Cánones se declaraba sano, amenazó a todos los presentes "con no llover en tres enteros años". El loco-sano entonces volviéndose a nuestro capellán y asiéndole de las manos, le dijo: "No tenga vuesa merced pena, señor mío, ni haga caso de lo que este loco ha dicho; que si él es Júpiter y no quiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester"... Desnudaron al Licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento (Ibid).

He aquí cómo Cervantes nos aleccionó desde el siglo XVII acerca de algunos fenómenos de la mente, que observan los psiquiatras modernos desde un punto de observación originado por una nueva rama de la Medicina.

Fue sociólogo también y con claridad completa percibió lo que debe ser la Historia. Como sociólogo, sin embargo, fue un soñador por lo que se refiere a cómo juzgó la condición de la primitiva sociedad humana, si efectivamente así la soñó; pero al pintar el cuadro ideal de aquélla, como al desgairer nos hizo ver los defectos de la que existía en sus tiempos. Y por más que su exposición ande repetida en antologías y en preceptivas literarias, constituye un modelo de belleza tal, que resulta difícil resistir a la tentación de reproducirlo nuevamente.

"Dichosa edad —escribió— y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos

pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas, que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre; que ella, sin ser forzada, ofrecía por todas partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían. ¡Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra. Y no eran adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los conceptos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temer que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su preservación nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud se le entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste..." (1a. XI).

Sociólogo, filósofo, literato insigne se nos muestra en este fragmento que es uno de los más bellos que se han escrito en lengua castellana; y por lo que a la Historia se refiere, bien sería que todos cuantos en escribir de ella se ocupan, tuvieran siempre en la memoria y en la conciencia esta admirable lección, por medio de la cual enseña que deben “de ser los historiadores puntuales y verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés, ni el miedo, el rencor ni la ficción, no les hagan torcer el camino de la verdad, cuya imagen es la Historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir” (1a. X).

Numerosas citas podrían hacerse de las lecciones que nos dejó el crítico; y una de las más interesantes resultaría desde luego la “del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo” (1a. VI); y si hoy llamaríamos a Cervantes bibliógrafo por la enumeración que hace de numerosos libros, crítico notable se muestra al exponer las cualidades y los defectos que ellos encierran; pero es crítico y maestro por excelencia al hablarnos de la poesía.

“La poesía, señor hidalgo —dijo Don Quijote al caballero del Verde Gabán—, a mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias; y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta mi doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio. Hala de tener el que la tuviere, a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos; no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias o en comedias alegres y artificiosas; no se ha de dejar tratar de los truhanes ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que he dicho tratare y tuviere a la poesía, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones políticas del mundo” (2a. XVI).

Dotes de político y de buen juez tuvo Cervantes por igual y los consejos que Don Quijote da a Sancho, gobernador de la ínsula Barataria, bien debieran seguirlos a la letra muchos gobernantes.

“Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas —le dice— entre otras has de hacer dos cosas: la una ser bien criado con todos (aunque esto

ya otra vez te lo he dicho) y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que la hambre y la carestía". (2a. XI).

Tal parece que Cervantes se asoma a lo que iba a ser la condición de muchos pueblos en nuestros días, a muchas de las necesidades de nuestra propia existencia; pero le dice además: "No hagas muchas pramáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y, sobre todo, que se guarden y cumplan; que las pramáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella". (Ibid).

Y ya antes de partir para la ínsula, Don Quijote, había dado, entre muchos otros consejos sabios y prudentes para todo individuo, éstos apropiados para el que gobierna:

"Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

"Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

"Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

"Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

"Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de su injuria, y ponlas en la verdad del caso.

"No te ciegue la pasión propia en la causa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren, será a costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

"Si alguna mujer hermosa viniere a pedir justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

"Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

"Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios son iguales, más

resplandece y campea, a nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia..." (2a. XLII).

¡Y qué decir de las admirables sentencias del gobernador Sancho!

Una larga serie podría mostrarse de sesudas y justísimas observaciones del filósofo y moralista. Si comenzamos por las que se refieren a los libros y a los que los componen, veremos que nos dice que "no hay libro tan malo, que no tenga algo bueno"; que "los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores, siempre o las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios a la luz del mundo" (2a. IV). Aunque bien pudiera añadirse que en ocasiones aun los que algunos han publicado ya, sienten el aguijón de la envidia y del encono, porque aquéllos alcanzaron mayor éxito, y con facilidad mayor adquirieron nombre y fama.

Si a linajes y posición social dirige sus miradas, de sus labios brotan importantísimas lecciones; porque nos asegura que entre los linajes "sólo aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestren en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso (no soberbio, no arrogante, no murmurador), y sobre todo, caritativo; que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que a campana herida da limosna; y no habrá quien lo vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro; y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados". (2a. VII).

Si del deseo inmoderado de fama y de renombre hace mención, nos asegura que un poeta famoso de sus tiempos, "habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella a una dama, que se podía dudar si lo era o no, la cual viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta, diciéndole que ¿qué había visto en ella para no ponerla en el número de las otras? Y que alargase la sátira y la pudiese en el ensanche; si no, que mirase para lo que había nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame". (2a. VIII).

De la virtud afirma que "así como el fuego no puede estar escondido

y encerrado, la virtud no puede dejar de ser escondida"; (2a. LXII) cuando una dama pregunta a cierta cabeza tenida por encantada "¿qué haré yo para ser muy hermosa?", quien habla a través de la cabeza les responde: "Sé muy honesta" (Ibid); y gran conocedor de la humana miseria, de los anhelos que a las veces corroen las entrañas de los hijos, de los esposos, de los hermanos que esperan heredar, pone Cervantes el siguiente diálogo entre un hombre que pregunta a la misma cabeza:

—“¿Qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo?”

Y ésta le responde:

—“Los que tu hijo tiene son de enterrarte”.

Y el moralista, por su parte, se muestra una y otra y otra vez; así cuando afirma que los agravios no deben pagarse con agravios, a propósito de quien quiso hurtarle la gloria, escribiendo la falsa segunda parte de su ya famosa obra, que cuando asegura que “bien predica quien vive bien” (2a. XX) o cuando enseña que “estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos” (2a. XXIII) o que “no hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero”. (2a. LXII).

Es importante en grado sumo este consejo de Don Quijote a los padres de familia, sobre todo en los tiempos que corren, cuando aquéllos por completo se desprecupan del deber que tienen de bien guiarlos:

“Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer, o buenos o malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida; a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta o aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso...” (2a. XVI).

Mas se han de cerrar estas toscamente hilvanadas observaciones con otra noble enseñanza de Cervantes, y que debiera ser norte y guía para todos los humanos: “Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno”. (2a. XVIII).

No es, pues, ni debe ser *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* libro de solo pasatiempo; sino obra que se ha de leer, aprovechando las numerosas lecciones que encierra; y así, Miguel de Cervantes Saavedra resulta muy justamente un gran maestro de la inteligencia y del espíritu, a través de la más grandiosa de sus obras; de una de las más excelsas que ha producido el hombre en el campo de la Literatura universal.

SOBRE UN AUTOR CENSURADO EN EL QUIJOTE: ANTONIO DE TORQUEMADA

Por don ALFONSO REYES.

DESPUES de su primera salida, Don Quijote vuelve a casa, gracias al bueno del labrador que lo halló tendido en el campo. En su casa donde todo era alboroto por la escapatoria del caballero, el Ama lanza la sentencia: "Encomendados sean a Satanás y a Barrabás tales libros, que así han echado a perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha".

Ante esta condenación de los daños que trae consigo el Alfabeto, el Cura se apresta a ser el inquisidor de los descomulgados libros. . . "Y a fe —dice— que no pase el día de mañana sin que de ellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión a quien los leyere a hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho". Y al otro día, aprovechando el sueño de Don Quijote, comienza la célebre quema.

No todos los libros son condenados. El Cura escoge algunos para el Barbero y para sí. Pero a Don Quijote no se le deja el disfrute de un solo volumen. "Aquella noche —cuenta Cide Hamete Benegeli— quemó y abrasó el Ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa; y tales debieron de arder, que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador; y así, se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores".

Y a poco, aun el aposento de los libros fue murado y tapiado, con lo que Don Quijote vino a convencerse de que su enemigo, el encantador Frestón, era el responsable de aquella desaparición milagrosa.

A lo largo del capítulo VI de la Primera Parte se desarrolla la censura de la biblioteca de Don Quijote: "más de cien cuerpos de libros grandes, muy bien encuadernados, y otros pequeños".

El Ama y la Sobrina bien quisieran acabar con todos, sin saber siquiera de lo que trataban, como al fin se hizo con los últimos, a carga cerrada, por pereza del licenciado Pedro Pérez —el Cura—, y por pereza del narrador.

Pero, por lo pronto, maese Nicolás, el Barbero, iba pasando los libros uno a uno. Y el licenciado, al sentenciarlos, entre uno que otro alegato del Barbero, emite sobre ellos un verdadero juicio sumario —nunca fue más propia la expresión—, lo que da al capítulo un valor único en los fastos de nuestra crítica. ¡Censura de los libros españoles por Miguel de Cervantes!

La escena, en un aposento de cierto pueblo manchego, y en un corral de la propia casa. Los personajes, un Cura, un Barbero, un Ama, una Sobrina, figuras de manera de Comedia del Arte tan famosas ya como Arlequín, Pierrot, Colombina. Se oyen los ronquidos de un personaje ausente.

Pronto se resolvió ahorrar la escalera y dar con todos los libros por la ventana abajo. Y el primero que saltó a los ojos del Cura, y que por lo visto le pareció voluminoso, lo hizo exclamar:

“—¿Quién es ese tonel?”

“—Este es —respondió el Barbero— *Don Olivante de Laura*.

“—El autor de ese libro —dijo el Cura— fue el mismo que compuso a *Jardín de flores*; y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es más verdadero, o por decir mejor, menos mentiroso; sólo sé decir que éste irá al corral, por disparatado y arrogante”.

Y dicen mis autoridades, en efecto, que el *Don Olivante*, publicado en 1564, sólo merece recordarse en la larga serie de libros de caballería porque Cervantes le hizo el honor de mencionarlo. Aunque, eso no, no es “tonel” ni cosa que lo valga, sino un volumen bastante moderado para tratarse de libro en folio; en total, 506 páginas.

Don Francisco Rodríguez Marín, siguiendo a Clemencín, duda si Cervantes lo confundiría, de memoria, con cierto *Palmerín de Oliva* impreso mucho antes en Venecia, y que siendo octavo, abulta mucho con sus 900 y tantas páginas. Y añade en la nota respectiva:

“En efecto, Antonio de Torquemada, autor del *Don Olivante*, compuso también la obra intitulada *Jardín de flores curiosas*, libro embusterísimo y patrañero, del cual se hicieron diversas ediciones, la primera en Salamanca, Juan Baptista de Terranova, 1570¹. También es de Torquemada otro libro, mucho más estimable: *Los Coloquios satíricos* (Mondoñedo, Agustín de la Paz, 1553), reimpresso poco ha en los *Orígenes de la Novela*”.

Así, pues, de este Torquemada que padeció la hoguera tenemos, por orden de fechas, los *Coloquios*, el *Olivante* y el *Jardín* *. El *Olivante* no lo conozco. Los *Coloquios* están al alcance de todos, gracias a la edición moderna de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, *Orígenes de la Novela*, II, a

¹ Esta parece, al menos, ser la primera. Se citan también una de Leyda, 1573 y otra de Salamanca, 1577.

* Gallardo, *Ensayo*, cita trozos de un Ms. *Manual de Escribientes*.

que se refiere Rodríguez Marín. Y del *Jardín de flores curiosas* poseo por suerte un ejemplar en la edición princeps, que adquirí en París hará unos veinte años.

Parece, hasta aquí, que el autor, discreto, medurado y apacible en su juventud, según puede verse por los *Coloquios*, se fue torciendo y amanerando con los años; si no en el decir, a lo menos en el pensar. A través de los “disparates” y “arrogancias” del *Olivante*, llegó a la extravagancia, rayana en locura, del *Jardín de flores*; libro éste póstumo y que sólo se publicó por cuidado de sus hijos, libro que “era muy curioso y en lo hacer había gastado mucho tiempo” como dice la real licencia, libro que Torquemada guardó para la despedida a modo de flecha del Parto. Propia imagen de aquel loco —lo refiere el mismo Cervantes— que fingió cordura hasta no verse en la puerta del manicomio, donde se despidió recordando que él era Neptuno, padre y dios de las aguas (*Quij.*, II, 1).

II

Por los *Coloquios* se sitúa Torquemada en la junta de dos corrientes: la satírica y la novelística. La sátira lo relaciona con Juan o Alonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, el *Lactancio y un arcediano*, el *Crotalón* y *Las Transformaciones de Pitágoras* de Cristóbal de Villalón; si bien carece de la mordacidad de aquellos modelos y más puede considerárselo como un manso costumbrista de tono prudente, gris y monótono. Haan advierte que los *Coloquios* recuerdan algunos pasajes del *Barlaam* añadidos en la versión hebrea del barcelonés Aben Chasdai. Pero Torquemada es, en general, más desleído y menos novelesco.

Y en cuanto a lo que hay de novelístico en su obra, pertenece a los primeros explotadores de Bocaccio en lengua española, y precede en unos años al *Patrañuelo* de Timoneda. Con todo, Torquemada es parco en cuentos, y los envuelve en largos sermones, mientras que Timoneda es más directamente episódico, aunque a veces tan esquemático que peca de sequedad excesiva. Por eso cuando ambos tocan igual asunto —Rugero, el de la mala estrella tanto figura en el *Sobremesa* de Timoneda como en los *Coloquios* de Torquemada— la adaptación que Torquemada hace de la historia bocacciana es sin duda la más jugosa.

“Después de ellos —escribe Menéndez y Pelayo—, y sobre todo después del triunfo de Cervantes, que nunca imita a Bocaccio directamente, pero que recibió de él una influencia formal y artística muy honda y fue apellidado por Tirso ‘el Bocaccio español’, los imitadores son legión. El cuadro general

de las novelas, tan apacible, e ingenioso, y al mismo tiempo tan cómodo, se repite hasta la saciedad..." (*Oríg. Nov. II*, xvii).

Pero lo cierto es que en los *Coloquios* de Torquemada los cuentos, los verdaderos cuentos de cierta extensión y no los simples dichos más o menos aderezados en una acción microscópica, ni son muchos, ni nunca duran más allá de breves instantes.

Los *Coloquios* son siete, y están presentados como diálogos de tres o cuatro personas y, cuando el asunto lo admite, en jardines o escenarios campestres, donde ni siquiera falta aquel paraje —una "calle plantada de chopos"— en que las frondas de los árboles forman bóveda, lugar descriptivo que "Azorín" consideró como característico de los románticos: vieja novedad como tantas otras.

El Coloquio primero, tras de algunas consideraciones sobre el trato de amos y criados, se ocupa en los daños corporales y espirituales del juego, y describe menudamente las trampas y artes de los tahures en los naipes y dados, y las supersticiones y amuletos de los candorosos que juegan de buena fe, a quienes la gente corrida llama "guillotes y bisofios". Trae el cuento del caballero malaventurado, a que ya hicimos referencia, y el del canónigo jugador de Cerdeña.

El Coloquio segundo, en que un Médico y un Boticario se achacan mutuamente las faltas que sus respectivos gremios cometen en perjuicio de los enfermos, sea por negligencia o por "iñorancia", trae el cuento de los dos boticarios sobre la misteriosa simiente de psilio que resultó ser la cristiana zaragatona, otro sobre el error de un boticario poco latino, otro más sobre el que, en su impaciencia, se curó, no del mal sino de la vida, tomando juntos cuatro o cinco jarabes que se habían de tomar con cierto espacio; nos enferma casi informándonos de la triaca o contraveneno hecho nada menos que de esmeraldas (algunos, en lugar de esto, "echan vidrios"), y llega a proponer una novedad: ni más ni menos, la actual intervención de una Oficina de Salubridad Pública en la confección de los remedios y drogas.

Nos lleva el tercer Coloquio a esas visiones del campo, Arcadias artificiosas en que todo es sencillez y pureza. El pastor Amintas, que en sus ocios de cabrerizo ha tenido ocasión de acumular una erudición formidable, redarguye a dos caballeros cuanto éstos argumentan en favor de la vida urbana, y les demuestra, según los consabidos tópicos del género, que nada hay como la silvestre paz de Dios.

Abundan en el Coloquio pasajes de linda dicción, al describir Amintas los encantos de la noche y del amanecer en las rumorosas soledades. Cruzan por ahí un rápido cuentecillo sobre cierta contienda de virtud entre un pastor y un obispo, y otro más detenido y gustoso sobre cierto rey cazador que pro-

tegió a la gente campesina en cuyo albergue tuvo que refugiarse una vez, por haber perdido en el bosque a su compañía. Se explica que, si dejar de oír misa pudiendo hacerlo es pecado, no es el caso cuando hay notorio impedimento; y no pecaron los ermitaños del desierto, ni San Antón ni San Pablo, ni a la cuenta pecan los pastores cuando tienen que quedarse muchos días en despoblado. Y ya hacia el final del Coloquio, que empieza a clarear, nos llega un ambiente eclógico en aromas de Garcilaso con las solas frases: "y pues que ya el día se viene acercando y el lucero se nos muestra..."

El Coloquio cuarto "trata de la desorden que en este tiempo se tiene en el mundo, y principalmente en la cristiandad, en el comer y beber, con los daños que de ello se siguen, y cuán necesario sea poner remedio en ello". Los interlocutores hacen alarde de su información coquinaria y, como era de esperar en su tiempo, repiten la especie equivocada sobre la supuesta baja sensualidad de los epicúreos. Y al fin se despiden al caer la noche, por miedo al "frescor del río", como los viejos de *La verdad sospechosa*.

El Coloquio quinto está consagrado a censurar las extravagancias en el vestir, y lo leerán con provecho todos esos escritores que creen resucitar una época con aprenderse dos o tres palabritas para insertarlas aquí y allá en su discurso: los "musiquís" de anchas mangas, que suben encima de los "cocotes", el "capuz" cerrado hecho de "contray de Valencia", el "jubón de puntas", el "collar de brocado", los "torcidos", "caireles", "grandujados" que piden los sastres y oficiales de seda para pespuntar, "dando golpes y cuchilladas en lo sano, deshilando y desflorando, echando pasamanos, cordones y trenzas, botones y alamares". Quéjase el censor de los lujos inútiles que, para colmo, la moda hace efímeros, obligando a redoblar los gastos con notorio sacrificio de los maridos. Porque —aparte del común error de echar a perder las mejores prendas en los viajes, para los que sería preferible usar "vestidos de rúa"— las mujeres no se cansan de pedir. Unas piden "saboyanas", otras "galeras", "saíños", "saltambarcas", "mantellinas", "sayas con mangas de punta que tienen más paño o seda que la misma saya", "verdugadas" y "basquiñas"; y para los peinados, "redecillas"; "lados huecos", "encrespados", "pinjantes", "pinos de oro", "piezas de martillos", "escosiones", "beatillas", "trapillos" —trapillos, por cierto, echados tras las orejas como por desdén.

El Coloquio sexto, se mete en discutir nada menos que la honra del mundo, y se divide en tres partes: la primera explica cuál sea la verdadera honra y cuántas veces se la confunde con la infamia; la segunda trata "las maneras de las saluciones antiguas y los títulos antiguos en el escribir, loando lo uno y lo otro y burlando de lo que ahora se usa"; y la tercera concluye que la verdadera honra está en los propios méritos y no en las glorias heredadas de los abuelos.

La charla acontece en un jardín donde las verdes espesuras alternan con los juegos de agua. "Allí donde está aquel chapitel veréis una fuente artificial por donde (el agua) corre y sale de la otra parte, tomando la corriente por un valle más espeso de arboleda que ninguna floresta, en la cual se consume, recibéndola en sí la tierra para despedirla por otros respiraderos, sin saber a dónde va a dar..."

Es notable que el autor se atreve —aunque no tan decididamente ni con la bravura de Cervantes— contra las famosas venganzas de la honra marital, que llegarán en el siguiente siglo a convertirse en un recurso automático de la comedia. "Absolvió Cristo a la mujer adúltera —dice Torquemada. Las leyes no mandan sino que se entregue y ponga (a la mujer adúltera) en poder del marido, para que haga de ella a su voluntad. El cual, si quisiere matarla, usando oficio de verdugo, puede hacerlo sin pena alguna cuanto al marido; pero cuanto a Dios, no lo puede hacer con buena conciencia sin pecar mortalmente". El conflicto se plantea, pues, entre la institución o ley humana, y la moral o ley divina. Torquemada lo resuelve por una transacción: por el argumento del miedo, que concede tan extraordinaria facultad a los maridos, a fin de "embarazar la flaqueza de las mujeres, para que no sea este delito tan ordinario como sería de otra manera".

Antes de entrar a la segunda parte, se refiere el caso de San Bernardo, a quien en plena predicación apareció el demonio bajo figura de vanagloria; y aunque estuvo por bajarse del púlpito, luchó un instante consigo mismo y exclamó: "Ni por ti comencé a predicar, ni por ti lo dejaré".

En la segunda parte, averiguamos —o confirmamos— que aún no se daba a los reyes el título de "Majestad", sino de "Alteza"; y ya se prevé que pronto, según van creciendo los abusos, se llamará "Alteza" a los señores, como ya comienza a llamárseles "Excelencias" y "Serenísimos". Torquemada se ocupa aun de las fórmulas del estornudo, y recuerda que el decir "Jesús, Jesús te ayude", viene de la "tan espantable y terrible pestilencia que hubo en la ciudad de Roma, siendo pontífice San Gregorio", cuando las gentes al estornudar caían muertas.

En cuanto a la tercera parte —la honra de los méritos propios— se explica sola. El Coloquio es aquí una colección de venerables lugares comunes.

III

El séptimo y último Coloquio forma por sí solo un ciclo aparte. Es una larga charla pastoril en que Torcato cuenta a Filonio y a Grisaldo los amores que tuvo con Belisia, y se cambian entre los interlocutores los oportunos consejos contra los extravíos pasionales, la ingratitud de la amada y otros asuntos

semejantes. Torquemada sintió la necesidad de destacar esta parte de su obra, poniéndole un prólogo especial —en que, sobre todo, se defiende de mezclar las burlas con las veras—, y luego, según su costumbre metódica, a su vez la dividió en tres partes: el proceso de los amores, el relato de un sueño, y las razones que pueden explicar la extraña conducta de Belisia. Es este último un tema declamatorio al estilo de los que proponían los antiguos retóricos, y que Cervantes ha immortalizado en la defensa que hace Marcela de su condición arisca y de la libertad de su albedrío para rechazar a tantos enamorados (*Quijote*, I, cap. xiv). Pero Torquemada no alcanza ni con mucho esta hondura.

Filonio y Grisaldo que, entre las fiestas y juegos del desposorio de Silveida, han echado de menos al desventurado Torcato, se dan a buscarlo por los sitios donde ahora suele esconder su amargura, y lo encuentran al fin “por allí a la fuente del olivo, que está enmedio de la espesura del bosque de Diana”

Tras un monólogo en que Torcato lanza sus quejas, empuña el rabel y llora en octavas reales el desdén de Belisia, pues según las reglas del género pastoril, aquí alternan el verso y la prosa. Los versos, apenas medianos, han tomado al menos el paso de la época y muestran cierta dignidad de familia, la familia de Garcilaso.

Torcato se desmaya. Sus amigos lo acuden y lo confortan. Y él comienza sus confidencias. El discurso se arrastra un poco, y el exceso de postizas galas hace algo pesadas las descripciones. Obligados a dejar los llanos por la montaña, cuenta Torcato, a causa de la sequedad del verano, se juntaron varios pastores, y entre ellos apareció Belisia, de quien sin saber cómo ni cuándo el triste pastor se encontró perdidamente enamorado. Le pareció de buen arte fingir otros sentimientos públicamente, y mostrarse dispuesto a servir a Aurelia, amiga de Belisia, mientras disimuladamente dedicaba a ésta los versos que componía en las fiestas y bailes. Pero los tiempos aún no parecen maduros para aprovechar todas las posibilidades novelísticas del asunto, y Torquemada dejó pasar sin pena ni gloria este germen de “enredo”.

Un día, reunidos así en la majada del padre de Belisia, se oyó la gritería de los pastores, los perros salieron ladrando, y todos empezaron a dar caza a un lobo que había caído sobre un cordero. Belisia se quedó un poco atrás, y Torcato aprovechó el instante para declararle su amor, en largas, inacabables y lacrimosas parrafadas propias de aquel género artificioso. Belisia, naturalmente, le reprochaba su deslealtad para con Aurelia, pero en cierta forma discreta —la eterna Venus que huye y se deja ver— que daba lugar a alguna esperanza. Torcato no cabe en sí de gozo, al punto que Aurelia advierte el cambio, desconfía y no quiere separarse un punto de Belisia. Pero no temáis: no pasa nada.

Torcato grababa con su cuchillo, en la corteza de los árboles, el nombre adorado, o labraba al vivo la imagen de Belisia en el puño de su cayado; componía versos y, en fin, entretenía su llama de mil modos. ¿A qué seguirlo en estos pasos perdidos, lugares comunes de los idilios? No come ya, no duerme, da a todos qué decir y nadie, si no es Belisia, entiende lo que pasa.

Empezó el ir y venir de cartas, la entrevista junto al lecho de Belisia enferma, la salud recobrada, la certeza de Torcato de que es más bien objeto de lástima que no de verdadero amor, la cita nocturna, los encuentros frecuentes; y al cabo, el invierno que se acercaba y, con él, la necesidad de bajar a la tierra llana y la posible separación de los amantes en aquella vida ostensible de la aldea.

El relato se interrumpe un instante para que cenén los pastores: cecina de venado, queso, cebolletas, ajos verdes, pan de centeno, todo con salsa de San Bernardo que aumenta la sazón y el gusto, vino mejor que el de San Martín y Madrigal, leche de cabra y migas. Sobre la sed y el buen beber, los amigos se cambian algunas pullas.

Y Torcato recita ahora una carta de amor en tercetos, de que recibió por respuesta el más inesperado desdén, y la orden de no volver a importunar a Belisia, cuya voluntad, por lo visto, mudó de la noche a la mañana: o porque "ya estaban en calma sus velas", o por ventura "vueltas a otro viento con que navegaban".

El parecía más muerto que vivo. Ella, las pocas veces que en público se dejaba abordar, "seca de razones y estéril de palabras". ¿Qué hacer? El género pastoril lo ha previsto: escribir una carta larga, llena de tiquismiquis y requilorios, cuidando que ocupe varias páginas. La respuesta fue clara y, relativamente breve: —No me importunes; todo cambia, yo he cambiado también —vino a decir la pastora. Haz cuenta que soñaste, y queda con Dios.

Aquí Torcato invoca todas las virtudes de la retórica, y emprende una luenga "exclamación", con imprecaciones repartidas entre la Fortuna, la Muerte, el Tiempo y la propia Belisia; las cuales acaban, claro es, en una torre de octavas reales, adecuado fin para la primera y no muy amena parte de esta historia.

La segunda parte del Coloquio es el sueño de Torcato, contribución a la literatura onírica, aunque todavía candorosamente retórica, insincera, mera escena de alegoría, y muy lejana por supuesto de las actuales expresiones de hondura psicológica que, a veces, más que literarias, han llegado a ser verdaderas pruebas de laboratorio. Torcato se ve trasladado vertiginosamente por grandes espacios de tierra, y llega a un verdadero paraíso de árboles, frutos, flores, animales. El aire, embalsamado, está poblado de trinos de aves.

En redor, un circo de altísimas montañas; y en una cumbre, un muro

almenado, triangulado y de varios colores, que da abrigo a un castillo de piedras rojas, verdes y azules, con remates de oro. Era la Morada de la Fortuna. A otra parte de aquel cerco murado, se dejaba ver el negro castillo o Reposo de la Muerte. Más allá, el muro se hacía transparente, y todas las cosas del mundo —pasadas, presentes y venideras— se podían adivinar confusamente: tal era la Morada del Tiempo. Y en medio, cercado de hondísima cava, pintado a pincel de amarillo, lleno de fieras que despedazaban cuerpos humanos, de hombres que se mataban entre sí, ruedas de tormento y otros horrores, se alzaba el Aposento de la Crueldad.

Procura Torcato escapar de aquellas visiones y circuitos dantescos, pero no halla salida. Se sienta junto a una hermosa fuente, de cielo azul con labores de oro, pilares de pórfido en follaje romano, y aguas claras que lo convidaban a beber, lavarse y refrescarse. Conforme bebe, su sed aumenta, y un fuego en que de algún modo se mezcla el cuidado de Belisia, parecía consumirlo.

A esto, entre un gran estrépito, se abrió de medio a medio el Castillo de la Fortuna, dejando salir un enorme carro, cuyo paso iba acompañado por salvas de artillería desde los torreones y pretilles. El carro era de oro y piedras preciosas, con doce ruedas de marfil, y tiraban de él veinticuatro unicornios blancos. Transportaba un trono de doce gradas, silla de diamante bajo dosel de plata y perlas, y unos carbunclos luminosos le daban iluminación artificial. En el trono venía una mujer bellísima, la Fortuna, con la famosa rueda en la mano, asistida por cuatro doncellas. Dos muy hermosas y de muy pobres vestiduras, estaban por el suelo y se arrastraban bajo los pies de su ama: eran la Razón y la Justicia. Las otras dos, feas y aborrecibles, lujosamente ataviadas y armadas de estoques, eran el Antojo y la Libre Voluntad, que hoy llamaríamos la Real Gana, recordando a Unamuno, en aquellas páginas tuyas que recordó e imitó Keyserling. La Fortuna ya mostraba una seductora sonrisa, ya un gesto feroz y espantable, y mudaba de semblante constantemente.

Conforme se acercaba a él aquel carro alegórico y trono rodante, Torcato percibió inscripciones e imágenes misteriosas en la rueda de la Fortuna: destinos humanos, unos en ascenso, otros en descenso; y los privilegiados, inmóviles y en alto, por mucho que girara la rueda. Torcato alzó los ojos llorosos, y aquí todas las imprecaciones que lanzara poco antes le fueron devueltas por turno.

Primero, la Fortuna acusa al descuidado Torcato del desvío de Belisia, puesto que él no tomó providencia alguna que asegurara su pasajero favor.

Desaparece esta visión, encerrándose en su propio recinto, y después, entre truenos y relámpagos, el Castillo negro dejó salir el espantable y oscuro carro de la Muerte, tirado por elefantes gigantescos y como una tumba en

vez de trono, rodeado por las escuálidas y flacas imágenes de la Vejez, el Dolor y la Enfermedad, y por las tres Parcas —Atropos, Cloto y Láquesis— consagradas a su monótona tarea de hilanderas. El fantasma de la Muerte, un esqueleto sin ojos, empuñando su guadaña y dejando ver que “cuando se meneaba, todos los huesos se le descomponían, increpó a Torcato, condenándolo a vivir desgraciado o a triunfar por su solo esfuerzo. Y la Muerte desaparece en su Castillo, al fragor de trompetas e infernales fanfarrias.

Se oye una música apacible. Ahora aparece un carro de espejo cristalino, como hecho de un solo diamante, tirado por seis alados grifos. Desde el trono, el Tiempo, un anciano de luengos cabellos y barbas, vestido de blanco, temblequeando de senilidad, agitando unas cortas alas, apoyado en una hermosa doncella rubia llamada la Ocasión, se dirige a su vez al espantado Torcato: —Soy mutable —le dice en suma. Cúlpate a ti mismo, pues no supiste tomar la ocasión por los cabellos cuando pasó a tu lado. —Y el carro volvió a su morada.

Coreado de lamentos y alaridos, suspiros y llantos, salió de su Castillo el pequeño carro de la Crueldad, color leonado y tirado por espantables dragones que resollaban fuego. En un trono de brasas, con una espada en una mano y la otra mano apoyada en Belisia, que se había refugiado entre las almenas de la Crueldad, esta despiadada figura se veía rodeada de miserables imágenes —la Tribulación, la Angustia, la Desesperación— y acompañada por el flaco, amarillo y pensativo Cuidado. Al acercarse, la Crueldad se burla del pastor. Salta del carro, y tras ella salta Belisia. Ambas amenazan a Torcato con la dureza de su adorada pastora.

La cual, rasgando el capisayo, jubón y camisa que vestían a Torcato, le descubrió el pecho. La Crueldad le descargó un tajo en el costado siniestro, y las dos comenzaron a beber la sangre de su víctima. Por fin, hartas de su trágico banquete, se alejan, dejándole por compañía al Cuidado, la Tribulación, la Angustia y la Desesperación.

Aquí Torcato se sintió alzar de la tierra, y pasando velozmente sobre muchas ciudades, salvando montañas y selvas, se encontró de nuevo depositado en el sitio donde se había dormido y donde ahora abrió los ojos. Con que acaba la segunda parte de este Coloquio.

En la tercera, Filonio predica a Torcato la natural flaqueza y mudanza del ánimo femenino. Grisaldo insiste, contra lo que pretende Torcato, en que a tal mudanza no se ha de buscar una causa definida. Filonio cuenta al caso la fabulilla de Ferón, que traen Diódoro y Herodoto: aquel príncipe egipcio a quien los dioses ofrecieron devolver la perdida vista, en cuanto tuviese delante a una mujer casta “que no hubiere tenido pendencia sino con sólo su marido”. Ferón acudió a su propia esposa, por la confianza que tenía en ella.

Fracasó, con gran pena suya, e hizo traer a las principales damas egipcias; y luego, como eso resultara inútil, a las mujeres comunes. Por fin, al presentarse la esposa de un pobre hortelano, el príncipe recobró la vista. Y no es maravilla, porque el hortelano acababa de casarse ese mismo día, y aún duraba en ella la castidad.

Pasa una alusión a los dechados antiguos, a las virtudes de Lucrecia, Virginia, Penélope, a quienes Filonio todavía censura y objeta, encontrándolas muy discutibles. Con lo cual el diálogo va entrando cada vez más en un lugar temático hartó conocido de los estudiosos de historia literaria: el debate sobre la mujer, como también puede apreciarse en otra novela del siglo XVI, la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro. Filonio no encuentra muy claro el caso de Lucrecia, y la acusa apoyándose en San Agustín. Después, recoge las murmuraciones eruditas contra la firmeza de Penélope durante la ausencia de Ulises (quien por eso, a su vuelta, había preferido irse a la isla de Cortina), con un humorismo muy al gusto de los renacentistas y que, desde antes de Luciano, venía alimentando ya la vena de Jules Lemaître y sus deliciosos cuentos *En marge des vieux livres*. Y luego, Filonio afirma que Virginia murió, no por su resistencia al vicio, sino porque su padre, conocedor de su liviandad, le dio muerte a tiempo.

Torcato, aunque tan herido por los desdenes de Belisia, se levanta en defensa de las excelencias de la mujer y, con aquella pasmosa cultura que se prestaba a estos pastores convencionales, se aferra al ejemplo de Dido y de Susana, negando que la primera haya tenido jamás amores con Eneas tras la muerte de su esposo Siqueo, "porque Dido —dice— fue mucho tiempo antes que Eneas", y recordando la firmeza de la segunda. Y también arguye que hay naciones idólatras, en que las viudas se matan o entierran o queman vivas con sus maridos.

El misógino Filonio, que no se da a partido, dice haber leído que la mujer sólo es buena una vez en toda su vida, y es a la hora de morir. —Cualquiera se figuraría —le dice Torcato— que eres tú y no yo el agraviado por Belisia. No, las mujeres no son malas por condición (¡oh, Sor Juana!). "Y aunque haya algunas malas entre ellas, yo fiador que no sean tantas como los hombres; y nosotros mismos somos la principal causa de sus males, importunándolas y fatigándolas con promesas, con engaños, con lisonjas y con persuasiones que bastarían a mover las piedras, cuanto más a mujeres, para que algunas veces vayan a dar en algunos yerros".

Y con esto se vuelven los tres pastores al poblado, cantando a coro unos versos cuyo ritmo es incomprensible sin la música.

En suma, que aunque Cervantes incurrió en el género y tuvo siempre cierta paternal debilidad por su *Galatea*, obra de juventud, lo juzgó definiti-

vamente por boca de Berganzo, uno de los filósofos perros del Hospital de la Resurrección de Valladolid, al hacerle decir sobre las novelas pastoriles que "todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas, para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna".

IV

Con el *Jardín de flores curiosas* entramos en un mundo distinto. Luis y Bernardo pasean por la orilla del río y encuentran a su amigo Antonio (¿Antonio de Torquemada, el autor?), hombre de curiosas noticias. En días sucesivos, a lo largo de seis tratados, discurren sobre los asuntos más peregrinos.

Tratado primero, "en el cual se contienen muchas cosas dignas de admiración, que la naturaleza ha hecho y hace en los hombres, fuera de la orden común y natural con que suele obrar en ellos, con otras curiosidades gustosas y apacibles".

Tratado segundo, "en que se tratan algunas propiedades y virtudes de fuentes, ríos, lagos, y las opiniones que hay en lo del Paraíso Terrenal, y cómo se verifica lo de los cuatro ríos que de él salen, teniendo sus nacimientos y fuentes en partes remotas, y asimismo en qué partes del mundo hay cristiandad".

Tratado tercero, "que contiene qué cosa sean los fantasmas, visiones, trasgos, encantadores, hechiceros, brujas, saludadores, con algunos cuentos acaecidos, y otras cosas curiosas y apacibles".

Cuarto tratado, "en que se contiene qué cosa sea fortuna, ventura, dicha, felicidad, y en qué difiera "caso" de "fortuna"; qué cosa es hado, y cómo influyen los cuerpos celestiales, y si son causa de algunos daños que vienen en el mundo, con algunas otras cosas y curiosidades".

El quinto "trata de las tierras septentrionales, que están debajo del Polo Artico, y del crecer y decrecer de los días y las noches, hasta venir a ser de seis meses; y cómo sale el sol y se pone diferentemente que a nosotros, con otras cosas curiosas".

En el tratado sexto "se dicen algunas cosas que hay en las tierras septentrionales, dignas de admiración, de que en éstas no se tiene noticia".

De cierto modo sumario, puede afirmarse que Torquemada insinúa sus temas con cierta mañosa medida y, ya que nos tiene engolosinados, se va dejando arrebatar hasta las exageraciones más crudas, con lo que sólo consigue anular todo el interés que había despertado; de suerte que, si empezó siendo ameno, acaba en fatigoso y ramplón.

Cuando, por ejemplo, en el tratado primero comienza mostrando la gran

diversidad de figuras que la naturaleza adopta en los hombres, animales y vegetales, o al contrario, los casos singulares de parecidos que hacen que dos hombres se confundan, nada hay que nos alarme. Y más bien nos hace sonreír cuando se le ocurre observar que, si los gusanos u otros animalillos pequeños fueran de gran tamaño, por cierto nos causarían pavor. De aquí pasamos a los gemelos, y poco a poco vamos entrando en la locura. Y aunque el autor invoca en buenhora el proverbio del Marqués de Santillana, que también solía citar Cervantes:

—*Las cosas de admiración
no las (digas ni) las cuentas,
que no saben todas gentes
cómo son—²,*

no parece preocuparse mucho de este consejo. A poco, ya está hablando de partos triples, cuádruples, —pase entre nosotros, contemporáneos de las hermanas Dionne—, de los siete de Medina del Campo, de los sesenta hermanos referidos por Nicolao de Florencia; y en vertiginosa progresión, de los ciento cincuenta que nacieron de un alumbramiento en Alemania; y en fin, de los trescientos sesenta y seis, pequeños como ratones, que dió a luz la Condesa Margarita de Irlanda.

A título descriptivo, y para dar el sabor del libro, vaya una rápida enumeración de los demás temas que desfilan por el primer tratado: hermafroditas y andróginos, nacimientos extraños, bebés con dientes y barbas, mujeres que dan a luz elefantes o centauros, mezcla de bestias y hombres, influencia de la imaginación en la figura del recién nacido, casos de “salto atrás”, rarezas en los tipos humanos; sátiros, faunos, egipanes y amazonas de la antigüedad; salvajes con cola, hombres dobles o con dos cabezas, hermanos siameses, pigmeos; pueblos peregrinos, donde hay hombres bienaventurados, de huesos elásticos o de lenguas bífidas; islas de Matusalenes, como la que visitó Yámbolo, donde la yerba es mortal al que sobre ella se duerme, y donde reina la comunidad de mujeres según las utopías clásicas; animales de maravillosa hechura, aves de transporte, comida sin fuego, serpientes gigantescas, enterramientos singulares; las Cuatro Mil Islas Antárticas; atletas y gigantes famosos; hombres que no beben agua, y longevos notables; idea de que el mundo envejece; jóvenes canosos a quienes la vejez da cabellos negros; salubridad de los lugares altos; antiguos cómputos del tiempo; viejos que se rejuvenecen al término de la edad vetusta, en uno como retorno eterno; los

² El texto extenso es el auténtico. Abreviado, es como lo cita Torquemada —de memoria—, y como de él parece tomarlo Cervantes.

hiperbóreos de la Isla de Thile (o Tule); centauros y hombres marinos; osos protectores de doncellas: ascendencia directa, ésta, de los reyes dacios y suecos; jímios y hombres en confusión; el perro, abuelo de los monarcas del Pegú y de Siam; las "serenas" o sirenas; mujeres convertidas en hombres y —cosa notable—, nunca a la inversa.

Tal es el furor que se va apoderando de Torquemada conforme acumula casos extraños, escudriñados con la más paciente erudición. Una que otra vez, una última luz de buen sentido lo hace detenerse en su derrumbe, para dar alguna explicación plausible y alejar alguna superstición. Pero, en general, lo traga todo, y todo en desorden como se ha visto, introduciendo los temas sin razón ni cuento en una imposible mezclanza. Seguirlo por sus avenidas tortuosas es lo mismo que perderse. El segundo tratado, por ejemplo, empieza con las propiedades de las aguas y acaba con la distribución y difusión de los cristianos en toda la tierra. La corriente de las aguas nos lleva lejos. Torquemada teje sus asuntos como le place, y no se preocupa de ser consecuente con el programa que se traza.

El agua —nos informa— tiene virtudes generales, que deriva del seno común del mar; pero también virtudes particulares que resultan de la región que recorre. Pues "metida y sacada como por alquitara por las concavidades y venas de la tierra, toma y participa de la virtud y propiedad de la misma tierra por donde pasa". De aquí fuentes frías y cálidas, amargas, saladas o dulces, y de muy distintas condiciones... La fuente de Epiro lo mismo apaga una tea encendida que enciende una tea apagada; la de Eléusidis crece y rebosa al son de las flautas; el pozo de Jacob anuncia el nivel de la próxima creciente del Nilo; el lago de Etiopía, untuoso como el aceite, deja ir una pluma hasta el fondo, condiciones que parecen contrarias; y el de Silias, en la India, tiene un agua sutil que está a punto de convertirse en aire; las dos fuentes de Maqueronte, en Judea, nunca confunden sus diferentes sabores, por más que se mezclan y enlazan; la fuente de los Paliscos sostenía a flote las tablillas en que se inscribían testimonios verdaderos, y dejaba hundirse las tablillas en que se inscribían falsedades; hay cualidades curativas en la fuente de los Elios, junto al río Citeros, y en el Alteno y el Alfeno; los diarbas, de Escitia, un día pescan en su río, y al otro cuelan el aceite en las mismas aguas; la fuente licia de Pataras, dicen que es roja porque está teñida con sangre de Telefo; las aguas de Téneo, isla cicládica (¿acaso Ténedos?) se purgan y alejan solas del vino; en Cuba hay unas aguas bituminosas con que se carenan los barcos; y hay también un extenso valle de piedras redondas; la fuente de Cerdeña cura al ciego y ciega al ladrón; en una montaña de la Española o Isla de Santo Domingo, hay un lago negro, que hierve siempre con estruendo; en España, cerca del castillo de Garcimuñoz, en las Tayuelas, el agua vertida

se hiela sola y forma unas piedras duras que se usan en las construcciones; y otros manantiales crían piedras de prestigio, o aves extrañas, etc. Y de aquí pasamos a la grandeza e inmensidad del Mar de Orellana o río Amazonas, el Maraón y el Plata. El origen de los ríos, según los filósofos, nos lleva hasta el Paraíso Terrenal y sus cuatro manantiales simbólicos, los Campos Elíseos y el Edén, la tierra del Ave Fénix, las navegaciones de Henón Cartaginés, quien fue detenido en sus exploraciones por un querubín de espada flamígera; el Arca de Noé, la zona tórrida y sus calmas, que ya perturbaron a Colón, los ríos paradisiacos comparados con los mayores ríos conocidos, el Ganges, el Nilo, el Tigris, el Eufrates, y otros de menor cuantía aunque ilustre prosapia; los ríos cuya identidad todavía discuten los sabios; el Diluvio y la edad anterior de la Tierra; el poblamiento de la Tierra por los cristianos; la gentilidad y sus adoraciones, las herejías mahometanas, el Preste Juan y sus misteriosos imperios, Santo Tomé, las conquistas del Gran Can; los cristianos en Etiopía, Georgia, Colcos, islas orientales o de la Especiería y América... De paso, hemos averiguado que hay árboles cuyas hojas reptan por el suelo como animales, o bien se convierten en pájaros; y que hay una tal yerba llamada Baharas que está hecha de una llama ardiente, y que mata —desapareciendo a la vez— al que pretende cortarla, a menos que vaya provisto de una raíz de la misma yerba. Traslado a los historiadores de la Geología; dice Bernardo: "...Yo pensaba que las piedras no se criaban, sino que eran como huesos de la Tierra, que siempre estaban en una manera sin crecer ni decrecer; porque si así fuese, todas las piedras vendrían a hacerse de tan gran cantidad y grandeza que embarazasen en muchas partes". A lo que replica Antonio: "¿Y de eso tenéis duda? Pues entended que las piedras crecen y decrecen según la calidad que tienen y la parte donde están y la manera y propiedad de la tierra donde se hallan. Las que son de las que acá llamamos guijarros detiéndose en su crecimiento, de manera que o permanecen en un ser, o es tan poco lo que crecen en muchos años que apenas se puede conocer y entender; mas las piedras que son areniscas fácilmente juntan consigo la tierra que tienen al derredor, y la convierten en su natural, endureciéndola de suerte que, en poco tiempo una piedra pequeña se puede venir a hacer muy grande; y así muchas veces se ha visto quedar encerradas y metidas en estas mismas piedras algunas cosas que, por ser diferentes de su propiedad y condición, permanecen en el mismo ser y substancia que tenían. ¿Queréislo mejor entender? Ved aquella piedra que está en el jardín, la cual hizo poner allí el Conde don Alonso (*se refiere al de Benavente*) para que todos la viesen por cosa de maravilla; que, con ser arto dura y maciza, tiene en medio de sí un hueso grande, que parece ser canilla de algún animal que, estando

debajo de la tierra, aquella piedra la abrazó consigo, y creciendo, la dejó en el medio, adonde fué hallada al tiempo que la piedra se labraba...

Como en el jardín donde se reúnen los tres amigos han aparecido visiones y fantasmas, según es ya fama en todo el pueblo, por necesidad se introduce en el tercer tratado el tema de las revelaciones sobrenaturales. Antonio, que para todo tiene avisos, tranquiliza a Luis, asegurándole que en sus aprehensiones nada hay de vergonzoso, pues no está en los hombres el dominar ciertas singularidades de su temperamento; y así, hay adulto que huye y da gritos ante un ratón; y otro que se altera y trastorna todo en cuanto cierran una puerta de su casa —aunque él no la vea o esté durmiendo—, y aquél siente cosquillas si desde lejos le hacen “algún meneo con las manos o con los dedos”. De donde parte una breve disquisición psicológica sobre complexiones, temores y pasiones, y la posibilidad de corregirse con esfuerzos voluntarios.

En cuanto a las visiones y aparecidos de que Luis ha hablado, desde luego hay muchos infundados temores —la consabida nota de discreción al comienzo—; aunque ya va dando en qué pensar, poco a poco, el peso de autoridades y testimonios que Torquemada empieza a citar sobre cosas sobrenaturales que, sin ser demoníacas, desbordan el marco del humano conocimiento: Aristóteles, Averroes, Demócrito, Pitágoras, Sócrates, Platón Trimegisto, Prócuro, Porfirio, Yámblico. Y es que a Torquemada se le van las ganas de hacernos creer que cree más o menos en las patrañas que ya se dispone a contarnos.

Por lo pronto, andamos todavía con los ángeles superiores, a quienes, según San Agustín, Platón y sus secuaces llamaban dioses. Pero —era inevitable— unas líneas más abajo ya estamos entre los Lemures y Lamias, habitantes de una región triste; y luego va apareciendo el sombrío cortejo de brujas y hechiceras, rodeadas de trasgos y duendecitas —que tal es el nombre completo de los “duendes”; “duendecita” vale “dueño de casa”, como el gato que parece señor de una morada por lo mucho que se apega a ella. De aquí el chiste del cuentecito de Heine, sobre el duende que también se muda de casa cuando su víctima, para huir de él, decide mudarse. El duende, entre los muebles amontonados, asoma la carita y le dice: “¿Con que nos mudamos, eh?”

Pero volvamos a Torquemada. Sería calumniarlo el negar que aquí y allá, procura alejar la patraña con un intento de explicación semi-científica, como lo hará sistemáticamente, un siglo más tarde, en su *Ente Dilucidado*, Antonio de Fuente la Peña, espíritu ya mucho más disciplinado, y cuyas predicciones sobre la navegación aérea hemos examinado en otra ocasión³. En

³ Ver la edición que A. Reyes publicó del capítulo del *Ente Dilucidado*, “Si el hombre puede artificiosamente volar”, Río de Janeiro, 1933, reproducida en el libro

cuanto a las brujas, el asunto moverá, a principios del siglo XVII, la docta pluma de Pedro de Valencia, de quien ha quedado en el Escorial un manuscrito compuesto a encargo del célebre Cardenal Arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, Inquisidor General y protector de Cervantes, con ocasión del auto de fe de 1610, en Logroño. El mal según el prudente Valencia, exige "examinar lo primero si los reos están en su juicio, o si por demoníacos o melancólicos o desesperados han salido de él", pues los tales brujos parecen más locos que herejes y se los debe "curar con azotes y palos más que con infamias ni sambenitos".

Prescindamos de los muchos cuentos y casos de que naturalmente está lleno el tercer tratado. Según sus autoridades Pselio y Gaudencio Mérula—, Torquemada admite seis géneros de demonios desde el cielo a los abismos, consagrados a distintos oficios. Los primeros, los menos culpables y dañinos, viven desesperados por la continua contemplación del bien perdido. Los segundos, que habitan más abajo, mueven los vientos a desazón y con furia no acostumbrada, congelan a destiempo las espantosas nubes, hacen venir los truenos, rayos, relámpagos, y granizar y apedrear los panes, viñas y frutas de la tierra; y de estos demonios se aprovechan los nigrománticos para sus daños. El tercer género de demonios anda ya en la tierra, y es el ejército de los tentadores del hombre, que se mantienen a la siniestra de cada uno de nosotros para aprovechar el menor descuido del ángel custodio, que está a la diestra; todo lo cual se ilustra con "sucedidos". El cuarto género de demonios está en las aguas y tiene por fuero las tempestades, los naufragios y los ahogados. El quinto, subterráneo, habita las cavernas y concavidades, persigue a los mineros y —diríamos hoy— ingenieros y "prospectores"; causa derrumbes, caídas, terremotos. El sexto y último género lo forman los demonios que están en el infierno, y tiene por tarea atormentar a las almas de los pecadores. Si Apuleyo considera a los demonios como espíritus puros —¡y la verdad es que llama demonios al Amor y al Sueño, y a cuanto le place!—, San Basilio entiende que están ligados a algún cuerpo, como también ciertos ángeles. San Agustín, que da cuerpo aéreo a los ángeles antes de la caída, lo da de un aire algo más espeso a los rebeldes. Pero Santo Tomás, San Juan Damasceno, San Gregorio y otros, concuerdan en que son espíritus. Aunque acaso puedan forjarse unos como cuerpos pasajeros, lo que explica las apariciones. Y todavía se discute si necesitan sustento y si padecen con los golpes.

El fantasma —voz derivada de "fantasía", virtud imaginativa en el hombre—, si real y positivamente se nos ofrece a la vista, se llama "visión". Y aquí el caso de Antonio Costilla, vecino que fue de Fuentes de Ropel, y el

de A. Reyes, *Capítulos de literatura española*, (segunda serie), México, 1945, págs. 199-241: "Un precursor teórico de la aviación en el siglo XVII".

muy espantoso de Juan Vázquez de Ayola, estudiante de derecho en Bolonia y antecesor de los amigos "bolonios" que todavía hemos conocido en España, a quien los "bolonienses" dieron una casa de espantos para que él y sus compañeros se hospedaran; y el que aconteció a un caballero principal en un monasterio de monjas, y los que trae Alejandro de Alejandro en sus *Días Geniales* y que sucedieron en su tiempo, el uno, a unos amigos en los baños medicinales de Cumas, y el otro, al monje que llamaban Tomás, en un monasterio de Luca. Cuentos que pueden ya ponerse junto al de las desventuras de Pánfilo en el *Peregrino* de Lope de Vega⁴.

Los trasgos no son más que unos demonios de andar por casa, y generalmente son dados a burlas y travesuras. La distinción entre brujos, hechiceros y encantadores resulta bastante confusa. Las Lamias y Estrigias vienen a ser unas mujeres endiabladas que participan en las orgías satánicas y hacen toda suerte de crueldades. Los saludadores "a lo que parece tienen gracia particular o don de Dios para curar las mordeduras de los perros rabiosos", tienen en el paladar u otra parte del cuerpo la rueda de Santa Catarina —ya sabemos de qué se trata— y podemos imaginarlos como unos "niños Fidencios" o curanderos empíricos mezclados de mística extravagante. En general, como dice Fray Francisco de Vitoria, "son gente baja, perdida y aun de mal ejemplo", y no se los ha de equiparar con algunos hombres estimables que poseen cierta ingénita facultad curativa como Pirro el rey epirota que curaba el mal de bazo con el dedo gordo del pie derecho, o el otro rey de Francia que sanaba los lamparones al tacto.

Resulta inútil y enojoso seguir las nociones dispersas sobre demonología que Torquemada esparce en este tratado, así como las historietas de aquellas endemoniadas, visiones fingidas, teoría sobre la posible aparición de los animales que están en el infierno, o las informaciones sobre nigromancia o magia natural —conocimiento lícito de ciertos secretos naturales que cae en aquella zona a la que alguna vez he llamado "ciencia de frontera"— y la otra nigromancia o magia negra que se "ejercita con el saber y ayuda de los demonios". Entre las expediciones aéreas de los hechiceros es notable el cuento del *meanto mágico*, asunto "mil y una nochesco" tan popularizado por el cine de nuestros días.

La fortuna y sus mil figuras son asunto del siguiente o cuarto tratado, el cual arranca de una definición aristotélica, pasa por las imágenes con que los antiguos adoraron a ésta que tenían por diosa, y los epítetos y los templos que le consagraron; corrige la confusión posible entre la idea particular y huma-

⁴ Lope de Vega, *Las aventuras de Pánfilo*, ed. A. Reyes, Madrid, 1920.

na de la fortuna y la idea muy general de "caso", que viene a ser todo acaecimiento; y al fin desemboca en las consideraciones concretas, camino del inevitable cuentecito: la fortuna del emperador Claudio y lo que sobrevino a Calígula; la apariencia de entendimiento en algunos casos animales, los perros que un rey albanés ofreció a Alejandro, el perro del rey Lisímaco, el del caballero romano condenado a muerte, el perro Leoncio que pasó a América con los descubridores y que peleaba mejor que veinte cristianos juntos; el Melchorico del Conde de Benavente; y más adelante, el gobierno de las abejas y las hormigas; las providencias con que las grullas se aseguran durante la noche: asuntos muy manoseados en esas enciclopedias populares o *Silvas* que escribían Pero Mejía a lo profano y Granada a lo divino.

Y luego, vuelta al primer tema con Julio César y su fortuna; lo que sobre la fortuna dicen los autores antiguos; que en castellano hay más voces que en otras lenguas para declarar los efectos de la fortuna; "ventura y desventura", derivadas del latín "eventus"; "felicidad, fortuna y caso"; lo que el cristiano ha de entender rectamente por "fortuna", y cómo no cabe hablar de ella en los bienes interiores y espirituales, sino sólo en los exteriores; qué haya de cierto y de imaginado en la fortuna y las falsas adoraciones de los gentiles, y que la verdadera y única fortuna es la providencia divina; el "hado" para Crisipo, Séneca, Virgilio, Boecio, todo ello engaño vulgar como en la historieta de aquel verdugo que disculpaba la vileza de su oficio diciendo que era cosa del hado incompatibilidad entre las nociones de hado y de libre albedrío que no hay tal estrella, porque los cuerpos celestiales mal pueden influir en los ánimos, entidades superiores a ellos, o que a lo sumo envían inclinaciones pero no mandatos inapelables, inclinaciones que, a su vez, también pueden provenir de los ángeles y los demonios; aciertos de astrólogos y quiromancianos y por qué suelen equivocarse; la opinión de Aristóteles sobre la Fisonómica o arte de averiguar las condiciones de la persona por su aspecto; influencias, males y pestilencias; Galeno, Avicena, Platón, Calcidio y Aristóteles que acuden aquí con sus luces; Mercurio Trimegisto, Proclo, Averroes otra vez, Plotino y los modernos como Marsilio Ficino, que comparecen en el debate.

Después, se habla de las yerbas Cicuta, Mandrágora, Ballestera, Escamónea, Turbit y Agárico; y de los provechos de la culebra y la víbora y cómo se los ha de usar y aplicar.

...Pero ¿dónde quedó ya la fortuna? Perdida, como de costumbre, en la selva oscura de los diálogos.

Y, con los tratados quinto y sexto, llegamos nada menos que a las tierras septentrionales. El enigma del día y la noche de seis meses, en las regiones

polares, lleva a descubrir puntos de geografía y cosmografía. "...Todos los que han escrito, llegando a poner los términos de Europa por la parte del Septentrión, se contentan con decir que son el río Tanais y la laguna Meotis, y algunos señalan también los Montes Rifeos, sin entenderlo ni alegar causa. Y los que esto dicen no tratan de la tierra que se alarga y va siguiendo por la costa de la mar a la mano siniestra, hacia el Occidente, y también por dentro de la misma tierra, pasando el reino de Noruega y otras muchas provincias y reinos. Porque ni saben qué tierra es, ni dónde va a parar o en qué parte tiene su fin, ni a dónde se torna a juntar con la tierra de que tienen noticia. Y ésta no se puede atribuir a la parte de Europa, pues va continuándose y siguiendo los términos de ella".

Tales son, pues, las lejanías en que andamos. De las cinco partes de la esfera, "hasta nuestros tiempos nunca se supo ni entendió que ninguna de las otras zonas o partes de la tierra fuesen habitadas", sino la templada que corresponde a Asia, Africa superior y Europa. Los antiguos ni siquiera se percataron de que la Arabia Feliz, la Etiopía, la costa de Guinea, "Calicud", Malaca, la Trapobana y el Gatigara y otras muchas tierras ya entonces averiguadas estaban debajo de la zona tórrida. Y todavía el Comendador Griego, en sus comentarios a las *Trescientas* de Juan de Mena, viene a decir que la otra zona templada y también habitable nunca será conocida, porque la zona tórrida hace infranqueable el camino hacia esos hombres llamados "Antitones".

San Agustín, Lactancio Firmiano, Sinforiano Campegio, Plinio, opinan sobre los antípodas. Se explica lo que es el zenit, los periosceos, anfiosceos y eterosceos; se declara, en principio, la habitabilidad de todo el mundo; se rinde homenaje a Tolomeo, aunque desde luego ahora se sabe ya mucho más que él sobre las tierras árticas; se recuerda a Estrabón y su mapa del mundo; se cuenta la fábula de Oricia y el Bóreas; desfilan los Arimaspos, los Rifeos y el Pteroforión o zona que parece de plumas por la nieve que la cubre toda; y en fin, las oscuras moradas del Aquilón.

Los Hiperbóreos y sus largos soles y noches, sus raras y felices costumbres, su clima templado y saludable, según Solino, Pomponio Mela, Diódoro, Macrobio y el alemán Jacobo Ziegler, son largamente discutidos... ¡Y pensar que el masaliota o marsellés Piteas, matemático reputado del siglo de Alejandro, perdió todo su crédito y sentó fama de charlatán por haber contado su viaje de Britania a Jutlandia, las islas Orcadas y Shetlan, y haberse esforzado por mostrar que en aquellas tierras no había nada sobrenatural y los hombres eran como todos! Nunca se lo perdonó la sed supersticiosa del pueblo.

Los inviernos de aquellas tierras no resultan tan extremosos a sus naturales como lo serían, por ejemplo, para un viajero recién trasladado desde

Etiopía o Egipto. Además de que en el mar hay unas cuevas, debajo de las montañas litorales, “donde se recoge el calor tanto más cuanto la frialdad es mayor, y en la tierra hizo (la naturaleza) valles contrarios al Septentrión, donde (los habitantes) se amporen de los vientos y frialdades”.

Por las páginas del viejo libro desfilan las imágenes de la mar helada, sobre la cual se libran fácilmente las batallas de los hiperbóreos, y que detiene las empresas de los navíos; la Curlandia y la Livonia sármatas que se van prolongando hacia el norte apenas vislumbrado; los pueblos de Parigitas y Cárcotas, blanquísimos de color y no muy dotados de entendimiento; la Escania y la Dacia, la llamada Gocia Occidental más allá de las provincias de Suecia; la Gocia Meridional; Noruega y la costa que se extiende hasta la isla de Tile y se junta con Grouenlandt y con Engrouelandt; las frías Pilapia y Vilapia donde ya el día dura un mes, pobladas de cruelísima gente y donde suelen aparecer espíritus formados de aire; los pigmeos ictiófagos (acaso esquimales) que bogan en naves de cuero; y la incierta región que sigue por todo el Occidente hasta dar la vuelta por el Oriente —ignorada hasta del autorizado Gemmafrigio— la cual acaso cruza toda aquella Escitia Postrera que da la espalda a los Hiperbóreos.

Al norte de este casquete polar, como trae el Bachiller Enciso en su *Cosmografía*, los días y las noches van aumentando según los grados, “hasta donde no hay más de un día y una noche en un año”. Y en adelante, poco se diferencian ya la noche y el día, y hay una claridad mortecina o crepúsculo constante. La tierra que hay desde el límite del día de veinticuatro horas —isla de Tile— hasta el largo día polar, toda ella es habitada, y allá en el extremo la gente septentrional contempla una turbia imagen del sol que casi se pasea en redondo de los horizontes. Así, por ejemplo, en Pila Pilánter y Euge Velánter (¿acaso Pilapia y Vilapia?), donde ya los días alcanzan dos meses y medio, hay unos moradores que luchan por aprovechar el agua de los ríos, siempre helados, y suelen esperar unas manadas como de grandes osos blancos que entran fácilmente debajo de los témpanos y los van rompiendo con las uñas para ir dando caza a los peces que se crían en las profundidades más templadas.

Olaio Magno, Arzobispo de Upsala, natural de Gocia, cuenta de los de Laponia y Botnia, los irlandeses y los de Biarmia que tienen la noche de medio año; los de Elfingua y Angermania, los suecos y noruegos, cuya noche es de cinco meses; los de Gocia, Moscovia, Rusia y Livonia, para quienes hay tres meses de noche. Es de creer que el camino al norte era en otro tiempo más accesible, pues que los antiguos afirman que desde allá venían doncellas vírgenes a traer las primicias hasta el templo de Apolo en Delos, en el cora-

zón del Mar Egeo. Y muchos reyes y príncipes se han esforzado hasta hoy en vano por conquistar las remotas marcas del Septentrión.

Revuélvense las opiniones en materia donde ya todo es conjetura. Quién acaba en Moscovia como Paulo Jovio, y quién llega hasta la Aganágora asiática, que cae allende el Mare magnum. Unos buscan por allá el Paraíso; otros hablan de unos grandes circos de montañas que encierran olvidados pueblos de judíos. Y los que quieren medir el mundo enloquecen, y tendrían que rodear mucho más de las 14,000 leguas que anduvo la nave "Vitoria", varada en las atarazanas de Sevilla. Y si es verdad, como quiere entre otros Pomponio Mela, que una nave de la India llegó hasta Suecia bajo el Procónsul Quinto Metelo, será que la mar helada se deshíela parte del año. Y a poco que sigamos hurgando, caeremos en aquellas fábulas que el Sileno contaba al Rey Midas, sobre una inmensa tierra desconocida, poblada de hombres gigantes que viven una vida doble de la nuestra, que habitan en grandes ciudades, siendo las principales Maquino, que quiere decir "batalladora" y siempre está empeñada en guerras y en ambiciones imperiales, y Edeso, que significa "la piadosa", donde se vive en perpetua paz y los frutos de la tierra se dan sin arar ni sembrar. Y sabréis que muy cerca habitan los Méropes, en un lugar llamado Anostum o "tierra de irás y no volverás", donde fluyen el río del deleite y el río de la tristeza.

A lo que Torquemada no parece prestar mayor crédito es a la historia de los "nahuales", aquellos hombres que durante ciertos meses se convierten en lobos, tema del "lobishome" o "loup-garou" que ha dado la vuelta a la tierra. En cambio lo seduce la descripción de la provincia de Biarmia que ha encontrado en Olao Magno y en que se detiene con complacencia; singulares y felices Batuecas septentrionales alejadas del resto del mundo por el clima y la geografía, donde se dan los útiles y ligeros rangíferos, grandes bosques y abundancia de pastos.

El rey Otero, de Suecia, partió un día hacia allá a lomos de un onagro doméstico en busca del sátiro Memingo y sus nombradas riquezas, y regresó cargado de bienes. La vida es allá tan saludable que los hombres se cansan de tanto vivir y un día se suicidan arrojándose al mar. Casi todos son nigromantes, y no necesitan hacer verdaderas guerras a los pueblos vecinos, sino que los dominan con encantamientos y catástrofes naturales —antecedentes de nuestra bomba atómica—, como lo probó el ambicioso Regumero, rey de Dacia, primero sitiado por las inundaciones y luego abrasado por verdaderas ondas de fuego.

Después de Biarmia está Finmarquia. Allí la pesca enfriada al aire se conserva por unos diez años; el día dura desde las Calendas de abril hasta los Idus de septiembre; no se ven estrellas desde principios de mayo a principios

de agosto, sino solamente la luna que ronda por todo el horizonte, enorme y encendida. Más lejos, aparece todavía la Escrifinia, de que sólo sabemos que los habitantes saltan ligeramente entre los hielos con ayuda de unas garrochas. Y, en fin, hay muchos otros lugares de exquisitos nombres, entre los cuales algunos —por raro caso— ofrecen de repente un clima templado. Y es de creer que algo semejante acontezca al otro extremo del eje terrestre, en el Polo Antártico, aunque Magallanes no llegó adonde crecen los días y las noches. Y es singular advertir que en el sur las nieves no eran blancas, sino de un clarísimo azul que se confundía con el cielo.

Torquemada consagra el último tratado a ciertas singularidades de las tierras septentrionales, como son los gigantes. Por cierto que hay algunos famosos —Arteno, Estancátero, Angrimo y Arvedoro— capaces de alzar un buey. Las mujeres son en proporción, y a alguna se ha visto levantar en vilo con una mano a un caballo con su jinete armado, y arrojarlos por el suelo como a un juguete. La nieve es perpetua. El viento cierzo es a veces huracanado, arranca árboles y junta las piedras en montañas. En el mar Bótnico, suele alzar las naves por los aires. Levanta las casas, los techos de los templos cargados de plomo y otros metales. No deja crecer árboles en ciertas regiones. Los mancebos construyen castillos de hielo y se ejercitan en defenderlos y atacarlos. Sobre los lagos helados se hacen maniobras y escaramuzas a caballo. Los caballos van herrados de modo de no resbalar, y a la cuenta —aunque nada se nos dice al respecto— también serán caballos gigantes. Los lagos helados son también lugares de ferias, ferias ostentosas y maravillosas acaso instituidas por Disa, reina de Suecia. El inmenso Lago Blanco es otro Mar Caspio. En el lago Véner —dentro del cual hay islas, ciudades, villas, fortalezas e iglesias y monasterios cristianos— entran veinticuatro ríos caudales, que sólo tienen una sola y estruendosísima salida, llamada Trolleta, que quiere decir Cabeza de Demonio. Hay también el lago Méler cuyas riberas, entre Gocia y Suecia, son metalíferas; y el Véther, de aguas tan transparentes que se ven las guijas del fondo. Por allí fué donde el nigromante Catillo, herido por la ingratitud de Gilberto, su discípulo, lo dejó ligado de pies y manos sin cadena ninguna, y encerrado en una cueva, donde siempre se conserva vivo y lo visitaban los “turistas”, cuidando de bajar a la cueva con un ovillo que iban desenredando para no perderse al regreso. Pero la cueva era tan helada y pestilente, que muchos salían casi moribundos, y hubo que prohibir las visitas.

Por lo demás, en aquellas tierras andan sueltos los demonios, y es de creer que de allá venga un día el Anticristo. Los nigromantes son tan expertos que venden a los navegantes los vientos prósperos, desatándolos de una cuerda donde los traen anudados. Eurico, el rey de Suecia, fue nigromante de gran renombre, casi por los días de Torquemada; sujetaba a los demonios, y man-

daba a los vientos según el modo como se acomodaba el bonete. Su yerno Regnero, rey de Dacia, siempre contó con vientos favorables en sus campañas marítimas. Y Agaberta, la hija del gigante Vagnosto, nunca se dejaba ver en igual apariencia, nueva Urganda la Desconocida, y oscurecía a voluntad el sol y las estrellas, allanaba sierras, trastornaba montes, descuajaba los bosques, y otros primores por el estilo. Otro tanto hacía Graca Novergiana. Y el Rey Iffroto murió corneado por una vaca que era otra encantadora. Hollero, Othino —amigo del Rey Hadingo y enemigo del rey Haquino— son los nombres de otros encantadores famosos.

Abundan las montañas espantables, llenas de temerosos ruidos y pobladas de aves negras que cubren el sol formando nubes, parientas nórdicas de las Simplégadas que ponían espanto a la gente de Jason cuando surcaba en el "Argo" las aguas del Mar Negro, y de Escila y Caribdis que el arrojado Ulises logró salvar trabajosamente. A cuanto viene el recuerdo de cierta cueva de Esmellen, en Viburgo de Moscovia, de donde sale tan tremendo estampido, en cuanto entra en ella un animal, que suele matar a cuantos lo escuchan y no lo igualarían tres mil tiros gruesos de artillería. Antonio explica que, a veces, el aire encerrado bajo los carámbanos y hielos suele producir truenos en los lagos. Y más adelante, a su modo —que es algo confuso—, presenta la manera y uso del "ski". (Entiendo que la pronunciación original de esta voz escandinava debe ser "shi", pero es tarde para remediarlo). El "ski" hace aquí su aparición en la literatura española. La descripción del trineo, por comparación con los carros del trillo, es mucho más afortunada. Y se habla también de los zapatos con clavos de hierro y las "raquetas" forradas de cuero, o de los rangíferos de montura y de tiro.

Se explican las muchas utilidades de estos animales, y también de los onagros, enemigos de los lobos, y cómo los lobos son la plaga de aquellas tierras. Se cuenta de los osos blancos, de las liebres septentrionales que mudan el color del pelo con la estación y que, comidas por las mujeres, producen los hijos leporinos; de las raposas de diverso pelaje, los gulones de estimadas pieles y la manera de cazarlos, los tigres y martas "zebellinas"; los linceos de penetrante mirada que transparentan un muro con la vista, los carneros con ocho cuernos de Groenlandia, y otras curiosidades zoológicas.

Entre ellas descuella un pez llamado por antonomasia "el monstruo", de cincuenta codos, la cabeza cuadrada, tan grande como la mitad de su cuerpo y llena de cuernos mayores que los del buey. Los enormes ojos relucen de noche como hornos. Los dientes son grandes y agudos. La cola, hendida. El cuerpo, cubierto de pelos ásperos que parecen alas de pato desplumadas. El color, negro como azabache. Su ferocidad y poder son tales que echa a pique las embarcaciones.

Hay otra bestia marina llamada "el Fisiter" todavía más horrible y temible, que arroja columnas de agua por las narices, cuyas fosas tiene arriba de la frente, causando verdaderas trombas que hunden a los navíos, cuando no los hunde de una coleadá. Por suerte, se le ahuyenta con el son de las trompetas y los cañonazos. De estos fisiteres apareció uno camino de la India cerca del cabo de Buena Esperanza, a un galeón en que navegaba Ruibaz Pereyra.

Las ballenas de que se nos habla son naturalmente gigantescas, y su enemigo natural es la "Orca" que, fiera y ligera, las acomete y las rasga por el vientre. No faltan menciones de las ballenas que algunos navegantes abordan, tomándolas por islas, de que algo sabemos por Simbad el Marino.

La Antuerpia es un jabalí marino de que se vio uno el año de 37. Y el propio año, el Mar Tinemuto, según Olao Magno, echó en la ribera una bestia de monstruosidad nunca vista. "Tenía en largo noventa codos, y la anchura del vientre al espinazo era de cuarenta. La abertura de la boca era de dieciocho pies, y la cabeza ocupaba tanto como una grande encina. Y, lo que más era de maravillar, que se mostraban en su pescuezo treinta gargantas o tragaderos: los cinco eran grandes, y los otros, más pequeños. Y el vientre no era todo uno, sino dividido en tres, que abiertos parecían tres profundas cuevas. En los lados, estaban dos conchas tan grandes y gruesas, que diez bueyes apenas movieran una de ellas. Las costillas eran treinta de cada parte, como grandísimas vigas. La lengua era de veinte pies de largo. El espacio que había entre un ojo y otro era de nueve palmos; pero teníalos tan pequeños, y también las narices, que apenas se parecían encima de la cabeza. Estaban abiertos dos grandes agujeros que venían a dar en el paladar, por donde se creía que debía de echar muy gran cantidad de agua, de la manera que el fisiter. No tenía dientes ningunos, y el miembro genital era de una grandeza increíble".

El Monóceros es un enorme pez, armado de un cuerno en la frente, suerte de rinoceronte acuático. El Pez-Sierra abre las naves por debajo. Y la Jifa tiene por boca una caverna, ojos furibundos, espinazo filoso como una espada. Las Rayas salvan a los naufragos, metiéndose debajo de ellos, y los defienden contra las otras bestias marinas. El Rososmaro, grande como elefante, con una cabeza como de buey, de pellejo pardo y púas ásperas, sale a la ribera y gusta de pacer la yerba de agua dulce; y luego se queda tan profundamente dormido en las peñas, que se lo puede atar o ligar con maromas sin que se despierte, y rematarlo de lejos con arcabuces y ballestas. Sus huesos son de marfil. También hay caballos, liebres, lobos y ratones que lo mismo viven en tierra que en agua.

De paso, averiguamos que en las Indias Occidentales hay un pez pequeño, llamado Cazador, que se deja amansar y se usa para atrapar otros peces,

como los halcones y azores en la caza de volatería; y que en la isla de Santo Domingo, los primeros conquistadores echaron a un lago un pez vivo que habían traído del mar. El pez creció tanto que alcanzó el tamaño de un caballo, y era manso y acudía a la orilla cuando lo llamaban por un nombre que le pusieron; comía en la mano de los vecinos, sobre todo de los naturales, pues tenía inquina a los españoles desde que uno le arrojó una lanzada. A veces, paseaba a los muchachos sobre el lomo por todo el lago. Cierta día hubo una creciente, rebosó el lago, y el pez se deslizó tranquilamente hasta el mar y nunca más se lo volvió a ver.

Antonio se alarga luego sobre las pesquerías y condiciones del suelo en la provincia de Botnia —donde no se da animal ponzoñoso—; sobre la feria del pescado en Torna, Laponia, Finlandia; y hace una detenida descripción del Castillo Nuevo del rey, en el límite de los dominios noruegos, a lo alto de una peña bañada por el Río Negro, el cual descende de los Montes Aquilonares, desde el Lago Blanco. Los salmones de este río y los “trevios”, negros en invierno y blancos en estío, dan una grasa cuya propiedad es atraer el oro de los veneros fluviales. Hay una fantasma que flota sobre el Río Negro, tañendo una vihuela. Cuando se oyen por las orillas sonos de trompas y atabales, se aproxima alguna gran desgracia para una persona real o principal. Nos sentimos transportados ya al Castillo de Elsinor y a las visiones del *Hamlet*.

Luego, Antonio trata de las aves pluviales, así llamadas porque anuncian las lluvias, y cuyos plumajes mudan los colores con la estación; de los halcones septentrionales, más tarde cantados por Góngora; de las distintas familias de cuervos y sus enemigos, las plateas; los ánades bravos y mansos, y los ánsares, de que algunos —según nuestra autoridad, que es Olao Magno— nacen de las hojas de los árboles, asistidas por la humedad; como también sucede en Escocia, donde hay unos ánades que pescan para los soldados de cierta fortaleza.

Las serpientes, en general, son las que comúnmente se crían también en tierras cálidas: Aspides, cuya terrible mordedura se alivia con el ajo; Silbadoras, que saltan y escupen el veneno, produciendo una quemadura donde cae; la Anfisbuena de dos cabezas, una en cada cabo, que lo mismo anda para uno que para otro lado; las serpientes que viven en manada y tienen un rey; las culebras inofensivas, singularmente en el Perú; otras de colores y bellezas maravillosas; y en fin, la Gran Serpiente de Mar que ataca los navíos: tema folklórico que ha llegado hasta nuestros tiempos, legando su nombre a los embustes que los grandes diarios europeos solían publicar para animar los mortecinos veranos, en que se paraba la vida pública por ausencia de las cortes.

Los robustos bosques dan madera en abundancia para los barcos. El

sagrado Betulnio conserva el follaje todo el año, y en sus raíces da abrigo a las friolentas serpientes.

Desde Noruega a los Hiperbóreos, la gente es cristiana, o de la confesión griega o de la católica; aunque las herejías de Alemania no han podido menos de deslizarse por aquellos pueblos. El Emperador de los Rusianos es un gran señor, y posee tantas provincias y reinos que los títulos de sus cartas ocupan larguísimo trecho. Con todo, los bravos e indomables Finos o Fineses logran tenerlo a raya, y aun arriesgan hasta sus dominios una que otra correría. La nación cristiana más próxima al Polo Artico es la de Rusianos y Moscovitas. Sus tratos mercantiles con los Tártaros y la crueldad proverbial de sus monarcas, uno de los cuales mandó clavarle el bonete en la cabeza a cierto Embajador de Italia que —siguiendo su costumbre doméstica— no se descubrió a su presencia, arrancan a Antonio estas palabras: “Son estos Moscovitas astutos, sagaces, hombres que guardan mal su palabra, y sobre todo, son crueles”.

Las tierras del Labrador y de Bacalaos, recién descubiertas y que contratan la pesca con España, tal vez sean algunas de estas provincias que caen por los extremos del Norte; aunque Antonio no lo sabe de fijo, por la confusión que engendran los constantes cambios de nombres. Y es lástima que los rigores del frío detengan a los misioneros, pues sin esto, todos aquellos países serían cristianos. Gente hay que baja treinta y cuarenta leguas sólo para bautizar a sus hijos en la primera iglesia.

Este es, en suma, el embusterísimo libro de este equívoco autor a quien el licenciado Pero Pérez ha condenado en el *Quijote*: imagen de la tierra nórdica, deformada y sin perspectiva, como se miran los aposentos en una esfera de cristal. Al tiempo de despedirse los tres amigos, Bernardo exclama, satisfecho:

—Brevemente hemos rodeado el mundo.

V .

¡ Ah! Pero aún nos falta declarar lo más curioso del caso. Usando de las intachables libertades artísticas, o por mejor decir, de las leyes que a cada género corresponden, Cervantes hace que el Cura mande quemar el *Olivante de Laura* en el *Quijote*, y deja entender que lo propio haría con el *Jardín de flores curiosas* si lo hubiera a la mano, confundiendo así a Torquemada entre la caterva de los autores que trastornaron el juicio del pobre y discreto caballero. Pero, por su parte y para su regocijo personal, Cervantes lee y relee el *Jardín de flores*, y más que eso: lo utiliza como fuente de información

para esa fantástica obra de su vejez, aquélla cuyo prólogo escribió "puesto ya el pie en el estribo", los trabajos de *Persiles y Sigismunda*, *Historia Septentrional*.

En su discurso sobre la *Cultura literaria de Miguel de Cervantes* (1905), ya decía Menéndez y Pelayo: "Mucho más de personal hay en la obra de la vejez de Cervantes, en el *Persiles*, cuyo valor estético no ha sido rectamente apreciado aún, y que contiene en la segunda mitad algunas de las mejores páginas que escribió su autor. Pero hasta que pone el pie en terreno conocido y recobra todas sus ventajas, los personajes desfilan ante nosotros como legión de sombras, moviéndose entre las nieblas de una geografía desatinada y fantástica, que parece aprendida en libros tales como el *Jardín de flores curiosas*, de Antonio de Torquemada".

El descubrimiento de esta influencia acaso se debe a Ticknor, quien ya la señala en 1849. Schevill y Bonilla establecen la utilización que Cervantes hizo de Torquemada en ciertos pasajes de su novela, y advierten que no siempre es fácil averiguar lo que tomaba de Olao Magno —a través de las versiones de los hermanos Zeni— y lo que tomaba directamente de Torquemada. Cervantes aprovecha a un tiempo varios estambres, y los entreteje y compone a su manera, como hacen todos los artistas. El tapiz volador del *Persiles* (I, viii), que ya usaba nuestro viejo amigo el Príncipe Hussain en las noches árabes, también aparece, como hemos visto, en el *Jardín* de Torquemada (III) y es ya tema popular europeo. Sobre la "lycantropía" o transformación de hombres en lobos (*Pers.*, I, viii), posible es que Cervantes haya seguido más de cerca a Torquemada y sus descripciones de Noruega. Respecto a los pájaros llamados en el *Persiles* "barnaclas", que nacen en Ibernica e Irlanda (I, xii), es lícito referirse a las "aves que se engendran en las superfluidades del agua que se junta en la madera", de que nos habla Torquemada (II), y a los ánades y ánsares de que nos cuenta más adelante (VI). Los monstruosos peces que, en el *Persiles*, tienen nombre de "náufragos" (II, xv) nos remiten al "fisi-ter" y demás engendros marítimos que, tomándolos de Olao Magno, Torquemada pinta en el *Jardín* (VI). Y lo propio cabe decir de los "skís" o "skies" (*Pers.*, II, xviii), deporte septentrional a que Cervantes da el marchamo en nuestras letras; aunque probablemente, respecto a este punto y a los medios de transporte sobre el hielo de los escandinavos, la confusa descripción de Torquemada lo indujo a ciertas incomprensiones. Cervantes, además, parece haber visto en Olao Magno los dibujos que representan a los patinadores con un pie en el aire, de donde supuso que los maravillosos septentrionales "caminaban sobre un solo pie"⁵.

⁵ Consúltense el tomo I del *Persiles y Sigismunda*, Obras Completas de Cervantes, texto y notas de R. Schevill y A. Bonilla, Madrid, B. Rodríguez, 1914.

En su excelente estudio sobre *El pensamiento de Cervantes*, finalmente, Américo Castro hace sentir la familiaridad de Cervantes con el *Jardín de flores* de Torquemada, no sólo en estos puntos menores, sino en algunas consideraciones filosóficas donde parece recordarlo.

Pero bien está que Cervantes, hombre de ánimo sereno y firme se permita aprovechar para sus fantasías a estos tan fantásticos autores. No por eso va a consentir que siga leyéndolos y trastornándose más con ellos el viejo hidalgo de la Mancha. ¡Cómo tendría el pobre la cabeza! Sin duda como la tenía Colón con la *Imago Mundi* del Cardenal Aliaco y otros libros *ejusdem farinae*, no menos quiméricos y embusteros. Y sin ellos, ni Colón se hubiera lanzado a la locura que lo llevó al descubrimiento de las Indias Occidentales, ni Don Quijote hubiera salido jamás a enderezar tuertos y a deshacer agravios.

A esto, se dejan oír unas voces que nos devuelven al escenario en que se lleva a cabo el famoso escrutinio de los libros de Don Quijote... Es él, que ya se ha despertado y, levantado de la cama, da cuchilladas y reveses por todas partes en una imaginaria batalla. Cura y Barbero, Ama y Sobrina acuden rápidamente a calmarlo, y echan apresuradamente al fuego todos los libros que quedaban ¡ay!, entre los cuales se fueron muchos sin ser vistos ni oídos.

LA PAZ Y LA GUERRA SEGUN CERVANTES

Por don GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR.

DESPUES de cuatrocientos años de nacido Cervantes, y cuando sus obras han andado en manos del público casi por el mismo tiempo, difícil es hallar tema que le concierna que no haya sido ya tratado larga y repetidamente, o tocado al menos, por alguno de los miles de doctos cervantistas o cervantófilos. Podría formarse una biblioteca con las obras que llevan por títulos: Cervantes filósofo, Cervantes teólogo, Cervantes jurista, o médico, o astrólogo, o físico, o soldado, o cocinero, o quién sabe cuáles otras cosas más, hasta el infinito. Por eso, para conmemorar el cuarto centenario de su natalicio, no intento, que vano fuera, ser original, sino atenerme a que las obras maestras remózanse y se interpretan de acuerdo con los tiempos en que se leen o comentan; a que siempre hay generaciones nuevas a que impulsar a su lectura, y, así, abordar un tema que está en la conciencia de todos los hombres presentes, causándoles amarga inquietud, por lo que puede ser de provecho el de la guerra y la paz, que tiene además fácil conexión con la vida de Cervantes y con la de su incomparable creación, el Andante Caballero de la Mancha.

Ignoro, puesto que no soy un erudito, si tal tema habrá sido ya considerado por alguien; me arrojo a hacer escarceos sobre él, con aquella ligereza e irresponsabilidad con que los académicos de Argamasilla cerraron la primera parte del *Quijote*, agregándole rimas y versillos. Este papel podría, pues, ir signado por el Monicongo, por el Burlador, o por alguno otro de sus colegas; mas si se quiere designar a su verdadero autor, póngasele por firma el Solitario o el Ogro, que creo que son nombres que le cuadran.

Cervantes vivió en un agitadoísimo siglo en el que España estuvo tan mezclada a la política general de Europa, que se puede decir que la historia de aquélla es la historia de ésta. Felipe II sin tener ni el físico ni los arrestos de su padre, heredó sus ambiciones y vióse mezclado, sin salir de su curialesco gabinete, a tremendas guerras, durante sus casi cincuenta años de reino.

Las tuvo contra el Papa, Paulo IV, el Caraffa cuya estirpe toda fue su nepote, y quien aliado con Francia y con Turquía (cosa vituperable en un pontífice), quiso apoderarse del Reino de Nápoles: el Duque de Alba y Marco Antonio Colonna amenazaron por mandato de Felipe la misma Ciudad Eterna, porque el católico monarca, que pecaba como un pagano y se arrepentía como un cartujo cabe los pudrideros, sabía distinguir entre lo que es de la fe y lo que toca a la política. Peleó también con Enrique II, y el ejército mixto anglo-español, al mando del Duque de Saboya, infirió al francés aquella terrible rota de San Quintín, que ha pasado a ser proverbial; de esta pugna que había de prolongarse dos años resultó, a través de la paz firmada en Chateau Cambresis, el matrimonio del Rey Felipe con Isabel de Valois, y un plan para aplastar el protestantismo en Flandes. Gloria inmortal nimbó, después de once años de pelea, al pabellón español, en la guerra contra los turcos y africanos, iniciada con la toma de los Gelves y de Trípoli por Dragut y sus chusmas, y encimada triunfalmente por don Juan de Austria que en la Batalla Naval de Lepanto desmigajó al infiel. La sublevación de los Países Bajos dio quehacer a la Regente Margarita de Parma, y a Granvela, su ministro; provocó la política terrorista del férreo Duque de Alba, que mandaba los tercios españoles, y empapó aquella tierra de sangre a la que se mezcló la prócer de Egmont y de Hoorn. Con Inglaterra, que casi fuera feudo español por el casamiento de Felipe con María la Roja, se desencadenó también la lucha, terminada con el desastre irreparable de la Armada Invencible, y con el predominio secular de la marina británica. Y mientras estas cosas sucedían fuera del territorio metropolitano, adentro había que aplacar la sublevación de los moriscos, que restó a España muchos súbditos de veras adictos.

Tal era, muy someramente lineado, el cuadro del mundo del segundo medio del Siglo XVI, en el cual vio la luz y vivió la mayor parte de su vida Cervantes: guerra y desolación; pestes y hambres; sufrimiento por doquiera.

Y nuestro genio probó todo eso directamente y a su costa, no como tantos de nosotros, que si hemos asistido a las dos mayores conflagraciones de todos los siglos, por un favor especial de la fortuna sólo las hemos catado indirectamente y a través de las noticias. Don Miguel fue soldado, en el tercio de Moncada, bajo el Capitán Diego de Urbina, y peleó en Lepanto, a bordo de la galera Marquesa, probando allí con su sangre su calidad heroica, pues peleó como valiente cuando hubiera podido eximirse de ello por hallarse enfermo de días atrás. Conservó siempre la memoria "de la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros" y declaró "que quisiera más haberse hallado en aquella facción prodigiosa, que sano de sus heridas sin haberse hallado en ella". Siguió militando, ya manco, pero con suficiente fuerza para manejar un arcabuz, en Navarino y en la

Goleta, que se perdió "no por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debían y podían".

Terminó su vida de soldado: veterano ya, acostumbrado en Mesina al horror de los hospitales de entonces, cubierto de cicatrices y de gloria, mas horro de dineros, dióse de baja, y al volver a su patria, hecho prisionero por el turco, fue esclavo en Argel por casi cinco años.

Otro hubiera renegado de su profesión, pero Cervantes a pesar de todas esas andanzas y trabajos, tuvo siempre en gran predicamento las armas, porque él no fue de aquellos milites que se alistaban movidos sólo por el medro personal, sino que concebía la profesión como un sacerdocio, pues, para él, al soldado le toca en el mundo el alto papel de lograr la justicia distributiva.

Don Francisco Navarro y Ledesma nos dice que el soldado del tiempo de Cervantes era así: no el que aparece más tarde en las telas de Velázquez, fanfarrón y afecto al mosto, sino el de las del iluminado Teotocópulo: "Rara vez son linfáticos y adiposos estos señores; por su mayor parte son hombres espirituales, dotados de aquella finura atildada, que cuando se hermana con la valentía y la resolución, forman el carácter, distintivo de los grandes períodos de la Historia. Son caballeros tristes que miran al cielo con ojos extáticos, pero que si los abaten a la tierra serán capaces de revolver en ella hasta meter en un puño a la humanidad". Y como ejemplos evoca al barbado y cenceño Duque de Alba y al pesante y recibo Conde Orgaz, en el cuadro de su entierro.

Don Quijote, el hijo de Cervantes, fue también soldado, puesto que era caballero andante, y numerosas veces declara su ideal de caballería, que es decir los fines y la conducta del que abraza la profesión de las armas. Su primera salida la hace porque "le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su república... irse por todo el mundo con sus armas y caballo... deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama..." Así, su fin es altruista y no egoísta; y aunque pudiera decirse que lo de alcanzar fama es lo segundo, téngase en cuenta que la verdadera fama es un bien tan sutil y tan sin efectos en lo material, que casi no supone concupiscencia.

El caballero de la Triste Figura explana más adelante el objeto de la orden de caballería —por cierto asimilándola expresamente a la profesión militar—, y dice, que si no puede equipararse con la misión de los religiosos, es por lo menos tan necesaria en el mundo: "los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndolo con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas... así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia". ¿Y qué bienes se obtienen de ese ejercicio? "No quiero yo decir —responde don Quijote— ni me pasa

por el pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso". "El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes..."

Estos han de ostentar las supremas cualidades que ha desarrollado la humanidad: tienen que ser valientes, comedidos, liberales, bien criados, generosos, corteses, atrevidos, blandos, pacientes, sufridores de trabajos, de prisiones, de encantos, etc. De todo han de saber: tal hubo en los pasados siglos "que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza".

Y este epifonema nos lleva como de la mano al pasaje de la inmortal obra cervantina en que el autor, por boca del de la Triste Figura, hace el famoso paralelo de las letras y de las armas. Principia, como es fácil recordarlo, por refutar la opinión de que excediendo los trabajos del espíritu a los del cuerpo, y atañiendo las armas sólo a los segundos, deben ceder a las letras: "¡como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento; o como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo!"

Pasa, luego, a examinar el fin de cada una de esas profesiones, para argüir que si las letras sirven para poner en su punto la justicia distributiva, y dar a cada uno lo que es suyo, las armas tienen por objeto y fin, la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. ¡Y qué elogio hace de esa paz tan anhelada por toda la humanidad desde que Caín mató a Abel, y que hasta hoy no se ha conseguido ni parece que nunca se conseguirá! Tal elogio lo escribe Cervantes, el soldado glorioso que se precia de haber militado bajo la bandera de don Juan de Austria; el que está proclamado por la voz de don Quijote que las armas llevan mucha ventaja a las letras. El loco más cuerdo que ha habido en el mundo exclama: "Las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fue nuestro día, cuando cantaron en los aires: Gloria sea en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad; y la salutación que el mejor Maestro de la tierra y del cielo, enseñó a sus allegados y favorecidos, fue decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijese: Paz sea en esta casa; y otras muchas veces les dijo: mi

paz os dejo, mi paz os doy, paz sea con vosotros; bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno”.

Cierra lo anterior con una declaración que debiera estar esculpida en bronce por todas partes, y presente siempre en las conciencias humanas, y que es ésta que luego hemos de analizar más detenidamente: *“esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra”*.

No es necesario citar aquí por menudo la comparación que hace don Quijote entre los trabajos del letrado y los del profesor de las armas: cierto, dice, que el primero frecuentemente sufre hambre, privaciones y desprecios, pero todo ello no puede compararse con la miseria del soldado. ¡Y vaya que Cervantes sabía de ella, pues aun en la guerra contra el turco, tan favorable a la cristiandad, reinó una escasez que dejaba sin soldada al guerrero de la fe por larguísimo meses, obligándolo a buscar el sustento casi por el terreno de la picaresca! Sobre eso, “lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algún balazo, que quizá le habrá pasado las sienes, o le dejará estropeado de brazo o pierna...” “¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fortaleza, y estando de posta o guarda en algún rebellín, o caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huír el peligro que de tan cerca le amenaza?... Y si éste parece pequeño peligro, veámos si se le iguala o hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón... y con todo esto, con intrépido corazón llevado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario, y lo que es más de admirar, que apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar...”

La cualidad sobresaliente del soldado, debe, pues, ser el valor, que se califica por el conocimiento del peligro y por su desafío, cosa que generalmente se efectuaba entonces oponiéndose un hombre esforzado a otro o a otros de los enemigos. En aquella edad, la muerte no llegaba disimulada o cubierta, como ahora que pocas veces se afrontan los contendientes, debido al inmenso alcance y a la peculiar calidad de las armas modernas. Se usaban en el tiempo de Cervantes rudimentarias armas de fuego, contra las que sin embargo lanza ya aquella conocida invectiva: “Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió

causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero, y que sin saber cómo, o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos. Y así, considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable, como es esta, en que ahora vivimos, porque aunque a mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido, por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto en la tierra”.

¿Qué hubiera pensado nuestro señor don Quijote al ver que hoy la muerte llega, no ya sólo a los ejércitos sino a las ciudades abiertas, desde el cielo, en horrendos y gigantescos proyectiles cargados de unos explosivos como no los pudieron soñar los generales del Siglo de Oro, que aplastan cuadras enteras de casas, despedazando, disolviendo a sus habitantes? ¿Qué le parecería la inigualable energía mortífera del átomo, sólo dos veces experimentada con efectos tan tremendos, que ya no la humanidad, sino la tierra misma siente la agonía que anuncia el aniquilamiento?

No era esta clase de armas la que loaba Quijano el Bueno —pues en sí no servirán, por su poder descomunal, para apoyar ningún derecho— diciendo: “Las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, y se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas...”

Un concepto noble y levantado de la guerra tenía Cervantes: como que era cristiano practicante del precepto de Cristo, “Amaos los unos a los otros”; como que había estudiado en escuelas regidas por religiosos, jesuitas u otros, donde se enseñaba teología, aunque fuera rudimentaria; como que a lo menos había absorbido la que flotaba en el ambiente de Sevilla y de Madrid, de toda España, gobernada por aquel rey rubio y rezandero de la negra ropilla, y que juzgaba la guerra esencialmente desde el punto de vista de su moralidad.

Lustros antes había profesado en Salamanca, el ilustre fraile Francisco de Victoria, claro talento, profunda erudición y purísima conciencia, quien en sus famosas Relecciones opugnó la primacía imperial, condenó la conquista y esclareció las normas de la guerra.

El fraile teólogo sienta desde luego el problema fundamental de saber si la guerra en sí puede justificarse ante el criterio moral. Con su ciencia derivada de San Agustín y de Santo Tomás refuta desde luego las doctrinas extremas que la condenan sin distinciones —por considerarla incompatible con la esencia del cristianismo—, basándose en textos como los siguientes: “Los que emplean la espada, por la espada perecerán” (San Mateo); “No os defendáis, hermanos” (San Pablo); “Es a mí, dice el Señor, a quien pertenece la venganza. Yo soy quien hará la justicia” (Proverbios). Con innumerables citas tomadas también de los Libros Santos y de los Padres de la Iglesia, Vitoria establece la licitud de la guerra, pero apoyándose en este pensamiento capital: entre los que adoran a Dios las guerras son pacíficas, ya que no se emprenden por ambición ni por crueldad, sino por amor a la paz, con el fin de reprimir a los malos y libertar a los buenos.

En consecuencia, quedan justificadas todas las guerras defensivas, porque la ley de Cristo no ha abolido nada de lo que concede el Derecho Natural. Con respecto a las ofensivas, es necesario que sean provocadas por una injuria grave, por una transgresión del Derecho, sin lo cual la guerra carecería de causa. Y este requisito abarca todos los casos, aun aquel en que uno de los bandos es de infieles: contra éstos no puede irse sólo por su calidad de tales, si ellos no han delinquido. Por la misma razón, queda proscrita la guerra de conquista, en todos sus aspectos imperialistas.

Pero la conciencia vitoriana ahonda todavía más, y postula que no cualquiera injuria provoca la guerra, sino sólo las graves, ya que no debe haber desproporción entre el delito y la pena que se le impone. En la lucha armada todo es terrible y cruel: muertes, devastaciones, tribulación de los ánimos; aplicar esa sanción a faltas leves sería notoriamente injusto.

Esbozada somerísimamente la doctrina de Vitoria, que tuvo gran resonancia en las universidades de su tiempo, veamos cómo coincide con ella la del Insigne Manco. Lo más curioso es que la expone no cuando su Quijote diserta sobre las armas y las letras, o platica con caballeros o con personas cultas, sino en la más chusca ocasión que describe su historia: cuando topan él y Sancho con aquel golpe de gente armada, que tercio de soldados parecía, y que no era sino la población del pueblo del Rebuzno, “del pueblo corrido que salía a pelear contra el otro que le corría más de lo justo y de lo que se debía a la buena vecindad”.

Don Quijote se metió entre los vecinos, y cuando los vio bien atentos a su persona, y en silencio, rompiendo el suyo alzó la voz y dijo: “Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, *por cuatro cosas* han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y hacienda. *La primera por defender la fe católica, la segunda por defender su vida, que es de ley natural y divina, la tercera en defensa de su honra, de su*

familia y hacienda, la cuarta en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de la patria. A estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras *que sean justas y razonables*, y que obliguen a tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y por cosas que antes son de risa y de pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma, carece de todo razonable discurso: cuanto más, que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen: mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu, porque Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, que nunca mintió ni puede mentir, siendo legislador nuestro dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla”.

Aquí tenemos condensada en unas cuantas palabras, y con tersura notable, la doctrina sobre la guerra que aquellos teólogos que se adelantaban a su tiempo venían explanando en cátedras y en infolios. El Caballero de los Leones no les va en zaga: la guerra para *defender* la religión, el derecho natural y divino, la patria, la honra, la familia y la hacienda, es lícita siempre. En cuanto a la que se emprende en servicio del rey sin ser defensiva, *tiene que ser justa*. Para cumplir este requisito debe tender a restaurar el derecho violado. Luego, no debe tener el carácter de venganza, pues ésta es siempre injusta y contra la ley de Dios. Item más y por último, la causa debe ser grave, que la guerra no debe hacerse por niñerías, que pueden ser cosa de risa y no de afrenta.

¡ Oh, y qué bien predicó el doctísimo caballero demente, y cómo se necesitaría hoy que su opinión se infundiera en el alma de los pueblos contemporáneos! Hemos perdido tanto el tino en esto de la guerra, que creemos haber hecho todo lo que debemos para desterrarla, con sólo reglamentarla jurídicamente, a sabiendas de que a los contendientes se les dará un ardite de todas esas limitaciones.

Anota a este propósito el doctor Camilo Barcia Trelles: “Los reglamentistas no vacilan en clasificar como una de las más nobles adquisiciones del Siglo XIX, esta de la reducción de la contienda a normas jurídicas, y así viven con la ilusión de haber humanizado la lucha armada; ilusión vana, ya que por un camino van las reglamentaciones concluidas y por otro los progresos de la técnica destructora. Las guerras son cada día más asoladoras; la técnica se impone; los que aún conservan un vestigio de escrúpulo, se contentan con dar carácter de apariencia legal a la destrucción”.

Se discute hoy diariamente en los congresos, en los libros y en la prensa, sobre equilibrio de poderes, sobre fronteras, sobre esferas de influencia y so-

bre otros parecidos temas cuyo meollo es sólo el interés o la conveniencia, y nadie pregunta si dichas pretensiones son justas; sólo se atiende a si hay fuerza para sostenerlas. Hay naciones que se dicen llamadas a realizar la felicidad de los hombres sobre la tierra, repartiendo todos los bienes de ella, y sin embargo codician para sí, acotadas, intangibles, exclusivas, enormes regiones, aunque haya que arrancarlas a quienes inmemorialmente las poseen.

Don Quijote también añoró los tiempos en que no había tuyo ni mío, y los calificó de Edad de Oro; mas situóla en el pasado, y cuando la raza humana estaba en su prístino estado de inocencia, que para mí tengo duró muy poco, pues tan pronto como Adán y Eva se vieron solos y desnudos en el Paraíso, se hartaron de la fruta del Arbol del Bien y del Mal. Sólo en esa época "no había la fraude, el engaño ni la malicia, mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar, ni quién fuese juzgado. . ."

Ahora, no queda sino regenerar lo perdido, y así como el Ingenioso Hidalgo profesa que para ello se instituyó la orden de los caballeros andantes, nosotros deberíamos fundar la de los hombres conscientes de los valores superiores, los espirituales, pues si el mundo se ha de salvar, no lo podrá obtener sino haciéndolos clave y dirección de todas nuestras acciones.

DE CUÁNDO Y CÓMO MOVIO A RISA, POR VEZ PRIMERA
EN MEXICO, EL FAMOSO CABALLERO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Por don ARTEMIO DE VALLE ARIZPE.

I

GRAVE, delicada cosa era ser expurgador de libros por el Santo Oficio de la Inquisición. Para escudriñarles verdades y mentiras era menester leerlos con sumo estudio y cuidado. De grandes preocupaciones estaba lleno este encargo difícil, queriendo entender el propósito por lo que se escribió esto o por lo que se escribió aquello. Se traían y se examinaban autores para ver si contradecían los santos principios de la fe o andaban entremetiéndose en deslindar los secretos juicios de Dios. Era muy necesario poner en claro todas estas falsedades para que las almas no se emporcasen con lecturas vitandas. Era preciso estar todo el día sobre los folios impresos, en alcance de los pensamientos de los autores que con el ingenio quisieron alcanzar los consejos y ordenaciones del Señor, o que tocaban el dogma. Estos libros se despedazaban con horror y se quemaban. Todo el día en la investigación con estas cuentas, y aun por la noche seguíanse echando en la almohada para deslindar si era pecaminoso este concepto o no lo era.

Fray Pedro de Sepúlveda, franciscano, era censor de libros. Atesoraba mucha ciencia y prudencia este varón. Daba alcance y sopesaba todas las cosas; hacía él mismo regla y medida y juez de lo que excedía su capacidad, que era muy poco, pues era docto en todas disciplinas. Llevaba en la mano la balanza y pesaba con su razón y juicio todo aquello que leía. Por dondequiera Fray Pedro de Sepúlveda iba esparciendo los resplandores de su saber. No le venía nada nuevo; todo estaba en la capacidad de su sabiduría, y así nadie engañábalo, se hallaban todas las cosas como desnudas ante sus ojos lince.

Este buen religioso no sólo tenía encima grandes preocupaciones, sino

también desconocidas tristezas. Una profunda melancolía llenaba sus horas. Con nadie se le miraba hablar, siempre sólo con sus pensamientos. Toda la mañana y toda la tarde sobre los libros, y aun de noche estaba mirando sobre ellos, siempre con ojos despiertos. Muchas veces el alba corría ya fresca por el huerto cuando Fray Pedro soplaba sobre su velón de azófar.

Servía a Dios este Padre con grandes penitencias y aprobación de quienes le conocían su riguroso modo de vida. Se decía de él que era un Agustín en agudeza de entendimiento, un Jerónimo en espíritu de penitente, un Ambrosio en el celo por la fe. Su recreo era sólo sentarse al final de un claustro viejo y ver desde allí cómo se iba acabando el oro de la tarde, y cómo se acercaba la noche y cuándo saltaba en ella el primer lucero con sus cambiantes azules, verdes, rojos. No se movía para nada del banco; quietud del cuerpo y embelesada quietud del espíritu. Parecía así un gran santo de talla por su inmovilidad. A este austero fraile nadie le había visto reír; su grave presencia apagaba la risa discreta de algunos padres, la alborozada de los legos. A su paso iba imponiendo silencio; dejaba tras de sí una gravedad solemne.

Después de la llegada de la flota, casi desterraba el sueño de sus ojos azules, de entristecido mirar, por los libros en que tenía que hacer escrutinio minucioso y que venían en las naos destinados a los mercaderes de la Nueva España, con casa abierta en México.

El que enviaba cuerpos de libros a estas partes, presentaba en la Casa de Contratación de Indias todas las cajas sin cerrar, mucho antes de que se hiciera la cargazón, y con ellas una lista por duplicado de lo que contenía cada una. En dicha casa el vigilante Santo Oficio tenía establecida una rigurosa oficina que examinaba esas listas, y después, escrupulosamente, iba reconociendo cada uno de los cajones para enterarse de si había en ellos algo más de lo que se indicaba en la enumeración, y si estaban de acuerdo con lo enlistado, se clavaban y se marcaban con el sello de la Inquisición, y al pie de las dichas listas se ponía el "pase", con lo cual se expresaba que esos volúmenes no eran de los prohibidos, dañosos para la fe y la pureza de las costumbres, los que ya se hallaban inscritos en los índices eclesiásticos o en los del orden civil que eran tocante a cosas de Indias. A pesar de estos severos escrutinios, al llegar las naos a la Nueva España se les hacían otras dos visitas de inquisición, llenas de pormenorizadas nimiedades.

Primero practicaban el examen los delegados del Santo Oficio, luego los de la Real Aduana. A éstos se les decía Inquisición de Aduanas, a los otros, Inquisición de Flotas. Ambos delegados escudriñaban no sólo en los cajones en que venían los volúmenes con destino a los mercaderes de papel impreso, sino que andaban muy diligentes por todos lados del barco en busca

de cuerpos de libros de los que no se permitía que anduviesen por los católicos reinos de Castilla. Se tenían escritos en cuadernos especiales —índices expurgatorios— los títulos de los prohibidos, los que estaban compuestos por herejes, fueran de lo que fuesen; los que contenían cosas contrarias a la santa fe católica y a las buenas costumbres; los que trataban de asuntos de Indias, esto es, de historia de la América, vedada, con muchas penas, de conocer; se recogían los tomos que no estaban aprobados y examinados por el escrupuloso Ordinario, con el *Nihil Obstat* que los autorizaba a estar en manos pías de católicos, apostólicos, romanos, y vistos, además, cuidadosamente, por la Real Audiencia del Distrito “según lo tenía prevenido el Rey Nuestro Señor a 8 de marzo de 1584”.

Por real cédula datada el 4 de abril de 1531, se defendió de llevar al Nuevo Mundo “libros de romance, de historias vanas o de profanidad como son los de *Amadís* e otros desta calidad, porque este es mal ejercicio para los Indios, e cosa en que no es bien que se ocupen ni lean” porque no son, dice el maestro Alonso de Venegas, “sino sermonarios del diablo, con que en los rincones caza los ánimos de las doncellas”. Y en otro mandamiento de Su Majestad Carlos V, firmado en Valladolid en 29 de septiembre de 1543, se expresa que “de llevarse a esas partes los libros de romance, de materias profanas y fábulas e historias fingidas, así como los libros de *Amadís* y otros desta calidad, de mentirosas historias, se siguen muchos inconvenientes; porque los indios que supieren leer, dándose a ellos, dexarán los libros de sancta y buena doctrina y, leyendo los de mentirosas historias, deprenderán en ellos malas costumbres y vicios: demás desto, de que sepan que aquellos libros de historias vanas han sido compuestos sin auer pasado así, podría ser que perdiesen el autoridad y crédito de la Sagrada Escritura y otros libros de Doctores, creyendo, como gente no arraygada en la fee, que todos nuestros libros eran de una autoridad y manera. Y porque los dichos inconvenientes, y otros que podría auer, se escussen, vos mando que no consintays ni deis lugar que en essa tierra se vendan ni ayan libros algunos de los suso dichos, ni que se traygan de nuevo a ella, y proueays que ningún Español los tenga en su casa, ni que Indio alguno lea en ellos, porque cessen los dichos inconuenientes”.

Por real cédula de Felipe II y de la Princesa Gobernadora, fechada en Valladolid a 9 días del mes de octubre y año de 1556, se prescribía también a los virreyes, a la Audiencia, a las chancillerías y a los gobernadores “que pongan por su parte toda la diligencia necesaria y den orden a los oficiales Reales para que reconozcan en las visitas de navíos si llevaren algunos libros, prohibidos conforme a los expurgatorios de la Santa Inquisición, y hagan entregar todos los que hallaren a los arzobispos, obispos, a las personas a quienes tocare, por los acuerdos del Santo Oficio”, y en otra cédula del

propio rey don Felipe, expedida en la villa de Madrid el 18 de enero de 1585, se ruega y encarga encarecidamente a los "Prelados que ordenen a sus Provisores puestos en puertos de mar, que cuando los oficiales de nuestra Real Hacienda visiten los navíos, que en ellos entraren, se hallen a la vista para ver y reconocer si llevasen libros prohibidos. Y mandamos a los dichos nuestros oficiales que no hagan las visitas sin intervención ni asistencia de los Provisores, y de otra forma que ninguna persona los pueda sacar, ni tener". Todas estas terminantes prohibiciones se repiten muy a menudo en las *Leyes de Indias*.

No sólo se hacía minuciosa pesquisa por los vigilantes inquisidores de flotas y de aduanas, en todas las cajas en que venían los libros, para examinar si andaban entre ellos algunos de los vedados, sino que también se buscaba y se rebuscaba con celoso ahinco, en los cofres, fardos, fardeles y almofreces de los viajeros. Dos frailes, el uno por comisario del Santo Oficio, y el otro por notario, interrogaban a cada pasajero y a los hombres de la marinería, mediante juramento en la forma debida de derecho y promesa de decir verdad, en qué gastaron su tiempo durante los días de navegación, qué era lo que leían y también lo que rezaban ante los infinitos del cielo y el mar.

Declaraban dónde embarcaron con registro y en qué fecha; si tuvieron escalas y en qué puertos las hicieron, ya para aguada o ya para matalotaje; si encontraron o no velas de amigo o de piratas enemigos, ingleses, holandeses o berberiscos, de los que andaban continuamente apresando sin razón las naves del Rey Católico; que si no se trataban con más gente que la de la flota, sin la perniciosa compañía de herejes, ni de personas judías, mahometanas, calvinistas y luteranas, sino toda ella temerosa de Dios y obediente de sus santas leyes; qué imágenes devotas tenían; que si por las tardes rezaban el santo rosario y decían las letanías, y que si todos los sábados, sin faltar uno solo, cantaban la *Salve Regina*, y que si por dos veces al día, como era mandado, se enseñaba la doctrina a los muchachos que venían en el barco; si traían o no traían pliegos y recados para el Santo Oficio de la Inquisición o para alguno de sus señores ministros; qué libros leyeron durante el viaje, y aquí mencionaban únicamente libros de vaga y amena lectura que eran con los que gustosamente solazábanse, o bien los de religión con los que se pulían y acicalaban el espíritu, todos ellos debidamente aprobados por la autoridad eclesiástica. Se les preguntaba, además, a los viajeros, si sabían de alguna persona que durante la travesía hubiese hecho cosas contrarias a la santa fe católica y contra los sacramentos de Nuestra Madre la Iglesia.

De los muelles de Sevilla se hizo a la vela el 12 de julio de 1605 la flota de treinta y tres naos con rumbo a tierras de América, y diez más, con igual derrotero, zarparon del puerto de Cádiz en donde se les despachó el registro. En total componían esa flota cuarenta y tres barcos, todos de ligera andadura, y traía por general a Alonso de Chávez Galindo, muy experto hombre de mar que infinidad de veces había surcado los anchos caminos del océano.

Una de esas embarcaciones fondeó en La Habana, tres echaron áncoras en Honduras, dos en Campeche, una en Puerto Rico, otra en Santo Domingo y veinticinco que navegaban para la Nueva España tomaron agua en San Juan de Ulúa por el mes de noviembre del año supradicho.

Muchas cajas de libros llegaron en esas naves, destinadas a mercaderes de los de papel impreso. Los había de todos los tamaños: imponentes infolios y pequeños, graciosos librillos; unos bien empergaminados, con sus ataduras de gamuza; otros con cobertura de cuero jaspeado, tejuelos de colores, molduras y recuadros dorados en sus tapas; algunos entre pastas de recias tablas recubiertas de piel labrada con exquisito primor.

Estos libros fueron a dar a la celda, blanca y desguarnida, de Fray Pedro de Sepúlveda, varón lleno de letras, de ingenio y de erudición abundante y que tenía insaciada codicia en el saber. Con ávido afán y dedicación se pegó el padre a la lectura de esos volúmenes, revolviendo una y otra vez el sentido de lo que leía. Según su costumbre, velaba sobre ellos para desenvolverles el secreto. Su atención estaba a toda hora asida a esas páginas; escudriñando las verdades, hojeaba uno y otro y sorbíase sus folios con infatigable tesón.

Todos los frailes admiraban en aquel su hermano en hábito, tan callado, tan meditativo siempre, tan austero, la facilidad con que encontraba errores y falencias y cómo los cazaba su entendimiento, cómo iba glosando cada palabra de por sí y percibía el filis de la agudeza y también admiraban lo pronto y seguro que era para sus dictámenes, los que sin ninguna discrepancia acataban siempre los bravos señores de la Inquisición.

Aunque Fray Pedro hablaba escaso y limitado, cuando recibía libros para su expurgo era mayor su mudez que la de costumbre. Grillos le echaba a la lengua. Estaba como más grave; un extraño silencio era el suyo. Detenía los discursos que forjaba la oficina de su entendimiento. Iba por los claustros con la mirada vaga o cabizbajo, con las manos quietas, metidas entre las mangas del hábito. Los santos seráficos de los grandes cuadros que decoraban los muros enlucidos de cal, lo veían pasar, mirándolo con sus dulces ojos en los que estaba toda la suave bondad que les legó su padre el señor San Francisco de Asís.

Una tarde cruzó el Guardián en unión de otros padres graves por junto a la celda de Fray Pedro de Sepúlveda. De pronto se quedaron asombrados todos los frailes; se vieron con espanto unos a los otros. Si un rayo hubiese estallado en medio de ellos no habría sido tanto su azoro; les causó este estupor maravilloso oír unas grandes y sonoras carcajadas que atronaban los ámbitos. ¿Era Fray Pedro de Sepúlveda el que se reía así tan estruendosamente? Los frailes se quedaron escuchando, silenciosos, sin borrar el asombro de sus rostros. La risa bajaba, se extinguía; vivaz y caudalosa volvía a saltar. Ya no pudieron los padres aguantar los agujones que les clavaba la curiosidad, y empujaron la labrada puertecilla, temiendo que la locura se hubiese metido en los aposentos del cerebro de aquel bendito fraile y que fuese la que mandase como señora en todos ellos. Entraron en el blanco y pequeño aposento. Fray Pedro estaba ante su mesa de renegrido nogal; sobre lo oscuro de la cubierta destacaba la blancura de un libro abierto. La cabeza la tenía Fray Pedro apoyada en el respaldo del sillón de cuero; por la risa los ojos le reventaban de alegría, y de ellos sacó lágrimas aquel abundante reír con desentono y a carcajadas.

Al ver Fray Pedro el asombro tendido por el rostro del padre Guardián y de sus austeros acompañantes, les dijo, sonando en su lengua voces de gozo:

—Padres, no extrañen estas grandes risas mías; ya las tendrán mayores vuestras reverencias cuando entren en la lectura de este libro precioso, que ahora estoy leyendo; se rotula, miren la carátula, *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha compuesto por Miguel de Seruantes Saavedra, Dirigido al Duque de Bejar, Marqués de Gibralfar, Conde de Benalcázar, y Bañares, Visconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel y Burguillos. Año de 1605. Con Privilegio. En Madrid por Juan de la Cuesta. Véndese en la casa de Francisco de Robles, librero del Rey Ntro. señor.* Este sí que es un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Este incomparable caballero don Quijote de la Mancha ha salido a honrar a España y a regocijar el mundo este año de 1605 en que llegó, sano y salvo, a estas tierras de México cuando manda en ellas por la Majestad Católica de don Felipe III el señor virrey don Juan Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros. Esta fecha se habrá de recordar siempre. Es uno de los fastos que se han de tener firmes y fijos en la memoria. De aquí van a España los galeones bien cargados de oro, de plata, de perlas, productos de inconsideradas gabelas, de grandes tributos, de pechos no justos que se han echado sobre estos fieles vasallos; y de allá nos ha venido este libro insuperable. Estamos pagados con creces, y aun podríamos, a cambio de él, tributar más. Debemos considerarnos felices por poder leer esta historia en el idioma en que fue escrita. Llegaron a México algo más de cien ejem-

plares. Ya tendrá la gente con qué gozarse. Les va a limpiar de tristezas el alma y no les bastará todo el corazón para la plenitud de su deleite.

Los frailes estaban suspensos y atónitos, llenos de incomparable admiración con este extraño discurso de Fray Pedro de Sepúlveda. Con manos que volvió lentas un temor respetuoso, tomó el padre Guardián el celebrado libro y para verlo lo rodearon los otros padres, las cabezas juntas, los ojos asombrados.

BIOGRAFOS Y CRITICOS DE CERVANTES

Por don PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ.

.....ya no hay pájaros hogaño.

¿DE quién sois? ¿cómo nacisteis? ¿a qué venís? De tales preguntas entre rumor de aplausos y gritos de admiración nacidas en fe de buen acogimiento a la obra más preciada de las letras castellanas, había hecho caudal el escritor y prevenido la respuesta. Se engendró la historia en una cárcel, sin otra mira que deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías. Cuanto a la persona del autor, repetirlo duele: herido en Lepanto, cautivo por años en Argel, preso en Sevilla, siquiera menease el plectro sabiamente, compusiera comedias, inventara novelas, le agobió siempre su mala ventura, tanto que, al colgar la péñola, sobre estar enfermo muy sin dineros, pudo memorar a Garcilaso:

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento.*

Mientras no se inhumaron sus fúnebres despojos, no le encumbró la gloria, quedando a biógrafos y comentadores el inquirir punto por punto los vitales datos del Manco de Lepanto, escudriñar sus libros y aun descubrir su cuna, ya que por ahijársele y tenerle por suyo no menos de siete pueblos contendían.

En darnos una *Vida de Cervantes* fue el primero don Gregorio Mayans y Ciscar, ilustre valenciano a quien sus émulos incitaron en buena hora a trocar la Jurisprudencia por la crítica, la historia y las buenas letras, de que se mostró apasionado, según revelan más de veintiocho tratados castellanos y latinos con que llenó casi todo el siglo décimoctavo.

Para la magnífica edición que del *Quijote* hizo Lord Carteret en Londres el año 1738, escribió la susodicha biografía, donde, cual era de esperar,

abundan instructivas reflexiones sobre los anacronismos, inverosímiles casos y descuidos del Ingenioso Hidalgo, que pasar por alto solemos en la lectura, encantados con el gallardo lenguaje, beldad intrínseca y donaire de la fábula.

Desacertó empero Mayans, al proponer como observación propia que en la villa de Madrid se fijara el nacimiento de Cervantes, infiriéndolo de que este mismo en ciertos versos con que se despidió festivamente de la Corte, la llamó su patria. Mas advirtiéndole que así hablaba, porque salía de España, país de todos, la deducción falsea.

En desacierto cayó también el erudito don Tomás Tamayo de Vargas, teniéndole por natural de Esquivias, a consecuencia sólo de haber intitulado famoso y particularmente en linajes ilustres a dicho lugar del reino de Toledo.

En su *Biblioteca* don Nicolás Antonio le creyó oriundo de Sevilla, pero sin prueba; que no lo es suponerle haber visto representar allí al comediante Lope de Rueda ni tampoco el hallar familias distinguidas en aquella ciudad con los apellidos Cervantes y Saavedra.

Más desnuda de fundamento es la opinión citada por Mayans en pro de Lucena, pues que no subsiste la tradición que se alega y carece de razones o conjeturas.

Listó don Diego Clemencín a Consuegra entre las poblaciones contendientes sobre esta gloria de origen; y hay quienes acuden en su apoyo, aduciendo esta partida: "En primero del mes de Septiembre de mil quinientos cincuenta y siete años, yo Diego Abad de Arabe, clérigo, bauticé a Miguel, hijo de Miguel López de Cervantes y de su muger María de Figueroa: fue su compadre Rodrigo del Alamo, y comadre su muger Lucía Alonso; en fe de lo cual firmé de mi nombre.—Diego Abad, clérigo". Certificó posteriormente ese registro don Francisco Fabuel Caballero, vecino de la villa de Consuegra, que lo vio en el libro parroquial de Santa María la Mayor de aquel lugar, y dijo tenía escrito al margen en letra menos antigua que la del texto: "El Autor de los Quijotes".

Pero hay en contrario mejor noticia. Cupo a don Agustín Montiano hacia 1765 la fortuna de encontrar, después de varias diligencias, en el archivo parroquial de Alcalá de Henares la siguiente partida, que insertó en su Discurso sobre las Tragedias Españolas: "En Domingo 9 días del mes de Octubre, año del Señor de 1547 años, fue bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervantes y su muger Doña Leonor: fue su compadre Juan Pardo: bautizóle el Reverendo señor Bachiller Serrano, Cura de nuestra Señora: testigo Baltasar Vázquez Sacristán, y yo que le bauticé y firmé de mi nombre.—Bachiller Serrano.—Concuerda con su original, que queda en el Archivo de esta Iglesia y en mi poder, a que me remito, y por la verdad lo firmé en

Alcalá en 10 días del mes de Junio de 1765.—Doctor Don Hermenegildo la Puerta”.

Mas ¡quién lo creyera! se halló a poco en Alcázar de San Juan, lugar de la Mancha, esta otra partida contradictoria: “Certifico yo Don Pedro de Córdoba, Teniente Cura Prior de la Iglesia parroquial y mayor de Santa María de esta Villa de Alcázar de San Juan, que en uno de los libros de bautismo de dicha Iglesia, que principió en 10 días del mes de Septiembre de 1506, y finalizó en 18 de Febrero de 1635, al fol. 20 hay una partida del tenor siguiente: Partida.—En 9 días del mes de Noviembre de 1558 bautizó el Licenciado señor Alonso Díaz Pajares un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, que le puso por nombre Miguel: fue su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañados Juan de Quiroz y Francisco Almendros, y sus mugeres de los dichos.—El Licenciado Alonso Díaz.—A el margen de dicha partida se halla escrito por nota lo siguiente: Este fue el autor de la Historia de Don Quijote.—Concuerta con su original a que me remito; y para que conste y tenga los efectos a que haya lugar en derecho doy la presente en esta Villa de Alcázar de San Juan en 28 días del mes de Agosto de 1765.—Don Pedro de Córdoba”.

Así por el marginal indicio del *Quijote*, como porque en este documento aparece el segundo apellido Saavedra, que el anterior no lleva, y más aún porque de don Miguel no quedó memoria en Alcalá, mientras en el lugar de la Mancha se conserva la familia y casa donde se crió, que la tradición señala con el dedo a los pasajeros, inclináronse muchas personas juiciosas a creer que Alcázar de San Juan fue la cuna de Cervantes, confirmando su opinión con las descripciones del *Quijote*, de los batanes, lagunas de Ruidera, cueva de Montesinos y otros parajes del contorno, las cuales revelan un autor con noticia cabal de pormenores de aquel país y congénito amor de sus antigüedades; si bien se opone su información de cosas propias de los cuentos que en Alcalá oiría, cuando niño, y refiere, del encantamiento, por ejemplo, del moro Muzaraque, de la cabra o alfana que cabalgaba y de la cuesta de Zulema, así como el tenor de sus elogios a la gran Compluto Alcalá y al río Henares en cuyas riberas está fundada.

Ni, caso de preferir la partida de Alcázar de San Juan, de 1558, podemos convenir en que don Miguel, de trece años, participara en la batalla de Lepanto, librada el mes de octubre de 1571, tanto menos cuanto que en el prólogo de sus Novelas, publicadas con fecha de 1613, confesó pasar de los sesenta y cuatro años, lo que aproximadamente nos lleva al 1547 de la fe de Alcalá. Igual consideración mueve a desechar la partida de Consuegra, cuanto más que ni ella ni la de Alcázar de San Juan contienen los verdaderos nombres de los padres de Miguel.

Quita dudas absolutamente el *Libro de Redención de cautivos de Argel*, donde se lee:

“Primera partida.—Después de lo susodicho, en la dicha Villa de Madrid a 31 días del mes de Julio del dicho año de 1579, en presencia de mí el Notario y testigos de yuso escritos, recibieron los dichos Padres Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Vella 300 ducados de a once reales cada un ducado, que suman 112,000,500 maravedís, los 250 ducados de mano de Doña Leonor de Cortinas viuda, muger que fue de Rodrigo de Cervantes, y los 50 ducados de Doña Andrea de Cervantes, vecinos de Alcalá, estantes en esta Corte, para ayuda del rescate de Miguel de Cervantes, vecino de la dicha villa, hijo y hermano de las susodichas, que está cautivo en Argel en poder de Alí Mamí, Capitán de los baxeles de la armada del Rey de Argel; que es de edad de 33 años, manco de la mano izquierda, y de ellos otorgaron dos obligaciones y cartas de pago y recibo de los dichos maravedís ante mí el presente Notario, siendo testigos Juan de Quadros y Juan de la Peña Corredor, y Juan Fernández, estantes en esta Corte, en fe de lo qual lo firmaron los dichos testigos y Religiosos, e yo el dicho Notario.—Fr. Juan Gil.—Fr. Antonio de la Vella.—Pasó ante mí.—Pedro de Anaya y Zúñiga”.

De la segunda partida del dicho libro transcribimos lo que al caso viene: “En la ciudad de Argel a 19 días del mes de Septiembre del año de 1580, en presencia de mí el dicho Notario el M. R. P. Fr. Juan Gil, Redentor susodicho, rescató a Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares, de edad de 31 años, hijo de Rodrigo de Cervantes y de Doña Leonor de Cortinas, vecino de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera del Sol, yendo de Nápoles a España, donde estuvo mucho tiempo en servicio de S. M...”. Siendo fuerza admitir que estos datos provienen del propio Cervantes, resulta que él se declaró natural de Alcalá de Henares, corroborando su fe de bautismo en aquel lugar archivada y refutando con la mención de sus padres los documentos de Consuegra y de Alcázar de San Juan, concernientes el primero a un Miguel hijo de Miguel López de Cervantes y María de Figueroa y el segundo a otro Miguel, hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López. En cuanto a la edad discrepan los asientos del Libro de Redención. El declarante se dio 31 años; pero del 9 de octubre de 1547 a 19 de septiembre de 1580 faltaban solamente diez y nueve días para cumplirse los treinta y tres años que le aplicó la primera partida en julio de 1579. La inexactitud del cómputo, debida sin duda a falta de memoria, no alcanza a borrar la autenticidad de la fe de Alcalá ni anula la indicación de origen.

El del segundo apellido Saavedra, que usó Cervantes en varias partes de sus obras, queda aún por aclarar. Como suele advertirse, procede el Cer-

vantes de antiguos ricos homes de León y de Castilla, de cuyo tronco salieron ramas y brotes insignes: un Gonzalo de Cervantes bajo la bandera de Alfonso VI se batió en las Navas de Tolosa (1212), y otro, Diego, contrajo matrimonio con una Saavedra de la casa de los condes de Castilla; pero de ahí a que todos los Cervantes emplearan luego, sucesivamente, el apellido Saavedra, por considerarlo el más aristocrático, según infiere el moderno escritor don Antonio Espina (1943), aventurada afirmación parece, si hemos de atender a sólo la futilidad del motivo.

Verdad es que era corriente en el tiempo viejo no llevar los hijos el apellido del padre y que aun los hermanos entre sí lo usaran diferente: por nosotros mismos lo sabemos y lo apunta don Francisco Rodríguez Marín al capítulo XXXI, parte segunda del Quijote. Con todo, al indagar por qué se cambiaba el nombre de familia, ocurre en nuestro caso que, pues doña Catalina Palacios, mujer de Cervantes, usó el apellido Salazar por haberse criado en casa de su tío don Francisco de Salazar, también pudo el marido haber tomado el Saavedra, cuando no por deudo, por gratitud o íntima amistad con persona que lo llevara.

Bien haya, pues, don Vicente de los Ríos, el cultísimo escritor que ideó se registrara el libro de Redención de Cautivos, gracias al cual definió la cuestión de origen, como asentó en su *Vida de Cervantes*, publicada por la Academia Española al frente de su edición del Quijote, el año 1780. Allí acopió las memorias que de su persona y hechos dejó el autor del Ingenioso Hidalgo, pero ampliándolas y enriqueciéndolas con probanzas, de suerte que place seguir las confiadamente, sin embarazo de llenar los huecos con el fruto de posteriores indagaciones.

Unido a su familia, pasó Cervantes de Alcalá a Valladolid, donde permaneció entre sus ocho y quince años. Mediando el 1562, se trasladaron a Madrid, y pudo el joven Miguel asistir al estudio en la clase de menores, oyendo del Licenciado Jerónimo Ramírez las primeras lecciones de Gramática. Dos años después, que no duró más su estada en Madrid, se fueron a Sevilla. Allí se avecindaron en la colación de San Miguel; pero un nuevo plan y la esperanza de mejorar de situación los hicieron volver a Madrid hacia 1566 ó 67.

Otra vez en la Corte, se dedicó Miguel a estudiar latinidad y letras humanas, bajo la dirección del esclarecido teólogo Juan López de Hoyos, por quien sabemos que "su caro y amado discípulo", como le mienta, compuso unas redondillas castellanas y una elegía, las cuales dicho profesor incluyó el año 1569 en su Historia y Relación de la enfermedad, tránsito y exequias de la reina Doña Isabel de Valois.

Tiempo adelante se deleitaba Cervantes en recordar sus "infinitos romances", alegría de sus tiernos años. Desde que vio representar al gran comediante Lope de Rueda, mostró decidida inclinación a la poesía; y si a la postre adquirió notable erudición, leyendo mucho, aun los papeles rotos de las calles, lejos de pensar en obtener algún empleo o ganar dinero de otro modo, quiso únicamente ser poeta, abandonando su subsistencia al cuidado de la fortuna. Excusado está noticiar que era pobre. Mejor que nadie sabía el aforismo de Apolo: "si algún poeta dijere que es pobre, sea luego creído por su simple palabra, sin otro juramento o averiguación alguna".

No contaba con lo imprevisto. Pasó a Roma, sirviendo de camarero al cardenal Aquaviva. Oigamos a don Diego Clemencín, comentador del Quijote, "la circunstancia de su viaje a Italia el año 1569 en compañía de Monseñor Aquaviva, con el cual hubo de incorporarse en Valencia o Aragón, cuando el Cardenal regresaba a Roma, habiendo tenido que dejar la corte a consecuencia de un desafío de cuyas resultas anduvo prófugo y estuvo en Sevilla, por haber expedido los Alcaldes de corte la correspondiente cédula requisitoria para su prisión". Don Luis de Armiñán, padre, en las *Biografías amenas de grandes figuras* (1946) se pregunta: "¿Qué razones y circunstancias obligaron a Miguel de Cervantes a salir de Madrid? ¿Fue sólo el impulso juvenil aventurero o fue quizá el temor a una condena que le amenazaba por haber herido gravemente en desafío a un caballero andante en corte? No es esta noticia inverosímil ni inexacta".

Sin más pormenores de tal suceso, a la admiración de ver trocarse en espadachín un devoto de las Musas, júntase el descubrimiento de sus bríos, que le hicieron dejar presto el servicio de camarero, para afiliarse en los tercios castellanos. De partida para Italia, llevaba como provisiones de boca, así lo dice, un pan candeal y ocho maravedís de queso. Su miseria le inspiró esta despedida:

*Adiós hambre sutil de algún hidalgo,
que por no verme ante tus puertas muerto,
hoy de mi patria y de mí mismo salgo.*

Tras de pocos meses en servicio del cardenal, entró de soldado. Según información de limpieza de sangre e hidalguía a su favor, iniciada en Madrid por su padre Rodrigo el 22 de diciembre de 1569, se entiende que la necesitó para ingresar en la milicia.

Empezó su carrera en la compañía del famoso capitán de Guadalajara Diego de Urbina, perteneciente al tercio de don Miguel de Moncada. Y tomó parte en la campaña del duque de Paliano, Marco Antonio Colonna, por socorrer en 1570 a la Isla de Chipre y levantar el sitio de Nicosia. Al

año siguiente, peleando siempre contra el Gran Turco Selín, hallóse en la memorable batalla del golfo de Lepanto, cuyo recuerdo estampó en estos versos:

*Donde con alta de soldados gloria
y con propio valor y airado pecho
tuve, aunque humilde, parte en la victoria.*

No era más que soldado raso en aquella armada de la Liga cristiana, compuesta, al decir de Cristóbal de Virúes (*Monserate*, 1578), de doscientas galeras reales, seis galeazas, seis mil alemanes, doce mil italianos y diez mil españoles, contra la turquesca de doscientas noventa galeras y treinta y seis mil combatientes.

Entre las noticias recogidas por el diligentísimo y docto biógrafo Martín Fernández de Navarrete se encuentra la de que Cervantes, embarcado con su compañía en la galera Marquesa del cuerno izquierdo, al mando del general veneciano Agustín Barbariego, fue durante la batalla destinado al lugar del esquife con doce soldados que le entregó el capitán, y que, a pesar de estar enfermo y con calentura, rehusó condescender a los ruegos de sus amigos, que le instaban a retirarse bajo cubierta. "Señores, muy enojado les dijo, en todas las ocasiones que hasta hoy en día se han ofrecido de guerra a Su Majestad y se me ha mandado he servido muy bien, aunque esté enfermo e con calentura; más vale pelear en servicio de Dios e de Su Majestad e morir por ellos que no bajarme so cubierta. E que el capitán lo pusiera en la parte o lugar que fuere más peligroso e que allí estaría e moriría peleando". A la sazón recibió tres arcabuzazos, dos en el pecho y uno en la mano izquierda, de lo cual se ufanaba:

*Perdiste el movimiento de la mano
izquierda, para gloria de la diestra.*

De sus heridas habló el prólogo de la segunda parte del *Quijote*; mas de sólo una el de las Novelas, diciendo: "Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida, que aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros".

Tomamos del precitado biógrafo don Antonio Espina la descripción de la hazaña. "En breves instantes se generalizó la batalla. Allá en el centro de las dos formaciones los navíos almirantes se acometían. Al mismo tiempo Mohamed Sirveo lanzaba sus galeras contra el ala izquierda que mandaba Barbarigo. Cervantes vio que se les venía encima de su nave un formidable

galerón turco. Un grito estentóreo salió de todas las gargantas en el barco cristiano, mientras en aquella mole enorme que se acercaba la algarabía era espantosa. El choque fue brutal. Gracias a que el galerón cogió muy sesgada a la galera de Santi Pietro no la hizo pedazos. Borda contra borda pronto se echaron los tablones de abordaje entre los dos navíos y centenares de turbanes aparecieron en tropel para cruzar aquellos puentes improvisados. Algunos turcos lograron poner su pie en la cubierta de la Marquesa. Una descarga de arcabuces barrió a unos cuantos; las hachas bien manejadas por los marineros se daban prisa en cortar manos y brazos de asaltantes musulmanes que pugnaban por agarrarse a las bandas y a las cuerdas; desde el navío enemigo llovían las flechas sobre los defensores de la galera. Se hallaban éstos muy aglomerados en la parte de proa y en estribor y caían muchos; mas al fin la mayor parte de los agresores se desplomaron en el mar, en tanto que los disparos a bocajarro de la artillería lograron una de las veces incendiar el estanterol de la nave turca. Cervantes, que con sus hombres había rechazado primero a arcabuzazos y después al arma blanca, varios intentos de abordaje por el lugar del esquite, vio levantarse grandes llamas en el bajel adversario. Cuando eran mayores el tumulto y el barullo se vio que la nave turca se desprendía de los garfios de la Marquesa, a tiempo que desde ésta se disparaba una andanada. El galerón con fuego a bordo se alejaba y en la nave cristiana se oyeron gritos de júbilo. Como el esquite ofrecía un excelente blanco, llovían sobre él los disparos. Cervantes cargaba su arcabuz cuando sintió casi simultáneamente dos golpes en el pecho, uno ligero, de bala fría, y otro más violento que le causó una fuerte contusión y un dolor fugaz. El soldado, poseído de la fiebre de la batalla, sólo se preocupó de afinar la puntería, pero no pudo disparar; una bala enemiga le había alcanzado en la mano izquierda. El dolor era vivísimo; la sangre salía a borbotones. A duras penas puede contener la hemorragia, envolviendo y apretando su mano rota y ensangrentada como una piltrafa en unos trapos que alguien proporciona. Este alguien tiene que ser quien realice toda cura de urgencia, porque Cervantes apenas ve ya; sus ojos se nublan; enfermo antes de la contienda y con la pérdida de sangre que ahora sufre, se halla próximo a desvanecerse. Aun puede, sin embargo, contemplar por última vez el combate, que en este momento se encuentra en todo su apogeo”.

“Las galeras venecianas, dice un comentador, colocadas en la extrema vanguardia, altas de bordas, con artillería potente, pesadas naves a las que había que remolcar y convoyar, barren con sus tiros el frente en arco turquesco y lo rompen y desordenan”.

Lucha don Juan de Austria por abrirse paso para combatir personalmente con Alí Bajá, caudillo supremo de la armada turca; están a punto de

trabarse cuerpo a cuerpo, cuando un tiro de arcabuz derriba al jefe Alí Bajá; sobre él se arroja un soldado malagueño, lo remata de una puñalada en el cuello y de un tajo de espada le corta la cabeza, que tremola seguidamente en la punta de una lanza. Aterrados, retroceden los turcos, tíranse por las bordas o se dejan degollar como un rebaño. En un instante es arriada y hecha trizas la bandera otomana y en su lugar izada la enseña de los cristianos.

Se dividió la victoriosa armada de la Liga: tornaron a su patria los venecianos; Marco Antonio Colonna dirigióse con sus naves a Civitavecchia; don Alvaro de Bazán con las suyas a Nápoles; y don Juan de Austria con el resto de la flota a Mesina. En el hospital de esta ciudad donde se curaba Cervantes, se presentó un día don Juan y se detuvo ante la cama de Miguel, al cual procuró confortar, prometiéndole los favores que merecía y dándole algunos ducados como ayuda de soldada. Los arcabuzazos del pecho carecían de importancia; perdió la mano izquierda; con todo, en abril de 1572 se incorporó de nuevo a las filas, bajo la bandera del tercio de don Lope de Figueroa, en la compañía mandada por el capitán Ponce de León. Como arcabucero, lo cuenta él mismo, fue en una galera del marqués de Santa Cruz, cuando se reorganizó la Santa Liga y puso cerco sin éxito a Navarino y a Medón. Descansó algunos meses, tiempo del que sólo se saben sus apuros económicos, y en el que abundaron, según Espina, las cédulas de "ayuda de costa" y las libranzas a su favor de pequeñas cantidades, pagadas algunas del fondo de gastos secretos y extraordinarios de don Juan de Austria.

De Sicilia se trasladó a Génova, al perturbarse allí el orden público, y finalmente se asentó en Nápoles, a donde llegó a reunírsele su hermano Rodrigo. Le manifestó éste su deseo de pasar por España, antes de marchar a Flandes, región entonces en que podían los hombres de armas hacer mejor carrera que en Italia. A su vez, Miguel, aspirante al grado de oficial, pensó lograrlo en Madrid con buenas influencias. Después de discutir el pro y el contra de su proyecto, decidieron ambos hermanos el viaje. A fines de 1575 obtuvo Miguel, para regresar a su patria, licencia de don Juan de Austria, quien le favorece además con una carta dirigida al Rey, en que merecidamente le encomia. Otro tanto hace el duque de Sessa, virrey de Nápoles.

Aprovecharon los viajeros una pequeña expedición encaminada a España y compuesta de las galeras *Sol*, *Mendoza* e *Higuera*, que capitaneaba Sancho de Leiva. Se embarcaron en la primera, y después de unos días de feliz navegación, el 26 de septiembre a la altura de Marsella, cerca de la desembocadura del Ródano, avistaron una fuerte armada berberisca, que trabó combate con las galeras cristianas.

En *La Galatea*, de propia mano de Miguel está el relato de la contienda. "Sucedió, pues, que a la sazón que el viento comenzaba a refrescar, los solícitos marineros izaron más todas las velas, y con general alegría de todos seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno de ellos, que a una parte de la proa iba sentado, descubrió con la claridad de los rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo, a larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa, hacia la nave se encaminaban y al momento conoció ser de contrario y con grandes voces comenzó a gritar: ¡Arma, arma, que bajeles turcos se descubren! Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave que sin saberse dar maña en el cercano peligro, unos a otros se miraban; mas el capitán de ella, que en semejantes ocasiones algunas veces se había visto, viniéndose a la proa procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y descubrió dos veces más que el marinero y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir, pero disimulando lo mejor que supo, mandó luego alistar la artillería. Acudieron luego todos a las armas, y, repartidos todos por sus postas como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban.

"No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto menos en calmar el viento, que fue la total causa de la perdición nuestra. No osaron los enemigos llegar a bordo, porque viendo que el viento calmaba, les pareció mejor aguardar el día para embestirnos. Hiciéronlo así y, el día venido, aunque ya los habíamos contado, acabamos de ver que eran quince bajeles gruesos los que cercados nos tenían, y entonces se acabó de confirmar en nuestros pechos el temor de perdernos. Con todo eso, no desmayando el capitán valeroso, ni algunos de los que con él estaban, esperó a ver lo que los contrarios harían, los cuales, luego como vino la mañana, echaron de su capitana una barquilla al agua, y con un renegado enviaron a decir a nuestro capitán que se rindiese, pues veía ser imposible defenderse de tantos bajeles, y más que eran todos los mejores de Argel, amenazándole de parte de Arnaute Mamí, su general, que si disparaba alguna pieza el navío, que le había de colgar de una entena en cogiéndole, y añadiendo a éstas otras amenazas el renegado le persuadía de que se rindiese; mas no queriéndolo hacer el capitán, respondió al renegado que se alargase de la nave; si no, que le echaría a fondo con la artillería. Oyó Arnaute esta respuesta, y luego, cebando el navío por todas partes, comenzó a jugar desde lejos la artillería con tanta priesa, furia y estruendo que era maravilla. Nuestra nave comenzó a hacer lo mismo, tan venturosamente, que a uno de los bajeles que por la proa la combatían echó a fondo, porque le acertó con una bala junto a la cinta, de modo que sin ser socorrido, en breve espacio se lo sorbió el mar. Viendo esto los turcos, apresuraron el combate y en cuatro horas nos embistieron cuatro veces y otras tantas se retiraron con mucho daño suyo y no con poco nuestro. Mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en

este combate, sólo diré que después de haber muerto nuestro capitán, y toda la demás gente del navío, acabó de nueve asaltos que nos dieron. Al último dellos entraron furiosamente en el navío”.

Las dos galeras cristianas que acompañaban a *la Sol* escaparon. Esta la apresó Dalí Mamí, el *Cojo*, e hizo pasar a la suya a los vencidos, entre los que figuraban con los Cervantes personas como el general don Pedro Díez Carrillo de Quesada, célebre artillero y antiguo gobernador de *La Goleta*; don Juan Ruiz de Vergara, ex-gobernador de Alacama en el Perú; y don Juan de Valcázar, soldado de recio temple; de todos los cuales “no queda rastro en la documentación”, apunta Navarrete.

Llevados los cautivos a Argel, quedó Rodrigo Cervantes como esclavo de Ramadán Bajá, y Miguel en poder de Dalí Mamí, el *Cojo*, que se había distinguido en el abordaje a *la Sol*. Renegado griego y buen marino, valeroso y cruel y más que nada avaro, durante varias semanas mantuvo el *Cojo* a su cautivo con hierros en los tobillos y una cadena corta que le sujetaba a la pared de su cárcel. La cual era un *baño*, nombre que daban los turcos a un local infecto, viejo, con un subterráneo lleno de estrechas mazmorras, y en el centro un patio de altísimas paredes de piedra. Afortunadamente cayeron en manos del *Cojo*, al primer registro, las cartas comendaticias de don Juan de Austria y del duque de Sessa, dirigidas al rey de España, por las cuales entendió ser Miguel caballero de alta posición, del que podía esperar un crecido rescate. Y supuso también que cuanto más le atormentara, más pronto a libertarle acudirían sus deudos y amigos. De nada valieron a Cervantes, para convencer de la realidad de su posición, argumentos y exhortaciones. Pero, aunque engañado, el tirano accedió a dar alguna libertad al preso, que ya pudo pasear por las calles y concebir su primer proyecto de fuga.

Había en el *baño* un moro, que se comprometió a llevarle con otros cautivos a Orán. Del resultado da cuenta el protagonista mismo: “y habiendo caminado con el dicho moro alguna jornada, los dejó y así les fue forzoso volverse a Argel, donde el dicho Miguel de Cervantes fue muy maltratado de su patrón y de allí adelante tenido con más cadenas y más guarda y encerramiento”. Esto ocurrió a mediados de 1576.

Y finalizaba el año, cuando se rescató el alférez Gabriel de Castañeda, quien, llegado a Madrid, entregó a los padres de Miguel una carta, que les pintaba su triste situación y la de su hermano. No hay que decir si aquéllos procedieron luego a empeñar o vender cuanto de algún valor poseían. Mas el dinero así logrado no bastó a cubrir el rescate de los dos cautivos; apenas lo aplicó Miguel al de su hermano, a quien, puesto en libertad por agosto del 77, encargó que preparase un nuevo plan de evasión. Consistió, lo escribe

Navarrete, en que "aprestase y enviase desde las costas de Valencia, Mallorca e Ibiza una fragata armada, que recalando al punto que se le señalara en las cercanías de Argel pudiese libertar y conducir a España al mismo Cervantes con varios cristianos. Para que lo pudiese ejecutar con mayor seguridad y confianza consiguió que don Antonio de Toledo, de la casa de los Duques de Alba, y don Francisco de Valencia, natural de Zamora, caballeros ambos de la orden de San Juan y a la sazón cautivos en Argel, diesen cartas de recomendación para los virreyes de aquella provincia e islas, suplicándoles favoreciesen el apresto del bajel y el objeto de tan arriesgada empresa".

Por ese tiempo entró en Argel un nuevo rey, Azán Bajá, renegado veneciano, tan perverso, que a fuerza de asesinatos diezmó a poco la población de sus dominios; y ya se entiende que bajo su gobierno tenía que ser más difícil el intento de Cervantes. Lo refiere al pormenor el P. Diego de Haedo en su *Topografía de Argel*. A principios de septiembre de 1577, unos cautivos cristianos, caballeros españoles los más y tres mallorquines, que serían por todos quince, concertaron que viniese de Mallorca un bergantín o fragata y los embarcase de noche. Hicieron este concierto con un cristiano mallorquín, llamado Viana, que iba de Argel rescatado y era práctico en la mar y costa de Berbería. Casi todos los quince cautivos se hallaban ya escondidos en una cueva, muy secretamente hecha en un jardín del alcaide Azán, renegado griego, situada como a tres millas de Argel, no muy lejos de la mar. Sólo dos cristianos sabían de esa cueva: el jardinero, que la había hecho y estaba siempre atisbando si alguno venía; y otro sujeto natural de Melilla, convidado también para ir en el bergantín, a quien por sobrenombre decían el Dorador. El cual, habiendo renegado siendo mozo, era hoy de nuevo cristiano cautivo, y con dineros que le daban cuidaba de comprar lo necesario para los moradores de la cueva y se lo llevaba ocultamente. El comisionado Viana, favorecido por el virrey de Mallorca, para quien llevó cartas de los cristianos caballeros susodichos, juntó en breve otros marineros prácticos, a lo que el padre relator supo después de tres cristianos que con ellos vinieron; y puso a punto el bergantín y tomó el camino de Argel, adonde llegó el 28 del mismo septiembre. Como estaba acordado, a media noche se acostó a tierra hacia la parte donde estaba la cueva, que antes de partirse había visto; pero ¡oh desgracia!, al momento en que iba a saltar y dar aviso de su llegada, unos moros que pasaban y divisaron la embarcación, comenzaron a dar voces, diciendo: ¡Cristianos, cristianos, barca, barca! Temerosos entonces de ser descubiertos, se hicieron luego los del bajel a la mar, y quedó sin efecto la empresa. Se malogró a juicio de Navarrete, por el poco ánimo y resolución de los que vinieron a buscar a los caballeros cristianos; a que se añadió la delación de un mal fraile a la sazón cautivo en Argel, que reveló todo al rey Azán.

Siguieron los cautivos en la cueva húmeda y oscura, de donde no podían salir de día, causa de que algunos enfermaran; confiados, empero, en que Viana cumpliría su palabra, aguardaban el buen suceso. Entretanto el Dorador, el mismo que les llevaba de comer, renegó segunda vez de Nuestro Señor Jesucristo, por ganarse al rey y a los turcos y particularmente a los amos de aquellos infelices escondidos. Se fue al rey Azán, y diciéndole que deseaba ser moro, le descubrió cómo en tal parte y en tal cueva estaban quince cristianos, esperando para fugarse una nave de Mallorca. Lo que se holgó el rey al saberlo. Pensó en tomar para sí a los escondidos, y sin tardanza ordenó a su guardián Baxí que fuera al jardín del alcaide Azán y se trajera a todos a buen recaudo, juntamente con el jardinero. Cumplió el guardián la orden: llevando consigo bajo la guía del Dorador ocho o diez turcos a caballo y otros veinticuatro a pie, armados los más con escopetas y alfanjes y algunos con lanzas, se apoderó del jardinero, hizo salir de la cueva a los cristianos, los prendió a todos "y particularmente maniataron a Miguel Cervantes, un hidalgo principal de Alcalá de Henares, que fuera el autor de este negocio, y era por tanto más culpado".

Tomándolos y teniéndolos ya por sus esclavos, mandó el rey ponerlos en su *baño*; retuvo solamente en su casa a Cervantes, del cual por muchas preguntas y amenazas que le hizo, sólo alcanzó a saber que él y no otro era el responsable: que él solo había tenido encerrados a los cautivos sin ver luz, salvo de noche, más de siete meses, algunos cinco, y los había sustentado. No creyó tal Azán Bajá; antes lo presumía del R. P. Fr. Jorge Olivar, mercenario, comendador de Valencia, residente por Redentor de la corona de Aragón, y aun se dijo que así se lo había asegurado el Dorador citado; conque se proponía echar mano de aquel religioso, para sacar de él buenos dineros. A Cervantes lo envió al *baño*, mirándole como su esclavo; aunque después a él y otros tres o cuatro hubo de volverlos por fuerza a los patrones cuyos eran. El jardinero, navarro y buen cristiano, murió en la horca. Asombra que Cervantes, el verdadero conspirador, haya salido con vida. El mismo, admirado, lo relata en su *Quijote*, refiriéndose a Azán Bajá: "Sólo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez".

A los cinco meses, trató nuevamente de fugarse. Escribió a Martín de Córdoba, gobernador de Orán por España, comunicándole los medios de liberación y aun de conquista. Pero la desgracia quiso que descubrieran y empalaran al mensajero. Cervantes fue condenado a recibir dos mil palos; sentencia que no se cumplió. Se reservaba Azán Bajá el motivo, obtener buen

rescate del pobre manco. El cual pretendió huirse por mar con otros sesenta cautivos. Un mercader valenciano que se hallaba en Argel, facilitó sobre un mil y trescientas doblas, para comprar y equipar el bajel destinado a la fuga. Con este dinero y bajo la dirección de Cervantes, hizo la compra un licenciado Girón, natural de Granada, renegado que había tomado el nombre de Adberramán y entró en el proyecto con la intención de volverse a tierra de cristianos y al gremio de la Iglesia. Se descubrió la tentativa y Girón fue desterrado al reino de Fez. Tuvo Cervantes que esconderse, aunque por breve tiempo, pues habiéndose pregonado pena de la vida al que lo ocultara, dejó el encierro para no comprometer al bienhechor que lo guardaba, y voluntariamente se presentó al rey Azán, quien hizo ponerle un cordel a la garganta. En tal ocasión como en las anteriores se negó a revelar sus cómplices, echándose la culpa de todo.

Puesto que la fuga se hacía imposible, había que pensar en la conquista de Argel, que había insinuado en su carta al gobernador de Orán. Nada mejor que proponerla a Felipe II en persona. Así lo hizo, dirigiendo al Secretario Mateo Vázquez, su amigo de la adolescencia, unos tercetos, de que copiamos los más expresivos:

*Mi lengua balbuciente y casi muda
pienso mover en la real presencia
de adulación y de mentir desnuda,*

*diciendo: "Alto señor, cuya potencia
sujeta trae mil bárbaras naciones
al desabrido yugo de obediencia.*

*Despierte en tu gran pecho el gran coraje,
la gran soberbia con que una bicoca
aspira de continuo a hacerte ultraje.*

*La gente es mucha, mas la fuerza es poca,
desnuda, mal armada, que no tiene
en su defensa fuerte, muro o roca.*

*Haz ¡oh buen rey! que sea por ti acabado
lo que con tanta audacia y valor tanto
fue por tu amado padre comenzado..."*

No por haber desoído la excitación el soberano, son menos de admirar los empeños de nuestro sin ventura cautivo. Fue tal su heroico ánimo y singular industria (son palabras de Rodrigo Méndez de Silva), que si le co-

rrespondiera la fortuna, entregara al monarca Felipe II la ciudad de Argel. Por su parte decía el rey Azán Bajá que como tuviese guardado al estropeado español, tenía seguros sus cristianos, bajeles y aun toda la ciudad. Después de la última intentona, a lo más que llegó, con ser tirano sanguinario, fue a ponerle en la cárcel con grillos y cadenas, ya que le había comprado de su amo Arnaute Mamí en 500 ducados, que esperaba doblar cuando se trató del rescate.

Lo negociaron los frailes que lo tenían de encargo, a tiempo que Azán Bajá disponía su partida a Constantinopla, por ser llegado el término de su regencia. Ya en uno de los cuatro bajeles que iban a conducirlo, se encontraba Cervantes encadenado y con grillos. Eran varios los cautivos de cuya libertad se trataba; no alcanzando el dinero para pagar la de Cervantes, hizo el P. Fr. Juan Gil una afanosa colecta entre mercaderes y reunirle consiguió 500 ducados de oro de España, provisto de los cuales subió al bajel y los entregó al rey. Desembarcó el preso a 19 de septiembre de 1580.

Mas hubo de luchar con otro serio obstáculo, que le puso el doctor Juan Blanco de Paz, religioso expulsado de la orden de Santo Domingo, al que los propios moros calificaban de hombre revoltoso enemistado con todos. Fácilmente colegimos haber sido éste el mal fraile de que nos habló Navarrete, y que denunció el proyecto de fuga de los cristianos encerrados en la cueva. El dicho doctor Blanco de Paz llegó a fingirse comisario del Santo Oficio para levantar informaciones calumniosas en perjuicio de algunos cautivos españoles y particularmente de Cervantes, al que aborrecía y contra quien a última hora promovió una causa criminal. Como era de esperarse, el acusado salió ileso, y favorecido con una información en su honor rendida por los españoles de más viso y calidad que había en Argel.

De allí salió el 24 de octubre, pasó por Denia y Valencia, y a mediados de diciembre estaba en Madrid. Su madre y sus hermanas Andrea y Magdalena le acogieron amorosamente. Pero ¿qué hacer sin un cuarto, sin empleo, sin amigos? En busca de todo ello resolvió seguir a Felipe II, que había ido a Portugal a ceñirse la corona; y fue a Thomar, donde se celebraban Cortes. Afortunado esta vez en sus gestiones para obtener empleo, recibió la comisión de llevar con instrucciones reservadas a la plaza africana de Orán unos pliegos y de traer a su regreso los que el alcaide de Mostagán le entregara. Cumplido rápida y felizmente el encargo, se hallaba de vuelta en Lisboa a fines de julio (1581), casi al mismo tiempo que el rey Felipe hacía solemnemente su entrada.

Allí encontró Miguel a su hermano Rodrigo y a muchos de sus compañeros de los tercios de Italia; al de Lope de Figueroa, entre otros, y a las

tropas que habían hecho la campaña de Portugal a las órdenes del duque de Alba. Iban llegando al puerto las naves de guerra. Se trataba de reducir a los rebeldes del archipiélago de las Terceras, o sea las Azores. Una escuadra francesa de cincuenta buques, en que a don Antonio, pretendiente de la corona portuguesa, acompañaban los caballeros De Brisac y Felipe Strozzi, al frente de un centenar de nobles franceses y portugueses y de importantes fuerzas de infantería, puso sitio a la guarnición española de la isla de San Miguel, la única que se mantenía fiel al monarca de ambos reinos ibéricos. Encomendó el rey al marqués de Santa Cruz que marchase a someter a los rebeldes, a quienes, además de la flota sobredicha, ayudaban por tierra algunos contingentes ingleses y franceses. Y aparejó el marqués en seguida los barcos de que pudo disponer, haciéndose a la vela y al remo, en Lisboa, el 10 de julio de 1582. Presto se le unieron otros buques hasta completar un número igual casi al de la parte contraria. En la escuadra del marqués iban cinco mil quinientos soldados que formaban en varios tercios de Flandes, y el de Lope de Figueroa que embarcó en la fragata San Mateo. Que en ella se halló Rodrigo Cervantes está comprobado; no así la presencia de su hermano Miguel, que algunos biógrafos niegan, y otros, entre ellos Navarrete y Armiñán, ponen en duda. Con todo, en su Memorial elevado al rey, a 21 de mayo de 1590, el interesado afirmó que él y su hermano Rodrigo "fueron a servir a V. M. en el reino de Portugal y a las Terceras con el Marqués de Santa Cruz".

En 22 de julio la armada real avistó la isla de San Miguel, y luego alcanzó el triunfo: los barcos enemigos fueron hundidos o huyeron; el pretendiente don Antonio escapó, quedando prisioneros ochenta nobles y trescientos soldados y marineros; los nobles fueron decapitados y los soldados y marineros ahorcados. Un año después, don Alvaro de Bazán derrotó también otra potente flota francesa, que al mando del comendador de Charte fue a defender la isla Tercera, donde quedaba numeroso grupo de insurrectos, tenazmente sostenido de portugueses, ingleses, franceses y diversos aventureros.

De su mansión en Portugal trajo Miguel de Cervantes consigo (1583) una hija llamada Isabel, fruto de su adventicio amor con Ana Franca de Rojas. Se casó Isabel y tuvo una niña, con la que, muerta de muy tierna edad, se extinguió el linaje.

Y para siempre dejó las armas por la pluma el destinado a ser, como lo es, maestro del habla castellana. Durante sus visitas a Madrid contrajo amistad con muchos autores, como Alonso de Ercilla, de *La Araucana*; Pedro de Padilla, del *Tesoro de varias poesías*; Juan Rufo, de *La Austriada*; Luis Barahona de Soto, de *Las Lágrimas de Angélica*; Vicente Espinel, inventor de la *espinela*, y otros más cultivadores de las letras, cuyo ejemplo le reavivó la natural inclinación al drama y la novela, induciéndole a escribir comedias

y a componer una fábula pastoril *La Galatea*, donde, afirma Navarrete, bajo nombres de pastores introdujo, aparte de Ercilla y Barahona mencionados, a Francisco de Figueroa, Pedro Láinez, D. Diego Hurtado de Mendoza y Micer Andrés Rey de Artieda, "todos amigos suyos y muy celebrados poetas de aquel tiempo". Allí también dedicó sus obsequios a doña Catalina Palacios y Salazar, designándola con el nombre de Galatea y dándose a sí mismo el de Elicio. Lope de Vega nos dirá, andando los años, que la heroína de esa novela fue persona real y verdadera. Ayuda a creerlo así el que dicha obra se publicó a fines de 1584, cabalmente cuando Cervantes, de 37 años, contrajo matrimonio con doña Catalina citada, de 19, en Esquivias.

A pesar del auxilio que debió a la venta de su *Galatea*, distaba mucho de ser holgada su situación económica. De ahí que, con ánimo de mejorarla, se consagrara al teatro, para el que venía previniendo algunas comedias. Hasta veinte o treinta compuso, que "a no ser más (son sus palabras), me parecerían dignas de alabanza". De ellas fueron: *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La Gran Turquesca*, *La Batalla Naval*, *La Jerusalén*, *La Amaranta* o *La del Mayo*, *El Bosque Amoroso*, *La Unión* y la bizarra *Arsinda*; mas ninguna preció tanto como *La Confusa*, "la cual, con paz sea dicho, de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores".

Empero ¡ay! a sobrellevar las cargas familiares apenas le ayudó la literatura. Erale fuerza ganar un empleo, y quizás lo tuvo en el Toboso, donde se hallaba poco antes de 1588, según Navarrete. Por cierto que allí se guardó memoria de que entonces fue atropellado y maltratado en su persona, a causa de haber dirigido a una mujer un chiste picante, de que sus amigos y parientes se ofendieron. Averiguado está que en 22 de enero de 1588 don Antonio de Guevara, Proveedor general de la Armada Invencible "nombró a Miguel de Cervantes comisionado para sacar de Ecija 4,000 arrobas de aceite", y que a fin de que a toda costa desempeñara el encargo, se le dieron atribuciones judiciales. Se resistieron los ecijanos, porque ya el año anterior con promesas y engaños les habían sacado otros efectos; y promovieron un motín, que el comisionado logró prudentemente calmar, mientras llegaron los fondos con que hacer el pago. Tropezó en Castro del Río más seriamente. Habiendo requisado una gran cantidad de trigo, propiedad de la Iglesia, tuvo que encarcelar al sacristán, porque le opuso material resistencia. Irritados los vecinos, quisieron algunos emplear la fuerza, otros protestaron ante el obispo de Córdoba, y el provisor de la diócesis lanzó la excomunión contra Cervantes, mandando se le inscribiera en tablillas. Fue menester apelar a toda clase de influencias, para que levantara la excomunión el prelado. Y por habérsele encomendado también la recaudación de contribuciones, recorrió en este afanoso servicio las provincias de Córdoba, Sevilla, Jaén y Granada, recibien-

do por su trabajo cuando más doce reales diarios, cantidad tan exigua que le forzaba a pedir anticipos para sus gastos.

Reducido a depender del proveedor de las armadas y flotas de Indias, elevó al rey en 21 de mayo de 1590 un memorial, que trae Navarrete, en que, después de exponer los servicios prestados en veintidós años sin habersele hecho por ellos merced alguna, suplicaba a S. M. se dignara concederle un oficio en las Indias, de los que entonces se hallaban vacantes, y eran la contaduría del Nuevo Reino de Granada, la de las galeras de Cartagena, el gobierno de la provincia de Soconusco, y el corregimiento de la ciudad de la Paz. Fue desestimada esta súplica: al escrito se dio contestación en la nota marginal: "Busque por acá en qué se le haga merced".

Ni le escasearon molestias, de que nos informa detalladamente Navarro Ledesma. Con motivo de haberse retrasado algunos meses cierta rendición de cuentas, hacia 1592 fue encarcelado, aunque por breve plazo, en Castro del Río. Y cuando menos lo pensaba, tuvo que ir a Madrid a contestar a la Tesorería General sobre el alcance de unos miles de reales entregados al mercader sevillano Simón Freire, inopinadamente declarado en quiebra. Imposible que Miguel pagara en el corto tiempo que le señalaron; ni consiguió que la Tesorería se lo ampliara. Así que tras nueva conminación apremiante de Madrid, un diligentísimo juez, a principios de otoño de 1597, dio con Cervantes Saavedra en la cárcel real de la ciudad de Sevilla. Armiñán exclama: "Dolor y fatiga causan aún hoy ver al infeliz Cervantes bregar con tantos miles de arrobas de aceite, de fanegas de trigo y cebada, tratar con arrieros, molineros, carreteros, bizcocheros, alguaciles y más gente de este jaez; rendir tres, seis y ocho veces una misma cuenta, prestar multitud de fianzas, sufrir excomuniones inmotivadas y encarcelamientos por quiebras ajenas; litigar pleitos injustos, caminar de un lado a otro sin descanso en invierno y en verano, por diez o doce reales de salario, y al cabo de todo este inmenso trabajo salir más pobre que había entrado en él".

Asegura don Francisco Rodríguez Marín que en la prisión de Sevilla se engendró el *Quijote*. Hasta ahora, conforme a la tradición popular que mencionan don Juan Antonio Pellicer y don Martín Fernández Navarrete, era común admitir que Cervantes pasó para ciertas cobranzas a Argamasilla de Alba, y que allí, lejos de auxiliarle la alta justicia, le metió en la cárcel pública, donde concibió la idea de su Ingenioso Hidalgo. Pero de aceptarse la opinión de Rodríguez Marín sobre el presidio sevillano, por su traza y la calidad de sus huéspedes forzosos más propicio a la imaginación de grandes aventuras, probable parece que Cervantes, al salir de allí, tuviera ya escrita buena parte del *Quijote*.

Libre en diciembre de 1597, siguió viviendo en Sevilla. Cuando acaeció la muerte de Felipe II y se trató de las exequias, encomendó la Ciudad al

arquitecto Juan de Oviedo bosquejar un túmulo, lo mejor que alcanzara su ingenio, y conforme al proyecto, con agrado del Cabildo y aprobación de otros maestros del arte, se fabricó "una de las más peregrinas máquinas de túmulo que humanos ojos han alcanzado a ver". La cual se dispuso, animada de elegantes inscripciones, el 24 de noviembre de 1598, asistiendo el Cabildo presidido por el Teniente mayor licenciado Collazos de Aguilar, la Real Audiencia con su regente el licenciado Pedro López de Aldaz, y el Tribunal de la Inquisición. Al otro día, destinado a la misa y oficio, se promovió tal competencia entre la Inquisición y Audiencia Real, por haber el Regente cubierto su asiento con un paño negro, que, fulminando excomuniones la Inquisición, preciso fue que el Preste Doctor Luciano de Negrón se retirase a concluir la misa en la sacristía mayor. Quedaron los Tribunales en sus lugares gran parte del día en autos, protestas y requerimientos, hasta que, por mediación del marqués de Algara don Francisco de Guzmán, se convino en que la Inquisición absolviera y ambas partes dieran cuenta al Rey y al Consejo, cuya determinación tardó hasta fines de diciembre, cuando, venida, se repitieron las honras el 30 y 31, predicando el maestro fray Juan Bernal; habiendo todo este intermedio deteniéndose el túmulo, al que dedicó Cervantes el soneto que sigue:

*Voto a Dios que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblón por describilla,
Porque ¿a quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta braveza?*

*Por Jesuchristo vivo, cada pieza
Vale más que un millón, y que es mancilla
Que esto no dure un siglo ¡oh gran Sevilla,
Roma triunfante en ánimo y riqueza!*

*Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar este sitio, hoy ha dexado
El cielo de que goza eternamente.*

*Esto oyó un valentón, y dixo: es cierto
Lo que dice voacé, seor soldado,
Y quien dixere lo contrario, miente.*

*Y luego en continente
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuése, y no hubo nada.*

Cuando empezaba el siglo décimoséptimo, ya se conocía manuscrita en Sevilla la primera parte del *Quijote*. A sus principales personajes aludieron varios escritores; sobre todo, lo menciona Lope de Vega, que llegó entonces a Sevilla, precedido de su fama. Es agasajado a porfía; las fiestas en su honor se suceden; los literatos le celebran. Uno de ellos, con todo, le lanza en forma de décima un dardo envenenado; alguien, mintiendo, comunica secretamente que Cervantes es el autor del epigrama, y el iracundo poeta toma el desquite con estos renglones:

*Yo no sé de la, de li, ni le,
ni si eres Cervantes co ni cu,
sólo digo que es Lope Apolo y tú
Frisón de su carroza y puerco en pie.
Para que no escribieses orden fue
del cielo que mancasses en Corfú.
Hablaste, buey; pero dijiste mu.
¡Oh mala qui jotada que te dé!
Honra a Lope, pobrillo, o ¡guay de tí!
Que es sol y si se enoja lloverá
Y ese tu "Don Quijote baladí
de cu... en cu... por el mundo va
vendiendo especias y azafrán romí
y al fin en muladares parará.*

No podía ser más triste el augurio, dichosamente falso de toda falsedad. Hallándose la corte en Valladolid, fue allá Cervantes a justificar su gestión alcabalatoria de tantos años, lo cual hizo en términos que ya jamás volvió a molestarle la justicia. Con ocasión de la muerte de su suegra, tuvo que marchar a Esquivias en junio de 1604; pasó por Toledo y Madrid, y aquí dejó en poder del librero Francisco de Robles el original de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, para tirarse en la imprenta de Juan de la Cuesta. Apareció el libro en 1605, al par de otras ediciones en Lisboa y en Valencia.

Pero al autor no le sonreía la fortuna. Su buena madre doña Leonor había muerto en 1593. Le quedaban: su esposa doña Catalina Palacios; dos jóvenes, su hija doña Isabel y su sobrina doña Constanza de Ovando; y dos ancianas, sus hermanas doña Andrea y doña Magdalena. En acuerdo y paz se reunieron a vivir en Valladolid, que con la residencia de la Corte había cobrado animación extraordinaria: abundaban las fiestas, representaciones y juegos; y como el 8 de abril nació el futuro Felipe IV, no hay que añadir si el suceso fue esplendorosamente celebrado. Hubo toros, carros triunfales,

saraos y máscaras en Palacio, juegos de cañas, paradas militares y cuanto más divertido podía darse para solaz de los grandes y contento de la plebe.

Por entonces aconteció el crimen de que fue víctima un joven galante y bullicioso, don Gaspar de Ezpeleta, herido de noche frente a la casa de Cervantes. El cual con otras personas acudió a las voces de auxilio del herido; le subieron entre todos al domicilio de doña Luisa de Montoya; y aunque se le prodigaron cuidados, no se logró su curación; a los dos días murió. Intervino, como era natural, la justicia. Al licenciado Villarreal, alcalde de Casa y Corte, se le ocurrió hallar indicios de que las heridas y muerte de don Gaspar habían provenido "por competencia de obsequios y galanterías dirigidas bien a la hija o a la sobrina de Cervantes o bien a otras señoras de las que habitaban en otros cuartos de la casa". Y sin más envió a la cárcel a Miguel, a doña Isabel, a doña Constanza y doña Andrea. Su prisión duró poco. Una celestina declaró que en su casa se entrevistaba Ezpeleta casi a diario con la mujer de cierto escribano, la que había manifestado el temor de que su marido hiciera un escarmiento en don Gaspar. El proceso siguió este rumbo.

Por donde se verá que la desgracia no cesaba de perseguir a nuestro Cervantes, quien al año siguiente se trasladó con su familia a Madrid, nuevamente en pos de la Corte y en busca del suspirado empleo. Pero nada. Algunos dineros inesperados de tal o cual comedia suya representada en provincias, el recibo de otros a cuenta de la primera parte del *Quijote*, la exigua remuneración de este o aquel trabajo literario de encargo, insuficientes eran para llenar la necesidad de su vida. Mitigarla un tanto lo podía, parece extraño, con pequeñas ganancias de corretajes o comisiones mercantiles. Su hija Isabel, casada con Diego Sanz del Aguila, enviudó al cabo de un año, y a los dos contrajo segundas nupcias con don Luis de Molina, hombre activo, comisionista y agente de negocios, el cual ayudaba a su suegro, empleándole a veces en el comercio.

Por último, le favoreció un grande de España, don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos, a quien llama su verdadero señor y bienhechor en la dedicatoria de sus *Novelas* (1613). Fueron éstas doce, que calificó de *Ejemplares*, porque, en su sentir, ninguna hay de que no se pueda sacar un ejemplo provechoso; y estimó ser el primer novelador en lengua castellana, dado que las muchas hasta allí impresas, eran todas traducidas de lenguas extranjeras y estas suyas las engendró su ingenio, las parió su pluma y en los brazos de la estampa iban creciendo.

Pasaba ya de los sesenta y cuatro años, tras muchos de soldado y cinco y medio cautivo, "donde aprendió a tener paciencia en las adversidades", cuyas huellas mostraba su aspecto, de él mismo pintado. "Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de ale-

gres ojos y de nariz corva aunque bien proporcionada, y las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: este digo, que es el rostro del autor de *La Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje al Parnaso* a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño. . .”

También publicó, además de ocho entremeses, ocho comedias, hasta ahí víctimas del infortunio. Cuando las compuso, no encontró pájaros en los nidos de antaño, quiere decir que no halló quien se las comprara; cierto librero, repitiendo la opinión de un autor de título, le dijo que de su prosa se podía esperar mucho, pero que del verso nada; así que las arrinconó en un cofre, consagradas al olvido; tiempo adelante tornó a verlas con sus entremeses, y ya no le parecieron tan malas ni tan malos, que no mereciesen salir a luz; aburrido, con todo, resolvió venderlas al mismo librero Juan de Villaroel que antes las desechara y que al fin se las pagó razonablemente.

Por sus Novelas recibió del editor Francisco de Robles veinticuatro ejemplares y 1,600 reales. Del conde de Lemos se expresaba así en 1615: “me sustenta, me ampara y hace más merced que la que yo acierto a desear”. Por lo cual le vitorea y juntamente al cardenal arzobispo de Toledo en estas líneas: “viva el gran Conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie; y vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas”.

Acontecimiento feliz fue la aparición del *Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda, a pesar de las soeces injurias de viejo, manco, murmurador, descontentadizo, envidioso, que lanzó contra Cervantes. Feliz decimos, porque éste quizá no hubiera dado al mundo la segunda parte de su obra, a no verse acosado de fray Luis de Aliaga, o quienquiera que sea el remedador Avellaneda.

Presto cayó el falso *Quijote* en olvido, mientras el verdadero cruzó las fronteras, siendo cada día con mayor aprecio recibido en Francia, Alemania, Italia y Flandes. Cuenta don Vicente de los Ríos que, venido de París con lucido séquito de caballeros cortesanos y amigos de las letras, el embajador francés encargado de estrechar los lazos entre los príncipes de la Casa de Borbón y la de Austria, visitó en Madrid al cardenal arzobispo de Toledo, quien le pagó la visita acompañado de varios capellanes, entre ellos el licenciado Francisco Márquez Torres, justamente el censor de la segunda parte del

Quijote, de que se habló, al tratarse de las obras de ingenio más validas; y que apenas oyeron los franceses el nombre de Cervantes, rompieron a manifestar la estima de que tanto en Francia como en los reinos confinantes gozaban el *Quijote*, las *Novelas* y *La Galatea*, que alguno de los presentes sabía casi de memoria. Por tal encarecimiento, el licenciado Márquez se ofreció a llevarlos a la casa del autor de aquellas obras. Preguntado de la edad, profesión y facultades de Cervantes, respondió que era viejo, soldado pobre e hidalgo, lo que tanto conmovió a dichos caballeros, que uno de ellos no pudo menos de exclamar: ¿pues a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público? A lo que otro discretamente repuso: Si necesidad le ha de obligar a escribir, plegue a Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico a todo el mundo.

Aquel pobre siguió escribiendo. No contento con haber dado ya su *Viaje al Parnaso* y la *Adjunta*, continuaba los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, que se prometía concluir dentro de cuatro meses, asegurando de antemano que entre los libros de entretenimiento aquel había de ser “o el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto”. Lo tenía acabado a principios de abril de 1616; pero tan a costa de su salud, que por mejorar de aire marchó a Esquivias, inútilmente, pues allí se agravó de suerte que con el deseo de morir en su casa se volvió a Madrid acompañado de dos amigos. En el camino se detuvieron, al oír a su espalda las voces de alguien que picaba con gran priesa. Era un estudiante deseoso de alcanzarlos y seguir con ellos. Uno de los amigos le manifestó que aceleradamente caminaban, por ser bastante pasilargo el caballo del señor Miguel de Cervantes. No bien oyó este nombre el estudiante, se apeó y cogiéndole la mano izquierda, dijo: “sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las Musas”. Cervantes le abrazó conmovido; en la conversación habló de su enfermedad, y el estudiante lo desahució al momento, diciéndole: “esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa en el beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna”. A lo que respondió el enfermo: “Eso me han dicho muchos, pero así puedo dejar de beber a todo mi beneplácito, como si para sólo eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que a más tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida”.

Copiamos de don Antonio Espina la cita que hace de *La última enfermedad de Miguel de Cervantes*, por J. Gómez Ocaña: “Le falló el corazón. Un lento proceso de arterio-esclerosis que fue a terminar en una lesión cardíaca con todos los trastornos y sufrimientos que ocasionan las crisis de descompensación, disnea, estertor, sed, edemas, fiebre y delirios, le obligó pri-

mero a recluirse en su domicilio y luego a meterse en el lecho el día 2 de abril de aquel año". A moción del dueño de la casa, Pbro. D. Francisco Martínez Mancilla, profesó con votos solemnes en la Venerable Orden Tercera de San Francisco. El 18 del mismo abril recibió la Extrema Unción; y al día siguiente aún tuvo fuerzas para eternizar su agradecimiento al conde de Lemos en una sentida carta, así encabezada:

*Puesto ya un pie en el estribo,
con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo...*

Amanecía el 23 de abril. "Un último estremecimiento, un *pneuma* o soplo imperceptible que salía por la boca y narices, una inclinación suave, lenta de la cabeza sobre el pecho, fueron los signos externos del tránsito". Su hija Isabel, su sobrina Constanza y su mujer doña Catalina rodeaban el cadáver, sobre el que puso un Crucifijo el P. Martínez Mancilla. En hombros de cuatro hermanos de la Venerable Orden Tercera y seguido por corto número de personas, las más del barrio, fue llevado al sepulcro.

Certificó la defunción el teniente de Cura de la Iglesia parroquial de San Sebastián en esta forma: "En veinte y tres de Abril de mil seiscientos diez y seis años murió Miguel Cervantes Saavedra, casado con doña Catalina de Salazar, calle del León: recibió los santos Sacramentos de mano del Licenciado Francisco López: mandóse enterrar en las Monjas Trinitarias: mandó dos misas de alma, y las demás a voluntad de su muger, que es testamentaria, y el Licenciado Francisco Núñez, que vive allí".

Ni una inscripción señaló la fosa, que para siempre quedó ignorada.

Si no todos, los biógrafos de más nombre van citados, menos por lo que fueron, que por las noticias que allegaron a la historia de nuestro escritor insigne, de cuyas obras enaltecen la verdad, bondad y belleza, en manera de mostrar el carácter de la persona a la vez que los signos peculiares de su ingenio. Al paso, cual debían, señalaron defectos y casi siempre cuidaron de excusarlos: tarea difícil, que necesitada de largo estudio y mayores dotes, a pocos se les debe por entero. Encarecer el trabajo de unos y otros pide la justicia; pero también exige que se oiga al mismo Cervantes en su abono.

Desde temprano componía versos y oía aplausos; en Italia gustó la ambrosía de aquella dulce patria de los cantores; soldado, cautivo, siguió los pasos de la epopeya; conociendo, con todo, que su afición era estéril, se quejaba modestamente:

*Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia, que no quiso darme el cielo.*

Llegó, no obstante, al Parnaso y al arrimo de Apolo cantar pudo:

*Yo corté con mi ingenio aquel vestido
con que al mundo la hermosa Galatea
salió para librarse del olvido.*

Parte en verso, parte en prosa, dicha égloga, como la llama, está inspirada en libros muy en boga, cuales la *Diana* de Jorge de Montemayor y la *Diana enamorada* de Gaspar Gil Polo, imitadores a su vez de la *Arcadia* del italiano Sannázaro. Refiere la vida, costumbres y ocupaciones de los pastores que, al parecer, habitaban las orillas del Tajo o del Henares, pero como medio de sazonar la pasión amorosa y publicarla bajo nombre supuesto. Y la calificó fríamente de libro que "tiene algo de buena invención, propone algo y no concluye nada", prometiendo la segunda parte, y esperando que "quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega"; con que se adelantó a la censura de Navarrete, para quien "en la *Galatea* brilla más la lozanía y fecundidad de la invención, que la corrección y prudente sobriedad que debe acompañar a las obras de ingenio".

Oigase ahora al dramaturgo:

*Soy por quien La Confusa nada fea
pareció en los teatros admirable.*

Imposible rectificar ahora ese juicio, porque la comedia se ha perdido. Empero de las veinte o treinta de la colección sobrevive *La Numancia*, citada en el *Quijote* entre otras "que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado". En ella encuentran los inteligentes, dice Clemencín, los mejores versos que compuso Cervantes, y que más pudieran merecerle el disputado título de poeta, pero mezclados con muchos defectos, tanto en la misma versificación, como en el plan y disposición del drama. En él salen a las tablas un demonio, la guerra, la enfermedad, el hambre, el río Duero, y hasta un muerto que habla. La tragedia concluye por tirarse de una torre abajo el joven Viriato, único resto ya de los numantinos, a vista de Cipión y otros capitanes romanos, que en vano intentaron se entregase vivo, y a quienes al arrojarse dirige entre otros aquellos dos hermosos y valientes versos:

*Yo heredé de Numancia todo el brío,
ved si pensar vencerme es desvarío.*

Juntamente con *La Numancia* se imprimió, aunque hasta 1784, *El Trato de Argel*, siendo su editor don Antonio Sancha el primero que se ocupó en señalar las irregularidades e impropiedades de la segunda, como no advertirse en ella una acción principal a que los incidentes se subordinen, y el no observarse las unidades de lugar y tiempo. Con todo ello para nosotros tiene grande interés, por ser una relación lastimosa de los trabajos que padecían los cautivos cristianos en poder de infieles, pintura en que entran las reprobadas costumbres de unos y otros, sucesos tanto más creíbles cuanto que el autor los atestigua. No sin grave injusticia, al mencionar las ocho comedias impresas en 1605 y las dos publicadas, como está dicho, en 1784, opina Clemencín que "para la gloria de Cervantes hubiera valido más que se perdieran, como se perdieron las demás y otras obras suyas". Imperdonable es la severidad de tal juicio.

A las representadas en Madrid recibió con favor el público, "sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza: corrieron su carrera sin silbos, gritos ni baraúndas". Otro mérito alcanzaron *Los Tratos de Argel*, *La Numancia* y *La Batalla Naval*, en que osó el dramaturgo reducir a tres las cinco jornadas del estilo antiguo y representar las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro con general y gustoso aplauso de los oyentes.

Finalmente, a quienes le niegan el renombre de poeta, ya que él mismo confesó en su *Viaje al Parnaso* no alcanzar puesto distinguido entre los devotos de Apolo, bastará oponerles el dictamen de Lope de Vega, datado cuando ya no había motivo ni sospecha de lisonja:

*En la batalla donde el rayo austrino
hijo inmortal del águila famosa,
ganó las hojas del laurel divino
al Rey del Asia en la campaña undosa,
la fortuna envidiosa
hirió la mano de Miguel Cervantes;
pero su ingenio en versos de diamantes
los del plomo volvió con tanta gloria,
que por dulces, sonoros y elegantes
dieron eternidad a su memoria.*

Las *Novelas ejemplares* tuvieron ejemplar acogida. Nada menos que nueve ediciones alcanzaron en vida de su autor. Hasta el envidioso Ave-

llaneda las declaró "más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas". Su lenguaje está muy limado, y tienen por fundamento algún caso verdadero. Así lo aseguran de *La España Inglesa*, de *Rinconete y Cortadillo*, del *Coloquio de los Perros*, del *Licenciado Vidriera*, de *La Fuerza de la Sangre*, y aun se pudiera añadir, de *La Gitanilla*. Clemencín da la palma a *Rinconete y Cortadillo*, "sobre toda ponderación graciosa".

"Aunque con más erudición que crítica", don Gregorio Mayans y Siscar ilustró varios puntos del Ingenioso Hidalgo en la *Vida* que escribió de Cervantes. Mas si a tal aseveración de don Diego Clemencín añadimos que aquel biógrafo, no obstante sus elogios, lo posponía a los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, bien pondremos en duda la competencia de su censura, por más que sus ilustraciones ayuden a entender ciertos pasajes del libro y a conocer este o aquel suceso del autor.

A vuelta de cuarenta y dos años, hizo don Vicente de los Ríos su examen crítico del *Quijote*, que a juicio de dicho señor Clemencín "era más bien un elogio". Lo es de veras. Nadie se abstendrá de encomiar calurosamente obra tan valiosa, puesto que de su objeto nuevo y original se deriva la locura de Don Quijote, variada con episodios, y los caracteres de las personas son constantes y propios de sus calidades y circunstancias, y la narración dramática y bella corre en estilo puro y enérgico, y finalmente su hermosura y gracia encierran discretas enseñanzas, alabando las virtudes y reprendiendo los vicios. Pero la merecida loa no estorbó al señor de los Ríos a escudriñar los principales reparos que merece la fábula, desechando los que mira como injustos y apuntando aquellos cuya disculpa considera imposible.

Empieza por desvanecer el cargo de anacronismos, mejor dicho, del anacronismo continuo que señaló Mayans, "un sabio tan conocido en la Europa". Supuso este diligente investigador que Cervantes quiso representar una acción muy antigua de los tiempos de Amadís, dado que cuando el Hidalgo explicó el origen y progresos de la caballería andante, dijo que casi en sus días había comunicado, visto y oído a don Belianís de Grecia. Respuesta. En punto a caballería Don Quijote era loco, y por consiguiente trastornaba los tiempos, equivocaba los lugares y confundía a las personas. A un labrador vecino suyo, que a socorrerle acudió a la vuelta de su primera salida, le tomó por el Marqués de Mantua, teniéndose él por Valdovinos; y aunque el labrador le llamaba por su nombre, él siempre respondía con las palabras de Valdovinos, según las había leído en el Romance. Pasada la famosa batalla con los títeres de maese Pedro, volviendo en sí Don Quijote, habló de esta manera: "real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Me-

lisendra era Melisendra, don Gayferos don Gayferos, Marsilio Marsilio y Carlo Magno Carlo Magno"; ello no obstante, cuando se le pidieron dos reales y doce maravedís por la figura de Melisendra desnarigada y con un ojo menos, volvió a su manía, sosteniendo que Melisendra estaba en París con su esposo, y que en presentársela desnarigada, le querían vender gato por liebre. Otra prueba de que Cervantes no intentó dar a Don Quijote la antigüedad de que habla el señor Mayans es la conversación en que Vivaldo dijo ser la caballería más estrecha que la orden de la Cartuja, ya conocida en España desde 1163. Conque si la intermediación a Belianís es dicho de un loco y la mención de la Cartuja de una persona discreta, infiérese que Cervantes supuso moderno a su héroe. Comprobado, además, que entre los libros de Don Quijote se hallaron unos tan modernos como *Desengaños de zelos y Ninfas y pastores de Henares*, claro parece que su historia debía ser moderna. En todo su discurso se habla de las cosas ocurrentes como existían en tiempo de Cervantes; Don Quijote es su contemporáneo. La objeción firme estriba en el encuentro de los cartapacios arábigos y de la caja de plomo que un antiguo médico guardaba; pero estos descuidos del escritor no persuaden que desde el principio hasta el fin de su obra haya olvidado el tiempo de la acción, como se quiere dar a entender con la serie de anacronismos que le opone el señor Mayans.

El cual censura también a Cervantes de no haber guardado verosimilitud en la aventura del Vizcaíno, pues, teniendo éste, como era regular, las riendas en la mano izquierda, era imposible que Don Quijote, que arremetió contra él con ánimo de matarle, le diese tiempo para soltar la rienda, sacar la espada y asir la almohada, en que vendría sentado alguno de los que ocupaban el coche. Sobre este reparo observa el señor Ríos que ya lo había satisfecho Cervantes mismo al referir la batalla, donde expuso que el Vizcaíno, oyendo que le negaban su hidalguía, desafió a Don Quijote, diciéndole: "si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas". Natural es que al provocar a Don Quijote a sacar su espada, echara él también mano a la suya. Explicó asimismo que "le avino bien (al Vizcaíno) que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada"; la cual probablemente no fue uno de los almohadones que sirven para sentarse, sino una de aquellas pequeñas que por mayor comodidad se suelen llevar sueltas en los viajes.

Otro reparo hace Mayans en el gobierno de Sancho. Cree inverosímil que en un lugar de mil vecinos pudiesen sufrir ocho o diez días un gobernador de burlas. Le contesta Ríos que deben considerarse las circunstancias: aquellos vasallos sabían que era una burla inocente del Duque, y estando siempre los criados de este gran señor en torno de Sancho, no podía recelarse que en daño del pueblo resultara la incapacidad del gobernador, cuanto más que para evitarlo se habrían tomado medidas, como que no se espe-

raba que obrase Sancho con la discreción y buen tino de que dio muestra. A quienes juzguen impropia de tal gobernador tanta cordura en sus providencias y ordenanzas, es de advertir que era sencillo, no tonto; sus luces provenían de lo que había visto y oído concerniente al caso; y sobre todo, que el fin de Cervantes fue dar a conocer cómo aciertan más en el gobierno los hombres de mediano entendimiento y recta intención, que los muy ingeniosos dominados de sus pasiones.

Para Mayans es inverosímil la caída de Sancho en la sima de media legua de largo, porque no la hay en Aragón. Ríos le hace recordar que no hay Isla de Calipso ni otras imaginaciones de Homero y de Virgilio. Cervantes fingió que la caverna iba desde unos edificios muy antiguos hasta la inmediación de la Quinta de los Duques, los cuales sabían muy bien que había tal correspondencia desde tiempo inmemorial, desde que los poderosos solían, al hacer sus castillos, abrir caminos subterráneos, para evadirse en caso necesario. Fuera de ello, nadie niega a los fabulistas la licencia de fingir lo más adecuado a su materia y objeto.

En la novela del *Curioso impertinente* nota Mayans de inverosímil el soliloquio de Camila, cuando espera a Lotario y está escondido Anselmo. Confiesa, no obstante, que el soliloquio se puede permitir al novelista. Cervantes previene el de Camila con una situación que lo hace verosímil: "Diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecía sino que le faltaba el juicio y que no era mujer delicada, sino un rufián desesperado". En tal estado se explican sus expresiones de venganza todo el tiempo precedente al lance crítico, en que tenía resuelto ejecutarla.

Si en esta parte en que se refutan las objeciones del primer biógrafo, sólo se descubre un elogio, en la que sigue, para satisfacción del crítico, no se verá sino un reproche.

El más notable es haber insertado en la fábula episodios a ella extraños, como el *Curioso impertinente*, que sin ser feo ni mal razonado, nada atañe a la historia de Don Quijote.

La novela del Cautivo, menos importuna, por ser de uno de los interlocutores, se alarga demasiado y carece de relación a los sucesos del Manchego. Debió omitirse.

También pudo omitirse la aventura del gateamiento, poco interesante y no muy decorosa a los Duques.

Entre los singulares acaecimientos de la venta figura el de que apenas acababa de hablar el Cautivo, llegó su hermano el Oidor, con quien se hizo el reconocimiento por medio del Cura. La venida de aquel personaje, más que oportuna, concertada parece.

En la venta reunió el autor tantos sujetos y acumuló tantas aventuras,

que, de omitirse las del Oidor, Clara y don Luis, habría ganado en ligereza y amenidad la obra.

Dio Cervantes en la primera parte por terminada su empresa y lo demostró rematando todos los episodios, sin dejar cosa alguna pendiente; así que no se busca complemento en la segunda parte.

Inverosímil es el robo que Ginés de Pasamonte ejecutó del rucio, estando Sancho a horcajadas en él; y absolutamente inadmisible la aventura del Clavileño Alígero, al que se pegó fuego por la cola, y "al punto, por estar lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dio con Don Quijote y con Sancho en el suelo medio chamuscados". Volar al impulso de la pólvora en un corcel de madera y caer los cabalgadores sin daño, excede el término de lo creíble.

Refiriendo Altisidora a Don Quijote lo que había visto en el infierno, le contó que los diablos jugaban a la pelota con el *Quijote* de Avellaneda. Impropio del noble carácter de nuestro autor.

Inconsecuencias, las hay. Sancho va caballero en el rucio, después de habérsele hurtado. En la aventura del cuerpo muerto, se dice que el bachiller Alonso López a quien Don Quijote derribó en tierra, se fue luego que le pusieron en la mula; y siguió una larga conversación entre Don Quijote y Sancho, al fin de la cual se dice que el bachiller oyó la plática y se fue. Olvidando que Sancho no tenía espada ni en su vida se la había puesto, en cierto lugar se lee que la tenía y aún que la había sacado para reñir. Cuando Don Quijote daba sus consejos a Sancho, éste le aseguró que sabía firmar su nombre; mas consultado a poco sobre el caso del hombre que venía a pasar por la puente, dijo que la resolución la daría firmada de su nombre, si supiese firmar. Igual es el caso en que se cita como pasada la sentencia de la bolsa del ganadero, todavía no referida; y el de alabar Cervantes las ordenanzas del gran Sancho Panza en su gobierno, y haber agregado que aún se conservaban, siendo que el mismo Sancho declara no haber hecho tales ordenanzas.

En los sucesos de la venta se refiere que al cerrar de la noche estaba dispuesta la cena, y que sentados todos a una mesa larga como de tinelo cenaron juntos, uno de ellos el Cautivo, que contó su prolija historia, después del razonamiento de Don Quijote sobre las armas y las letras. Lo cual es incompatible con la cena que, se dice, siguió a la llegada del Oidor, tanto porque se había consumido gran parte de la noche y no es regular que cenasen dos veces, como porque la vez primera se sentaron a la mesa mujeres y hombres, entre éstos el Cautivo, y de segunda se pone que ni él ni las mujeres se contaron.

La noche que salió Sancho a rondar su ínsula, parece que cenó dos veces. Al decir de Cervantes, le dieron de cenar un salpicón de vaca con

cebolla, y unas manos de ternera; y después de referir algunos discursos entre él, su maestresala y el mayordomo, luego dice que llegó la noche y cenó el gobernador. Otra doble comida. Muy a su placer habían Don Quijote y Sancho gustado del alimento con los pastores y pastoras de la fingida Arcadia; y pasado el infortunio de los toros que siguió inmediatamente, vemos que se sientan a comer a la margen de una fuente, y que Don Quijote se negó a probar bocado, por haber resuelto, según su dicho, dejarse morir de hambre.

Al no dejar que su héroe entrase en Zaragoza, aunque había dicho en la primera parte que de haber asistido en dicha ciudad a unas justas famosas tenía memoria la Mancha, reveló Cervantes que no quiso fuera Don Quijote a Zaragoza, porque había ido el de Avellaneda. Añadimos a ese defecto el de dar por escrita e impresa su historia, cuando apenas se contaban dos meses del principio de locura de Don Quijote y no había transcurrido uno de la vuelta de su segunda salida; tanto más que la narración se escribió primero en árabe y luego se tradujo al castellano, según el Bachiller Carrasco, quien, para acabar de hacer imposible el suceso, agregó haber ya muchas ediciones en Portugal, Barcelona, Valencia y Amberes. Tampoco es disculpable que si Sancho contaba sus propósitos después del vuelo del Clavileño, le dijese su amo: "Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais a mí lo que ví en la cueva de Montesinos", desmintiendo así el tener todas sus visiones como reales y verdaderas.

Culpar a Avellaneda de llamar Mari Gutiérrez a la mujer de Sancho, no merece perdón. Ese nombre le dio Cervantes en la primera parte, y también el de Juana Gutiérrez; luego falta es suya haberlo mudado en el de Juana Panza, y por fin en el de Teresa Panza. Injusto cargo, además, es el que Avellaneda pinte a Sancho comedor, pues el mismo Cervantes lo hace, diciéndole por boca de Don Quijote: "tú naciste para morir comiendo".

Todas las fechas de la segunda parte están adelantadas cosa de tres o cuatro meses más de lo correspondiente a las de la primera. Se pone a los principios del verano la tercera salida de Don Quijote, debiendo ser por octubre, pues la primera aconteció en los calurosos días de julio, y en ella y en la segunda y en las detenciones en su casa pasaron cerca de dos meses y medio. Aparte de haberse anticipado las fechas, no se guardó la debida consecuencia. Se refieren como sucedidas en el verano las aventuras tocantes al otoño, y aun hay oposición de tiempo entre unas y otras. Por ejemplo, Sancho, después de haber escrito en casa de los duques una carta el 20 de julio, llega con su amor a Barcelona pasado un mes, y se halla ser la mañana de San Juan.

Para demostrar palpablemente la inexactitud en cronología y geografía, que hace inverosímiles ciertos casos de la fábula, tras de apuntar con es-

crúpulo sus defectos en las notas que dejamos extractadas, trazó don Vicente de los Ríos un *Plan cronológico del Quijote*, tan minucioso y exacto, que por trabajar en ese punto ya nada quedó a la crítica. Y adrede nos desentendemos de cuantos elogios el análisis encierra del plan, carácter y estilo del libro examinado, persuadidos ante todo de que razonablemente ocasiona entretenimiento y complacencia.

Es tradición que, rehusando el duque de Béjar la dedicatoria del *Quijote*, por no querer que su nombre apareciese en un libro de caballerías, Cervantes le suplicó oyese leer un capítulo; y que habiendo accedido el duque, fue tal el gusto que la lectura causó en el auditorio, que la prosiguieron hasta el fin. Admirado de las singulares gracias de la obra, depuso aquel gran señor su preocupación, colmó de elogios al autor y admitió complacido la dedicatoria.

A esta noticia agrega don Vicente de los Ríos la de que, para vencer a los semidocos que, una vez impreso el libro, se burlaban de él y lo menospreciaban, publicó Cervantes un anónimo intitulado *El Buscapié*, criticando al *Quijote*, mas insinuando ser éste una sátira fina y paliada de varias personas muy conocidas y principales. Con la mira de probar la aparición de tal folleto, obtuvo el señor de los Ríos el testimonio de don Antonio Ruidíaz, quien aseguró haberlo visto y leído como diez y seis años atrás en la casa del difunto conde de Saceda. Lo cual no basta para acreditar la especie, tanto menos cuanto que, a lo que recordó Ruidíaz, tuvo por objeto el anónimo las empresas y galanterías de Carlos V, a quien en toda ocasión honró Cervantes.

Ni era menester ese artificio para ganar la popularidad de que gozó la historia del *Quijote* desde su cuna. Por boca del bachiller Carrasco lo asentó el mismo autor: "los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco cuando dicen, allí va Rocinante; y los que más se han dado a su lectura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote; unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten y aquéllos le piden", porque "la tal historia es del más gustoso y del menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto". Aun el rey la celebraba. Oigamos a Porreño en sus *Dichos y hechos de Felipe III* o a Mayans en su *Vida de Cervantes* lo que don Vicente de los Ríos contó también en su *Vida de Miguel de Cervantes*. Estando el rey Felipe III en Madrid a un balcón de palacio, observó que un estudiante leía un libro a la orilla de Manzanares, e interrumpía de cuando en cuando su lección, dándose en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría. Adivinó al instante el monarca la causa de su distracción, y dijo: aquel estudiante o está fuera de

sí o lee la Historia de Don Quijote. Los cortesanos interesados en ganar las albricias del acierto de los príncipes, corrieron a desengañarse, y hallaron que el estudiante leía en efecto el *Quijote*.

La primera parte, impresa por Juan de la Cuesta en Madrid el año 1605, se volvió a imprimir por el mismo Cuesta en aquel año, a la sazón que se hacían dos ediciones más, una en Valencia y otra en Lisboa: repetición de que no había ejemplo en el primer año de un libro. Luego del argumento se hicieron dramas: hubo comedias de Don Quijote de la Mancha y del Curioso impertinente, y un entremés intitulado *De los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha*. Seguidamente se sucedieron dentro y fuera de España las ediciones de la obra completa; y casi no hay país que en su propio idioma no la tenga. Por su original invención, por su estilo acomodado a las circunstancias de tiempo, lugar y personas, y por su limpio y bello lenguaje es admiración de todos.

Una vez que los biógrafos tacharon errores de citas, olvidos y descuidos, explicables porque el autor escribió de prisa y no corrigió nunca, los estudiosos han debido contentarse con añadir declaraciones de la literatura andantesca o noticias de los pueblos en que la acción se desarrolla u otras atinentes a personas y cosas. Así, por ejemplo, el distinguido literato inglés Juan Bowle dio el fruto de catorce años de lectura y aplicación, allegando a su edición del *Quijote* en 1781 un tomo de índices y anotaciones, con referencia a los autores latinos, italianos y caballerescos, y a más explicación de las voces que para sus compatriotas podían ser obscuras. Así don Juan Antonio Pellicer en su edición de 1797, aparte de aprovechar el trabajo de Bowle, indicó felices correcciones al texto e insertó menudas y sueltas noticias, aunque no todas igualmente proficuas. A uno y otro, y en general a los biógrafos anteriores, se sobrepuso don Martín Fernández de Navarrete, célebre sabio y riojano, colector de los Viajes de Colón y demás descubridores del Nuevo Mundo, que inició su carrera literaria, reuniendo nuevos datos y documentos para completar la Vida de Cervantes y en el examen de sus obras enaltecer el magisterio de la crítica.

Con ser difícil reducir justamente los hiperbólicos elogios cuanto las acrimonias al *Quijote*, no han faltado escritores que lo procuren. Entre ellos ocupa lugar eminente don Diego Clemencín, que desde sus primeros años dedicóse a tomar notas y hacer curiosas indagaciones sobre la parte gramatical del Ingenioso Hidalgo, para el Comentario que imprimió un año antes de su muerte. En su mocedad había publicado *Lecciones de gramática y ortografía castellana*, lo que evita encomiar su filológica competencia. Sorprende a la verdad su tino en tachar faltas de concordancia, cacofonía o transposición de vocablos, repetición de monosílabos, empleo desusado del pronombre personal, del relativo, de tal cual adverbio y de ciertas preposiciones, y

otras cosas de este jaez, de lo que se valió para indicar correcciones, fuera de ilustrar su glosa copiosamente con la cita de autores contemporáneos o antiguos y en especial de libros caballerescos. Talento, gusto, imparcialidad, de todo hace gala en su recuento de las bellezas y enumeración de los defectos gramaticales.

Por tanto, mirando aún no superados los comentarios de Bowle y Clemencín, los aplaude don Marcelino Menéndez Pelayo; pero deseoso de luz, más luz, pidió la que comience por esclarecer los arcanos de gramática y no deje palabra ni frase sin interpretación segura y explique el génesis de la obra y aclare todos los rasgos de costumbres, todas las alusiones literarias, toda la vida tan animada y compleja que Cervantes refleja en sus libros. Conque marcó la ruta a su discípulo don Francisco Rodríguez Marín, quien por más de veinte años, leyendo mucho y acopiando cédulas, que llegaron a exceder de siete mil, preparó su nueva edición del *Quijote*.

Primero pensó en seguir la edición príncipe, poniendo esmerada atención en puntuarla, por que se leyeran bien pasajes que andaban sin hacer buen sentido o lo hacían diferente del que les dio Cervantes. Y pasando revista a los anotadores y comentadores, en sostener no vaciló que los más de ellos entendieron mal muchas cosas, o por no haber restituido bien el texto o por no tener toda la lectura necesaria para darse cuenta de palabras y giros hoy desusados, de tantas alusiones a personas y costumbres de antaño y de tantos recónditos pormenores que en sus hojas la celebrada historia contiene. De cómo en el tiempo de Cervantes se escribía, todos, asevera, dejaron mucho que desear. Clemencín, nos dice, examinó con mayor atención los libros de caballería y especialmente las caballerías de esos libros, que las curiosidades que en ellos se hallan del habla castellana. Al expresarlo así, confiaba Rodríguez Marín en el júbilo que sentía de explicarse ciertos lugares de los más dificultosos del texto, y sobre todo, en serle como andaluz familiares no pocos giros y locuciones mal entendidos del *Quijote*, que obra de andaluz parece, singularmente su primera parte, pensada y escrita en Andalucía, cuando su autor llevaba quince años de residir en aquella región de España. No sin razón había dicho Menéndez Pelayo: Cervantes, aunque nacido en Castilla la Nueva, tuvo Andalucía "por verdadero campo de su observación y verdadera patria de su espíritu".

Ahora, con listar las obras que sus predecesores no alcanzaron y aprovechó Rodríguez Marín, queda su erudición a salvo. Son las siguientes: Joaquín Bastús (1834). *Nuevas anotaciones al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Juan Calderón (1854). *Cervantes vindicado en ciento quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. José María Asensio y Toledo (1864). *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Saavedra*. Amenodoro Urdaneta (1877-78). *Cervantes*

y la crítica. Cejador. *Diccionario del Quijote*. Leopoldo Rius. *Bibliografía crítica de las obras de Cervantes*. Pérez Pastor. *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*. Juan Eugenio Hartzenbusch. *Primera y segunda edición del Quijote en Argamasilla*. La primera tiene 1633 notas. Leopoldo Eguílaz. *Notas etimológicas a El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*. Atanasio Blázquez. *La Mancha en tiempo de Cervantes*. Clemente Cortejón. *Notas al Quijote*. Fitzmaurice Kelly (1904). *Traducción francesa de un nuevo tratado de Literatura Española*. Miguel de Unamuno (1905). *Vida de Don Quijote y Sancho*.

Autores como Benjumea, Aribau, Máynez, Arrieta, son sin más indicación citados.

Juzgar, por último, las notas a millares de Rodríguez Marín, confrontadas con las de sus rivales en la tarea, lo viene haciendo el público lector, que ya por cuatro veces en treinta años hasta el de 1941 las viene recibiendo con singular estima. Si tamaña empresa de rectificación y aclaración no es la postrera, mucho se tiene andado para conocer bien el tiempo, dónde y cómo se inspiró la obra inmortal que nos embelesa.

Selvas, ventas, castillos, nidos de aventuras ya no hay. Distinto es el refugio de follones y malandrines; la desdicha se arrincona en sitios carentes de árboles y ríos; la iniquidad se vale de instrumentos y medios diversos de los antiguos. Ciertamente, solemos llamar Quijote a quienquiera que, en socorro de los débiles u oprimidos, toma por oficio desplegar valor y osadía y subir hasta donde ni medra el interés ni se conoce la fraude. Pero sólo en sueños vemos otro como aquel encubertado con maltrecha armadura y yelmo postizo, que oprimió los lomos de Rocinante y corría los caminos por desfacer entuertos y vengar agravios. De generoso y liberal cobró fama. Enamorado sí, como todo paladín andante, pero dejando atrás a los Rolandos, porque a la dama de sus pensamientos, bella y honesta si las hubo, la conoció únicamente como la fantástica ilusión de su vida. Encantada, con todo, ella le alentó siempre en sus aventuras, le mantuvo firme el brazo en la pelea y una y otra vez le sacó libre de peligro. Noble caballero de la Cruz y la espada, a dondequiera que había doncella o dueñas por amparar, allá volaba; donde oía gemir a huérfanos o menesterosos, allí estaba; su valor no decayó jamás ante sus contrarios, siquiera gigantes o de endriagos o vestiglos disfrazados. ¡Qué obras de loco, qué razonar de cuerdo y qué peregrino hablar el suyo! Amadís de Gaula resucitó para decirle:

*Tendrás claro renombre de valiente,
tu patria será en todas la primera,
tu sabio autor al mundo único y solo.*

CARDENIO
PSICO-ANALISIS

Por don FRANCISCO CASTILLO NÁJERA.

ADVERTENCIA

MI propósito de tratar el tema cuyo título figura en el programa, varió hace dos días, al percatarme de que, en desenfrenado impulso grafómano, amontóné cuartillas; son muchas, y aún quedan más por escribirse. Pensé salvar mi compromiso, leyendo parte de la obra inconclusa; pero encontré otro inconveniente: su índole más propia para un círculo de especialistas, hubiese resultado insoportable, para este auditorio, escuchar párrafadas de terminología científica; con razón, se me motejaría de inoportuno y de pedante. Con la venia de nuestro prócer director, preparé estas notas, de título ambicioso, utilizando las generalidades que prologan el ensayo en gestación, y añadiendo lo que me vino a la pluma.

La audiencia, muy ilustrada, que, por muchas noches, ha gustado las bellísimas piezas que aquí fueron servidas: agradable música para el oído y substancioso manjar para el espíritu, disculpará este humilde puchero; afortunadamente, el mal sabor se olvidará con el postre magnífico, final de estos banquetes intelectuales.

Las manifestaciones del genio suelen caracterizarse por la creación de arquetipos; las obras maestras de las artes plásticas, impresionan por su objetividad; el individuo, de mediana cultura, si no estima los detalles técnicos y el significado simbólico, se complace con las delicias del color y de la forma. La sensación visual, una vez en los resquicios del alma, donde se originan y elaboran las ideas y en los que nacen y viven, latentes, los sentimientos, se transforma en satisfacción estética, placer espiritual cuyas

amplitud, intensidad y persistencia, corresponden a personales atributos o a caracteres adquiridos de sensibilidad y de comprensión artísticas.

Esas producciones constituyen el tesoro clásico, fijan normas y se imponen como indiscutidos modelos de la perfección accesible a la capacidad humana.

En la literatura, las geniales creaciones, en los dominios del teatro y de la novela, principalmente, se distinguen por rasgos parecidos.

Para suprimir la impresión producida por los actores, y con propósitos de análisis y de comparación, supongamos que las piezas teatrales son, como la novela, leídas o escuchadas.

En las condiciones supuestas, la percepción se descarta, igualmente: la vista y el oído sólo fungen como transmisores; el proceso resulta intelectual y se limita, ciertas veces, a la simple adquisición de un conocimiento; en otras, nos deleita por las excelencias de la descripción o por las del relato y, en la mayoría, despierta reacciones emotivas.

No es en el escenario, sino en los personajes, donde se concentra el interés: merecen la simpatía o se les sigue con disgusto; provocan la compasión o el asombro; los imaginamos dignos o innobles, vituperables o plausibles, grotescos o respetables. Concluimos por familiarizarnos con ellos, de tal manera, que se identifican y confunden con los conocidos en la historia y en la fábula, o con nuestros prójimos coetáneos.

Refundidos en el almacén de la memoria, reaparecen por evocación, por asociación de ideas o por analogía con personas o con episodios actuales; pero sólo cuando la representación es exacta y la impresión profunda, nuestros ficticios congéneres ingresan al acervo humano y perduran, heredados por las generaciones sucesivas.

Las inexactas, incompletas y triviales personificaciones, se borran de la mente, pues el recuerdo, no cultivado, es precursor del fatal olvido.

La intuitiva lucidez y la visión amplia y penetrante del genio, lo capacitan para procrear tipos que resisten los embates del tiempo y conquistan el espacio. Esas criaturas alternan, en el cotidiano vivir, con las que fueron en la historia y con las imaginarias de la mitología; enriquecen el simbolismo universal y se incorporan a extrañas lenguas; sus nombres se adjetivan, son calificativos de uso común, en el lenguaje de los cultos y en el de los intonso, que no averiguan fuentes etimológicas, pero que saben aplicar los vocablos con certera precisión: es "Venus" la mujer hermosa, "Mesalina", la disoluta; "Hércules", el formidable atleta; "Job", el paciente resignado; el gobernante absoluto, "César"; "napoleones" y "alejandros", los grandes guerreros; por "Tartufo" se conoce al desleal, hipócrita y tortuoso; por "Shylock", al avaro inicuo; es "Otelo", el celoso exagerado; continuar la lista fuera ofender la ilustración de mi auditorio. De la epopeya cervantina,

figuran, Sancho, con variadas representaciones, la ideal Dulcinea, para el amor platónico, y, con extensión más reducida, Maritornes; el licenciado Vidriera, Rinconete y Cortadillo, igualmente adjetivados, algunas veces rebasan las fronteras lingüísticas. Rocinante, con Pegaso, es figura favorita, más que Bucéfalo y Babieca, en los concursos hípicas internacionales. El manchego polisimbólico domina en el panorama literario y en la existencia diaria. Esta universalidad es la consagración del genio.

Escritores de nacionalidades y épocas distintas, han pretendido comparar a Cervantes con Shakespeare; la comparación es racional, si se les enfrenta como hablistas, maestros en sus respectivos idiomas; y, tal vez, la que los aquilate como psicólogos, aunque, en este caso, los términos sólo son comparables desde un punto de vista muy general; los dos hurgan en las profundidades anímicas y extraen la esencia psicológica que infunden a sus vástagos; Shakespeare sobresale por su obra escénica y culmina en la dramática; es pariente de los trágicos griegos, por afinidad íntima; sus especímenes más destacados: Macbeth, Otelo y Hamlet, pertenecen a la criminalología, tanto como Edipo, Orestes y Medea. Si éstos son representativos de una criminalidad que nos horripila y nos repugna, su época es la culpable: "En los pasados siglos", nos dice Ferri, "el arte expresaba, sobre todo, pasiones ardientes y monstruosas, porque los crímenes de violencia, eran entonces más frecuentes, en la vida real"; añade que, "a partir de la edad media, el delito evoluciona gracias a la supremacía de la inteligencia sobre la fuerza muscular". Por otra parte, el influjo religioso y la organización social, reducen a proporciones mínimas, a la desaparición, pudiera decirse, las aberraciones que fueron los temas de Sófocles, Esquilo y Eurípides; Shakespeare interpretó a los criminales de la edad en que vivía. Ya mencionamos al sórdido Shylock, muestra distinta que, con Falstaff, más próximo a Sancho que a la familia shakespeariana, completa el grupo más generalmente conocido.

Otelo, el más "cosmopolita", no iguala, en la literatura y en el léxico popular, a Don Quijote; es obvia la causa: el moro, emblema limitado, personifica una pasión, el manchego es la síntesis de la humanidad entera. Cervantes no se especializó, como Shakespeare, en criminalología, pero su amplitud, que abarca todo el muestrario psicológico, exhibe dos esquemas que valen por retratos. En pocas páginas esboza a dos delincuentes, relata el crimen de uno de ellos y nos lega magistral descripción psíquica de ambos.

Mientras Roque Guinart, el pintoresco salteador, y Don Quijote deparían, en el claro de un encinal, "sintieron a sus espaldas un ruido de tropel de caballos, y no era sino uno sólo, sobre el cual venía a toda furia un mancebo"; en esa forma inesperada y súbita, irrumpió Claudia Jerónima, con elegante disfraz masculino. Se identifica y empieza su preparación para fines

ulteriores; recuerda que su padre y el singular bandido están ligados por amistad mutua y por la enemistad común para Torrelas sobre cuyo hijo acaba de disparar la hermosa disfrazada. Sin titubear, sin un signo de arrepentimiento, cuenta el asesinato; lo justifica por la ofensa sufrida en su honra y por los celos: "el me prometió", dice la cuitada, "de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras pasáramos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me debía, se casaba con otra, y que esta mañana iba a desposarse, nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia". La ofendida viste traje de mancebo, se arma con cuanto puede: daga, espada, escopeta y dos pistolas; todo exterioriza premeditación y decidido propósito de no fallar. Monta, apresura el paso del corcel y, declara en su narración: "alcancé a don Vicente obra de una legua de aquí, y sin ponerme a dar quejas ni a oír disculpas, le disparé esta escopeta, y, por añadidura, estas dos pistolas, y, a lo que creo, le debí encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en sangre, saliese mi honra". Termina refiriendo que don Vicente quedó en manos de los criados, y aborda los objetos principales: que Guinart la pase a Francia y defienda a su padre, a fin de que los familiares del occiso, "no se atrevan a tomar en él desaforada venganza".

La homicida, repetimos, no se arrepiente de su acción premeditada; interesa destacar algunos detalles: la nueva del matrimonio le turbó el sentido y acabó la paciencia: estímulo externo que da origen al impulso; la turbación se limita, sólo, a la esfera sentimental; la inteligencia no sufre, por el contrario, se acusa para la cuidadosa preparación del crimen. La vista del presunto infiel, es bastante para desencadenar el impulso y convertirlo en acto violento: Claudia obra sin quejarse, sin explicar el motivo del atentado y sin pedir o, siquiera, esperar disculpas: los celos nublaron la razón de un ser hipersensible, al grado de que, sin corroboración de lo que hubiera de verdad, Claudia Jerónima da por hecho el engaño; la idea de su deshonra se suma para producir el desequilibrio y todas las facultades se polarizan en un propósito: matar; consumado el crimen, el equilibrio se restablece; la conciencia moral no se ha conmovido y la mental resurge; la malhechora piensa en la fuga y en la protección de su padre.

Celos y deshonra son correlativos; el concepto del honor ha evolucionado y los crímenes pasionales han disminuido. La infidelidad conyugal, desde que el divorcio existe y desde que la sociedad lo mira con mayor indulgencia, ya no exige la sangre lavadora del honor mancillado. Actualmente, parecería excesivo, monstruoso, tal vez, que una doncella mate al novio porque la dejó plantada; el delito no se reputaría pasional, sino cometido por una delincuente nata; y así se la juzgaría, sentenciándola por tal concepto, salvo que, precisamente por la desproporción entre la causa

y el crimen, se invocara la irresponsabilidad. En los Estados Unidos, ni siquiera podría probarse la ruptura del compromiso (breach of promise), por carecerse de testimonios escritos u otros fehacientes, pues conforme al relato de Claudia Jerónima, nadie presenció la promesa.

En el tiempo de Cervantes se pensaba de manera muy distinta; los prometidos, "sin pasar adelante en obras" y sin la sanción eclesiástica, se consideraban esposos, por serlo ante Dios.

En cuanto a la honra lastimada, la ofensa provenía del mismo carácter sagrado de los compromisos; la opinión pública no aceptaba que un novio dejase a la prometida sin una razón grave, y suponía, como la más válida, la pérdida de la doncelléz. Adelante consideraremos la situación contraria: perjuicio de la prometida.

La celosa, en compañía del bandolero, vuelve para cerciorarse del efecto de sus disparos; encuentran moribundo al agredido; Claudia se turba; "enternecida y rigurosa", coge las manos de don Vicente y le reprocha: "Si tú me dieras éstas, conforme a nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso". Todavía ningún remordimiento asoma; la turbación se debe a la sorpresa: el amante vive; al mirarlo agónico, la criminal se enternece, pero su rigor no mengua; en el reproche incorpora su justificación y el merecimiento del castigo. La víctima comprende: su amada es quien lo ha puesto en trance mortal; con tiernas expresiones, desentraña el engaño, niega la falsía: "sólo mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas, para que, celosa, me quitases la vida; la cual pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa", murmura el desventurado y pide que, para comprobar sus asertos, un estrecho enlace de las manos selle la unión conyugal y sirva de satisfacción por el agravio supuesto.

"Apretóle la mano Claudia y apretósele a ella el corazón de manera, que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y a él le tomó un mortal parasismo", con el que don Vicente pasa a la eternidad. Claudia Jerónima se recobra; estalla la desesperación; suspira, se queja, maltrata sus cabellos, afea "su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que un lastimado pecho pudiera imaginarse".

Es, entonces, al percatarse de la injusticia y de la insensatez de su delito, cuando lo razona y se condena: "¡Oh, cruel e inconsiderada mujer —decía—, con qué facilidad te moviste a poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡Oh, fuerza rabiosa de los celos, a qué desesperado fin conducís a quien os da acogida en su pecho!".

Transición que se ajusta, rigurosamente, a lo comprobado por la psicología moderna. Después de intermitentes desmayos, Claudia, llorosa, se despide, no quiere compañía; ha decidido recluir su desdicha en un monasterio. Cervantes comenta: "y este fin tuvieron los amores de Claudia Jerónima.

Pero, ¿qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos?"

Las frases de Claudia son las de quien, ajeno al crimen, se las dirigiera; es que, cuando las pronuncia, la homicida es ya una persona en plena normalidad; no juzgó del mismo modo, al recibir la malhada noticia; entonces no le pareció culpable la facilidad de poner en ejecución el mal pensamiento. Cervantes insiste, por boca de Claudia, y en su comentario final, sobre la fuerza de los celos, para la homicida, es "rabiosa", para el comentarista, inexorable y rigurosa.

Existen analogías y diferencias entre Otelo y Claudia Jerónima: los dos obraron a impulsos de los celos, pero las reacciones del crimen son distintas: el uxoricida, por un sacudimiento nervioso, crisis psicológica, resuelve suicidarse; manifiesta un enternecimiento, semejante al de Claudia, y se recrimina como ésta; razona, justificándose: "¿Qué diréis de mí? Que fui, si queréis, asesino por honor, porque no es el odio el que me ha empujado al crimen"; explica, dirigiéndose a los que han acudido al lugar del asesinato. Como se ve, los dos genios, Cervantes y Shakespeare, ligan el honor y los celos.

Cervantes acierta en otro detalle: Claudia no comprueba el resultado, no vio el cadáver; huye y supone que don Vicente ha muerto, pero no le consta; el intermedio, su viaje de ida y vuelta, evita un acto violento. Por otra parte, si el suicidio del criminal es frecuente corolario del homicidio por pasión, en los delincuentes masculinos, es la excepción en las mujeres.

Diferencia importante: en el matador de Desdémona, se desenvuelve un proceso dilatado, conflicto de duda; intenta rechazar el malsano pensamiento; lo hubiera conseguido, tal vez, sin el perverso influjo de Yago cuya sugestión intensifica y acelera el proceso. Los psicólogos contemporáneos registran semejantes concursos malévolos; por mentalidad superior absoluta o consecuencia de circunstancias fortuitas, un individuo se impone, al más débil; le infiltra y fomenta el propósito criminal y lo impele a la consumación. Autores y coautores intelectuales se llaman esos agentes de iniquidad.

En el moro los nervios se tienden paulatinamente, alcanzan su tensión máxima cuando cree estar convencido del adulterio; ha conocido íntimamente a su esposa, es hombre maduro. Claudia Jerónima, jovencita de veinte años, novia, con noviazgo de los de su época, no conoce, de Vicente, sino el aspecto romántico y, por su juventud y su impetuosidad amorosa, es más irreflexiva, su reacción inmediata es la de vengar su honor; los preparativos del crimen actúan como aceleradores; el proceso es corto, pero continuo, sin vacilación, encaminado, firmemente, a la meta perseguida.

El otro caso es el de nuestro ya conocido Roque Guinart, jefe de un numeroso y bien organizado cuerpo de salteadores; es el bandido generoso,

precursor de los que han conquistado, en diversos países, prestigios legendarios. Confiesa ser de natural compasivo y bien intencionado; justiprecia los peligros, las inquietudes y los sobresaltos de su modo de vivir. Sorprende a Don Quijote con sus acciones: la justicia distributiva, expresión de Cervantes, en el reparto del botín, entre sus socios; las dádivas a Sancho y a los peregrinos pobres, miembros de un grupo de asaltados; su cortesía con las damas y su mesura en el robar, despojando con delicadeza y sólo parcialmente, mereciendo, por tan inusitado sistema de bandolerismo, la gratitud de los propios desvalijados. Como algunos de su laya, espera, con el auxilio de Dios, salir del oficio, en el que lo han puesto, dice: "no sé qué deseos de venganza que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones"; ha recibido un agravio y con el fin de vengarse, se torna salteador; igual pretexto por otros alegado; se dijera que nos refiere la historia de nuestro Heraclio Bernal.

Prototipo impresionante de la imaginación popular, en la que despierta simpatía y admiración, Roque realza los rasgos de su especie: robusto, bien puesto, inteligente, con visibles apariencias de caudillo. Sus secuaces lo victorean y doña Guiomar de Quiñones, obligada por las formas corteses y por la insignificancia del robo, pretende arrojarle del coche y "besar los pies y las manos del gran Roque; pero él no lo consiente de ninguna manera; antes le pidió perdón del agravio que le había hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio". Deja en libertad a los levemente damnificados por el hurto "benigno"; se retiran "admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno que por un ladrón conocido".

Pero, su aterciopelada gentileza desaparece cuando Guinart avizora posibles menoscabos de su autoridad: basta con que uno de los escuderos murmure, desaprobando las liberalidades, para que la férrea disciplina ratifique situaciones; el silencio del murmurador es obra de un instante; así necesita imponerlo un jefe que no quiera perder la jefatura de tan difíciles parciales; Guinart, "echando mano a la espada, le abrió la cabeza, casi en dos partes, diciéndole: Desta manera castigo yo a los deslenguados y atrevidos". Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenían.

El magnífico psicólogo no comenta; el incidente se concluye sin que sepamos, aunque lo suponemos, por la extensión y el sitio de la herida, si el tajo fue mortal.

Roque se aleja, despreocupado y sereno, como quien acaba de cumplir con otra de sus "precisas obligaciones".

En su vida "hanse eslabonado las venganzas de manera, que no sólo las mías, pero las ajenas tomo a mi cargo", esto escucha el caballero andante,

con otras razones que juzga buenas y concertadas; se admira "porque él pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltar no podía haber alguno que tuviese buen discurso". Así pensaba don Quijote, pero no Cervantes quien, con su facultad psicológica intuitiva, reconoce, al delinear su tipo, la existencia de malhechores que, fuera de su carácter específico fundamental, aun tratándose de los discutidos criminales natos, son hombres que poco difieren de los otros, por sus afectos, sentimientos y pasiones. A esta opinión de Ferri se suman las de otras autoridades; lo que resulta redundancia, en nuestros días: ni en los medios más incultos se piensa que un delincuente lo es en forma integral; por lo contrario, señálanse individuos notables por su devoción filial o paterna, por serviciales, fieles amigos y, aun piadosos, entre los asesinos, estafadores, bandidos y prostitutas.

En nuestro país hemos conocido, y con nosotros innumerables personas, hombres duros, crueles, hasta la monstruosidad, que se deshacían en lágrimas, enternecidos, ante una escena dolorosa, vista en la pantalla o en el teatro. Pero en el siglo XVII —y hasta fines del anterior— se aceptaba, generalmente, que ninguna virtud era compatible con la conciencia criminal. La señalada anticipación de Cervantes, se reproduce, con variaciones, en personajes de obras subsecuentes a la suya, vistos con pública simpatía, pero sólo aceptados como imaginarias creaciones del romanticismo.

Hace tres días, en este sitio, ilustrado por tantas exposiciones cuantas han sido hechas por las conspicuas personalidades que nos deleitaron e instruyeron, la docta palabra de Don Alberto María Carreño afirmó que Cervantes, prodigio entre los mayores, es principalmente un gran psicólogo; mi modestia se complace por la concordancia de mi juicio con el sustentado por el eminente académico, quien, en su luminosa conferencia, y en apoyo de su tesis, expuso la maestría con la que se presentan en *Don Quijote* observaciones psicológicas, en los casos de *Marcela* y de *El curioso Impertinente*. Recordó, nuestro colega, la reconocida antelación con la que se describe la locura razonante del *Caballero de los Leones*, anticipándose, por siglos, a la comprobación científica. Varios peritos se han ocupado en demostrar la irreprochable forma con la que Cervantes se ciñe a la psicología patológica, en la conducción de *Don Quijote*, a través de todo el relato. Esa propiedad se patentiza, según vimos, en el manejo de los criminales, y en el de todos los actores, aun en los de mínima importancia. Se puede asegurar que Cervantes expone toda la gama de los estados psicológicos, trátase de los que la ciencia reputa normales o de los que pertenecen a las diversas clasificaciones de anomalías psíquicas.

Los aspectos criminológicos analizados, demuestran que Cervantes, aun en los dominios en los que impera Shakespeare, rivaliza con el gran dramaturgo. Dijimos, antes, que operan en terrenos diferentes y con material

humano heterogéneo. En tal virtud, las comparaciones, salvo en la forma indicada, son insostenibles por lo disímulo de los recursos; el teatro, incluso el moderno, está limitado a condiciones de lugar, de tiempo y escenario, trabas que la novela desconoce, pudiendo disponer de absoluta libertad, en la descripción de panoramas, en la presentación de muchedumbres, y amplificarse, hasta lo infinito, en el tiempo y en el espacio. Pero en sus respectivas jurisdicciones, Cervantes funda dinastía; en lo esencial, nada debe a las escasas obras anteriores de género novelístico; es, auténticamente, original.

Las raíces de Shakespeare se hincan en Grecia; sus remotos antecesores son los maestros antiguos, de los que tiene la talla y a los que sobrepasa como psicólogo, sin contar con que revoluciona el arte dramático; a pesar de su ascendencia, es un reformador en cuyas realizaciones existen elementos propios.

Cuando entre las futuras edades y la nuestra, medien los milenios que hoy nos separan de la Grecia esquiliana, los criminales de Shakespeare, no es aventurado suponerlo, se afiliarán, con los monstruosos protagonistas del incesto y del parricidio; nuestros lejanos sucesores concederán a todos una misma importancia e igual valor, en el pensamiento filosófico y en la literatura universales.

En cambio, el refinamiento moral y la constante perfección humana, realzarán el precio de las criaturas cervantinas, de Don Quijote, sobre todo, pues cuando más perfecta la humanidad, más próxima a los limpios ideales del caballero único.

Desde ahora, lo insinuábamos poco ha, ningún engendro de la ficción se mide con *Don Quijote*; ya expusimos las razones, el lenguaje las respalda: de Otelo, a quien reputamos el mayormente conocido, entre los shakespearianos, sólo hemos visto —y rara vez— el derivado “otelino”; quijote origina: “quijotesco”, “quijotero” y “quijotismo” que, dentro de su índole acumulativa, encuentra un émulo: “donjuanismo”, genérico de los “donjuanes” y de la versión española: “tenorios”. La obra de Cervantes sugirió título para *La Quijotita*, de nuestro Fernández de Lizardi, quien, dicho sea de paso, es el progenitor de un *Periquillo*, vagabundo adjetivado que recorre la extensión del territorio nacional.

A las intuitivas anticipaciones geniales, comprobadas por psiquiatras y psicólogos, debe añadirse “un caso concreto de creación cervantina en el que el carácter aparece construido con arreglo a la psicología novísima... y al añejo sentido común”, dice Salvador de Madariaga, al tratar de Cardenio, en un ensayo breve, ameno y el único, hasta donde sabe mi ignorancia,

en que se analiza la locura del “Roto de la Mala Figura” o “Caballero de la Sierra”.

Después de una de las sesiones de la conferencia del Desarme, conversábamos, el ensayista, el profesor don Manuel Pedroso y el diciente, sobre tópicos relacionados con la reunión internacional. Sucedió en Ginebra; mediaba febrero de 1932; lúgubre atardecer de un día nublado, aunque no muy frío; se decidió caminar a pie, necesario ejercicio, después de varias horas de permanecer en posición sedante. De súbito, nos sorprendió el cierzo, la famosa “bise” de la región, más intolerable que la nevisca de que se acompaña. Nos refugiamos en un cafetucho que pareció salirnos al encuentro, como providencial amparo.

Desembozados de las bufandas que, además de su oficio, habían hecho el de mordazas, nos instalamos cómodamente; gustábamos —es un decir— de un brevaje usurpador de noble título: café. Don Salvador, erudito polivalente, como para desquitarse del silencio que la intemperie nos impuso, reanudó la charla.

Eran los días de la ilusión; nunca se habían escuchado, en las reuniones pacifistas, discursos del tono más elevado y de más firmes intenciones. Los países conferenciantes —la totalidad de los civilizados— parecían prontos a suscribir un convenio garantizador de la paz duradera y justa.

Creíase conjurar la tormenta de sangre y hierro; se legislaba para proscribir la guerra química y la bacteriología; ni quien presumiera el advenimiento de la energía nuclear como recurso de exterminio.

De Madariaga discurría sobre las probabilidades del éxito; nos contagiaba de optimismo; “somos quijotes”, decía, refiriéndose a España y al mundo de Colón. El nombre del paladín del ideal, relacionado con los ideales perseguidos, nos llevó, gradualmente, a temas cervantescos puros. Surgió Cardenio, se habló del ensayo, que yo no conocía. Expuse mis opiniones; interesaron al polígrafo quien interrogó: “¿por qué no escribe usted eso que dice?”...

Desde entonces, me propuse hacerlo, en cuanto dispusiera de ocios; ya sabéis los motivos por los que se aplazó la conclusión y la lectura del estudio del que tomo lo pertinente.

“Cardenio o la Cobardía”, titula De Madariaga el capítulo, en su *Guía del lector del Quijote*, después de muy atinada presentación del individuo y de otras reflexiones, se afirma: “sobre la base de la cobardía, el personaje está construido con maravillosa penetración”. Justísimo, pero De Madariaga, como algunos otros escritores, se conforma con la psicología descriptiva, olvidando la genética; Cardenio es cobarde, le falta valor, ánimo, es dubitativo, peca por omisión y por comisión también; pero la cobardía no es atributo, causa u origen, es consecuencia; no es la enfermedad, es un

signo; la dolencia es el amor desmedido que lo absorbe por entero; toda su actividad, psíquica y sentimental, se concentra en Luscinda; se aman desde niños, Cardenio está enamorado como lo que es: un loco en potencia; pensar en un fracaso lo aterroriza, desequilibrando su psiquismo y aunque la razón le dice que, lógicamente, Luscinda será su esposa, en el subconsciente bulle la idea de posible falla; explota el conflicto y el trastornado se conduce de acuerdo con su mentalidad enfermiza; es grande, inmenso su amor y, debido a esa inmensidad que llena toda la espera psíquica consciente, el complejo sumergido, al aparecer en donde ya no hay cabida, desaloja, parcialmente la razón y Cardenio sufre por imperfección (*incomplétude* de los psiquiatras franceses).

Difícil es, en patología, zanjar netamente los estados de salud y los de enfermedad; existen variaciones, dentro de los límites fisiológicos, que se aproximan a un estado morboso, sin constituir enfermedad; se designan: molestias, indisposición, malestar, pródromos; estos equilibrios inestables o leves desequilibrios, se resuelven en alguna dolencia o se disipan. En ciertas personas las vagas perturbaciones, recurren con frecuencia y crean una situación compatible con la vida, sin que durante toda ésta se traduzcan en estado nosológico preciso; pero, en otros casos, brota la enfermedad de modo brusco e inesperado.

Lo mismo sucede en la psiquis, "los raros", "los extravagantes", "los excéntricos", "los desorbitados" etc., no llegan a merecer el título de locura; pasan así toda su existencia; pero, también, algunos de esos deficientes nerviosos, *nerveuses*, por obra de causas coadyuvantes o sin ninguna perceptible, rematan en locos. Cardenio, en estricta valorización psicológica, es, mientras no se desata la tormenta mental, equiparable a ciertos psicasténicos" y neurasténicos con los que nos codeamos diariamente. Es el caso más complejo y el mejor conducido por Cervantes, quien penetra más profundamente que su comentador.

Nada sabemos de los antecedentes hereditarios de Cardenio ni del ambiente familiar; es poeta, lo que indica cultura no común; Don Quijote, del soneto y de la carta encontrados al azar, no deduce sino que se trata de "algún desdeñado amante".

Al relatar su desdichada vida, Cardenio dice que sus padres son ricos y, noble su linaje; nobleza relativa la del mozo; lleva espada, pero no tiene título; lo más que puede conjeturarse: no es plebeyo ni vasallo, condición, esta última, que Cervantes anota respecto a Dorotea.

Ignoramos en qué se ocupa el amador; probablemente es un "señorito" sin quehacer; cuando el Duque lo solicita, sólo lamenta ausentarse de su amada, ninguna referencia a negocios que se abandonan. Tanto él, como su padre, consideran honroso servir a un grande de España (se ha preten-

dido identificarlo como el Duque de Osuna), quien, por su nobiliaria jerarquía, está muchos codos más alto que Cardenio.

Desde la infancia su ocupación es amar a Luscinda; no habla de amistades; puede colegirse que es hijo único, pues no menciona más parientes que sus progenitores.

Señorito, acaudalado, sin oficio; ensimismado en el culto amoroso, su diversión: versificar, en vez de distraerlo, concentra más el pensamiento dominante: unirse con Luscinda.

Las relaciones se limitan a correspondencia muy copiosa, pues, aunque datan de la niñez, el padre de la novia creyó prudente cerrar al mozo las puertas de la casa, siguiendo las costumbres establecidas. Para terminar con esa situación, Cardenio solicita la mano de su amada; pero no llena las fórmulas habituales; es el padre de Cardenio, dice el de Luscinda, quien debe hacer la petición, pues su hija "no era mujer para tomarse ni darse a hurto". Esta es frase reveladora de un aspecto del ambiente; sin la voluntad ostensible de los padres, se suponía la reprobación de las nupcias; la autoridad paterna era la representación de la divina; el hijo desobediente quedaba expuesto a ser desconocido y desheredado y a cargar con la maldición que, ante los ojos de la sociedad, lo convertía en una especie de sacrílego. La doncella que intentara casarse sin la sanción del jefe de la familia, en vez de la nupcial alcoba, encontraba el claustro.

Este sentido hipertrófico de la sociedad y de la familia, abrumba, con pesadumbre de siglos, al enajenado poeta. No extraña que, decidido a comunicar sus deseos, los refrene y posponga la comunicación: su padre lo recibe, tendiéndole la carta: "verás, Cardenio, es voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced". El interesado se informa y a él mismo le pareció mal que su padre dejara de cumplir lo pedido: enviar a Cardenio para que fuese "compañero, no criado", del hijo mayor del Duque. Antes de externar ninguna opinión, oye la de su padre, precedida de una orden: "De aquí a dos días partirás, Cardenio, a hacer la voluntad del duque, y da gracias a Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces". Asiente, mudo; todo se confabula en contra suya; decir, a su padre, que gestione la boda, vale por desobedecer, buscando pretexto para eludir o retardar la marcha. La víspera del viaje, habla con la novia. "Díjole todo lo que pasaba, lo mismo que a su padre, suplicándole que entretuviese algunos días y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me quería; él me lo prometió y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos"; son las palabras del psicasténico, en las que sale a flote la causa de su cobardía; teme un matrimonio impuesto y, lo que es más, a corto plazo: pide que se demore "algunos días". No existe mo-

tivo de sospecha que obre como excitante; el reflejo es interior, brota de la mente hostigada por la idea fija.

Llegado el séquito del Duque, no sirve al mayorazgo, sino al segundón, joven donjuanesco, admirablemente representado con unas cuantas expresiones desligadas, en diversas partes de la narración. Cardenio resulta subyugado; lo dominan los factores sociales y psicológicos: las prendas personales, la alcurnia, y la fuerza mental de don Fernando, de quien, cándidamente, se considera amigo, no siendo más que un criado de cierta confianza. El Don Juan, seductor de la hermosa Dorotea, a quien ha jurado legalizar el matrimonio, efectuado ante Dios, inventa un viaje a la ciudad de Cardenio; parten juntos. Los enamorados reanudan citas y correspondencia; don Fernando es el confidente del fervoroso amante; lee las cartas de Luscinda; logra verla; la hermosura y discreción de la joven, le provocan pasión irresistible; promete que será él quien interceda para que el padre de Cardenio hable con el de Luscinda y quede concertado el matrimonio. Con el fin de realizar su proyecto: birlarse la paloma; el halcón decide que Cardenio lleve la carta de Urías, al mayorazgo; aquél recela; desearía desobedecer; el complejo de inferioridad lo impide.

Antes de partir, habla con Luscinda, mutuo juramento, consagra las nupcias, bajo testimonio divino; en sus quejas, el burlado clamará que Luscinda es su esposa y... un ósculo en la mano, ha sido la caricia única.

El felón arregla su enlace con Luscinda, cuyo padre, en esta ocasión, no exige que sea el de don Fernando el solicitante; atropella los usos consagrados, urgido por vincularse con tan linajuda casa.

Cardenio, prevenido por Luscinda, regresa, presurosamente; hablan unos instantes, a través de la reja que oyó los juramentos de fidelidad eterna; la ceremonia nupcial es cuestión de minutos; ya los testigos esperan; Luscinda jura que lo serán de su muerte, antes que de sus desposorios; con intención suicida, lleva una daga, oculta por los nupciales atavíos. Cardenio aprueba el mortal designio; en arranque de hombría, recuerda que porta espada para defender a su señora o para darse muerte.

Presencia la ceremonia, desde lugar clandestino; escucha el "sí" de la desposada; la mira desmayarse; observa que del pecho le retiran una carta; su visión se ha vuelto ponetrante, percibe los más mínimos pormenores: don Fernando lee la carta... pero Cardenio no espera el resultado, bastó la palabra de aquiescencia para producir el derrumbamiento de la razón; no sabe a quien matar, si al falso amigo, a la mujer perjura, o si es preferible suicidarse; habla el instinto y, no decidiéndose a la pelea, opta por la fuga. Se va, lejos, a la serranía, con el deseo de morir; pero no de matarse.

Es víctima de una locura circular: depresión que no reviste los caracteres típicos de la melancólica, y accesos de furioso delirio; pero en uno

y otro estado, el instinto de conservación impera: manso, solicita alimentos; encolerizado, los arrebató y arremete contra los pastores, aunque lo socorran de buen grado.

En su primer encuentro con Don Quijote, los dos locos riñen; el acceso sorprende al "Roto"; lo provoca una interrupción del de la Triste Figura.

En sus quejas y lamentos, en sus reproches a la infiel, hay una sombra de esperanza que se fortifica cuando, por Dorotea, sabe que la carta, encontrada en el corpiño de Luscinda, era declaración terminante de que sólo Cardenio podía ser su legítimo esposo.

En feliz desenlace se reúnen los amantes; paralelamente, Don Fernando se rinde a los encantos y talentos de Dorotea y consiente en la unión de Cardenio y Luscinda que agradecen, arrodillados, la merced concedida por el gran señor. Señal inequívoca de la inferioridad de clase, de la tradición que los doblega.

De Madariaga pormenoriza la psicosis, pero no revela la intención de Cervantes, realizada por las portentosas facultades que, en este caso, exhiben su plenitud inigualada.

Para el lector superficial, las irresoluciones de Cardenio, que ni se mata ni mata a don Fernando ni a Luscinda, y el desmayo de ésta, que hace fracasar el suicidio, son artificiosos expedientes, en la trama novelesca, para concluir con un epílogo romántico; pero la intuición genial dispuso el cuadro completo: etiología, curso, síntomas, complicaciones y curación, con fines de mayor alcance.

Algún escritor, al discutir las clasificaciones criminológicas, refiriéndose a los criminales natos, grupo que no acepta, expone que algunos delincuentes, de los tenidos por natos, cometen su primer desmán en la madurez o en la declinación de su vida; de morir en la infancia o en la juventud, no hubieran sido criminales. Igual en el caso de Cardenio, muerto el día de la boda, la observación quedaría trunca, la psicosis larvada, motivaría interpretaciones diversas; con Luscinda sacrificada, satisfecho el subconsciente, nos privaríamos de la locura circular: Cardenio, en prisión o condenado a muerte, no hubiese recorrido las etapas de su psicosis, igual si asesina a don Fernando: de no caer abatido por los áulicos del noble, la justicia lo hubiera liquidado, en una ejecución capital.

En Cardenio se conserva la integridad anatómica, su trastorno es funcional, exacerbado por el choque emotivo; liberado de la causa persistente, mientras Luscinda no fue suya, el retorno a la normalidad es la consecuencia lógica.

Las creaciones de Cervantes son productos de sagaz observación, modificados por la mente creadora; descubre aspectos invisibles para el común

de los mortales o los que se descuidan por falta de atención; con su videncia y sus dotes intuitivas, poseyó, en grado superlativo, la excepcional virtud que Rousseau formula con tanta sencillez: "se necesita ser muy sagaz para percibir lo que habitualmente nos rodea". Y Cervantes no sólo supo *ver*, sino que interpretó y reprodujo todo lo visto. No desvirtúa los caracteres fundamentales, les conserva la morfología invariablemente humana; por eso forja modelos. Pasan las modas, se suceden las escuelas y *Don Quijote*, sin pertenecer a ninguna y ministrando material a todas, continúa incólume. Es inagotable mina que, por más de tres siglos, entrega sus tesoros y los seguirá entregando, indefinidamente.

Se le ha calificado de "inmortal", calificativo que conviene a la finita condición humana; "inmortal" es lo que no murió, pero que pudo morir, y *Don Quijote*, animado por un soplo divino, no corrió tal contingencia; vive desde siempre; al genio de Cervantes cupo glorioso privilegio: descubrirlo, comprenderlo, interpretarlo y, en forma tangible, al alcance de nuestra fortuna intelectual, ofrecerlo, como regalo espléndido, a los hombres de todas las épocas; *Don Quijote*, inalterable, omnipresente y polimorfo, es, no inmortal, eterno.

DON QUIJOTE EN COLOMBIA

Por don LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO.

EN una de las pasadas reuniones, cuando don Rafael Heliodoro Valle nos leía su erudita conferencia *Cervantes en la literatura hispanoamericana*, para hacernos admirar, como experto pescador de perlas, el oriente de algunas de las por él extraídas en el mar del idioma, y citaba a don José María Samper, a don Miguel Antonio Caro, a don Marco Fidel Suárez entre los panegiristas que en Colombia han encontrado Cide Hamete Benengeli y sus inmortales creaciones, no pude contenerme de decirle en el oído al director ilustre de esta ilustre Academia: “¡Hay muchos más!” Vosotros conocéis al licenciado Alejandro Quijano y sus sistemas. Tras de un aspecto de extraordinarias boñdad y placidez, esconde el don de mando. Cuando otros, para hacerse obedecer, necesitan del grito, él se conforma con la insinuación. Sabe presentar, lo que desea o lo que se le ocurre, con tanta suavidad y donosura, que no hay manera de escapársele. Obtiene lo que se propone. Pudiera decirse, si no pareciera audaz ante su benevolencia y su sonrisa, que entre el guante de seda esconde el puño de hierro.

Y aconteció que al terminar don Rafael Heliodoro Valle su lectura, premiada con tan sonoros aplausos, en el momento en que estaba yo felicitándolo se acercó el licenciado Quijano, y delante de varios académicos, que le hicieron coro, expresó: “Antes de que termine la serie de las anunciadas conferencias, el embajador de Colombia nos hablará del Quijote en su patria”. Me excusé inmediatamente. “Aunque yo no puedo alternar con eruditos como ustedes, declararé, lo haría de mil amores si tuviera mis libros, para hacer las adecuadas citas, colmar las lagunas de la memoria, procurar no omitir nada de lo fundamental y no exponerme a quejas de los presentados equivocadamente o al suspiro de los olvidados”. El licenciado insistió. “La buena voluntad, dije, no basta. Me limitaría a hacer una lista de los cervantistas de mayor renombre, y aun así carecería de interés, por presentarla

incompleta". "¡Pues hable de unos pocos, interrumpió el licenciado Quijano, pero hable!"

Y aquí me tenéis, señoras y señores. Aquí me tenéis, debo decir sobre todo dirigiéndome a los señores académicos, que he venido a meterme en camisa de once varas, que acaso voy a hacer sonar campanas en Sansueña, lo que según el Hidalgo es gran disparate, y que desoyendo estoy la voz de mi instinto que me repite frases del Libro: "Sigue tu canto llano y no te metas en contrapuntos que se suelen quebrar de sotiles". Pero ¿cómo resistir a la tentación de aceptar este honor, no tanto por hablar del caballero y del rústico sino de mi patria, que esa sí la conozco, en la más alta corporación que tienen las letras en un país que ha escalado alturas grandes, siendo mi primordial intención la de expresar un hondo agradecimiento? Al entrar en contacto con los académicos, he tenido una profunda emoción: casi todos me han hablado de Colombia y de sus hombres esenciales en las letras, con un conocimiento y con una simpatía que han hecho vibrar mi corazón de hijo sumiso. "Los amigos de mis amigos son mis amigos", me dijo al estrecharme la mano uno de los más sabios. Esos amigos de quienes me habló son los muertos, son los personalmente desconocidos por él, pero espiritualmente presentes, como don Rufino José Cuervo, el árcade supremo, a quien tantas veces visité en París y de quien no sabría decir si merecía mayor admiración por el talento y por la ciencia o por la austeridad y la tersura de una vida de santo. Otro académico me dijo: "En mi casa, la patria de usted tiene un altar". Otro exclamó: "¡Allá está Atenas!" Otro me habló de poetas, de eruditos, que viven aún, con quienes ha sostenido correspondencia y a quienes alaba con una generosidad mexicana. Decidme ahora, señoras y señores, si mi atrevimiento no queda perdonado, o por lo menos comprendido, una vez que yo deseaba aprovechar la ocasión para decir cuánto me obliga la deferencia que conmigo ha tenido la Academia y cuánto agradezco la simpatía con que los elementos oficiales, la prensa y la sociedad me han recibido en México.

Ya sé que sentir la gratitud está muy bien. Y no está mal expresarla. Os lo diré con palabras del personaje eterno, creado por el hombre cuyo IV centenario estamos celebrando, del hombre que pudo haber escrito su obra en México, o la pudo haber escrito en Bogotá, porque si hay testimonio, como lo oí decir aquí la otra noche, de que quiso venir a esta ciudad con los conquistadores, una vez asentado su gobierno, también lo hay de que estuvo haciendo gestiones para ir a mi Santa Fe de Bogotá, yo no recuerdo ya si de segundo de algún gran capitán o de simple alcaballero, que por desgracia en Cervantes no estuvieron a la misma altura jamás el genio y la fortuna. Pues bien: os decía, y gozo con hacer más esas palabras, para ofrendarlas a vuestra esplendidez conmigo y a vuestra devoción por Colombia, que Don

Quijote habló con elocuencia de esa inclinación del ánimo que lleva a reconocer explícitamente los servicios recibidos y a recordar con afecto a quienes los otorgaron. De ello da cuenta aquel capítulo "que trata de cómo menu-dearon sobre don Quijote aventuras tantas que no se daban vagar unas a otras", donde, después de haber dicho: "no es otra la profesión mía sino de mostrarme agradecido", al encontrarse de pronto en una hermosa y artificial Arcadia, cuyos ocasionales habitantes lo atendieron como lo merecía, prorrumpió, alzando con gran reposo la voz, de esta manera:

"Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagrado, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradados está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensaría con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores a los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos".

Cuán hermosa la afirmación de que los que reciben son inferiores a los que dan, por lo menos en lo que respecta a la ética y a la satisfacción. En ese caso, tranquilo ya con la esperanza de salir del paso tan grave a que hubo de obligarme el licenciado Quijano, que pariente del de la Mancha debe de ser, por su ardimiento y su empuje y por su idealismo, me dí a pensar en otra disculpa que, claramente, habría de hallar en el libro que los siglos vienen leyendo sin cansarse. Y me vino al magín compararme, ante el atrevimiento de hablar en la Academia, con Sancho, cuando al escuchar a su amo que habría de parecer muy mal en un gobernador no saber leer y escribir, con lo que sin duda se le dificultaría el mando de la ínsula, contestó muy campante: "Bien sé firmar mi nombre, que cuando fui prioste en mi lugar, aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre; cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha y haré que firme otro por mí; que para todo hay remedio si no es para la muerte". Pues por analogía, me dije: fingir no sé, ni tullida está mi mano, pero voy ante gente bondadosa y paciente que sabrá excusar y comprender mis letras como de marca de fardo. En todo caso, en lo que sí creo que nos pondremos todos de acuerdo es en que peor es la muerte.

Yo no sé si involuntariamente he logrado imitar también a Lope, cuando, una vez adquirido el compromiso con Violante, hizo un soneto que nada dice, pero con el que salió del aprieto. Pero sí comprendo la curiosidad de

los cervantistas que desean saber, aunque sea a grandes rasgos, cuál ha sido la vida de Cervantes y la de sus dos criaturas supremas en Colombia. Y aunque sea en forma superficial, que disculpo con la lejanía de mis fuentes de información y con la carencia de mis libros, os he de decir que los colombianos, hablo naturalmente de los colombianos que escribimos, llevamos al Quijote en la masa de la sangre. Hemos leído y releído el libro, lo hemos citado mil veces, hemos escrito acerca de los inagotables temas que en sus páginas se encuentran. Poetas, oradores, ensayistas, críticos, cuantos individuos tengan una mediana cultura en Colombia, han navegado en esas aguas, en góndola o en trasatlántico, oyendo las notas de las mandolinas o los ruidos de la tempestad. Porque allí hay para la risa y para el llanto, para la ambición y para el desaliento, para el amor y para el dolor, para la carne y para el espíritu, para el gobierno y para la demagogia, para el canto y para el grito, para el ideal y para la materia, para la realidad y para la fantasía.

Don Quijote es allá, como aquí, más conocido que Cervantes. Es el inspirador de muchas buenas acciones y el término de comparación de muchos nobles espíritus. Sancho Panza es amado también, es reconocido como una expresión del sentido común, como un hombre gracioso, cargado de refranes, que, aunque a destiempo los diga, son sabiduría, y que ennoblecido por el contacto con su impetuoso señor, si es verdad, como lo apunta don Salvador de Madariaga, que a través del libro se va qui jotizando, como don Quijote a su turno se va sanchificando o haciéndose prudente, va dando salida a sentimientos inefables, aunque para mí tengo que eran desde gañán los suyos propios, copia de los cuales se encuentran en tantos hijos del pueblo. Así su salida de la ínsula. Cómo no admirar la fuerza del alma, la desnuda naturaleza, el ímpetu de la sangre que gobiernan sus exclamaciones:

“Abrid camino, señores míos, y dejadme volver a mi antigua libertad; dejadme que vaya a buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente. Yo no nací para ser gobernador ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas que de dar leyes ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir que bien se está cada uno usando el oficio para que fue nacido”. Y más adelante: “Más quiero recostarme a la sombra de una encina en el verano y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno, en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de Holanda y vestirme de martas cebollinas”. Los caminos de la rusticidad convergen de esa suerte con los de la filosofía en el *aurea mediocritas* de Horacio.

Todo esto y lo demás —lo demás es el mundo, lo demás es la vida—, lo han aducido, comentado, aplicado, escudriñado, analizado, interpretado,

cantado, grandes y pequeños escritores de Colombia. Tuviera aquí mis libros, os podría hacer una relación fidedigna y de interés. En ausencia de ellos, debo limitarme a simples recuerdos personales. "El yo es odioso", según dijo Pascal, aunque no han faltado quienes autorizadamente digan que nada es tan sabroso como hablar de uno mismo. Situándome en la mitad, declaro que es grato recordar cosas pasadas, cuando uno se pudo asomar a la ventana que daba sobre algo bello o grande, y que es lícito hablar de la propia experiencia o de las propias acciones cuando no hay otra manera de salvar la corriente o de salirse de un atolladero. ¡Si os fatigo, señoras y señores, pasad la cuenta o reclamad el daño al licenciado Quijano!

No conozco o no recuerdo las páginas de Samper, uno de nuestros más abundantes y variados escritores, mencionadas entre las que merecen serlo por Rafael Heliodoro Valle. Don Miguel Antonio Caro, formidable latinista, que tradujo en verso la *Eneida* de Virgilio, las *Odas* de Horacio, poetas de Lacio, de Francia, de Inglaterra, de los Estados Unidos, que dominaba varios idiomas y que cantó al Libertador en una Oda que la posteridad considera superior al bronce, no hizo una especialidad del estudio de Cervantes, pero sí dejó estampadas con su sello las dos grandes figuras que estamos recordando. Don Marco Fidel Suárez, humanista como Caro, y como Caro presidente de Colombia, hombre de pasmosa erudición, de corazón atormentado, que en copas de barro o de cristal bebió la hiel de la injusticia, estaba dotado del don de la ironía, retozón, mefistofélico, con sus puntas de fuego y de sarcasmo. El sí que se acercó a don Quijote y al escudero, en busca de chispa y de sosiego, de risas y de lágrimas. Páginas suyas hay donde dejó estrellada el alma. Para mí tengo que en los inmerecidos golpes y reveses de que el Hidalgo fue víctima, halló hartó consuelo para sus desventuras.

Un día don Juan Valera le dijo en Madrid a un colombiano: "El Cervantes de ahora lo tienen ustedes en Colombia y se llama Marco Fidel Suárez". Yo fui un adversario de su gobierno, pero un admirador de su estilo y de su gracia. Conté la frase de Valera en un artículo laudatorio, en que situaba a nuestro grande hombre en el Siglo de Oro español, con expresiones de pesar por haberlo visto mezclarse en la política, donde cometió errores y donde mucho sufrió, combatido al extremo de haberse visto obligado a abandonar el sillón presidencial nueve meses antes de que terminara su mandato. Creí agradarlo al decir en ese artículo, apasionado como soy por la justicia, que, para consuelo de su adversidad, bien podía decir como Sancho: "Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano; quiero decir que sin blanca entré en este gobierno y sin ella salgo, bien al revés de como salen los gobernadores de otras ínsulas". Pero cité también, aplicándolo a su caso, el

verso recordado por Maese Pedro, cuando don Quijote le deshizo el Retablo: "Ayer fui señor de España, y hoy no tengo una almena que pueda decir que es mía". Entonces se desagradó. Y en uno de sus famosos *Sueños* me comparó con un gato. Dio la explicación con dos verbos: acaricia y araña. Después, algunos años después, lo ví morir en una alcoba desmantelada, como la de don Quijote, con dos damas arrodilladas al pie del lecho, que eran la hermana y la hija. Colombia enlutó sus banderas. Los adversarios hicimos su elogio en el propio camposanto. Hubo duelo nacional, porque en el oleaje de su vida, que se arremansaba, no salieron a flote sino sus virtudes y servicios, mientras el recuerdo de sus pasiones y errores se iba al fondo.

Otro grande hombre del partido conservador a quien yo conocí, y en México recuerdan los ancianos, porque vino como delegado de Colombia a la segunda Conferencia Panamericana, fue don Carlos Martínez Silva. Publicista, institutor, hombre de Estado, hizo casi un tratado de Economía Política con sentencias sacadas del *Quijote*, comentadas con acierto. Es un ensayo magnífico y curioso. Antonio Restrepo, en el otro polo, un liberal irreverente, que de Cervantes tenía la figura y la gracia, anduvo por los campos de Montiel, habló salerosamente de la Tía Fingida, y en su enorme producción, en su oratoria y en su charla, especialmente en su charla, porque era un conversador delicioso, dejaba la impresión de haber sido un compañero de los grandes ingenios del siglo XVI, entre los cuales tuvo predilección por Quevedo. Entre los grandes cervantistas de ayer, que para felicidad de las letras colombianas, castellanas sería mejor decir, todavía viven, me limito a citar a Baldomero Sanín Cano, José Joaquín Casas y Antonio Gómez Restrepo. Son tres maestros, a quienes tirios y troyanos, güelfos y gibelinos, capuletos y montescos, hondamente respetamos.

En la llamada "generación del Centenario", que yo bauticé de esa manera por haber surgido a la vida pública en 1910, cuando se cumplía el primer centenario de nuestra Independencia, hay muchos cervantistas, que en prosa y en verso han alabado a don Quijote y a Sancho. Citaré tres: Aurelio Martínez Mutis, Julián Motta Salas y Armando Solano. El primero, laureado en un concurso en que otorgó el premio en París un jurado presidido por Rubén Darío, y luego en otro internacional, celebrado en Chile, con sus poemas de robusta inspiración, *La Epopeya del Cóndor* y el *Canto a Magallanes*, que me parece recordar que intituló *La esfera conquistada*, no quiso acordarse de que Cervantes, para librarse de Avellaneda, dejó su pluma colgada de una espetera, y declaró que su héroe yacía tendido de largo a largo, con los huesos ya podridos, para que nadie intentase procurarle una nueva aventura. O se acordó Martínez Mutis de la prohibición y alzó los hombros, porque tenía meditada para el teatro, en hermosos versos, una tercera salida.

Armando Solano es uno de los escritores más finos, más graciosos y más

diáfanos de la generación del Centenario. Humorista sutil, paradójicamente sabe enternecerse ante el aborigen taciturno, cuya melancolía ha analizado en páginas definitivas. Va ya para los sesenta años y fue mi condiscípulo. Un día, de esto hará cuatro lustros, le oí decir que cifraba su orgullo en no haber leído el *Quijote*. Al separarme de él entré en una librería, donde compré un ejemplar pulcramente editado de nuestra Biblia laica, y se lo remití a su casa, con la súplica de que leyera el Discurso sobre las Armas y las Letras y los Consejos para el gobierno de Sancho. Una semana después me dio las gracias en una carta pública, que escribió casi llorando. Se apasionó tanto por los personajes principales del libro, que leyó de pasta a pasta, que los incorporó a su espíritu, los hizo suyos y se puso a sufrir con sus quebrantos. "Este libro, me decía, es un libro triste". Sin saberlo, estaba de acuerdo con escritores peninsulares e hispano-americanos que por ese aspecto lo han considerado. Estaba especialmente de acuerdo con los alemanes, con Richter, con Schlegel, además con Sismondi, en que el *Quijote* es "el libro más triste que se ha escrito". Para acercarnos a ese pensamiento, que en su absolutismo no comparto, es bueno recordar que para Richter "el humorismo no es alegre". Y ahí ya entramos en el reino de las paradojas.

Julián Motta Salas es un humanista. El griego y el latín le son familiares. La literatura de España no tiene para él secretos. Es un purista que gusta del arcaísmo, pero bien dosificado. Escribió un libro precioso sobre la vida amorosa de Petrarca, Bocaccio, Lope de Vega, Garcilaso, el Arcipreste de Hita, con audacias que sorprendieron en un espíritu como el suyo, profundamente católico. Antes había publicado otro libro, sencillamente bautizado *Alonso Quijano el Bueno*, con capítulos que en nada desmerecen de los que escribió el ínclito ecuatoriano don Juan Montalvo y que por algunos aspectos los superan. Como una demostración de que no todos sabemos leer o de que los recuerdos se nos caen de la memoria, os diré que al comentar elogiosamente en la prensa la "imitación del libro inimitable", hecha por mi compatriota, que había metido a don Quijote en aventuras de mucho jugo y sustancia, protesté contra el irrespeto cometido por Sancho, que en alguna parte lo abofeteaba como si se hubiera encontrado con un rústico. De acuerdo estoy con Ticknor en que, a medida que uno va leyendo el *Quijote*, va sintiendo por él la misma adhesión que el cura y el barbero, y que "casi estamos dispuestos a deplorar su muerte tanto como su familia". Me atrevo a decir que más, porque en el libro, mientras duraba la larga agonía del Caballero, después de algunas lágrimas "comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar, dice Cervantes, algo borra o templaba en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto". En tanto que nosotros, los enamorados desinteresadamente del idealista, cuya única locura para mí fue el haberse vuelto cuerdo a la hora de

la muerte, sufrimos con todos los percances aun en los momentos de risa. Así sufrí yo cuando Sancho, olvidado de su condición, atacaba villanamente a su amo.

Motta Salas me contestó también públicamente, con muchas expresiones de gratitud, pero con esta advertencia: "Quizá tenga usted razón, pero el mismo pecado cometió Cervantes. Relea usted el capítulo donde don Quijote, en vista de que Sancho no se daba los azotes que eran necesarios para desencantar a Dulcinea, resolvió azotarlo él mismo". Abrí el libro inmortel y releí el capítulo. Hacen reír las razones tan premiosas y buenas del Hidalgo: "Véngote a azotar, Sancho, y a descargar en parte la deuda a que te obligaste. Dulcinea perece; tú vives en descuido; yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad, que la mía es de darte, en esta soledad, por lo menos dos mil azotes..." Pero Sancho reaccionó: "Vuesa Merced se esté quedo; si no, por Dios Verdadero que nos han de oír los sordos. Los azotes a que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy a vuesa merced mi palabra de vapulearme y mosquearme cuando en voluntad me viniere".

Esa última promesa, cazarra, marrullera, es de las más encantadoras, divertidas y alegres que hace Sancho. Pero don Quijote, poseído por su pasión, no atiende, y va acercando la mano a donde el escudero no quiere. "Viendo lo cual, dice el libro, Sancho Panza se puso de pie, y arremetiendo contra su amo, se abrazó con él a brazo partido, y echándole una zancadilla dio con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenía las manos". Don Quijote gritaba que no fuera traidor, que no se desmandara con quien le daba el pan y era su amo, lo que no convencía a Sancho, que así dijo: "Ni quito ni pongo rey, sino ayúdome a mí, que soy mi señor. Vuesa Merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora; que yo le dejaré libre y desembarazado". Con esa promesa, que es una de las caídas fundamentales de don Quijote, uno de los signos visibles de su decadencia, que es el acercamiento a la cordura, pudo librarse el señor del escudero. Y eso sí que es verdaderamente triste.

Germán Arciniegas, tan conocido ya en todo el continente por obras de mucho donaire y aticismo, entre las cuales sigo destacando, como acreedora a una sentimental preferencia, la primera, que salió con el título de "El estudiante de la mesa redonda", escribió una biografía de Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Bogotá, en la que en forma novelada pero convincente, del punto de vista de la posibilidad no de la Historia, sostiene que dicho conquistador fue el inspirador del Quijote, y saca a relucir la semejanza o parentesco entre los apellidos Quesada y Quijano, como para hacer ver que en las hazañas del primero estaba como en un dique el caudal de donde saldrán las aventuras del último.

Don Pablo Vila, institutor español, a quien Agustín Nieto Caballero llevó a Bogotá para ponerlo al frente de la primera escuela activa que hubo en Colombia, con el nombre de Gimnasio Moderno, enseñaba casi a leer en el Quijote. Les hacía representar a los alumnos comedias de su invención, de la de éstos o de la de aquél, y los estimulaba para que idearan aventuras del Caballero de la Triste Figura con los adelantos modernos. Así se formaron varios estupendos escritores, que ponían a luchar a don Quijote con el ferrocarril, con las bombillas eléctricas, con las cocinas de gas, con los aviones, en forma realmente sorprendente. Entre todos se destacaron José Camacho Carreño, escritor de primera fuerza, orador tempestuoso y soberano, y Eduardo Caballero Calderón, el primer cervantista que hoy tenemos. Se encuentra actualmente en España, de donde han de venir su *Breviario del Quijote* y un volumen que creo ha de tener el mismo título de esta mi desconsolada charla: "Don Quijote en Colombia", y que habrá de ser verdaderamente, por cuanto en él recoge lo escrito por los más peregrinos ingenios, una expresión cabal de la influencia que en mi patria ha ejercido el Manco de Lepanto, que en la literatura ha obrado un prodigio semejante al de Bochica en el pasado aborigen, cuya vara, que hirió la roca cuando las aguas de un diluvio casero habían inundado la sabana de Bogotá y sus contornos, formó el prodigioso y por todos admirado salto de Tequendama.

Un hombre tuvimos en Colombia, que nació para maestro y fue juriscónsulto, el más sabio, el más recto, el mejor informado, el de mayor talento, pero el más a disgusto en una profesión que lo alejaba de sus aficiones favoritas. Se llamaba José Ignacio Escobar y murió cuando se acercaba a los noventa años, después de haber llevado una vida de estudio y de austeridad que fue un ejemplo. Era un purista y un hombre de meditaciones, un hombre de prosa maciza y castigada, de quien dijo Sanín Cano que "tenía de la responsabilidad del escritor un concepto tan vigoroso que llegaba a ser enfermizo". Escribió muy poco, pero todo fue perfecto, así como sus juicios en materia civil y en materia penal fueron impecables, del punto de vista de la ética y del punto de vista de la lógica. Había leído, releído, comentado, discutido, el libro de Cervantes. Quería haber escrito acerca de él un ensayo terso y profundo, sin una sola grieta, pero sus ocupaciones profesionales y luego sus ajes y dolencias no le permitieron hacerlo. Dejó sí algunas páginas, que después de su muerte publicó el mayor de sus hijos en un libro pequeño. *Apuntes para un estudio sobre el sujeto del Quijote* se llama. Apenas llega a ciento sesenta páginas. No obstante lo fragmentario e inconcluso, la garra de león se advierte en él, por el dominio pleno del derecho, del tema y del idioma.

Desarrolla un pensamiento de Bouterwek, expuesto en su *Historia de la Literatura Española* como quien dice al pasar, de que el anacronismo de hacerse caballero andante don Alonso Quijano en el siglo XVII es "la feliz y original idea que sirve de fundamento a toda la obra maestra de Cervantes", para explicar lo que Bouterwek no explicó sino lo dio por aceptado, o fácilmente aceptable, solamente con decirlo. Y escribe morosamente acerca de la situación de España, país en ese tiempo ya constituido, donde el enderezamiento de los tuertos y el deshacimiento de los agravios eran función o derecho privativos del Estado, de lo cual resultaba que traer a la escena a un hombre de la Edad Media en gustos y en espíritu, cuando de Caballería se trataba, porque en lo demás razonaba como un contemporáneo del autor, era exponerlo a cometer mil delitos. Con tentativas de homicidio se inicia don Quijote, y luego con algo tan contrario al orden social como libertar a los galeotes, con la idea peregrina, aunque muy bella, de que "no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello", en lo que, según el doctor Escobar, llegaba a la conclusión de Tolstoy en *Resurrección*, de que "siendo todos los hombres culpables ante Dios, no tienen derecho a castigar a sus semejantes" y de que el medio de hacer cesar el mal es "perdonar siempre y siempre", como Jesús dijo a San Pedro.

Don Quijote venía de la Edad Media con su espada pero no con su corazón. Los caballeros andantes corrían mil aventuras por la amada. El amor era en ellos la pasión determinante y dominante, en tanto que en don Quijote era secundaria, porque su fundamental propósito era alcanzar la justicia. "Lo que prima en el libro de Cervantes, escribió el doctor Escobar, no es, como en Amadís, el interés privado sino el interés público". Dulcinea en él era una abstracción. El mismo lo dijo: "Yo soy un enamorado, no más que porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos sino de los platónicos continentes", lo que, de acuerdo con los académicos de hoy, no vale la pena. El amor intelectual no debe ser para las mujeres sino para los libros.

"Entre las incoherencias que trae consigo el anacronismo, escribió el doctor Escobar, llama particularmente la atención aquella de la cual resulta que el héroe hace el mal cuando va buscando el bien, o más precisamente, que sus actos se califican de criminales o ridículos por aquellos que lo ven en acción, a tiempo que él está ejecutando hechos que ante Dios y su propia conciencia son no sólo buenos, sino nobles, píos y heroicos". "Ministros de Dios en la tierra y brazos por quienes se ejercita su justicia", llamaba don Quijote a los caballeros andantes, cuyas hazañas imitaba y superaba, tan sólo para que los cuadrilleros de la Santa Hermandad lo llamaran salteador

de caminos. Pero él desconocía la autoridad, y en desquite por la ofensa, til-daba a los Cuadrilleros de gente soez y mal nacida.

Hace notar el doctor Escobar que el conflicto de la obra no es una lu-cha de don Quijote contra Sancho, por donde descarta la interpretación de que Cervantes quiso contraponer el espíritu a la materia en esos dos per-sonajes, sino la lucha de don Quijote, acompañado y secundado por Sancho, contra la sociedad, contra el Estado. Don Quijote, opina el jurista colombia-no, "es un anarquista teórico y militante, un utopista, cuya utopía no es una anticipación del porvenir sino una resurrección del pasado, de un pasado ya remoto". Quiso tal vez con ello reaccionar contra prácticas nocivas de su tiempo, dar graves lecciones a sus contemporáneos, y hacerlas aceptar por los caminos de la burla, en que el caballero, convertido en un juez trashumante y con ideas de otra época, tenía que aplicar una justicia bien intencionada pero defectuosa.

La anormalidad cronológica y psicológica del artificio literario hizo pen-sar a varios, entre ellos al doctor Escobar, que Cervantes, con la primitiva intención de hacer un libro de Caballería, aristocrático de suyo, guiado "por la natural propensión de toda idea a sugerir la contraria", escribió la obra más democrática que pueda imaginarse, "del pueblo, por el pueblo y para el pueblo", como exclamó aquí un académico, y en vez de remontarse hasta el pasado y moverse en él, trajo del pasado una figura para que se moviera en su país y en su tiempo, en la cual, según observación de Bodmer, crítico alemán, puso locura y cordura, mezcla que se encuentra "en todos los hom-bres, especialmente en los españoles". Pero todos hemos convenido en acep-tar que las dosis fueron diferentes. En don Quijote, la dosis de locura lo llevó a luchar contra la sociedad, cuyos defectos había observado en horas de cor-dura. Y ésa, para el doctor Escobar, es la idea fundamental del libro, aunque del libro salen y seguirán saliendo las más valiosas razones contra el mal y los más nobles impulsos hacia el bien, en un desenfrenado amor por la jus-ticia y por el idealismo.

No estuviera traspasando ya los límites señalados para estas lecturas, os hablaría de otros cervantistas, como Monseñor José Vicente Castro Silva, teólogo y escritor de gran renombre, rector insigne del Colegio del Rosario, que ha consagrado horas de meditación y páginas de mucha enjundia a la obra de Cervantes. Os hablaría de Juan Crisóstomo García, otro sacerdote elocuente y erudito. Y de Manuel Antonio Bonilla, institutor y académico, que ha continuado la obra de Cuervo como corrector del lenguaje. Y de Eduardo Guzmán Esponda, ingenio sutil, regocijado, hijo de don Diego Rafall de Guzmán, secretario perpetuo que fue de la Academia, y hombre que en la

vida ordinaria, para saludar, para alabar, para pedir informes, usaba expresiones del tiempo de Cervantes. Os hablaría, mirando de nuevo hacia atrás, de los Marroquines, clarísimos ingenios, y de Santiago Pérez Triana, orador de fama europea y americana, escritor de obras deliciosas, que pocas horas antes de morir le contestó al amigo que le preguntó qué libro estaba leyendo: "En trance como el mío no se puede leer sino el *Quijote*". Os hablaría de muchísimos poetas, que se han ocupado de su amor, de su fe, de sus dudas, de su cansancio vital, de su desadaptación al ambiente, de su aspiración a algo mejor, en poemas que cantan, unas veces para ensalzar, otras para condenar, al Hidalgo, al escudero, a Dulcinea, al ama, a la sobrina, al cura, al bachiller, a Maritornes, a Lucinda, a Dorotea a los duques, a Rocinante, a Clavileño, al asno. No hay, no conozco, dificultad que exista, un prodigio como el insigne yucateco don Braulio Roche, que se sabe de memoria todo el libro, como puede demostrarlo a quien lo quiera, como lo demostró aquí con la recitación fogosa, impecable, del capítulo donde el caballero andante hizo una larga enumeración de grandes capitanes enemigos, al arremeter con mucho brío contra un rebaño de ovejas y carneros. No creo que nadie recite en Colombia con tanta propiedad y tanto garbo ni siquiera ese capítulo. Pero todos los letrados hablan de las aventuras del libro como si las hubieran presenciado y de los personajes como si los hubieran conocido.

Hay en el sur de Colombia una pequeña ciudad, de la que es adorno y oriflama un volcán, en la que el ambiente es eléctrico. Se llama Popayán, y es por todos amada, porque de allá salieron varones inmortales: el verbo de la revolución que alcanzó la independencia, autor del formidable Memorial de Agravios, don Camilo Torres; el sabio Caldas, nuestro primer naturalista, elogiado por Humboldt; diplomáticos que deslumbraron por su figura y por su arrogancia en las cortes; caudillos tempestuosos, estadistas, poetas, entre los cuales dos de los mayores de Colombia y de la lengua castellana: Julio Arboleda y Guillermo Valencia. De esa pequeña ciudad, que se enorgullece de mujeres divinas, han salido ocho o diez presidentes de la república. Es latinista, letrado, con universidad, con portaliras. Todos cantan. Y de tal manera se distinguen por sus modales corteses, que ante cualquiera se puede exclamar: ¡Casta de hidalgos!

Pues bien: en esa ciudad viene de atrás, de muy atrás, la leyenda de que en ella está enterrado don Quijote. Allá no haría sonreír el diplomático de quien el académico Romero refirió que había querido llevar en Madrid una corona a la tumba del Hidalgo, "olvidándose de que cuna y sepulcro cupieron en el estrecho espacio de una frente, en tanto que su fama ya no cabe en el mundo". El único inconveniente es que nadie sabe dónde está la

tumba, pero nadie ignora que allá se halla enterrado. Guillermo Valencia escribió un poema de cuarenta y cuatro estrofas, en cuartetas, que bautizó: "La razón de don Quijote". El, que había dicho: "Quiero el soneto como león de Nubia: de ancha cabeza y resonante cola", y que a la arena soltó muchos felinos de esas condiciones, escogió otro metro para cantar al ídolo de un mundo.

Como el académico Alfonso Cravioto, tuvo la fortuna de encontrarse con nuestro señor don Quijote, pero no para oírle hacer en el propio lenguaje de su asombroso creador el elogio de Cervantes, sino para contarle, en una noche tormentosa y oscura, cómo después de haber hecho cosas grandes, magnificado la vida, el Dolor, el Combate, la Ley, agigantado a los seres de un mundo pequeño, convertido en oro el cobre, los pajes en amos, los rufianes en gente, enseñado la ebriedad que produce el ensueño, dado alas al gusano para ganar la altura, convertido a Montiel en Mesa del Creyente, había querido vivir la antítesis de su ideal austero y había buscado a Sancho, por quien supo todos los chismes y líos del vecindario, hasta sentir que no había nada digno de retenerlo con semejante comparsa, por lo que fingió que se moría, y se dejó enterrar, pero para fugarse hacia América, en una carabela que ganó las tierras donde estaba Belalcázar. Belalcázar fue el fundador de Quito, el fundador de Cali, el fundador de Popayán. Le gustó el mozo al Hidalgo, que invisible lo asistía, y que atraído por el ambiente hizo la promesa: "Cuando surjan mis pares, he de darles aliento". Y así ha sido. "Siete veces me han visto los hombres en tus plazas", dice el poema. Camilo Torres, Caldas, Mosquera, Obando, José Hilario López, Julio Arboleda, Carlos Albán, siete inmortales tocados de locura y de genio.

"Al andar de los años siempre surgirá un hombre con ese ardor pujante que mi cerebro inflama", le dijo el Hidalgo al poeta antes de desvanecerse en la sombra. No quiso pensar éste en que con él se estaba cumpliendo la promesa. Guillermo Valencia fue un hombre que en la conversación dejaba a veces la sensación del genio. Fue un poeta de inspiración universal y fue un orador sublime que se prendió a la patria como la hiedra al muro. Y fue un caudillo político. Fue, en cierto modo, una reencarnación de don Quijote, por el poder magnificador de su cerebro y por sus fugas frecuentes de la realidad cotidiana. Desgraciadamente no supo o no indicó dónde se halla la tumba, que en esta hora de desconcierto universal, "en este mal mundo que tenemos", como hubiera dicho Sancho, invitaría a visitarla, pero no para llevarle coronas, sino para golpear afanosamente la lápida con los nudillos, mientras la voz anhelante le diría: "¡Despierta, buen Caballero! ¡Sal de ese retiro! ¡Vuelve a empuñar la lanza! Y en una salida definitiva, ayúdanos a librar al mundo de todas sus iniquidades".

CERVANTES Y DON QUIJOTE

Por don ALEJANDRO QUIJANO.

VEINTE pueblos, que, según el verso de uno de sus grandes poetas, “rezan a Jesucristo y hablan en español”, celebran hoy el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes, uno de los mayores ingenios que han visto los siglos, y, desde luego, el más grande de los que ha producido España; y eso que, sobre todo en los tiempos en que él vivió, dio aquélla al mundo, para gracia de sus letras, poetas y dramaturgos, novelistas y teólogos en profusión.

Y como la mayor parte de los que, en el curso de las edades, han ennoblecido el pobre barro, Cervantes, Miguel de Cervantes, nació en humilde casa, fruto de un matrimonio que hubo larga descendencia y corto bienestar, en Alcalá de Henares, para entonces ciudad culta, universitaria. En ella, para decir sólo dos o tres cosas, fue otorgado el famosísimo Fuero que lleva su nombre; en ella actuó Cisneros y en ella posan sus restos; en ella, obra de Cisneros, creóse Universidad, que, sin el esplendor de otras españolas, hubo prestancia; en ella formóse e imprimióse la Biblia Poliglota, por su origen llamada la Complutense, del Complutum romano que vino a ser la ciudad que, bañada parcamente por el Henares, agregaría a su nombre propio el de su modesto río.

Allí, pues, nació Cervantes; allí corrieron sus años infantiles; allí, dentro de su hogar, y fuera, por las calles, por las plazas, por las iglesias, por los pátios, adquirió el héroe el primer dulce y amargo sabor de la vida; ése que más tarde, tras de una juventud pasada, con su hogar trashumante, en ciudades varias —Sevilla, Valladolid, Madrid—; después en la magnificéntísima Roma; luego, en lides de gloria —Lepanto— y en vicisitudes de prisión angustiosa —Argel—, y, más tarde aún, en servicios y menesteres humildes y propincuos a la asechanza y al mal, habría de ponerle en trance de producir, destilándolo de su cerebro y de su corazón por el punto de su pluma de ave, el libro más noble y puro, y más inteligente y gracioso y

SEGUNDA PARTE
DEL INGENIOSO
CAVALLERO DON
QVIXOTE DE LA
MANCHA.

Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte.

Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalva, Marques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Magestad, Comendador de la Encomienda de Peñafiel, y la Zarca de la Orden de Alcantara, Virrey, Governador, y Capitan General del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.

Año



1615

CON PRIVILEGIO,

En Madrid, Por Iuan de la Cuesta.

Yendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey N. S.

Portada de la segunda parte del Quijote, tomada de la edición facsimilar.

más sutil en su mundanería, que ha leído hombre en idioma español, y uno de los mayores libros que han sido escritos en cualesquier idioma.

Cosa semejante decía yo, cuando, el 16 de abril de 1916, en el día del tercer centenario de su muerte, tuve el honor de hablar, abriendo la serie de lecturas con que nobles ingenios —huelga decir, y muy verdaderamente, que salvo el pobre mío— integramos una semana cervantina. Y hoy, pasados treinta años, sigo pensando y sintiendo como entonces, más consciente y hondamente que entonces —¿no nos decía Don José Rubén Romero, en noche reciente, con la inteligencia y el donaire tan suyos, que los viejos no leemos el Quijote como cuando jóvenes?—, y disputando al Mancebo magnífico como gloria solitaria, orgullo y pasmo de los hombres.

Por él ganó España nombre heroico, pues entre su maravillosa almáciga de ingenios, es él el primero. Por él los siglos habrían de correr dando fama a la lengua y a las letras hispánicas, situando a éstas a nivel con las más conspicuas; la griega de Homero, la latina de Virgilio, la inglesa de Shakespeare, la italiana del Dante, la francesa de Molière, la portuguesa de Camoens, la alemana de Goethe.

Mas, ¿qué decir de nuevo sobre Cervantes; qué puede decir una palabra tan modesta como la mía?, si, como lo apuntaba en noche anterior uno de mis señores colegas académicos, se han escrito bibliotecas y se han agotado todos los comentarios, todos los loores en torno de su excelsa obra, de sus obras, mejor dicho, porque Cervantes escribió poesía, teatro, novela. Así, os traigo sólo algunas leves reflexiones sobre tema tan conturbador.

No obstante que en la época en que vivió Cervantes, la de la máxima grandeza espiritual, política y literaria de España, se dio cita en aquella tierra próspera, una pléyade de ingenios de toda índole, nuevo, extraordinario esplende el genio creador del “ingenioso hidalgo Don Miguel de Cervantes Saavedra”, como le llamó su devoto comentarista Navarro Ledesma.

Porque hacer bellos poemas es un alto privilegio, sin duda, pero es privilegio a muchos concedido; porque crear notables obras dramáticas, barajando criaturas y sucesos de la vida corriente, o sucesos y criaturas singulares si queréis, no es cosa de todo punto inusitada; porque escribir libros admirables, encendidos en la llama del amor divino, da a sus bienaventurados autores una jerarquía que trasciende lo humano, mas ello, con ser de calidad indiscutible y suprema, ha estado y está, lo decimos con total respeto, al alcance de muchos seres, galas de la humanidad, astros prendidos en la cima del horror y del mal, para que levantemos a ellos alma y conciencia enfermas de nostalgia de cielo. . . Mas “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” es obra señera, sin precedente. En la dilatada historia de las letras humanas no se había dado otra no digamos par, ni aun semejante en el género, en la envergadura, en la perfecta humanidad de sus personajes, síntesis y resumen

de todas las vidas: blanco y negro, benevolencia y maldad, pequeñez y nobleza, llanto, risa, gracia, ensueño, locura, barro y estrella; y junto a todo eso, la gravidez de intenciones, ¿insospechadas quizá por el propio autor? ¡Y tal acervo de cosas admirables en su realidad relevante o inferior, vertido en un lenguaje vivo, caudaloso, ejemplar!

Cervantes, medularmente español, gloria de su casta, vació en sus dos personajes centrales, verdaderos arquetipos, cuanto de hermoso y grande, y cuanto de trivial y pequeño alentase en el vivir de su pueblo. No sólo de su pueblo, sino de todos los pueblos y de todas las edades. En el yelmo de Don Quijote flamea el airón de todas las altezas morales, la noble hombría, el valor, la caridad, el invicto amor a la justicia, la fidelidad diamantina a su amor terrenal, y amor no a una mujer viviente, sino a una ideal criatura hija de sus desvariados ensueños.

En la hobachona humanidad del pobre escudero va bullendo toda la marejada de la vida ordinaria, no siempre interesada y mezquina, falaz y cobarde. Sancho es el hombrecillo de todos los días, hombre sin historia —si no la entallara en materia perdurable el genio de Cervantes. Mas no es cierto que en Sancho todo sea vulgaridad y sentimiento a ras de suelo.

No han faltado, entre los exégetas de la obra magna del alcalaíno, quienes, como Salvador de Madariaga, como Unamuno, señalen que hubo un mutuo contagio entre ambos; algo como un fenómeno de ósmosis psicológica, he dicho por allí, entre el caballero y su criado; a las veces discurría Don Quijote con ánimo terrenal, como persona común; Sancho, por lo contrario, parecía por momentos aliviado de su burdo materialismo, y fantaseaba, se idealizaba casi.

¿Recordáis uno de los para mí más bellos y más dolorosos capítulos del Don Quijote, el del encantamiento de Dulcinea? Noche congojosa para el escudero, en las afueras del Toboso, cavilando cómo saldrá del aprieto cuando amanezca y tenga que conducir a su amo al alcázar de Dulcinea.

Expectante, lleno de zozobra, va el asendereado caballero a postrarse por primera vez ante su amada, a declararle su inmensurable amor, a ofrecerle la gloria de sus vencimientos y de sus hazañosas aventuras.

Y Sancho, que con toda su vulgaridad y su gordura, y a pesar de sus mil proverbios sensatos, se ve en el caso de trotar sobre un pobre jumento detrás del entusiasmo del caballero, porque “el entusiasmo ideal arrastra tan poderosamente que la razón positiva con sus asnos se ve siempre obligada a ir a remolque”, según el decir de Enrique Heine; Sancho, en un golpe de audacia y de agudeza, trasunto de los de su señor, discurrió encantar a la dama ideal bajo la forma de una zafia labradora, la primera que aparece en el campo, por la mañana, sobre una pollina, ante su desventurado caballero, que, de hinojos, la contempla con los ojos desorbitados por el dolor y el es-

panto, achacando a los malos encantadores, sus enemigos, su mortal desilusión; desilusión sólo para él, ya que Sancho jura que la pollina es hacanea, y que la Princesa y sus doncellas "son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado; y sus cabellos sueltos otros tantos rayos de sol..."

Sancho, cuya credulidad de hombre palurdo había corrido parejas con la loca imaginación de su amo, no es pérfido en ese apurado trance. ¿Cómo confesarle a su señor que todo ha sido invención suya, y patrañas urdidas por él para ajustarse al tono de su locura, y que Dulcinea no existe?

No, no es pérfido; no lo es consolando al desdichado caballero y anunciándole a cada paso el pronto desencanto de su dama; como no lo es llorando auténticas lágrimas al saber que su amo está en trance de muerte.

¿Quién sabe por qué secreta gracia nació de la mente de Cervantes esa dualidad de personajes ideales, verdaderos arquetipos, no obstante ello tan vivos, tan genuinamente humanos, en la más ancha acepción del término, y que no morirán jamás?

Y para concluir estas breves páginas, quiero imaginarme, e invitaros, señoras y señores, a que os imaginéis conmigo, a Miguel de Cervantes, viéndolo un momento en su morada celeste.

Si la augusta sombra tuviese ojos con que reír y llorar, acaso llorase con la sublime locura, con el dolor de su héroe inmortal; quizás sonriese, enternecido, recordando la ingenuidad del escudero socarrón, en vuelo sobre el inmóvil pegaso Clavileño, por las "altanerías" del espacio, viendo al pasar, con los ojos vendados, "las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla", las siete cabrillas y las demás fúlgidas estrellas.

Imaginémoslo, a él, tan humilde, tan inadvertido en sus días de la tierra, dándose cuenta, con ánimo entre melancólico y azorado, de todos los homenajes que la humanidad dedica hoy a su egregia memoria. "¿Soy yo, se preguntará, soy yo ése de quien tanto hablan? ¿Es para mí todo este ruido?" Sí, eres tú, glorioso y triste caballero; es para ti la admiración, para ti el amor, para ti la gratitud de cuantos han reído, y han pensado, y han llorado con tu libro sin par.

TRIPTICO

Por don FRANCISCO CASTILLO NÁJERA.

TRIUNFO DE SANCHO

*Horizonte sin luz, sin esperanza;
malandrines versados en vilezas,
hacen mofa de líricas proezas:
son las suyas el medro y la pitanza.*

*Palurdo redivivo, Sancho Panza
olvida las llanuras y malezas;
con vedados recursos y listezas,
pingüe fortuna y posición alcanza.*

*Su siglo con el nuestro parangona:
la moral pulcritud, en el presente,
se mira con escarnio y menosprecio;*

*el socarrón, en actitud burlona,
su necedad la juzga omnisapiente,
y reclama su título de necio.*

LA ÚLTIMA SALIDA

*Por mandamiento de virtud extraña,
convulso espasmo de la madre tierra
libra despojos que la tumba encierra,
restos mortales que guardó su entraña.*

*Don Quijote presiente la campaña,
proficua en lauros, y la cota cierra;
feliz, empuña su lanzón de guerra,
cómplice fiel de fortitud y maña.*

*Retorno inútil a moderna vida:
en trance de locura fraticida,
labran los hombres porvenir siniestro;*

*Quijote, de armadura desprovisto,
levantando la cruz de Jesucristo.
se arrodilla y murmura: Padre Nuestro...*

A CERVANTES

*Tu carácter, mellizo de tu acero;
rivalizan los dos, en la pelea;
espíritu y espada, los moldea
lumbre de prodigioso reverbero.*

*Resumes el valor en el guerrero,
ungido como Palas Atenea,
el amor ideal, en Dulcinea,
y el sentido común, en el pechero.*

*No menguan el empuje soberano,
la propia invalidez: enjuta mano,
y, con dicterios, enemiga saña;*

*si es tu Quijote síntesis del mundo;
la humanidad, en símbolo profundo,
es, por conciencia del honor, España.*

BIOGRAFOS DE CERVANTES
Y
CRITICOS DEL QUIJOTE

Lema: "Ni abundante ni por tasa".

Por don JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA.

LA cantidad de material que abarcan los temas: *Biógrafos de Cervantes y Críticos del "Quijote"*, parece abrumadora a primera vista. La mágica fórmula por obra de la cual quedó encerrado en el jarrón de cobre el *efrit* del cuento oriental, sería necesaria para reducir a la estrecha cárcel de sesenta cuartillas toda una biblioteca, pues no equivale a menos cuanto acerca de Cervantes y del *Quijote* se ha impreso. Mas, pasado el azoro inicial, la reflexión hace ver que no se requieren los encantamientos de *Las Mil y Una Noches* y que la simple enumeración de los temas poda la bibliografía cervántica —apretada selva— de una buena mitad, acaso, de sus frondas. La mención concreta del *Quijote* descarta lo mucho que sobre las demás obras del insigne complutense hay escrito. De igual modo, la indicación de "biógrafos" elimina a la incontable legión de quienes movieron el ágil o torpe cálamo para hurgar en temas cervantinos que no sean la ajetreada existencia del "manco sano, el famoso todo".

Apartado así material abundantísimo, todavía queda mucho más del que cabría en la cántara de papel. ¿Cuál será el conjuro que reduzca y condense al *efrit* no ya de humo sino de tinta? ¿La composición de una bibliografía, necesariamente escueta? ¿La selección de los más eruditos biógrafos de Cervantes, de los más perspicaces críticos del *Quijote*, encerrando entre las curvas simbólicas de una & a quienes no quepan en la reseña, o bien amparándolos bajo los anchos pliegues de la frase cara a los cronistas mundanos: "Y otras muchas personas que sentimos no recordar"?

La reflexión torna a mostrarnos "la diritta via". En esa ingente masa de libros y folletos la calidad es desigual y, como en todo, son escasos los sobre-

salientes. Sólo ellos han de atraer nuestra atención. Por otra parte, la tropa de biógrafos de Cervantes, la de críticos del *Quijote* ¿no llegan a una cumbre, a un libro que supere a los otros, que de ellos sea coronamiento y resumen? El linaje del cual Mayáns es origen, culmina en el copiosísimo acervo de erudición titulado *Miguel de Cervantes Saavedra. Reseña documentada de su vida*, que el mundo de habla española debe al competente hispanista inglés don Jaime Fitzmaurice-Kelly. La docta compañía de comentaristas de *El Ingenioso Hidalgo*, por Pellicer encabezada, conduce hasta la monumental *nueva edición crítica con el comento refundido y mejorado y más de setecientas notas nuevas* (Madrid, 1927-28), dispuesta por don Francisco Rodríguez Marín, a cuya talla podríamos ajustar el elogio de don Marcelino Menéndez y Pelayo para nuestro don Joaquín García Icazbalceta, llamándole "Maestro de toda erudición cervantina". Y aun hay otra serie, cuya obra capital es la *Vida de Don Quijote y Sancho*, por don Miguel de Unamuno.

Expondremos, pues, cómo la labor de los biógrafos de Cervantes y de los críticos del *Quijote*, desde los primeros tanteos amalgamados con no pocos errores y multitud de conjeturas, han conducido hasta esas obras admirables, no superadas aún y —si documentos inéditos no aportan nuevas luces— acaso insuperables.

Si se tiene presente que don Leopoldo Ríos y de Llosellas necesitó 250 páginas en 4º para presentar las *Biografías y noticias biográficas* y las *Notas y comentarios a "Don Quijote"* en el tomo II de su *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra* (Barcelona, 1895-1904), se perdonará que nuestra exposición resulte incompleta, sobre todo en autores de lengua no castellana, así como carente de pormenores biográficos. Estos, para la mayor parte de los escritores mencionados aquí, podrán encontrarse en las enciclopedias y en los manuales de Historia de la Literatura.

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Base de todo trabajo como el presente es la bibliografía, y algunas obras de ese género citaríamos si la circunstancia de estar desmenuzado su contenido en la extensa *Bibliografía Crítica* de Ríos, no hiciese preferible limitar a ésta el examen.

El primer tomo apareció en 1895. En sus 406 páginas reunió el autor 1,112 cédulas que contienen "la descripción bibliográfica razonada de todas las ediciones de las obras de Cervantes, de que tengo noticia, de los autógrafos y de los escritos atribuidos al autor del *Quijote*". Sobre las 647 ediciones de *El Ingenioso Hidalgo* publicadas hasta entonces, da Ríos completa información y pormenores curiosos, que lo revelan como uno de los mejores

y más autorizados críticos en cuanto concierne al libro en sí, esto es, en sus características de libro.

El segundo tomo es de 1899. Tiene 384 páginas. Las *Biografías y noticias biográficas* examinadas son 203, y 400 las cédulas sobre *Notas y comentarios a "Don Quijote"*. Las demás secciones son: *Notas a las obras menores de Cervantes*; *Imitaciones del "Quijote"* —es interesantísimo cuanto Ríos dice acerca del seudo "licenciado Alonso Fernández de Avellaneda"—, *Imitaciones de las obras menores* y, finalmente, *Farsas, mascaradas y piezas dramáticas o líricas, inspiradas por las obras o la vida de Cervantes*.

Don Eudaldo Canibell y don Juan Oliva y Milá, bajo la dirección de don Marcelino Menéndez y Pelayo, revisaron y ordenaron el material que Ríos dejó al morir y, en 1904, sacaron a luz el tercer tomo de la vasta obra. La rúbrica *Popularidad de Cervantes en España en los siglos XVI y XVII* ampara parte de las referencias laudatorias que sobre nuestro autor y sus escritos es dable espigar en libros de ambas centurias. Parte, decimos, porque don Francisco Rodríguez Marín, en nota del tomo VI de su *Nueva edición crítica del Quijote* (Madrid, 1927-1928), afirma que faltan muchos datos, y lo prueba citando algunos elogiosos conceptos de autores no mencionados por Ríos. Siguen: *Cervantes juzgado por los españoles*; *Cervantes juzgado por los extranjeros*, importante sección que permite conocer los juicios de unos 150 escritores, de diversos países, desde 1665 a 1896; *Censuradores de Cervantes*, curiosísima colección de las pullas con que le zahirieron sus malquerientes y de las infladas tonterías que la petulancia y la vanidad inspiraron a unas cuantas "velas de sebo con pretensiones de faro", como de otra que tal dijo nuestro José Juan Tablada; *Cervantes polígrafo*; *Moralidades deducidas y sacadas de las obras de Cervantes*; *Apócrifos atribuidos a Cervantes*; *Miscelánea cervántica*; *Enumeración de poesías dedicadas a Cervantes*; *Periódicos cervantinos*; *Fiestas y solemnidades en honor de Cervantes*; y *Monumentos a Cervantes*. Da fin al tomo la reproducción parcial del discurso con el que don Marcelino Menéndez y Pelayo contestó el de ingreso de don José María Asensio y Toledo en la Real Academia Española (1904).

Como de inteligente cervantista y de bibliógrafo competentísimo, la obra aquí someramente reseñada presta y seguirá prestando muy útiles servicios, si bien parte de su información resulta ya insuficiente, según lo indica —por lo que toca a escritores alemanes— don Américo Castro en nota de su libro *El pensamiento de Cervantes* (Madrid, 1925).

La relativa pobreza de nuestras bibliotecas públicas obliga, a quien emprende un trabajo de la índole de éste, a fiarse de referencias espigadas en bibliografías, puesto que aquella circunstancia le veda el conocimiento directo de ciertas obras. Por esa razón, varios de los títulos citados a lo largo de las páginas siguientes salieron de la desordenada lista, no exenta de errores, con

que termina el artículo *Cervantes de* [sic] *Saavedra (Miguel de)* en la *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana* (Espasa-Calpe, S. A.); de la *Iniciación bibliográfica*, rica en datos recientes, que figura al final del ensayo biográfico *Cervantes*, de autor anónimo, publicado por la Editorial Ramón Sopena, S. A. (Barcelona, 1941); y de la *Bibliografía Cervantina en Hispanoamérica*, valiosa aportación del competente bibliógrafo don Rafael Heliodoro Valle al *Homenaje a don Francisco Gamoneda* (México, Imprenta Universitaria, 1946). A última hora fue dable consultar *Cervantes: a Bibliography* (Nueva York, 1946), obra del profesor Raymond L. Grismer, de la Universidad de Minnésota. Es un excelente instrumento de trabajo, aunque contiene pequeños errores y omisiones. Menciona algo más de una veintena de bibliografías cervánticas.

BIÓGRAFOS DE CERVANTES

El acopio de material biográfico.

En los escritos de los coetáneos de Cervantes apenas hay datos biográficos acerca de él. Los que nos han llegado son de poca monta. Sabemos, por ejemplo, que en su vejez usaba anteojos para leer porque Lope de Vega escribía al duque de Sessa el 2 de marzo de 1612: "Yo leí unos versos con unos antojos de Cervantes que parecían huevos estrellados mal hechos". La lectura fue en la *Academia Selvaje* —así llamada porque se reunía en casa de don Francisco Silva, hermano del duque de Pastrana—. El préstamo, sea dicho de paso, es prueba de que en aquellos días se había templado la malquerencia de Lope hacia Miguel.

De bastante mayor peso que esa anécdota es lo que asienta Fr. Diego de Haedo en su *Topographia e historia general de Argel*, impresa en Valladolid en 1612: "del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia"; encomia su audacia y valor, "por cosas que intentó para dar libertad a muchos", y recoge los nobles conceptos del abnegado Dr. Antonio de Sosa acerca de la energía y grandeza de alma que mostró su compañero de prisión en la "gomía y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo".

Pero la escasa linfa de esas y otras fuentes similares, sin excluir lo que de sí mismo cuenta Cervantes, no podría apagar nuestra sed de saber. La vida del "regocijo de las Musas" se ha reconstruido poco a poco, reemplazándose las conjeturas por evidencias a medida que tenaces investigadores exhumaban de los archivos documentos fehacientes. Aquí recordaremos algunos.

El doctísimo benedictino Fr. Miguel Sarmiento encontró en la *Topo-*

graphia de Haedo la mención de que Miguel era natural de Alcalá de Henares. Sus amigos, don Agustín de Montiano y Luyando, y, después, don Manuel Martínez Pingarrón, buscaron en los libros parroquiales de aquella ciudad y descubrieron la partida de bautismo. Se publicó ésta por primera vez en el *Discurso segundo sobre las tragedias españolas* (Madrid, 1753), de Montiano, quien, por cierto —y basta el rasgo para juzgarle— prefería el *Quijote* de Avellaneda al de Cervantes.

Un escritor que ha sido incorporado al grupo de los “censuradores”: don Blas Antonio Nasarre y Ferruz, en el “crítico razonado prólogo”, dice Ríos, que puso a su edición de las *Comedias, y entremeses de Miguel de Cervantes Saavedra, el autor del Don Quixote, divididas en dos tomos, con una Dissertacion, o Prólogo sobre las Comedias de España* (Madrid, 1749), dio dos datos “hasta entonces desconocidos”: 1º, que Miguel fue discípulo de López de Hoyos, y 2º, el texto de la partida de defunción.

La de rescate fue publicada por don Josef Miguel de Flores en la *Aduana Crítica, donde se han de registrar todas las Piezas Literarias cuyo despacho se solicita en esta Corte. Hebdomadario de los sabios de España* (Madrid, 1764).

De capital importancia resultaron la *Información* de 1578, que ilustra sobre los servicios militares de Cervantes; la de 1580, respecto a su comportamiento en Argel; y el memorial de 1590 con que pretendió empleo en América.

Los primeros biógrafos dieron a conocer nuevos documentos: Pellicer, entre varios más, la escritura dotal de Miguel en favor de su esposa y breves extractos del absurdo proceso que en Valladolid se inició contra la familia Cervantes con motivo del asesinato de don Gaspar de Ezpeleta; de los Ríos, la partida de casamiento. De las aportaciones de Navarrete dice Ríos: “Muchos y preciosos son los nuevos documentos y noticias que en esta *Vida* salen a luz”.

Don José María Asensio y Toledo publicó once *Nuevos documentos para ilustrar la vida de Miguel de Cervantes Sáavedra; con algunas observaciones y artículos sobre la vida y obras del mismo autor, y las pruebas de la autenticidad de su retrato por J. E. Hartzenbusch, e ilustrados con la copia del retrato que pintó Francisco Pacheco, sacada de un dibujo de Eduardo Cano* (Sevilla, 1864). Por supuesto, el retrato resultó apócrifo.

El Sr. Travadillo reprodujo en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid, 15-VI-1874) las capitulaciones matrimoniales de Isabel de Saavedra con Luis de Molina, desvaneciendo así la leyenda de que tomó el velo en el convento de las Trinitarias de Madrid. Varios documentos más sobre la hija de Cervantes y la ascendencia de éste (Ríos, II, 98 y 108) encontró don Julio de Sigüenza en el archivo del antiguo Consejo de Castilla,

y los insertó en *La Ilustración Española y Americana* (Madrid, 1882, 83, 87 y 89).

Don Patricio Ferrer y Ruiz Delgado halló en Simancas cinco documentos relativos a las gestiones de doña Leonor de Cortinas para que fuese rescatado del cautiverio argelino su hijo Miguel (Ríos, II, 101). Los publicó la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* en 1883.

Los cincuenta y seis *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos* (Madrid, 1897), recogidos y anotados por el P. Cristóbal Pérez Pastor, completados con los ciento cinco que bajo el mismo título publicó en 1902, permitieron colmar no pocas lagunas en la vida de nuestro autor.

Don Emilio Cotarelo y Mori resumió las nuevas aportaciones documentales en el libro *Efemérides cervantinas* (Madrid, 1905), "tan útil para toda investigación cervantina", dice don Ricardo Rojas en su obra *Cervantes* (Buenos Aires, 1935). Después inventarió *Los puntos oscuros de la vida de Cervantes* (Madrid, 1916).

Un estudio crítico de don Norberto González Auriol expuso los *Recuerdos autobiográficos de Cervantes en "La Española Inglesa"* (Madrid, 1913).

Con el título de *Cervantes en Sevilla*, don Adolfo Rodríguez Jurado sacó a luz en la misma ciudad, en 1914, el *Proceso seguido a instancias de Tomás Gutiérrez contra la Cofradía y Hermandad del Santísimo Sacramento del Sagrario... de Sevilla*. Como es sabido, Tomás Gutiérrez, antiguo comediante y después mesonero, fue amigo de Cervantes, y éste rindió testimonio en favor suyo, diciéndose, por cierto, natural de Córdoba, para que sus palabras tuviesen mayor peso, puesto que cordobés era Gutiérrez.

A expensas de la Real Academia Española se publicaron en 1914 los *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos* recopilados y anotados por don Francisco Rodríguez Marín, quien ya en 1899 y 1900 había cedido al P. Pérez Pastor las primicias de su cosecha de investigador en el riquísimo Archivo de Protocolos de Sevilla: doce copias de escrituras relativas a Cervantes. Aquel mismo título puso don Verardo García Rey a los papeles que sacó a luz (Madrid, 1929); como se ve, no muestran mucha imaginación los eruditos.

La enumeración que acabamos de hacer es muy incompleta. Sólo aspira a mostrar cuán lento fue el acopio de documentación y por qué hasta el presente siglo no se pudo contar con una *Vida de Cervantes* que, si bien con lagunas aún, principalmente en la niñez y adolescencia de Miguel y en los oscuros años de 1598 a 1603, rezumase plena verdad, la sencilla, humilde verdad humana.

La primera biografía de Cervantes se escribió un largo siglo después de su muerte, ya bien entrado el XVIII.

Se cuenta que un noble inglés, Lord John Carteret, más tarde Conde de Granville, quiso obsequiar a la Reina Carolina de Inglaterra, esposa de Jorge II, con un ejemplar del *Quijote* lujosamente impreso, porque faltaba ese libro en la biblioteca regia. Al efecto, encargó a don Gregorio Mayáns y Siscar —“el erudito más eminente de su tiempo”, dice Fitzmaurice-Kelly en su libro *Miguel de Cervantes Saavedra. Reseña documentada de su vida*; citaremos según la traducción de don Federico Fernández de Castillejo (Buenos Aires, 1944)— que escribiese una *Vida de Cervantes* y costeó la edición de la *Vida y hechos del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha* que, ilustrada con sesenta y ocho grabados y un imaginario “retrato” de Miguel, sacaron a luz Jacob y Richard Tonson, libreros de Londres, en 1738.

El erudito cervantista inglés don Enrique Spencer Ashbee —refiere don Eduardo Benot en su *Estudio acerca de Cervantes i el “Quijote”* (Madrid, 1905)— deshace la mayor parte de esa tradición en el opúsculo titulado *Some books about Cervantes* (Londres, 1900). La reina, que murió el 20 de noviembre de 1737, poseía un ejemplar del *Quijote*, empastado, con sus iniciales, ejemplar que Ashbee encontró en una librería de lance e hizo restaurar. No sólo no se menciona a Carolina en aquella edición —y es lógico suponer que si le hubiera estado destinada no faltaría alguna frase alusiva—, sino que aparece dedicada a la Condesa de Montijo, “antes embaxadora [de España] en esta corte”; y la dedicatoria es, evidentemente, obra de los editores y no del palaciego bibliófilo. No hay constancia alguna de que el trabajo se hiciese por indicación de éste y a su costa, aparte de que la casa Tonson disponía de elementos sobrados para llevarlo a cabo por propia cuenta. No se ha probado, en fin —concluye Ashbee—, que el supuesto mecenas tuviese conexión alguna con esa edición. Sin embargo, puede argüirse contra Ashbee el dato significativo de que Horacio Walpole, al contraer Lord Carteret segundas nupcias, le llamase burlescamente “our great Quixote”, según leemos en *The Encyclopaedia Britannica*, artículo *Granville, John Carteret, Earl of*, (11th. ed., 1911).

Solamente queda en pie el hecho de que el munífico Lord encargó a Mayáns la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* que figura en el *Quijote* de Tonson y que fue impresa varias veces, la primera (Briga-Real [probable arcaísmo del erudito valenciano, por Ciudad-Real], 1737) bajo el título de *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, natural de Madrid* [sic]. La cita don Francisco A. de Icaza en *Las “Novelas Ejemplares” de Cervantes, sus críticos*,

sus modelos literarios, sus modelos vivos y su influencia en el arte (Madrid, 1901).

En su dedicatoria al "Exmo. señor don Juan, Barón de Carteret", manifiesta Mayáns que formó la biografía "recogiendo lo que de sí mismo dice Cervantes en sus obras" (Ríos, II, 10). Tomó, pues, al pie de la letra el verso en que, tras despedirse de Madrid para emprender el *Viaje del Parnaso*, agrega el poeta: "hoy de mi Patria y de mí mismo salgo". La realidad es que alude ahí a toda España.

Quizás con el mismo fundamento le supuso madrileño Lope de Vega en la silva 8 del *Laurel de Apolo*, como en la nota 58 de su *Reseña* lo recuerda Fitzmaurice-Kelly, para quien la *Vida* de Mayáns "contiene, desde luego, una parte considerable de conjetura y algunas afirmaciones erróneas".

Don Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, en su docto y ameno libro póstumo *El cachetero del "Buscapié"* (Santander, 1916), opina que el "eruditísimo y siempre difuso y atildado" Mayáns, "desempeñó su cometido según era de esperar de su erudición y celo, aprovechando los escasos materiales de que a la sazón podía disponer".

En 1765, don Vicente de los Ríos "empezó a ocuparse con infatigable actividad —dice de la Barrera, ob. cit.— en la redacción de un elogio histórico" de Cervantes. Lo leyó en marzo de 1773, al ingresar en la Real Academia Española, en la cual el *Elogio* "excitó y dio origen a la idea de la correcta y suntuosa edición del *Quijote* que la misma publicó después. Deseosa la Academia de que la apreciable tarea de Ríos, que debía constituir el principal ornamento de la nueva edición, tuviese una forma algo más propia de su objeto, insinuó al autor que no la continuase bajo la de *Elogio*, sino que, con el título de *Memorias de la vida y escritos de Cervantes*, la dividiese en tres partes: la primera, comprensiva de la relación histórica, la segunda, del análisis y juicio crítico, y la tercera, de las pruebas y documentos que apoyaban los hechos en la *Vida* referidos. Condescendió Ríos, y bajo ese plan re hizo la primera parte, leyéndola en junta de 21 de marzo de 1776, y en el inmediato año presentó igualmente varias observaciones y notas que debían entrar en la sección última de su trabajo".

Pero la edición de la Academia tardaba en salir. Y en 1778, don Juan Antonio Pellicer y Saforcada —la *Enciclopedia Espasa* le llama Pellicer y Pillares— publicó su *Ensayo de una Bibliotheca de traductores españoles donde se da noticia de las traducciones que hay en castellano de la Sagrada Escritura, etc., etc. Preceden varias noticias literarias para las vidas de otros escritores españoles*. Una de esas noticias, "enriquecida —dice de la Barrera— con los datos y documentos descubiertos por diferentes hombres de letras, entre ellos el diligente Ríos, en aquellos últimos tiempos", comprende, según Fitzmaurice-Kelly, "algunos documentos oficiales que arrojan luz sobre varios incidentes

relativos a la vida de Cervantes", y es el germen de la *Vida* de que, para seguir en lo posible el orden cronológico, más lejos hablaremos.

La magnífica edición de la Academia apareció en 1780. El trabajo de don Vicente de los Ríos, si bien supera al de Mayáns y da a conocer documentos inéditos, puede considerarse, en cierto modo, como el arquetipo de los producidos por la "innumerable caterva" de alucinados que a lo largo del siglo XIX habían de elaborar una leyenda de Cervantes, después desmoronada laboriosamente a golpes de erudición. El preparó la pólvora para cargar *El Buscapié*, más tarde lanzado por don Adolfo de Castro, divertida historia que es gustosísimo escudriñar pero que detonaría en estas páginas.

La *Vida de Cervantes*, por Pellicer, mejora la compuesta por Ríos. Aparece al frente de la "nueva edición" del *Quijote* "corregida de nuevo, con nuevas notas, con nuevas estampas, con nuevo análisis y con la vida del autor, nuevamente aumentada", impresa por don Gabriel de Sancha en Madrid, en 1797. Revisada, fue reimpressa aparte por el mismo tipógrafo en 1800 y se reprodujo en la edición del *Quijote* hecha por Bossange (París, 1814), y en la neoyorquina del *Persiles* (1827).

Aunque Pellicer, según Fitzmaurice-Kelly, "improbó algunos errores públicamente aceptados e hizo la buena obra de substituir, en muchos casos, las suposiciones por los hechos", varias de sus conjeturas merecieron críticas. Don Manuel Josef Quintana, en su opúsculo biográfico sobre Cervantes —a su tiempo trataremos de la versión publicada en 1852— le califica de "buscón y anecdotero", porque discurre si Fray Luis de Aliaga, confesor del rey Felipe III, sería el supuesto Alonso Fernández de Avellaneda, autor de la falsa segunda parte del *Quijote*. Justo es reconocer que esa hipótesis tuvo destacados partidarios, y no fue abandonada hasta que don Francisco Ma. Tubino la demolió en su libro *Cervantes y el "Quijote"*. *Estudios críticos* (Madrid, 1872). Más severo es don Francisco A. de Icaza, pues en *Las "Novelas Ejemplares" de Cervantes* afirma que "casi todos los errores de D. Martín Fernández de Navarrete, de su sobrino D. Eustaquio, de Arrieta, de Aribau, de Morán, de Asensio, Rosell, etc., tienen su fuente directa o indirecta en la biografía escrita por Pellicer".

La Real Academia Española publicó en 1819 la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra, escrita e ilustrada con varias noticias y documentos inéditos pertenecientes a la historia y literatura de su tiempo*, por don Martín Fernández de Navarrete. La primera parte se titula *Narración histórica de los sucesos y juicio crítico de las obras*; la segunda contiene las *Ilustraciones, pruebas y documentos que confirman los hechos que se refieren a la vida de Cervantes*.

Fitzmaurice-Kelly opina que "en este sabio trabajo, un cotejo cuidadoso de los documentos utilizables en esa época puso la vida de Cervantes sobre una base firme. Sus méritos fueron reconocidos inmediatamente; tomó puesto como autoridad decisiva en el asunto y es la fuente de todas las posteriores bio-

grafías de Cervantes publicadas en muchas lenguas durante el siglo diez y nueve". En opinión de don Américo Castro —*El pensamiento de Cervantes* (Madrid, 1925)— la obra de Navarrete no ha sido "renovada fundamentalmente", juicio injusto para Navarro y Ledesma y, sobre todo, para el escritor inglés que acabamos de citar, acerca del cual escribe, anfibiológicamente: "entretanto satisface la curiosidad del público la biografía del benemérito Fitzmaurice-Kelly". Entiéndase: la *Reseña* que éste escribió de la vida de Cervantes, reseña que por lo completa y lo escrupulosamente documentada tiene algunos méritos más que el de satisfacer la curiosidad del público: es el cabal conjunto de cuanto hace treinta años se sabía, y si de algo peca es precisamente de rigor científico al no aceptar aserto que no se apoye en un documento fehaciente.

No ha quedado Fernández de Navarrete libre de reparos. Don Ricardo Rojas le reprocha "el error de considerar los versos de Cervantes en contraste con la gloria de su prosa, cuando debió juzgarlos solamente en comparación con los otros versos de su época. El aseguró que Cervantes había renunciado al verso en la madurez y atribuyó esta supuesta claudicación al influjo de la crítica. Todo eso no es sino una lamentable serie de errores". Tiene razón el escritor argentino, y baste al caso recordar que el *Viaje del Parnaso* pasa del millar de tercetos y es de 1614, cuando el poeta contaba sesenta y seis años.

Tubino (ob. cit.) es mucho más categórico: para Navarrete "lo dudoso conviértese en clara evidencia, la conjetura en afirmación incontestable". En realidad, cuanto escribe Navarrete acerca de la conducta de Cervantes respecto al falso Avellaneda, denota fértil imaginación.

Don Antonio Martín Gamero, en el artículo titulado *Cervantes y el Lic. Murcia de la Llana* —huelga recordar que éste fue el nada feliz "corrector" de la primera parte del *Quijote*—, inserto en la *Crónica de los Cervantistas* (No. 1, Cádiz, 1871), señala que Navarrete se equivocó al cotejar ejemplares de la primera y segunda ediciones de Juan de la Cuesta, tomando la una por la otra. Ríos asienta que ese error no fue advertido durante muchos años, hasta que lo aclaró el competentísimo bibliógrafo don Vicente Salvá.

Todavía un error más, que el escritor francés Emile Chasles expone en su libro *Michel de Cervantès, sa vie, son temps, son oeuvre politique et littéraire* (París, 1866): toma en serio Navarrete y lo aduce como testimonio de la consideración que la obra cervantesca merecía en Francia, la burlona ocurrencia de Pierre-Jean Grosley, que a mediados del siglo XVIII publicó en las paródicas *Mémoires de l'Académie des Sciences, Inscriptions, Belles-Lettres, Beaux-Arts nouvellement établie à troyes en Champagne un Projet de voyage en Espagne pour constater un fait importante de l'histoire du chevalier D. Quichotte*, en el cual proponía un premio para quien hiciese el viaje a la Mancha a fin de localizar la tumba de Grisóstomo, y al Escorial, para buscar en la biblioteca del monasterio el manuscrito árabe de Cide Hamete Benengeli. . .

A partir de Navarrete, sus émulos se multiplican. En 1899, Ríos registraba un total de 203 biógrafos. No podemos aquí, angustiosamente cortos de espacio, enumerar siquiera los nombres de quienes forman ese apretado batallón, menos aún exponer las características de sus libros. Citaremos solamente algunos, omitiendo los que sean mencionados en otro lugar, así como los resúmenes que figuran en las diversas Historias de la Literatura Española. Y ante muchos títulos habremos de pasar sin detenernos, como el tren expreso por las *estaciones de bandera*.

Don Mariano de Rementería y Fica puso una corta biografía, “sumamente apreciable por sus levantados conceptos y juiciosas observaciones”, dice Ríos (II, 26), al frente del folleto intitulado *Honores tributados á la memoria de Miguel de Cervantes Saavedra en la capital de España en el primer año del reinado de Isabel II, y vida de aquel célebre militar y escritor* (Madrid, 1834). “Informa en ese opúsculo sobre la inauguración del monumento elevado a la memoria de Cervantes en la casa que ocupa el lugar de aquella donde murió”, dice don Cayetano Alberto de la Barrera en una nota bibliográfica (*Crónica de los cervantistas*, No. 3, Cádiz, 1872).

Don Buenaventura Carlos Aribau y Farriols, director, con don Manuel Rivadeneyra, de la *Biblioteca de Autores Españoles* que éste editaba, la inauguró con su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, inserta al frente del primer tomo (Madrid, 1846). “Aunque escrita con pretensiones modestas, dice Ríos (II, 33), es sin embargo excelente y dignísima de aprecio esta nutrida y hermosa biografía, ya por su exposición clara y elegante y su correcto estilo, ya por sus elevados juicios”. Hoy se advierten en ella, sobre todo, los errores propios de una documentación incompleta.

Con el título de *Miguel de Cervantes Saavedra* compuso don Pablo Pierrer una “noticia biográfica” (*Clásicos españoles*, Barcelona, 1846). “Aunque sucinta, está expuesta con claridad, gusto y maduro juicio”, opina Ríos (II, 33 bis), y agrega: “Por la abundancia y exactitud de datos compite con las más celebradas; pero a las más supera en la bondad de la dicción, en lo oportuno de las reflexiones y en el acierto de sus juicios”.

Don Manuel Josef Quintana escribió en su juventud la *Noticia de la vida y obras de Cervantes* para una edición del *Quijote* (Madrid, 1797). “Era—dice en el tomo XIX de la *Biblioteca de Autores Españoles* (Madrid, 1852), que contiene sus *Obras completas*— una noticia demasiado sucinta, que por el tono de declamación y por la inconsiderada ligereza de sus censuras daba a entender bien claro los pocos años que entonces tenía su autor”. Con el título de *Cervantes*, “ampliada, rectificada y casi refundida del todo”, figura

en el precitado volumen. "Nada de nuevo, al parecer —apunta el cantor de la vacuna—, hay ya que decir sobre Cervantes: los acontecimientos de su vida han sido averiguados con la más exquisita diligencia por sus diferentes biógrafos". Sería cruel subrayar la involuntaria comicidad de tal opinión. Don Ricardo Rojas le moteja de incomprensivo al juzgar las comedias y las poesías: "Aun cuando sus fatigados esfuerzos —dice Quintana— no sean del todo infructuosos y produzcan a las veces algunos versos y períodos felices, la obra en general se resiente de la incapacidad natural de Cervantes para versificar". Señala asimismo Rojas que no advirtió don Manuel Josef el tono irónico en el *Viaje del Parnaso* y por ello opinó que la *Adjunta*, apéndice en prosa del poema, "se lee con más gusto que todo lo demás".

Ríos considera "apreciable trabajo" la *Vida de Cervantes recopilada y añadida con nuevos datos*, por don Jerónimo Morán, que figura en la edición del *Quijote* por don José Gil Dorregaray (Madrid, 1862-1863). Mención especial merece el editor, porque llevó a cabo la hazaña tipográfica de evitar en los finales de líneas, a lo largo de 1,300 páginas, las palabras incompletas. La *Vida* se publicó por separado en 1867.

Morán toma como base de su trabajo el de Navarrete y añade nuevos datos, parte de ellos suministrados por don Eustaquio Fernández de Navarrete; informan principalmente sobre las modestas y molestas comisiones oficiales que Cervantes desempeñó en Andalucía. Incluyó asimismo el mandamiento de arresto expedido el 15 de septiembre de 1569 contra un tal "Miguel de Zerbantes" que hirió en Madrid a cierto Antonio de Sigura, lo cual motivó que fuese condenado a diez años de destierro después de que el verdugo le hubiese cortado la mano derecha. Se trata, indudablemente, de un caso de homonimia.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch redactó una biografía que figura en la edición grande del *Quijote* (Argamasilla de Alba, 1863), dirigida por él e impresa por don Manuel Rivadeneyra en la cueva de la casa de Medrano, cuando aún se creía que Cervantes estuvo preso en aquel lugar.

La verdad sobre el "Quijote". Novísima historia crítica de la vida de Cervantes (Madrid, 1878), por don Nicolás Díaz de Benjumea, es, dice Ríos (II, 86), "un trabajo notable y que puede también ser consultado por todos los que intentan hoy trazar la biografía de Cervantes, descartando, empero, ciertas conjeturas aventuradas". El autor la revisó, modificando algunas apreciaciones, y la publicó bajo el título de *Vida de Cervantes* al frente de su edición anotada del *Quijote* (Barcelona, 1880-1883).

Esta enumeración podría tal vez decuplicarse; mas basta para establecer la continuidad entre Navarrete y los biógrafos modernos.

Dan Ramón León Máinez, al margen de sus labores periodísticas, llevó a cabo una importante obra cervántica, editando en Cádiz, de 1871 a 1878, la amena *Crónica de los Cervantistas*, rica mina de curiosidades cuya segunda serie, iniciada en 1904 en Jerez de la Frontera, fue menos brillante. En 1877-1879 editó, asimismo en Cádiz, el *Quijote*, con notas. En 1901 sacó a luz en Jerez *Cervantes y su época*, coronamiento de toda una vida de cervantismo.

En el prólogo —más tarde impreso en un folleto bajo el título, ya citado, de *Estudio acerca de Cervantes i el Quijote*—, don Eduardo Benot recuerda que Máinez compuso una *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* que era “la más completa i fehaciente que se había escrito hasta entonces”, pero “decidió no admitir en su libro nada que del crisol de una crítica severísima no saliese perfectamente depurado. Nótanse, pues, en la *Vida* publicada en 1877, deficiencias, no defectos”. En *Cervantes y su época*, agrega, “no sabe la crítica qué admirar más: si las grandes dotes de laboriosidad y paciencia que en el autor sobresalen, o su clarísimo talento i espíritu investigador, o bien la perseverancia de su férrea voluntad”. Juzga que “la nueva biografía de Cervantes es una maravilla de meditación y acierto”. La considera “un trabajo minucioso, lleno de curiosidad, de datos, de observaciones, castizo en la frase, elegante i atildado en el estilo, juicioso en las reflexiones, sensato en la indagación i atinado en el modo de ver i de juzgar los hechos i actos de la vida de Cervantes”.

Máinez reprodujo íntegro el texto del injusto proceso formado a Cervantes en Valladolid, cuyo manuscrito guarda la Real Academia Española y del cual hasta entonces únicamente se conocían los extractos publicados por Pellicer y sus epígonos. Don Cristóbal Pérez Pastor lo insertó asimismo en el segundo tomo de sus *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos* (Madrid, 1902).

A pesar de aquel innegable mérito —ya que el libro no tuviese los que Benot señala ni otros que en gracia a la brevedad omitimos—, don Américo Castro (ob. cit., 8 n.) califica a *Cervantes y su época* de “obra de aficionado que no responde a las exigencias modernas”. ¡Como si no fuesen aficionados todos los cervantistas, “ingenios legos” puesto que no existe bachillerato, licenciatura ni doctorado en erudición cervántica!

En 1904 se publicó en La Plata la llamada “primera edición sudamericana” del *Quijote*, “precedida de la *Vida de Cervantes*” por don Luis Ricardo Fors de Casamayor, literato español radicado en la República Argentina. La Federación Universitaria de Buenos Aires sacó a luz en 1916 una nueva edición, ilustrada, de ese jugoso trabajo.

La Vida de Cervantes y Juicio del "Quijote" por el profesor cubano don José Antonio Rodríguez García, se imprimió en La Habana sin fecha, verosímilmente en 1904; allí mismo fue reeditada en 1916. Es un perspicaz ensayo, si bien contiene el doble error de asentar que *La Tía Fingida* "es a todas luces de él [Cervantes] y una de las mejores *Novelas Ejemplares*".

Al conmemorarse, en 1905, la publicación de la primera parte del libro inmortal, don Francisco Navarro y Ledesma dio a las letras castellanas la más bella y conmovedora de las biografías que del "escritor alegre" se hayan escrito. *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, obra maestra por el arte segurísimo con que cobran vida el insigne alcalaíno y sus coetáneos, por la exactitud en la descripción del medio histórico y por el colorido y movimiento en la pintura de las escenas. Obra maestra, asimismo, por el estilo y por la habilidad con que la erudición está utilizada como un aliciente más: el de lo curioso; inclusive los textos de documentos, incorporados al relato, parecen ahí bien venidos.

El propósito del autor, adelantándose a su tiempo, fue el de componer una biografía que podríamos llamar "anovelada", puesto que da el relieve de la acción novelesca a no pocos episodios y describe, "como si lo estuviésemos viendo", escenas imaginarias —pero ¡cuán bien imaginadas!—, tal aquella en que el abuelo de Miguel recibe la carta de su hijo Rodrigo con la noticia del nacimiento del nuevo netezuelo. Cumple su generoso propósito el bello libro: hacer amar a Cervantes.

Forzoso es reconocer que lo deslucen algún tanto varios errores. De pluma unos, como el de llamar holandés al cosmógrafo Mercator, que era flamenco, esto es, belga; o el de incluir al oidor Pérez de Viedma entre quienes vieron triunfante a Don Quijote en la descomunal batalla con los cueros de vino, y escucharon su discurso de las Armas y las Letras. Otros errores son propios de la época en que el libro fue escrito. Por ejemplo, supone el biógrafo (Cap. XXXIV) que Cervantes y don Juan de Jáuregui eran amigos hacia 1588, y añade: "sin duda que don Juan persuadió a Miguel con ejemplos tomados de su traducción del *Aminta*, de Tasso, tan celebrada hoy, y de su magnífica versión de la *Farsalia*, de Lucano..." La erudición ha remozado a Jáuregui al punto de que, para defender la autenticidad del retrato de Cervantes que se le atribuye, se usó como argumento la mediocridad del trabajo pictórico, puesto que Jáuregui, bautizado el 24 de noviembre de 1583 y no en 1570 como en tiempos de Navarro y Ledesma se creía, al pintar el retrato era adolescente y, por tanto, poco ducho aún en el arte de los pinceles.

También adolece el libro de otras deficiencias: no se da a las comedias y entremeses el alto valor que tienen para ilustrar sobre las ideas de Cervantes; y no siempre señala Navarro y Ledesma sus fuentes. Esta falta de apoyo documental impide saber, en ciertos casos, cuándo refiere un hecho incon-

trovertible y cuándo la conjetura, revestida de verosimilitud, reemplaza a la prueba, si bien el autor asegura que en su narración "nada hay fantástico ni siquiera improbable" y que utilizó los documentos dados a conocer por Pérez Pastor, "algunos muy curiosos" que publicó don Julián Apráiz y noticias de don Francisco Rodríguez Marín sobre la residencia de Cervantes en Andalucía.

"Nada o casi nada nuevo" podrá aprender en esas páginas el "cervantista de oficio o erudito de profesión"; pero ahí se encontrará "el poema de la vida de Cervantes" en toda su grandeza, "la verdad, contada con buena fe", adornada con las galas de la poesía. Y el lector compartirá gustoso el juicio que en su estudio sobre las *Novelas Ejemplares* emitió don Francisco A. de Icaza, nunca pródigo de elogios: "libro por otros conceptos admirable en hondura psicológica y en expresión jugosa y viva".

Don José Gómez Ocaña publicó una corta *Vida de Cervantes* (París, 1912), y *El autor del "Quijote"*. *Antecedentes de un genio* (Madrid, 1914).

En 1916, el centenario tercero de la muerte del "español Boccaccio" produjo una floración de biografías. De ellas mencionaremos, a ojos cegarritas: *Cervantes y su época*, por don Joaquín López Barrera, publicada en Madrid; en Valparaíso, Chile, la *Biografía de Cervantes*, por don Fidel Pinochet LeBrun; en Zaragoza, la *Vida y milagros de nuestro señor don Miguel de Cervantes*, obra de don José García Mercadal, quien sacó también, años más tarde, un breve *Cervantes* (Madrid, 1930); y, en Barcelona, la *Vida y semblanza de Cervantes*, por don Miguel de los Santos Oliver, que don Aurelio Báig Baños, en su *Ideario de Cervantes. Conceptos y fragmentos selectos de las distintas obras que en vida y después de la muerte del "Príncipe de los Ingenios" vieron la luz pública para galardón eterno de su autor* (Madrid, 1930), califica con entusiasmo de "insuperable".

Celebró México el centenario con una velada oficial, de la que hablaremos en la Segunda Parte; una sesión extraordinaria de la Academia Mexicana, Correspondiente de la Española; y una brillante *Semana Cervantina* organizada por la Universidad Popular Mexicana.

En la Academia, don Manuel G. Revilla leyó *Lo que enseña la vida de Cervantes*, impreso después en el libro intitulado *En pro del Casticismo* (México, Botas, 1917). El atildado escritor siguió en ese ensayo biográfico las huellas de Navarro Ledesma. Por cierto que cita incompleto, y trastocados los versos, el soneto contra Cervantes que comienza: "Yo que no sé de la-, ni li-, ni le-", y asienta que Miguel "dio a la publicidad *Persiles y Sigismunda*", cuando en realidad es obra póstuma.

Dos de los seis trabajos leídos durante la *Semana Cervantina* y que fueron recogidos en un volumen bajo el título de *Miguel de Cervantes Saavedra* (México, Imp. Victoria, 1916), son de índole biográfica. Lo encabeza el

bello discurso de don Alejandro Quijano —reproducido también en el libro intitulado *En la Tribuna* (México, Botas, 1919)—, que alía lo certero de las opiniones, como de tal minerva, a la pulcritud de la expresión, como de tal pluma. Señalaremos el delicado rasgo de comenzarlo adaptando al tema las líneas iniciales del prólogo a la primera parte del *Quijote*.

También don Carlos González Peña contribuyó al éxito de la *Semana Cervantina*, con su *Vida de Cervantes*. Seduce por el limpio, galano estilo, y hace recordar un apotegma de don Francisco A. de Icaza en *El Quijote durante tres siglos* (Madrid, 1918): “La brevedad nunca fue un defecto si la claridad la acompaña”.

El Dr. Alfonso Pruneda escribió una *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, publicada asimismo en 1916 por la Universidad Popular Mexicana. Llena cumplidamente su propósito de divulgación.

De tipo análogo a ésta, para un público sencillo, de adolescentes, aspira a exaltar “el grado supremo de la energía y la nobleza humana” la *Vida de Cervantes* (Barcelona, 1917) por don Manuel de Montolíu, autor de un “inteligente manual” —dice don Carlos Vossler en su *Introducción a la Literatura Española del Siglo de Oro* (Buenos Aires, 2a. ed., 1945)— de *Literatura Castellana* (Barcelona, 1929). Sigue de cerca el relato de Navarro y Ledesma, y aunque utiliza referencias de Fitzmaurice-Kelly, no son las bastantes para eludir el error de afirmar que Isabel de Saavedra profesó en las Trinitarias, cuando en realidad se casó dos veces.

Enumeraremos, sucintamente, otras biografías: *Vida y obra de Cervantes*, y *Bibliografía*, por don A. Herrero Miguel, en una edición del *Quijote* (Barcelona, 1925); *Miguel de Cervantes. Su vida gloriosa* (Barcelona, 1926; varias veces reimpresa), por don M. L. Morales; y *Vida y desventuras de Cervantes* (Barcelona, 1933), por don Mariano Tomás. *Cervantes*, biografía un tanto “anovelada” que apareció sin nombre de autor, bajo la sigla ERSSA (Editorial Ramón Sopena, S. A., Barcelona, 1941), contiene la novedad de afirmar que la hija de Cervantes, al enviudar por segunda vez, profesó en el convento madrileño de las Trinitarias. La amenidad es desquite de la brevedad en el *Cervantes* de don Antonio Espina (Madrid, 1943).

En la colección de *Vidas Españolas e Hispanoamericanas* que en México publicaban las Ediciones Nuevas, salió a luz en 1944 el *Bosquejo biográfico de Cervantes*, obra de don Benjamín Jarnés. Bastante nutrido de citas, es somero. Más que una biografía, es un ensayo en torno a la amarga y dura vida del gran alcalaíno, sobre su psicología y su genio. No pretende aportar datos antes ignorados ni esclarecer puntos controvertidos ni revelar documentos inéditos; pero, como de tal autor, está bien escrito y se lee con agrado.

De don Ramón de Garcasol es la *Vida heroica de Miguel de Cervantes* (Madrid, 1944). Don Sebastián Juan Arbó, en su reciente *Cervantes* (Bar-

celona, 1945), se ajusta a la pauta adoptada por Navarro y Ledesma. Su libro supera al de éste en la exactitud de las informaciones, puesto que es cuarenta años posterior, pero, aunque escrito con galanura, no le mejora en el estilo, que alguna hipérbole poco feliz desluzca: pinta Arbó a Miguel en Lepanto "desangrándose por cien heridas"; sobran noventa y siete. Tampoco es afortunado al opinar acerca de las desavenencias entre Lope de Vega y Cervantes, pues toma partido por aquél y atribuye a éste desahogos poéticos que muy verosímilmente no fueron suyos. Salvado lo cual, hay que decir que Arbó cala hondo en la psicología del genio, si bien no lleva la admiración hasta el fanatismo. Su libro es de gustosa y apasionante lectura. En buen número, reproducciones de paisajes manchegos y de la Vieja Castilla, con las que don Gabriel Casas acertó a elevar la fotografía hasta el arte, ponen en el libro una justa impresión de ambiente.

La prensa ha anunciado que el docto biógrafo y traductor de Shakespeare, don Luis Astrana Marín, ha compuesto una biografía de Cervantes en siete volúmenes de 500 páginas, en 4o. mayor. Llevará tres mil grabados y un millar de documentos. La información periodística califica a éstos de "inéditos", mas nos resistimos a creer que haya podido levantarse cosecha tan fabulosa; hasta que veamos los libros, supondremos que se trata de la reproducción de todos los documentos cervantinos ya publicados, que, en la actualidad, bien pueden acercarse al millar.

*Biógrafos de Cervantes en
idiomas distintos del castellano.*

No cabría en los estrechos límites de este trabajo examinar cuantas biografías de Cervantes y estudios sobre el *Quijote* se han escrito en lenguas distintas del castellano. Nos limitaremos a mencionar, "a título de muestra", algunos libros de esa índole, en francés o en inglés.

No merece recuerdo la *Vie de Cervantes* por Florián, puesta al frente de su compendiosa imitación de *La Galatea* (París, 1783): es un medio-crísimo y somero resumen de la compuesta por don Vicente de los Ríos.

El *Essai sur la vie et sur les ouvrages de Cervantès*, por el señor Simon Auger, de la Academia Francesa, apareció en París en 1825. Ríos (I, 529) lo califica de "excelente trabajo crítico-biográfico".

Un famoso hispanista, el gran escritor francés Prosper Mérimée, dio a la edición Sautet del *Quijote* (París, 1826), su *Notice historique sur la vie et les oeuvres de Cervantès*. Se publicó después en la edición del *Quijote* por Biard (París, 1878), y con el título de *Cervantès* está recogida en el libro póstumo *Portraits historiques et littéraires* (París, 1874). Mérimée es más

certero al juzgar la obra cervantina que exacto en la información biográfica, rica en errores: dice, por ejemplo, que Miguel nació el 8 de octubre, y que la galera *Sol* fue abordada por los piratas casi a la vista de Mallorca. Da por cierta la prisión en Argamasilla. Indicio de que siguió el trabajo de De los Ríos es que recoge la especie de la lectura del *Quijote* en la tertulia del Duque de Béjar, y la patraña del *Buscapié*.

El señor Luis Viardot dio a conocer en París, en 1836, su *Notice sur la vie et les ouvrages de Cervantès*, junto con su traducción del *Quijote* ilustrada por Johannot; se insertó, en 1863, en la edición ilustrada por Gustavo Doré, que ha alcanzado numerosas reimpresiones. Traducida al español, al par que las notas de Viardot al *Quijote*, se publicó en la edición de Barcelona, 1839, repetida en 1842; datos de Ríos.

Ni la documentación de Viardot es siempre correcta, ni certeros sus juicios. Opina que *La Tía Fingida* es una de las mejores novelas de Cervantes, con lo cual incurre en el doble yerro que acabamos de señalar, pues ni esa obra es de nuestro autor, según lo demostró don Francisco A. de Icaza en su libro *De cómo y por qué LA TÍA FINGIDA no es de Cervantes, y otros nuevos estudios cervantinos* (Madrid, 1916), ni admite comparación con el *Coloquio de los perros*, por ejemplo, o con *Rinconete y Cortadillo*. Supone que Miguel vivió en Argamasilla de Alba desde 1598 a 1603, lo cual es mucho suponer, tanto más cuanto que asimismo supone que "situando allí la patria de su gentilhombre en demencia, tuvo la idea de ridiculizar a los hidalgueros de ese pueblo". Y recoge —semilla distribuida *urbi et orbi* por don Vicente de los Ríos— la conseja sobre la lectura parcial del *Quijote* ante el Duque de Béjar, y su corolario: la diatriba de un eclesiástico a Cervantes, quien lo bosquejó en el capellán cuya intempestiva reprimenda a Don Quijote dio lugar a la respuesta que "capítulo por sí merece"; errores que corrían por verdades.

Con el título de *Vida y análisis de las obras de Cervantes*, las páginas a él consagradas en la *Historia de la Literatura Española* de otro competente hispanista, el norteamericano George Ticknor —traducida al castellano por don Pascual de Gayangos y don Enrique de Vedia (Madrid, 1851-1856)—, figuran al frente de la edición del *Quijote* en español (Nueva York, Appleton, 1864; reimpresión varias veces), cuyo texto corrigió y anotó don Eugenio de Ochoa.

Don José Miguel Guardia, nacido en la isla de Menorca, colega de su *conterráneo* el célebre doctor Orfila y, como él, naturalizado francés, antepuso una *Notice biographique* de Cervantes, escrita en el idioma de su patria adoptiva, a su traducción del *Viaje del Parnaso* (París, 1866).

Aparte el mérito de haber sido la primera biografía completa del genial complutense, en francés, la ya mencionada obra de Emile Chasles: *Michel*

de Cervantès, sa vie, son temps, son oeuvre politique et littéraire (París, 1866), ofrece otros, comenzando por el de presentar una bien documentada pintura de Argel a fines del siglo XVI, así como de la piratería turca y de sus causas. El capítulo dedicado al cautiverio es acaso el mejor del libro. Analiza el autor las obras de Cervantes en las que hay pormenores sobre las costumbres argelinas, y de ellas da extensos extractos, bien traducidos. Inclusive inserta, al hablar de Lope de Rueda —pues supone que Miguel le vio representar *Las Aceitunas* en la plaza de Alcalá de Henares, en 1560— una comprensiva traducción de ese gracioso *paso*.

Sin duda por tales cualidades y por apreciaciones certeras, como la de que Cervantes combatió el espíritu de ilusión en su patria y en sí mismo, le llama don Américo Castro, tan desdeñoso hacia los cervantistas, “un estimable libro francés”, destacándole así entre los poquísimos que menciona como obras de conjunto que merezcan ser leídas. Pero omite decir que muchas partes carecen ya de valor, pues en ellas aparecen los numerosos errores que eran comunes antaño. Admite Chasles, por ejemplo, cual verdad incontrovertible, que *La Tía Fingida* es de Cervantes, y no lo es; asienta que Miguel escribió en una prisión “un libro entero y fue un libro inmortal”, pero sólo parcialmente se escribió el *Quijote* en la cárcel de Sevilla; declara que no tendríamos la segunda parte “sin la impertinencia de un falsario que trató de componer la continuación y forzó a nuestro autor a tomar de nuevo la pluma para hacer una obra maestra completa”, y sabido es que Cervantes ya había redactado medio centenar de capítulos de la segunda parte cuando apareció el libro del supuesto Avellaneda; dice que el héroe recibió en Lepanto cuatro heridas, y fueron dos en el pecho y una en la mano izquierda; llama Alvarez de Bassano a don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz; etc.: la lista completa sería larga. El “estimable libro francés” pierde bastante en estimación.

La *Life of Cervantes*, de Fitzmaurice-Kelly, se publicó en 1892. Contiene extensa bibliografía. Se basa, por supuesto, “sobre la colosal obra de Navarrete”, dice Ríos (II, 198), utilizando también los datos aportados por Morán y por Máynez. Aunque admite algunas conjeturas aventuradas y es prolija en episodios secundarios, cuando no marginales, como la expedición a la isla Tercera, este trabajo, agrega Ríos, “es de los más importantes y serios que referentes a Cervantes se han escrito en Inglaterra; sin que deslustre la obra la prolijidad de ciertos episodios que he censurado”.

Pocos años después, la publicación de los documentos descubiertos por el benemérito Pérez Pastor la volvió anticuada; y esta es la probable explicación de que Fitzmaurice-Kelly redactase más tarde una obra del mismo género, la cual no quiso titular “biografía” sino *A memoir* (Oxford, 1913). Serena hasta ser fría; sobria al punto de rozar la sequedad; objetiva, ya que

sólo asienta hechos comprobados, lo que la vuelve fidelísima; erudita, puesto que la prueba acompaña al aserto; muy sagaz, en fin, por lo que toca al análisis e interpretación de los textos, la *Reseña* del eminente hispanista inglés convence y place. Es obra hasta hoy no superada. Forzoso es reconocer que achica, reduciéndola a talla humana, la colosal figura: mas "a fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta ni tan prudente Ulises como le describe Homero". . .

La biografía compuesta por Mrs. Margaret Oliphant (Edimburgo y Londres, 1870), da "en poco espacio una clara idea del autor y de sus producciones", dice Ríus. "Copiosa y razonada" es la que el destacado polígrafo don Manuel Pinheiro Chagas preparó para una edición portuguesa del *Quijote* (Oporto, 1876-1878). La escrita por el señor Henry Edwards Watts (Londres, 1888) es un "trabajo detallado y metódicamente desarrollado", si bien acoge "algunas erróneas especies". En 1897 apareció en París el *Essai sur la vie et les oeuvres de Cervantès d'après un travail inédit de don Luis Carreras*, por G. B. Dumaine. "La parte biográfica, en general poco nutrida de datos, no ofrece novedad para nosotros", dice Ríus, quien señala numerosos errores pero considera "bien descritos" los últimos años y anuncia que extracta en la sección de su *Bibliografía* titulada *Cervantes juzgado por los españoles*, los "notables y apreciables juicios" que el libro contiene.

En 1905 se publicó en Londres y en Nueva York *The Life of Cervantes* por Albert Frederick Calvert. Don Américo Castro dio a la colección *Maitres des Littératures* un breve y erudito *Cervantès* (París, 1931). El señor Bruno Frank escribió *Cervantes. Ein Roman* (Amsterdam, 1934), biografía "anovelada" en la que predominan las escenas imaginarias y los pormenores erróneos, y cuya traducción del alemán al inglés, *A man called Cervantes* (Nueva York, 1935), llevó a cabo la señora H. T. Lowe-Porter. Tradujo esa versión al español la señorita Laura Jorquera, con el título de *Un tal Cervantes* (Santiago de Chile, 1937), reminiscencia del "tal de Saavedra" de quien, en el *Quijote*, habla el ex cautivo Pérez de Viedma. En italiano se denominó *Cervantes: una vita piu interessante di un romanzo* (Milán, 1937). La misma obra, traducida por don Pablo Keins y prologada por don Nicolás González Ruiz, fue titulada *Cervantes* (Madrid, 1941).

Quédase intacto medio centenar de papeletas; pero hay que pasar a otra cosa.

*Obras relativas a pormenores
de la vida de Cervantes.*

Más que de libros de buen cuerpo, como suelen ser las biografías, se trata en esta sección de obras que, a menudo, no exceden de los límites

del folleto. Aun omitiendo los artículos de revista, brinda tal vergel abundantes frutos a la insaciable bulimia de lectura; recogeremos los más sazonados.

La familia de Cervantes estaba en cierto modo vinculada a Córdoba, en donde el abuelo, Juan de Cervantes, residió mucho tiempo y ejerció su profesión de abogado. Cordobesa era la abuela, Leonor de Torreblanca. Inclusive, como ya vimos, en un documento público Miguel se dijo natural de aquella ciudad, piadosa mentira para que su declaración en favor de un amigo cordobés tuviese mayor fuerza. Discute el punto don Alfonso Adamuz Montilla en *¿Córdoba, patria de Cervantes?* (Córdoba, 1915). Y en su discurso de recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (Sevilla, 1914), don Adolfo Rodríguez Jurado defiende la tesis de que Miguel nació en Córdoba. Citaremos también el estudio crítico-biográfico *Cervantes en Córdoba* (Madrid, 1914), de don Norberto González Aurioles. Mas, como en tantas otras cuestiones cervantescas, don Francisco Rodríguez Marín puso aquí los puntos sobre las íes con sus folletos *Cervantes y la ciudad de Córdoba* (Madrid, 1914) y *El andalucismo y el cordobesismo de Miguel de Cervantes* (Madrid, 1915).

Otras ciudades se disputaron la gloria de haber sido su cuna, en primer lugar Alcázar de San Juan. De cuanto se ha escrito al respecto sólo citaremos un curiosísimo libro. Se titula nada menos que *Historia de la verdadera cuna de Miguel Cervantes Saavedra y López, autor del DON QUIJOTE DE LA MANCHA, con las metamorfosis bucólicas y geórgicas de dicha obra, vida y hechos del Príncipe de los Ingenios Españoles, con una refutación analítica de las biografías que de este autor se han impreso hasta el día*, por don Francisco Lizcano y Alaminos (Madrid, 1892). Basado en la falsa partida de bautismo de Miguel, hijo de Blas Cervantes Saavedra y de Catalina López, fechada el 9 de noviembre de 1558, que existen en Alcázar de San Juan, emplea Lizcano 457 páginas en la pretensión de demostrar cuanto el título de su libro promete. De haber nacido en aquella fecha, Cervantes hubiera tenido poco menos de catorce años el día de Lepanto; mas Lizcano arguye que los antiguos no paraban mientes en minucias tales como la corta edad. —Desperdicia una bonita ocasión de citar a Corneille: *La valeur n'attend pas le nombre des années*.—Ve en la historia del ex cautivo Pérez de Viedma, que reproduce *in extenso*, la propia biografía del alcazareño. No niega que Miguel de Carvantes [*sic*] y Cortinas, natural de Alcalá de Henares, cayese preso de los argelinos en la galera *Sol*, pero sostiene que el verdadero autor del *Quijote* fue cautivado en Lepanto, como Pérez de Viedma lo cuenta de sí mismo. En fin, aplica a su personaje documentos auténticos del alcalaíno, tal el relativo al ingreso en la Hermandad de Esclavos del Santísimo Sacramento. De señalar es la forma en que ajusta a su tesis el prólogo de las

Novelas Ejemplares: “que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve meses más, y por la mano”. Añadiendo *meses*, rebaja años.

Como “no hay libro tan malo que no tenga algo bueno”, un punto roza éste que merece atención: es innegable que en la partida de bautismo conservada en Alcalá de Henares se lee Cervantes: pero es sensato atribuirlo a la mala caligrafía del bachiller SeRano.

La más antigua reproducción exacta de ese documento se debe a don José Velasco Dueñas: *Facsímile de la partida de bautismo de Miguel de Cervantes Saavedra, de su firma y de la de su mujer doña Catalina de Palacios y Salazar* (Madrid, 1852).

En cuatro números de la *Ilustración Artística* (Barcelona, mayo y junio, 1887) disertó don Luis Carreras sobre la *Primera educación de Cervantes*. Según don Francisco Rodríguez Marín —que en *Cervantes y la Universidad de Osuna*, aportación al *Homenaje a Menéndez y Pelayo* (Madrid, 1899), dio a conocer datos biográficos de escritores salidos de aquella Casa de Estudios, a la que nuestro autor hizo blanco de veladas ironías—, Cervantes estudió en Sevilla. Con estas mismas cuatro palabras como título sacó a luz (Madrid, 1905) un folleto en el que demuestra que Miguel residió en la vieja Híspalis en 1564 y 65, cuando contaba diecisiete años, de lo cual infiere que allí “hubo de cursar sus estudios de gramática y letras humanas, que luego perfeccionó en la corte”. Pero en un artículo de 1899 recogido en *Del Siglo de Oro* (Madrid, 1910), doña Blanca de los Ríos de Lampérez se pregunta: *¿Estudió Cervantes en Salamanca?* y conjetura que frecuentó aquellas aulas poco antes de casarse, entre 1582 y 1584. Lo que de cierto se sabe es que el Maestro López de Hoyos —de quien se ocupa en un folleto así titulado don Fidel Pérez Mínguez (Madrid, 1916)— le llamaba su “caro y amado discípulo”.

Cervantes y su viaje a Italia (Madrid, 1916) es un “estudio histórico-crítico” de don Norberto González Aurioles. Don Juan García escribió el folleto *Lepanto y Cervantes* (Gerona, 1946). En *El Manco de Lepanto* (Mérida de Yucatán, 1905), don Gabino de J. Vázquez refuta un artículo cuyo autor, no mencionado, afirma: “pero están en un error los que imaginan a Cervantes con el brazo mutilado. Tenía la mano izquierda entera, aunque inútil”. Vázquez cita el prólogo del *Persiles* donde Miguel refiere que el estudiante pardal le asió “de la mano izquierda”, y dice: “debe entenderse claramente que de la parte del *mutilado brazo izquierdo* que le quedaba”. Aduce argumentos, y concluye: “Es por tanto y de todo punto incuestionable, que Cervantes perdió la mano izquierda en el lugar ya dicho”, *id est*, en Lepanto.

No deja de ser curiosa la supervivencia de aquel error, que ameritó, por parte de don Alejandro Quijano, varias eruditas páginas tituladas *La*

mano izquierda de Cervantes (*En la tribuna*, México, Botas, 1919); reúne ahí multitud de referencias con las que prueba, de modo irrefutable, que no le fue amputada a Miguel esa mano, si bien le quedó paralizada y, puesto que no podía usarla, mancó de ella.

En *Cervantes, viajero* (Madrid, 1880), don Manuel de Foronda estudia sus principales viajes, inclusive el no comprobado a la isla Tercera. El mapa formado por don Martín Ferreiro adolece de no pocos errores; por ejemplo: sitúa al sudeste de Menorca la acción naval en que Miguel y Rodrigo de Cervantes fueron hechos prisioneros, aunque se efectuó cerca de las Santas Marías de la Mar, frente a la costa francesa de Provenza. Hace desembarcar a Miguel, ya rescatado, en Vélez Málaga, como el capitán Pérez de Viedma, y no en Denia. No pone indicación alguna de que estuviese en Sevilla, ni de sus innumerables recorridos por Andalucía. No indica su ruta hasta Lisboa, ni cómo llegó a Nápoles.

En la extensa carta-prólogo, don Cayetano Rosell estima que "Cervantes fue un verdadero geógrafo" porque da cuenta de lugares en donde jamás estuvo, lo que supone estudios e investigaciones previos. A pesar de esa hipérbole y de los errores del mapa, el libro es interesante y erudito. Foronda se limita a examinar los viajes de nuestro autor al extranjero y el descrito en el *Persiles*, desde Lisboa a Roma.

El período más doloroso de la vida de Cervantes, pero también el que lo eleva sobre común nivel de la humanidad: los cinco terribles años de cautiverio, han dado pie a una producción abundante, de la cual citaremos: *Cervantes en Argel* (Valladolid, 1881), por Fr. Conrado Muiños; *La cueva de Cervantes en Argel* (Madrid, 1895), por don Mariano Rotondo y Nicolau; *Cervantès et l'ambiance de la Contre-Reforme. La captivité d'Alger* (Argel, 1932), por don Américo Castro; y *El doctor Juan Blanco de Paz* (Madrid, 1916), por don Francisco Rodríguez Marín. El rescate lo trata Fr. Domingo de la Asunción en *Cervantes y la Orden Trinitaria* (Madrid, 1917), donde también examina los ulteriores contactos del ex cautivo con ella.

La carrera militar del héroe ha sido estudiada por don Pelayo Alcalá-Galiano: *Servicios militares y cautiverio de Cervantes* (Madrid, 1905), y por don Luis de Armiñán: *Hoja de servicios del soldado Miguel de Cervantes Saavedra. Espejo doctrinal de Infantes y de Caballeros* (Madrid, 1941).

Sabido es que el andariego escritor pasó años y no felices días en pueblos, ciudades y caminos andaluces; en Sevilla vivió largas temporadas; y todo esto ha dado tema para los siguientes trabajos, entre varios más: *Cervantes y Sevilla* (Madrid, 1916), estudio histórico-crítico por don Norberto González Auriol; *De Cervantes y Sevilla* (Sevilla, 1916), por don Luis Montoto y Rautenstrauch; y *Cervantes en Andalucía* (Sevilla, 1905), por don Francisco Rodríguez Marín, cuyos estudios de esta índole dieron pie a un agradable

librito de don Francisco de Torres y Galeote, intitulado *Andalucía, Cervantes, Rodríguez Marín* (Madrid, 1920).

En su ensayo *En qué cárcel se engendró el "Quijote"* (Madrid, 1916), Rodríguez Marín, mediante sagacísima interpretación de cuanto se sabe de la vida de su autor en los años inmediatamente anteriores a la publicación de la primera parte del "libro más famoso entre todos los de amenidad", demuestra que éste "fue escrito, o se comenzó a escribir al menos", en la Cárcel Real de Sevilla, después derribada.

Ya don Clemente Cortejón había establecido, a ese respecto, *La Coartada o demostración de que el "Quijote" no se engendró en la cárcel de Argamasilla de Alba* (Barcelona, 1903); y tituló así su trabajo porque coartada es demostrar que Cervantes no estuvo en aquel "lugar de la Mancha" en ninguno de los años anteriores a la publicación de su obra maestra. Con todo, el arraigo de la leyenda es tal, que inclusive en la edición de 1940 del *Pequeño Larousse Ilustrado* se dice de Argamasilla: "En ella estuvo preso por deudas Cervantes".

La residencia de Miguel y de su familia en Valladolid ha sido investigada por varios eruditos. Citaremos: "el interesante folleto", dice Rius, de don Felipe Picatoste, *La casa de Cervantes en Valladolid* (Madrid, 1888), título que también don Fidel Pérez Mínguez puso a un libro publicado en Madrid, en 1905; *Cervantes en Valladolid* se titulan: el estudio de don Juan Ortega y Rubio (Valladolid, 1888); el de don Narciso Alonso Cortés (Valladolid, 1918), quien además examinó *Casos Cervantinos que tocan a Valladolid* (Madrid, 1916); y el tomo en que don Pascual de Gayangos hizo la *Descripción de un manuscrito inédito portugués intitulado "Memorias de la Corte de España en 1605", existente en la Biblioteca del Museo Británico de Londres* (Madrid, 1884). De don José María de Ortega-Morejón es *La muerte de Ezpeleta. Proceso relacionado con Cervantes. Narración casi histórica, con algunos documentos inéditos* (Madrid-Valencia, 1933).

Don Federico de Sawa, en la *Revista de Cataluña* (1862), describió *La muerte de Cervantes*. Y don Adolfo de Castro leyó a sus amigos, el 23 de abril de 1872, *La última novela de Cervantes*, en la cual —dice don Manuel Miranda y Marrón en el folleto del que en seguida hablaremos— hace "la descripción de los últimos días y momentos del autor del *Quijote* tan religiosamente pasados". Paul Masson se preguntaba en 1889: *Cervantès est-il mort le même jour que Shakespeare?* A través del tiempo y del espacio respondió Miranda y Marrón: *Cervantes y Shakespeare no murieron el mismo día* (México, Tip. de *El Tiempo*, 1904). Señala nuestro compatriota que en 1616 España había admitido la corrección gregoriana, en tanto que en Inglaterra el calendario juliano duró hasta 1752, cuyo mes de septiembre sólo tuvo 19 días. "Cervantes, pues, en tiempo absoluto, murió cerca de once días antes

que el dramático inglés". Por lo demás, ya lo habían dicho Viardot en 1836, y fue el primero, y en 1876 don Julián de Morés y Sanz en un artículo publicado en *La Cuna de Cervantes*, periódico de Alcalá de Henares (Ríos, II, 75).

Don Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, por encargo de la Real Academia Española, de la cual era Director, escribió la *Memoria* intitulada *La sepultura de Miguel de Cervantes* (Madrid, 1870). Demuestra que las vicisitudes que sufrieron el convento y la comunidad de las Trinitarias, imposibilitan la identificación y aun el hallazgo de los restos. Por cierto que el bien documentado estudio adolece de los errores propios de la época: el autor hace conjeturas sobre "la admitida tradición que entre las monjas se conserva, de que allí profesó la hija de Cervantes", pues no se sabía entonces que fue casada dos veces y que, lejos de tener temperamento monjil, fue mujer de pleitos y embrollos judiciales.

Tras de hablar de la sepultura, habría que mencionar algunas de las muchas oraciones fúnebres pronunciadas en la iglesia de las Trinitarias, durante las honras de Cervantes y demás ingenios españoles que la Real Academia Española patrocinaba, costumbre contra la cual se alzó el Dr. Thebussem pues la ceremonia convertía el templo "en congregación de cortesanos, en cátedra de inconvenientes encomios", según dice don Ramón León Máinez en su artículo *Cervantes y el aniversario de su muerte* (en *Crónica de los Cervantistas*, N° 2, 1871). Son curiosas tales piezas oratorias, recogidas en las *Memorias* de la docta corporación. Coinciden, como es natural, en loar el valor de Miguel en Lepanto, su cristiana entereza en Argel. Se espigan en ellas muchas frases enfáticas y tal cual disparate inesperado, tal el de decir —en 1862— que Cervantes nació el 9 de octubre; sólo sabemos de cierto que en ese día fue bautizado.

Osadía es poner reparos a un escritor de tan altos vuelos como lo fue el Ilmo. Sr. Dr. don Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis Potosí, a quien cupo la honra de pronunciar la oración fúnebre en las exequias que la Academia celebró en la iglesia de San Jerónimo, de Madrid, el 9 de mayo de 1905, "tercer aniversario secular de la publicación del *Quijote*". Pero reparos merece, por ejemplo, el adjetivo en la frase que el orador aplicó a aquel libro: "su sangrienta sátira"; reparo, la licencia de llamar "torrente" al Ebro, uno de los mayores ríos de España; reparo, el aserto de que Cervantes "prefirió la mediocridad en que consagrarse a su obra literaria, a puestos que le hubieran vedado la posibilidad de escribir", porque sabemos cuánto se esforzó por salir de la mediocridad, aunque sin conseguirlo. Y otras cosillas. Más feliz que en aquella solemne ocasión fue casi siempre la pluma del ilustre prelado.

Perdidos los restos de Cervantes, ni siquiera tenemos la plena certidum-

bre de poseer su retrato. El que don José Albiol, catedrático de la Escuela de Artes y Oficios de Oviedo, regaló a la Real Academia Española en 1911 y que aparece firmado por Iuan de Iaurigui, ha hecho correr raudales de tinta. Unos lo tachan de apócrifo, entre ellos don Julio Puyol, que ha desplegado sus razones en diversos folletos: *El supuesto retrato de Cervantes. Sospechas de falsedad que sugiere el atribuido a Jáuregui, propiedad de la Real Academia Española* (Madrid, 1915); *El supuesto retrato de Cervantes. Réplica a una contestación inverosímil* (Madrid, 1915); *El supuesto retrato de Cervantes. Resumen y conclusión* (Madrid, 1917). Objeta la autenticidad Fitzmaurice-Kelly, en la bien documentada *Nota* con que encabeza la *Reseña* tantas veces mencionada. La admite don Alejandro Pidal y Mon, en *El retrato de Cervantes* (Madrid, 1912). También don Aurelio Baig Baños, en su *Historia del retrato auténtico de Cervantes. Transcripción y comentario de congruencias e incongruencias* (Madrid, 1916), y en *La verdadera fecha del retrato de Cervantes* (Madrid, 1918). El más brillante alegato en pro es sin duda el de don Francisco Rodríguez Marín, bajo el título de *El retrato de Miguel de Cervantes* (Madrid, 1917); con acopio de erudición y de habilidad dialéctica en la que se reconoce al buen abogado, profesión que durante más de veinte años ejerció el ilustre cervantista, refuta a cuantos dudan de la autenticidad de esa pintura, la cual, justo es confesarlo, es la que más se asemeja a la imagen de Cervantes que cada quien se forma como sedimento de la lectura de sus obras y del famoso prólogo a las *Novelas Ejemplares*.

Cervantes considerado como especialista.

Tocan a la biografía de Cervantes ciertas obras, por lo general muy criticadas, en las que cervantistas apasionados ponen de relieve los conocimientos de su ídolo en la materia en que el propio cervantista era experto. "Cada cual —dice don José María de Pereda aludiendo al *Quijote* en *El Cervantismo*, ensayo que forma parte de sus *Esbozos y Rasguños*— cree encontrar en aquellas páginas inmortales lo que más se acomoda a sus deseos y aficiones".

Con curiosa unanimidad, cuantos aluden a esos técnicos metidos a cervantistas les reprochan lo que suponen era pretensión de ellos: "Hicieron, pues, de Cervantes un terrible erudito, un reverendo moralizador, un jurista escrupuloso, un atildado hablista, un siervo de las reglas", dice don Juan Valera en su discurso de 1864, *Sobre el "Quijote" y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle*. Don Cayetano Rosell, en su referida carta-prólogo al *Cervantes*, viajero de don Manuel de Foronda, exagera: "Creo que se pone en ridículo, más que se glorifica, a un escritor de la estofa de

Cervantes haciéndole omnisciente y enciclopédico, profesor de todas las ciencias humanas y aun divinas, teólogo, filósofo, jurisperito, médico, músico y cuanto hay que ser". Y don Ramón León Máinez —otros más podríamos citar— en la *Crónica de los Cervantistas* (No. 4, 1872) se burla del procedimiento seguido para componer tales obras: copiar trozos de los libros de Cervantes, del *Quijote* principalmente, y celebrar "el singular privilegio de aquel grande hombre que, sin grado alguno fastuoso universitario, supo aventajar a todos los de su siglo, expresándose con mucha más propiedad, sabiduría, encanto, belleza, oportunidad y exactitud que ellos respecto de la topografía, de la ciencia médica, del lenguaje propio de las leyes o de los términos marítimos".

Esos reproches mueven a pensar que los acerbos críticos que los formulaban no habían leído las obras impugnadas y se guiaban por los llamativos títulos. Porque si tuviesen pleno conocimiento de causa habrían visto, en primer lugar, que el objetivo perseguido es modesto; simplemente, inventariar lo que Cervantes sabía en esta o aquella materia, pero en modo alguno sostener que nadie le superó en tal o cual conocimiento. En segundo lugar, se habrían dado cuenta de que las aludidas obras son, en su mayoría, de corta importancia: artículos de revistas o bien folletos de pocas páginas. En resolución, cabe reducir a una frase la crítica de esas críticas: "Mucho ruido y pocas nueces".

Veamos ahora alguna de las obrillas censuradas.

Don Fermín Caballero escribió *Pericia geográfica de Cervantes, demostrada con la historia de Don Quijote de la Mancha* (Madrid, 1840). Ríos opina, con equidad: "no se pueden negar al libro del señor Caballero las cualidades de ameno y curioso e instructivo". A Foronda le parece "exiguo e insuficiente", pues el campo de investigación está limitado al *Quijote*. Lo que realmente amerita objeción en ese trabajo es alguna hipótesis aventurada, por ejemplo, la de que Cide Hamete Benengeli es anagrama de *Miguel de Cebante*, forma arabizada, según Caballero, del nombre inmortal. Rodríguez Marín observa, con razón (I, 292), que son conjeturas harto deleznable todas las fundadas en combinaciones anagramáticas en las que sobran o faltan letras.

Don Antonio Martín Gamero compuso el "pasatiempo literario" titulado *Jurispericia de Cervantes* (Toledo, 1870). No agotó el tema, pues Rodríguez Marín (II, 222) objeta que en el capítulo sobre *fraseología jurídica* "faltan muchas frases escribaniles, aun de las usadas en el *Quijote*".

Los ensayos que en esta sección se mencionan conciernen, principalmente, a la Milicia y la Marina, a la Filosofía y la Religión, y a la Medicina. Del primer grupo señalaremos: *Cervantes, marino* (Madrid, 1869), por don Cesáreo Fernández Duro, autor asimismo de *Conocimientos geográficos de Cer-*

vantes (Madrid, 1905); y *Cervantes, administrador militar* (Madrid, 1879), por don Jacinto Hermúa. Son artículos de revista: *Afición e inteligencia militar de Miguel de Cervantes Saavedra*, por el general don Crispín Ximénez de Sandoval, (en *Asamblea del Ejército y Armada*, (Madrid, 1863); y *Cervantes, militar, marino y diplomático*, por don Luis Carreras, (en la *Ilustración Artística*, Barcelona, 1888).

En el segundo sector hay que citar a don Federico de Castro, *Cervantes y la Filosofía Española* (Sevilla, 1870); don Aureliano Fernández Guerra, *Cervantes, esclavo del Santísimo Sacramento* (en la *Ilustración Española y Americana*, Madrid, 1872); don Mateo Benigno de Moraza, *Cervantes, filósofo cristiano* (en *La Defensa de la Sociedad*, Madrid, 1876); y don F. Martín Arrabal, *El alma de Cervantes. Espíritu moral y religioso reflejado en su vida y en sus obras* (Madrid, 1929).

Por lo que hace a la Medicina, destacaremos la tesis del doctor J. Villechauvaix: *Cervantès malade et médecin* (París, 1898); *Cervantes en Medicina. Del estudio de "El Quijote" ¿se desprende que su autor tenía conocimientos médicos?* (Madrid, 1905), por don Francisco Martínez y González; y *Cervantes en ciencias médicas. Brevisimas consideraciones acerca de sus conocimientos en este asunto* (Madrid, 1905), por don Joaquín Olmedilla y Puig, que también escribió: *Cervantes considerado como fisiólogo y médico en la Ilustración Ibérica*, (Barcelona, 1886). Aparecieron en revistas: *Cervantès et Molière considérés comme médecins*, por el señor Adolphe de Puibusque, (en *Journal de Saint-Petersbourg*, 1839); *Cervantès, médecin*, por el Dr. Cabanès, en la *Chronique Medicale*, (París, 1895); y *La contribución de Miguel de Cervantes a la Psiquiatría*, por don Carlos Gutiérrez-Noriega, en *Cuadernos Americanos* (México, 1944).

Don Luis Vidart escribió *Cervantes, poeta épico* (Madrid, 1877). Más originalidad muestran: *Cervantes, inventor* (Sevilla, 1874), por don José María Asensio y Toledo; *Il Cervantes, arcade* (Nápoles, 1906), por don Paolo Savj-López; *Cervantes, músico* (San Sebastián, 1915), por don Juan José Beláustegui; *Cervantes, rector de colegio. Pedagogía del "Quijote"* (Pontevedra, 1919), por don Julio Ballesteros Curiel; *La belleza femenina en las obras de Cervantes* (Santiago de Compostela, 1905), por don Armando Cotarelo Valledor; *El cura según Cervantes* (Vitoria, 1916), por don Luis Míner; *Cervantes y los israelitas españoles*, en la revista *Los Quijotes* (Madrid, 1916), por don Rafael Cansinos-Assens; y *Cervantes y las rosas* (Valparaíso, 1916), por don Leonardo Eliz y don Clemente Barahona Vega. Agregaremos un libro que Ríus califica de "eruditísimo" (II, 97 y 124): *Cervantes vascófilo o sea Cervantes vindicado de su supuesto antivizcainismo* (Vitoria, 1895), por don Julián Apráiz y Sáenz del Burgo. Amén de probar que Cervantes no

se burló de los vascongados, aporta documentos inéditos y “contiene una infinidad de noticias cervánticas”.

En estos campos es fácil ir más lejos de lo que el buen sentido aconseja, adentrándose por el “laberinto de muy dificultosa salida” que son las ideas. Así lo hicieron, por ejemplo, don José María Casenave, que en el discurso titulado *Miguel de Cervantes Saavedra y su siglo* (Valladolid, 1877) le pinta como reformista moral; y el canónigo don José María Sbarbi en *Cervantes, teólogo* (Toledo, 1870). Este doctísimo paremiólogo quiso demostrar —según don Ramón León Máinez, su impugnador en la *Crónica de los Cervantistas* (No. 4, 1872)—, “que Cervantes fue teólogo, y no así como quiera, sino de un modo perfectísimo, pues en su sentir el caudal suficiente de conocimientos dogmáticos, morales y escriturarios que el Manco de Lepanto poseía, los adquirió, no por simple contacto con la sociedad, sino en fuerza de estudios expresamente hechos, ora fuese en la cátedra, ora en la lectura profunda y bien dirigida de los autores en el recinto silencioso del gabinete”.

Lo sensato es atenerse al juicio de don Cayetano Rosell, en el prólogo a *Cervantes, viajero*, de Foronda: “no fue teólogo ni canonista, pero alcanzaba en esta materia lo suficiente para discurrir sobre ella”.

Otras obras acerca de Cervantes considerado como especialista pudieran citarse, mas nos atenemos al prudente consejo: “de lo bueno, poco”.

Estudios de conjunto sobre Cervantes y su obra.

Hay un grupo de interesantes libros que no son biografías del genial escritor pero recogen pormenores de su vida, ni son exclusivamente ensayos críticos sobre el *Quijote* por más que le consagren detenida atención. Aludimos a los estudios de conjunto. Ya hemos citado el excelente *Cervantes* de Rojas, el de Arbó, el “estimable libro francés” de Chasles. Justo es mencionar, también, *Miguel de Cervantes Saavedra, Biografía, Bibliografía, Crítica* —esta última parte, predominante—, por el P. Julio Cejador y Frauca, (Madrid, 1916); el *Cervantes, reazionario* (Roma, 1924), del señor Cesare de Lollis, sobre el que atrae la atención don Américo Castro; y los *Cervantès* de los escritores franceses Jean Cassou (París, 1936) —traducido por don F. Pina, (México, Ediciones Quetzal, 1939)—, y Jean Babelon (París, 1939). La obra capital en este género es *El pensamiento de Cervantes* (Madrid, 1925), por don Américo Castro, doctísimo trabajo cuya substancia y jugo no se absorben en una sola lectura, de tal modo es rico en juicios y tales perspectivas abre. La erudición, no obstante, lleva al eminente crítico a señalar a menudo fuentes de Cervantes que acaso no sean, las más de las veces, sino coincidencias.

Que la erudición —hablemos en términos generales— encuentre en li-

bro olvidados ideas expresadas después por Cervantes, en modo alguno prueba que él los leyese y espulgase en ellos tales ideas para usarlas como propias; conceptos hay que están, por decirlo así, en el aire de una época; constituyen su *clima*, y escritores de muy disímiles tendencias coinciden en darles cuerpo. Inclusive las formas de expresión muestran ese aire de familia: el lector culto discernirá a primera vista si una página es, por ejemplo, del siglo XVII o si es del XVIII, independientemente de la nacionalidad del autor. Y, sin desconocer la amplitud de las influencias que recibió Cervantes, se disminuye su personalidad en provecho de la del erudito que, con el ostensible aunque no confesado propósito de hacer gala del propio saber, arroja sobre la originalidad del genio puñados de citas, paletadas de referencias, aluviones de "ya lo dijo Cansilio Palmaccio en su *Speculum Calamocanorum* (Venetiis, 1530)" o de "eso está en el *Sendero de varones christianos*, de Fray Pío de los Serafines (Medina del Campo, 1552)" —y perdónese la caricatura.

Se critica al que recoge cuantas referencias hace Cervantes a una materia determinada y, con apoyo en ellas, lo presenta como experto en tal materia. Pero es tan lógico el sistema que a él, aunque censura a quienes le usan con aquel propósito, acude el señor Castro para mostrar las diversas facetas del pensamiento cervantino y el ancho campo que abarcó. Con penetrante agudeza, servida por copiosas lecturas, prolonga "histórica e idealmente" los temas de Cervantes, caminando por la senda de la que son natural punto de partida: análisis del sujeto y crítica de la realidad, el error y la armonía, el vulgo y el sabio, las armas y las letras, la moral, etc. Busca, descubre, expone la "concepción peculiar de la vida" que tuvo Cervantes. Y proyecta haces de luz sobre el espíritu del genial creador.

Entre los pocos libros que don Américo Castro salva del fuego en su escrutinio, figuran dos "de carácter claro y elemental": el *Cervantes* del filólogo italiano señor Paolo Savj-López (traducción de don Antonio Solalinde, Madrid, 1917) y el de igual título (Nueva York, 1919) de Mr. Rudolph Schevill, profesor de español en la Universidad de California, quien lo dedica a don Adolfo Bonilla y San Martín, en colaboración con el cual hizo excelentes ediciones de las obras de Cervantes.

Claro es, en efecto, el libro de Schevill, pero no tan elemental que no sea fecundo en ideas originales. Es, sobre todo, interesante el capítulo acerca de Cervantes en relación con la cultura del Renacimiento y con la ficción en el siglo XVI.

Apoyado en lo que ya puede darse como definitivamente establecido por la erudición respecto a Cervantes y su obra, Savj-López estudia con fina penetración ambos temas. Es menos objetivo y concreto que Schevill, más filosófico, por decirlo así. Sus opiniones seducen por lo sagaces y originales. Con frase vulgar pero gráfica diríamos que su libro no tiene desperdicio, aunque

algún error de pluma encierra, por ejemplo: asentar que Don Quijote espera al león lanza en ristre; en realidad (II, xvii), "arrojó la lanza y embrazó el escudo"; o bosquejar a Cervantes, cuando apareció *La Galatea*, con "barbas de plata", olvidando que el prólogo de las *Novelas Ejemplares*, donde se mencionan, fue escrito un buen cuarto de siglo después.

En esta sección hay que incluir las colecciones de artículos y ensayos, tal la titulada *Cervantes y sus obras* (Barcelona, 1902), de don José María Asensio y Toledo, a quien Rodríguez Marín (VII, apéndice III), llamó "infatigable propagador de la afición a los estudios cervantinos"; y *Cervantes y su obra* (Madrid, 1916), en la que don Adolfo Bonilla y San Martín estudia sagazmente *Las teorías estéticas de Cervantes* así como *Don Quijote y el pensamiento español*, expone las características de los pícaros, agrupa en expresiva antología cuanto sobre el "raro inventor" dijeron sus contemporáneos, aventura respecto a "los bancos de Flandes" una errónea opinión que Rodríguez Marín (VII, apéndice XXVI) rebatió con vigor; e impugna, con menos fortuna que acrimonia, la tesis de don Francisco A. de Icaza: *De cómo y por qué "La Tía Fingida" no es de Cervantes*.

Muchos libros se quedan sin nombrar. Cúlpese de tal injusticia a la escasez de espacio.

Icaza apunta acertadamente en "*El Quijote*" durante tres siglos: "En vez de agradecer la tarea de aquellos que abrieron camino en el estudio del famoso libro, cada comentador la emprende con los que le precedieron, dando sobre ellos como en real de enemigos". Los biógrafos son menos exclusivistas. Confiésenlo o no, cada uno toma pie en la obra de sus predecesores, la rectifica y amplía, contribuye suavemente a volverla anticuada. Pero apreciar la exacta *Reseña* de Fitzmaurice-Kelly no ha de privar al lector de admirar el jugoso estilo y vivo color de las atractivas páginas de Navarro y Ledesma. Porque, en resolución, el propósito común a todos es el de hacernos conocer más íntimamente al incomparable amigo a quien debemos tantas y tan regaladas horas de regocijo.

II

CRÍTICOS DEL "QUIJOTE"

Los comentaristas, hasta Rodríguez Marín.

Si con un bosque se compara la bibliografía de los biógrafos de Cervantes, la de los comentaristas del *Quijote* es una selva. Para explotar su ri-

queza tendremos que guiarnos por normas semejantes a las dasonómicas, y de igual modo que sólo se autoriza cortar árboles cuyo tronco tenga un diámetro no inferior a cincuenta centímetros, los trabajos de los que hablemos habrán de ser de buena talla. En los folletos, la calidad rara compensará la delgadez. Salvo excepción señalada, no citaremos plantas en maceta, esto es, artículos.

El primer juicio crítico sobre el *Quijote* redime su laconismo con la alcurnia de quien lo expresa: el rey Felipe III, en el privilegio para la edición príncipe: de “muy útil y provechoso” califica al libro. De igual manera, podemos considerar como segundo crítico en el tiempo a Fray Antonio Freyre, que firma la aprobación para la licencia de la primera edición de Lisboa, (1605): “E polla muyta eloquencia, & engenho que o Autor nelle mostra me parece se lhe pode dar licença que neste Reyno se imprima para entertimento & recreação”. Le sigue, en el mismo año, al frente de la quinta edición, hecha en Valencia, “F. Luis Pellicer, lector de S. Theologia y diffinidor”, quien opina: “es libro curioso y ingenioso”. Pero dejemos este inocente juego.

Cabe a eruditos ingleses el honor de haber sido los primeros comentadores del *Quijote*. Edmundo Gayton —dice don Francisco María Tubino en su ensayo *El sentido oculto del Quijote*, recogido en *Cervantes y el “Quijote”* (Madrid, 1872)— escribió un comentario que se insertó en un libro editado en Londres por Guillermo Hunt, en 1654. “Había Gayton tomado pretexto de las aventuras quijotesas para satirizar a sus contemporáneos y perseguir al catolicismo o al menos a su representación histórica”.

Casi un siglo después, Charles Jarvis compuso notas sobre diversos pasajes, para su traducción, editada en 1742. Según Ríos (III, 626), son “explicativas del texto e históricas. En algunas pretende descubrir en la obra de Cervantes alusiones y sátiras contra el clero, contra la nobleza y contra ciertas costumbres españolas, acerca de las cuales comete Jarvis algunos errores en sus juicios”.

El doctor John Bowle, pastor protestante, tiene la gloria de haber sido el primer anotador *in extenso* del *Quijote*. No la ganó sin esfuerzo: con el estudio de la lengua española y de los libros de caballerías se preparó a su labor, en la que empleó —dice Tubino en el citado ensayo— “catorce años de constantes y bien dirigidas pesquisas”. ¡Saludable lección de perseverancia!

Las anotaciones de Bowle figuran en la edición castellana de Londres, 1781, titulada *Historia del famoso cavallero Don Quixote de la Mancha* (Ríos, III, 54). Lleva un *Mapa de España y Africa, acomodado a la historia de D. Quixote*. Hay 324 páginas de anotaciones, reunidas en el tomo III, junto con *Indices de nombres propios, de palabras más notables y varias lecciones en entrambas partes de la Historia de Don Quixote de la Mancha*, índice

que ostenta como irónico epígrafe este apotegma de Saavedra Fajardo en su *República Literaria*: "Los que hacen repertorios son ganapanes que trabajan para los demás".

De la obra de Bowle, opina Ríos: "Sus anotaciones son, pues, de gran utilidad en muchos pasajes para declarar la propiedad de las palabras, explicar el verdadero sentido del contexto y averiguar las circunstancias de los dichos y de los hechos; y si bien no se les puede dar nombre de comentario, porque la interpretación se refiere a la letra y no al espíritu o fondo del *Quijote*, es muy apreciable el minucioso trabajo del doctor Bowle".

En la primera parte de este trabajo dimos el título de la edición comentada por Pellicer. Contiene el *Discurso Preliminar*, en el que, dice Ríos, "emite interesantes juicios acerca de esta admirable y original novela" y prueba la inutilidad del plan cronológico establecido por don Vicente de los Ríos. Siguen la *Vida* y varios *Documentos que acreditan algunos sucesos descubiertos nuevamente*. Hay una "descripción geográfico-histórica de los *Viajes de Don Quixote de la Mancha*", con una carta geográfica de ellos, delineada por don Manuel Antonio Rodríguez según las observaciones de Pellicer.

El erudito aragonés declara haberse servido de algunas notas de Bowle. Trató de explicar, "con vista de los anales de la Corte de España en tiempos de Cervantes —dice don José de Armas y Cárdenas en su libro *Cervantes y el Duque de Sessa* (Habana, 1909), en el que sugiere que éste pudo ser el supuesto Avellaneda—, muchas de las alusiones a personajes y sucesos contemporáneos" que existen en el *Quijote*. Aunque se inspiró "más en su fantasía que en verdaderas investigaciones", algunos de sus asertos han sido aceptados por la posteridad, tal la identificación de los burlones Duques con los de Villahermosa: don Carlos de Borja y doña María Luisa de Aragón.

La edición de Berlín, 1804, tiene, dice Ríos, "excelentes y copiosas notas" de don Luis de Ideler.

En 1807 aparecieron en Londres las *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quixote*, por T. E. Las iniciales encubrían a don Valentín de Foronda. Clemencín (*apud* Ríos) opinó que "más bien pudieran titularse *Observaciones contra el Quijote*", y rebate los reparos de Foronda, demostrando que en ellos "procedió con poco fundamento". De "pedantescas y desaforadas" las calificó Rodríguez Marín.

Don Agustín García de Arrieta puso a la edición de Bossange (París, 1826) "notas históricas, gramaticales y críticas", reduciendo las de Pellicer. Con ellas, dice Ríos, "mejoró notablemente el texto del *Quijote*". Refundió y redujo "a su único y verdadero objeto" el *análisis o juicio crítico*, de don Vicente de los Ríos. Cometió la falta de suprimir la novela del *Curioso impertinente* y el relato del cautivo. En la edición figura la *Vida*, de Navarrete.

Rodríguez Marín se refiere alguna vez a él con desdén: "las entendederas

de García Arrieta, al llegar a los vocablos *aniquilada* y *asendereada* [de sí misma lo dice doña Rodríguez, cuando refiere sus cuitas a don Quijote], los explicaron así: *Esto es, usada, gastada, con surcos y senderos en el rostro (!)*".

Don Diego Clemencín dedicó más de un cuarto de siglo a estudiar el *Quijote*. Leyó los libros de caballerías que sorbieron el seso al buen Alonso Quijano y redactó millares de cédulas para componer sus notas. La edición comentada, que lleva un *Prólogo del Comentario*, apareció en 1833. El laborioso erudito no tuvo el contento de verla terminada: murió antes de que apareciese el tomo IV. Sus dos hijos y su amigo don Martín Fernández de Navarrete completaron el comentario.

Se le ha criticado con bastante severidad. En el sagacísimo discurso de 1864 *Sobre el "Quijote" y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle* (en *Memorias de la Real Academia Española*, tomo V, 1886), dice don Juan Valera: "el prolijo comentador, con su buen juicio, con su amor a la gloria de la patria, y con su facultad crítica perspicaz y sensible a la hermosura, no pudo menos de pasmarse y de enamorarse de la del *Quijote*; pero le despedaza, como las Bacantes a Orfeo. Las incorrecciones y distracciones, las faltas de gramática, los barbarismos, las citas equivocadas, fruto de una lectura vaga y somera, todo esto, sacado desapasionadamente a la vergüenza por Clemencín, forma la mayor parte del comentario".

Rodríguez Marín no desperdicia ocasión de asentar, con suave ironía, que le faltó lectura a Clemencín o que no entendió el texto, ni de censurar lo que llama su empeño de que Cervantes "escribiese como el mismo Clemencín escribió más de dos siglos después".

Don Américo Castro, en *El pensamiento de Cervantes*, califica de "magníficas" las notas de Clemencín, pero cree su comentario orientado por "razones de poética neoclásica". En fin, Ríos, tan equilibrado y sereno siempre, alaba "la exquisita corrección y depuración del texto y la importancia de sus observaciones críticas y de sus notas históricas y literarias", si bien reconoce que "peca de sobradamente riguroso, tanto, que a veces raya en lo injusto".

La realidad es que durante cerca de un siglo nadie superó el comentario de Clemencín, que se leerá siempre con provecho.

Las *Nuevas anotaciones al ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes Saavedra*, por don Vicente Joaquín Bastús y Carreira, forman los tomos V y VI de la edición impresa en la casa Gorchs (Barcelona, 1832-1835). Para Cortejón, en nota de su edición del *Quijote*, no pasan de "ojeo literario"; en cambio, Ríos las juzga "eruditas y curiosas anotaciones, dignas de ser más conocidas de lo que lo son".

Al final de las *anotaciones* de Bastús, el tomo VI de dicha edición barcelonesa contiene el *Elogio de Miguel de Cervantes Saavedra, donde se deslindan y desentrañan radicalmente, y por un rumbo absolutamente nuevo, los*

primores incomparables del Quijote, por don José Mor de Fuentes. Don Cayetano Alberto de la Barrera, en la *Crónica de los Cervantistas* (No. 2, 1871), opina: "En medio de un cúmulo de singulares y aventurados juicios, que el autor expone con su habitual presunción y revesado estilo, ofrece este trabajo algunas ideas, conjeturas y aun noticias dignas de aprecio". Máinez le ataca en *Cervantes y los críticos*: juzga el título de *Elogio* "buen ardid para engañar donosamente a los lectores", pues "muchos defectos encontró Mor de Fuentes en el examen que hizo de las producciones de nuestro escritor celebrado", de las cuales "ninguna le descontentó tanto como la discretísima *Galatea*, composición, según él, indigna de la pluma de Cervantes". Por ello —amén de otras culpas—, Máinez no puede menos de "caer en la tentación de decir que el Sr. Fuentes era tonto de la cabeza", a lo que añade "enfermedad peligrosísima e incurable debe de ser ésta".

Don Eugenio de Ochoa puso notas "cortas pero apreciables", dice Ríos, a la edición en castellano del *Quijote* publicada en París en 1844, cuyo texto corrigió. También son "en general apreciables y no carecen de interés" las de don Antonio Martínez del Romero (Madrid, 1847).

Contra Clemencín y otros censores reaccionó don Juan Calderón con el "interesante librito", como le llama Rodríguez Marín, que denominó *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del "Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha", que no han entendido, o que han entendido mal, algunos de sus comentadores o críticos* (Madrid, 1854). Es obra póstuma. Enmienda errores de interpretación, demostrando que tuvo razón Cervantes al usar tal o cual palabra o giro.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch trató el *Quijote* como cosa propia. Enmendó el texto a su albedrío y, aunque atinó en algunas modificaciones, "¡cuántas otras variantes arbitrarias y desacertadas no introdujo en esta edición argamasillesca!" dice Ríos (I, 138) al describir la primera, tan "asendeada como herética". Sabido es que fueron dos, ambas impresas por Rivadeneyra en 1863, en el sótano de la casa de Medrano, que la tradición suponía fue la cárcel donde se engendró el libro inmortal. En la segunda edición —con tenacidad "menos cuerda que apasionada", añade Ríos— cambió muchas de las correcciones antes adoptadas. Emuló a don Vicente de los Ríos, componiendo un *Diario para la mejor inteligencia de los viajes y aventuras de Don Quijote*.

En el artículo titulado *Observaciones sobre el comentario puesto al "Quijote" por don Diego Clemencín* (publicado en *El Laberinto*, Madrid, 1844), apoya, mediante anagramas que él mismo considera "defectuosos", la hipótesis de Clemencín respecto a la identidad de Dulcinea con la hidalguela toboseña Ana Zarco de Morales. No es descaminado ver en esos anagramas la semilla de la frondosa planta que, cultivada amorosamente por

Benjumea y los demás "esoteristas", había de tener sorprendente floración: las lucubraciones de don Atanasio Rivero.

Hartzenbusch redactó las 1633 notas a la primera edición de "*El Ingenioso Hidalgo*" reproducida en facsímile por don Francisco López Fabra (Barcelona, 1873). Al morir, dejó más de 5,000 notas inéditas.

"Demuestran buen estudio del sujeto y son algunas de ellas apreciables; otras, un tanto aventuradas", según Ríus, las notas de Janer y Fernández de la Cuesta en la edición hecha por Gaspar y Roig (Barcelona, 1864). Las de don Torcuato Tárrego y Mateos en la de Madrid, 1888, "merecen estudio".

El P. Clemente Cortejón y Lucas llamó "primera edición crítica, con variantes, notas, y el diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela", a la que apareció en Madrid de 1905 a 1913, en seis volúmenes en 4o. No vio terminada la publicación de su obra. Don Juan Givanel y Más anotó los últimos ventiún capítulos. Salvo en éstos, la calidad del trabajo no corresponde a su cuantía. Rodríguez Marín rechaza a menudo enmiendas propuestas por Cortejón o señala sus errores; a veces mezcla el elogio parco al reproche vivo, por ejemplo: "vio visiones el fervoroso cervantista".

La labor cervántica de don Francisco Rodríguez Marín...

Pero esa labor capítulo por sí merece.

Rodríguez Marín y el "Quijote".

La labor cervántica de don Francisco Rodríguez Marín aventaja a la de sus émulos. Sacó a luz tres ediciones del *Quijote*, y de una en otra varió las notas y las mejoró en número y extensión. Todavía anunciaba, poco antes de morir, dos tomos en 8o. con *Adiciones y enmiendas al comento de mis tres ediciones anotadas del "Quijote"*. Con anterioridad, sólo Hartzenbusch había compuesto dos comentarios diferentes.

En substancioso prólogo a su tercera edición (1927-28), que amplía el de la segunda (1916-17), explica normas seguidas para redactar las notas. Alrededor de 4,500 locuciones, modismos, etc., son materia de ellas. Cerca de 1,500 autores menciona. No faltó quien le censurase por combinar, "sin demasiada armonía, el carácter erudito con el familiar", pues trae a cuento refranes, coplas y chascarrillos cuyo origen popular les da preciado valor probatorio en cuestiones de léxico y de semántica. Ciertas notas revisten importancia tal que pasan a ser apéndices, en número de cuarenta reunidos en el tomo VII de la tercera edición.

Se le acusó de adaptar notas de Clemencín. Mas en las analogías que el cotejo revela, ha de verse la obligada consecuencia de la unidad del asun-

to y de la identidad de las fuentes. Se le han puesto reparos. Por ejemplo, la abundancia de citas; pero arguye: "de la erudición, como del dinero, sólo reniegan aquellos que no la tienen". Más justificado sería reprocharle el abuso, de los dos puntos en su nueva puntuación del texto, audaz a veces; la falta de notas a temas que las merecen, tales como "las Astrajareas" o como "el conde Dirlos", personaje de un viejo romance respecto del cual da referencia bibliográfica pero no explicación, quizás por considerarlo bastante conocido, ya que Guillén de Castro se basó en el mismo romance para componer su comedia *El Conde de Irlos*; y algunos errores de pluma: llama Los Angeles a nuestra Puebla de los Angeles; se refiere al supuesto mozo de mulas como a "hijo del oidor", cuando en realidad es aspirante a yerno de este magistrado; y confunde a Sancho con Don Quijote en la nota sobre cómo "recogió el aliento" el molido ex gobernador, caído en la sima.

Todo ello son pequeñeces. Lo capital es que el sagacísimo erudito ha proyectado sobre el texto la "luz, más luz" que don Marcelino Menéndez y Pelayo pedía para el libro inmortal en su discurso de respuesta al de recepción del propio insigne cervantista en la Real Academia Española.

Los diversos folletos de don Francisco sobre el *Quijote* desarrollan notas o tratan asuntos que en ellas no tuvieron cabida. *El "Quijote" y Don Quijote en América* (1911) son dos conferencias, en una de las cuales queda expuesto cómo llegó al Nuevo Mundo la sin par novela; en la otra se informa de las primeras fiestas donde se vieron máscaras que representaban a Don Quijote y a Sancho.

En *El capítulo de los galeotes* (1912), aclara cuanto para los lectores de hoy resulta desusado, ya en las costumbres, ya en el léxico.

El yantar de Alonso Quijano "el Bueno" (1916) explica, punto menos que sustantivo por sustantivo, las cuatro líneas donde se enumera en qué consumía el Hidalgo "las tres partes de su hacienda". Portentosa es siempre la erudición del gran cervantista, pero acaso más que en ningún otro de sus ensayos resplandezca en éste, precisamente por tratarse en él de cosas tan humildes, que poquísimas huellas han dejado en la literatura y menos aún en papeles de archivo, acostumbrada fuente de noticias para los investigadores. Tres siglos estuvo el mundo de habla española sin saber a ciencia cierta qué eran "duelos y quebrantos". Quedó puesto en claro definitivamente: huevos fritos con torreznos, ¡el *bacon and eggs* de la cocina anglosajona!

En *Los modelos vivos del Don Quijote de la Mancha: Martín de Quijano* (1916), reúne datos acerca de ese personaje, contador de las galeras reales, el cual "fue uno de los sujetos de carne y hueso a quienes Cervantes pudo tener, tuvo probablemente en memoria para delinear la peregrina e

inmortal figura de su Hidalgo Manchego". Sobre el tema vuelve en *El modelo más probable de Don Quijote* (1918), que sería cierto Alonso de Quijada encontrado entre la parentela de doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, esposa de Miguel.

¿Se lee mucho a Cervantes? (1916), es pregunta contestada negativamente, con apoyo, a título de pruebas, en un puñadito de anécdotas.

Finalmente, en *Las supersticiones en el "Quijote"* (1926), estudia las que Sancho posee o Don Quijote comenta, aclarando a plena luz sus pormenores.

En todos esos folletos, así como en las notas y apéndices al *Quijote*, para no mencionar otros trabajos "quijotesco" de menor cuantía, a la portentosa erudición y a la sagacidad del análisis se une el atractivo del estilo correctísimo desembarazado y con cierta elegante impregnación de arcaísmo que se dijera debida al asiduo comercio de los clásicos.

Casi nonagenario falleció don Francisco Rodríguez Marín. Mas, como el tranquilo Horacio, no todo él murió y algo de su sér esquivóse de Libitina...

*La crítica sobre la significación
y el valor del "Quijote".*

En el *Post-scriptum* a su edición definitiva del *Quijote*, anuncia Rodríguez Marín: "Ya entendiéndose a derechas cuanto escribió Cervantes en este libro inmortal, es llegada la sazón para que hagan maravillas con él los intérpretes y escoliastas del orden psicológico y se esfuercen para estar de un acuerdo".

Desde mucho antes comenzaron a hacer "maravillas". Peter Antoine Motteux, en el prefacio a la edición de Londres, 1700, "emite atinados y notables juicios acerca del *Quijote* y de su objeto", dice Ríos. Mayans, en su *Vida*, discurre por el mismo camino "con detenido análisis", recuerda De la Barrera en *El cachetero del "Buscapié"*. Además de la *Vida de Cervantes*, don Vicente de los Ríos compuso para la monumental edición de 1780 el *Análisis del "Quijote"*, que gozó de autoridad durante muchos años.

El primer gran ensayo respecto a la significación y el valor del "quita-pesares de toda mala ventura, el solaz de todo descanso y el antídoto de toda tristeza", como en su *Oración fúnebre* de 1867 le llamó el P. Cayetano Fernández (*Memorias de la Real Academia Española*, t. III, 1871), fue el notable discurso de don Juan Valera, *Sobre el "Quijote"*, ya mencionado; "anotándole, como fácilmente pudiera hacerse, formaría un tomo de lectura", dice el autor en el prólogo a su libro *Disertaciones y Juicios literarios* (Madrid,

1878); y lo pone entre "lo mejor que yo he escrito en mi vida". Poco ha envejecido, en verdad, y es mina inagotable de opiniones agudas y de sensatos conceptos. Jugoso es también el que dejó sin terminar, para el centenario de 1905.

"Merecen aprecio las observaciones del Sr. Bofarull, por los atinados juicios y consideraciones", dice Rius de las *Observaciones sobre Cervantes y su obra maestra "Don Quijote"* (Barcelona, 1879), compuestas por don Antonio de Bofarull y Brocá.

El señor Alexander James Duffield es autor de un buen libro de consulta: *"Don Quijote", his critics and commentators, with a brief account of the minor works of Miguel de Cervantes and a statement of the aim and end of the greatest of them all* (Londres, 1881). El hispanista francés don Alfredo Morel-Fatio sacó a luz, en 1895, *L'Espagne de Don Quichotte*, obra de la que dice don Américo Castro: "¡Qué seca y pobre idea de Cervantes revela este estudio de Morel-Fatio, no obstante su gran interés!".

Sobre las *Interpretaciones del "Quijote"* versó el discurso de don José María Asensio y Toledo al ingresar (1904) en la Real Academia Española. Ese fue también el tema de la respuesta de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que ya mencionamos en la sección de *Fuentes bibliográficas*.

Don José de Armas y Cárdenas, eminente cervantista cubano, publicó bajo su habitual seudónimo *Justo de Lara*, un estudio titulado *Cervantes y el "Quijote"* (La Habana, 1905), en el que analiza con sagacidad "el hombre, el libro y la época". No carece de errores: da por sentado que Don Quijote era vecino de Argamasilla de Alba, y dice que Jacopo Sannazaro murió "en 1547, cuando Cervantes tenía 17 años", evidente errata, pues el autor de la *Arcadia* (1502) falleció en 1530. En 1915, *Justo de Lara* sacó a luz en Madrid *El "Quijote" y su época*.

Si se mide con relación a su vasta obra, poco se ocupó de Cervantes y del *Quijote* don Marcelino Menéndez y Pelayo. Pero lo que escribió es, como suyo, de primer orden. Mencionaremos aquí su célebre discurso de 1905: *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del "Quijote"*, recogido en *San Isidoro, Cervantes y otros estudios* (Buenos Aires, 1942). Su propósito fue "fijar el puesto de Cervantes en la historia de la novela y caracterizar brevemente su obra bajo el puro concepto literario en que fue engendrada". Todo es substancia en ese admirable ensayo, capital en la crítica del *Quijote* y de las demás obras cervánticas.

Otro libro capital que nos hace comprender tan íntimamente a su autor como a los personajes de los que habla, es la *Vida de Don Quijote y Sancho* (Madrid, 1905), por don Miguel de Unamuno. La vehemencia del inquieto polígrafo se vertió en esas páginas que, por ello, no salieron exentas de lunares. Los señaló don Francisco Rodríguez Marín con zumba un tanto desdeñosa,

como solía. En el prólogo a la tercera edición (1928), don Miguel declara haber corregido "los errores del original, hijos de mis precipitaciones de improvisador". Quienes hayan leído el libro juzgarán acertada la opinión de don Américo Castro: "bello y sugeridor como pocos".

Además, Unamuno escribió —en noviembre de 1896— un "ensayo iconológico": *El Caballero de la Triste Figura* (edición consultada: Buenos Aires, Austral, 1944), donde recoge "cuantos pasajes se refieren más o menos directamente a los caracteres físicos de Don Quijote". No son más de diecisiete, pero, comentados por el profundo pensador, hacen que veamos la triste figura del hidalgo en toda su sencilla verdad.

Azorín no tiene libro completo sobre Cervantes ni sobre la novela sin par, si bien a esos temas consagra no pocos de sus artículos, después reunidos en volúmenes de lectura deleitosa. Agudos, certeros juicios brillan en sus páginas. De *La ruta de Don Quijote* hablaremos más lejos.

Apenas cabe mencionar aquí las *Meditaciones del "Quijote"* (Madrid, 1914), de don José Ortega y Gasset, libro importantísimo, mas en el cual el Manchego, Sancho, y algunas de sus aventuras, actúan sólo como catalizadores, si es dable decirlo así, respecto del proceso mental; propiamente no hay crítica del *Quijote*, sino, con pie en él, penetrantes análisis sobre la cultura mediterránea, Madame Bovary, etc.

En la velada oficial con que se conmemoró en México el "aniversario secular por tres veces de la muerte del Príncipe de los Ingenios Españoles", don Manuel G. Revilla, cuyas son las precedentes palabras, leyó su *Laude en prez de Cervantes Saavedra*, recogido en su libro *En pro del casticismo*. Se releen con agrado esas páginas, aunque las deslucen un tanto el error de confundir al Dr. Gutierre de Cetina, que el 5 de noviembre de 1615 firmó la aprobación de la segunda parte del *Quijote*, con el "delicado poeta" del mismo nombre, asesinado en Puebla en 1554.

Sobre *El valor filosófico y moral del "Quijote"* disertó don Genaro Fernández MacGrégor durante la *Semana Cervantina* celebrada en México en abril de 1916. Su ensayo place por la finura del análisis y la pulcritud del estilo. En la misma ocasión, don Federico E. Mariscal habló de *Las artes plásticas y el "Quijote"*, y don Enrique O. Aragón examinó la *Psicología de Don Quijote*. Agregaremos, a título de información bibliográfica, que completan el ya citado folleto de conferencias editado por la Universidad Popular Mexicana, *Cervantes y la lengua castellana*, por don Miguel Salinas, y *El teatro de Cervantes*, por don Antonio Castro Leal.

El alma de la Humanidad de Don Quijote (México, Bouret, 1916) es breve ensayo del Dr. Carlos Barajas, animado por generosa idealidad. Erró el autor al decir que la hija de doña Rodríguez es "una heredera, pobre, de muchos títulos de Aragón"; falla de memoria o sobra de entusiasmo.

De los admirables libros cervánticos de don Francisco A. de Icaza, sólo mencionaremos aquí —largo elogio ameritarían— *Supercherías y errores cervantinos* (Madrid, 1917) y *El "Quijote" durante tres siglos* (Madrid, 1918), en donde renueva un asunto ya tratado por Schevill: *Three centuries of Don Quixote* (en *University of California Chronicle*, Berkeley, 1913).

Don Ramiro de Maeztu intituló *Don Quijote o el Amor* el primero de sus magníficos "ensayos en simpatía" sobre las tres "figuras más firmes que ha engendrado la fantasía hispánica". Está recogido en el libro *Don Quijote, Don Juan y la Celestina* (1926; 5a. ed., Buenos Aires, 1945). Fértil en ideas es ese trabajo, que sugiere tanto como dice.

Aunque breve, y mezclado con impresiones de navegación, ofrece algunos juicios originales el ensayo *A bordo con Don Quijote*, del escritor alemán don Tomás Mann. Lo tradujo don Ramón de la Serna y Espina, y figura en el libro *Cervantes, Goethe, Freud* (Buenos Aires, 1943).

¡Cuántas obras más habría que comentar! Pero ya Rodríguez Marín (VII, 120) señaló que "es indudablemente más difícil escribir cuando hay sobrada materia que cuando la hay escasa". Sírvanos esto de excusa para sólo mencionar tres libros de diverso mérito: las pedagógicas y optimistas, a la manera de Marden y Smiles, *Enseñanzas del "Quijote"* (Barcelona, 1916), por don Federico Climent Terrer, a las que afea el disparate de atribuir a Garcilaso un juicio adverso a Cervantes; la sagacísima *Guía del lector del "Quijote"* (Madrid, 1926), por don Salvador de Madariaga; y *La invención del "Quijote"* (Madrid, 1934), admirable ensayo de don Manuel Azaña.

Se advertirá que faltan en esta reseña quienes censuraron a Cervantes. Correremos sobre ellos "el velo del olvido" en consideración a la celebridad que la propia labor ganó para algunos, y porque olvido merecen los demás, cuyo único título al recuerdo es precisamente el de haber atacado a quien les superó como la montaña supera al montón.

Algunas obras relativas a pormenores del "Quijote".

Sorprende la variedad de los temas quijotesco que han atraído la curiosidad y estimulado la paciencia de los eruditos. Los hay tan inesperados como la *Reseña de Rocinante*, de don C. Sanz Egaña, médico veterinario. La cita Rodríguez Marín. También sale de lo trillado el folleto de don Enrique de Leguina, Barón de la Vega de Hoz, titulado *Las armas de Don Quijote* (Madrid, 1908); es trabajo de fina erudición y certero gusto.

El escenario en que se mueve el héroe ha sido bien estudiado. El ensayo más serio a ese respecto es el de don Antonio Blázquez: *La Mancha en tiempo de Cervantes* (Madrid, 1905). De "luminosa conferencia" lo califica Rodrí-

guez Marín, quien cita la opinión de Morel-Fatio: "Satisface nuestra legítima curiosidad de manera sobria y explícita".

La ruta de Don Quijote, descrita por Azorín (nueva edición: Buenos Aires, 1944), es, como hoy se diría, un *reportaje* encantador, un bosquejo de la vida en algunos lugares manchegos, en 1905. Ya en 1896 había aparecido en Nueva York un libro de don Augusto F. Jaccaci, ilustrado por don Daniel Vierge, con ese tema: *On the trail of Don Quixote. A record of rambles in the ancient province of La Mancha*. Lo tradujo don Ramón Jaén bajo el título de *El camino de Don Quijote. Por tierras de La Mancha* (Madrid, 1915), ilustrándolo con fotografías de los lugares visitados. Repitió la peregrinación de Azorín don Augusto D'Halmar; la describe galanamente en *La Mancha de Don Quijote* (Santiago de Chile, 1934).

Las andanzas del Manchego han sido investigadas por don J. B. Sánchez Pérez: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Ruta y cronología* (Madrid, 1941). Su locura ha dado pie a no pocos estudios. *Primores del "Don Quijote" en el concepto médico-psicológico y consideraciones generales sobre la locura, para un nuevo comentario de la inmortal novela* (Barcelona, 1886), por el Dr. Emilio Pi y Molist, es, dice don Eduardo Benot en su *Estudio acerca de Cervantes i el "Quijote"* (Madrid, 1905), "¡admirable estudio sobre la locura de Alonso Quijano el Bueno! Obra apenas leída por los literatos, i hasta no mui conocida entre los mismos cervantistas". Esto último puede repetirse respecto de *Bellezas de Medicina práctica descubiertas por don Antonio Hernández Morejón en "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha"* (Madrid, 1836), folleto donde se reproducen esas páginas de la *Historia de la Medicina Española*, del mismo autor. Citaremos, también: *La folie de Don Quichotte. Un cas littéraire de délire d'interprétation* (París, 1909), por el señor Lucien Libert, y *La razón de la sinrazón. Estudio médico-psicológico sobre la locura de Don Quijote* (Colima, 1918), por el Dr. Miguel Galindo. Citaremos, asimismo, la curiosa *Tipología del "Quijote". Ensayo sobre la estructura psicosomática de los personajes de la novela* (Madrid, 1932), por don J. Goyanes.

Como "desfacedor de entuertos", el valeroso hidalgo ha sido contemplado por diversos eruditos. Mencionaremos: *El ideal de justicia de Don Quijote de la Mancha* (Madrid, 1922), por don Adolfo Pons Umbert y don José Maluquer Salvador; *La criminalidad y la penalidad en el "Quijote"*, por don Rafael Salinas, en el volumen que reúne las conferencias sustentadas en el Ateneo de Madrid con motivo del centenario de 1905, de las cuales, por escasez de espacio, sólo recordaremos aquí la de don Cecilio de Roda López sobre *Los instrumentos, músicos y las danzas en el "Quijote"*; en fin, *Cervantes y el Derecho de Gentes. La guerra en el "Quijote"* (Zaragoza, 1905), por don Antonio Royo Villanova. Mención especial merece

el profundo estudio, sólidamente documentado, de don Tomás Carreras y Artau: *La Filosofía del Derecho en el "Quijote"* (Gerona, 1905).

Han comparado la vigorosa personalidad de nuestro Andante con otras figuras de las Letras: Turgueneff, en su conocido ensayo *Hamlet y Don Quijote*, traducido por don Torcuato Tasso Serra (Barcelona, 1903), asunto asimismo tratado por don Ramiro de Maeztu en un capítulo de *Don Quijote o el Amaro*; y don José Bickermann, en *Don Quijote y Fausto: los héroes y las obras*, traducción, con prólogo, del P. Félix García (Barcelona, 1932). Don Arturo Marasso, en *Cervantes y Virgilio* (Buenos Aires, 1937), compara el *Quijote* con *La Eneida*. Citemos también *El "Quijote" y el "Telémaco"* (Madrid, 1884), por don Luis Vidart y Schuch.

Estado social que revela el "Quijote" es el título de un ensayo de don Angel Salcedo Ruiz y de otro de don Julio Puyol Alonso, ambos impresos en Madrid, 1905. Rodríguez Marín encomia el libro de don Luis María Soler y Terol, escrito en catalán y titulado *Perot Roca Guinarda. Historia d'aquest bandoler* (Manresa, 1909). Es el Roque Guinart del *Quijote*. Don José María Piernas y Hurtado analizó con discreción y competencia las *Ideas y noticias económicas del "Quijote"* (Madrid, 1874). La competencia brilla también en *Los refranes del "Quijote"* (Barcelona, 1874), estudio de don José Coll y Vehí. El P. Sbarbi formó el Vol. VI de su *Refranero General Español* con la *Colección de los refranes, adagios, proverbios y frases proverbiales que se hallan en el "Quijote"* (Madrid, 1876).

Desde el punto de vista filosófico juzgaron el incomparable libro numerosos escritores. Ya en 1789 sacaba a luz *La moral del "Quijote"* el Br. don P. Gatell. Don Manuel de Castro Alonso compuso *La moralidad del "Quijote"* (Valladolid, 1904). Y don David Rubio, que se preguntaba: *¿Hay una filosofía en el "Quijote"?* (Nueva York, 1924), resolvió su duda publicando *La filosofía del "Quijote"* (Buenos Aires, 1943).

Don Mariano Pardo de Figueroa puede ser llamado, a justo título, el más original, de los cervantistas, vocablo que él fue el primero en usar. Como nuestro Dr. Atl, hizo prevalecer sobre su nombre su seudónimo: Dr. Thebussem. Solía fechar sus trabajos en el imaginario Castillo de *Thirmenth*. Fácil es advertir que están disfrazadas ahí las palabras "embustes" y "mentir", germanizadas mediante la adición de haches, rasgo de humorismo que le retrata por entero.

Fue el insuperado campeón del cervantismo anecdótico, del cual se burló don José María de Pereda en su ya citado artículo de *Esbozos y Rasguños*, escrito "contra el pintoresco catálogo de los cervantómanos que han contado las veces que dice sí Don Quijote, o Sancho Vuesa Merced". Va esa china al tejado del Dr. Thebussem, quien, entre sus mil ocurrencias, tuvo la de probar que Cervantes prefería el color verde, porque ver-

des son las más de las prendas de vestir nombradas en el *Quijote*. Él atrajo la atención sobre el hecho de que sólo dos veces se mencionan ahí las aceitunas; y para que el paciente lector de este ensayo las atrape "cansadas", agregaremos que las encontrará en la frugal comida de Sancho con Ricote y los tudescos, y en más inesperado lugar, en la *Canción desesperada* de Grisóstomo: "ni del famoso Betis las olivas".

Sus trabajos críticos están recogidos en los cinco tomos denominados, tras el número ordinal correspondiente, *Ración de Artículos*, no todos cervánticos, y en las célebres ocho *Cartas Droapianas*, o sean las que suponía dirigidas al Dr. Thebussem, alemán, por M. Droap, francés, nombre anagramático. Aparecieron de 1862 a 1869 y tuvieron por objeto, según él mismo dijo, "crear un cervantófilo entre cada mil españoles".

Por la originalidad de los temas, pueden considerarse epígonos del Dr. Thebussem don José Gómez Ocaña, autor de *Las 141 veces que Cervantes mienta el corazón en el "Quijote"* (Madrid, 1905); y don Javier Soravilla, compilador del *Catálogo por orden alfabético de todos los personajes que intervienen en "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha"* (en la revista *Cervantes*, Madrid, 1876). Encontró 607 hombres y 62 mujeres.

No a todas éstas se refiere la señora Marta K. de Trinker en *Las mujeres en el "Don Quijote" de Cervantes comparadas con las mujeres en los dramas de Shakespeare* (México, Cultura, 1938); destaca lo característico de las veintiséis principales figuras femeninas, desde Dulcinea hasta la tranquila esposa del Caballero del Verde Gabán. Citaremos, también, *Mujeres del "Quijote"* (Madrid, 1916), de doña Concha Espina, libro que su autora juzga "útil y dulce, ameno y breve"; y *Las mujeres de Cervantes* (Madrid, 1916), por don José Sánchez Rojas.

El P. Ramón Antequera, en su *Juicio Analítico del "Quijote"* (Madrid, 1863), continuó las investigaciones de Clemencín encaminadas a identificar a Dulcinea con Ana Zarco de Morales. Este es el lugar apropiado para citar *La Emperatriz del Mundo. Estudio sobre Dulcinea del Toboso* (Madrid, 1916), por don Aurelio Báig Baños.

La identificación de los personajes a quienes aludían los apodos enumerados por Don Quijote en la aventura de las ovejas, la intentó don Aurelio Fernández-Guerra y Orbe en su *Noticia de un precioso códice de la Biblioteca Colombina: algunos datos nuevos para ilustrar el "Quijote"; varios rasgos, ya casi desconocidos, ya inéditos, de Cervantes, Cetina, Salcedo, Chávez y el Bachiller Engrava* (Madrid, 1863).

Don Ramón Menéndez Pidal examinó —*Un aspecto en la elaboración del "Quijote"* (Madrid, 1920)— la posible influencia que sobre Cervantes haya ejercido cierto anónimo *Entremés de los romances* cuya analogía con los primeros capítulos es innegable. Apoyó aquella opinión don Juan Mi-

llé y Giménez en *La génesis del "Quijote"* (Barcelona, 1930), y la impugnaron Rodríguez Marín, en apéndice de su edición de 1927-28, y don Emilio Cotarelo y Mori, quien en sus *Últimos estudios cervantinos: rápida ojeada sobre los más recientes trabajos acerca de Cervantes y el "Quijote"* (Madrid, 1920), asienta "que el entremés es parodia del Quijote".

Discípulo de Menéndez Pidal ha sido don Joaquín Casaldueiro, profesor español; en el erudito y sutil estudio titulado *La composición de "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha"* (en la *Revista de Filología Hispánica*, Buenos Aires, 1940), se propuso demostrar que el desorden de la composición del Quijote es sólo aparente.

Magistral es la obra del P. Julio Cejador y Frauca, titulada *La lengua de Cervantes. Gramática y Diccionario de la Lengua en el "Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha"* (Madrid, 1905-1906). Don Ricardo Rojas, en su bien documentado *Cervantes*, deplora que tan sagaz análisis filológico no haya explotado también la mina riquísima que son las poesías.

Don Alejandro Quijano hace ver, en su folleto *Cervantes y "El Quijote" en la Academia* (México, Número, 1935), cómo las variaciones de la estima que nuestro autor y sus obras han conocido, se reflejaron en las notas a ellos relativas en los diccionarios de aquella corporación. Trabajo muy original, ameno al par que docto, y modelo de buen decir.

Señalaremos, finalmente —y quédase mucho paño por cortar— una curiosa polémica. El P. Sbarbi escribió un artículo: *El "Quijote" es intraducible* (en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 1872); y don José María Asensio y Toledo lo refutó con otro: *¿Puede traducirse el "Quijote"?* (en *Revista de España*, 1873). El P. Sbarbi dijo la última palabra en la polémica, con su folleto *Intraducibilidad del "Quijote". Pasatiempo literario o apuntes para un libro grueso y en folio* (Madrid, 1876).

Los "esoteristas".

Una de las peculiaridades del Quijote es la facilidad con que el buen loco manchego contagia a quienes leen hasta la ebriedad, por decirlo así, la historia de sus andanzas. No, ciertamente, locura de la misma índole: no es probable que algún lector del Quijote haya salido por el Campo de Montiel o desfacer entuertos, lanza en ristre. Pero es chifladura estudiar como "tratado cabalístico de recóndita filosofía" el que es "mero libro de entretenimiento", dijo Rodríguez Marín.

"Esto del oculto sentido del Quijote —apunta Benot en su precitado *Estudio*— se sostenía ya por un contemporáneo del mismo Cervantes, don Manuel de Faria y Sousa". Y agrega: "El hecho de que Cervantes pu-

siese en *La Galatea*, bajo seudónimo, a muchos de sus amigos, dio pie a la creencia de que también en el *Quijote* había obrado de esa manera”.

El príncipe de los “esoteristas” fue don Nicolás Díaz de Benjumea, “espíritu inquieto y soñador”, dice Rodríguez Marín. “Paradojista y palabrero eterno”, le llama don Cayetano A. de la Barrera. En *La Estafeta de Urganda, o Aviso de Cid Asam Ouzad Benejelí sobre el desencanto del “Quijote”* (Londres, 1861) —el nombre arábigo es anagrama del suyo—, asienta que el “invisible enemigo” de cuya persecución se dolía Don Quijote, simboliza al doctor Blanco de Paz, personificado en el bachiller Sansón Carrasco; Casildea de Vandalia representa la Inquisición; etc. Son base de esas fantasías los juegos anagramáticos: López de Alcobendas vale por “Es lo de Blanco de Paz”, Barcelona por “Blanco era”; y así por el estilo.

En *El Correo de Alquife, o Segundo Aviso de Cid Asam Benejelí sobre el desencanto del “Quijote”* (Barcelona, 1866) vuelve sobre los mismos temas. Todavía insistió en ellos con un “Tercer Aviso”: *El Mensaje de Merlín* (Londres, 1875). En *La verdad sobre el “Quijote”* (Barcelona, 1878), opina que el héroe manchego es el propio Cervantes; sus combates figuran “el gran mito de la humanidad, la lucha de la sabiduría y la fuerza moral reunidas en uno, con la fuerza material y la ignorancia reunidas en muchos”, dice De la Barrera en *El cachetero del “Buscapié”*. En la edición de Barcelona, 1880, incluyó *Notas sobre el sentido espiritual del “Quijote”*.

Superó en Benjumea Polinous, seudónimo de don Benigno Pallol, en la *Interpretación del “Quijote”* (Madrid, 1893). Para Polinous, “el *Quijote* es una invectiva contra los libros sagrados y sus derivaciones”, dice Ríus —y será ésta la última cita que hagamos del, por utilísimo, inevitable crítico. “Juzga —afirma Benot en su *Estudio*— que Cervantes quiso representar en su fábula el absolutismo monárquico i la opresión inquisitorial sobre las conciencias”.

Émulo de Polinous fue don Baldomero Villegas del Hoyo, coronel de artillería, autor del *Estudio tropológico sobre el “D. Quijote de la Mancha” del sin par Cervantes* (Burgos, 1897). Sostiene que el *Ingenioso Hidalgo* se escribió para contrarrestar la influencia del *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar sus Estados* (1585), obra del P. Rivadeneyra, S. J. Don Quijote es “la encarnación del criterio liberal y reformista”, y su nombre debe leerse *Qué hijote*, lo cual “corresponde a la situación en que queda este parto de su ingenio [el de Cervantes], desfigurado y contrahecho, convertido en una verdadera caricatura para poder vivir”. Después sacó a luz *La Revolución Española. Estudio en que se descubre cuál y cómo fue el verdadero ingenio del “Don Quijote” y el pensamiento del sin par Cervantes* (Madrid, 1903). “Archidelicioso libro”, dice Rodríguez Marín, por la abundancia y calidad de los símbolos que al

autor le place descubrir. Mencionaremos también —duele tener que limitarse— *Cervantes, luz del mundo. Enseñanzas cervantinas crítico-apologético-metafísicas* (Madrid, 1915).

Don Adolfo Saldías, en *Cervantes y el "Quijote"* (Buenos Aires, 1893), cree que nuestro autor "fue un demócrata convencido, i que don Quijote representa la aristocracia conservadora i Sancho la democracia pura", dice Benot en su precitado *Estudio*. De los libros de don Miguel Cortacero y Velasco sólo citaremos uno, de título prometedor: *Cervantes y el Evangelio; o, El Simbolismo del "Quijote"* (Madrid, 1915).

Otros casos de "esoterismo" podríamos recordar, mas como tan inocente manía carece de trascendencia para el buen entendimiento y comprensión del magno libro, y es sólo motivo de curiosidad y mina de apacible entretenimiento, bastará —para concluir— consagrar unas líneas al pretendido hallazgo de "la traza" del *Quijote*, expuesta en *El crimen de Avellaneda* (Madrid, 1916) por don Atanasio Rivero, quien se dio a la increíble tarea de descomponer en anagramas el texto y redactar así unas supuestas *Memorias maravillosas de Cervantes*, según las cuales Gabriel Leonardo de Albión —hijo de Lupercio Leonardo de Argensola— y Antonio de Mira de Mescua, fueron el falso Avellaneda. "Con igual cifra —dice Icaza en *Supercherías y errores cervantinos*— suponía elaborado el *Quijote* de Avellaneda". En *El apócrifo "Secreto de Cervantes"* (Madrid, 1916), Rodríguez Marín deshizo la engañifa con unos cuantos papirotazos.

La insuficiencia de este trabajo, lleno a la vez de lagunas y superfluidades, nos deja descontentos. Mas, para agotar la materia, hubiera sido necesario añadir, tras paciente labor de años, un tomo a los tres de la *Bibliografía* de Rius, aquí tan copiosamente citada.

Tales como son, estas páginas permitirán a sus lectores formarse una idea somera de los dos temas tratados. Y, no obstante sus limitaciones y defectos, hemos de reivindicar para ellas un pequeño mérito: el de que, salvo en citas de obras ajenas que no hemos podido excusar, no se hallarán dos lugares comunes: los de llamar a Cervantes *El Manco de Lepanto* y *El Príncipe de los Ingenios Españoles* *.

* El Sr. D. José María González de Mendoza entregó con su estudio el índice alfabético del mismo. Se ha incorporado en el de este volumen; pero a fin de hacer constar su esfuerzo, va en letra cursiva. A. M. C.

EL QUIJOTE EN MEXICO *

Por don JULIÁN AMO.

I. CERVANTES Y MÉXICO

a) *Intento de venir*

El empleo.

DESDE su vuelta del cantiverio en Argen (1580) andaba Cervantes en busca de un empleo. Aunque "extremada fue su alegría sin duda al verse de nuevo entre las personas de su familia que le habían apoyado con lealtad y habían hecho, dentro de la escasez de sus medios, lo que les fue posible para procurar su rescate"¹, Miguel de Cervantes "no podía darse el lujo de vivir ocioso"², pues, como Fitzmaurice-Kelly sostiene, "la familia de Cervantes estaba constantemente falta de dineros"³, y él mismo "era pobre como los otros miembros de su familia"⁴. "Podemos, tal vez, presumir que Cervantes tuviera esperanzas de procurarse un empleo del gobierno por medio de cartas de recomendación que había obtenido cinco años antes, o cosa así, de don Juan de Austria y del Duque de Sesa. No parece que estas cartas hayan sido de mayor provecho: no le procuraron a Cervantes ningún empleo duradero"⁵ si se exceptúa el brevísimo de correo del rey, que le duró parte de 1581.

Después de vivir en Madrid, donde escribió *La Galatea*, primer libro cer-

* Trabajo premiado en el concurso abierto por la Academia Mexicana en 1947 para celebrar el IV Aniversario del Natalicio de Don Miguel de Cervantes Saavedra.

¹ Jaime Fitzmaurice-Kelly. *Miguel de Cervantes Saavedra*, Buenos Aires, Clydoc, 1944, p. 80.

² *Ibid.*, p. 84.

³ *Ibid.*, p. 84, nota 208.

⁴ *Ibid.*, p. 87.

⁵ *Ibid.*, p. 85.

vantino llegado a México de que se tiene noticia (1586), logró en Sevilla un puesto de comisario de la Armada, en 1587, merced a la influencia de Diego de Valdivia, Alcalde de aquella Real Audiencia, para el trabajo de abastecer de víveres las naves. En dicha población, donde afluían multitud de gentes que iban o venían a las Indias, es seguro que Cervantes tuvo oportunidad de leer los relatos de cronistas y descubridores, despertándosele el deseo de pasar al Nuevo Mundo, donde esperaba, como otros muchos, más o menos fundamentalmente, poder mejorar de fortuna⁶. Lo que ganaba como comisario era bien poco: 12 reales diarios, no siempre pagados con puntualidad. “No había perspectivas de promoción para su persona”, dice Fitzmaurice-Kelly⁷; “la tarea no estaba de acuerdo con sus inclinaciones y España no le daba lugar a acariciar esperanzas en otro sentido. Trabajado por estos pensamientos resolvió alzar una petición al rey, en que, a vueltas de recordar sus pasados servicios y los de su hermano, pedía que le nombrasen para uno de los cuatro empleos vacantes a la sazón en América”⁸.

Dificultades del viaje.

Por razón de su pobreza el peticionario no hubiera podido trasladarse con sus propios recursos. Además el asunto no era fácil en aquellos tiempos. Aunque en los de Carlos V se rompiera con las restricciones de un principio, abriendo la mano, de acuerdo con los gustos de este monarca, para que los súbditos pudieran emigrar —a tenor de lo que previene una ordenanza de 1526⁹—, su sucesor Felipe II volvió a las restricciones, desarrollando una política cuidadosa para preservar, dice Bourne, “la pureza del elemento español en el Nuevo Mundo, y precaver, hasta donde fuese posible, la difusión del conocimiento en el extranjero de la riqueza y de los recursos de las posesiones que el rey tenía en América”¹⁰. En consecuencia, ningún español, “nativo o extranjero, podía ir a las Indias sin permiso de la corona (o en

⁶ Bonilla y Schevill suponen que Cervantes “había leído los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso y que de esta obra recibió algunas sugerencias para la suya”. Ricardo Rojas, que recoge esta observación en su libro titulado *Cervantes* (Buenos Aires, La Facultad, 1935, p. 409-410), agrega que “sea esto verdad o no, es lo cierto que el Inca vivió en Córdoba a fines del siglo XVI, cuando Cervantes andaba por Andalucía”.

⁷ Fitzmaurice-Kelly, *ob. cit.*, p. 98.

⁸ *Ibid.*, p. 98-99.

⁹ MS. ordenanza citada por Saco, *Historia de la Esclavitud*, 85; Herrera, *Historia General*, dec. III, cap. XI. Citados ambos por Edward Gaylord Bourne, *España en América, 1450-1580*, La Habana, “La Moderna Poesía”, 1906, p. 214-216.

¹⁰ Bourne, *ob. cit.*, p. 216.

algunos casos de la Casa de Contratación), bajo pena de confiscación de sus propiedades ¹¹.

La petición al Rey.

Dado que la consecución de un empleo en América llevaba lógicamente aparejada la autorización de traslado, Cervantes, buscando asegurar su porvenir, y usando del indudable derecho que para ello tenía por su condición de soldado veterano, bien acreditada por la inutilidad de la mano, solicitó, como queda dicho, uno de los cuatro empleos vacantes a la sazón en América. El texto del documento ¹² decía así: "Señor: Miguel de çervantes sahauedra dice que ha seruido á V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrescido de veinte y dos años á esta parte, particularmente en la Batalla Naual donde le dieron muchas heridas, de las quales perdio vna mano de vn arcabuçaco —y al año siguiente fué á Nauarino y despues á la de Tunez y á la goleta y viniendo á esta corte con cartas del señor Don Joan y del Duque de Çeça para que V. M. le hiciese merced; fue cautivo en la galera del sol él y vn hermano suyo que tambien ha seruido á V. M. en las mismas jornadas y fueron lleuados á argel donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse y toda la hazienda de sus padres y los dotes de dos hermanas donçellas que tenia, las quales quedaron pobres por rescatar á sus hermanos, y despues de liuertados fueron á servir á V. M. en el reyno de Portugal y á las terceras con el marques de Santa cruz, y agora al presente

¹¹ *Ibid.*, p. 217. Había sin duda otros motivos, y son los que aduce Velasco: "La razón para reglamentos tan estrictos sobre emigración, fué la de proteger a las Indias contra la invasión de desocupados y de aventureros turbulentos, ansiosos de enriquecerse prontamente, y que no se contentan con los alimentos y los abrigos asegurados a todo hombre moderadamente industrial". (Velasco, *Descripción de las Indias*, 36. Soriano, embajador veneciano, caracteriza a la mayor parté de los emigrantes como desesperados o prófugos de la justicia. Albéri, *Relazioni Venete*, 1a. serie, III, 343. [Bourne, *ob. cit.*, p. 216-217]). Cervantes da una visión parecida al escribir del hidalgo Filipo de Carrizales, héroe de su novela: "...Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aun no con muchos amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse a las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España... , engaño común de muchos y remedio particular de pocos". (En *El Celoso Extremeño*, por Miguel de Cervantes Saavedra, *Obras completas*, recopilación, estudio preliminar, prólogos y notas por Angel Valbuena Prat, 7a. ed., Madrid, M. Aguilar, 1946, p. 976).

¹² Reproducido por Fitzmaurice-Kelly, *ob. cit.*, p. 99 y 100, nota 266, de donde lo tomamos nosotros. Ricardo Rojas lo transcribe igualmente en su libro citado anteriormente, p. 410-411, acompañándolo de un breve comentario. El periódico *El Comercio*, de Lima, publicó el facsímil del documento con una glosa de Francisco A. Loayza a que habremos de referirnos en el cuerpo de la obra.

están sirviendo y sirven á V. M. el vno dellos en flandes de alferez y el miguel de çerbantes fue el que traxo las cartas y auisos del alcayde de Mostagan y fue á orán por orden de V. M. y después asistido sirviendo en seuilla en negoçios de la armada por orden de Antonio de guebara, como consta por las informaciones que tienen, y en todo este tiempo no se le ha hecho merced ninguna. Pide y suplica humildemente quanto puede á V. M. sea seruido de hacerle merçed de *un oficio en las yndias* de los tres ó quatro que al presente están vacos, que es el vno la contaduría del nuevo Reyno de granada, ó la gouernación de la probinçia de soconusco en guatimala, ó contador de las galeras de cartagena, ó corregidor de la ciudad de la Paz, que con qualquiera de estos officios que V. M. le haga merced la rescuira por que es hombre auil y sufficiente y benemerito para que V. M. le haga merced, por que su desseo es á continuar siempre en el seruicio de V. M. y acauar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello rescuira muy gran bien y merced". Vienen después las firmas: "Su Señoria. Senores: gasca, medina, D. Luis, dr. gonzalez flores, tudanca, valtodano, agustín aluarez de Toledo", con un decreto marginal que dice: "busque por acá en que se le haga merced, en madrid á 6 de junio 1590. El doctor nuñez morquecho". Al respaldo del documento está escrito: "Miguel de Cerbantes sahauedra. A 21 de Mayo 1590. Al presidente del consejo de Indias"¹³.

Para Loayza el "Quijote" surgió de la negativa.

"Como se lee en el manuscrito —dice Loayza—, el Consejo de Indias, compuesto de los hombres más conspicuos y sapientes del Reino, negó a Cervantes los modestos oficios que solicitaba, no obstante los servicios prestados a la patria, en el ejército y en la marina. No lo encontraron capaz para el desempeño, como él deseaba, de un corregimiento ni de una contaduría. Después de veintidós años de batallas contra los enemigos de España, en cruentas jornadas de mar y tierra, derramando su sangre, mutilado y pobre... Se le desairó, no obstante que alegaba ser "hombre hábil, suficiente y benemérito". Es lógico suponer, ahora, que Cervantes, cuando recibió la negativa del Consejo de Indias, sintió todo el agravio de la incomprensión, de la in-

¹³ D. Pedro Torres Lanzas, que publicó todo el documento en el número extraordinario que hizo la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* de Madrid para conmemorar el centenario del *Quijote* (Mayo de 1905, p. 345-346), de cuya revista lo tomó Fitzmaurice-Kelly, da los nombres que formaban el Consejo en 1590, y que en el escrito figuran abreviadamente: Presidente, Hernando de la Vega y de Fonseca. Consejeros: Diego Gasca de Salazar, Medina de Zarauz, Luis de Mercado, Pedro Gutiérrez Flórez, Pedro Díez de Tudanca, Benito Rodríguez Baltodano, y Agustín Álvarez de Toledo. Relator: doctor Núñez Morquecho.

justicia y de la indolencia de sus contemporáneos. Y es lógico suponer también que entonces fue, ante el latigazo de los desengaños, cuando la crisálida espiritual de Cervantes sintió que le crecían las alas del genio, y cuando sintió en su cerebro las palpitaciones primigenias de *Don Quijote*, de ese gran símbolo de loco divino, de redentor apaleado, que mano maestra hizo vivir en las páginas del más sublime de los libros que han escrito los hombres”¹⁴.

Relación personal de Cervantes para con México.

Admitimos que los sufrimientos crearon el *Quijote*. Lo que ya es más discutible es que el fracaso de Cervantes en su intento de pasar a América fuera lo que le determinara a escribir una obra como el *Quijote*, que tenía ya sin duda madurada, y que se hubiera producido con viaje y sin él. Lo que ya está más en su punto es la idea de que el escrito de petición establece relaciones personales. Para Ricardo Rojas¹⁵, “el documento de dicha solicitud, dirigida al Rey, establece una relación personal de Cervantes con América”; si esto es cierto, para nosotros la relación queda además establecida con Méjico desde el momento que fue Soconusco, que es tierra mexicana¹⁶, uno de los puestos a que se contrajo la solicitud.

Cómo pudo ser el “Quijote” americano.

La negativa a la petición de Cervantes es una de las cuestiones que han sido controvertidas. Las opiniones se dividen entre los que creen que, de haber venido a América, Cervantes no hubiese escrito el *Quijote*, y los que opinan que sí lo hubiera escrito —como creemos nosotros—, aunque, en tal

¹⁴ Francisco A. Loayza, *Un autógrafo de Miguel de Cervantes Saavedra*, artículo fechado en Sevilla, en abril de 1935, y publicado en *El Comercio* de Lima, el 12 de mayo del mismo año.

¹⁵ Ricardo Rojas, *ob. cit.*, p. 410.

¹⁶ Soconusco, palabra que significa “en donde hay tuna agria”, es la región más rica de Chiapas, Estado de la República Mexicana. Su cabecera es la ciudad de Tapachula, y representa lo mejor explotado del Estado, con cafetales, cría de ganados, hule y caña de azúcar. El suelo, muy fértil, está regado por más de 30 ríos. Lo único que ha decrecido es la explotación del cacao, que fue famoso en tiempo de la Colonia. “El distrito de Soconusco, que durante la época colonial había formado parte de la provincia de Chiapas, sujeta a la autoridad de Guatemala”, se anexionó a México el 15 de agosto de 1842 mediante un acta que levantaron las autoridades y vecinos de Tapachula, reunidos con este objeto. (Alberto Leduc, Luis Lara Pardo y Carlos Roumagnac, *Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas*, París-México, Bouret, 1910, p. 911-912 (sintetizadas por nosotros).

caso, el *Quijote* americano habría sido distinto del español, entrando en él las descripciones de los indios, amén de otros temas que hubiera sugerido al autor su contacto con el Nuevo Mundo. Al grupo de los que entienden que el *Quijote* no se hubiera escrito de haber venido Cervantes a América pertenece don Francisco A. de Icaza, quien sostiene¹⁷ que “una frase habría bastado para que el *Quijote* no se escribiera”. “Si el rey don Felipe II... hubiera escrito ‘como se pide’, en vez de asentar, ‘busque otra cosa en que se le haga merced’, el *Quijote* no se habría escrito”.

Francisco A. Loayza¹⁸ sustenta la opinión contraria, y a ella viene a sumarse prácticamente “Azorín” en uno de los artículos de la serie cervantista que está publicando en Madrid con motivo del IV Centenario¹⁹, en el que nos habla así: “Pensemos lo que pensemos, llegamos a la conclusión de que el libro que Cervantes hubiera escrito en América no sería como el libro que escribió en España”. Esto cree Sánchez de Ocaña también, estimando que en América no sólo hubiera habido *Quijote*, sino además habría sido el paladín de los indios, a los que “habría ofrecido su lanza y su espada”²⁰.

¹⁷ Francisco A. de Icaza. *Don Quijote y Cervantes*, discurso de inauguración de la “Biblioteca Cervantes” en la capital mexicana, el 28 de enero de 1924, publicado en el *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, t. II, núms. 5 y 6, 2º semestre de 1923, 1er. semestre de 1924 (México, Secretaría de Educación Pública, Departamento Editorial, 1924), p. 322-325. Por cierto que en esta pieza oratoria incurre Icaza en errores de bulto como el de decir que Cervantes habría pasado inadvertido, caso de venir, porque, cuando pidió uno de los destinos vacantes, “no había escrito aún ninguna de las obras que le dieron fama”. Icaza no ha parado mientes, por lo que se ve, en que el escrito de Cervantes solicitando un empleo en América, así como la negativa que le siguió, son de 1590. *La Galatea* estaba en México desde 1586, como Icaza no ignoraba por haber manejado *El “Quijote” y Don Quijote en América*, de Rodríguez Marín, que lo dice. ¿Cómo iba a pasar Cervantes inadvertido, aunque no escribiera nada más, como Icaza pretende en su discurso, si ya en *La Galatea* hablaba de tres poetas mexicanos o relacionados con México? Don Francisco Monterde parece aprobar la afirmación de Icaza al congratularse de que, si por no accederse a lo que Cervantes pedía, el *Quijote* pudo escribirse, por negársele a Ruiz de Alarcón la cátedra a que aspiraba en la Universidad de México, Alarcón fue a Madrid, escribió sus obras, y pudo “brillar con ellas al lado de Lope, de Calderón, de Tirso” (Francisco Monterde. *Don Juan Ruiz de Alarcón*, México, Imprenta Universitaria, 1939?, p. 26-27). El escritor inglés Somerset Maugham opina igualmente en su libro *Don Fernando* que no hubiera habido *Quijote* de venir Cervantes a América. Por cierto que Aura Rostand, al hacer la recensión de *Don Fernando* (en la revista *Nosotros*, de México, D. F., 29 de marzo de 1947, con el título de *Carne y fantasía*) señala la inquina de Maugham contra los españoles, rebatiéndola con gallarda gentileza.

¹⁸ Artículo citado.

¹⁹ En *ABC*. El que aludimos se titula *Cervantes y América*, y apareció en el número correspondiente al 27 de marzo de 1947.

²⁰ Rafael Heliodoro Valle. *Diálogo con Rafael Sánchez de Ocaña*, en *Universidad de México*, México, D. F., vol. I, núm. 9, junio de 1947, p. 1-4.

b) Otros poetas que lo lograron

Poetas del "Canto de Calíope".

Si a Cervantes le fue imposible pasar a América, otros poetas españoles, relacionados con él en la forma que luego se verá, lo lograron. Entre ellos —prescindiendo de los que no tienen relación con nuestro tema— están Pedro de Alvarado y Juan de la Cueva, citados por Cervantes en el *Canto de Calíope* (lib. VI de *La Galatea*)²¹; Mateo Alemán, del que habla Cervantes en *La ilustre fregona*, y Luis de Belmonte Bermúdez, a cuyas obras de imitación cervantesca —novela y teatro— habremos de referirnos.

El *Canto de Calíope*, inspirado, según Toribio Medina²², en el *Infierno de los enamorados* o *El Triunphete de amor* del Marqués de Santillana, y en el *Canto del Turia*, de *La Diana enamorada* de Gil Polo, fue la primera labor seria salida de la pluma de Cervantes en opinión del bibliógrafo chileno, pudiendo considerarse como precursora, siempre dentro del mismo criterio, de otra muy posterior y más extensa, aparecida treinta años más tarde, con el título de *Viaje del Parnaso*.

En el *Canto* se enumeran cien escritores, poetas, militares y magnates, de los cuales Cervantes recordó sólo diez y seis en el *Viaje*. Ni Terrazas, ni Cueva, ni Alvarado, figuran en esta segunda obra, que tiene el interés, por lo que a identificación de personajes respecta, de haber incluido solamente a los que vivían al tiempo de ser escrita²³, con lo que se eliminan posibles confusiones entre personas de nombre igual.

Cervantes y Alvarado.

De Pedro de Alvarado sabemos bien poco, aparte de lo que dice de él Cervantes²⁴; aunque sí lo suficiente para afirmar que no hemos de confundir-

²¹ En él figura igualmente Francisco de Terrazas, nacido en México.

²² José Toribio Medina. *Escritores americanos celebrados por Cervantes en el "Canto de Calíope"*, Santiago (Chile), Editorial Nascimento, 1926, p. 5.

²³ "Pienso cantar de aquellos solamente// a quien la Parca el hilo aún no ha cortado,// de aquellos que son dignos justamente// d'en tal lugar tener señalado..." (*Canto de Calíope*, Cervantes, ed. cit., p. 807). Alfonso Reyes en *Las letras patrias de los orígenes al fin de la colonia* (capítulo de *México y la cultura*. México, Secretaría de Educación Pública, 1946, p. 334), dice que "para apreciar la estimación que de veras se concedió a los novohispanos no deben impresionarnos mucho las distribuciones de premios de Cervantes en su *Viaje del Parnaso*".

²⁴ "... // callaré yo lo que la fama canta// del ilustre don Pedro de Alvarado,// ilustre, pero ya no menos claro,// por su divino ingenio, al mundo raro". (ob. cit. de Cervantes, p. 814).

lo con el compañero de Cortés. “Bien sabemos —dice Toribio Medina— que en la Historia de América suena con encomio el nombre de Pedro de Alvarado, compañero de Fernando Cortés y fundador de la ciudad de Guatemala, cuyas hazañas y proezas militares revisten los caracteres de la epopeya; pero se cae de su peso que no ha podido ser éste el personaje celebrado por Cervantes, pues aunque supo también manejar la pluma en alguna ocasión, era muerto ya hacía más de cuarenta años cuando escribía el *Canto de Calíope*, en el cual, ya lo vimos, expresamente declaró que en él sólo habían de tener un sitio los que aún no eran fallecidos. Ese conquistador murió sin sucesión, de tal modo que habrá que buscar alguno de ese nombre entre los descendientes de los hermanos de D. Pedro Gómez y Jorge, con más precisión de este último, pues aquél murió soltero; y, en efecto, nos encontramos con que un biznieto suyo se llamó también Pedro, y más aún, que vivía en Madrid en 1604. Tal es la hipótesis que emite Bonilla y San Martín al tratar de identificar al poeta cantado por Cervantes. De más está advertir que la posteridad no ha logrado recoger producción alguna suya”²⁵.

Cervantes y Juan de la Cueva.

Juan de la Cueva aparece también en el *Canto de Calíope*²⁶, con lo que tenemos establecida su relación con Cervantes. No es difícil que éste supiera de la poesía de Juan de la Cueva, pues cuando Cueva se determinó a venir a México, era ya poeta celebrado²⁷. Luego (1577), de vuelta en Es-

²⁵ Medina, *ob. cit.*, p. 27 y 28. Medina dice en breve nota, para aclarar la cita de Bonilla: “El dato que da el insigne comentador de *Galatea*, lo sacó de la *Sumaria relación de las cosas de Nueva España*, que Baltasar Dorantes de Carranza escribía en el año que se indica (1604), página 196 de la edición mexicana de 1902”.

²⁶ “Dad a Juan de las Cuevas el debido// lugar, cuando se ofrezca en este asiento, // pastores, pues lo tiene merecido// su dulce musa y raro entendimiento.// Sé que sus obras del eterno olvido// (a despecho y a pesar del violento// curso del tiempo) librarán su nombre, // quedando con un claro alto renombre”. (Cervantes, ed. cit., p. 812). A Juan de la Cueva, Mateo Alemán y Gutierre de Cetina —de quien Cervantes no habla— dedicó Francisco A. de Icaza todo un volumen, titulado *Sucesos reales que parecen imaginados*, en el que hay aciertos y omisiones, como diremos en el lugar oportuno. Juan de la Cueva no figura entre los escritores del *Canto de Calíope* estudiados por José Toribio Medina. Sí está, en cambio, en el libro de Santiago Montoto (*Ingenios sevillanos del siglo de oro que vivieron en América*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, S. A., p. 51-79) a que aludiremos más tarde también al hablar de Luis de Belmonte Bermúdez.

²⁷ Por sonetos como el que dedicó a Cristóbal de Sayas y Alfaro, autor de un *Libro de verdadera destreza*, anterior a 1569. El soneto aludido lo insertó Pacheco —citado por Montoto, p. 54— en su obra *Descripción de verdaderos retratos*, “noticia

paña, "fue asiduo concurrente a las tertulias literarias de Arguijo y de Pacheco"²⁸, mencionados ambos por Cervantes en *El viaje del Parnaso*²⁹ y en *La Galatea*³⁰, respectivamente.

Francisco A. de Icaza³¹ hace notar que si bien Juan de la Cueva no menciona a Cervantes en sus obras³², Cervantes en cambio "le alaba declaradamente en *La Galatea*³³, sin perjuicio de satirizarle después, de modo manifiesto e indudable, en *Pedro de Urdemalas* y en el *Quijote*, observación que había sido hecha por Menéndez Pidal³⁴. Ahora bien; Icaza añade, como investigación propia, una tercera burla de Cueva que descubrió en Cervantes, y es la sátira que éste hace en el Capítulo XXII de la Segunda Parte del *Quijote*³⁵, de una obra en verso, original de Juan de la Cueva, titulada *Los cuatro libros de los Inventores de las Cosas*, cuyo manuscrito se conserva en el número 10,182 en la Biblioteca Nacional de Madrid, y cuyo texto califica Icaza de "descabellado y ridículo"³⁶.

que escapó a Icaza en los tres trabajos ... dedicados al poeta sevillano" Juan de la Cueva. Cueva hizo otro soneto para pedir el indulto del poeta del hampa Alfonso Alvarez de Soria, tipo como Villon, que murió ahorcado en Sevilla por varias muertes. Ese mismo Alvarez de Soria aparece retratado después, según Rodríguez Marín, en el personaje Loaysa que creó Cervantes para *El celoso extremeño*. Nos suministran estos informes Montoto (*ob. cit.*, p. 73 y 74), y Valbuena Prat (en el prólogo de *El celoso extremeño*, ed. cit. de Cervantes, p. 876).

²⁸ Montoto, *ob. cit.*, p. 60.

²⁹ Ed. cit. de Cervantes, p. 82 y 83.

³⁰ *Canto de Caliope, La Galatea*, lib. VI., ed. cit., p. 811.

³¹ En un capítulo especial de su obra *Sucesos reales que parecen imaginados*, titulado "Juan de la Cueva y Miguel de Cervantes", p. 243-252.

³² "Las omisiones de Cueva —dice Icaza— respecto a Cervantes ... ya fueron apuntadas escuetamente por Wulf y atribuidas a posible animosidad". (Icaza, *ob. cit.*, p. 245).

³³ Cf. nuestra nota núm. 26.

³⁴ En su libro sobre *La leyenda de los Siete Infantes de Lara*, tal como Icaza reconoce (*ob. cit.*, p. 245). Juan de la Cueva hizo una obra sobre el tema de los Infantes de Lara "en que se anuncia el nacimiento de Mudarra en la tercera jornada y en la cuarta se le saca ya mozo y valiente" (Icaza, *ob. cit.*, p. 245-246). Cervantes se burla de éste diciendo por boca de Pedro, en la comedia de *Pedro de Urdemalas*, que en su teatro no se vería "que parió la dama esta jornada y en otra tiene el niño ya sus barbas" (Cervantes, ed. cit., p. 576); y se vuelve a burlar en el *Quijote* (Primera Parte, Cap. XLVIII, p. 1,356 de la ed. cit.), cuando dice el cura, en respuesta al canónigo: "Porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos de salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho un hombre barbado?"

³⁵ Icaza, *ob. cit.*, p. 246-249.

³⁶ En *Los cuatro libros de los Inventores de las Cosas* —reproducido fragmentariamente por Icaza en su obra tantas veces citada (p. 250)— pone Juan de la Cueva

De Francisco de Terrazas, poeta nacido en México, hay una mención de Cervantes en el *Canto de Calíope*³⁷. Es poco lo que se sabe de él, a pesar de lo que nos dicen García Icazbalceta³⁸, Menéndez y Pelayo³⁹, José Toribio Medina⁴⁰ y Antonio Castro Leal⁴¹. Cervantes calificó a Terrazas de "nuevo Apolo", y no sería de extrañar que hubiera sabido de él por su poema *Nuevo Mundo y Conquista*, que, "aunque manuscrito, debió de correr con estimación entre sus contemporáneos, puesto que el autor del epitafio del poeta, con la hipérbole propia de tales elogios fúnebres, se atrevió a compararlo nada menos que con el mismo Hernán Cortés, manifestando sus dudas

los nombres de algunas cosas, y las personas a quienes atribuye el haber sido inventadas, y dice: "La invención del xabón se debe a Francia// Nerón fue el que inventó cozer el agua.// De la çapatería fué Boecio// el inventor..." Cervantes se burla de éste poniendo en boca de Sancho expresiones tan chuecas como la siguiente: "—Dígame, señor, ...¿sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza...?" (*Quijote*, Parte II, Cap. XXII, p. 1460-1461 de la ed. cit. de Cervantes).

³⁷ "De la región antártica podría // eternizar ingenios soberanos, // que si riquezas hoy sustenta y cría, // también entendimientos sobrehumanos. // Mostrarlo puede en muchos este día, // y en dos os quiero dar llenas las manos: // uno, de Nueva España y nuevo Apolo; // del Perú el otro: un sol único y solo. // Francisco, el uno, de Terrazas, tiene // el nombre acá y allá tan conocido, // cuya vena caudal nuevo Ipo-crene // ha dado al patrio venturoso nido". (*Canto de Calíope*, *La Galatea*, lib. VI, ed. cit., p. 813).

³⁸ *Literatura Mexicana. Francisco de Terrazas y otros poetas del siglo XVI*, en las *Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española*, t. II, núm. 4, México, 1884, p. 357-425; reimpresso en *Obras suyas*, t. II, México, Agüeros, 1896, p. 219-306 (Medina, *ob. cit.*, p. 88-89).

³⁹ *Historia de la poesía hispano-americana*, t. I, Madrid, Victoriano Suárez, 1911, p. 37-42.

⁴⁰ Medina, *ob. cit.*, p. 86-93.

⁴¹ *Francisco de Terrazas. Poesías*, ed., prólogo y notas de Antonio Castro Leal (México, Librería de Porrúa Hnos. y Cía., 1941, p. ix-xxvii, incluyendo las de bibliografía). El estudio de Castro Leal, que, aun no siendo el único de su autor acerca de Terrazas, representa lo más completo que hay hasta la fecha sobre el poeta, no menciona otra relación de éste para con Cervantes que la que se deriva de su inclusión en el *Canto de Calíope*. Otros trabajos de Pedro Henríquez Ureña y Edmundo O'Gorman (mencionados en la bibliografía de Castro Leal cit.), y el muy reciente de Salvador Toscano (*Francisco de Terrazas*, en los *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, núm. 15, México, 1947, p. 45-49) no traen nada desconocido en relación con el problema que nos ocupa.

de que el conquistador hubiera valido más con sus heroicos hechos que Terrazas con escribirlos”⁴².

Cervantes y Mateo Alemán.

Tampoco sorprende que a Cervantes le fuera familiar la obra que cita⁴³ de quien, como Mateo Alemán, —cuyo IV Centenario celebra asimismo en 1947—, tanta semejanza podía tener con su vida⁴⁴. Y aunque no podamos confiar mucho en las exhumaciones de don Adolfo de Castro, sobre todo después de lo de *El buscapié*, que él inventó, atribuyéndoselo más tarde al propio Cervantes⁴⁵, —asunto sobre el que insistiremos al hablar de las obras cervantistas de Gabino de J. Vázquez—, no podemos por menos de aludir a la *Carta inédita de Mateo Alemán, autor de “El Pícaro Guzmán de Alfarache”, a Miguel de Cervantes*, a que Icaza no hizo referencia en sus *Sucesos reales que parecen imaginados*, pues —aun siendo apócrifa— figura en el dicho tomo de *El buscapié*⁴⁶, afectando sin duda a ambos escritores y a México. En ella Mateo Alemán alude al éxito de *Don Quijote*, paralelo al de su *Atalaya de la*

⁴² “Tan extremados los dos// En su suerte y su prudencia,// Que se queda la sentencia// Reservada para Dios// Que sabe la diferencia”. (Copiado por José Toribio Medina, ob. cit., p. 89).—Algunos fragmentos del poema de Terrazas aparecieron en el libro de Baltasar Dorantes de Carranza, titulado *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, mencionado ya por nosotros, cf. nota 25, en espera de volverlo a nombrar al ocuparnos de Mateo Rosas de Oquendo. En el *Canto de Calíope* (ed. cit., p. 812) hay un Carranza, que manejó “pluma y lanza”. el decir de Cervantes, y que pudo ser pariente de Dorantes de Carranza, a quien definió don Marcelino como “descendiente de Conquistadores”.

⁴³ El *Guzmán de Alfarache*, al que llama “famoso” en los primeros párrafos de *La ilustre fregona* (Cervantes, ed. cit., p. 996).

⁴⁴ Mateo Alemán nació, como Cervantes, en 1547. Estuvo también en la cárcel, precisamente por deudas. Intentó marchar a las Indias, igual que Cervantes, aunque con mejor fortuna en esto. Anduvo por Italia. Escribió una gran novela, de la que dice Montoto (*IV Centenario. Mateo Alemán*, en *ABC* de Madrid, 11 de marzo de 1947) que “de ningún libro del Siglo de Oro se hicieron tantas ediciones en el año de su publicación y en el siguiente”. “A medida que las ediciones del *Guzmán* se multiplicaban, crecía también la penuria del novelista”, agrega Montoto; y “para mayor escarnio, un abogado valenciano continuó la vida del *Pícaro*, ni más ni menos como le sucedió a Cervantes, años después, con su *Don Quijote*”.

⁴⁵ *El buscapié. Opúsculo inédito que en defensa de la Primera Parte del Quijote, escribió Miguel de Cervantes Saavedra*. Publicado con notas históricas, críticas y bibliográficas, por D. Adolfo de Castro. Nueva Orleans, V. Alemán y E. J. Gómez, Editores (Imprenta de J. L. Solles, 137, Calle de Chartres), 1848, xv, 264 p. 16 cm.

⁴⁶ Págs. 53-60. En las notas, p. 259-264, se explican los refranes incluidos en el texto de la Carta.

vida, le invita a que siga su ejemplo para escapar de la envidia, y le comunica que sale para México, donde efectivamente vivió y escribió Mateo Alemán. La carta está fechada en Sevilla, a 20 de abril de 1607 ⁴⁷.

Apellido Cervantes en México.

c) Parentesco de los Cervantes de México con D. Miguel de Cervantes.

Los expertos mexicanos en cuestiones genealógicas no han dicho aún la última palabra sobre el parentesco de los Cervantes de México con D. Miguel de Cervantes Saavedra. La cuestión es ardua, porque las personas de todas clases sociales que viven o han vivido en México, y llevan el apellido Cervantes por línea paterna o materna, suman varios miles ⁴⁸.

⁴⁷ A ella pertenecen estos párrafos: "...Pues vuestra merced que florece en la agudeza del ingenio y en el donaire en el decir, deberá haber experimentado esto que digo: vuestro *ingenioso hidalgo D. Quijote* corre con tanto aplauso por las naciones extranjeras en compañía de mi *Atalaya de la vida*, siendo los dos mas estimados libros que de poco acá se han compuesto. Es así. Iguales fuimos en el echar en plaza las llagas casi incurables de los mortales (aunque se abrase la envidia); iguales también fuimos y somos en las desdichas" /p. 56/. "...Determinado estoy de seguir nueva senda que me lleve al puerto de mi ventura: por eso he hablado conmigo diciendo: ...—Vamos a Nueva España, á ver si en ella no me persiguen con sus lenguas, para labrar mi descredito, los maldicientes murmuradores de mis escritos, que me hacen tanto mal como si fueran *maldiciones de Salaya* /p. 57; expresión del siglo xvi/. "...Pues por la estimacion que vuestro libro ha conseguido, me persuado que muy cerca estais de hartas desdichas, y pareceme que os cojeran muy desapercibido. No haceis leña en buen monte: por eso yo me parto á leja/na/s tierras..." /p. 58/. "...Vuestra merced, señor Cervantes, si no quiere ser despojo de fortuna, hágase su servidor y captivo, siga mis pisadas, que ellas le llevarán á un morir mas descansado lejos de la envidia de aquellos que para nos herir tienen mas libre ... la lengua que el mesmo pensamiento, y aun mas afilada que navaja para cortar las vidas y los escritos de otros" /p. 58-59/. "...Por eso... me parto á Méjico en busca de la fortuna que ahora huye de mí..." /p. 59/. "...Guarde Dios muchos y dilatados años, señor Cervantes, la vida de vuestra merced, para que ponga término a la segunda parte del *ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*. El mundo todo lo espera y lo desea, y yo mas que ninguno como tan amigo y servidor que soy de vuestra merced. De Sevilla á 20 de Abril del año de 1607. MATEO ALEMAN." /p. 60/.

⁴⁸ Solamente particulares y comerciantes de ese apellido establecidos en la ciudad de México en 1947 pasan de un centenar, como puede verse consultando directorios. Los ilustres han sido varios en todas las épocas. Una Angela Cervantes (segunda mitad del siglo xvi) de la que nada sabemos, figura en el hogar de Juan Ruiz de Alarcón (Alfonso Reyes. *Capítulos de Literatura Española*, primera serie, México, La Casa de España en México, 1939, p. 200).—José L. Cossío cita en su *Guía retrospectiva de la ciudad de México* (México, 1941, p. 213 y 212) dos mayorazgos, y no son

El trabajo más serio de los publicados aquí sobre la cuestión, en espera del que nos anuncia en una carta (9 de agosto de 1947) el señor Presidente de la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, licenciado J. Ignacio Dávila Garibi⁴⁹, es hasta la fecha el de don Alejandro Villaseñor sobre *Uos Condes de Santiago*⁵⁰, que hace remontar la antigüedad del apellido Cervan-

los únicos, establecidos en México por personas de apellido Cervantes, que fueron Alonso Gómez de Cervantes, en 16 de abril de 1605; y Miguel Gómez de Cervantes, que fundó un mayorazgo en San Nicolás Cuatepec para su hermano Fernando, nacido en San Juan del Río en 1686 *.—Hubo un obispo, Leonel de Cervantes, nacido en México, que ejerció su ministerio en Cuba (1625), en Guadalajara (1631) y en Oaxaca (1635), habiendo fallecido en la ciudad de México.—Don Juan Cervantes Casaus, originario de San Juan del Río, vivió a principios del siglo XVII, fue Alcalde Ordinario y Corregidor de la ciudad de México, y escribió dos libros (Leduc-Lara Pardo-Roumagnac, *ob. cit.*).—Carlos Pereyra habla en *La obra de España en América* (Santiago de Chile, 1944, p. 226) de un "D. Vicente Cervantes farmacéutico madrileño, director del Jardín Botánico de Méjico" a fines del siglo XVIII.—Otro, José María Cervantes (1806-1880), médico nacido en Morelia, "prestó importantes servicios durante la epidemia de cólera de 1850" según el testimonio de Leduc-Lara Pardo-Roumagnac en su *Diccionario* ya citado.—Un Miguel de Cervantes, aunque no de Alcalá, sino general de brigada y Gobernador del Distrito Federal, publicó en 1830 un Decreto sobre elecciones, del que habla Acevedo Escobedo en el suplemento cultural de *El Nacional* (diario de México, D. F., del 4 de mayo de 1947).—Y sólo de personajes de la Revolución Mexicana, el *Diccionario biográfico revolucionario* de Francisco Naranjo (México, 1935?) incluye cinco nombres prominentes de apellido Cervantes, dos de ellos generales, otro cajero, médico y gobernador el cuarto, y "jefe rebelde cristero" el último.—Claro está que conviene no confundir a personas que llevaron el mismo apellido Cervantes y fueron distintas: por ejemplo Leonel de Cervantes, Obispo de Oaxaca, otro Leonel de Cervantes, que tuvo nueve hijos, y fue el primogénito del Factor Don Juan de Cervantes Casaus (†1564), de quien luego se hablará; y los dos Francisco Cervantes de Salazar, toledano y escritor el uno (llegado a México hacia 1550), y el sexto hijo del ya citado Factor, de quien no se sabe que escribiera nada.

⁴⁹ Trabajo que aparecerá en las *Memorias de la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica*, según nos dice el licenciado Dávila Garibi. La misma persona nos informa de "un estudio genealógico interesantísimo sobre la rama Cervantes de Celaya", original de D. Rafael Nieto y Cortadillas, que verá la luz en el número de dichas *Memorias* que está en prensa al redactar estas líneas.

⁵⁰ Alejandro Villaseñor y Villaseñor. *Los Condes de Santiago. Monografía histórica y genealógica*. México, Tipografía de "El Tiempo", 1901, 391 p., 3 láms. 17.8 cms. El autor era "Miembro del N. Colegio de Abogados y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística" al tiempo de publicar este libro. Para redactarlo, aprovechó

* No debe olvidarse al muy prominente Gonzalo Gómez de Cervantes, quien escribió un importantísimo estudio sobre *La Vida Económico-Social de Nueva España al finalizar el Siglo XVI*. Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, México 1944. A.M.C.

tes al siglo XII, cuando Nuño Alfonso, hijo del conde gallego Munio Adelfonso, para compensar la pérdida del castillo de Mora, que le arrebatara los árabes, edificó el castillo de Cervantes, de cuya palabra, por corrupción, derivaron su apellido sus descendientes.

Cervantes, sobrino del Factor Juan de Cervantes Casaus, que vino a México en 1524.

“Si esta genealogía ⁵¹ es la cierta —dice Villaseñor— como es lo más probable, resulta que el autor del *Quijote*, fue sobrino del Factor ⁵² que vino a radicarse a Nueva España y que fue origen de la numerosa familia que aun hoy existe aquí; parentesco bastante inmediato como se ve, y que con legítimo orgullo puede mencionarse por éste” ⁵³.

Don Quijote y Gamoneda.

En México no sólo hay parientes de Cervantes sino también de Don Quijote. La afirmación pudiera parecer un tanto atrevida si no procediera de una entrevista celebrada entre personas serias, entrevista que, por haberse publicado con reiteración, no podemos por menos de recoger. La hizo

trabajos anteriores, entre los que puede citarse por su mérito el folleto del Lic. José Algara y Cervantes, titulado *Los descendientes de Miguel de Cervantes Saavedra. Apuntes genealógicos* (México, 1891).

⁵¹ Una de las que da Villaseñor, la del Comendador Don Diego de Cervantes, *ob. cit.*, p. 335.

⁵² Don Juan de Cervantes Casaus, nacido en Sevilla, Caballero de Santiago, protegido de su pariente Francisco de los Cobos, Secretario del Emperador Carlos V. Fue “nombrado Factor y Veedor de las provincias de Pánuco y Huasteca”, con cuyos “nombramientos estuvo en México en 1524” (Villaseñor, *ob. cit.*, p. 336). “Cuando se organizó la Colonia y se centralizó el poder, Don Juan se estableció en México /se refiere a la capital/, ... y casó con su parienta Doña Luisa de Lara y Andrada, hija del Comendador Leonel de Cervantes. Labró el Factor su casa en la calle que aún lleva ese nombre /del Factor/...; fundó cuatro mayorazgos para sus hijos...” y murió, dejando “numerosa sucesión”, el 13 de abril de 1624 (*Ibid.*, p. 338).

⁵³ La aristocracia mexicana de apellido Cervantes es también numerosa, como ha sugerido D. Manuel Romero de Terreros, uno de los descendientes de Cervantes, en nota facilitada a *Revista de Revistas* y publicada por ésta (23 de abril de 1916) con el título de *Parentesco de los Cervantes de México con D. Miguel de Cervantes Saavedra*. Según Romero de Terreros, la que llama “familia Cervantes de México” está “entroncada con las de los Marqueses del Valle de Oaxaca, de Guardiola, de Ovando, de Rivascacho, del Mariscal de Castilla; de los Condes del Valle de Orizaba, de Santiago Calimaya, del Peñasco, de Regla; Marqueses de Vivanco, de Salvatierra, de Salinas, de San Francisco, de San Cristóbal, de Villahermosa de Alfaro, del Apartado; familias de Villar Villamil, Gómez de Parada, Algara, etc.”

el profesor Heliodoro Valle ⁵⁴ a don Francisco Gamoneda, que es el familiar de Don Quijote en cuestión.

d) *México en el "Quijote" y en otras obras de Cervantes.*

23 veces aludió Cervantes a México.

Repasando las obras de Cervantes hemos encontrado veintitrés alusiones distintas a México. En ellas se habla de asuntos mexicanos, de lugares de México, o bien de contemporáneos de Cervantes relacionados con la Nueva España. Además ⁵⁵, tiene Cervantes toda una obra teatral —la comedia de *El rufián dichoso*—, inspirada en un libro, contemporáneo suyo, consagrado a Nueva España, y cuyas dos últimas jornadas, de las tres de que se compone la obra del autor del *Quijote*, se desarrollan en México.

*Citas de lugares: Méjico,
Nueva España y Potosí.*

La palabra MÉJICO sale a relucir cinco veces en la obra de Cervantes. Son ellas, por orden cronológico: 1) En *El rufián dichoso*, cuando Tello se

⁵⁴ Y se publicó con el título de *Cervantes y "Don Quijote" en México*, por Rafael Heliodoro Valle, en *La Prensa* de Buenos Aires, 23 de julio de 1944, reproduciéndose después con ligeros retoques en el Suplemento cultural número 7 de *El Nacional*, diario de México, D. F., del día 18 de mayo de 1947, bajo el siguiente encabezado: *Un descendiente de Don Quijote en México. Entrevista de Rafael Heliodoro Valle.* De esta segunda inserción copiamos los siguientes párrafos sustanciales:

—“Si está ya casi probado que Don Quijote era persona de la familia de doña Catalina, la esposa de Cervantes, y de esa familia vengo yo, en línea directa, y aún se conserva en poder de mi familia aquella casa, entonces, yo soy descendiente directo de don Alonso Quijano el Bueno.

—Pero, Gamoneda...

—Nada, que soy descendiente del mismísimo héroe, y a mucha honra, y nada pido. Desnudo nací, puedo morir desnudo... Cuando yo en broma he dicho, y lo digo, sí señor, que desciendo de Don Quijote, no digo nada descabellado. Usted juzgará. Ahora bien: que muchos amigos me dan el remoquete de don Alonso de Gamoneda, no es por ello, sino por algunas genialidades mías conocidas de tales amigos, que hicieron que Pedro Robredo, otro Quijote, comenzara a darme el apodo, que ya se ha ido extendiendo, de don Alonso de Gamoneda, a lo que siempre, sonriente, añado yo, el Bueno, modestamente...”.

⁵⁵ Sin contar el *Auto* (atribuido) de la *Virgen de Guadalupe*, y sí sólo la mención de esta imagen, por ser patrona de México, tema de evidente relación con nosotros aun tratándose en esa obra de Cervantes de la Virgen que se venera en España.

va ⁵⁶; 2) en *El rufián dichoso* también, por boca del personaje Comedia ⁵⁷; 3) en *La entretenida*, en una pregunta de Muñoz ⁵⁸; 4) en *El Licenciado Vidriera*, cuando establece una comparación entre la Capital Mexicana, tal como estaba entonces llena de canales, y Venecia ⁵⁹; y 5) en *Dos Quijotes*, en el episodio en que sale el Oidor Juan Pérez de Viedma ⁶⁰.

La palabra NUEVA ESPAÑA, que fue el nombre que llevó México en la época colonial, tres veces: 1) En *El rufián dichoso*, en una expresión de Tello ⁶¹; 2) en *La Galatea*, al ir a mencionar a Terrazas ⁶²; y 3) en *Don Quijote*, cuando el Oidor recibe noticia de estar lista en Sevilla la flota en que ha de partir ⁶³.

Cervantes nombra dos veces a LAREDO, aunque se ofrece la duda de si podrán referirse ambos a México. Una de ellas, la que está en el atribuido *Auto de la Soberana Virgen de Guadalupe* ⁶⁴, la dejamos deliberadamente excluida, porque claramente se deduce por el texto mismo que ese Laredo no puede ser la municipalidad de tal nombre que hay en México, sino la

⁵⁶ "TELLO. ...Mas lo mejor es quitarle// de aquesta tierra y llevarle// a MÉJICO, donde voy..." (Jornada I, ed. cit. de Cervantes, p. 361).

⁵⁷ "COMEDIA. ...Su conversión fue en Toledo,// y no será bien te enfade// que, contando la verdad,// en Sevilla se relate.// En Toledo se hizo clérigo,// y aquí en MÉJICO fue fraile,// ...//A MÉJICO y a Sevilla// he juntado en un instante.//..." (Jornada II, *Ibid.*, p. 372).

⁵⁸ "MUÑOZ. ¿De qué Pirú ha de venir,// de qué MÉJICO o qué Charcas?" (Jornada II, *Ibid.*, p. 511).

⁵⁹ "...y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran MÉJICO para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo". (*Ibid.*, p. 952).

⁶⁰ "...Habíale dicho también el criado cómo iba proveído /el licenciado Juan Pérez de Viedma/ por oidor a las Indias, en la Audiencia de MÉJICO;..." (*Ibid.*, p. 1,329).

⁶¹ "TELLO. ...;Bien iré a la NUEVA ESPAÑA// cargado de tí, malino;//..." (*Ibid.*, p. 366).

⁶² "De la región antártica podría// eternizar ingenios soberanos// ...//uno, de NUEVA ESPAÑA y nuevo Apolo;//..." (*Ibid.*, p. 813).

⁶³ "...Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volvieran con su hermano a Sevilla y avisaron a su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese a hallarlo en las bodas y bautizo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, a causa de tener nuevas que de allí a un mes partía flota de Sevilla a la NUEVA ESPAÑA y fuérale de grande incomodidad perder el viaje". (*Ibid.*, p. 1,331).

⁶⁴ "ALIATARFE. Pienso, Cegrimo, fuerte, no dejallos// hasta llegar a do los lleva el miedo,// a Córdoba me animan sus caballos,// y sus bellas mujeres, a Toledo;// en las montañas pienso conquistallos,// y a Francia amenazar desde *Laredo*,//..." (*Ibid.*, p. 1,869-1,870).

población de la provincia de Santander que así se llama; de lo contrario no tendría sentido lo que dice Cervantes por boca de Aliatarfe —de “a Francia amenazar desde Laredo”— y en Cervantes todo lo tiene. Podríamos dejar fuera también la otra mención de Laredo, por la comparación próxima que se hace con el Toboso en el pasaje correspondiente del *Quijote*⁶⁵. Pero esta vez sí nos quedamos con la cita, porque ahí salen los famosos “Cachopines” que tanto se relacionan con México y con España, como más adelante se dirá. La de la palabra LAREDO se queda pues, para nuestra cuenta, en una mención sola. Y con ello cerramos el capítulo de las citas de lugares.

Citas de personas: Cortés, Alvarado, Cueva, Terrazas, Alemán.

De *Hernán Cortés*, el conquistador de México que murió precisamente el año en que nació Cervantes, nos habla éste dos veces: 1) En *el licenciado Vidriera*, al referirse al viaje a Venecia⁶⁶; y 2) en *Don Quijote*, cuando alude a la destrucción de las naves⁶⁷. Los otros personajes de interés para nuestro estudio, citados por Cervantes, son: *Pedro de Alvarado*, poeta contemporáneo de Cervantes y biznieto tal vez del compañero de Cortés, *Juan de la Cueva*, poeta español que vivió en México, y *Francisco de Terrazas*, poeta mexicano, incluidos los tres en el *Canto de Calíope* de *La Galatea*, como ya se dijo en su lugar⁶⁸; y finalmente *Mateo Alemán*, novelista español

⁶⁵ “—Aunque el mío /mi linaje/ es de los Cachopines de *Laredo* —respondió el caminante—, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha...” (Parte I, cap. XIII, ed. cit., p. 1,160). Caso de referirse a Santander, “cachopín” podría tomarse como sinónimo de “indiano”, expresión bien española por cierto.

⁶⁶ “...Desde allí, embarcándose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que, a no haber nacido Colón, en el mundo no tuviera en él semejante: merced al Cielo y al gran *Hernando Cortés*, que conquistó la gran Méjico...” (ed. cit. de Cervantes, p. 952).

⁶⁷ “...Y con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo *Cortés* en el Nuevo Mundo?...” (Parte II, cap. VIII, ed. cit., p. 1,406). Juan Suñé Benages, en las notas que pone a la edición del *Quijote* publicada en Buenos Aires por la Librería El Ateneo (1942), con Apéndice de Joaquín Gil, dice (p. 544, nota 501): “Según Zurita, Cortés barrenó las naves que tenía en Méjico, para que sus tropas, perdida la esperanza de regresar a Cuba, se animasen más para la conquista de aquella tierra”. Es de Zurita, por consiguiente, de donde Cervantes debió probablemente tomar la versión. Sobre el paralelo entre Cervantes y Cortés puede verse el artículo de Antonio Armendáriz, *Cortés y Cervantes en el Olimpo del Siglo de Oro*, fechado en México en agosto de 1940, y publicado en el *Diario de Yucatán* del 4 de septiembre del mismo año.

⁶⁸ Cf. nuestras notas 22, 25 y 37.

que vino a México y nació el mismo año que Cervantes, quien menciona su novela en *La ilustre fregona* ⁶⁹.

*Temas mexicanos de Cervantes: jinetes
gachupines. La Virgen de Guadalupe.*

En el *Quijote* tenemos muestra clara de la admiración de Cervantes por los *jinetes mexicanos* ⁷⁰, así como de su devoción a María, que le llevó tal vez a escribir el atribuido *Auto de la Virgen de Guadalupe*, imagen venerada en España, no la patrona de México ⁷¹. Los *gachupines*, palabra usual por aquí desde tiempos de la Colonia para designar a los españoles, salen en *Don Quijote*, como antes habían hecho su aparición en *La entretenida*, si hemos de creer a los mexicanos que, como Orozco y Berra ⁷², se dejan llevar por la

⁶⁹ "... Finalmente, él /Diego de Carriazo/ salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la Facultad al famoso de *Alfarache*". (ed. cit. de Cervantes, p. 996).

⁷⁰ "... y entonces dijo Sancho: —Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mejicano!" (Parte II, cap. X, *Ibid.*, p. 1,414). Ignacio Loureda, en sus *Elementos de Historia de Méjico* (México, Librería Española, /1919?/, p. 255-256) establece una comparación entre lo dicho por Sancho Panza en este pasaje del *Quijote*, y lo expresado por Bernal Díaz, al decir: "Unanse estos encomios de Sancho a los no menores, que acerca de más interesantes puntos, como las artes de adorno y el tallado, verbigracia, hace Bernal encareciendo el natural ingenio y los rápidos adelantos de los indios, y se engendrará en el ánimo el consolador convencimiento de la natural capacidad de la población y sus adelantos bajo la maternal tutela de 'la dulce madre España'".

⁷¹ Los personajes de este entremés son: Nuestra Señora de Guadalupe, el cura de Cáceres, a cuya provincia pertenece el santuario español de este nombre, unos pastores, y varios moros y godos. Valbuena y Prat señala la devoción de Cervantes a esta imagen, y en prueba de ello cita los versos que le dedicó en el *Persiles* el Príncipe de los Ingenios (ed. cit. de Cervantes, p. 1,785). Para Armando de Maria y Campos, autor del artículo titulado *La Virgen de Guadalupe en el teatro y en la obra de Cervantes* (Suplemento Dominical de *Novedades*, diario de México, D. F. del 17 de agosto de 1947, p. 11), no hay ninguna relación entre la Virgen de Guadalupe de Extremadura, y la Virgen de Guadalupe del Tepeyac. Cabría establecer, pensamos nosotros, una comparación entre el Pastor que aparece en esta obra atribuida a Cervantes, y el indio mexicano Juan Diego; con la diferencia de que la Virgen da al mexicano como prueba unas flores, que se convierten en su ayate en la figura de María, mientras en la obra de Cervantes la Virgen da al Pastor como prueba la resurrección de su hijo muerto, y le dice que lo encontrará vivo en cuanto lo vea.

⁷² Citado por el editorialista —¿Adolfo Llanos y Alcaraz?— que escribió el artículo de fondo titulado *Los gachupines*, trabajo de primera importancia publicado en el periódico *La Colonia Española*, de México (Año II, núm. 159, lunes 11 de octubre de 1875, p. 1).

semejanza entre ambas palabras de Cervantes en una y otra obra, y el vocablo usual en México, considerándolos sinónimos⁷³.

*"El rufián dichoso", comedia de
Cervantes inspirada en México.*

Por lo que respecta a la comedia de *El rufián dichoso* difícil será encontrar estudio más acabado, dentro de lo conciso, que el de Valbuena y Prat⁷⁴, al cual pertenecen estos autorizados conceptos: "Esta obra, que es el único drama específicamente religioso de Cervantes, no es sólo una poderosa concepción y realización en sí, sino que constituye una de las mejores 'comedias de santos' de nuestra escena, a pesar de estar avalado el género por la serie de autores que va de Lope a Calderón. El histórico protagonista, llamado Cristóbal de Lugo —después, en el claustro, Fray Cristóbal de la Cruz—, vive, doblemente, la picardía y la santidad, el hampa y el heroísmo espiritual. El primer acto —de lo mejor de Cervantes realista— hace vivir en escena la desgarrada Sevilla del *Rinconete*, con un brío y acción y una suce-

⁷³ Esta interpretación lo mismo puede ser cierta que errónea, sin que podamos pronunciarnos en pro o en contra, ya que la investigación de este punto cervantino no ha adelantado lo suficiente hasta ahora para sacarnos de dudas. Que Cervantes se burla de los linajes, es evidente, y es evidente también que pudo escoger para ello un personaje que parece haber existido con el nombre o apodo de Cachupin en Laredo. Las menciones del apellido Cachupin en los libros de consulta o referencia son bien escasas, pero tenemos escrita la palabra por Pascual Madoz, que en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (Madrid, 1847, t. X, p. 80), cita las casas de Cacho, Vélez, *Cachupin*, Rosillo y Gutiérrez, entre las distinguidas del Laredo español. Pudo referirse Cervantes igualmente a los "indianos", y llamarlos "Cachupines" o "Capoches". No hubiera sido descabellado dada la antigüedad de la palabra, ya acreditada en lengua española —y con minúscula, por lo cual no se trataba de apellido, en la *Diana* de Montemayor, libro anterior a Cervantes, que éste menciona de modo nominal en sus obras.

⁷⁴ Angel Valbuena y Prat. *Prólogo/a El rufián dichoso*, en la ed. cit. de Cervantes, p. 351-352. El crítico teatral mexicano Armando de Maria y Campos ha dedicado dos artículos a esta comedia con motivo del IV Centenario cervantino. Los titula *Santo mexicano en el teatro de Cervantes*, y *Cómo pintó Cervantes la Nueva España de Fray Juan de Zumárraga y del Virrey Luis de Velasco en su obra "El rufián dichoso"*, cuya acción ocurre en la ciudad de México y sus alrededores, habiéndose publicado ambos en el Suplemento Dominical del diario *Novedades*, de la capital mexicana, con fechas 3 y 10 de agosto de 1947, respectivamente. El error que figura al pie del grabado que ilustra el primero de los citados artículos, en el que se dice, con evidente *lapsus*, que *El rufián dichoso* "es la única mención que hay acerca de México en la obra cervantina", no creemos deba atribuirse al autor, hombre culto que ha demostrado interés por el estudio de Cervantes.

sión de aventuras llenos de animación, riqueza de tipos y hondura del ambiente conocido por Cervantes. Las fechorías del Lugo espadachín y los comentarios sabrosamente naturalistas de su criado Lagartija al hablar de meriendas o de rufianes y mozas del partido, todo situado en la Sevilla del Alamillo, del corral de los Olmos, con sus jácaras y germanía, ofrecen el conjunto escénico más rico de nuestra dramática en tal género, y sólo comparable, en lo novelesco, al aludido *Rinconete*, del propio Cervantes. Un alguacil define así el carácter de Lugo en este acto, ante el inquisidor don Tello de Sandoval, de quien el "rufián", después "dichoso", es su servidor:

*Esto de valentón le vuelve loco.
Aquí riñe, allí hiere, allí se arroja,
y es en el trato airado el rey y el coco.
Con una daga que le sirve de hoja,
y un broquel que pendiente trae al lado,
sale con lo que quiere o se le antoja.*

Hasta aquel ambiente sevillano, donde decía Santa Teresa que los diablos tenían "más mano para tentar", se intuye por el autor, cuando hace decir a un personaje respecto al mismo Cristóbal de Lugo:

*Ya adivino su mejora
sacándole de Sevilla,
que es tierra do la semilla
holgazana se levanta
sobre cualquier otra planta
que por virtud maravilla.*

Se inspiró Cervantes para esta obra en la *Historia de la Fundación y discurso de la provincia de Santiago de Méjico, de la Orden de Predicadores. Por las vidas de sus varones insignes y casos notables de Nueva España*, de Fray Agustín de Dávila Padilla, 1569. En ésta, desde los motivos iniciales del personaje, hasta su conversión y vida santa, encontró los elementos esenciales. Pero el mencionado primer acto es esencialmente creación cervantesca por el ambiente tan vivido y conocido de Sevilla. Dentro de su época de rufián, sabe recoger Cervantes, tomándolo de Dávila, lo que habrá de fructificar y perdurar en el futuro santo, como la devoción a las ánimas y al rezo del Rosario. Cervantes crea el motivo del trato caballeresco a las mujeres, por el llamado "rufián", que tiene su paralelo con el más emocionante episodio de su etapa de conversión.

La comedia es obra tan típica de carácter nacional, a base de un perso-

naje grande en el pecado y en la penitencia, comparable a *El prodigio de Etiopía*, de Lope; *El esclavo del demonio*, de Amescua; el Enrico de *El condenado por desconfiado*, atribuido a Tirso, o el Eusebio de *La devoción de la cruz*, y el Ludovico Enio de *El purgatorio de San Patricio*, de Calderón. Cristóbal de Lugo, en Cervantes, con más graduada ascensión a la vida perfecta que la mayoría de estos personajes, va, arrepentido ya y fraile, venciendo las tentaciones y aumentando la vida de sacrificios y renunciaciones, llegando a verdaderas aventuras *quijotescas* a lo divino, siendo su muerte y sepelio una especie de cuadro ascético de Zurbarán, animado en el drama. El soliloquio de la conversión de Lugo, con que acaba el acto primero:

*Solo quedo, y quiero entrar
en cuentas conmigo a solas...*

es el precedente de una forma de monólogo que seguirán muchos dramaturgos españoles, y en especial Moreto en la escena análoga de *San Francisco de Sena*.

Los dos actos siguientes de *El rufián* pasan a Méjico, y Cervantes, para justificar el cambio de lugar, que hubiese escandalizado a su propio criterio clasicista anterior, hace aparecer a dos figuras alegóricas, episódicas, la Comedia y la Curiosidad, que lo explican por la perfección de las artes al correr de los tiempos.

Estos dos actos, escritos acaso algún tiempo después del primero, insisten en la exactitud de los hechos milagrosos que contienen, según acreditan las acotaciones: "Todo esto fue así; que no es visión supuesta, apócrifa ni mentirosa"; "todo esto es verdad de la historia"; "todo esto desta máscara y visión fue verdad, que así lo cuenta la historia del santo"... Creo que tal insistencia se debe, tratándose de hechos extraordinarios, a mantener el criterio expuesto por el canónigo del *Quijote* cuando censuraba a la comedia de su tiempo por incluir milagros falsos y cosas apócrifas y confusas en el teatro sacro (*Quijote*, primera parte, capítulo XLVIII).

Cervantes recoge del libro de Dávila una escena de "tentaciones" adecuada al antiguo espadachín y mujeriego de Sevilla, rondas de demonios vestidos de ninfas "lascivamente", guitarras y músicos, sonajas (o sea castañuelas) y "vocería de regocijo". El punto culminante del drama íntimo de fray Cristóbal está en el momento en que aparece frente a él una dama: Ana de Treviño (también *verdad de la historia*), pecadora empedernida ante la muerte, que desprecia a los confesores. Cristóbal logra conmoverla en un diálogo de gran fuerza dramática, en que acaba ofreciendo a Dios sus propios sacrificios y méritos por la salvación de la mujer. Esta heroica renuncia y especial traspaso deja a salvo la disposición de alma y libertad de Ana: "Mas

es la condición deste concierto —que ella primero de su parte ponga— la confesión y el arrepentimiento”. Así el antiguo “rufián” *conquista* un alma de mujer para la vida eterna. En el acto tercero, fray Cristóbal es el héroe de la caridad hasta lo sublime, cubierto de llagas y atacado de tentaciones terroríficas, como *penitencia* en sí por los pecados de Ana, hasta llegar a su muerte serena, tránsito de santo de Zurbarán, entre música de flautas y coro de religiosos.

El gracioso de Lagartija, convertido en Fray Antonio, tipo de gracia e ironía, con algún parecido con el Pedrisco de *El condenado por desconfiado* o el lego gracioso de *El diablo predicador*, se sublima al fin de la oración que dirige a su muerte, a su viejo dueño y maestro, de quien ya al fin del acto segundo comentaba: “Siempre fue liberal, o malo o bueno”. La extensión material de los actos es decreciente. Schevill y Bonilla observan que mientras la jornada primera consta de 1,211 versos, la segunda sólo tiene 970, y la tercera, muchos menos: 668”.

II. CERVANTES EN LA EPOCA COLONIAL

a) Llegada del “Quijote” a México.

Antes vino “La Galatea”.

Lo primero de Cervantes que llegó a México fue *La Galatea*, que se leyó mucho durante la colonia⁷⁵. Los ejemplares de esta obra fueron enviados a Nueva España en 1586 por el librero sevillano Diego Mexía⁷⁶ en la misma caja en que hacían el viaje otras novelas. La anterior noticia, que debemos a Rodríguez Marín (1911), no está desvirtuada en el trabajo pos-

⁷⁵ “En el período señalado /se refiere a la Colonia/ es muy leída la *Galatea* de Cervantes...” (José Torre Revello. *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras, 1940, p. 228), en la siguiente edición: “*Primera parte de la Galatea, dividida en seys libros. Cõpuesta por Miguel de Cervantes*. Alcalá, 1585. Se tasaba a 3 reales” (*Ibid.*, p. 228, nota núm. 4).

⁷⁶ Francisco Rodríguez Marín. *El “Quijote” y Don Quijote en América*, por ..., de la Real Academia Española. Conferencias leídas en el Centro de Cultura Hispano-Americana los días 10 y 17 de marzo de 1911 (Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1911), p. 32.

⁷⁷ Irving A. Leonard. *Romances of chivalry in the Spanish Indies with some Registers of shipments of books to the Spanish colonies*. Berkeley, California, University of California Press, 1933. (v), 155 p. 23.2 cms.

terior de Irving A. Leonard (1933) ⁷⁷, quien localizó otros seis ejemplares de *La Galatea* enviados a México: dos en 1586, y cuatro en 1596 ⁷⁸.

*Sobre la llegada del "Quijote"
hay cuatro textos principales.*

El *Quijote* llegó naturalmente después, aunque en el año mismo de su distribución al público: 1605 ⁷⁹. Los textos importantes sobre el magno acontecimiento son cuatro: 1o.) La explicación, sin apoyo documental, dada por González Obregón en 1905, suponiendo que el *Quijote* lo trajo a México Mateo Alemán, en 1608 ⁸⁰; 2o.) La de Rodríguez Marín 1911, primera apoyada

⁷⁸ En el *Registro* tomado del Archivo de Indias (*Contratación*, 1.082) y señalado con el número III al final de la obra de Leonard citada (p. 53), aparecen "2 galateas de ceruantes 8° prg° — a 6 Rs" (p. 54) en la "CAXA N° I", "consinados a pedro de ochoa de ontegui mercader vecino de la cibdad. de Mexico". Dichos libros, en unión de otros, fueron enviados por el librero sevillano Diego de Montoya "a la nueva españa en la nao nombrada santa marta que nro senor guarde. de que ua por maestre pedro de asco que ua En conserua de la flota que sale del puerto de san lucar de barrameda. Este año de mill y quinientos y ochenta y Seis..." (p. 53). En otro *Registro* el señalado con el número V del libro de Leonard (Archivo de Indias. *Contratación*, 1118), figura de nuevo *La Galatea* —"galatea de Seruantes quatro" (p. 65)— cuatro ejemplares que fueron consignados a Diego Ruiz de Segura, que viajaba con ellos, habiéndose despachado la mercancía en el castillo de Triana, en Sevilla, el 10 de junio de 1596.

⁷⁹ Existen, como es sabido, personas que discrepan sobre tal fecha, considerando como auténtica en su lugar la de 1604. El cervantista mexicano Gabino de J. Vázquez incorporó al cuaderno de *Homenaje a Cervantes*, dirigido por él y publicado en Mérida de Yucatán en 1905 con ocasión del Tercer Centenario de la publicación del *Quijote*, un artículo suyo, titulado *El año cervántico*, en que rebate la opinión manifestada por don Luis R. Fors en *La Lectura*, de Madrid, de que el *Quijote* no fue impreso en 1605 "como entendieron los promotores y organizadores de la aparición del incomparable libro", sino un año antes, en 1604. Fors basaba sus aseveraciones en los argumentos conocidos de esta discusión, es decir: en la carta de Lope de Vega fechada en 14 de agosto de 1604, en que menciona ya el *Quijote*, y en la frase de la *Pícara Justina* (libro cuyo privilegio de impresión, lo cual quiere decir que estaba acabado, es de 22 de agosto del mismo año), en que se llama "famoso" al mismo *Quijote*. Gabino de J. Vázquez fundamenta su defensa de ser el auténtico el año de 1605 en los *Documentos cervantinos* de Pérez Pastor, sin aludir a otros estudios de gran extensión sobre este tema, como el de Felipe Pérez y González, que apareció en distintos números del año de 1905 precisamente de la revista madrileña *La Ilustración Española y Americana*, con el título expresivo de *Don Quijote antes del "Quijote"*.

⁸⁰ Luis González Obregón. *De cómo vino a México "Don Quijote"*, en *México viejo y anecdótico* (México, 1909), p. 67-73. De acuerdo con lo que el autor declara en su artículo de rectificación del que hablaremos seguidamente (publicado en *Revista de Revistas* de 1916) el texto de *De cómo vino a México "Don Quijote"* lo escribió

en documentos, según la cual queda fijada definitivamente en 1605 la fecha de llegada a México, por distintos conductos, de los primeros ejemplares del *Quijote*, pudiéndose precisar, incluso, de cuáles ediciones fueron ⁸¹; 3o.)

Don Luis en 1905. En esta primera tentativa de establecer con precisión la fecha de llegada del *Quijote*, González Obregón dice haberse encontrado con un manuscrito "en folio común, de caracteres revesados, picado de polilla, trunco, pero cuyo título muy legible, decía así: *Inquisición de flotas venidas de los Reynos de S. M. desde el Anno de 1601 hasta el presente de 1610*". En el folio 10, vuelta, de dicho Manuscrito, se consigna que en el puerto de San Juan de Ulúa, a donde llegó una flota de 62 naves mandada por el General D. Lope Díez de Almendarez, el 19 de agosto de 1608, "fue recogido y mandado á este Santo Oficio de la Inquisición de México, un libro en 4º, aforrado en pergamino", que era un ejemplar del *Quijote*. De este dedujo don Luis que ese *Quijote* lo trajo a México Mateo Alemán, que llegó a Nueva España en ese año.—El hallazgo fue puesto muy en duda por Icaza, que negó con sobra de burlas que en aquella época se hicieran las descripciones de libros con la perfecta minuciosidad bibliográfica que se aprecia en el Manuscrito encontrado por González Obregón. Por nuestra parte hemos de decir, sin que ello suponga que afirmemos la existencia de una cosa que no hemos visto, como es el repetido Manuscrito, que si bien su existencia y autenticidad no modificaría la fecha de 1605, que ya tenemos establecida, gracias a Rodríguez Marín, como de la llegada cierta del *Quijote* a México, no es inverosímil, en el terreno de las suposiciones, que la Inquisición de México recogiera un ejemplar de la obra en 1608, pues una disposición sobre *expurgo* sí se había dado, como luego se verá.

⁸¹ Pormenores expuestos minuciosamente por don Francisco Rodríguez Marín en *El "Quijote" y Don Quijote en América*, ya mencionado, donde cuenta (p. 33) que, deseando salir de dudas acerca de si se cumplían o no las prohibiciones de llevar al Nuevo Mundo libros de caballerías, se decidió a consultar documentos del Archivo General de Indias, teniendo la fortuna de encontrar lo que buscaba al revisar "los registros correspondientes á las flotas que fueron á Indias en 1605". De este modo supo que en dicho año vinieron a América dos flotas con *Quijotes*, una para Tierra Firme y otra para Nueva España, y que en los meses "de Junio y Julio del mismo año de 1605, se comenzaron a cargar las naves que habían de componer la flota de Nueva España... En los registros que de esta flota se conservan figuran multitud de cajas de libros, y entre las listas de ellos, no menos de doscientos sesenta y dos ejemplares del *Quijote*. Sólo en dos de las cajas que en 13 de Julio registró Andrés de Hervás en la nao Espíritu Santo, para entregar en el puerto de San Juan de Ulúa a Clemente de Valdés, vecino de México (fº 144) se contenían respectivamente setenta y seis y ochenta y cuatro "libros del Ingenioso hidalgo Don quixote de la Mancha a doze Rs." (p. 35).—Otros dos puntos dilucida Rodríguez Marín en su conferencia sobre *El "Quijote" en América*: el de qué ediciones, de las seis que se publicaron en 1605 de la Primera Parte del *Quijote*, fueron las que llegaron a México; y el de en qué mes del año "pudo comenzar a saborearse allí la lectura de este libro". "Por lo que hace a los doscientos sesenta y dos /ejemplares/ que hallé registrados para la flota de Nueva España en los meses de Junio y Julio ... bien puede presumirse que entre ellos los hubo no sólo de la primera edición de Cuesta y de las dos de Lisboa, la segunda de ellas estampada por Pedro Crasbeeck, en octavo pequeño, sino también de la segunda de Madrid, hecha por Cuesta como la príncipe, y cuarta en el orden general de ellas, aunque el privi-

La rectificación de González Obregón (1916), confirmando lo dicho por Rodríguez Marín en 1911 y añadiendo documentos nuevos desconocidos por éste⁸²; y 4o). El capítulo de Icaza (1917) que, al atacar a González Obregón,

legio para Portugal se dió á 9 de Febrero, antes que las aprobaciones de las dos de Lisboa. Asimismo se puede afirmar que entre tales ejemplares no hubo ninguno de las dos primeras ediciones de Valencia, pues sus aprobaciones, siempre anteriores a la impresión, son de 18 de julio, y la fecha menos remota de las que encuentro en los registros de las naos que fueron a Nueva España es la de 19 del mismo mes" (p. 38-39). "En cuanto al otro punto, el de la determinación, siquiera aproximada, de los meses de 1605 en que debieron comenzar a saborearse" en México las páginas del *Quijote*, Rodríguez Marín comprobó que la flota "de Nueva España, de que fue por General Alonso de Chavez Galindo, se hizo á la vela á 12 de Julio de 1605, y llegaría a San Juan de Ulúa casi al mismo tiempo que la otra /la de Tierra Firme/ a Puerto Belo /hacia noviembre/".—Rodríguez Marín cita además (p. 23-25) el texto de un artículo de Ricardo Palma *Sobre el "Quijote" en América*, inserto en el libro titulado *Mis últimas tradiciones peruanas* (Barcelona, Maucci, 1906, p. 307 y ss.), según el cual el virrey del Perú —que lo había sido antes de México— D. Gaspar de Zúñiga Acevedo y Fonseca, conde de Monterrey, recibió, por el galeón de Acapulco (puerto mexicano del Pacífico) que llegó al Callao a fines de diciembre de 1605, un *Quijote* que no pudo leer, por hallarse enfermo de tanta gravedad que falleció dos meses más tarde. Al recibirlo, y no poder disfrutarlo por ese motivo de salud precaria, lo regaló a su compatriota y amigo que le visitaba fray Diego de Ojeda, dominico autor del poema *La Cristiada*. Rodríguez Marín desdeña por fantástica esta historia transcrita por Palma, pero, a los efectos de México, y una vez establecido todo lo que antecede a consecuencia del descubrimiento de los registros de las naos que pasaron a Indias, esta historia del galeón de Acapulco, caso de admitirse, no vendría sino a probar una vez más que hubo en México ejemplares del *Quijote* el año mismo de su salida.

⁸² "... Confirmación y complemento del interesante estudio del señor Rodríguez Marín —dice González Obregón—, son otros documentos que hube la fortuna de hallar en el Archivo General y Público de la Nación; y si los de Sevilla dan completa luz sobre el lugar, fecha del embarque de los ejemplares, número de los que se destinaron a la Nueva España, ediciones y precios, los documentos de México no son menos curiosos, pues fijan los días y meses del arribo, los nombres de las naos en que se venía leyendo el *Quijote* o en que se traían las cajas destinadas a los libreros de Puebla y México, con sabrosos detalles sobre la seguridad con que se hizo la travesía, sin haber sufrido los tripulantes ni ataques de enemigos corsarios que a la sazón infestaban los mares de España, ni la pecaminosa compañía de herejes, mahometanos, luteranos o calvinistas, sino, por el contrario, la de cristianos viejos y observantes, que ante imágenes de santos o de Nuestra Señora, a bordo, rezaban tarde con tarde las letanías, cantaban los sábados la *Salve Regina* y enseñaban la doctrina a los muchachos 'cada día dos veces'; como verá el paciente lector o lectores que pasen sus ojos por las siguientes actas de visita, que íntegras o en extracto reproduzco en seguida: "En la ciudad de la Nueva Veracruz, en veynte y ocho días del mes de septiembre de mil y seiscientos y cinco años. ante fr. Francisco Carranco, de la orden de San Francisco, Comisso. del Santo Oficio de la Inqon de esta dicha ciudad, y por ante mí fr. Andrés Bravo, de la misma orden, notario nombrado, pareció siendo llamado y juró en forma devida de derecho y prometió de decir verdad, un hombre que dixo llamarse: Alonso de Bassa, natural de

sin tener en cuenta la rectificación de este último, produjo una interesante defensa inédita de Don Luis por Valle Arizpe ⁸³.

Montemolina, de edad de treinta años, poco más o menos, que viene por Scrivano de una Nao desta presente flota de que viene por General Alonso de Chávez Galindo. A la primera pregunta, dixo: que la nao en que viene se llama la Encarnación, y que es della capitán Gaspar de Maía; que partió del Río de Sevilla, y después de la baía de Cádiz con Registro para este puerto de S. Juan de Ullúa. A la segunda pregunta, dixo: que se hicieron a la vella en la Baía de Cádiz a doce de jullio deste presente año, y que no hicieron escala en otro puerto que en el de Guadalupe a causa de hacer aguada, y que no encontraron velas de amigos ni enemigos, ni trataron ni contrataron con otra gente que con la de la flota. A la tercera pregunta: que no traían gente de Reino sospechoso contra nuestra santa fe, y que toda la gente que la nao trae es española y levantisca. A la cuarta pregunta, dixo: que todas las tardes se decía la letanía y sálve cantada, y los muchachos la doctrina cristiana cada día dos veces; y que en sus necesidades invocaban a Nuestra Señora y a San Lorenzo y a San Telmo. A la quinta pregunta, dixo: que no truxo pliego ni recado alguno de la Inquisición ni para ninguno de sus ministros; y luego dixo que traía un baulillo pequeño para el señor Fiscal del Sancto Officio de México, que lo entregaría al padre Comissario que está presente. A la sexta pregunta, dixo: que para entretenerse traían las dos partes del *Pícaro* y *Don Quixote de la Mancha*, y *Flores* y *Blanca flor*: y para rezar traían devocionarios de Fr. Luis, un San Juan Crisóstomo y 'Horas' de Nuestra Señora: y que no sabe que haya de esto cosa alguna vedada". En forma análoga, y con fechas 28 de septiembre, 6 y 10 de octubre, declaran Gaspar Maya, Alonso López de Arce, Rodrigo Lorenzo, y Miguel Ruiz, respectivamente. (El artículo de don Luis González Obregón del que quedan transcritos párrafos esenciales, apareció primero en *Revista de Revistas* de la ciudad de México, el día 23 de abril de 1916, con el título de *La flota cervantina*, "De cómo y cuando arribó 'Don Quijote' al puerto de San Juan de Ulúa y de otras cosas no sabidas hasta ahora". Se reprodujo quince meses más tarde con igual título, subtítulo y contenido en el libro *Vetusteces*, de don Luis González Obregón, con prólogo del académico Salvador Cordero, y editado por la Librería de la Vda. de Ch. Bouret en 1917, terminándose de imprimir en la capital mexicana el 25 de julio de dicho año. *La flota cervantina* está en las páginas 75-85 del volumen).

⁸³ El capítulo de don Francisco A. de Icaza que nos ocupa es el titulado "Una superchería manifiesta. De cómo fue a América el primer ejemplar del *Quijote*", que forma parte del volumen de *Supercherías y errores cervantinos puestos en claro* (/Madrid, Imp. Clásica Española/, 1917), p. 17-26. En él Icaza, basándose en lo dicho en 1911 por Rodríguez Marín en su obra *El "Quijote" y Don Quijote en América*, arremete contra González Obregón, poniéndole como no digan dueñas, sin tomar en cuenta que don Luis rectificó un año antes (1916) de que Icaza publicara su ataque. De la defensa de González Obregón se encargó espontáneamente don Artemio de Valle Arizpe, quien intercaló —con la intención sin duda de publicarlas un día— unas cuartillas de comentario en el ejemplar que poseo y hemos visto de las *Supercherías*. . . de Icaza, cuartillas que permanecieron inéditas, y que habían quedado olvidadas para el propio don Artemio hasta el momento en que, habiendo solicitado el préstamo de algunos libros necesarios para escribir este trabajo, dimos por fortuna con ellas. Lo esencial del trabajo crítico de Valle Arizpe, trabajo cuya fecha exacta es imposible precisar ahora con exactitud, es lo siguiente: 1º) La revelación del nombre de la persona que

Si la llegada a México de los primeros ejemplares no se presta ya a suposiciones, la desaparición, hasta no quedar ni uno, de todos los *Quijotes* que vinieron, ha dado lugar a conjeturas y leyendas, de las que, a título de muestra, recogeremos dos: la del ejemplar del Oidor, contada por González Obregón⁸⁴, y la de los *Quijotes* de Agreda y Chavero, referida por Ignacio B. del Castillo⁸⁵.

dice Icaza que Obregón silencia, en cuyo domicilio encontró el Manuscrito don Luis; esa persona es don Antonio Gutiérrez Victori. 2º) La explicación del error en que González Obregón incurrió al decir lo de Mateo Alemán, lo cual fue debido a que aquél se documentó en las *Disertaciones* de don Lucas Alamán, en las que no podía figurar la flota de 1605 por la sencilla razón de que no se habían descubierto aún los Registros respectivos, ni en España, ni en México. 3º) La refutación de que las descripciones de libros se hicieran invariablemente en forma abreviada, lo cual no era así cuando se conocían varias ediciones, que es el caso del *Quijote*, tanto más cuanto que "la misma Academia Española confundió la Segunda edición de ese año con la primera. Fitzmaurice-Kelly demostró plenamente el error de la docta corporación". Después de lo dicho en sus *Supercherías...* (1917), Icaza volvió a hablar de la llegada del *Quijote* a México en dos ocasiones, empleando en ambas la forma expositiva —ya no polémica— y sin extenderse demasiado en ninguna de ellas. Estas menciones breves fueron: En el capítulo VII ("El *Quijote* en la América Española, hasta principios del siglo XIX") de su libro *El "Quijote" durante tres siglos* (/Madrid, Renacimiento/, 1918, p. 109-120); y en *Don Quijote y Cervantes*, discurso en la inauguración de la "Biblioteca Cervantes" de México (1924), al cual ya nos hemos referido. En ambos trabajos no hace Icaza sino repetir lo ya dicho por Rodríguez Marín en anteriores ocasiones.

⁸⁴ Explica González Obregón cómo un Virrey de Nueva España recibió en préstamo de un Oidor cierto ejemplar de los pocos del *Quijote* que llegaron pronto a México. El Virrey se quedó con el libro como si se lo hubieran regalado. González Obregón no menciona los nombres del Oidor ni del Virrey. (Luis González Obregón. *Una tradición sobre el Quijote*, en *México viejo y anecdótico*, México, 1909, p. 75-78. Lo reprodujo la revista *Don Quijote*, editada en Puebla, t. III, núm. 3, 1º de diciembre de 1909, p. 13.)

⁸⁵ Ignacio B. del Castillo. *Cómo se fue de México Don Quijote* (en *Revista de Revistas*, México, D. F., 23 de abril de 1916). Cuenta Castillo que González Obregón le dijo que un ejemplar de las primeras ediciones del *Quijote* "estuvo a la venta en un remate de libros viejos que se efectuó hace algunos años, y allí le vio y palpó el recientemente muerto don José María de Agreda y Sánchez, bibliófilo profundo, quien desgraciadamente dudó, al tenerlo en sus manos, de que fuera la primera edición de la inmortal obra de Cervantes, por lo que, dejándolo sobre la mesa en que se exhibía, fue rápidamente a su biblioteca a consultar catálogos y manuales bibliográficos, que no tardaron en convencerlo de que en efecto aquel ejemplar era uno de los que habían salido de las prensas en 1605. Regresó más que de prisa a comprar tan estimada joya, y al presentarse de nuevo frente a la mesa que poco antes ostentara sobre sí el libro más codiciado de cuantos se han escrito en lengua española, tuvo la inmensa pena de saber que un desconocido, un bibliófilo anónimo o tal vez un mercader sin pasión por los libros, pero sí con afán de lucro, había llevádose bajo los brazos tan caro tesoro. Ni don

Entre lo que falta por averiguar respecto a primeros ejemplares de obras de Cervantes en México, está la cuestión del *expurgo*, punto de la mayor importancia a nuestro modo de ver, pues, aunque no sepamos de ningún ejemplar del *Quijote* censurado en México por la Inquisición, fuera de lo que dijo González Obregón al defender la tesis de lo de Mateo Alemán, es indudable que esto se hacía en Veracruz⁸⁶, y también lo es que el *Quijote* estuvo entre los libros censurados por la Inquisición, como ya no es posible dudarlo des-

José María de Agreda y Sánchez, buscador incansable de libros viejos, ni ninguno de los que de tal hecho se enteraron, supieron jamás qué había sido de aquel ejemplar de la primera edición del *Quijote*. Acaso salió del país, o acaso esté oculto en el fondo de un cajón en el último cuarto de un patio de vecindad. No mejor suerte corrió el otro ejemplar de que se tienen noticias. . . . El culto historiador don Alfredo Chavero lo conservaba en efecto tan dignamente como debía, en un lugar de honor de su rica biblioteca. . . .: soberbio como un dios, solo como un astro, se encontraba en la mesa hecha "ad hoc" para él en el centro de la biblioteca. Allí estaba cierta tarde en que Don Alfredo recibía la visita de un adinerado cliente suyo, francés de nacionalidad, que iba a liquidar ciertos honorarios profesionales que le adeudaba. Chavero agasajó a su ex-poderdante de la única manera que suelen hacerlo los bibliófilos, que, obsesionados por el placer de los libros creen que todos, aun los profanos, sienten la misma voluptuosidad que ellos al acariciar una edición rara o preciosa: le mostró, elogiándolo, sus mejores libros y, por supuesto, antes que los demás, su ejemplar, único en México, de la primera edición del *Quijote*. El francés no ocultó cuánto le gustaba ver libros, pero no hizo marcado hincapié respecto de la obra de Cervantes. Revisó las cuentas de su abogado, abrió la cartera y le tendió un billete de banco. . . Chavero tomó el billete, pasó a su departamento de caja a cambiarlo y, mientras esto hacía, dejó solo en su despacho al cliente francés. Cuando regresó, éste, con el sombrero en la mano, estaba dispuesto a marchar, como lo hizo después de recibir el dinero restante y de despedirse afectuosamente de Don Alfredo. Pasaron una o dos horas. Vino la noche, y el poeta historiador se preparó a abandonar el bufete para ir a descansar. Dio una ojeada a su biblioteca, y su sorpresa no tuvo límites cuando observó que el *Quijote* había desaparecido del mueble en que habitualmente lo tenía. Removió libros y papeles, volteó mesas y sillas, interrogó a compañeros y empleados, buscó hasta cansarse, y el *Quijote* no apareció. Recordó quiénes lo habían visitado, pensó en cuál había sido el empleo de su tiempo, reconstruyó sus actos durante el día, y al fin llegó a la conclusión de que la última vez que lo había tenido en sus manos, había sido cuando lo enseñó al francés. . . El *Quijote* quedaba, pues, irremisiblemente perdido, no sólo para él, sino también para México. . .".

⁸⁶ "En Veracruz, primero, y en San Juan de Ulúa, después, al designarse puerto final del viaje de las naos destinadas a la Nueva España, se procedía al expurgo de los libros que se llevaban, en el que intervenían los delegados de la Inquisición" (José Torre Revello, *ob. cit.*, p. 104). Sin embargo, añade Revello, "hay constancia de que los libros perseguidos, a pesar de esos expurgos, se introdujeron en la Nueva España" (*Ibid.*, misma página).

pués de leer el considerable estudio publicado por el autor de *Erasmus et l'Espagne*⁸⁷.

b) *Popularidad del "Quijote"*⁸⁸.

La Mascarada de 1621.

"El *Quijote* —dice Loureda— se hallaba notablemente divulgado en México en los comienzos de este siglo /XVII/⁸⁹". Lo reconocen implícitamente cuantos han reproducido el impreso de Juan Rodríguez Abril hecho en México por Pedro Gutiérrez, en la calle de Tacuba, en 1621, dando noticia de una Mascarada quijoteril cuyos detalles conocemos⁹⁰. Según las explicaciones dadas sobre dicho impreso por Romero de Terreros, "el día 24 de enero de 1621, a las dos de la tarde, salió del patio de la casa del Mariscal de Castilla una alegre mascarada que organizó el gremio de plateros en honor de San Isidro Labrador. Recorrió las principales calles de la ciudad hasta la hora de 'las Aves Marías', y fue tan del agrado de los espectadores, que pidieron que se repitiera, pero los organizadores, pensando seguramente que

⁸⁷ Marcel Bataillon. *Erasmus et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVI^e Siècle* (París, Librairie E. Droz, 1937). En esta obra cita Bataillon (p. 826, nota 3) el *Indice expurgatorio de Zapata* (Sevilla, 1632, p. 905), que contiene la siguiente orden: "Miguel Cervantes Saavedra. Segunda parte de *don Quijote*, cap. 36, al medio, bórrese: las obras de caridad que se hazen tibia y floxamente no tienen mérito ni valen nada".

⁸⁸ Don Carlos González Peña publicó un artículo con este título, aunque con distinto contenido, en la revista *Saber*, que dirigió en México el caballero don Teodoro Torres (vol. I, núm. 3, 15 de mayo de 1940, p. 7-9). González Peña recoge algunos juicios de diversos autores, y da fechas de ediciones y traducciones del *Quijote* en diversas partes del mundo.

⁸⁹ Loureda, *ob. cit.*, p. 255.

⁹⁰ Se trata de dos hojas en folio, en la edición original, tituladas *Verdadera relación de una máscara que los artífices del gremio de la platería de México y devotos del glorioso San Isidro el labrador de Madrid, hicieron en honra de su gloriosa beatificación*. Esta relación, cuyo único ejemplar conocido se conserva en la biblioteca del Duque de T'Serclaes, ha sido reimpresa en el periódico *El Día* (¿de Madrid?), con fecha 14 de mayo de 1883, y más tarde por los señores Conde de las Navas y Zarco del Valle, en su librito titulado *Cosas de España* (Sevilla, Rasco, MDCCCXCII). Rodríguez Marín habló de ella en *El "Quijote" y Don Quijote en América*, en 1911. En México la reprodujo íntegramente don Manuel Romero de Terreros en una antología que publicó en 1918 con el título de *Torneos, mascaradas y fiestas reales en la Nueva España*, y ha vuelto a mencionarla en su artículo "*Don Quijote*" en el arte virreinal, aparecido en la revista *Carta Semanal*, de México, D. F. (vol. X, núm. 527, correspondiente al 18 de junio de 1947, p. 15-16).

nunca segundas partes fueron buenas, se rehusaron y el público tuvo que contentarse con leer la descripción que hizo del festejo Juan Rodríguez Abril, también platero...".

"Encabezaba el desfile una alegoría de la Fama, y seguía después, a caballo, 'un bizarro labrador', con una máscara de plata y cubierto con innumerables joyas. Delante de sí (llevaba el Santo) por grandeza y ornato, todos los caballeros andantes, autores de libros de caballerías, don Belianís de Grecia, Palmerín de Oliva, el Caballero del Febo, etc.⁹¹, yendo el último, como más moderno, *Don Quijote de la Mancha*, todos de justillo colorado con lanzas, rodela y casco, en caballos famosos; y en dos camellos, Melia la Encantadora y Uganda la Desconocida; y en dos avestruces, los Enanos Encantados Ardián y Bucando, y últimamente Sancho Panza y Doña Dulcinea del Toboso, que a rostros descubiertos los representaban dos hombres graciosos, de los más fieros rostros y ridículos trajes que se han visto...".

Mascaradas análogas a la de México fueron frecuentes en España durante el siglo XVIII y principios del XIX, al decir de Campillo y Correa⁹². Y una muestra palpable de que en México perduró por muchos años el recuerdo de la famosa Mascarada de 1621 la tenemos en cierta ilustración curiosa, que fue también otra Mascarada, aunque de menores alcances, aparecida en el diario de México titulado *El Monitor del Pueblo*, el 14 de febrero de 1839, presentando "a Don Quijote rodeado de tipos mexicanos de Carnaval" (Valle).

Muebles y tapicerías.

"En épocas posteriores /a 1621/ —cuenta Romero de Terreros— aparecieron /en México/ escenas del *Quijote* en varias ramas de las artes domésticas, principalmente en el mobiliario, puesto que era frecuente exornar el frente de bufetillos y cajoneros con placas de marfil o hueso, en que se representaban, dibujadas en negro... las figuras principales de la novela. Pocos ejemplares, desgraciadamente, han llegado hasta nosotros, pero /sí/ en número suficiente para hacer constar el hecho. Y seguramente, aunque no nos atrevemos a afir-

⁹¹ "... tal vez —comenta Rodríguez Marín, *ob. cit.*, p. 71 y 72— por haber llegado a Nueva España el *Quijote* en unión de otras ediciones de los más famosos libros de caballería...".

⁹² "Antiguamente fueron apellidadas *entremeses* ciertas máscaras o mojigangas que recorrían las calles y plazas en algunas procesiones y festividades públicas... o las comparsas que muchas veces, durante el siglo XVIII y principios del XIX, salieron por Barcelona, Sevilla y Valencia, imitando... sucesos y lances del *Quijote*..." (Narciso Campillo y Correa. *Retórica y Poética*... puesta al día... por Alfredo Huerta y García. México, Ediciones Botas, 1945, p. 418).

marlo categóricamente, figurarían también en la mayólica que se conoce hoy vulgarmente por 'Talavera de Puebla'".

Por lo que hace a las tapicerías, "el P. José Mariano de Abarca, en la relación de la Jura de Fernando VI que, con el título de *El Sol en León*, publicó en 1748, refiere que con motivo de esos festejos, los balcones de las Casas de Cabildo 'vestían ricos paños de corte, en que se dejaba ver copiada la historia de *Don Quijote de la Mancha*, tan al vivo, que era admirable entretenimiento, así de los doctos como de los ignorantes, su vista'. Es de todo punto imposible identificar hoy la procedencia de tales tapicerías. Si vinieron de España, pertenecieron seguramente a alguna serie del *Quijote*, como la que, por cartones del pintor italiano Andrés Procaccini, se tejió a la vez en los talleres de Santa Bárbara y Santa Isabel, de Madrid, y en los de Sevilla, de 1729 a 1741, bajo la dirección de los hermanos Francisco y Jacobo Vandergotten; pero hay que tener presente que en México abundaron también los tapices de Flandes, en donde, en el siglo XVII, se tejieron excelentes paños del *Quijote*, por Van den Hecke. . . Los temas usuales de tales paños eran la Maritornes; la Aventura de los Batanes; la Gran Princesa Micomicona; los Galeotes; Don Quijote armado caballero, y el Manteamiento de Sancho"⁹³.

Las bateas.

Para nosotros las bateas son otro signo de la popularidad alcanzada por el *Quijote* en Nueva España, análoga a la que hemos de ver en México independiente cuando hagamos alusión a las figuritas de Don Quijote y Sancho Panza, creadas por las artes populares de los tallistas en madera. Romero de Terreros y Genaro Estrada han dado explicaciones sobre las bateas, recipientes de madera "cubiertos con una capa de pintura, que recuerda la laca de los chinos". El primero de ellos⁹⁴ nos dice que "se empleaban para muy diferentes usos, desde bañar en ellas a recién nacidos hasta servir de recipientes para la 'Ensalada de Nochebuena'. A mediados del siglo XVIII se multiplicaron de tal manera, que no había hogar, por modesto que fuese, que no poseyese una o más vasijas de esta clase. Por esa época púsose de moda, entre las clases altas, mandar hacer bateas con escenas tomadas de *Don Quijote de la Mancha*,

⁹³ Romero de Terreros, *artículo cit.*, p. 15.

⁹⁴ Romero de Terreros y Vinent, Manuel. *Las artes industriales en la Nueva España*. México, Librería de Pedro Robredo /impreso en España por "J. Horta, impresor. Gerona, 11. Barcelona"/. 1923, p. 138-139. Romero de Terreros tenía una batea con escenas del *Quijote* que cita en su libro, pero nos dijo que no la posee ya, pues al habérsele caído al suelo en una ocasión, se rompió. Pensando que, aunque se pegaran los trozos, no quedaría bien, los cambió a un anticuario, cuyo nombre no recuerda, por otro objeto de arte.

y fueron tan artísticas las que se produjeron que, no obstante ser objetos más o menos vulgares, alcanzaron gran estimación y fueron llevadas a España por Virreyes y magnates”.

Una de las que llegaron a Madrid, y se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, la describe Genaro Estrada ⁹⁵ diciendo que “tiene una complicada y bella cenefa, con cuatro motivos ornamentales concéntricos en los cuales es fácil advertir, a pesar del tono renacentista de los más, que el más ancho está inspirado al uso michoacano, en la flora peculiar con que se adorna a estas piezas. Tanto el tema central, como los cuatro pequeños medallones simétricamente distribuidos en la cenefa mayor, están sacados de escenas del *Don Quijote*, lo cual aumenta su interés hispano-mexicano. El primer con que está realizada esta pieza, es otra característica mexicana que la realza. Tiene un metro de diámetro”.

c) *Autores y obras en los siglos XVII y XVIII*

Rosas de Oquendo.

Debemos a Alfonso Reyes un estudio de cierta extensión sobre los escritos de *Rosas de Oquendo en América* ⁹⁶. En él habla del cartapacio del siglo XVI, con tejuelo que dice: *Sátira de Oquendo*, encontrado por Paz y Meliá en la Biblioteca Nacional de Madrid, después de haber pertenecido sucesivamente al conde de Guimerá y a don Pascual de Gayangos, que lo adquirió en Londres en 1840. “Su autor, Mateo Rosas de Oquendo —o Juan Sánchez, como por algunas razones prefirió llamarse en América—”; vivió en México algún tiempo, y “mezcla en él obras propias y obras ajenas”, entre ellas algunas poesías de Cervantes. “El cartapacio de Madrid ⁹⁷ se refiere principalmente a su vida en Lima y en México”. De este hecho deducimos nosotros la popularidad que alcanzaron los versos de Cervantes en Nueva España, pues fue aquí donde Oquendo los copió. “No sabemos si Oquendo murió en

⁹⁵ Estrada, Genaro. *El arte mexicano en España*. México, Porrúa Hnos. y Cía., 1937, (*Enciclopedia Ilustrada Mexicana*, t. 5), p. 25-26, y fig. 20 de la p. 28.

⁹⁶ Este trabajo del notable humanista mexicano está fechado en Madrid, en 1917, y fue incluido en los *Capítulos de Literatura Española*, primera serie (/México/, La Casa de España en México, 1939), p. 21-71. Se refiere a la *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*, compuesta por Baltasar Dorantes de Carranza en 1604, quien cita a Oquendo entre otros poetas.

⁹⁷ *Cartapacio de diferentes versos a diversos asuntos compuestos o recogidos por Mateo Rosas de Oquendo*, manuscrito núm. 19,387. La tabla de composiciones, la mayoría en verso, que contiene el manuscrito, está en el *Bulletin Hispanique*, 1907, p. 178. Tomamos las referencias de Alfonso Reyes, *Capítulos...*, p. 22.

México"; concluye Alfonso Reyes; y añade: "El estudio de su vida y sus obras no queda agotado". Entre lo pendiente, pensamos, estará el análisis comparativo, que habrá de hacerse algún día, entre las poesías originales de Oquendo incluídas en el *Cartapacio*, correspondientes a lo que llama Alfonso Reyes su "época mexicana", y aquellas de Cervantes que le impresionaron hasta el punto de decidirse a transcribirlas junto con las suyas. Hay tanta madera en ese futuro análisis comparativo, que, con sólo iniciarse, ha surgido ya por parte de Toscano la atribución que hace a Oquendo del "sabroso Romance que se halla también en su *Cartapacio*, pero que Mayáns y D. Aureliano Fernández Guerra creen de Cervantes (Gallardo, I, 1593):

*"En la Corte está Cortés
del católico Felipe
viejo y cargado de pleitos,
que así medra quien bien sirve...
El que vió estar a su puerta
mil y mil Indios Caciques,
en la de los Consejeros
pide que quieran oírle..."*

"Mas aunque notaremos —dice Alfonso Méndez Plancarte, de quien procede este juicio⁹⁸— que la probable reminiscencia de 'En Tacuba está Cortés', y el anacronismo de 'Felipe' por Carlos V, parecen más verosímiles en Oquendo, aguardamos que la ilustre el señor Toscano para dar por segura esta atribución".

*Luis de Belmonte, primer imitador
de Cervantes en Nueva España.*

El primer imitador de Cervantes en Nueva España, Luis de Belmonte Bermúdez, nació en Sevilla antes de 1587, en el mismo barrio que Mateo Alemán, con quien mantuvo amistad y de quien recibió elogios, muriendo probablemente en Madrid, de edad avanzada, más tarde de 1649. Poeta, dramaturgo, biógrafo, historiador y novelista, Belmonte fue escritor celebrado,

⁹⁸ Alfonso Méndez Plancarte. *Poetas novohispanos. Primer siglo (1521-1621)*. Estudio, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, 1942 (Biblioteca del Estudiante Universitario. 33), p. XXX-XXXII.

aunque, en algunos aspectos, poco conocido⁹⁹. Estuvo en Nueva España dos veces, antes de 1606, en que se fue al Perú, y desde 1606 otra vez hasta cerca de 1615, en que regresó a su ciudad natal, Sevilla. "A esta segunda estancia en Méjico —dice Montoto— pertenecen algunas de sus producciones líricas y dramáticas", alguna de ellas —la titulada *Algunas hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*— escrita en colaboración con Ruiz de Alarcón y otros, bajo la dirección de Belmonte.

Belmonte escribió entre otras cosas doce novelas, de inspiración cervantina, desconocidas hasta la fecha. Montoto explica esto en la siguiente forma: "En su época las novelas del inmortal Cervantes eran hartó conocidas, y Belmonte, que en sus obras dramáticas copiaba la realidad y creó caracteres tan admirablemente estudiados como el de Isabel, en *La renegada de Valladolid*, tal vez —como afirma un ilustre escritor¹⁰⁰— el único shakesperiano que se halle en nuestro teatro, tuvo fuerza y bríos suficientes para continuar la obra de Cervantes. Bermúdez Alfaro¹⁰¹, en el prólogo a *La Hispálica*, que, dicho sea de paso, debió de ser inspirado por Belmonte, si no es que fue dictado palabra por palabra, dice: "Si bien el /trabajo/ de sus novelas... a que ha puesto la postrera mano será, sin ofender con ajena comparación, uno de los que más bien reciba España por el donaire, invención y agudeza con que escribe la prosa; movióse a escribirle ver la última novela de Cervantes (ingenio digno de ser reconocido por excelente), sin la conclusión que pide la curiosidad de los lectores; porque habiendo escrito la vida de *Berganza*, uno de los perros del hospital de Valladolid, deja en silencio la de *Cipión*, no se diga porque le faltaron amos verosímiles a quien pudiera servir un perro por haber gastado con el otro cuanto pudo haber a las manos. Al fin, Luis de Belmonte, comenzando por ella, prosigue hasta doce de sus novelas, tan agradables, que por ellas solas mereciera nombre..." No se llegaron a imprimir estas doce novelas, y hasta el día son desconocidas. Abriguemos la esperanza de que un feliz hallazgo las muestre a los amantes de la literatura¹⁰².

⁹⁹ No hay que confundirle con otro Luis de Belmonte que, como su homónimo el poeta, fue también Sevillano, habiendo residido en Nueva España en el último tercio del siglo XVI. Santiago Montoto ha escrito modernamente un estudio completo sobre Luis de Belmonte Bermúdez en su obra *Ingenios sevillanos del Siglo de Oro que vivieron en América* (Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, /1928?/, p. 7-49). De él nos servimos para sintetizar los datos que aparecen en nuestro trabajo. Montoto aprovechó a su vez los estudios anteriores, singularmente el de Juan Bermúdez y Alfaro que figura al frente de *La Hispálica*, poema épico de Belmonte, inédito hasta 1921 en que lo publicó Montoto.

¹⁰⁰ Méndez Bejarano. *Historia literaria*, Madrid, 1915.

¹⁰¹ Juan Bermúdez y Alfaro, autor de los datos biográficos Luis de Belmonte Bermúdez que figuran al frente de *La Hispálica*.

¹⁰² Montoto, *ob. cit.*, p. 34-35.

Respecto a teatro cervantino de Luis de Belmonte, Montoto añade: "Algunos autores le atribuyen el *Entremés de los Mirones*, que D. Adolfo de Castro halló en 1873¹⁰³, y que se tuvo como obra de Cervantes durante algún tiempo. Menéndez y Pelayo (*Miscelánea científico-literaria*, 1874) lo analiza y lo considera del autor del *Quijote*". "Hoy —escribe Ríos— se inclina a creer que este notable diálogo (impropiamente llamado entremés) no es de Cervantes, sino de algún buen imitador suyo, probablemente sevillano, y que pudo ser muy bien Luis de Belmonte Bermúdez". Asensio es de la misma opinión (Ríos. *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes*, 1895¹⁰⁴).

Francisco Bramón.

Sólo de pasada citan los historiadores de la Literatura Mexicana a Francisco Bramón. Por ellos sabemos que fue bachiller de la Universidad de México, y que publicó en 1620 una fábula pastoril "por el estilo de la *Galatea* de Cervantes" (González Peña), titulada *Los sirgueros de la Virgen*. La crítica considera ésta y otras obras como "barruntos", nada más, de la "novela propiamente dicha", que no aparece en realidad hasta Lizardi. Si "no tuvimos propiamente novela colonial", como dice González Peña¹⁰⁵, es tanto más significativo que entre esos "barruntos" de novela las hubiera ya, como la de Bramón, inspiradas en Cervantes, lo que nos proporciona otra prueba aún de lo popular que debió ser en México *La Galatea*.

Ruiz de Alarcón y "El semejante a sí mismo".

Una de las cuestiones más debatidas cuando se trata de la relación personal de Cervantes con Alarcón es la de si tuvieron o no amistad ambos ingenios. Castro Leal y Alfonso Toro se pronuncian por la afirmativa, basándose en la fiesta del 4 de julio de 1606 a la que, según estos escritores mexicanos, concurrieron Alarcón y Cervantes¹⁰⁶. La opinión contraria la sustentan

¹⁰³ Y lo publicó en su libro titulado *Varias obras inéditas de Cervantes, sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, con nuevas ilustraciones sobre la vida del autor y el "Quijote"*. Madrid, A. de Carlos e Hijo, editores, MDCCCLXXIV, p. 9, y p. 23-88.

¹⁰⁴ Montoto, *ob. cit.*, p. 41.

¹⁰⁵ Carlos González Peña. *Historia de la Literatura Mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*. Tercera edición corregida y aumentada. México, Editorial Porrúa, S. A., 1945, p. 199.

¹⁰⁶ Antonio Castro Leal, en su *Juan Ruiz de Alarcón. Su vida y su obra* (México, Ediciones Cuadernos Americanos, 1943), p. 26, dice: que "el 4 de julio de 1606, día de San Lorenzo, se celebró en San Juan de Alfarache, cerca de Sevilla, una

Merla ¹⁰⁷ y Jiménez Rueda ¹⁰⁸; pero, sobre todo, Atanasio Rivero, quien llega a decir que Cervantes calificó de "miserable" a don Juan de Ruiz de Alarcón ¹⁰⁹. Desde luego la "malquerencia" entre Cervantes y Alarcón a que alu-

fiesta con certamen poético, comedia y torneo. La presidió el Veinticuatro Diego de Colindres; actuó como secretario Miguel de Cervantes; como fiscal, Alarcón, y como mantenedor Jiménez de Enciso. Fue un día de burlas y regocijo". Alfonso Toro, en su artículo titulado *México y Cervantes*, "especialmente escrito para *Revista de Revistas*", en donde se publicó con fecha 23 de abril de 1916 (siendo reproducido más tarde en la revista *Don Quijote*, de México, D. F., Año I, núm. 34, del 8 de octubre de 1919), dice como si conversara con Cervantes: "Fué allí en Sevilla, y por el año de gracia de 1606, cuando conociste a Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, en las academias literarias del duque de Alcalá, y del veinticuatro Don Juan de Arguijo... En los salones de ambos se te veía departir y estrechar amistad con el joven indiano, la que vino a ser más íntima, con motivo de la fiesta literaria y jocosa que se diera en las cercanías de Sevilla... ¿A qué narrar aquella fiesta, en que se dieron cita tantos y tan distinguidos hijos de Apolo, cuando lo ha hecho de manera inimitable y en saladísimo relato el ilustre manco de Lepanto, que fungió en ella de secretario?". Rubén M. Campos no sólo admite lo de la fiesta, sino que afirma que Alarcón fue presentado después en la Corte por Cervantes (Cf. Rubén M. Campos. *D. Juan Ruiz de Alarcón*, en la revista *Cosmos*, de México, D. F., Año I, núm. 1, marzo de 1912, p. 47). Sobre la amistad puede verse igualmente el artículo de Angel Suárez, titulado *Cervantes, amigo*, dado a conocer en *Cervantes*, revista hispano-americana dirigida en Madrid por R. Cansinos Assens y César E. Arroyo (enero de 1920, p. 79-85). Angel Suárez dice en este artículo que Ruiz de Alarcón y Cervantes fueron amigos, y que cabe comparar, no sólo a Cristo con Cervantes —como hace Juan de Dios Peza—, sino también a Don Quijote con San Francisco de Asís, como hace Fernández Clérigo (Cf. su artículo *Dos figuras luminosas*, en el magazine dominical de *La Opinión*, de Los Angeles, California, 14 de abril de 1946, p. 4 y 14).

¹⁰⁷ El señor Fernando Merla y Lara, miembro de la Sociedad Cervantista de México, dio una conferencia el 9 de septiembre de 1939 sobre *La discutible amistad del Ingenioso Hidalgo D. Miguel de Cervantes Saavedra y el Indiano D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*. Según informes del licenciado Alfredo Campanella, Secretario Perpetuo de la Sociedad Cervantista de México, esta conferencia no se imprimió, ni la Sociedad Cervantista obtuvo copia.

¹⁰⁸ Don Julio Jiménez Rueda sostiene en su obra *Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo* (México, José Porrúa e Hijos, 1939), p. 257-258, que Alarcón y Cervantes no se trataron, aunque no excluye la posibilidad de que se vieran. "Descartada como está por la crítica la suposición de la concurrencia del gran novelista a la fiesta sevillana de San Juan de Alfarache, no queda otra posibilidad de encuentro con el dramaturgo que en Madrid. Desgraciadamente don Miguel de Cervantes, cuando llegó Alarcón a la corte, era viejo, se encontraba achacoso, desengañado y enfermo... Si acaso se vieron, habría sido de lejos...

¹⁰⁹ Atanasio Rivero es un periodista español de principios de siglo, que vino a América y residió en Cuba y en México. Un buen día se presentó en Madrid diciendo que había descubierto la "traza" del *Quijote*, es decir, el texto oculto, que Rivero pretendía haber descifrado alterando el orden de las letras del texto visible, a manera

de don Adolfo de Castro ¹¹⁰ no impidió que hubiera una mujer apellidada Cervantes en la vida sentimental del dramaturgo ¹¹¹, a quien el propio Castro señala como el verdadero Avellaneda ¹¹².

de quien estudia un anagrama. Rivero publicó varios artículos en *El Imperial* de Madrid sobre su descubrimiento, originando el escándalo que buscaba, y la réplica de la mayor parte de los cervantistas de entonces —Icaza entre ellos— que calificaron de fantástico lo de la “traza”. Los artículos de Atanasio Rivero, y los de sus impugnadores, se publicaron en sendos volúmenes, cuyos títulos son éstos: *El secreto de Cervantes*. Historia de un descubrimiento sensacional. Semblanza de su autor D. Atanasio Rivero. Juicios de Ruiz Contreras, Icaza, Blanca de los Ríos, Cejador, Pujol, Rodríguez Marín y otros ilustres cervantistas. Madrid, Imprenta de Juan Pueyo, 1916. 247 páginas. (Este fue el primeramente publicado, es decir, el de sus contradictores, que, a la vista de los artículos periodísticos en que anunciaba la publicación de un libro con las famosas *Memorias de Cervantes*, se le adelantaron, recopilando cuanto se había dicho en contra de la “traza”). El segundo libro, que es el escrito por Rivero, es éste: Atanasio Rivero. *Memorias maravillosas de Cervantes. El crimen de Avellaneda*. Madrid, Biblioteca Hispania, s.s. 224 páginas. En el tomo titulado *El crimen de Avellaneda* (p. 27) Rivero da como de Cervantes el texto de unas *Memorias* de éste, sacadas por el procedimiento de la “traza”, según el cual Cervantes habría llamado al autor de *La verdad sospechosa* el “miserable Alarcón” (Cf. también p. 133-134 del mismo libro).

¹¹⁰ En el cap. X, así titulado: “Malquerencia de Cervantes y Ruiz de Alarcón”, de su libro cit., *Varias obras inéditas de Cervantes...*, p. 277, en el que escribe: “¿Hay pruebas de malquerencia entre Cervantes y Alarcón? Sí, y mutuas. Publicó el primero su *Viaje al Parnaso* (1614), y no citó entre los buenos poetas a D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza /omisión notada igualmente por Fernández-Guerra/; tampoco lo nombró entre los malos: desdén evidente hacia su persona y escritos. En el prólogo de las *Comedias entremeses* omite el recuerdo de Alarcón al hablar de los poetas que entonces honraban el teatro...”. Y en el *Persiles* —según Castro, p. 277—, Cervantes no nombró a Alarcón, pero lo alude en el personaje Diego de Ratos, “corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas”.

¹¹¹ “...Desdichadamente, no sabemos nada de la vida sentimental del dramaturgo. Es decir, algo, un nombre: Angela Cervantes, con quien el dramaturgo tuvo una hija: Lorenza de Alarcón, casada con D. Fernando Girón y residente en la villa de Barchin del Hoyo, en la Mancha...” (Julio Jiménez Rueda. *Estudio preliminar sobre Ruiz de Alarcón*. En: JRdeA. *Los pechos privilegiados*. México, 1939, Biblioteca del Estudiante Universitario, t. 5; p. XV-XVI.

¹¹² Cf. Adolfo de Castro. *Cervantes y Alarcón. ¿Alarcón fue el fingido Avellaneda?*, en su libro *Varias obras inéditas...*, ya cit. por nosotros, p. 199-373, en que Adolfo de Castro se pronuncia por la afirmativa. Parece que el licenciado Castro Leal no vio esta obra al escribir su excelente libro sobre Alarcón, pues no cita, entre los trabajos de “crítica” que incluye en su cuidada bibliografía final, otro título de don Adolfo de Castro que el artículo publicado en la *Revista Moderna* de Madrid (1889): *Un enigma literario. El “Quijote” de Avellaneda*; si bien Castro Leal hace constar en nota de una línea, como síntesis de dicho artículo, que la tesis de Castro consiste en pretender “identificar a Avellaneda con Alarcón”. Más adelante veremos otra tesis a este respecto, la de Atanasio Rivero, para quien Avellaneda no fue Alarcón sino Gabriel Leonardo Albión Argensola, Secretario del Estado y de la guerra, y el doctor Antonio Mirademescua, arcediano de Guadix.

En cuanto al teatro alarconiano de inspiración cervantina tenemos una obra, *El semejante a sí mismo*, generalmente reconocida como inspirada en la novela de *El curioso impertinente* de Cervantes¹¹³. De *El semejante a sí mismo*, de Alarcón¹¹⁴, ha hecho Castro Leal un estudio completo del que tomamos las analogías y diferencias de contenido entre las obras mencionadas de Alarcón y de Cervantes. "De los dos personajes: Anselmo, el curioso impertinente, y su amigo Lotario, que sirve de instrumento a la impertinente curiosidad de aquél, Alarcón hizo uno solo, que parece representando los dos papeles. La dama cuya fidelidad se trata de probar no es casada, como en Cervantes, sino soltera. La comedia —agrega Castro Leal— revela una reciente lectura del *Quijote*: el gracioso habla de "Sancho y su rocín" (Acto III, VI), y el soneto a la amistad que recita Don Juan (Acto I, III) supone el conocimiento del que canta Cardenio (cap. XXVII) sobre el mismo tema y en el que se habla también de la "Santa amistad"¹¹⁵. "...No hay duda —termina diciendo Castro Leal— que fue una de las comedias que Alarcón llevaba en su equipaje cuando regresó a España en 1613. Es, evidentemente, una obra juvenil. Su estilo no alcanza todavía los finos perfiles y la concentrada y puntual elocuencia que lo distinguen después. No varía en un punto el tipo de

¹¹³ Adolfo de Castro, en *Varias obras inéditas...*, p. 257-258, dice: "...el pensamiento de la comedia *El semejante a sí mismo* está en cierto modo tomado, como ya oportunamente indicó el Sr. D. Luis Fernández-Guerra, de la novela de Cervantes *El curioso impertinente*; con la diferencia de que en la comedia un amante quiere probar la fidelidad de su amada para ver si es digna de tenerlo por marido; y en la novela, un esposo procura hacer la prueba de la lealtad de su esposa, para convencerse de que merece su cariño; y que en aquélla el mismo individuo, fingiendo ausentarse, se presenta a su amada como un primo hermano parecidísimo, en tanto que en la otra un amigo íntimo del marido, por persuasión de éste, requiere de amores a la esposa". Castro Leal admite también (p. 96 de su *ob. cit.*) que *El semejante a sí mismo* está inspirado en *El curioso impertinente*. Esta última novela de Cervantes está incluida en el *Quijote* (I, XXXIII y XXXIV). Otra obra, *El tejedor de Segovia*, presenta "ciertas analogías" con el entremés de Cervantes *La cárcel de Sevilla* según Bray, citado por Castro Leal (p. 166 de su libro sobre Ruiz de Alarcón).

¹¹⁴ "...Una de las primeras obras de Alarcón. Por sus referencias a la vida de Sevilla, sus impresiones de la despedida de las naves en el puerto, la mención del General Don Lope Díez de Aux y Almendáriz, que mandaba la flota que lo trajo a su patria (Acto II, I), y la descripción de las obras del desagüe del Valle de México, que celebra como una maravilla (Acto I, I), parece que fue escrita o, por lo menos, terminada poco después del regreso de Alarcón a la Nueva España. Es, desde luego, posterior a 1605, año en que se publicó la primera parte del *Quijote*, en una de cuyas novelas está inspirada, y si pudo principiarla en Sevilla, en donde entonces residía, hubo de darle fin en México después de diciembre de 1608, fecha en que el Virrey y el Arzobispo hacen la visita de inauguración a las obras del desagüe..." (Antonio Castro Leal. *Juan Ruiz de Alarcón*, p. 97-98).

¹¹⁵ Castro Leal, *ibid.*, p. 96-97.

la comedia española de entonces. Es, además, el desarrollo mental de una narración literaria, en el que las experiencias de la vida no tuvieron parte. Si en la *Comedia de las equivocaciones* Shakespeare enriqueció los *Menaechmi* de Plauto introduciendo a Egeón y a Emilia y duplicando la pareja de mellizos, Alarcón, al fundir en *el semejante a sí mismo*, el amante que duda y el amigo que comprueba, redujo a una sola las posibles soluciones dramáticas del problema y trasladó al terreno de la farsa la historia del *Curioso impertinente* de Cervantes.

“La trama es ingeniosa y ha sido llevada a la escena con habilidad. No se deja que el espectador olvide la doble personalidad del protagonista, y a fuerza de jugar éste con los dos caracteres que encarna, satisface la duda, convierte la sorpresa en convicción, provoca incidentes graciosos y desata el nudo de sus sentimientos. Nuestro poeta ha sabido establecer el orden necesario para dar vida a tanta confusión. Dentro del supuesto inverosímil en que descansa, el argumento se desarrolla en situaciones efectivas y bien combinadas. Esto es lo mejor de la comedia, y anuncia ya ese poder de composición dramática que había de permitir a Alarcón dar a casi todas sus obras un plan sutil y lógico y sacar partido de asuntos embrollados cuya exposición escénica exigía cierta finura de dibujo”¹¹⁶. “... Aunque Don Juan critica a los lacayos de comedia, el ingenioso Sancho pertenece a su especie. Como es desvergonzado dice que las mujeres que van a misa los domingos no lo hacen por cristianas, sino para que el galán las vea, y que

*la que ves más recatada,
es cristiana solamente
aquello que es conveniente
para no morir quemada.*

(Acto III, VI)”¹¹⁷.

Otra obra alarconiana —*La Manganilla de Melilla*— ha surgido, en opinión de Fernández-Guerra y Orbe, como consecuencia del estudio que hizo Alarcón de las ocho comedias de Cervantes publicadas en 1615¹¹⁸. Castro

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 98-99.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 100.

¹¹⁸ “Alarcón apresurose a estudiar las ocho comedias de Cervantes, publicadas en 1615, y á rendir con ello debido homenaje al altísimo poeta. Leyendo, pues, atento *El gallardo España* /sic/, *Los Baños de Argen* y *La gran Sultana*, y ofreciéndosele á su vista, llenos de claridad y de atractivo, los africanos campos y el genio y costumbres de los antiguos opresores de España, se decidió á escribir una comedia de moros y cristianos, con el nombre de *La Manganilla de Melilla*. La comedia, que se pudiera

Leal no confirma este aserto¹¹⁹. En cuanto al concepto que tienen Alarcón y Cervantes de la moralidad, a Jiménez Rueda le parece análogo¹²⁰, mientras Pimentel sostiene que "no es cierto, como algunos suponen, que /Alarcón/ fuese el inventor de la comedia moral o filosófica, /pues/ la idea de ella estaba indicada por Cervantes en el *Quijote* (parte 1a., capítulo 48)¹²¹. Por último, es posible añadir un paralelo entre Cervantes y Alarcón, pues en el sentir del autor de *Los heterodoxos en México* "Alarcón es uno de los pocos escritores que pueden equipararse a Cervantes en muchos de los aspectos de su obra..."¹²². Adolfo de Castro está también por el paralelo¹²³, si bien el suyo no es propiamente entre Cervantes y Alarcón, sino entre el *Quijote* de Cervantes y el falso *Quijote* de Avellaneda¹²⁴. Sólo en algún que otro párrafo puede encontrarse con buena voluntad un efectivo paralelo, como cuando trata, por ejemplo, de lo que Alarcón y Cervantes han enriquecido respectivamente nuestro idioma¹²⁵.

La biblioteca de Melchor Pérez de Soto.

El caso de Melchor Pérez de Soto, astrólogo poblano nacido en Cholula por el año de 1606, asesinado por un compañero de prisión el 16 de marzo

calificar de tramoya con pretensiones de heroica, tiene por argumento y fin moral solemnizar el imperio de la fe cristiana y la virtud de la continencia. ¡Lástima grande que episodios impertinentes vengan a interrumpir y aun desvanecer con frecuencia la acción del drama..." (Luis Fernández-Guerra y Orbe. *Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza*, p. 71-72).

¹¹⁹ Castro Leal, *ob. cit.*, p. 88-92.

¹²⁰ Julio Jiménez Rueda. *Estudio preliminar...* cit. p. XIV.

¹²¹ Francisco Pimentel. *Historia crítica de la poesía en México*. Nueva edición corregida y aumentada. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1892, p. 928.

¹²² Julio Jiménez Rueda. *Juan Ruiz de Alarcón y su tiempo*, p. 223. Y es verdad que hasta en el destino que han tenido los despojos mortales de uno y otro se podrían encontrar semejanzas, ya que "los huesos de Alarcón han corrido la misma suerte que los de Cervantes..." (*Ibid.*, p. 299).

¹²³ Adolfo de Castro. *Varias obras inéditas...*, cap. XIX, p. 354-373.

¹²⁴ Comparación que Alfonso Reyes rechaza de modo tajante en una síntesis suya titulada *Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza: Su bibliografía* (Fichas bio-bibliográficas mexicanas, serie II, núm. 12), en que estampa esta constancia: "Está del todo desechada la atribución a Alarcón del falso *Quijote* de Avellaneda, sostenida por el arbitrario Adolfo de Castro".

¹²⁵ "Enriqueció Cervantes el habla castellana con frases de su ingenio, que leídas en el *Quijote*, son hoy popularísimas; y tantas en número, que sería prolijo trasladarlas aquí, cuanto más, que de los entendidos están muy conocidas. Alarcón enriqueció nuestro idioma con muchas frases peculiares suyas, ó que con su autoridad contribuyó á que más y más se generalizasen. *Hacer el amor* es una de ellas: Hallará que un gran señor// *Hace á mi hija el amor*// Y un secretario á Lucía// (*La Prueba de las promesas*)" (Adolfo de Castro. *Varias obras inéditas...*, p. 362).

de 1655 en una celda de la Inquisición de México, donde había sido recluido por acusársele "de poseer libros de herejes y prohibidos", nos ha dado oportunidad de conocer la composición de una biblioteca-tipo de las que debieron tener los intelectuales de su época. En ella figuran algunas obras de Cervantes, pero no precisamente el *Quijote*, lo que no deja de parecer extraño¹²⁶. No consta si las dos obras de Cervantes que Pérez de Soto tenía entraban o no dentro de la calificación de "prohibidos". Lo que sí sabemos es que esos ejemplares del Manco Inmortal se perdieron, como todo lo demás de aquella rica librería, pues aunque "la Inquisición sólo retuvo los libros manifiestamente sospechosos de fomentar la superstición, el resto fue devuelto a la viuda, que los vendió a un fabricante de papel, para poder vivir unos días..."¹²⁷.

Acosta Enríquez.

Del presbítero José Mariano Acosta Enríquez, último literato mexicano de la época colonial relacionado con Cervantes, se sabe bien poco. Vivía en Querétaro, y "escribió entre los años de 1779 y 1816" (Jiménez Rueda). Es autor de *Sueño de sueños*, imitación de Quevedo en la que se aprecia claramente su admiración por Cervantes, a quien cita a cada paso. *Sueño de sueños* ha sido publicado en México en la Biblioteca del Estudiante Universitario con un preliminar al que pertenece este párrafo: "Moralista y hombre de imaginación, Acosta Enríquez se muestra hábil seguidor de sus modelos y nos da idea clara de las corrientes que imperaban en la segunda mitad del siglo XVIII en México: el gusto por la alegría, la tendencia moralizadora, el interés por los contrastes. Era una época de transición entre el barroquismo que se esfumaba y el neoclasicismo que principiaba a imperar en las letras y en las artes"¹²⁸.

¹²⁶ "...Confiscada su biblioteca, se hallaron, según inventario que con tal motivo se levantó: '1502 cuerpos de libros...', los que guardaba su propietario en diversos arcones y baúles... De literatura castellana poseía las obras más importantes, entre ellas: ... la *Galatea* y el *Viaje al Parnaso* de Cervantes..." Lo transcrito pertenece a Torre Revello (*El libro...*, p. 110-111), quien añade por cuenta propia la razonable exclamación siguiente: "...¡es en verdad extraño que no poseyese el *Quijote*!" El catálogo de la biblioteca de Pérez de Soto se ha publicado recientemente en México bajo la dirección de don Julio Jiménez Rueda (*Documentos para la historia de la cultura en México*, 1947), quien se ha ocupado también del mismo astrólogo en su libro *Herejías y supersticiones en la Nueva España* (1946). Romero de Terreros fue el primero en hablar de Pérez de Soto y su biblioteca, en *Un bibliófilo en el Santo Oficio* (México, 1920).

¹²⁷ *Documentos para la historia de la cultura en México*, ya citados, p. XII-XIII.

¹²⁸ Julio Jiménez Rueda. *Prólogo* /a/ José Mariano Acosta Enríquez, *Sueño de sueños* (México, 1945. Biblioteca del Estudiante Universitario, t. 55), p. XVI.

III. CERVANTES Y EL "QUIJOTE" EN LOS SIGLOS XIX Y XX

El primer nombre importante para nuestro tema al alborear del siglo XIX es el de José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827). Su *Periquillo* deriva de la picaresca española, y, según frase de Altamirano, está nada menos que "modelado en el *Quijote*". En *La Quijotita y su prima* (1818-1819) explica Pomposa por qué le pusieron los estudiantes el mote de "Quijotita" (p. 310-311 de la d. de 1942), y de esos argumentos se ve con claridad cuán popular era en México el libro máximo de nuestro idioma.

Poco después de *La Quijotita* de Lizardi, la Librería de Galván dio a conocer en México (1832) *Las bodas de Camacho el Rico*, comedia pastoral de Juan Meléndez Valdés que había obtenido el premio en un concurso para celebrar, con festejos extraordinarios en la villa de Madrid la paz ajustada de 1783 y el feliz nacimiento de los Infantes gemelos Carlos y Felipe. Poco después son los tiempos del batallador periodista don Adolfo Llanos Alcaraz y de su periódico *La Colonia Española*, que él dirigía, y en el que vio la luz (octubre 13 de 1873) un jugoso artículo de Llanos, titulado *El Quijote*, en el que hace un inventario de todos los personajes de la Historia de España a quienes podría calificarse de quijotes. En esa misma imprenta de *La Colonia Española* se editó (1875) la novela *El Manco de Lepanto*, de Fernández y González.

El año de 1903 hace su aparición en Mérida de Yucatán el primer trabajo cervantista del profesor Gabino de J. Vázquez, que tanta actividad había de desarrollar dos años más tarde en el homenaje a Cervantes. Su estudio inicial se titula *El buscapié cervantino*, librito de 105 páginas en que rebate la superchería del *Buscapié* en sus dos versiones: la antigua, planteada por el segundo biógrafo de Cervantes (Don Vicente de los Ríos), y la moderna, defendida por don Adolfo de Castro. Gabino de J. Vázquez fue citado por José María Asensio en *La Ilustración Española* (30 sept. de 1903). Un año después (1904), con el estímulo de la de Vázquez salía a luz otra monografía cervantista, de Manuel Miranda y Marrón esta vez, titulada *Cervantes y Shakespeare no murieron en el mismo día*, cosa fácil de probar por regirse Inglaterra y España por distintos calendarios.

En 1905, Tercer Centenario de la publicación del *Quijote*, se produjeron diversos trabajos, pronunciados, leídos o representados con ocasión de las fiestas de homenaje dedicadas a Cervantes en España y en México. En unas solemnes exequias celebradas por la Real Academia Española en la Iglesia de San Jerónimo de Madrid, con asistencia de S. M. el Rey Don Alfonso XIII (9 de mayo), pronunció un importante discurso el Obispo de San Luis Potosí, Monseñor Ignacio Montes de Oca y Obregón. Su *Elogio fúnebre* es sin disputa la pieza oratoria más importante que se haya hecho sobre Cervantes.

La Sociedad científico-literaria *La Arcadia*, de Mérida de Yucatán, organizó unas fiestas (17 de mayo) y publicó un cuaderno de homenaje, en el que hay trabajos de Urcelay, Sales Cepeda, Peón Contreras, Rejón García y Gabino de J. Vázquez. Este último cervantista dirigió otro cuaderno de *Homenaje a Cervantes* (editado asimismo en Mérida en igual año), en el que colaboraron el director, Peón Contreras, Moreno Cantón, Rosado Vega, Aldana, Mediz Bolio, "Hipómenes", Valdés Acosta, "Marcos de Chimay", Carlos R. Menéndez, José Porrúa (a quien no hay que confundir con el librero del mismo nombre y apellido), y José Pelisio. La Sociedad Sánchez Oropesa de Orizaba publicó también (diciembre de 1905) un folleto de homenaje a Cervantes, titulado *Terçer Centenario de la publicación del Quijote*, en el que se incluyó la convocatoria del Certamen convocado por la Sociedad, el importante discurso de don Rafael Delgado, el trabajo *La muerte de Rocinante* por Miguel Hernández Jáuregui, y otras colaboraciones en prosa y en verso, de Ariza y de Peón del Valle. En San Luis Potosí hubo una velada solemne en el Gran Teatro de la Paz (9 de oct.), y allí pronunció un *Discurso* don Primo Feliciano Velázquez, representándose seguidamente la pieza teatral titulada *El último capítulo*, original de Manuel José Othón, en la que intervienen como personajes Cervantes, Aliaga, Gutierre de Cetina (respecto al cual el autor explica el anacronismo, pues hace del poeta, y del doctor que firma la aprobación de la segunda parte del *Quijote*, una misma persona, por razón de la trama), doña Catalina de Salazar y Palacios, doña Isabel de Saavedra y doña Constanca de Ovando.

En 1911 se publican en México los *Recuerdos de España* de Juan de Dios Peza, en que el poeta nos cuenta sus impresiones de España, y especialmente las que le produjo su visita a *La casa de Cervantes*, capítulo reproducido después en *Recuerdos de España* (1922). El relato de Peza es un compás de espera —muy grato por cierto— entre los homenajes de 1905 y los de 1916, dedicados estos últimos a conmemorar el Tercer Centenario de la Muerte de Don Miguel de Cervantes. Destacan entre esas fiestas conmemorativas: la sesión extraordinaria de la Academia Mexicana de la Lengua (23 de abril de 1916) en que leyó su trabajo el académico y profesor don Manuel G. Revilla, sobre el tema *Lo que enseña la vida de Cervantes*; las *Conferencias Cervantinas*, que luego se recogieron en un tomo, organizadas por la Universidad Popular Mexicana (24-29 de abril), en las que tomaron parte los señores González Peña, Fernández MacGregor, Aragón, Salinas, Castro Leal y Federico Mariscal; la edición popular y profusa de una excelente —a pesar de su brevedad— *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, escrita por el doctor Alfonso Pruneda, y publicada también por la Universidad Popular; y el acto solemne organizado por la Dirección de Bellas Artes, celebrado en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, bajo los aus-

picios de la Secretaría de Instrucción Pública, en el que se interpretaron temas de *Don Quijote* y Sancho, y la muerte de don Quijote, de Strauss, y leyó don Manuel G. Revilla su bien elaborado discurso que tituló *Laude en prez de Cervantes Saavedra*.

Ese mismo año de 1916 fue en Madrid el del escándalo que armó Atanasio Rivero, un periodista español que había vivido en México, y que llegó a la Península sosteniendo que había descubierto la "traza" del *Quijote*, con cuya fórmula, que se negó a revelar, se proponía publicar unas supuestas *Memorias* de Cervantes, en que atacaba a personajes contemporáneos suyos, entre ellos a Alarcón. Uno de los que salieron al paso casi en seguida fue don Francisco A. de Icaza, el máximo cervantista mexicano de todos los tiempos, quien vapuleó a Rivero de lo lindo en su libro titulado *Supercherías y errores cervantinos*. Sobre Icaza cervantista se podría escribir todo un libro. Icaza había publicado ya *Las novelas ejemplares de Cervantes* (1901), "el mejor estudio que se ha hecho hasta hoy sobre la materia", y *De cómo y por qué "La Tía Fingida" no es de Cervantes* (1916). Las *Supercherías* son de 1917, y es en este libro donde atacó duramente a González Obregón, como en su lugar dijimos. Icaza publicó después *El "Quijote" durante tres siglos* (1918), que fue su obra cervantista más floja, a nuestro modo de ver, sobre todo en los dos capítulos, cruzados por otro que no tiene nada que ver con ellos, en que habla del *Quijote* en América.

Con una diferencia de pocos años se manifestó nuevamente el pensamiento mexicano sobre Cervantes por boca del maestro Antonio Caso y del doctor don Miguel Galindo. Caso escribió un penetrante ensayo sobre *Los cuatro poetas modernos* en que compara a Cervantes con Dante, Shakespeare y Goethe. Galindo es autor de un trabajo excelente titulado *La razón de la sinrazón*, sobre la locura de Don Quijote (segunda edición, Colima, 1924), que es, a nuestro juicio, uno de los ensayos más valiosos sobre cervantismo escritos en México. Poco después (1927), el licenciado Francisco J. Santamaría, que se había distinguido ya por sus aficiones cervantinas, habiendo logrado reunir una biblioteca excepcional sobre este tema —biblioteca que desgraciadamente se desparramó más tarde—, hizo un descubrimiento notable en el Estado de Michoacán, logrando localizar un ejemplar del segundo tomo de la primera edición del *Quijote* hecha en Sevilla, presea rara en verdad. Santamaría fue también quien compiló los índices de una de las ediciones críticas que hizo Rodríguez Marín del *Quijote*, trabajo que el ilustre cervantista español reconoce en letras de molde, dándole las gracias, en un folleto titulado *Ensalmos y conjuros en España y América* (Madrid, 1927).

Rodríguez Marín venía colaborando en el periódico *El Universal*, de México, sobre temas del *Quijote*. En 1928 el profesor español Américo Castro, ya conocido aquí por su libro *El pensamiento de Cervantes* vino a Mé-

xico en persona, dando un ciclo de conferencias de las que las tres últimas estuvieron consagradas a Cervantes. De ese mismo año de 1928 es *El sentido trágico del Quijote*, libro del costarricense con larga residencia en México, periodista Rafael Cardona, en quien se aprecia la huella profunda de Unamuno.

Un distinguido cervantista mexicano, poseedor de una buena colección de *Quijotes*, el licenciado don Alejandro Quijano, connotado académico, puntualizó lo relativo a la manquedad de Cervantes en un ensayo así titulado, *Cervantes*, incluido en el volumen llamado *En la tribuna* (México, Botas, 1935), tema que había sido tratado, aunque con torpeza, por Gabino de J. Vázquez y otras personas. Don Alejandro escribió una monografía sobre *Cervantes y el "Quijote" en la Academia* (1935 también), y prepara un estudio cervantista sobre paremiología, cuestión no muy trillada en verdad.

Por razón de espacio —del que queda bien poco disponible de acuerdo con el límite de 50 cuartillas que debe tener como máximo esta disertación, hemos de limitarnos ya a dar unos cuantos nombres y títulos de algo de lo muy importante que se ha escrito en los años últimos y se está produciendo en este momento. Citemos *Don Quijote contra Zarathustra* (1940) del padre jesuita Felipe Pardiñas Illanes; la excelente monografía de Mario Mariscal, sobre *La cultura de Cervantes* (1940); un buen manual introductorio de Joaquín Antonio Peñalosa, titulado *Introducción al Quijote*, aparecido en la revista *Lectura* de México en diversos números de 1943-44; *El Profesor Vidriera precedido de El Retablo de Maese Pedro*, por René Avilés (1942); la muy nutrida y útil *Bibliografía cervantina en Hispanoamérica*, por el ágil periodista Rafael Heliodoro Valle, quien la incorporó al volumen de *Homenaje a Gamoneda* (1946), siendo Valle además autor de diversos reportajes periodísticos sobre Cervantes y el *Quijote* en México; el libro del periodista portugués Antonio Rodríguez, *El "Quijote", mensaje oportuno* (1947) premiado en el certamen cultural organizado por los Talleres Gráficos de la Nación; *Devoción al Quijote*, un folleto de sonetos (1947) de Lázara Meldiú; el bellísimo *Abecedario de "El Quijote"*, por Ricardo Marín, (1947), quien había dibujado ya el año antes en México un calendario con temas cervantinos; las *Estampas de Don Quijote de la Mancha*, del español Augusto (1946); el folleto de homenaje a Cervantes en Morelia, en que se descubrió una estatua de Asúnsolo, y don Jaime Torres Bodet leyó un discurso sobre Cervantes y Don Vasco; el número especial dedicado a Cervantes por la revista literaria *Las Españas* (julio de 1947), que no tiene otro defecto que el de no decir nada de Cervantes ni del *Quijote* en México; y los trabajos y estudios periodísticos del licenciado Zubieta, don Manuel Torre, y el señor Trens, este último sobre *El yantar en el "Quijote"*, tema que no se había prodigado. No olvidaremos tampoco los espléndidos trabajos artísticos del artífice mexicano Lorenzo Rafael, bien conocidos en México y fuera de él.

Anotando para terminar *El desencanto de Dulcinea*, de Efrén Rebolledo, y *La psicología del "Quijote"* del filósofo José Torres; y sin olvidar los trabajos cervantistas de los académicos y profesores Alfonso Reyes, Jiménez Rueda, Abreu Gómez, González Montesinos, Peñalosa, Dionisia Zamora, Oswaldo Robles, David Rubio, Santullano, Bolaño e Isla, Torri, Castro Leal, Quijano, Santamaría, Martínez Sobral, Monterde, Mediz Bolio, González Martínez, Alfonso Pruneda, Américo Castro, Artemio de Valle Arizpe, Carlos González Peña, Mariano Cuevas, Torres Bodet, Romero de Terreros, Alfonso Toro, Alberto María Carreño, Genaro Fernández MacGregor, Romero Flores, Castillo Nájera, Rafael Cardona y Heliodoro Valle, muchos de ellos citados en nuestro trabajo, dedicaremos el recuerdo especial de unas palabras de admiración para la labor tesonera, sencillamente admirable, del constante maestro del cervantismo en México, profesor don Erasmo Castellanos Quinto, autor de un originalísimo libro, escrito y dibujado por él, impreso en forma distinta de la corriente (1945), en que hace una interpretación nueva de los capítulos XXXIV y XXXV de la Segunda Parte del *Quijote*, bajo el título de *El triunfo de los encantadores*.

Aparte de esta cátedra de Castellanos Quinto, de la que nace la Sociedad Cervantista de México, hogar de frecuentes charlas cervantinas, cuyo antecedente remoto podría encontrarse en las Conferencias que dio don Erasmo en 1922, tenemos otra clase más antigua sobre el *Quijote* en la Escuela de Verano, de la que han sido profesores una pléyade de maestros, desde Torri a Santullano, pudiendo considerarse igualmente docentes las *Lecturas del "Quijote"* hechas por Florisel en este año conmemorativo, bajo los auspicios y en los salones del Casino Español de México, así como las que profesa Zertuche, en este año 1947, en la Universidad de Nuevo León. De los muchos alumnos que han desfilado por las clases de los profesores mexicanos de Literatura, han surgido varias tesis sobre Cervantes y el *Quijote*, de las que recordaremos las debidas a los graduandos Harmacek (1937), Trincker (1938), Weller (1942), Collins (1946), y Echeagaray (1946), esta última de la Escuela Libre de Derecho.

14 Ediciones mexicanas del "Quijote".

Las ediciones mexicanas del *Quijote* son catorce: 1833, por Arévalo (5 v.); 1842, por Cumplido (2 v.); 1852, por Blanquel (2 v.); 1868, por Segura (4 v.); 1877, en folletín; 1900, por *El Mundo*; 1900, de Ruiz; 1901, de Bouret, primera reducida; 1905, de Maucci; 1923, de la Secretaría de Educación Pública; 1925, de la misma Secretaría, segundo *Quijote* reducido (reproducido sin permiso veinte años después); 1941, de Millares; y 1943, de *México al Día*.

Algunas de ellas fueron impresas en el extranjero, como la de 1905; pero todas las citadas llevan pie de imprenta o colofón de México. Esto sin contar la edición trunca de *Novedades*; las *Adiciones* de 1942; las ediciones que preparan Hormes y la Secretaría de Educación, que serán distribuidas al público dentro de unas semanas; y el editado por la "Colección Austral", cuya casa tiene domicilio legal en México *.

7 Periódicos y revistas.

Los periódicos y revistas que han llevado en México el título de *Don Quijote* cubren el período 1852-1922. Son seis, algunos de ellos con dos épocas, y fueron publicados en los siguientes lugares: México, 1852; México, 1877; La Piedad, Michoacán, 1906 y 1912; Puebla, 1908 y 1933?; Monclova, Coah., 1910 y México, 1919.

A éstos debe añadirse la revista *Sancho*, de Puebla, 1910.

* Debe ahora agregarse la de la Editorial Orión, publicada después de realizado el valioso estudio del Lic. Julián Amo; se intitula: *Miguel de Cervantes Saavedra El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Prólogo y Vocabulario de Luis Santullano. Editorial Orión. México, D. F. 1953. (2 volúmenes).

El primer tomo contiene además del *Prólogo* por Santullano, la *Vida y Obras a. Cervantes* y una *Iniciación Bibliográfica* por A. Herrero Miguel.

El tomo segundo presenta el anunciado *Vocabulario* por Santullano, un índice de *Nombres Propios*, otro de *Lugares*, uno más de *Frases*, otro de *Obras Literarias con nombre de Autor*, otro de *Obras Literarias sin nombre de Autor*, y, finalmente, otro más de *Personajes Imaginarios* en los *Libros de Caballerías*. A.M.C.

APENDICE

LA MÉDULA CRISTIANA DEL QUIJOTE *

Por don FRANCISCO ELGUERO.

NOSTRA canescat oratio, decía Cicerón, *también nuestro discurso peine canas*, y en efecto, el brillante color de las producciones del joven no cuadra a la gravedad de la vejez, que debe ennoblecer las suyas con la modesta sobriedad, con la reflexión honda que siempre es melancólica si no triste. Con la elección de asuntos acomodados también a los pensamientos e impresiones propios del anciano, ideas y afectos, cuya principal causa son los desengaños de esta vida y la esperanza de otra mejor.

No digo por esto que sea impropia de la ancianidad la amable eutrapelia, sino que tal virtud (cosa hacedera) bañe también su propia alegría con grave colorido; no digo tampoco que todos los discursos de los viejos han de ser oraciones, homilías o enseñanzas de filosofía lacrimosa, sino que los asuntos que elija y el estilo que emplee no se vistan con traje de arlequín o de pisaverde, que así parecen las galas de la juventud en el que la ha perdido.

Tan sencillas reflexiones, ilustres colegas, que supongo juzgaréis racionales en general o al menos muy propias de un viejo de mis ideas que lleva vida casi de eremita y en quien por ser naturales no lastimarán vuestro gusto ni vuestra opinión, me han hecho elegir como asunto del presente discurso, uno que juzgo en sí muy grave, pero que no por eso deja de ser ameno, muy decoroso para mí, pero con interés para vosotros, propio de esta docta corporación, pero al mismo tiempo instructivo y hasta deleitoso para los lectores de fuera.

Voy a hablaros del libro que vosotros más amáis entre los de divertimiento, del *Quijote*, pero lo haré buscando en él lo que yo más amo, la médula cristiana.

Tal es el ambiente de tolerancia que aquí reina, buenos amigos, que no

* Discurso de recepción en la Academia Mejicana de la Lengua, pronunciado el 16 de noviembre de 1923.

temo haber elegido tal asunto, y porque creo, además, no lastimar, al tratarlo, las ideas de los que no tengan las mías. Busco el cristianismo en el *Quijote* y si allí existe realmente, cualquier experimentador gozará en descubrirlo, como el naturalista al hallar en la planta, ya virtud curativa, ya veneno mortal.

Al hablar de aquel ambiente pacífico y calmante, permitidme un paréntesis en este discurso para daros los plácemes muy calurosos aunque muy breves.

Yo, como cualquier hombre de convicciones, quisiera que la humanidad toda tuviera las mías, y, si me creo en posesión de la verdad, egoísta o poltrón y hasta villano fuera si no derramara tal tesoro, que sin perderse se prodiga; pero ya que es imposible esa comunión venturosa, es deseable, señores, por ser cosa eminentemente social, y en grado sumo cristiana, como lo fue la tregua de Dios, que haya en las sociedades civilizadas un terreno neutral en que todos los odios se depongan, todas las diferencias se olviden y el amor común a las bellas letras una a los hombres, siquiera por instantes, en sentimientos de amor común.

En cierto trabajo mío de hace muchos años, hablando de la Academia Española, escribí estas palabras perfectamente aplicables a nuestra sociedad correspondiente:

“La Academia (y ha continuado hasta ahora esa misma juiciosa tradición) ha venido a ser así el centro de los mejores elementos literarios de la península, enseñando a los hispanos, divididos por enemistades religiosas, políticas y sociales, que el campo de las letras debe serlo de concordia y fraternidad, así para que ellas sean más provechosas y fecundas, como para darles a más de su misión propia de recrear el espíritu, la accidental e indirecta, pero no menos positiva, de calmar los odios, despertando sentimientos de simpatía y benevolencia.

“A la Academia han entrado Donoso y Castelar, Valera y Menéndez Pelayo, Echegaray, el Padre Mir y otros muchos de muy diversas creencias religiosas, escuelas filosóficas, caracteres psíquicos y temperamentos literarios, y esto ha dado a ese ilustre cuerpo una influencia que jamás pudo adquirir en otra época, siendo parte tan juiciosa y liberal proceder a ganarle verdadero prestigio en toda la América latina y a que consiguiera la creación de corporaciones regionales, correspondientes suyas, estableciéndose así fecunda etnarquía literaria”.

A esa cita, ya vieja, debo agregar la siguiente observación relativa a nuestra querida Academia Mejicana. El mismo ambiente de paz le da vida, y en su seno han departido fraternalmente literatos de muy diversas ideas religiosas y políticas, entre los que puedo contar, inclinándome al oír sus ilustres nombres, a los obispos Montes de Oca y Pagaza, a los Presbíteros Labastida y Escobedo y a liberales tan conspicuos como Sierra, Casasús y Vigil.

Mis parabienes, distinguidos compañeros, porque habéis hecho de este albergue de las letras, recinto de concordia, y como esa consideración me tranquiliza, pues aleja de mí el temor, si no de provocar rencillas, sí de causar desazón y disgusto, voy a entrar con pie derecho en un asunto ameno y deleitable, pidiéndole a Dios, sí, no vaya la torpe pluma mía a borrar sino a poner de resalto, el interés, la belleza y las lecciones que la materia entraña.

Comienzo por afirmar sin ambages ni distinguos, que el fin que se proponía el ilustre manchego en su carrera de aventuras, era completamente cristiano. Dejaba reposo, hacienda, casa y amigos por realizar en el mundo el reinado de la justicia, por servir a la dama, dándole honra, y por hacer principalmente la voluntad del cielo. *"Somos ministros de Dios en la tierra —decía a Vivaldo—, y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia"*¹. Este pensamiento se pone de resalto, más o menos explícitamente, en todas las arengas del buen caballero, en que habla de su oficio y propósitos, pero más que todo en la conversación con Sancho al ir a ver a Dulcinea, coloquio delicioso en que expresa el andante, con absoluta claridad, las ideas de su alma cristiana, y los sentimientos de su hidalgo corazón. . . . *"Los cristianos católicos y andantes caballeros —dijo— más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo que tiene su fin señalado: así, ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes a la soberbia, a la envidia en la generosidad y buen pecho, a la ira en el reposado continente y quietud del ánimo, a la gula y al sueño en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos, a la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, a la pereza con andar por todas partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros"*.

No pretendo aseverar, ni menos probar, que Cervantes era teólogo, como alguien lo habrá sustentado de fijo, sino que en el plan profundo y grandioso de la original novela, para hacer simpático al héroe y con otros fines más hondos, le atribuyó su propia y cristianísima alma, volviéndole loco sólo en cuanto a los medios excogitados y a las cosas concomitantes.

En otra ocasión el ingenioso, elocuente y cristiano caballero, decía después de enumerar mil habilidades materiales propias de los andantes: *"y volviendo*

¹ *Don Quixote de la Mancha*, tomo I, pág. 132. Edición corregida por la Academia Española.

a lo de arriba, ha de guardar la fe en Dios y a su dama, ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida defenderla".

Voy a usar la palabra *ideal* como sustantivo, pues no llega todavía a serlo en la lengua; pero perdonadme, compañeros, el neologismo, porque otros vocablos de buena casta no lo suplen, y en gracia del respeto que guardo a la autoridad establecida.

En el lenguaje moderno ¿qué es ideal? Yo, cristiano, lo defino así: sustancialmente es el anhelo de obtener para nuestros semejantes sin más interés que el de servir a Dios, un bien particular, de consecución larga y trabajosa, que los encamine al eterno.

Como se ve, no me refiero a la obligación que tiene todo cristiano de servir a Dios cumpliendo sus mandamientos, lo que en rigor ya basta para salvarse, sino a un deseo generoso de buscar un camino especial de perfección, dadas las particulares circunstancias de cada uno.

¿Qué debo hacer para salvarme? preguntaba a Nuestro Señor el manco rico. —Cumple los mandamientos. —¿Qué debo hacer para obtener la perfección? —Da tus bienes a los pobres y sígueme.

He hablado del ideal cristiano, pero la razón sin la fe también comprende su necesidad aunque lo trunca, empobrece, afea y desnaturaliza, porque le quita su fin último que es Dios. Sin embargo, considera la aspiración a cosas más nobles que los intereses terrestres, como un vuelo del alma y ha hablado de ella de modo que asombra.

"El ideal es como el oxígeno del aire que respiramos. Mucho nos mataría, poco nos conduciría a muerte lenta y angustiosa".

"Desgraciados de nosotros si no podemos creer en algo que no se pese en la balanza y no se mida con el compás".

"El reposo tranquilo de una nación sin ideal, es funesto letargo y el sueño de un pueblo corre el riesgo de ser el último, si alguna visión extraterrestre no lo encanta".

Esto dice Enrique Fouquier, pero yo agrego que a fin de que los pueblos tengan ideales es preciso que los tengan los individuos. Un rebaño solamente rumia, no ensueña.

Niesche, Richepin, Guyau, Schopenhauer y otros muchos escritores de gran influencia en el pensamiento moderno, dicen que el hombre debe excederse a sí mismo; acerca del particular ha escrito Faguet una página que termina con esta sentencia de la sabia antigüedad: *nil actum reputans si quid superesset agendum*". Y es de León Bourgeois el siguiente pensamiento tan

exacto como profundo: “¡Amad un ideal! Este no es sólo soplo de aire puro en la atmósfera asfixiante del egoísmo humano y, en las tinieblas de las dudas de la diaria existencia, luz que guía y que salva. Es más aún: amar un ideal es tener una razón de vivir”.

Sí señores, si esto piensan alguna vez los que no son cristianos, ¿qué deberán decir los que lo sean?

Cumplamos ante todo con nuestras obligaciones, pero si disponemos de algunos días o de algunas horas de ocio, de lo que goza hasta el galeote, ¿por qué no consagrarlas a la realización de un ideal modesto, sensato, prudente, pero noble, caritativo, cristiano, que sin impulsarnos a embestir molinos de viento, nos haga semejantes al gran manchego en presencia de Dios, aunque no nos dé un Cervantes en la vida?

¿Mas qué cualidades deberá tener ese ideal, mensajero del cielo, portavoz de la gracia suya?

Expresaré las principales porque no hago un tratado sino un discurso, y a cada una le dedicaré ligera reflexión.

El ideal deberá ser uno porque si es camino, según hemos dicho, no se podrá recorrer con otros a la vez y, dejándonos de metáforas, porque San Ignacio de Loyola, el hombre más prudente que ha existido, en los tiempos modernos, cuyo seguro y profundo sentido práctico iluminó la ciencia de Salmerón y Laínez, lumbreras de Trento, profesaba esta máxima tan cierta como breve: “Nemo plus agit quam qui unum agit” “nadie hace más que el que hace una sola cosa”.

Debe ser medido por la discreción y buscado por la modestia, para no pretender ínsulas cuando seamos simples labriegos, ni querer enderezar el torcido mundo con la lanza enmohecida de un hidalgo de lugar.

Debe ser enteramente desinteresado.

Si buscamos en su consecución algún fin de lucro, de vanidad, de molición, si no amamos el bien por el bien, en el sentido que después se dirá, ya el camino del ideal no lo será de perfección, ya no ejercitaremos en su tránsito las más nobles y puras facultades del alma.

Debe, para que sea cristiano, referirse a Dios.

El ideal debe buscarse principalmente por Dios. Esto no quiere decir que no haya hermosos bienes humanos dignos de la vida entera, pero ¡cuánto más se subliman elevándose al cielo! ¡cuánto mejor se buscan!, ¡qué digo! ¡cuánto mejor se conocen! si primero bebemos en Dios, el amor para aplicarlo luego al hombre. Joergensen, un danés últimamente convertido al catolicismo, lo dice en su admirable libro de San Francisco de Asís, la mejor biografía que conozco, y Faguet, librepensador, ha hecho esta confesión ad-

mirable: "*El amor a la humanidad tiene su puente en lo sobrenatural o no existe*".

¡Qué respuesta, señores, la de nuestro Las Casas a Felipe II, aquel rey llamado tirano que entendía y apreciaba semejantes respuestas!

¿*Cuántas veces habéis pasado la mar?* —preguntó Felipe. —*Catorce* —dijo el prelado nonagenario. —*Mucho habéis hecho por mi servicio*, —agregó el monarca. —*Porque era el de Dios*, —contestó el gran dominicano; —*que sólo por Vuestra Majestad no hubiera recorrido esta sala*²:

Sí, señores, hay que convencernos, cuando el hombre no le sirve a Dios, sólo se sirve a sí mismo.

El ideal se bastará a sí propio independientemente del éxito.

Sí, señores, el ideal verdadero, aunque no consiga su objeto peculiar, logra agradar a Dios y basta.

Vistas las cosas por este aspecto, ¿qué importa el fracaso, qué la misma ridiculez, qué el desprecio?

A ese linaje de ideal, que ni como adjetivo ni como sustantivo está definido en nuestro diccionario, pertenece el de nuestro caballero, y al atribuírselo Cervantes, parece que previó formidable objeción contra la alteza de su obra, y preparó la respuesta que desata la dificultad mejor que con el tajo de Alejandro.

León Bloy, escritor francés, siempre original, a veces extravagante, pero de continuo ingenioso, dice que detesta el *Quijote* francamente, porque al reírse de malos libros se burla de una cosa muy buena, la épica, la cristiana, la sublime caballería.

León Bloy que no sabía español o lo sabía mal, tiene la disculpa de ser extranjero, pero nosotros no la tendríamos si no supiéramos distinguir entre la locura de nuestro hidalgo en la elección de medios, y la grandeza del bien que con tanto esfuerzo buscaba.

La locura de Don Quijote, que cree poder enderezar innumerables entuertos con mala lanza y peor rodela, hace ridículos los libros de caballería, pero el amor a la justicia, el valor heroico, tanto desinterés, tanta castidad del sublime caballero, cualidades unidas a la discreción y a la cultura, demuestran que Cervantes ama el alma del loco y por lo tanto el anhelo de bien que lo anima. Si la caballería verdadera perseguía los mismos ideales y hubo tipos de la misma nobleza que Don Quijote, como San Fernando y San Luis, Cervantes, el gran soldado de Lepanto, el esforzado cautivo de Argel,

² Si no hay verdad absoluta en esa anécdota, pues bien puede ser simple ficción, sí hay verdad relativa, pues la respuesta bien pudo ser del valiente religioso, que hablaba a los reyes con incomparable libertad cristiana.

el pobre siempre resignado con la suerte y alegre en medio de la adversidad ³, necesitaba amar esa caballería o resultaría en su alma una complicación inexplicable de fenómenos disparatados. Privad del juicio a San Ignacio, a Santa Teresa, a Cristóbal Colón, a Santa Juana de Arco, en la parte en que lo perdió Don Quijote, y ¿qué hubiera sucedido? Que tratarían de realizar locos, por medios inadecuados, los fines a que llegaron cuerdos. En la razón de Don Quijote se abrió solamente una laguna y en ella desapareció el juicio para conocer que en la tierra la justicia es fragmentaria, convencional y relativa, útil las más de las veces sólo para lograr el orden social, y que el esfuerzo de un solo brazo no puede lograrla sino en casos muy raros y momentos fugaces; pero fuera de ese vacío, quedó íntegra la razón del gran caballero, como su corazón hidalgo sin desgaste ni deformidad, y podía ver con la mayor lucidez el bien cristiano y humano en sus variadas formas, y eslabonadas entre sí y armonizadas con el cielo. Conservó purísimo el heredado cristianismo, entero el viril corazón, firme como el hierro la voluntad castellana y su locura sólo servía a Cervantes para demostrar cómo los malos libros suelen malograr las grandes virtudes.

En los Estados Unidos escribí un artículo con algunas de las ideas que aquí expongo en muy diversa forma, y como esa pieza no es conocida en México, reproduzco algunos párrafos:

“Imaginaos un hombre con todas las virtudes que el cristianismo sueña y realiza y suponed que por medios naturales o sobrenaturales, llega a sus manos un talismán con el cual puede mudar la faz del mundo, enderezando tuertos y desfaciendo agravios, pero que su ejercicio exige a aquel varón de virtud, que es viejo, no rico y que ha padecido dolores lumbares, el andar a salto de mata arrostrando todas las intemperies por los más horribles vericuetos, abandonando su hacienda y familia, expuesto a ser aporreado, herido y aun muerto a cada instante, sin más medicina que el indigesto aceite de un alcázar, sin más amparo que mal rocín y peor lanza, sin más estímulo que el amor de una dama, casi no conocida y apenas vislumbrada entre la realidad y el ensueño; sin más anhelo que el de servir a los tristes y menesterosos, sin más esperanza de premio, después del inmortal del cielo, que el de una gloria en la tierra que no sirve para contentar la vanidad, sino para estimular el esfuerzo y mantener templada y firme la buena intención.

“Ese hombre coge su talismán y se echa por la tierra a sufrir pobreza y ayunos, a ser aporreado por yanguéses, insultado por zafios, engañado por sus mismos amigos, burlado por galeotes, perseguido por la justicia del rey, vencido por sus propios allegados, hecho hazmerreír de palurdos y mujerzuelas, lástima de buenos y generosos, curiosidad de discretos y objeto de las enañifas de un escudero, en el fondo bueno y leal.

³ Hasta en su muerte Cervantes se mostró alegre, decididor y gracioso.

“¿No es un santo ese hombre? Y si no raya tan alto porque el escozor de la negra honrilla no se aviene con la santidad íntegra y pura que la Iglesia presenta por modelo y los fieles veneran en los altares, ¿no es un cabal hombre de bien, según el espíritu y las miras del cristianismo?”

“Pues tal fue Don Quijote. Creyó que la revelación del gran destino eran los libros de caballería, mentirosos e insensatos, creyó que el instrumento que lo haría poderoso a realizar mil hazañas y con ellas mil bienes, eran una espada mohosa, una celada de cartón y un rocín flaco, pero su fin no podía ser más noble, su abnegación más valiente y más cristiano en todo y por todo su proceder”.

¡Y qué verdad tan apacible, como aurora de otoño, aparece en la mente del lector atento y culto en presencia del alma grande como el mar del pobre caballero! Sí, sus ideales no eran de la tierra, pero su alma estaba a la altura de ellos, ¿Dios se habrá burlado de nosotros dándonos tan hermosos ensueños, o ellos demostrarán que El es el soberano, olvidadizo e indiferente de Séneca y de los estoicos?

Boecio en su prisión se preguntaba: Si Dios existe, ¿cómo existe el mal? y el ilustre mártir respondía: “*Pero si Dios no existe ¿cómo existe el bien?*” —¡Almas destinadas a tanta grandeza pudrirse como vil escoria en el lodo!— no lo creáis, señores, muchas como la del manchego han existido y existen en la tierra, y con la dirección de su vuelo nos señalan la eternidad.

Sólo una objeción se puede hacer contra el cristianismo de Don Quijote que fue la del maleante e ingenioso Vivaldo cuando le dijo: “*Pero una cosa me parece entre otras muchas muy mal de los caballeros andantes y es, que cuando se ven en ocasiones de acometer una grande y peligrosa aventura, nunca se acuerdan de encomendarse a Dios; antes se encomiendan a su dama, cosa que me parece huele a gentilidad*”.

Don Quijote contestó que también se encomendaban a Dios “*pues tiempo les quedaba para hacerlo en el discurso de la obra*”, y que encomendarse a la dama era costumbre muy caballeresca y práctica sin excepción.

Insiste el caminante, diciendo que en algún encuentro imprevisto de un caballero con otro, ambos contendientes invocan a sendas damas, y que como alguno muere al bote de la lanza enemiga, lugar no ha tenido para encomendarse a Dios *en el discurso de tan acelerada obra*.

Don Quijote esquivo la dificultad y lleva la conversación por otro lado, lo que el interlocutor consiente y me lo hace aparecer más que maleante, como al principio dije, cortés o misericordioso.

La escena es de realidad admirable y encantadora. Don Quijote con el instinto cristiano que lo caracteriza, trata de compadecer el culto a Dios y

el amor a la dama, pero a pesar de su ingenio se turba y da una respuesta que deja en pie la observación de que parece posponen los caballeros a Dios.

¿Qué cosa más natural que súbito bote de lanza desarzone al mejor caballero? ¿Qué más común que la sorpresa y el desconcierto del mejor argumentista, le impida contestar pronto en un cuodlibeto no previsto, una acometida repentina e inesperada?

Dios me libre, señores, no sólo del intento, sino de la simple tentación de hacer enmiendas a Cervantes o de ponerle aditamentos. Como escribió las cosas el buen autor, están bien; pero sin tocar para nada el venerable libro y como si estuviera yo disertando de filosofía de la historia, diré cómo entendían los caballeros el culto casi religioso a sus damas y sobre todo la invocación a ellas en el peligro.

Aunque el título de las Siete Partidas destinado a reglamentar la profesión de la caballería, no habla de *damas*, seguramente porque el amor a ellas a causa de ser tan íntimo y escondido, era considerado por el Rey Sabio fuera de la jurisdicción de la ley, la verdad es y lo comprueban todos los autores de crónicas, de teatro, de canciones de gesta, etc., que cada caballero debería tener su dama, siquiera fuese desconocida para él mismo, y se estableció la costumbre de que el enamorado se encomendase a ella en los peligros como a un santo⁴.

Evidente es que la Iglesia providente y prudentísima, autorizaba esos amores platónicos, porque aseguraban (tan espirituales y nobles eran) la castidad del caballero, para provecho suyo y de la sociedad, muy amenazada en esposas, doncellas y hasta madres por los barones del feudalismo, cuando los juramentos de la caballería y el propio estado de ánimo del guerrero no las amparasen y protegiesen.

Aquí encaja decir, cuán absurda es la fábula del *droit de jarnage* (en castellano repugna la expresión) y de acuerdo están en considerar ese maldito fuero como burda mentira, el argumento a priori deducido del carácter de la autoridad espiritual, y los datos positivos que Luis Veuillot consignó en un libro victorioso cuya sustancia he reproducido en mi revista.

Pero bien, ¿cómo se desvanece el cargo de idolatría del buen Vivaldo? Con tres palabras, señores: La invocación en el peligro era a Dios, pero por intercesión de la dama, persona para el caballero tan adornada de virtudes, que debería tener ascendiente en el cielo.

Alfonso de Alburquerque, el gran conquistador lusitano, vio su flota sorprendida por el tifón del mar de China, próxima a naufragar, cogió en sus brazos de hierro a un tierno niño que jugaba junto a él y presentándolo a las

⁴ Véase CÉSAR CANTÚ, tomo 3o., pág. 644 y siguientes. Véase MME. STÄEL, *La Alemania*.

enfurecidas olas exclamó: "Señor, apiádate de nosotros por la pureza de este infante".

Según la crónica, el mar de súbito entró en calma, y lo que hizo aquel marino con el párvulo, lo hace cada caballero con la dama diciendo: "*por las virtudes de la señora de mis pensamientos, Señor, acórreme*", y esto en verdad no es idolatría, sino cosa muy natural y que todos hacemos. ¿Quién no ha invocado a Dios por intercesión de una santa madre? ¿quién no por la de la hija virgen que en el claustro ofreció a Dios las primicias de su amor y de su belleza?

Seguro estoy de que el caballero de Cervantes aprobaría mi defensa y leería con gusto a Silvio Pellico que dijo en su estilo tan gallardo: "*se quella donna e d'animo sì alto, sì fedele alla religione, il tuo grande amore per lei non sara un eccesso, non sera una idolatría*"⁵.

De todos modos el embarazo de Don Quijote de contestar con acierto, no prueba sino que no supo atar de pronto dos moscas por el rabo, pero que se consideraba cristiano rancio, al grado de posponer, como ya lo vimos en la conversación con el escudero, la fama a la fe.

Y por cierto que en la aventura de los leones el arrojado paladín antes de encomendarse a Dulcinea se encomendó a Dios, como si quisiera prevenir otra objeción como la de Vivaldo. Así lo hizo al entrar a la cueva de Montesinos, así al ir a romper las lanzas con Tosilos el gascón, así mil veces más.

Facilísimo es que los personajes de los *libros de caballerías* que naturalmente no la entendían bien, hayan olvidado el cielo al invocar a una simple mujer, y convertido un acto cristiano en otro idolátrico, pero los verdaderos y auténticos caballeros medievales que no eran matasietes, sino nobles cristianos, no sabios pero cultos⁶, de seguro que no hubieran abjurado la fe de Cristo por la de una Oriana, Sidonia o Melisendra.

Quisiera seguir a Don Quijote⁷ paso a paso, en todas sus acciones, en todos sus discursos y veríamos que nunca desmintió su fe firme, como no desmintió jamás el honor caballeresco; pero sólo recordaré la contestación al clérigo impertinente que de buenas a primeras le llamó mentecato y alma de

⁵ *Dei Doveri Degli Uomini*, pág. 52. Recomendamos todo el magnífico capítulo que parece escrito por un caballero antiguo, discreto y culto.

⁶ El mismo tomo de CANTÚ, pág. 651. El caballero tenía que ser hasta teólogo, porque muchas veces era misionero. Ulrico de Lichtenstein, después de obtener de las señoras de Treviso un gran recibimiento en la Iglesia, en donde rogó a Dios devotamente, escribe convencido: "*Desde entonces alcancé mucho honor, porque Dios, nada niega a nobles damas*". La misma obra, pág. 51.

⁷ Nuestro gran manchego sabía sacar de los libros de caballería lo que ésta tiene de grande, errando sólo respecto de cosas meramente concretas, pero conservando la doctrina, el espíritu y el honor.

cántaro, sin parar mientes en que la locura del andante valía más que la cordura de cada quisque entre muchas gentes que conocemos.

En ella se ve el profundo respeto del caballero al sacerdote. La ofensa fue pública, injusta en demasía, y por demás grosera, pero el andante la echó a buena parte, considerándola, primero, no merecedora de venganza, después, disculpable por venir de un estudiante que sólo conocía el mundo en veinte o treinta leguas de distrito.

Empero no puede hablarse del cristianismo del gran Don Quijote, sin traer a cuenta uno de los documentos en que más brilla: los consejos a Sancho y la carta que le escribió, modelos de sabiduría cristiana que el ingenuo escudero temía no poder retener en su burda memoria, pero que impresionaron sin embargo su buen corazón, oportuno despertador de aquélla cuando llegaba el caso de poner en práctica las prudentísimas lecciones.

¡Cuán a tiempo recordó el santo consejo de que en la duda debe el juez decantarse y acogerse a la misericordia, y con qué tino pudo absolver el endemoniado caso del tribunal de la horca en el puente!

Y catad, señores, que los consejos eran buenos no sólo en sí mismos, sino por la sinceridad y noble intención de quien los daba. Amese lo que se diga, hágase lo que se aconseja, predíquese no sólo con la palabra sino con las obras y el consejo irá envuelto en no sé qué bendita alquimia capaz de ablandar y enternecer muy duros corazones.

A la perspicacia escuderil de Sancho no podía ocultarse que Don Quijote dijera la verdad cuando comentaba la homilía, mostrándose tan libre de envidia que se alegraba de que la buena suerte en la carrera de aventuras, comenzase por el servidor, y aquí no puedo menos de aplicar al hidalgo las palabras del Padre Báñez a Santa Teresa: *"Era grande de la cabeza a los pies; pero de la cabeza para arriba era mucho más grande"*.

El cristianismo es tan hondo como superficial en el gran libro, porque todo lo empapa y penetra y a tal punto, que hasta por circunstancias negativas aparece comprobado.

Ya Valera observó, y supongo que otros lo habrán hecho también, la rara particularidad de que en la dramática española no figuran las madres, sino muy accidental y secundariamente, y por lo mismo esa gran literatura, en el siglo de oro, está libre de la pestilencia del adulterio en su forma peor, en la de la madre de familia que se corrompe.

Cervantes, en el cuadro que nos trazó de la vida, quiso, sin duda intencionalmente, por respeto a la santa niñez, a la augusta maternidad y al divino cristianismo, echar un velo sobre la mayor de las miserias humanas. En el *Curioso Impertinente* hay un adulterio que podemos llamar como los crimi-

nalistas a ciertos delitos, *por imprudencia*, pero la santidad de la prole aún no venía a hacer más pavoroso el crimen.

Tampoco los niños aparecen en el Quijote, pues Andrés y Sanchica y el trujamán del retablo, eran ya adolescentes y son figuras volanderas de escasa significación. Quizá Cervantes se acordó de aquella sentencia de Quintiliano, que tomó del cristianismo, y en éste efectiva y práctica: "*Magna debetur pueris reverentia*".

¡Gran libro, señores, el que hasta callando habla; milagro literario el de enseñar hasta con el mismo silencio!

Un tratado necesitaría cuando hago sólo un discurso para poner de resalto otros muchos documentos cristianos de la novela inmortal, y entre ellos citaré de paso la amistad de Don Quijote y Sancho, símbolo en mi concepto de aquella santa sociedad heril que constituyó el cristianismo y que a pesar de lo que han dicho mal informados escritores franceses y peor aconsejados ciudadanos españoles, entraba en las costumbres de la nobleza rural de Aragón y Castilla. Las francas y libres conversaciones de amo y criado, las mutuas muestras de afecto, en Don Quijote paternal, en Sancho respetuoso, no sin puntas de bellaquería a veces, me recuerdan mil casos que he visto en Méjico y que ya van haciéndose raros, de criados que se identifican con las familias, sin perder los amos y los servidores la mutua posición, y sólo igualados por recíproco cariño que puedo llamar santo, porque es hijo de la caridad cristiana.

¡Cuántas veces he visto familias en desgracia mantenidas por la industria y el ingenio de una simple mujer del pueblo bajo, cuántas a una familia linajuda llorar la muerte de una fámula infeliz, con lágrimas copiosas y profundamente sinceras!

Ya vimos a Don Quijote celebrar el encumbramiento de Sancho prefiriéndolo al suyo y recordamos ahora la contestación del escudero a la duquesa cuando ésta se mostraba asombrada de que el labriego siguiera al hidalgo cuando lo reputaba loco: "*Seguirle tengo, vengo de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón*".

Para llegar al coronamiento de la vida cristiana del caballero andante en donde veremos maravillas, sólo diré, se advierte, (lástima no poder seguir tan interesante proceso) que el buen ejemplo y las cristianas lecciones van educando a Sancho, haciéndolo más honrado, más despierto, más sensato sin quitarle un punto lo gracioso. Efecto admirable del trato cristiano: las virtudes no se pierden y sí se comunican y nivelan.

Cuando al pobre manchego le salieron al gallarín sus presunciones, siendo vencido por el de la Blanca Luna, se entristeció como era natural, pero no perdió la fortaleza ni el buen juicio, aunque no se despabiló del malo. Es admirable oírle esta reflexión tan filosófica y tan cristiana: *"Lo que sé decirte es que no hay fortuna buena o mala en el mundo, ni las cosas que en él suceden buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura"*. Perdió la fama de invencible pero no la de honrado, e hizo lo que debe hacer el hombre que baja de la prosperidad a la desgracia: escudriñar el nuevo deber que ésta le impone para hacerlo, como hizo el de la alta posición y buena fortuna. Pensando discretamente, pronunció aquellas memorables palabras trasunto de su alma subidísima: *"Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora cuando soy escudero pedestre acreditaré mi palabra cumpliendo la que di de mi persona"*.

¡Sublime loco! ¡qué lección tan elocuente para los cuerdos! Y advertid, señores, que el dolor que entonces comenzó a atenacear el alma del humillado andante y que sin duda aproximó su muerte, también apresuró la vuelta de la razón al dolorido paladín. ¿Pensaría Cervantes que las tribulaciones son los mejores aliados de la sensatez y la cordura? Entonces la disección psicológica era menos frecuente que ahora como alarde de ingenio, prueba de ciencia y escarceos de novelista, pero la verdad es que los cristianos se conocían mejor, porque se encerraban más dentro de sí mismos para escudriñarse o conocerse. ¡Cuánta causa de errores el dolor quita disipando ilusiones engañosas, al despejar el cielo de la razón de las nubes que aquéllos amontonan por lo que han sustentado los psicólogos que el dolor ilumina! La Sagrada escritura antes que ellos había dicho: *"El que no es tentado y afligido, ¿qué sabe?"*

¿Cervantes quiso simbolizar al bueno en Don Quijote, cruelmente humillado por la suerte adversa, pero al mismo tiempo por ella ennoblecido? ¿No a cada paso topamos el simbolismo en la gran novela, a tal punto que muchas veces vemos más de lo que hay escondido tras de la fábula?

Pero no es mera hipótesis mía la conjetura de que la desgracia del manchego lo encaminó al recobro de la razón, pues el texto lo indica y muy a las claras: Cerca de la aldea, *"apeáronse amo y escudero en un mesón, que por tal lo reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, restrillos y puentes levadizos, que después que le vencieron CON MAS JUICIO EN TODAS LAS COSAS DISCURRIA COMO AGORA SE DIRA"*. Además, Sancho al describir el villorrio, le dirigió un apóstrofe entre tierno y chocarrero y entonces demostró que su perspicacia había descubierto el sublime estado moral de su grande amo, porque dijo: *"...recibe a tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de*

los brazos ajenos, viene VENCEDOR DE SI MISMO, que según él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede".

Y en la desgracia de Don Quijote puso el genio cristiano de Cervantes una cosa al parecer nonada y que sin embargo habla muy a lo sabio y enseña de muy hondo. Ella templó las melancolías y desabrimientos que acababan al manchego, de la manera que expresan estas palabras del capítulo LXXI: *"Iba el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y el alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía a que la enamorada doncella fuese muerta de veras".*

¡Qué conocimiento tenía el prodigioso Cervantes del corazón humano y de la Providencia divina! El uno, en medio de la adversidad, se alivia con el menor rayo de ventura, y Dios no deja de enviar ese consuelo para que no desfallezcamos en el camino.

Don Quijote en el lecho de muerte recobra la razón, coronamiento admirable del libro, maldice los de caballería y yo en el artículo citado, (repito desconocido en Méjico), hice el siguiente comentario:

"Conozco tres locos en la literatura y en la historia, que quieren violentar la sociedad y la naturaleza y transformar el mundo amoldándolo a su albedrío y a sus ensueños. El uno es nuestro manchego, el otro es Fausto, la gran creación de Goethe, el tercero representa una clase entera y su nombre colectivo es Comunismo.

"Fausto ya viejo, pero ardiendo en pasión, lamenta la pérdida de los bienes de la tierra, y no descubre la inmortalidad delante. Su anhelo es volver a la juventud para gozar de nuevo y más todavía, y lo consigue por medio de la magia, logrando que el demonio lo transforme y entregue a sus pasiones una doncella sencilla y delicada. Fausto tuvo el ideal del placer, tenía en la mano un instrumento extraterrestre y lo empleó en seducción diabólica.

"¿Qué es el Comunismo? Sueña en una igualdad imposible y al hacerlo, se rebela contra Dios que nos creó por naturaleza desiguales. Busca un medio de excitar las pasiones de los desheredados contra los felices de la tierra. Tropieza contra la propiedad, la borra; contra la religión, la persigue; contra la familia, la disuelve.

"El caballero español, mucho más noble, como que era cristiano, cree que con el sacrificio de sí mismo, puede cumplir con toda justicia en la tierra y va a derramar su sangre por la justicia.

"Fausto, el Comunismo y Don Quijote, son tres locos que no pueden realizar su ideal en el mundo; pero el primero representa el egoísmo y la voluptuosidad, el segundo la rebelión contra lo divino y lo humano; sólo el tercero, sin subvertir nada de lo hecho por Dios y por la naturaleza, va a

defender al débil contra el fuerte, a filo de espada y a punta de lanza, y dice lo que expresó después en fórmula admirable, el primer orador sagrado de Francia en el pasado siglo: *La religión es la palabra de Dios, la guerra es su brazo.*

“El afán de Fausto, es el del hombre rebelde contra Dios; el del Comunismo es la rebelión de la sociedad contra su autor; sólo el sueño de Don Quijote es un sueño cristiano y por eso el poema de Cervantes es reflejo del cristianismo en la literatura de Castilla.

“¡Y cómo resalta en la muerte del gran manchego una especialidad de la religión de nuestros padres, que sola bastaría para ponerla muy por encima de cualquiera otra!

“Si Fausto se desengaña, como tiene que suceder al que la magia practique, a no inventar Goethe un perdón sin arrepentimiento, ¿qué le queda? Desesperación, es decir, locura o suicidio. Si el Comunismo se desengaña, lo que tendrá que sucederle, porque niveladas todas las fortunas, los hombres serán más desgraciados que antes, ¿qué le queda? El suicidio colectivo que soñó el loco alemán Hartman o la vuelta humilde al régimen odiado. A Don Quijote cuerdo, después de haber sido rematadamente loco, ¿qué le queda? Su ideal íntegro, su sueño de saciar el hambre y sed de justicia próximo a convertirse en realidad eterna, porque va a satisfacer su noble anhelo sin medida y sin término, en la fuente de la justicia infinita.

“No quiero meterme a averiguar si Cervantes se propuso explícitamente lo que voy a decir, pero no encuentro mejor coronamiento y remate de su libro, de su plan, de su viva y pintoresca historia, que el retorno a la razón del pobre loco, razón perdida sólo para que apareciera más grande.

“Ya en los umbrales de la muerte, Don Quijote recobra el juicio y lo primero que hace es exclamar con grandes voces: *¡Bendito sea Dios que tanto bien me ha hecho! ¡En fin sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres!*

“Esto equivale a decir: ¿Busqué la justicia loco y por loco me la encontré, pero la busco cuerdo y la encontraré tanta y tan sin término, que mi alma no llegará a hartarse jamás!

“Si el cristianismo fuera un error, no habría verdad que lo igualara, porque perdido todo, todo, la juventud, la riqueza, la esperanza de realizar ensueños, la gloria humana, la tierra, la familia, nos deja a Dios en el cielo y la conciencia en el alma y como decía Santa Teresa, llena de regocijo una vez que después de mil fatigas no pudo obtener para sus fundaciones más que un ducado: una moneda y yo valemos muy poco; ¡pero yo, un ducado y Dios, somos todo!

“Esto explica perfectamente, en mi concepto, por qué siendo Don Quijote para muchos profundamente triste, para Cervantes no lo era.

"Heine, leyendo muy joven la traducción alemana de Tieck, se echó a llorar por causa de la locura del héroe manchego pensando que la creación que inspira sueños tan hermosos, no da la manera de realizarlos. Y Heine no es más que el símbolo de la incredulidad o la duda.

"El lector vulgar ve lo cómico de los contrastes y ya es mucho; el que piensa y no cree, penetra más y descubre el desorden angustioso de la naturaleza; el pensador cristiano, como el mismo Cervantes, se burla de nuestros vanos intentos para reformar las cosas que Dios puso fuera de nuestro dominio y ante esa impotencia permanece tranquilo y aun alegre, porque sabe que lo que no se puede en la tierra, se conquista en la inmortalidad.

"Cervantes vió su libertad perdida, por causa de moros y cristianos, desconocido su genio en la patria, sus afanes sin protección, su bolsa sin dinero, su misma honra manchada o discutida injustamente, y sin embargo, vivió siempre alegre o resignado, empapando su pluma en regocijo a veces, a veces en mansa y serena melancolía, pero ni un dejo amargo acibara sus escritos. ni menos la blasfemia y la rebelión asoman en sus obras.

"El Quijote es el libro de un viejo que mira la vida como es y contempla la eternidad con inefable esperanza.

"Tal es el secreto de su éxito. Después de hacer reír a todos, inspira amarga tristeza a las almas elevadas de Heine y Sainte Beuve, pero en el creyente reflexivo, ya no diremos docto, produce la resignación serena, la paz cristiana, que son como preludio de la inmortalidad".

Hoy quiero decir más, ya que cuento con la paciencia de mis doctos oyentes, y sin embargo callaré mucho que sólo en un libro cabría; pero en este último comentario está el meollo de mi discurso, como la médula de la vida del manchego, está en su muerte.

Ya lo dije, señores, que no tengo a Cervantes por teólogo, digo ahora que tampoco lo tengo por filósofo, ni por sabio en el sentido de las escuelas. Conocía lo más duro de la vida por experiencia propia, tenía el oído de la naturaleza, como decía Bacón, y observó al hombre íntimo y social en sus más complicadas y variadas manifestaciones; su alma naturalmente cristiana, estaba iluminada además por fe serena y alegre, que la hacía discernir claramente el bien y el mal, quitar la amargura y aspereza a sus juicios, compadecer las miserias, poner de resalto las virtudes, reír en medio del dolor, sin ironía cruel ni venenosa burla, sacar de la desgracia las mejores lecciones de filosofía, y más que eso las maternales esperanzas de la religión. Vacío el escritor su alma en su libro y como la suya era inmensa, éste resultó prodigioso. En él pintó la vida como se la enseñó la experiencia mostrándola a la luz de su genio como es: mezcla al parecer informe de tristeza y de alegría, de gran-

deza y de miseria, de apetitos brutales y sublimes ensueños, y en la que si suele la locura malograr la ciencia, la cultura y la generosidad, suele la perspicacia y el buen sentido aparecer en medio de la ignorancia e ir la rusticidad y la grosería acompañadas de natural gracejo, lealtad jamás desmentida, y hasta amistad de buena ley. Cervantes en todas partes buscaba y veía el bien; no disimulaba el mal, pero ¡cosa asombrosa! por nada y por nadie siente desprecio, el sentimiento más lejano del cristianismo. Tampoco aparece en el alma de ese ingenio singular, algo que no se disimula nunca: la envidia.

Y el conjunto al parecer incongruente y monstruoso del mundo de Cervantes, que es el de la realidad, se explica y se pone de concierto consigo mismo, con los sentimientos y necesidades más hondas del alma humana, con las tradiciones del mundo, con la razón no ahogada por pasiones ni cegada por intereses, al bañarlo el fulgor del cristianismo, porque la Cruz es la única clave de la vida.

La vida es buena, nos enseña el Quijote, ya en la adversidad, ya en la fortuna, si tenemos la mira en el cielo y no nos apartamos de sus leyes, y así dijo Taine, el ilustre librepensador con elocuencia suprema: "El cristianismo es el par de alas que nos eleva a la abnegación, al sacrificio, a la fortaleza, a la esperanza y no existe propulsor igual en la tierra"⁸.

Habéis comprendido, señores, que no llamo al *Quijote* libro cristiano porque lo fuera el autor, el héroe, los personajes todos de la novela, desde el Cura hasta Ginesillo de Pasamonte. En aquella época en España sólo los judíos no eran cristianos, y bastaba decir que un hombre era español para reputarlo creyente. Llamo a esa fábula sublime porque, como se ha demostrado, el ideal cristiano la inspiró cristiana, con plan cristiano se desenvuelve y cristiano es más que nada su remate y coronamiento.

Quitadle a Don Quijote la fe, ¡qué triste vuelta a la razón!; dejádsela íntegra y entonces morirá el caballero como murió realmente diciendo a Sansón Carrasco las palabras de su último diálogo con el Bachiller. Este creyendo que el manchego tomaba otro rumbo en la locura, cuando confesaba sus extravíos caballerescos, lo apostrofaba así: "*Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos*"; a lo que replicó Don Quijote: "*Los que hasta aquí han sido verdaderos en mi daño los ha de volver la muerte con ayuda del cielo en mi provecho*". Es decir, creí loco hacer la justicia en la tierra, y ésta fue la mentira, hoy cuerdo la espero en el cielo hasta ser hartos, y tal es la verdad.

La fuerza apologética del *Quijote* resulta así de levísima consideración: todo sistema filosófico y religioso que niegue o no enseñe la otra vida, lógica, forzosa, irresistiblemente, cuando los errores queridos, los prejuicios arraigados,

⁸ HIPÓLITO TAINE, *Revue des Deux Mondes*, 10. de junio de 1981, pág. 493.

las locuras que constituyen ideales, desaparezcan y surja la verdad como el sol tras de la noche, tiene que concluir con el corolario infernal de monstruosa blasfemia: *¡Feliz, dirá entonces el desengañado, feliz mi antiguo y dulce sueño... ¡maldita la verdad!* Los creyentes como el caballero de Cervantes, verán los pasados errores como enfermedad y extravío y mirando el cielo que les promete lo que el desengaño les quita, exclamarán volviendo por los fueros del orden y de la justicia universales: *¡Gloria, verdad, verdad eterna, verdad, mi patrimonio y mi fin, gloria!*⁹

⁹ Sentimos carecer de tiempo para refutar las objeciones que estampadas en ciertos libros pudieron hacerse a nuestra tesis, porque todas son tan fútiles y despreciables como la de que el gran escritor aborrecía los sacerdotes, achaque notoriamente calumnioso, del cual se quiere deducir su incredulidad. Una sola observación basta para deshacer la torpe objeción y vaya que podríamos traer a cuento centenares. No hay en todo el libro tipo más simpático después de los del amo y escudero que el del docto, amable, alegre y bondadoso cura, tan buen amigo como conocedor de los hombres y de los libros, y para el cual no tuvo Cervantes ni pizca de ironía, ni ápice de censura.

DOS DOCUMENTOS CERVANTINOS

Por don ALBERTO MARÍA CARREÑO.

DURANTE mi primera estancia en Madrid hice numerosas visitas tanto al Archivo Nacional, como al departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional, que ampara el hermosísimo edificio marmóreo que se levanta en el Paseo de la Castellana, hoy Avenida Calvo Sotelo; edificio que si ostenta con orgullo en estatuas y medallones las efigies de los grandes hombres de Letras de pasados siglos, comenzando por Alfonso el Sabio y San Isidoro, ha levantado en el interior un hermoso monumento al gran polígrafo Menéndez y Pelayo.

Como es bien sabido, la Biblioteca encierra probablemente la más rica y valiosa colección de ediciones de la obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra (conservaremos su ortografía): *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Pero en el departamento de manuscritos, de inigualable valor, se conservan dos de Cervantes: su solicitud para venir a las *Indias*, y su petición para que no se le exijan más fianzas que las que había otorgado, cuando se le comisionó para efectuar una cobranza en Granada.

Ambos documentos se han publicado ya, mas era imposible que quien iba a caza de preciosidades bibliográficas e históricas no suplicara que se le hicieran fotografías de aquellos interesantísimos manuscritos, como ya se le habían hecho de otros provenientes de conquistadores, de misioneros, de prelados, de escritores.

Y son de gran valer las fotografías que oficialmente se hicieron, porque permiten cotejarlas con lo publicado.

Es indudable que don Pedro Torres Lanzas, que reprodujo en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* la petición de Cervantes para venir al Nuevo Mundo, realizó la más puntual copia que reprodujo James Fitzmaurice Kelly¹; pero al paleografiar yo directamente el manuscrito encuentro que

¹ Número extraordinario para conmemorar el tercer centenario del *Quijote*. Ma-

desató las abreviaturas, que suprimió las letras duplicadas, y que acentuó las preposiciones, como entonces lo había ordenado la Real Academia Española, y Cervantes no las acentuó.

Pero tener a mano esas fotografías me permite hacer una observación que no se había realizado antes, probablemente por no haber tenido a la vista ambos documentos, al mismo tiempo.

La petición para venir a Indias no está firmada por Cervantes; lo cual no es de extrañar, por la forma que se adoptó: encabezar la petición con el nombre del peticionario; cosa que se ve en otras peticiones por personas diversas.

Semejante cosa no ocurre con la petición relativa a las fianzas, que publicó Martín Fernández de Navarrete en su *Vida de Miguel de Cervantes* y que luego muchos otros escritores han reproducido; entre ellos, el propio gran biógrafo de Cervantes, Fitzmaurice Kelly².

Hay algo sí extraño: el apellido Saauedra, como lo escribía Cervantes, como aparece en su firma autógrafa, lleva una *h* entre las dos *aes*, de esta manera: *Sahauedra*.

Y algo mucho más notable aún: la letra de la petición para venir a Indias es del todo distinta de la hológrafa en la solicitud para que no se le exijan más fianzas. La primera es una verdadera caligrafía: cursiva, ciertamente, pero uniforme en los trazos, firmes y claros; una de las mejores escrituras de fines del siglo XVI.

¿Cómo explicar estas diferencias? Sólo de dos maneras, a mi entender: el documento que ha llegado hasta nosotros no es la petición original, sino la síntesis de ella, mandada hacer por el Relator del Consejo de Indias, Dr. Núñez de Morquecho a uno de los amanuenses del mismo Consejo, y sobre la cual asentó el acuerdo negativo que recayó sobre la petición.

La otra hipótesis sería: que dada la gravedad de dicha petición, Cervantes hubiera acudido a un calígrafo para que la escribiera; el calígrafo acomodó la *h* donde le pareció apropiado; y como en materia ortográfica existía bastante despreocupación, el peticionario no se preocupó mucho ni poco por la letra intercalada.

He aquí el documento con la ortografía y las abreviaturas que ostenta:

"Señor

"Miguel de cerbantes sahauedra dice q̄ ha feruido a V.M. muchof años en las Jornadas de mar y tierra q̄ se han ofrecido de Vte y dos años a esta parte particularm^{te} en la Batalla Naual donde le dieron muchaf heridas de las

drid, mayo de 1905, pp. 345-6. Fitzmaurice Kelly. *Miguel de Cervantes Saavedra*, pp. 99-100.

² Fernández de Navarrete, Op. cit. p. 425. Fitzmaurice Kelly, Op. cit. p. 112.

quales perdio vna mano de vn arcabuçaco (sic) y el año siguiente fue a Nauatino y despues a la de Tunez y a la goleta y viniendo a esta corte con cartas del señor Don Joan y del Duque de Çeça para q̄ V.M. le hiciefe mrd fue cautiuo en la galera del Sol el y vn hermano fuyo q̄ Tambien ha feruido a V.M. en las mismas Jornadas y fueron llevados a argel Donde gastaron el patrimonio que tenian en Refcatarse y toda la hazienda de sus Padres y los dotes de dos hermanas donçellas que tenia Las quales quedaron pobres por Rescatar a sus hermanos. y despues deliuertados fueron a fervir a V.M. en el Reyno de Portugal. y a las terceras con el marques de Sta cruz y agora alpres^{te} estan siruiendo y siruen a V.M. el vno dellos en flandes de alferes y el miguel de çerbantes fue el que traxo las cartas y auifos del Alcayde de Mostagan y fue a oran por orden De V.M. y despues afistido firuiendo enfeuilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de guebara como consta por las informaciones q̄ tiene y en todo este tpo no se le ha hecho mrd ningu^a. Pide y supp^{ca} humildemente q^{to} puede a V.M. sea feruido de haçerle mrd de *vn offi^o. en las yndias* de los tres o quatro q̄ al preste, estan Vaccos q̄ es el vno la contaduria del nuebo Reyno de granada o la gouernacion de la probincia de Soconusco en guatimala o contador de las galeras de cartagena o corregidor de la ciudad de la PaZ q̄ con cualquiera de estos officios q̄ V.M. le haga mrd la Refciura porq̄ es hombre auil y sufficiente y benemerito para q̄ V.M. le haga mrd porq̄ su deffeo efacontinuar siempre en el seruicio de V.M. yacauar fu vida como lo han hecho sus antepassados q̄ enello Refciura muy gran bien y mrd."

Tal petición fue trasladada "a 21 de Mayo 1590. Al Presidente del Consejo de Indias" y la negativa se dio diez y seis días más tarde, como lo dice el acuerdo al pie:

"busque por aca en que se le haga m.d. (merced) en madrid a 6 de junio 1590.

"El dor nuñez morq̄cho

Y al margen aparecen los nombres de quienes formando parte del Consejo intervinieron en la resolución.

"Su Señoría SS *Gasca* (Licenciado Diego Gasca de Salazar); *Medina* (Licenciado Medina de Zarauz) *dō Luis* (de Mercado) *dor gs Flores* (Doctor Pedro Gutiérrez Flores) *Tudanca* (Licenciado Pedro Diez de Tudanca) *Balt^o* (Licenciado Benito Rodríguez Baltodano) *Agⁿ Alvarez de Toledo* (Agustín Alvarez de Toledo)". Núñez Morquecho era el Relator.

* Fernández Navarrete, Op. cit. p. 421. Fitzmaurice Kelly, Op. cit. p. 112.

Muy Poderoso

Miguel de carbantes Saavedra digo q V. A. le a S. S.
mo de una Comision Para coliar dos q^{ta} y quarenta
y tantas mil mrs q^{ta} se deuen aq^{ta} M^{te}. de p^{ta}ca exco
te no de graduada Para lo qual adado fianca de qua
tro mil ducados v^{ta} y admitidas Por V. A. y con
todo esto el Contador Enrique de Avila me pide mas
fianca a cumplim^{to} a la dicha cobranca. A. V. si
alento q^{ta} no p^{ta} mas fianca y q^{ta} son de p^{ta}ca
quatro mil ducados y ser lo sobre conuido de tra
der y casado en este lugar. V. A. le mande se
contente y me de p^{ta}ca de luego que ello se recibiere
m^{te} en d.

Miguel de carbantes
Saavedra

El otro documento fotografiado y que es indudable que del Archivo de Simancas pasó al departamento de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, porque claramente ostenta el sello de aquel archivo, lo publicó don Martín Fernández de Navarrete en su *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*; y también lo reproduce Fitzmaurice Kelly; pero, como el recordado con anterioridad, no se ajusta a la ortografía del original y, además la reproducción usa números, y Cervantes empleó el vocablo *cuento*, que quiere decir millón. Conviene, pues, reproducirlo con estricta sujeción al original, que es como sigue:

“Muy Poderoso Sr

“Miguel de cerbantes Saauedra digo q̄ v. A le ha hecho md de vna comi-
fion Para cobrar dos q^{tos} (cuentos, o sean millones) y quinientos y tantos
mil ms (maravedís) q̄ se deuen a fu Mgd. de fincas en el Reyno de granada
Para lo qual a dado fianças de quatro mil ducados viftas y admitidas Por v.
A. y con todo esto el contador Enrique de Araiz me pide mas fianças a cum-
plim^o (cumplimiento) a la dicha cobrança A.V. supp^o (suplico) atento q̄
yo no tengo más fianças y q̄ fon bastantes quatro mil ducados y fer yo
hombre conocido de credito y cañado en este lugar v A le mande se contente
y me despache luego que con ello Recibira mucha m̄.” (merced)

Miguel de cerbantes Saauedra.

Fitzmaurice Kelly no conoció el documento, porque en dos notas dice:
“Según Navarrete todo este documento se conserva de puño y letra de Cer-
vantes. Al respaldo lleva la fecha: en Madrid a XX de Agosto de 1594” y
Enrique de Araiz prohió la petición con estas palabras: “Que se despache la
comisión con las fianzas que tiene dadas y con que se obligue él y su muger” *.

El Lic. Julián Amo reprodujo el primer documento, sin modificación
ni observación respecto a su escritura, en su premiado estudio *El Quijote en
México*. Lo tomó de Fitzmaurice Kelly. Lo reprodujeron igualmente el Dr.
Rafael Heliodoro Valle y su esposa, Sra. Emilia Romero, en su *Bibliografía
Cervantina en la América Española*. México 1950.

No hay para qué entrar en otras consideraciones que han efectuado ya
muy aplaudidos cervantistas.

Minucias, se dirá, las expuestas; pero tratándose de una publicación que
se hace en las *Memorias* de la Academia Mexicana Correspondiente de la

* Fernández Navarrete, *Vida*, p. 422.

Española, parece que no será estéril reproducir las fotografías de los dos documentos cervantinos que conserva la Biblioteca Nacional, y exponer las observaciones que sugiere su estudio directo y cuidadoso. Una migaja pequeña en la gran mesa del rico banquete cervantino que ahora se ofrece al conmemorar los tres siglos y medio de la aparición de la primera parte de El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha *.

México, junio de 1955.

* La imprenta usó la f por no tener la s larga. La sola diferencia consiste en que la primera muestra una vírgula de que carece la segunda.

INDICE ALFABETICO

— A —

- Abad, (José), Diego, 152
 Abarca, P. José Mariano de, 297
 Abel, 138
 Aben Chasdai, 108
 Abreu Gómez, (Ermilo), 312
 Acevedo Escobedo, (Antonio), 279
 Adams Montilla, Alfonso, 240
 Acquaviva, Cardenal Claudio, 34, 62, 156
 Acosta Enríquez, José Mariano, 307
 Agreda y Sánchez, José María de, 293, 294
 Aguilar, M., 269
 Aguilar y Marochio, Ignacio, 43
 Alamán, Lucas, 293
 Alamo, Rodrigo del, 152
 Alarcón, Lorenza de, 303
 Alba, Duque de, 136, 137, 162, 166
 Albán, Carlos, 213
 Alberi, 269
 Albiol, José, 245
 Albión Argensola, Gabriel Leonardo de, 266, 303
 Alburquerque, Alfonso de, 322
 Alcalá, Duque de, 302
 Alcalá-Galiano, Pelayo, 242
 Aldana, 309
 Alejandro Magno, 192
 Alemán, Mateo, 273, 274, 277, 278, 283, 289, 290, 293, 294, 299
 Alemán, Miguel, 5, 6, 8
 Alemán, V., 277
 Alfonso VI, 155
 Alfonso el Sabio; Rey Sabio, 52, 322, 332
 Alfonso XIII, Rey, 308
 Algara y Cervantes, José, 280
 Aliaco, Cardenal, 134
 Aliaga, Fray Luis de, 172, 228, 309
 Alí Bajá, 158, 159
 Alí Mamí, 154
 Almagro, (Diego de), 16
 Almendros, Francisco, 153
 Alonso, Lucía, 152
 Alonso Cortés, Narciso, 243
 Altamirano, (Ignacio Manuel), 308
 Alvarado, Pedro de, 16, 273, 274, 283
 Alvarez de Soria, Alfonso, 275
 Alvarez de Toledo, Agustín, 270, 334
 Amaute, Mami, 63
 Amescua (véase: Mira de Amezcuea, Antonio)
 Amo, Julián, 5, 267, 313
 Anaya y Zúñiga, Pedro de, 154
 Antequera, P. Ramón, 263
 Antonio, Nicolás, 152
 Apartado, Marqueses del, 280
 Apolo, 126, 156, 175, 176, 302
 Apráiz y Sáenz del Burgo, Julián, 234, 247
 Aragón, Agustín, 7, 11, 309
 Aragón, Enrique E., 259
 Aragón, (Duquesa de Villahermosa), María Luisa de, 252
 Araiz, Enrique de, 335
 Aramburu, (Mariano), 46
 Arbó, Sebastián Juan, 235, 236, 248
 Arboleda, Julio, 212, 213

Arciniegas, Germán, 208
 Arcipreste de Hita (véase Juan Ruiz)
 Arco, Juana de, 320
 Argensola, Lupercio Leonardo de, 266
 Arguijo, Juan de, 275, 302
 Aribau y Farriols, Buenaventura Carlos, 28, 185, 228, 230
 Ariosto, (Luis), 11, 12, 13
 Aristóteles, 70, 121, 124
 Ariza, 309
 Armas y Cárdenas, ("Justo de Lara"), José de, 46, 252, 258
 Armendáriz, Antonio, 283
 Armiñán, Luis de, 156, 166, 168, 242
 Arnaute Mamí, 160
 Arroyo, César E., 302
 Ascó, Pedro de, 289
 Asencio y Toledo, José María, 184, 222, 224, 228, 247, 250, 258, 264, 301, 308
 Ashbee, Enrique Spencer, 226
 Astrana Marín, Luis, 236
 Asunción, Fray Domingo de la, 242
 Asúnsolo, (Ignacio), 311
 Atl, Dr., 262
 Auger, Simón, 236
 Austria, Juan de, 62, 63, 136, 138, 153, 159, 161, 267
 Avellaneda (véase Fernández de Avellaneda, Lic. Alonso)
 Averroes, 121, 124
 Avicena, 124
 Avilés, René, 311
 Azán Bajá, Rey de Argel, 162, 163, 164
 Azaña, Manuel, 260
 "Azorín" (véase Martínez Ruiz, José)
 Azuela, Mariano, 81

— B —

Babelón, Jean, 248
 Bacón, (Francisco), 329
 Báig Baños, Aurelio, 234, 245, 263
 Ballesteros Curiel, Julio, 247
 Barahona de Soto, Luis, 166, 167
 Barahona Vega, Clemente, 247
 Barajas, Carlos, 259
 Barbariego, Agustín, 157

Barbarroja, 60
 Barcia Trelles, Camilo, 142
 Baroja, Pío, 81
 Barrera y Leirado, Cayetano Alberto de la, 227, 230, 254, 257, 265
 Bastus y Carrera, Vicente Joaquín, 184, 253
 Bataillon, Marcel, 295
 Baxí, 163
 Bazán, (Marqués de Santa Cruz), Alvaro de, 15, 159, 166, 238
 Béjar, Duque de, 78, 149, 182, 237
 Belalcázar, (Sebastián de), 16, 213
 Beláustegui, Juan José, 247
 Belmonte (y) Bermúdez, Luis de, 273, 274, 299, 300, 301
 Bello, Andrés, 50
 Bembo, Pedro, 68
 Benavente, Conde Alonso de, 120
 Benot, Eduardo, 226, 232, 261, 264, 265, 266
 Bergamín, 25, 27, 30
 Berganzo, 117
 Bermúdez y Alfaro, Juan, 300
 Bernal, Fray Juan, 169
 Bernal, Heraclio, 192
 Bernini, 68
 Berruguete, 68
 Biar, 236
 Bickermann, José, 262
 Blanco de Paz, Juan, 242, 265
 Blanco Fombona, Rufino, 47
 Blázquez, Antonio, 260
 Blázquez, Atanasio, 185
 Bloy, León, 319
 Bodmer, (Juan Jacobo), 211
 Bocaccio, (Juan), 108, 207
 Boecio, 124, 276
 Bofarrul y Brocá, Antonio de, 258
 Bolaño e Isla, 312
 Bolívar, (Simón), 22, 83
 Bonaparte, (Napoleón), 43
 Bonilla, Manuel Antonio, 211
 Bonilla, A., 133
 Bonilla y San Martín, Adolfo, 249, 250, 268, 274, 288

Borja, (Duque de Villahermosa), Carlos de, 252
 Bourne, Edward Gaylord, 268, 269
 Bouterwek, (Federico), 210
 Bowle, Juan, 183, 184, 251, 252
 Bramón, Francisco, 301
 Bray, 304
 Bullón, Godofredo de, 70
 Burgeois, León, 317

— C —

Caballero Calderón, Eduardo, 209
 Caballero, Fermín, 246
 Cabanès, Dr., 247
 Caín, 138
 Calcidio, 124
 Caldás, (Francisco José de), 212, 213
 Calderón de la Barca, (Pedro), 12, 62, 71, 272, 285, 287
 Calderón, Juan, 184, 254
 Calígula, 124
 Calvert, Albert Frederick, 239
 Camacho Carreño, José, 209
 Camí, 81
 Camöens, Luis de, 67, 83, 215
 Campegió, Sinforiano, 125
 Campanella, Alfredo, 302
 Campillo y Correa, Narciso, 296
 Campos, Rubén M., 302
 Canibell, Eudaldo, 222
 Cano, Eduardo, 224
 Cansinos-Assens, Rafael, 247, 302
 Cantú, César, 322, 323
 Caporal Perusino, César, 172
 Cardona, Rafael, 47, 311, 312
 Carlo Magno, 60, 70, 178
 Carlos, A. de, 301
 Carlos, (Infante), 308
 Carlos V, 60, 146, 182, 268, 280, 299
 Carlyle, (Thomas), 14
 Carolina, (Reina de Inglaterra), 226
 Caro, Miguel Antonio, 47, 201, 205
 Carranco, Fr. Francisco, 291
 Carreño, Alberto María; A. M. C., 6, 7, 90, 99, 193, 312, 313, 332, 335
 Carreras, Luis, 239, 241, 247

Carreras y Artau, Tomás, 262
 Carrillo y Pérez, Ignacio, 43
 Carteret, Lord John, 90, 151, 226, 227
 Carvantes y Cortinas, Miguel, 240
 Casalduero, Joaquín, 264
 Casas, (Fray Bartolomé de), las, 319
 Casas, Gabriel, 236
 Casas, José Joaquín, 206
 Casasús, (Joaquín D.), 315
 Casenave, José María, 248
 Caso, Antonio, 310
 Cassou, Jean, 248
 Castañeda, Gabriel de, 161
 Castelar, (Emilio), 315
 Castelvetro, Ludovico, 71
 Castellanos Quinto, Erasmo, 46, 312
 Castilla, Mariscal de, 295
 Castillo, Ignacio B. del, 293
 Castillo Nájera, Francisco, 7, 8, 186, 218, 312
 Castro, Adolfo de, 228, 243, 277, 301, 303, 304, 306, 308
 Castro Alonso, Manuel de, 262
 Castro, Américo, 68, 134, 222, 229, 232, 237, 239, 242, 248, 249, 253, 258, 259, 310, 312
 Castro, Federico de, 247
 Castro, Guillén de, 256
 Castro Leal, Antonio, 5, 9, 259, 276, 301, 303, 304, 305-306, 309, 312
 Castro Silva, José Vicente, 211
 Catón, 89
 Cayo Julio, 91
 Çeça, Duque de, (véase Sessa, Duque de)
 Cejador y Frauca, P. Julio, 83, 185, 248, 264, 303
 Ceniceros, José Angel, 6
 Cervantes, Andrea de, 63, 65, 154, 170, 171
 Cervantes, Angela, 278, 303
 Cervantes Casaus, Juan, 279, 280
 Cervantes de Salazar, Francisco, 279
 Cervantes, Diego, 155
 Cervantes, (Comendador), Diego de, 280
 Cervantes, Gonzalo de, 155
 Cervantes, José María, 279
 Cervantes, Juan de, 240

Cervantes, (Obispo de Oaxaca), Leonel de, 279

(Cervantes), Magdalena, 63, 65, 170

Cervantes, Rodrigo de, 60, 62, 63, 152, 154, 156, 159, 161, 165, 166, 233, 242

Cervantes Saavedra y López, Miguel de, 240

Cervantes Saavedra, Blas, 153, 154, 240

Cervantes Saavedra, Miguel de, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 28, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 68, 69, 70, 71, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 97, 98, 99, 100, 102, 103, 105, 107, 108, 111, 112, 116, 118, 122, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 149, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 196, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 219, 220, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 294, 295, 298, 299, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 316, 318, 319, 320, 322, 323, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335

Cervantes Vicente, 279

César, 14

Cetina, Gutierre de, 258, 259, 263, 274, 309

Cicerón, 91, 314

Cid Campeador, 13, 52

Cide Hamete Benengeli, 24, 106, 201, 229, 246

Cisneros, 214

Claudio, (Emperador), 123

Clemencín, Diego, 26, 27, 28, 29, 31, 32, 107, 152, 156, 175, 176, 177, 183, 184, 253, 254, 255, 263

Climent Terrer, Federico, 260

Cobos, Francisco de los, 280

Colindres, Diego de, 302

Colón, Cristóbal, 44, 120, 134, 183, 195, 320

Colonna, Marco Antonio, 136, 156, 159

Colonna, Vitoria, 60

Collazos de Aguilar, 169

Collins, 312

Col y Vehí, José, 262

Cordero, Salvador, 7, 52, 292

Córdoba, Martín de, 163

Córdoba, Pedro de, 153

Corneille, (Pedro), 12, 240

Cortacero y Velasco, Miguel, 266

Cortejón y Lucas, Clemente, 26, 28, 185, 243, 253, 255

Cortés, Hernán, 16, 22, 90, 274, 276, 282, 283, 299

Cortinas, Leonor de, 154, 170, 225

Cossío, José L., 278

Costilla, Antonio, 122

Cotarelo Valledor, Armando, 247

Cotarelo y Mori, Emilio, 225, 264

Crasbeeck, Pedro, 290

Cravioto, Alfonso, 7, 39, 213

Crisipo, 124

(Cruz), Sor Juana (Inés de la), 116

Cuenca, Agustín F., 48

Cuervo, Angel, 13

Cuervo, Rufino José, 13, 88, 202, 211

Cuesta, Juan de la, 25, 27, 28, 30, 32, 149, 170, 183, 229, 290

Cueva, Juan de la, 273, 274, 275, 283

Cuevas, Mariano 312

Cuevas Zequeira, Sergio, 47

— Ch —

Chacón y Calvo, José María, 46
 Chasles, Emile, 229, 237, 238, 248
 Chavero, Alfredo, 293, 294
 Chávez, 263
 Chávez Galindo, Alonso de, 148, 291, 292

— D —

Dalí Mamí, (el Cojo), 161
 Dante, (Alighieri), 16, 21, 34, 215, 310
 Darío, Rubén, 50, 206
 Dávila Garibi, J. Ignacio, 279
 Dávila Padilla, Fray Agustín, 286, 287
 De Brisac, 166
 Delgado, Rafael, 309
 Demócrito, 40, 121
 Descartes, (Renato), 68
 D'Halmar, Augusto, 48, 261
 Díaz Canedo, Enrique, 45
 Díaz de Benjumea, Nicolás, 185, 231, 255, 265
 Díaz (del Castillo), Bernal, 284
 Díaz Mirón, Salvador, 47
 Díaz Pajares, Alonso, 153
 Díez Carrillo de Quesada, Pedro, 161
 Díez de Almendarez, Lope, 290
 Díez de Aux y Almendáriz, Gral. Lope, 304
 Díez de Tudanca, licenciado Pedro, 270, 334
 Diódoro, 115, 125
 Dionne, hermanas, 118
 Don Juan, 269, 334
 Donoso (Cortés, Juan - Marqués de Valdegamas), 315
 Dorantes de Carranza, Baltasar, 274, 277, 298
 Doré, Gustavo, 73, 237
 Dorregaray, José Gil, 231
 Dostoyewsky A. (Dostojewski, Teodor), 17
 Dragut, 136
 Droap, M., 263

Duffiel, Alexander James, 258
 Dumaine, G. B., 239

— E —

Echegaray, (José), 312, 315
 Egmont, (Lamoral, conde de), 136
 Eguílaz, Leopoldo, 185
 Elguero, Francisco, 6, 314
 Eliz, Leonardo, 247
 Enciso, Bachiller, 126
 Engrava, Bachiller, 263
 Enrique II, 136
 Erasmo, (Desiderio), 67
 Ercilla, Alonso de, 166, 167
 Escobar, José Ignacio, 209, 210, 211
 Escobedo (y Tinoco, Federico), 315
 Espina, Antonio, 155, 157, 159, 235
 Espina, Concha, 263
 Espinel, Vicente, 166
 Esquilo, 188
 Estrabón, 125
 Estrada, Genaro, 297, 298
 Eurico, (Rey de Suecia), 128
 Eurípides, 188
 Ezpeleta, Gaspar de, 65, 171, 224, 243

— F —

Fabuel Caballero, Francisco, 152
 Faguet, (Emilio), 318
 Falcas Espalter, Mario, 50
 Falcato, Luis, 48, 49
 Faria y Sousa, Manuel, 264
 Farrère, Claudio, 81
 Felipe, (Infante gemelo), 308
 Felipe II, (Rey de España), 60, 61, 62, 64, 135, 136, 147, 164, 165, 168, 268, 272, 319
 Felipe III, (Rey de España), 61, 149, 182, 228, 251, 299
 Felipe IV, 170
 Fenelón, (Salignac de la Mothe, Francisco de), 11
 Fernández, Agustín Pomposo, 43
 Fernández P., Cayetano, 257
 Fernández, Clérigo, 302

Fernández de Avellaneda, Alonso, 33,
 46, 47, 65, 78, 172, 176-177, 180,
 181, 206, 222, 224, 228, 229, 238,
 252, 266, 303, 306
 Fernández de Castillejo, Federico, 226
 Fernández de Castro, Pedro, (Conde de
 Lemos), 65, 66, 78, 171, 172, 174
 Fernández de Lizardi, José Joaquín, 43,
 194, 301, 308
 Fernández de Navarrete Martín, 157,
 161, 162, 166, 167, 168, 175, 183, 224,
 228, 229, 230, 231, 238, 252, 253,
 333, 334
 Fernández Duro, Cesáreo, 246
 Fernández Guerra y Orbe, Aureliano,
 247, 263, 299, 303, 304, 305, 306
 Fernández, Juan, 154
 Fernández MacGregor, Genaro, 7, 135,
 259, 309, 312
 Fernández y González, (Manuel), 308
 Fernando VI, 297
 Ferreiro, Martín, 242
 Ferrer y Ruiz Delgado, Patricio, 225
 Ferri, 188, 193
 Ficino, Marcilio, 124
 Figueroa, Francisco de, 167
 Figueroa, Lope de, 62, 159, 165, 166
 Figueroa, María de, 152, 154
 Fitzmaurice-Kelly, Jaime, 61, 185, 221,
 226, 227, 228, 229, 235, 238, 245,
 250, 267, 268, 269, 270, 293, 332,
 333, 334, 335.
 Florencio, Nicolao de, 118
 Flores, Josef Miguel, 224
 Florián, (Juan Pedro Claris), 236
 Florisel, (Ricardo de Alcázar), 312
 Foronda, Manuel de, 242, 245, 246, 248
 Foronda, Valentín de, 252
 Fors de Casamayor, Luis Ricardo, 47,
 232, 289
 Foulche-Delbosq, 62
 Fouquer, Enrique, 317
 Franklin, (Benjamín), 83
 Francés, Maese Antón, 63
 Frank, Bruno, 239
 Freire, Simón, 64, 168
 Freud, (Sigismundo), 260

Freyre, Fr. Antonio de, 251
 Fuente la Peña, Antonio de, 121
 Fustel de Coulanges, (Numa Dionisio),
 12, 14

— G —

Galeno, (Claudio), 124
 Galindo, Miguel, 261, 310
 Galván, 65
 Gallardo, 107, 299
 Gamoneda, Francisco, 223, 280, 281,
 311
 Garcasol, Ramón de, 235
 García, A., 50
 García de Arrieta, Agustín, 185, 252,
 253
 García, Félix, 262
 García Icazbalceta, Joaquín, 221, 276
 García, Juan, 241
 García, Juan Crisóstomo, 211
 García Mercadal, José, 234
 García Rejón, 309
 García Rey, Verardo, 225
 Garcilaso (de la Vega), 151, 207, 260
 Garcilaso, El Inca, 268
 Gasca de Salazar, Diego, 270, 334
 Gaspar, Pedro, 63
 Gatell, P., 262
 Gayangos, Pascual de, 237, 243, 298
 Gayton, Edmundo, 251
 Gerchunoff, Alberto, 48
 Gil, Fray Juan de, 63, 88, 154
 Gil, Joaquín, 283
 Gil Polo, Gaspar, 174, 273
 Girón, licenciado; Abderramán, 164
 Girón, Fernando, 303
 Givanel I Mas, Juan, 255
 Goethe, (Juan Volfang), 215, 260, 310,
 327, 328
 Gogol, (Nicolás), 17
 Gómez de Cervantes, Alonso, 279
 Gómez de Cervantes, Gonzalo, 279
 Gómez de Cervantes, Miguel, 279
 Gómez de Parada Algara, familias de,
 280
 Gómez, E. J., 277

Gómez, Jorge, 274
 Gómez Ocaña, José, 173, 234, 263
 Gómez, Pedro, 274
 Gómez Restrepo, Antonio, 206
 Góngora (y Argote, Luis de), 32, 93, 131
 González Auriolles, Norberto, 225, 240, 241, 242
 González de Clavijo, Ruy, 83
 González de Mendoza, José María, 5, 220
 González Guerrero, Francisco, 6
 González Lanuza, José Antonio, 46
 González Martínez, (Enrique), 312
 González Montesinos, (Manuel), 312
 González Obregón, Luis, 45, 289, 290, 291, 292, 293, 294, 310
 González Peña, Carlos, 7, 34, 46, 235, 295, 301, 309, 312
 González Rojas, 25, 27, 30
 González Ruiz, Nicolás, 239
 Goyanes, J., 261
 Granada, Fray Luis de, 92, 124
 Granvela (véase Perrenot de Granvela, Antonio)
 Grismer, Raymond L., 223
 Grosley, Pierre-Jean, 229
 Groussac, Paul, 47
 Gual Vidal, Manuel, 5
 Guardia, José Miguel, 237
 Guardiola, Marqueses de, 280
 Guevara, Antonio de, 167, 334
 Guimerá, Conde de, 298
 Gutiérrez Flores, Pedro, 270, 334
 Gutiérrez-Noriega, Carlos, 247
 Gutiérrez, Pedro, 295
 Gutiérrez, Tomás, 225
 Gutiérrez Vígort, Antonio, 293
 Guyau, 317
 Guzmán, (Marqués de Algara), Francisco de, 169
 Guzmán, Diego Rafall de, 211
 Guzmán, Esponda, Eduardo, 211

— H —

Haedo, Fray Diego de, 162, 223, 224
 Harmacek, 312

Hartman, 328
 Hartzenbusch, Juan Eugenio, 25, 26, 27, 30, 31, 185, 224, 231, 254, 255
 Hasán Pachá, (Dey de Argelia), 63
 Haussain, (Príncipe), 133
 Hecke, Van den, 297
 Heine, Enrique, 121, 216, 328
 Henríquez Ureña, Pedro, 46, 50, 276
 Heraclio, 70
 Heráclito, 40
 Hermúa, Jacinto, 247
 Hernández, Fray Alonso, 46
 Hernández Jáuregui, Miguel, 309
 Hernández Miyares, Enrique, 48
 Hernández Moncada, Eduardo, 8
 Hernández Morejón, Antonio, 261
 Herodoto, 115
 Herrero, Miguel A., 235, 313
 Hervás, Andrés de, 290
 Hidalgo (y Costilla), Miguel, 43
 "Hipómenes", 309
 Homero, 179, 215, 239
 Hoorn, 136
 Horacio, 87, 91, 204, 205, 257
 Horta, J., 297
 Huerta y García, Alfredo, 296
 Humboldt, (Alejandro de), 212
 Hunt, Guillermo, 251
 Hurtado de Mendoza, (Marqués de Cañete), Diego, 167, 300

— I —

Icaza, Francisco A. de, 45, 46, 66, 226, 228, 234, 235, 237, 250, 260, 266, 272, 274, 275, 277, 292, 293, 303, 310
 Ideler, Luis de, 252
 Ignacio de Loyola, San, 318, 320
 Isabel II, (Reina de España), 230
 Isidoro, San, 258, 332
 Isócrates, 89

— J —

Jaccaci, Augusto Floriano, 261
 Jackson, W. M., 25, 27, 30

Jaén, Ramón, 261
 Janer y Fernández de la Cuesta, 255
 Janet, Dr. Pierre, 98, 99
 Jarnés, Benjamín, 235
 Jarvis, Charles, 251
 Jáuregui, Juan de, 233, 245
 Jiménez de Enciso, (Diego de), 302
 Jiménez de Quesada, Gonzalo, 16, 208
 Jiménez Rueda, Julio, 7, 60, 302, 306, 307, 312
 Joergensen, 318
 Johannot (Tony), 237
 Jorge II, (Rey de Inglaterra), 226
 Jorquera, Laura, 239
 Jovio, Paulo, 127
 Juan Diego, 284
 Julio César, 124
 Junio Galeón, 91

— K —

Keins, Pablo, 239
 Keyserling, 114

— L —

Labastida, (Francisco de P.), 315
 Lactancio Firmiano, 125
 Laínez, (Diego), 318
 Laínez, Pedro, 167
 Lara Pardo, Luis, 271, 279
 Lara y Andrada, Luisa de, 280
 Larreta, Enrique, 81
 Latron, (Marco), Porcio, 91
 Lautréamont, 11
 Lázaro, Angel, 50
 Leduc, Renato, 271, 279
 Leguina, (Barón de la Vega de Hoz), Enrique de, 260
 Leiva, Sancho de, 63, 159
 Lemaitre, Jules, 116
 Lemos, Conde de (véase Fernández de Castro, Pedro)
 Leonard, Irving A., 288, 289
 León, Fray Luis de, 91
 Libert, Lucien, 261
 Lisímaco, 124

Lizcano y Alaminos, Francisco, 240
 Loayza, Francisco A., 269, 270, 271, 272
 Lobato, Monteiro, 50
 Lollis, Cesare de, 248
 López Barrera, Joaquín, 234
 López, Catalina, 153, 154, 240
 López de Aldaz, Pedro, 169
 López de Arce, Alonso, 292
 López de Cervantes, Miguel, 152, 154
 López de Hoyos, Juan, 62, 155, 224, 241
 López-Fabra, Francisco, 255
 López, Francisco, 65, 174
 López, José Hilario, 213
 Lorenzo, Rodrigo, 292
 Lorenzo Rafael, 311
 Loureda, 295
 Lowe-Porter, H. T., 239
 Loza, señor, 50
 Lucano, Marco Anneo, 91

— LL —

Llanos y Alcaraz, Adolfo, 284, 308

— M —

Macrobio, 125
 Machado (y Gómez, Eduardo), 46
 Madariaga, Salvador de, 193, 195, 199, 204, 216, 260
 Madoz, Pascual, 285
 Macztu, Ramiro de, 260, 262
 Magallanes (Fernando), 128
 Maya, Gaspar de, 292
 Máinez, Ramón León, 185, 232, 238, 244, 246, 248, 254
 Malherbe (Francisco de), 88
 Maluquer, Salvador José, 261
 Mann, Thomas, 81, 260
 Marasso, Arturo, 47, 262
 Marcello, 89
 Marcial, Marco Valerio, 91
 "Marcos de Chimay", 309
 Marejowski, 46
 Margarita, Condesa de Irlanda, 118

- Margarita (de Austria, Duquesa) de Parma, 136
 María la Roja, 136
 María y Campos, Armando de, 284, 285
 Marín, Ricardo, 311
 Mariscal de Castilla, Marqueses del, 280
 Mariscal, Federico E., 259, 309
 Mariscal, Mario, 311
 Márquez Torres, Francisco, 172, 173
 Marroquines, los, 212
 Martín Arrabal, F., 247
 Martín Gamero, Antonio, 229, 246
 Martínez Mancilla, Francisco, 174
 Martínez del Romero, Antonio, 254
 Martínez Mutis, Aurelio, 206
 Martínez Pingarrón, Manuel, 224
 (Martínez Ruiz, José), 109, 259, 261, 272
 Martínez Silva, Carlos, 206
 Martínez Sobral, Enrique, 90, 312
 Martínez y González, Francisco, 247
 Masson, Paul, 243
 Maughan, Somerset, 272
 Maura, Antonio, 14
 Maya, Gaspar, 292
 Mayans y Siscar, Gregorio, 64, 90, 151, 152, 177, 178, 179, 182, 221, 226, 227, 228, 257, 299
 Medina de Zarauz, licenciado, 270, 334
 Medina, José Toribio, 45, 46, 47, 273, 274, 276, 277
 Mediz Bolio (Antonio), 309, 312
 Mediz Bolio, Rafael, 15
 Mejía Pero, (Pedro), 124
 Mela, Pomponio, 125, 127
 Meldíu, Lázara, 311
 Meléndez Valdez, Juan, 308
 Memingo, 127
 Mena, Juan de, 125
 Méndez Bejarano (Mario), 300
 Méndez de Silva, Pedro, 164
 Méndez Pereira, Octavio, 47
 Méndez Plancarte, Alfonso, 299
 Mendoza y Lima, Juan, 149
 Menéndez, Carlos R., 15, 309
 Menéndez Pidal, Ramón, 263, 264, 275
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 108, 133, 184, 221, 222, 241, 256, 258, 276, 301, 315, 332
 Mercado, Luis de, 270, 334
 "Mercator" (Gérard Krémer), 233
 Mercurio Trimegistro, 124
 Merimée, Prosper, 236
 Merla y Lara, Fernando, 302
 Meseguer, Francisco, 43
 Metelo, Quinto, 127
 Mexía, Diego, 288
 Midas, (Rey), 127
 Millares, 312
 Millé y Giménez, Juan, 47, 263-264
 Miner, Luis, 247
 Mir, P. (Miguel), 315
 Mira de Amescua, Antonio, 266, 287, 303
 Miranda, Francisco de, 50
 Miranda y Marrón, Manuel, 243, 308
 Moctezuma (II), 44
 Molière (Juan Bautista Poquelin), 214, 247
 Molina, Luis de, 65, 171, 224
 Moncada, Miguel de, 156
 Montalvo, Juan, 44, 207
 Montemayor, Jorge de, 175
 Montenegro, Roberto, 50
 Monterde, Francisco, 272, 312
 Monte, Ricardo del, 43
 Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 47, 244, 308, 315
 Montiano y Luyando, Agustín, 152, 224
 Montijo, Condesa de, 226
 Montolíu, Manuel de, 235
 Montoto, Santiago, 274, 275, 277, 300, 301
 Montoto y Raustenstrauch, Luis, 242
 Montoya, Diego de, 289
 Montoya, Luisa de, 171
 Morales, M. L., 235
 Morán, Jerónimo, 228, 231, 238
 Moraza, Mateo Benigno de, 247
 Mor de Fuentes, José, 254
 Morel-Fatio, Alfredo, 258, 261
 Moreno Cantón, 309
 Moreno, Pablo, 43
 Morés y Sanz, Julián de, 244

Moreto (y Cabaña, Agustín), 287
 Mostagan, Alcayde, 334
 Motta Salas, Julián, 206, 207, 208
 Motteux, Peter Antoine, 257
 Munio Adefonso, 280
 Muñíos, Fr. Conrado, 242
 Müller, Max, 88
 Murcia de la Llama, Lic. Francisco, 229

— N —

Naranjo, Francisco, 279
 Nasarre y Ferruz, Blas Antonio, 224
 Navarrete, Eustaquio Fernández de, 228, 231
 Navarro y Ledesma, Francisco, 35, 47, 137, 168, 215, 229, 233, 234, 236, 250
 Navas y Zarco del Valle, Conde de las, 295
 Negrón, Preste Doctor Luciano de, 169
 Nerón, 276
 Nieto Caballero, Agustín, 209
 Nieto Caballero, Luis Eduardo, 7, 201
 Nieto y Cortadillas, Rafael, 279
 Nietzsche, (Federico), 317
 Novo, Salvador, 50
 Núñez, Francisco, 174
 Núñez de Morquecho, Dr., 270, 333, 335
 Nuño Alfonso, 280

— O —

Obando, 213
 Ochoa de Ontegui, Pedro, 289
 Ochoa, Eugenio de, 237, 254
 O'Gorman, Edmundo, 276
 Ojeda, Fr. Diego de, 291
 Olao Magno, 126, 127, 130, 133
 Oliphant, Mrs. Margaret, 239
 Olivar, Fray Jorge, 163
 Oliva y Milá, Juan, 222
 Oliver, Miguel de los Santos, 234
 Olmedilla y Puig, Joaquín, 247
 Ordaz, Diego de, 22
 Orfila, Dr. (Mateo), 237
 Orgás, Conde de, 137
 Orozco y Berra (Manuel), 284

Ortega, Melchor de, 153
 Ortega Morejón, José María de, 243
 Ortega y Gasset, José, 259
 Ortega y Rubio, Juan, 243
 Otero (Rey de Suecia), 127
 Othón, Manuel José, 48, 50, 309
 Ovando, Costanza de, 65, 170, 171, 174, 309
 Ovando, Marqueses de, 280
 Oviedo, Juan de, 169

— P —

Pacheco, 274, 275
 Pacheco, Francisco, 224
 Pacheco Portocarrero, 63
 Padilla, Pedro de, 166
 Pagaza (Joaquín Arcadio), 315
 Palacios Salazar y Vozmediano, Catalina de, 35, 63-64, 65, 152, 155, 167, 170, 174, 241, 257, 281, 309
 Palafox, Jerónimo, 88
 Palestrina (Juan Pierluigi), 9
 Palma, Ricardo, 44, 291
 Papini, 19
 Paravicino (y Arteaga, Fray Hortensio Félix), 87
 Pardiñas Illanes, P. Felipe, 311
 Pardo Bazán, Emilia, 45
 Pardo, Juan, 152
 Pascal (Blas), 205
 Pastrana, Duque de, 223
 Paulo IV, (Juan Pedro) Caraffa, 136
 Paz, Agustín de la, 109
 Paz y Meliá, 298
 Pedroso, Manuel, 195
 Pelesio, José, 309
 Pelmaccio, Cansilio, 249
 Pellicer, Fr. Luis, 251
 Pellicer y Saforcada, Juan Antonio, 28, 168, 183, 221, 224, 227, 228, 252
 Pellico, Silvio, 323
 Peña Corredor, Juan de la, 154
 Peñalosa, Joaquín Antonio, 311, 312
 Peñasco, Condes del, 280
 Peón del Valle (José), 309

Peón y Contreras, José, 48, 309
 Pereda, José María, 245, 262
 Pereyra, Carlos, 279
 Pérez de Alcega, Juan, 63
 Pérez de Soto, Melchor, 306, 307
 Pérez Galdós (Benito), 19
 Pérez Minguéz, Fidel, 241, 243
 Pérez Pastor P., Cristóbal, 185, 225, 232, 234, 238, 289
 Pérez Triana, Santiago, 212
 Pérez y González, Felipe, 289
 (Perrenot de) Granvela (Antonio), 136
 Petrarca (Francisco), 34, 207
 Peza, Juan de Dios, 48, 302, 309
 Picatoste, Felipe, 243
 Picón Salas, Mariano, 47
 Pidal y Mon, Alejandro, 245
 Piernas y Hurtado, José María, 262
 Piferrer, Pablo, 230
 Pimentel, Francisco, 306
 Pina, F., 248
 Pinheiro Chagas, Manuel, 239
 Pinochet Le-Brum, Fidel, 234
 Pitágoras, 108, 121
 Piteas, 125
 Pi y Molist, Emilio, 261
 Pizarro (Francisco), 16
 Planas, Miguel, 50
 Platón, 121, 124
 Plauto (Marco Accio), 305
 Plinio, 125
 Plotino, 124
 "Polinous" (Benigno Pallol), 265
 Polo, Jacinto, 87
 Ponce de León, Manuel, 62
 Ponce de León, capitán, 159
 Pons Umbert, Adolfo, 261
 Porfirio, 121
 Porras, Gaspar de, 64
 Porrúa, Hnos., 276, 298
 Porrúa, José, 279, 302, 309
 Procaccini, Andrés, 297
 Proclo, 124
 Próculo, 121
 Prometeo, 22
 Pruneda, Dr. Alfonso, 235, 309, 312
 Puerta, Hermenegildo de la, 153

Pueyo, Juan, 303
 Puibusque, Adolphe de, 247
 Pujol, 303
 Puyol Alonso, Julio, 245, 262

— Q —

Quadros, Juan de, 154
 Quevedo (y Villegas, Francisco de), 68, 93, 206, 307
 Quijada, Alonso de, 257
 Quijano, Alejandro, 7, 8, 9, 46, 201, 202, 214, 235, 241, 264, 311, 312
 Quijano, Martín de, 256
 Quintana, Manuel Josef, 228, 230, 231
 Quintiliano (Marco Fabio), 325
 Quiroga, Don Vasco de, 311
 Quiroz, Juan de, 153

— R —

Ramadán, Bajá, 161
 Ramírez, Jerónimo, 155
 Rebolledo, Efrén, 312
 Récoluy, Raymond, 46
 Regla, Condes de, 280
 Rementería y Fisca, Mariano de, 230
 Renán, Ernesto, 11
 Restrepo, Antonio, 206
 Revilla, Manuel G., 234, 259, 309, 310
 Rey de Artieda, Micer Andrés, 167
 Reyes, Alfonso, 7, 45, 106, 121, 122, 123, 273, 278, 298, 299, 306, 312
 Richopin (Juan), 317
 Richter (Juan Pablo Federico), 207
 Rincón, Manuel E., 48
 Ríos de Lampérez, Blanca de los, 241, 303
 Ríos, Vicente de los, 155, 172, 177, 178, 182, 224, 227, 228, 236, 237, 252, 254, 257, 308
 Rius y de Losellas, Leopoldo, 185, 221, 222, 224, 227, 229, 230, 231, 236, 238, 239, 243, 244, 247, 251, 252, 253, 254, 255, 257, 258, 265, 266, 301

Rivadavia, Bernardino, 50
 Rivadeneyra, Manuel, 230, 231, 254
 Rivadeneyra, P. Pedro, 265
 Rivascho, Marqueses de, 280
 Rivero, Atanasio, 25, 33, 255, 266, 302, 303, 310
 Roa Bárcena, José María, 48
 Robles, Francisco de, 65, 149, 170, 172
 Robles, Oswaldo, 312
 Robredo, Pedro, 281, 297
 Roca de Togores (Marqués de Molins), Mariano, 244
 Roca Guinarda, Perot, 262
 Roche, Braulio, 212
 Roda López, Cecilio de, 261
 Rodó, José Enrique, 47
 Rodríguez Abril, Juan, 295, 296
 Rodríguez, Antonio, 311
 Rodríguez Baltodano, Benito, 270, 334
 Rodríguez Castellano, 60
 Rodríguez, Emilio Gaspar, 46
 Rodríguez, Gabriel, 64
 Rodríguez García, José Antonio, 46, 233
 Rodríguez Jurado, Adolfo, 225, 240
 Rodríguez, Manuel Antonio, 252
 Rodríguez Marín, Francisco, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 32, 107, 108, 155, 168, 184, 185, 221, 222, 225, 234, 240, 241, 242, 243, 245, 246, 250, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 260, 261, 262, 264, 265, 266, 272, 275, 288, 289, 290, 291, 292, 293, 295, 296, 303, 310
 Rojas, Ana Franca de, 35, 63, 166
 Rojas, Ricardo, 47, 225, 229, 231, 248, 264, 268, 269, 271
 Romero de Terreros y Vinet, Manuel, 280, 295, 296, 297, 307, 312
 Romero (Flores), 312
 Romero, 212
 Romero, José Rubén, 7, 72, 215
 Rosado Vega, 309
 Rosas de Oquendo ("Juan Sánchez"), Mateo, 277, 298, 299
 Rosel, Cayetano, 228, 242, 245, 248
 Rossini (Joaquín), 8
 Rostand, Aura, 272
 Rotondo y Nicolau, Mariano, 242

Rotterdam, Erasmo de, 68
 Roumagnac, Carlos, 271, 279
 Rousseau (Juan Jacobo), 200
 Rousseaux, André, 11
 Royo Villanova, Antonio, 261
 Rubio, Darío, 7, 8, 9, 24, 81
 Rubio, David, 262, 312
 Rueda, Lope de, 69, 71, 152, 156, 238
 Ruiz Contreras, 303
 Ruiz de Alarcón, Juan, 43, 272, 278, 300, 301, 302, 303, 304, 305, 306, 310
 Ruiz de Segura, Diego, 289
 Ruiz, Juan, 207
 Ruiz, Miguel, 292
 Rufo, Juan, 166
 Ruidíaz, Antonio, 182
 Ruiz de Vergara, Juan, 161

— S —

Saavedra Fajardo, Diego de, 252
 Saavedra, Isabel de, 35, 63, 65, 166, 170, 171, 174, 224, 235, 244, 309
 Saavedra Molina, Julio, 47
 Saboya, Duque de, 136
 Saceda, Conde de, 182
 Saint-Beuve (Carlos Agustín de), 329
 Salado Alvarez, Victoriano, 47
 Salazar, Francisco de, 155
 Salazar y Palacios, Catalina (véase, Palacios Salazar y Vozmediano, Catalina)
 Salcedo Ruiz, Angel, 262, 263
 Saldías, Adolfo, 266
 Sales Cepeda, 309
 Salinas (Alanís), Miguel, 309
 Salinas, Marqueses de, 280
 Salinas, Miguel, 259
 Salinas, Rafael, 261
 Salmerón (Alfonso), 318
 Salvat, Luis, 25, 27, 30
 Salvá, Vicente, 229
 Salvatierra, Marqueses de, 280
 Samper, José María, 47, 201, 205
 San Agustín, 124
 San Pedro, Diego de, 116

- San Cristóbal de Villahermosa de Alfaró, Marqueses de, 280
- Sancha, Antonio, 176
- Sancha, Gabriel de, 228
- Sánchez de Ocaña, Rafael, 272
- Sánchez Oropeza, (Sociedad), 309
- Sánchez Pérez, J. B., 261
- Sánchez, Raimundo: 7, 79, 82
- Sánchez Rojas, José, 263
- Sandi, Luis, 9
- Sandoval y Rojas, Bernardo de, 122, 172
- San Francisco de Asís, 13, 84, 148, 302, 318
- San Francisco, Marqueses de, 280
- Sanín Cano, Baldomero, 206, 209
- San Juan de la Cruz, 21, 88
- Sannázaro (Jacobo), 175, 258
- San Pedro, Diego de, 116
- Santamaría, Francisco J., 46, 310, 312
- Santa Teresa, 21, 91, 320, 328
- Santiago Calimaya, Condes de, 279, 280
- Santillana, Marqués de, 118, 273
- Santi Pietro, 158
- Santullano, Luis, 312, 313
- Sanz de Aguila, Diego, 171
- Sanz, Diego, 65
- Sanz Egaña, C., 260
- Sarmiento, Fr. Miguel, 223
- Savj-López, Paolo, 36, 236, 247, 249
- Sawa, Federico, 243
- Sayas y Alfaro, Cristóbal de, 274
- Sbarbi, P. José María, 248, 262, 264
- Schevill, Rudolph, 133, 249, 268, 288
- Schlegel (Federico), 207
- Schopenhauer (Arturo), 317
- Selín (II), 157
- Séneca, Lucio Anneo, 92, 124
- Séneca, Marco Anneo, 92
- Sepúlveda, Fray Pedro de, 144, 145, 148, 149, 150
- Serafines, Fr. Pío de los, 249
- Serna y Espina, Ramón de la, 260
- Serrano, Bachiller, 152, 241
- Serra, Torcuato Tasso, 262
- Sessa, Duque de, 46, 62, 63, 159, 161, 223, 252, 267, 269, 334
- Shakespeare (Guillermo), 12, 16, 18, 50, 83, 188, 191, 193, 194, 215, 236, 243, 263, 305, 308, 310
- Shaw, Bernard, 81
- Sierra, Justo, 48, 50, 315
- Sigüenza (y Góngora, Carlos), 87
- Sigüenza, Julio de, 224
- Sigura, Antonio de, 231
- Sileno, 127
- Silva (y Mendoza), Francisco (de), 223
- Singerman, Bertha, 50
- Sirveo, Mohamed, 157
- Sismondi (Leonardo), 207
- Sócrates, 121
- Sófocles, 188
- Solalinde, Antonio, 249
- Solano, Armando, 206
- Soler y Terol, Luis María, 262
- Solino, 125
- Solís, 83
- Solles, J. L., 277
- Soravilla, Javier, 263
- Sosa, Dr. Antonio de, 223
- Stäel-(Holstein, Ana Luisa Germana Nécker, baronesa de), 322
- Sterne (Lorenzo), 14
- Strauss, 310
- Strozzi, Felipe, 166
- Suárez, Angel, 302
- Suárez, Marco Fidel, 47, 201, 205
- Suárez, Victoriano, 276
- Suleimán el Magnífico, 60
- Suñé Benages, Juan, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 283
- Swift (Jonatán), 14
- T —
- Tablada, José Juan, 76, 222
- Taine, Hipólito (Adolfo), 330
- Tamayo de Vargas, Tomás, 152
- Tárrago y Mateos, Torcuato, 255
- Tasso, Luis, 25, 27, 30, 31, 233
- Teotócopulo, 137
- Terranova, Juan Baptista, 107

Terrazas, Francisco de, 273, 276, 277, 282, 283
 Thackeray (Guillermo), 14
 "Thebussem, Dr." (Mariano Pardo de Figueroa), 244, 262, 263
 Tiberio, 89
 Ticknor, Jorge, 133, 207, 237
 Tieck (Luis), 329
 Timoneda (Juan de), 108
 Tirso, 108, 272, 287
 Tito Livio, 91
 Tolomeo, 125
 Tolstoi (León, conde), 210
 Tomás, Mariano, 235
 Tonson, Jacob y Richard, 226
 Toro, Alfonso, 301, 302, 312
 Torquemada, Antonio de, 106, 107, 108, 109, 111, 112, 117, 118, 119, 121, 122, 123, 127, 128, 132, 133, 134
 Torreblanca, Leonor de, 240
 Torre, Manuel, 311
 Torre Revello, José, 288, 294, 307
 Torres Bodet, Jaime, 311, 312
 Torres, Camilo, 212, 213
 Torres, José, 312
 Torres Lanzas, Pedro, 270, 332
 Torres Naharro, Bartolomé, 69, 71
 Torres, Teodoro, 295
 Torres y Galeote, Francisco, 243
 Torri, Julio, 312
 Toscano, Salvador, 276, 299
 Travadillo, Sr., 224
 Trens (Manuel B.), 311
 Trimegisto, 121
 Trinker, Marta K., 263, 312
 T'Serclaes, Duque de, 295
 Tubino, Francisco María, 228, 229, 251
 Turgueneff, (Juan Sergievitz), 17, 262

— U —

Unamuno, Miguel de, 46, 114, 185, 216, 221, 258, 259, 311
 Urbina, Diego de, 136, 156
 Urbina, Juan de, 65
 Urbina, Luis G., 47

Urcelay, 309
 Urdaneta, Amenodoro, 184
 Urueta, Jesús, 50

— V —

Valbuena Prat, Angel, 269, 275, 284, 285
 Valcázar, Juan de, 161
 Valdés Acosta, 309
 Valdés, Alonso, o Juan de, 108
 Valdés, Clemente, 290
 Valdés Leal (Juan de), 68
 Valdivia, Diego de, 268
 Valencia, Francisco de, 162
 Valencia, Guillermo, 212, 213
 Valencia, Pedro de, 122
 Valenzuela, Jesús E., 48
 Valera, Juan, 82, 205, 245, 253, 257, 315, 324
 Valois, Isabel de, 62, 136, 155
 Valle-Arizpe, Artemio de, 7, 81, 144, 292, 312
 Valle de Oaxaca, Marqueses del, 280
 Valle de Orizaba, Condes del, 280
 Valle, Rafael Heliodoro, 7, 43, 201, 205, 223, 272, 280, 296, 311, 312
 Vallon, Dr., 99
 Vandergotten, Francisco, 297
 Vandergotten, Jacobo, 297
 "Vargas, Juan Manuel" (seudónimo), 48
 Varona, Enrique José, 46
 Vasconcelos, José, 7, 16
 Vázquez de Ayola, Juan, 123
 Vázquez, Gabino de J., 241, 277, 289, 308, 309, 311
 Vázquez, Mateo, 164
 Vázquez Sacristán, Baltasar, 152
 Vedia, Enrique de, 237
 Vega (Carpio) Lope (Félix) de, 33, 34, 50, 64, 69, 78, 86, 123, 167, 170, 176, 203, 207, 223, 227, 236, 272, 285, 287, 289
 Vega y de Fonseca, Hernando de la, 270
 Vega, Ricardo de la, 71

Velasco Dueñas, José, 241

Velasco, 269

Velasco, (Virrey) Luis de, 285

Velázquez (de Silva, Diego), 137

Velázquez, Primo Feliciano, 7, 151, 309

Vella, Fr. Antonio de la, 154

Venegas, Alonso, 146

Veillot, Luis, 322

Viana, 162, 163

Viardot, Luis, 237, 244

Vitoria, Fr. Francisco de, 123, 140, 141

Vicuña Cifuentes, Julio, 47

Vidart y Schuch, Luis, 247, 262

Vierge, Daniel, 261

Vigil (José María), 315

Vila, Pablo, 209

Villahermosa, Duques de, 252

Villalón, Cristóbal de, 108

Villarreal, licenciado, 171

Villarroel, Juan de, 172

Villar Villamil, familias de, 280

Villaseñor y Villaseñor, Alejandro, 279,
280

Villechauvaix, J., 247

Villegas del Hoyo, Baldomero, 265

Villón, 275

Virgilio, 91, 124, 179, 205, 215, 239, 262

Virués, Cristóbal de, 157

Vivanco, Marqueses de, 280

Vossler, Carlos, 235

— W —

Walpolo, Horacio, 226

Washington (Jorge), 83

Watts, Henry Edward, 239

Weller, 312

Wulf, 275

— X —

Ximénez de Sandoval, Crispín, 247

— Y —

Yámblico, 121

— Z —

Zamora, Dionisia, 312

Zamora, Leopoldo, 14

Zarco de Morales, Ana, 254, 263

Zeiglero, Jacobo, 125

Zeni, hermanos, 133

Zerbantes, Myguel de, 231

Zertuche, 312

Zubieta (Manuel), 311

Zúñiga Acevedo y Fonseca (Conde de
Monterrey), Gaspar de, 291

Zurbarán (Francisco de), 68, 287, 288

Zurita (y Castro, Jerónimo de), 283

Zumárraga, Fray Juan de, 285

INDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	5
<i>In memoriam: Miguel de Cervantes Saavedra</i> , por AGUSTÍN ARAGÓN ...	11
<i>Reflexiones cervantinas</i> , por JOSÉ VASCONCELOS	16
<i>El lenguaje y los errores de Cervantes, según sus comentadores</i> , por DARÍO RUBIO	24
<i>Cervantes y el amor</i> , por CARLOS GONZÁLEZ PEÑA	34
<i>El elogio de Cervantes hecho por Don Quijote</i> , por ALFONSO CRAVIOTO .	39
<i>Cervantes en las letras de Hispanoamérica</i> , por RAFAEL HELIODORO VALLE	43
<i>Una nota cervantina. El alma señera de Cervantes</i> , por SALVADOR CORDERO	52
<i>Realidad y fantasía en la obra de Cervantes</i> , por JULIO JIMÉNEZ RUEDA .	60
<i>Cómo leemos el "Quijote"</i> , por RUBÉN ROMERO	72
<i>Bellezas del lenguaje de Cervantes que debieran continuar en uso</i> , por RAYMUNDO SÁNCHEZ	82
<i>Las lecciones de Cervantes</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	90
<i>Sobre un autor censurado en el Quijote: Antonio de Torquemada</i> , por ALFONSO REYES	106
<i>La paz y la guerra según Cervantes</i> , por GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR	135
<i>De cuándo y cómo movió a risa, por vez primera en México, el famoso caballero Don Quijote de la Mancha</i> , por ARTEMIO DE VALLE ARIZPE	144
<i>Biógrafos y críticos de Cervantes</i> , por PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ	151
<i>Cardenio. Psico-análisis</i> , por FRANCISCO CASTILLO NÁJERA	186
<i>Don Quijote en Colombia</i> , por LUIS EDUARDO NIETO CABALLERO	201
<i>Cervantes y Don Quijote</i> , por ALEJANDRO QUIJANO	214
<i>Tríptico</i> , por FRANCISCO CASTILLO NÁJERA	218
<i>Biógrafos de Cervantes y críticos del Quijote</i> , por JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA	220
<i>El Quijote en México</i> , por JULIÁN AMO	267

APÉNDICE	314
<i>La médula cristiana del Quijote</i> , por FRANCISCO ELGUERO	314
<i>Dos documentos cervantinos</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	332
INDICE ALFABÉTICO	337